AÑO CRISTIANO

Ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO

CONTIENE

LA EXPLICACION DEL MISTERIO, Ó LA VIDA DEL SANTO DE CADA DIA, ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA EPÍSTOLA Y UNA MEDITACION SOBRE EL EVANGELIO DE LA MISA, Y ALGUNOS EJERCICIOS PRÁCTICOS DE DEVOCION Á PROPÓSITO PARA TODA CLASE DE PERSONAS.

POR EL **P. J. CROISSET**, DE LA CAMPAÑÍA DE JESUS,
TRADUCIDO DEL FRANCÉS, POR EL P. J. F. DE ISLA, DE LA MISMA COMPAÑÍA

NUEVA EDICION

Aumentada con las adiciones y notas del P. CAPARROS y de los PP. CENTENO y ROJAS, con la vidas de algunos Santos nuevamente canonizados, y una noticia de otros Santos antiguos, con el Martirologio Romano íntegro; y seguida de las DOMINICAS del mismo P. J. CROISSET, traducidas por D. JOSÉ MARIA DIAZ JIMENEZ, presbítero.

ARREGLADA Y DIRIGIDA

Por Don Justo BARBÁGERO, Presbítero, Doctor en Teología, Licenciado en Cánones y Catedrático de lengua hebrea de la real Universidad de Alcadà de Henares.

Adornada con láminas finas.

TOMO VII.

PARIS
LIBRERIA DE ROSA Y BOURET

1864



S. SIMEON EL SIMPLE.

AÑO CRISTIANO

ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

JULIO.

DIA PRIMERO.

SAN SIMEON EL SIMPLE.

Para confundir la vana sabiduría del mundo dispuso la divina Providencia enviar á él de cuando en cuando algunos siervos de Dios, tan dedicados á representarse insensatos al presumido concepto de los hijos de este siglo, como estos hacen estudio en ostentarse discretos á los ojos de los mundanos. Uno de estos fué el santo cuya vida vamos á escribir.

Llamóse Simeon, y se le añadió el epíteto, ó por mejor decir, el apodo de *Salo*, voz que significa el *Simple*; y fué su nacimiento en Edesa, ciudad de Mesopotamia, en aquella parte de la Siria que se dilata al otro lado del Eufrates. Ignóranse los sucesos de su niñez, y solamente se sabe que fué de familia distinguida en el país, tanto por su opulencia como por su inviolable adhesion á la religion católica en aquellos desgraciados tiempos, en que las herejías despedazaban y asolaban la combatida iglesia del

Oriente. Aprendió con igual facilidad que perfeccion así la lengua como las ciencias de los griegos, prueba no dudosa de la excelencia de su ingenio, así como lo fué de la inocencia de sus costumbres el ardiente deseo que tuvo de sacrificarse á Dios desde su misma niñez.

A los veinte años escasos de su edad era el ejemplo y la admiracion de Edesa por su sabiduría y por su virtud. Sintióse movido á visitar los santos lugares de Jerusalen, á cuya ciudad concurrian todos los años así los edesanos como los demás pueblos de la comarca, singularmente el dia de la Exaltacion de la santa Cruz, cuya fiesta se celebraba con gran solemnidad. Juntóse con un amigo suyo, llamado Juan, para emprender juntos este devoto viaje. A la vista de aquellos preciosos instrumentos de nuestra eterna dicha y de los sagrados lugares donde se obraron los grandes misterios de nuestra redencion, se renovaron en el corazon de Simeon todos los fervorosos afectos de la mas tierna piedad; y á estos virtuosos impulsos de la gracia se siguió inmediatamente el tedio y el disgusto de todas las cosas del mundo. Acabada la fiesta, y habiendo cumplido nuestros peregrinos con su religiosa devocion, tomaron la vuelta de su tierra por el valle de Jericó, donde descubrieron gran número de monasterios fundados á las riberas del Jordan. Suspendiéronse á la vista de un espectáculo de tanta edificacion; comenzaron á hablar de lo dichosos que eran aquellos hombres ángeles que los habitaban; las reflexiones excitaron los movimientos, y tras estos naturalmente se les encendieron los deseos de imitarlos.

¡Felices hombres (decian) los que pueblan estos desiertos, distantes del tumulto, exentos de los vaivenes y á cubierto de las inconstancias, tan comunes en el siglo! ¡Qué santa será su vida, qué dulce,

qué tranquila su preciosa muerte! No hay en el mundo hombres mas afortunados. ¡*Con qué gusto*, dijo nuestro santo, *iria yo á visitar á estos ángeles humanos! Con mayor*, replicó Juan, *los imitaria yo. Pues vamos á verlos*, añadió Simeon, *que acaso nos concederá el cielo esa gracia*. Tomada esta resolucion, despidieron los criados con los caballos, y desviándose del camino real, siguieron una estrecha senda que guiaba á los monasterios.

El primero que encontraron fué el de san Gerásimo, cuyo abad era san Nicon. Hallaron á la puerta un venerable anciano que los recibió con tanto agrado, con tanto amor y con tanta alegría como si ya los hubiera estado esperando por revelacion divina. Observaron el profundo silencio que reinaba en el monasterio, el grato y cariñoso recibimiento que les hizo el abad, la modestia, y no sé que aire de santidad que resplandecia en todos los monjes, su humildad, su mortificacion, y en medio de tanta austeridad una dulzura y una alegría celestial. Todo les admiró, todo los enamoró, y desde el mismo dia tomaron la resolucion de no volver mas á Edesa y dejarlo todo por amor de Jesucristo.

Creciendo por instantes su fervor, se declararon con el abad, haciéndole tan vivas instancias para que los admitiese en el número de los religiosos, que al fin les cortaron el cabello y les dieron el hábito de monjes. Fué tanto el fervor con que emprendieron su noviciado, y tan rápidos los progresos que en breve tiempo hicieron en el camino de la perfeccion por su fiel correspondencia á la gracia, que al cabo de pocos dias los proponian por modelos.

Sin embargo de ser tan austera la vida que se profesaba en aquel célebre monasterio, todavia le pareció á Simeon demasiadamente suave; llevábale su inclinacion á mayor retiro, y explicándose con su

fiel amigo, le dijo que se sentia interiormente movido á ir á acabar sus dias en alguna soledad mas retirada y mas áspera. *Pronto estoy á seguirte*, le respondió Juan; *mas para no proceder con lijereza, y para conocer si es de buen espíritu ese impulso, seria yo de parecer que lo consultásemos con nuestro santo abad, y una vez que él lo apruebe, aseguramos el acierto. Vengo en ello*, replicó Simeon, *vamos á declararle nuestro intento, y nos conformaremos ciegamente con su resolucion.* Era el santo abad un hombre dotado de grande discrecion, y desde luego comprendió que lo que se le proponia no nacia de ilusion ni de lijereza, pareciéndole tan clara la vocacion de Dios, que no debia oponerse á ella; y así, abrazándolos tiernamente y dándoles su bendicion, les dijo: *Id, hijos mios, en buen hora, y seguid al Espíritu Santo que os conduce al desierto, procurando ser fieles á gracia tan singular.*

Con este seguro pasaporte partieron alegres los dos solitarios, y tomaron el camino hácia el mar Muerto, en cuyas márgenes, despues de haber caminado algunos dias, hallaron una celdilla abandonada por haber muerto poco tiempo antes el anacoreta que la ocupaba; y pareciéndoles ser aquella la estanca con que los brindaba la divina Providencia, se establecieron en ella, rindiendo mil gracias al Señor por habérsela preparado.

Toda su ocupacion se reducia á ejercicios de oracion y de penitencia: aquella era de todas horas; y el sueño que tomaban recostados sobre unas piedras apenas la interrumpia. No era posible vida mas penitente; el ayuno era continuo, y el poco alimento que tomaban nueva y no poco rigorosa penitencia. En fin, á su vida, en todo parecida á la de los primeros fundadores del estado *monacal*, solamente le faltaba la prueba de la tentacion. Preparósela el infierno

abundantemente con todo género de ellas; la memoria de lo que habian dejado, la absoluta falta de todo, el tedio, el disgusto y las mas vergonzosas tentaciones los hubieran sin duda derribado, á no haberlos sostenido la divina gracia. Traian continuamente á la memoria el objeto de su primera resolucion, el ejemplo de tantos santos y el fruto que perderian de tantos trabajos padecidos; pero su principal recurso era la oracion: animábanse recíprocamente en sus santas conversaciones; aumentaban las penitencias, y al paso de ellas crecia su confianza en el Señor, por cuyos medios, y con el auxilio del cielo, consiguieron en fin una completa victoria.

Casi diez y nueve años habia que nuestros dos solitarios vivian en aquel espantoso desierto, entregados totalmente á los ejercicios de la mas dura penitencia, cuando de repente le asaltó á Simeon un vivísimo pensamiento de abandonar la soledad, y de irse á meter en medio del mismo mundo, para combatirle cara á cara con un género de armas verdaderamente poco usadas hasta entonces. Era su idea fingirse loco, y humillarse voluntariamente á los ojos de los hombres con afectadas demostraciones de una locura aparente, para confundir (decia él) con esta humillacion la vana sabiduría de los hijos del siglo, y atacar el orgullo humano en sus últimos atrincheramientos. Comunicó este plan á su amado compañero, que, sobresaltado al oir resolucion tan extraordinaria, no omitió razon alguna para desviarle de ella; pero nuestro santo se mantuvo inflexible en su meditado intento. *Es cierto*, decia Simeon, *que es oscura, y que no deja de ser penitente la vida que aquí hacemos; pero mi amor propio se halla bien en esta quietud, y hasta el orgullo como que no deja de fomentarse con la misma penitencia. A mí nadie me ejercita; ¿y quién saldrá por fiador de que al cabo*

llegaré á domar este enemigo casero? Juan por el contrario le hacia presente cuanto juzgaba debia representarle contra un proyecto tan extraño como resbaladizo; el tierno amor que profesaba á tan caro compañero le sugeria mil razones tan sólidas como eficaces para disuardirle aquella idea; los peligros á que se exponia, los lazos del enemigo comun, y la facilidad de descaminarse por una senda tan desconocida como poco trillada; pero la inspiracion era tan fuerte, y la voz de Dios al corazon se percibia tan clara, que no le fué posible hacer mella en Simeon. Separáronse, en fin, los dos tiernos amigos, deshaciéndose en dulces lágrimas, pero con recíproca palabra de volverse á ver antes de morir. Nuestro santo partió segunda vez para ir á visitar los santos lugares de Jerusalen, donde renovó su resolucion con la memoria de los abatimientos y humillaciones que padeció el Señor en aquella ciudad, queriendo tambien ser reputado por loco en la corte del rey Herodes; y desde Jerusalen se fué directamente á Emesa de Siria, donde pasó el resto de su preciosa vida.

Desde aquel punto fué el único objeto de su santa ambicion todo aquello que le podia hacer despreciable á los ojos de los hombres. Dió principio á su representacion mezclándose con los muchachos y con los niños, jugando con ellos en las calles y plazas públicas. Afectaba mil extravagancias en medio del populacho; metíase en los corrillos, y trataba conversaciones tan ridículas como impertinentes; fingia unos movimientos, un aire, una conducta y unos modales tan dignos de risa, tan extravagantes y tan opuestos á toda buena razon, que unos le tenian por tonto, otros por loco, y los mas eran de parecer que tanto tenia de uno como de otro.

No hay hombre tan ambicioso de aplausos, como nuestro santo lo fué de abatimientos y desprecios.

Hecho la risa del pueblo y el juguete de los muchachos, todo su gusto era verse harto de oprobios, y cuando á estos se añadian los palos, lo que no sucedia pocas veces, entonces brincaba de contento y se reia. Teníase esta insensibilidad por prueba concluyente de su locura; y lo era de su heróica virtud.

No era su único fin hacerse despreciable á los ojos de los hombres; pretendia tambien ganar almas á Dios por medio de cien industrias. Algunas veces quedaban todos admirados oyéndole entre sus extravagancias muchas verdades importantes que hacian impresion, y algunos se aprovechaban de ellas; de manera que aquella aparente locura, en suma, era un velo con que cubria las gracias que le hacia Dios, y un artificio variado, por una parte para ocultar, y por otra para asegurar el éxito de muchas buenas obras. Buscaba algunas veces las mujeres perdidas, dábales del dinero que recogia, divertíalas con sus graciosos desvarios, y todo era para hallar ocasion de reprenderles su desordenada vida; medios irregulares y extraordinarios, que en otros serian perniciosos, y á Simeon le salieron tan bien, que el imaginado loco hizo cuerdos á muchos, sacando del infeliz estado de la culpa á muchas personas de todas clases y edades, y retirando del vicio á no pocos jóvenes disolutos, y á no pocas mujeres perdidas; pero de nada se guardaba tanto Simeon como de que llegasen á conocer lo que verdaderamente era.

Cuando se encontraba en la calle con algunos energúmenos, conociendo que el Señor los queria librar de aquel trabajo por su intercesion, mezclábase entre ellos, remedaba sus gestos, contorsiones y movimientos; si ellos gritaban, él gritaba mas que todos: y por este medio se hallaban libres del maligno huésped que los molestaba, sin que á ninguno le ocurriese que por sus méritos les concedia el cielo aquella gracia.

A la sombra de este diluvio de abatimientos ocultaba tambien sus rígidas penitencias. Su ayuno era rigoroso con exceso; por lo comun se le pasaban tres dias naturales sin comer ni beber, y algunas veces toda la semana. Entrábase en los figones públicos; sentábase á la mesa con los hombres mas perdidos; teníalos divertidos con sus graciosos dichos y extravagancias, sin que advirtiesen que no comia bocado; encajábales á vuelta de eso unas verdades y unos desengaños que les pasaban el alma, pero sin conceder jamas la menor indulgencia á sus sentidos. En medio de una vida al parecer tan disipada, nunca se dispensó en sus mortificaciones ordinarias, ni perdió un punto de su recogimiento interior. Dormia no mas que dos ó tres horas por la noche, sin mas cama que unos manojos de sarmientos, pasando lo restante en oracion, acompañada siempre de copiosas lágrimas. Muchas veces le veian como estático, fijos los ojos en el cielo, encendido el rostro por la fuerza del fuego divino que interiormente le abrasaba; pero tenia tal arte para disfrazar estas exterioridades, que todas se atribuian á efecto natural de su locura.

Comunicóle Dios muchos dones sobrenaturales, y entre otros el de profecia, con el que pronosticaba las cosas futuras; pero siempre rebozándolas de manera que no despertase la curiosidad, ni causase admiracion. Entró un dia en cierto edificio público sostenido por muchas columnas; llevaba un látigo en la mano, y comenzó á dar grandes azotes á algunas de ellas, diciendoles al mismo tiempo: *Teneos firmes, que presto os harán bailar*. Así pronosticó un violento terremoto que sucedió pocos dias despues, y se notó que cayeron en tierra todas las columnas menos las que el santo azotó.

Con arte semejante profetizó el estrago que hizo la peste en Emesa, diciendo á muchos niños de la es-

cuela que se dispusiesen para hacer un viaje largo; y fueron puntualmente los mismos á quienes el contagio echó en la sepultura. Curó repentinamente á no pocos enfermos solo con hacer el loco en presencia de ellos. En fin, su mayor estudio era disfrazar todo lo bueno que hacia, y salió tan eminente en este divino arte, que, como observa con discrecion el autor de su vida, aquel mismo Señor, que acostumbra hacer milagros para manifestar á sus santos, parece que cada dia hacia muchos mas para oscurecer á este. Sin embargo, algunos siervos de Dios mas iluminados no dejaban de descubrir su heróica virtud por entre los celajes de su profunda simulacion. Finalmente llegó á tanto la insaciable hambre de verse humillado, que, habiéndole acusado una mujer de mala vida, imputándole ser padre del fruto que tenia en sus entrañas, no solo sufrió el santo esta confusion sin decir una sola palabra en su defensa, sino que se portó de un modo extraño, haciendo creer á los incautos que la acusacion nada habia tenido de calumnia. Pero volvió el Señor por su inocencia, atormentando á la infeliz mujer con tan crueles dolores en su parto, que jamás pudo dar á luz la criatura hasta que públicamente se desdijo, declarando quién era su verdadero padre.

Advertido Simeon por revelacion divina de su cercana muerte, quiso cumplir la palabra que habia dado á su antiguo y fiel amigo de que le volveria á ver antes de morir, y se fué al punto á su primera soledad. Quedó agradablemente sorprendido su amado compañero cuando le vió en su presencia; abrazáronse tiernamente, y fueron las dulces lágrimas de entrambos intérpretes fieles de su recíproco gozo. *Vesme aquí*, dijo Simeon, *que por la gracia de mi Señor Jesucristo he acabado mi carrera, hallándome ya al fin de ella; vengo á cumplir mi palabra y á darte el último*

abrazo. A estas palabras volvió á renovarse el llanto; pero le interrumpió la relacion que hizo Simeon de las grandes misericordias que Dios habia obrado con él, y de todas sus no menos raras que ejemplares aventuras. Admiró el bienaventurado Juan los extraordinarios caminos de la divina Providencia; bendijo mil veces al Señor, y despues de recomendarse los dos recíprocamente á sus oraciones, se volvió Simeon á Emesa, donde hizo reservada confianza de toda su vida al huésped que le tenia en su casa, y era un diácono de aquella iglesia, hombre caritativo y piadoso, que ya habia sospechado se ocultaba algo de extraordinario en la conducta de Simeon. Exigióle un inviolable secreto por toda su vida, y le suplicó le permitiese retirarse algun tiempo á cierto rincon muy escondido de la misma casa.

Pasados dos dias sin que el santo pareciese, quiso saber el diácono si estaba enfermo; pero hallóle ya difunto y cubierto con los sarmientos que le servian de cama. Ya todos estaban desengañados de lo que verdaderamente era Simeon, manifestada visiblemente su heróica santidad; por lo que fué su muerte acompañada de la pública veneracion, y el Señor acreditó sus merecimientos con muchas maravillas. Fué levantado el santo cuerpo del cementerio donde le habian dado sepultura; y públicando cada uno lo raro y prodigioso que habia observado en aquel siervo de Dios encubierto, fácilmente se reconocieron los primorosos rasgos de una sabiduría cristiana, escondidos con el velo de una simpleza aparente. Consagró la Iglesia universal su memoria con el honor del sagrado culto que le decretó; y no parece posible suba á mas elevado punto el amor y la ansia de los abatimientos, que el que admira nuestra veneracion y nuestra confusion en este santo singular.

SAN CASTO Y SAN SECUNDINO, MÁRTIRES.

Los admirables prodigios que se dignó obrar el Todopoderoso por medio de san Casto y san Secundino para confusion del gentilismo en tiempo que el impío Diocleciano suscitó contra la Iglesia una de las mas sangrientas persecuciones que padecieron los fieles, hicieron célebre la memoria de estos dos ilustres mártires de Jesucristo en todo el orbe cristiano, cuyos actos refiere la iglesia de Gaeta en los siguientes términos.

Quejáronse agriamente los sacerdotes gentiles al emperador Diocleciano sobre la diminucion del culto y sacrificios de los dioses romanos, nacida de la multitud de idólatras, que se convertian á Jesucristo en virtud de la predicacion de Casto y Secundino, acompañada de los muchos milagros con que confirmaban su doctrina evangélica. El príncipe adicto á las supersticiones paganas no oyó con indiferencia semejante delacion, que en su concepto era el mayor crimen que podian cometer sus súbditos. Dió órden al momento al presidente de Campania, llamado Curbo, hombre bárbaro y cruel, zeloso como el que mas del culto de sus ídolos, para que castigase severamente á Casto y Secundino. Buscólos sin dilacion este tirano, y habidos en su presencia, comenzó en tono airado á reprender sus procedimientos contra las leyes del imperio, intimándoles que sacrificasen á los dioses romanos, ó que se dispusiesen á morir á fuerza de exquisitos tormentos.

Oyeron los santos con tranquilidad de ánimo la agria reprension del presidente; pero despreciando con valentía de espíritu sus amenazas, le respondieron que, siendo siervos del verdadero Dios, criador

del cielo y de la tierra, no podian adorar á los falsos dioses, representados en vanas estatuas. Irritado el tirano con tan generosa respuesta, mandó ponerlos en una dura prision, con órden de que no se les diese cosa alguna de comer ni beber; pero el cielo les surtió abundantemente por ministerio de un ángel. Pasados algunos dias los hizo comparecer á su tribunal, y pareciéndole que para rendir á unos hombres de aquel carácter, seria medio mas poderoso la urbanidad, que el rigor, principió á decirles, que extrañaba mucho de su nobleza, que hiciesen mérito para ser castigados públicamente; añadiéndoles por último que, en el caso de resistirse á sacrificar á los dioses romanos, los mandaria arrojar á los leones. Ejecutólo así, no habiendo condescendido los mártires con su pretension; pero olvidándose las fieras de su condicion, se postraron á los piés de los santos, lamiéndolos en ademan de veneracion, cuyo prodigio contribuyó no poco á la conversion de muchos paganos.

Volvieron los ministros á la prision á Casto y Secundino, los cuales suplicaron al Señor se dignase tener de ellos misericordia y confortarlos para el combate con los enemigos de la fe. Concluida esta oracion, descendió sobre ellos una brillante luz, y de ella se oyó una voz que les decia: *La paz sea con vosotros, esforzados militares, no temais las asechanzas del demonio, ni los tormentos del inicuo juez, ni de sus ministros; pelead fuertemente, que yo estoy con vosotros, hasta introduciros en la eterna mansion, donde permaneceréis sin fin con vuestros hermanos.* Concurrió al calabozo una multitud de creyentes en Jesucristo para visitarlos; de lo que mas irritado el presidente, haciéndolos comparecer tercera vez á su presencia, insistió con tenacidad en el empeño de que sacrificasen á sus dioses añadiendo, que mandaria quemarlos vivos en caso de resistirse.

Teman, respondieron los santos, *á tu poder aquellos que temen incurrir en la ira de tus dioses; pero nosotros, en el nombre del nuestro, no tememos á ti, ni al fuego temporal; pues tenemos á un buen Salvador de nuestras almas, que puede hacer que nos sirvan de refrigerio las llamas.* Viendo el tirano el ningun caso que hacian los santos de su conminacion, mandó encender una hoguera y arrojarlos á ella amarrados; pero bendiciendo á Dios los ilustres confesores en medio del incendio, le apagó maravillosamente un ángel del Señor. Admirado el tirano de tan repentino prodigio, y de que ni á un solo cabello hubiese ofendido el fuego, quiso atribuir la maravilla á las malas artes de que eran notados los cristianos por los gentiles en casos semejantes. Pero Casto y Secundino le hicieron ver que estos milagros los obraba el verdadero Dios en favor de sus siervos para confusion de los enemigos de la verdad.

Mas y mas enfurecido el tirano con los discursos de los santos, los quiso aterrar diciendo que dispondria que sus ministros les quebrantasen los dientes á golpes de piedra, y que mandaria cortarles la lengua, para que de este modo no pudiesen predicar á Jesucristo, lo que puso en ejecucion, visto el desprecio que manifestaron los santos á tan terrible castigo. Vueltos á la prision, se presentaron al siguiente dia en el tribunal tan sanos, como si jamás hubieran padecido la mas mínima lesion. *Decidme*, les preguntó el presidente, nuevamente admirado, *¿quién es vuestro Dios, en el que teneis tanta confianza, que os burlais de los nuestros sin temor de los tormentos? Nuestro Dios*, respondieron los santos, *es el verdadero y omnipotente, que por su virtud crió al cielo, á la tierra y al mar, y á todas las criaturas, por quien subsistimos, del que tú estás separado.* Burlado el tirano en presencia de todos, no teniendo con que sa-

tisfacer á una tan justa, como racional reconvencion, mandó azotarlos cruelmente; pero haciendo los ilustres confesores oracion al Señor para que se dignase obrar uno de sus acostumbrados prodigios, capaces de manifestar que era el verdadero Dios, quedó el tirano ciego de repente.

Recurrió este en semejante conflicto á sus dioses, fundando el mérito de sus súplicas en el zeloso ardimiento con que se interesaba en su culto. pero fueron en vano sus clamores, así como la repeticion de sacrificios que mandó hacer en el templo de Apolo. Apeló á Casto y Secundino, quienes olvidándose de sus injurias, como verdaderos discípulos de Cristo, le restituyeron la vista, con el fin de que creyese que era solo verdadero el Dios de los cristianos. Quiso el ingrato atribuir el prodigio á sus falsas deidades; pero los ilustres mártires le dieron á conocer que las estatuas mudas y sordas eran hechuras de los hombres, quienes son incapaces de conferir á sus obras divinidad, como ni tampoco poder, ni virtud alguna para semejantes maravillas.

Desvelábase el tirano buscando arbitrios para rendir á los esforzados militares de Jesucristo, y entre sus cabilaciones le ocurrió proponerles ¿si sacrificarian á sus dioses en el caso que hiciesen una milagrosa curacion? Aceptaron el partido los santos para demostrar con este motivo el ningun poder de los falsos dioses, y lisonjeándose el tirano de haber conseguido su intento, mandó que llevasen á un hidrópico al templo de Apolo, y que hiciesen sacrificio los sacerdotes gentiles. á fin de que sanase el enfermo; pero fué tan al contrario, que al presentarse los santos cayó en tierra la fingida deidad, sucediendo lo mismo luego que colocaron el simulacro segunda vez en su trono, de quien burlándose los ilustres mártires, sanaron perfectamente al hidrópico en el nombre de Jesucristo.

Temeroso el tirano de alguna sedicion en el pueblo, declarado en favor de los santos en vista de las repetidas maravillas que obraba Dios por medio de sus siervos, delegó la causa á su teniente con particular órden de que los obligase á sacrificar á fuerza de exquisitos tormentos. Aceptó el teniente la comision; y en su cumplimiento, como no produjese efecto la primera diligencia de perversion, mandó ponerlos en un cepo de presos, atormentarlos allí hasta que negasen al verdadero Dios, y creyesen por tales á los ídolos. Pero orando los santos, se levantó de repente tal tormenta, que huyeron los verdugos, y bajando del cielo un ángel del Señor, los puso en libertad.

Convencido el teniente en vista de aquel prodigio y de los que tenia ya oidos, que de nada aprovechaba el poder de sus dioses para rendir á los ilustres confesores de Jesucristo, en quienes visiblemente se dejaba conocer que obraba una virtud superior; les confesó ingenuamente que, á no temer la ira del emperador y la de su presidente, creeria en el Dios de los cristianos, autor de tan estupendas maravillas. Hiciéronle ver los santos cuánto perjudicaban estos respetos humanos á su eterna salvacion; y convencido, les ofreció convertirse, siempre que sanasen á un hijo que tenia paralítico. Para que conozcas, le dijeron los santos, cuánta es la virtud de nuestro Señor Jesucristo, ve á tu casa, y dí al enfermo: *En el nombre del Dios, que predican Casto y Secundino, levántate sano.* Hízolo así el teniente, y al momento recuperó la salud apetecida el paralítico, por cuyo milagro se convirtió este con su padre y toda la familia, y otros muchos gentiles.

Supo el presidente Curbo el inesperado suceso de su teniente, y mandando conducirle á su presencia preso con los santos, á quienes amenazó de nuevo diciendo que ordenaria apedrearlos, si dilataban por mas

tiempo sacrificar á los dioses romanos. Despreciaron Casto y Secundino con igual valor que en las ocasiones antecedentes aquel castigo, el cual puesto en ejecucion, los cubrieron de piedras los ministros gentiles en un campo adonde fueron llevados á este efecto; pero al siguiente dia se presentaron al tirano sin lesion alguna, para que conociese por aquel prodigio, ya que no por los anteriores, el poder del verdadero Dios, á quien adoraban los cristianos. Irritado mas Curbo con la nueva maravilla, mandó derretir plomo en una caldera y echar en ella á los ilustres confesores de Jesucristo; pero extinguido el incendio, salieron de aquel suplicio mas puros que el oro del crisol. Creyeron en Jesucristo innumerables paganos en vista de tantos y tan repetidos portentos, por los que convencidos que solo era verdadero el Dios que predicaban Casto y Secundino, amenazaron al tirano con la muerte, si no desistia de atormentarlos.

Temeroso el presidente de alguna sedicion del pueblo, ordenó volver á la cárcel á los santos, y dió parte de todo lo ocurrido al emperador, quien, sintiendo los progresos de Casto y Secundino con mengua conocida del poder de sus dioses, envió tropas á fin de que auxiliasen á las intenciones de su presidente, que, alentado con el refuerzo, insistió como nunca en que sacrificasen los mártires, para lo cual dispuso que fuesen conducidos al templo de Apolo; pero habiendo hecho oracion antes de llegar á él, pidiendo á Dios que le arruinase con todos sus simulacros para mayor confusion de los gentiles, se verificó así con efecto, quedando sepultado en las ruinas el tirano, con los demás que contribuyeron á la muerte de los ilustres confesores. Fué aquel dia de un grande luto para los paganos, que, resentidos de las desgracias que ocurrieron, se vengaron con decapitar á los santos, los cualos lograron por este

medio la apetecida corona del martirio en 1º de julio del año 306. Recogidos sus cuerpos por los fieles, fueron sepultados en Sinuesa, ciudad de Campania, que fué el lugar de su glorioso combate, segun señala el martirologio romano, bien que otros dicen lo fué Sesa en el arzobispado de Capua, entre esta ciudad y la de Gaeta, adonde se trasladaron sus reliquias, y se conservan en grande veneracion, acreditando Dios cada dia con repetidos prodigios la poderosa intercesion de sus fidelísimos siervos.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En el monte Hor, la muerte de san Aaron, primer sacerdote del órden Levítico.

En la Gran Bretaña, san Aaron y san Yulo, mártires, que padecieron despues de san Alban, en la persecucion de Diocleciano. Por el mismo tiempo y en el mismo país, un considerable número de personas, despues de haber sido atormentadas de varias maneras y desgarradas cruelmente, sostuvieron hasta el fin la terrible prueba, y llegaron á las moradas eternales.

En Malinas, el suplicio de san Romboldo, mártir, hijo de un rey de los Scotos de Irlanda y obispo de Dublin.

En Sinuesa, san Casto y san Secundino, obispos y mártires.

En Viena, san Martin, discípulo de los apóstoles.

En Clermont en Aubernia, san Gal, obispo.

En tierra de Leon de Francia, la muerte de san Domiciano, abad, el primero que hizo en aquel país una vida eremítica, formando una reunion de muchas personas para el servicio de Dios. Habiéndose esclarecido con grandes virtudes y brillantes milagros, subió á las celestes mansiones al cabo de una edad muy avanzada.

En tierra de Reims, san Tierri, presbítero, discípulo de san Remigio, obispo.

En Angulema, san Cibar, abad.

En Emesa, san Simeon, confesor, apellidado Salo, el cual aparentó ser insensato por Jesucristo pero Dios descubrió su alta sabiduría con grandes milagros.

En Viena, san Tibaldo, ermitaño, que fué canonizado por Alejandro III.

En el país de Retz de Bretaña, san Lupiano, que murió la semana misma de su bautizo.

En Maine, san Hilario de Oise, confesor.

En dicho lugar, san Calais, abad del celebérrimo monasterio de que fué fundador.

En Ruerga, san Florez, confesor.

En Bretaña, san Leonoro, obispo, discípulo de san Ilfut, que habia sido instruido por san German de Paris.

En la Motte-Merion cerca de Saint-Didier, diócesis de Rennes, san Golvino, obispo de Leon, luego solitario.

En Denain, santa Reina, esposa del beato Adelberto, conde de Ostrevant, madre de santa Refroia.

En Mayenza, san Arnuldo, arzobispo, que fué muerto por los vecinos de aquella ciudad.

En Acuello en Castilla, san Simeon, labrador, cuyo cuerpo es venerado en el mismo pueblo, en una capilla de la iglesia de san Jorge.

La misa es del comun de confesor no pontífice, y la oracion la siguiente.

Adesto, Domine, supplicationibus nostris, quas in beati Simeonis confessoris tui solemnitate deferimus; ut qui nostræ justitiæ fiduciam non habemus, ejus qui tibi placuit precibus adjuvemur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Oye, Señor, benignamente las súplicas que te hacemos en la solemnidad del beato Simeon, tu glorioso confesor, para que consigamos por la intercesion del que tanto te agradó, lo que no podemos esperar de nuestros merecimientos. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 4 de la primera que escribió el apóstol S. Pablo á los Corintios.

Fratres: Spectaculum facti sumus mundo, et angelis, et hominibus. Nos stulti propter Christum, vos autem prudentes in Christo: nos infirmi, vos autem fortes: vos nobiles, nos autem ignobiles. Usque in hanc horam et esurimus, et sitimus, et nudi sumus, et colaphis cædimur, et instabiles sumus, et laboramus operantes manibus nostris: maledicimur, et benedicimus: persecutionem patimur, et sustinemus: blasphemamur, et obsecramus: tanquam purgamenta hujus mundi facti sumus, omnium peripsema usque adhuc. Non ut confundam vos, hæc scribo; sed ut filios meos charissimos moneo in Christo Jesu Domino nostro.

Hermanos: Estamos hechos espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres. Nosotros necios por Cristo, y vosotros prudentes en Cristo: nosotros débiles, y vosotros fuertes: vosotros gloriosos, y nosotros deshonrados. Hasta esta hora tenemos hambre y sed, y estamos desnudos, y somos heridos con bofetadas, y no tenemos donde estar, y nos fatigamos trabajando con nuestras manos: somos maldecidos, y bendecimos: padecemos persecucion, y tenemos paciencia: somos blasfemados, y hacemos súplicas: hemos llegado á ser como la basura del mundo y la hez de todos hasta este punto. No os escribo estas cosas para confundiros, sino que os aviso como á hijos mios muy amados en Cristo Jesus nuestro Señor.

NOTA.

« *Espectáculo* significa propiamente un objeto ex-
» traordinario que suspende, llamando la atencion
» y la admiracion de los concurrentes. En este sen-
» tido así los apóstoles como los demas santos fueron
» *espectáculo* al mundo, á los hombres y aun á los
» ángeles mismos, suspensos todos y admirados en
» vista de lo que hicieron y padecieron por Cristo. »

REFLEXIONES.

Nosotros somos necios por amor de Jesucristo; pero vosotros sois prudentes. Así hablaba san Pablo á aquellos hombres carnales, á aquellos cristianos mundanos, á aquellos presumidos espíritus fuertes de Corinto. Era visible la ironía, pero estaba muy en su lugar. ¿Y porqué no podremos hablar en el mismo idioma á los cristianos de nuestros tiempos? *Nosotros somos necios por amor de Jesucristo*; á lo menos es bien cierto que son reputados por tales todos aquellos que se conforman con las máximas del Evangelio. Y sino, díganme: ¿con qué ojos se mira hoy en el mundo el arreglo de las costumbres, el porte ajustado, la mortificacion de los sentidos, el recogimiento interior, la modesta compostura, el retiro del bullicio? A la devocion se la trata de apocamiento de espíritu, y se llama escrúpulo la delicadeza de conciencia. Mírase con cierta especie de lástima á los que siguen el camino que nos dejó señalado Jesucristo. Los aplausos y la estimacion se reservan para los mundanos; parece que solo en el espíritu del mundo se halla recogido el buen juicio y la razon. La profanidad, la brillantez, los resortes de las pasiones, una fortuna brillante, el amor de las riquezas, los artificios del amor propio, el reinado de los placeres, esto es lo que da el mérito en el mundo. En sentir de muchas gentes la vida oscura, humilde y retirada es una verdadera desgracia, no de otra manera que si estuvieran proscriptas las máximas de la religion. Veis aquí dos caminos bien opuestos; veis aquí dos espíritus bien diferentes; veis aquí dos reglas de costumbres bien contrarias. Si los hombres del mundo son prudentes, los siervos de Dios son insensatos; porque ¿puede haber mayor locura que macerar la carne, mortificar los sentidos, tener sujeto el amor propio á

una perpetua servidumbre, y estarse haciendo continua violencia? Pues esta, y no otra, es la doctrina de Jesucristo; es cierto que el mundo la condena, pero ¿quién de los dos se engaña? Si la verdadera sabiduría está en las máximas del Evangelio, el no seguirlas será una insigne locura. Pero si son sabios y cuerdos los mundanos siguiendo una vida poco cristiana, será preciso que vayan errados los devotos y los virtuosos. Esto no admite medio. ¡Santo Dios, y qué disyuntiva tan terrible! ¿Habrá quien tenga osadía para decir que los santos erraron siguiendo las máximas del Evangelio? Luego es muy cierto que quienes no las siguen van descaminados. Hombres carnales, mujeres mundanas, espíritus disipados, disolutos de profesion, corazones profanos, ¡qué dignos sois de compasion en vuestros lastimosos descaminos! Haced, haced ostentacion de vuestra vanidad; preconizad vuestras escandalosas máximas; haced alarde de vuestra conducta licenciosa; sostened con arrogancia vuestra irreligion; nada estiméis sino vuestras riquezas mundanas; teneos en buen hora por prudentes y por discretos; vuestra misma conducta es la prueba mas concluyente de la mas insigne locura. ¿Puede haber mayor extravagancia que forjarse un camino enteramente contrario al que el mismo Jesucristo nos dejó expresamente demarcado? ¡Oh y cuánta verdad es que no hay otra verdadera sabiduría sino las máximas del Evangelio! Todo hombre que se condena es sumamente insensato; solo son sabios aquellos que se salvan.

El evangelio es del cap. 12 de san Lucas.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Nolite timere, pusillus grex, quia complacuit Patri vestro dare vobis reg-	En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos: No temais, pequeña grey, porque vuestro Padre ha tenido á bien daros

num. Vendite quæ possidetis, et date eleemosynam. Facite vobis sacculos, qui non veterascunt, thesaurum non deficientem in cœlis: quò fur non appropiat, neque tinea corrumpit. Ubi enim thesaurus vester est, ibi et cor vestrum erit.

el reino. Vended lo que teneis, y dad limosna. Haceos bolsillos que no envejecen, un tesoro en los cielos que no mengua, adonde no llega el ladron, ni la polilla le roe. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará tambien vuestro corazon.

MEDITACION.

DEL AMOR DE LOS DESPRECIOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el amor de los desprecios es la prueba menos equívoca, y en rigor es señal infalible de la verdadera humildad. Engáñanse no pocos, teniéndose por humildes, porque conocen sus imperfecciones y confiesan sus defectos. No basta sentir uno bajamente de sí; no es menester mas que un poco de reflexion para que cada uno conozca sus miserias y sus nulidades, con otro poco de entendimiento para condenarlas. Solamente los simples dejan de discernir las sombras. La estimacion de sí mismo es vicio de almas bajas y de entendimientos vulgares; un entendimiento despejado y noble descubre con claridad todos sus defectos, y no se los disimula. Pero este conocimiento especulativo de ninguna manera constituye el carácter de la verdadera humildad; es esta una virtud moral, que ni consiste, ni reside precisamente en el entendimiento, sino principalmente en la voluntad, domicilio y asiento de todas las virtudes cristianas. Para ser verdaderamente humildes es menester lo primero sentir bajamente de si, y lo segundo desear que los demás sientan lo mismo, y no nos tengan por mejores de lo que somos. No hay mayor injusticia que exigir de los otros estimen de nuestras

personas aquello que nosotros mismos juzgamos digno de desprecio. ¿A quién le puede parecer mal que no sea estimado aquello que Dios condena, y que nosotros mismos condenamos? Ser verdaderamente humilde sin desear verdaderamente ser humillado, no puede ser. Ya que el amor de los desprecios no sea sensible, ya que los sentidos y el amor propio se opongan á él, por lo menos debe ser aplaudido por la razon, asi como lo es siempre por la religion. La humildad sin humillaciones siempre es sospechosa. Bien puede uno ser humillado sin ser humilde; pero es imposible desear serlo sin verdadera humildad. El mérito de los primeros cristianos y de los religiosos consistió en vivir abatidos, humillados y despreciados del mundo. El original de aquellas ilustres copias fué el ejemplo de Jesucristo. La misma humillacion, el mismo desprecio puede ser dudoso, pues ninguno hay que no sea capaz de practicar el amor propio, siendo cierto que entre todas las pasiones la mas cómica y la mejor representante es el orgullo, el cual se sabe fomentar hasta con las humillaciones y con los desprecios mas aparentes; pero el amarlos y el desearlos no puede ser sin verdadera humildad.

¡O mi Dios, y qué poco se conforma esta doctrina con el gusto del mundo! La mayor parte de los devotos nada siente, nada aborrece tanto como la humillacion. Solo se busca una virtud aplaudida; los desprecios inquietan y turban el corazon; pero ¿será muy castiza la virtud que se acomoda tan mal con ellos?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la humillacion es constitutivo esencial de la penitencia, porque todo pecador verdaderamente contrito desea ser humillado. Es cierto que las humillaciones oscuras y mudas, las secretas é in-

teriores son un antídoto excelente para conservar la virtud; pero no son absolutamente incompatibles con cierta oculta vanidad que roe y despedaza todo aquello que no nos humilla á los ojos de los hombres. Es nuestro orgullo un enemigo doméstico que se esconde, que se atrinchera, y que tal vez finge huir ó rendirse en las ocasiones; mas en la realidad ninguno le doma enteramente sino las humillaciones públicas y los desprecios ruidosos. Desengañémonos, que solo con desprecios se fortifica la humildad. ¡Ay Dios mio, y qué poquitos son los que dicen de corazon con el profeta David: *Bueno es, Señor, para mí que me hayas humillado, porque de esta manera aprenderé á guardar con fidelidad tu santa ley.* ¡Ah, que solo el amago de una humillacion, de un abatimiento público nos estremece! Hasta las personas que hacen profesion de virtud desean ser humildes, pero no humilladas. La humillacion entibia el fervor, da tedio á la virtud, entra despues la sequedad, y apodérase del corazon la amargura. En acabándose el aplauso se acaba la virtud; prueba evidente de que era superficial y bastarda. Ennobleció Cristo la humillacion despues que él mismo se humilló y se anonadó, como se explica el Apóstol. El mismo Salvador fué quien nos delineó el plan de la vida cristiana, señalando todos los caminos, y entre ellos ninguno señaló que no esté lleno de valles oscuros y sombríos. Las cumbres son para el mundo y para los alestados de su espíritu. *Aprended de mí*, dice el Señor, *que soy manso y humilde de corazon.* Pero la humillacion que nos enseña es la del corazon, no la de puro entendimiento; y esa humildad de corazon no es otra, propiamente hablando, que el amor de los desprecios. Ni esta importante leccion la dirige precisamente á los religiosos, dirígela á todos los cristianos, á todos sus discípulos, á los grandes del

mundo, á los dichosos del siglo, á los sabios, á los ricos, á los ancianos, á los jóvenes. Pero los cristianos de nuestros tiempos ¿están muy adelantados en esta ciencia práctica? ¿aman los desprecios tanto como los santos los amaron? Ninguno hay en el cielo que no se señalase en el amor de sus abatimientos.

¡O Dios, y cuán distintas fueron de las nuestras las máximas de los santos! ¿Es nuestro espíritu el mismo que el suyo? Pero sin embargo la religion es la misma, la doctrina la propia. Muchos misterios encierra esta palpable contradiccion. Llegaron los santos al término de su carrera; ¿y llegaremos nosotros al mismo, siguiendo un camino tan opuesto?

¡Ah Señor, no consulteis á mi corazon ni á mi repugnancia natural! Humilladme, abatidme cuanto fuere de vuestro agrado, con tal que os digneis usar conmigo de misericordia. Me es necesaria la humillacion; y si por mi cobardía no la amare, haced á lo menos que la acepte con resignacion.

JACULATORIAS.

Bonum mihi, quia humiliasti me. Salm. 118.
Mucha cuenta me ha tenido, Señor, que me hayais humillado.

Humiliatus sum usquequaque, Domine, vivifica me secundum verbum tuum. Salm. 118.
Sostenedme, Señor, en mis abatimientos, segun lo habeis prometido.

PROPOSITOS.

1. Se temen, se aborrecen las humillaciones; y no se teme la condenacion eterna, que ciertamente es el mayor y el mas vergonzoso de todos los abatimientos. Nuestro orgullo es el orígen de todos nuestros desórdenes, y tarde ó temprano causa la muerte del alma. ¿Qué remedios no se aplican para curar un absceso?

No se perdona al hierro ni al fuego; admítense con gusto los mas amargos, los mas desabridos, como se consideren eficaces. Tal virtud tiene respecto del orgullo la humillacion: es amarga al amor propio, no hay duda; pero es un soberano específico para curar la inflamacion interna del corazon, por la cual el hombre se abulta á sí mismo y concibe una magnífica idea de su persona. La humillacion la reduce á su justa medida, y haciéndole bajar de aquellas alturas en que se le anda la cabeza, pone límites á la ambicion moderando sus deseos. Ama un medio tan eficaz para hacerte feliz. Si no tienes valor ni virtud para solicitar los abatimientos, por lo menos no vuelvas las espaldas á los que se te presentan; estímalos como señal cierta de la particular bondad con que te mira el Señor, y dale gracias prontamente con alguna breve oracion. Es loable costumbre la de rezar el *Laudate Dominum, omnes gentes...* cuando nos sucede algun abatimiento; y guárdate siempre de prorumpir en la mas leve queja.

2. Siéndonos tan provechosa la humillacion, ¿qué razon habrá para que no tengamos por amigos aquellos de quienes se vale Dios para enviárnosla? Háganlo por pasion, ó háganlo por inadvertencia, siempre debemos amar la mano que nos cura aunque nos abrase. Cuando el remedio es eficaz, no se hace caso que sea amargo. No hay mayor injusticia que mirar con malos ojos á los que nos humillan; si fuera lícito tener aversion á alguno, debiera ser á los que nos exaltan; pues contribuyendo á nuestra perdicion, no parece debiéramos quedarles muy obligados. ¿Te ofendió, te abatió, te humilló alguno? pues trátale con mas cariño, dedícate á servirle con mayor cuidado, y deja que gruña el amor propio cuanto quisiere; mantente firme en esta práctica, porque no la hay mas segura para hacer grandes progresos en la perfeccion.

Frecuentemente nos volvemos contra nuestros contrincantes, contra nuestros superiores, contra nuestros prelados cuando nos sucede alguna humillacion; hacemos muy mal. ¿Y porqué no nos volveremos contra nuestra insuficiencia, contra nuestra tropelía, contra nuestro poco espíritu, contra nuestra estupidez, que nos acarreó aquel abatimiento, mil veces merecido por otros muchos motivos? ¡Cosa extraña! todos confesamos buenamente que á los ojos de Dios somos despreciables; y nada sentimos tanto como ser efectivamente despreciados.

DIA SEGUNDO.

LA VISITACION DE NUESTRA SEÑORA.

Celebra la Iglesia esta fiesta el dia dos de julio en memoria de la visita que la santísima Vírgen hizo á su prima santa Isabel.

Al mismo tiempo que el Angel anunció á María la encarnacion del Hijo de Dios, le dió parte del preñado de su prima santa Isabel, que, aunque estéril y de edad muy avanzada, tenia en su vientre seis meses habia un hijo milagroso, destinado á ser precursor del verdadero Mesías. Llenó de gozo á la Vírgen esta noticia; y considerando la fortuna de aquella dichosa mujer, escogida de Dios para madre del precursor de su santísimo Hijo, la obligacion que tenia de ir cuanto antes á darle el parabien de aquella dicha, los vivos deseos que sentia de servirla, y dándole el Señor un claro conocimiento de las maravillas que queria obrar por ella en aquella misteriosa visita, partió sin dilacion para hacerla en aquel mismo dia; porque, como dice san Ambrosio, la caridad no sufre tardanzas ni dilaciones. El camino era dilatado y penoso;

y habia de viajar desde Nazaret á Hebron, ciudad sacerdotal, situada en la parte meridional de Judá, sobre unas escarpadas montañas, á diez ó doce leguas de Jerusalen, y á treinta y ocho ó cuarenta de Nazaret. No era viaje fácil á *una doncella tan tierna como la santísima Virgen; pero* el zelo y la caridad le allanaron las dificultades, sin acobardarla las fatigas del camino, porque toda su ansia era seguir la divina inspiracion y publicar las grandezas del Señor, como dice el mismo san Ambrosio.

Habiendo llegado á Hebron, se encaminó directamente á la casa de Zacarías, á cuya puerta encontró á su prima que salia á recibirla. Abrazóla tiernamente, saludóla, y apenas despegó los labios, cuando el niño de seis meses, que estaba en las entrañas de Isabel, se halló de repente iluminado con una luz celestial; conoció perfectamente la majestad y la grandeza de los huéspedes que le hacian tanta honra, y desde la oscura prision del materno albergue, ya que no podia hablar, adoró á Jesus y á María como pudo, dando dentro de él un prodigioso salto en señal, dice san Pedro Crisólogo, de su respeto y de su gozo. Notó Isabel tan alegre movimiento, y comunicándose en el mismo instante á la madre la luz sobrenatural que alumbraba al hijo, conoció el incomprensible misterio de la encarnacion del Verbo, de manera que llena su alma del Espíritu Santo, no cabiendo el gozo en las estrechas márgenes del pecho, comenzó á exclamar en alta voz: « Bendita eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre. ¿De dónde á mí tanta dicha, que venga á visitarme la madre de mi Dios y mi Señor? Favor que no soy capaz de agradecer dignamente, dejándome tan llena de asombro como de confusion. El mismo niño que tengo en mis entrañas ha conocido cuánto vale tu celestial presencia, saltando de alegría dentro de ellas luego que llega-

ron á mis oidos las primeras palabras de tu dulce salutacion. Dichosa mil veces tú, querida prima mia, que con noble sencillez, y sin dar lugar á la menor duda, creiste humildemente cuanto el Angel te anunció de parte de Dios. Sí por cierto; porque el Todopoderoso, que comenzó en tí cosas tan grandiosas y tan altas, las acabará y las perfeccionará, como tú lo has esperado. El te empeñó su palabra, pues él te la cumplirá. »

La respuesta de la Vírgen fué humilde y modesta. Ocultando cuanto podia ceder en su alabanza, rindió al Señor la gloria de todo, y solo trató de lo obligada que estaba á su beneficencia. Animada del Espíritu Santo, de que estaba llena, prorumpió entonces en aquel divino cántico, el primero del nuevo Testamento, el cual solo hace infinitas ventajas á todos los del antiguo; y tanto por el espíritu de devocion que respira en cada sílaba, como por la noble elevacion de los pensamientos y por la majestuosa soberanía del estilo, es el mas precioso monumento de la profunda humildad de María, el acto mas auténtico de su perfecto reconocimiento y el modelo mas excelente para dar gracias al cielo, que nos ha dejado el mismo que le inspiró.

« Engrandece, alma mia, al Señor, dijo la Vírgen, obrador de tantas maravillas, y sea para solo él toda la gloria. No puedo pensar en ellas sin sentir todo mi corazon preocupado de alegría en aquel Señor que adoro como á mi Dios, que venero como á mi Salvador, y que amo como á mi Hijo. Dignóse poner los ojos en mi humildad, y elevó su vil esclava á la dignidad de madre suya. Bien sé que por esto me admirarán todas las naciones, y ensalzarán perpetuamente mi dicha en los siglos venideros; pero si es que se halla en mí alguna cosa grande y elevada, á él solo se le debe toda la gloria, él fué quien me engrandeció, y

á él debo todo cuanto soy. Nada soy por mí misma; él es el autor de las maravillas que todas las naciones admirarán y publicarán de mi persona, las que ni aun yo misma puedo bastantemente engrandecer. Confesarán las mismas naciones que el Todopoderoso hizo en mí cosas grandiosas, y que no es menos poderosa su omnipotente mano que santo su nombre agradable. En mil ocasiones experimentaron nuestros padres los excesos de su misericordia. ¿Qué prodigios no hizo por defender á los que temian? Desplegó toda la fuerza de su brazo, combatió por ellos, desconcertó los planes de sus enemigos, derribó del trono á los soberbios monarcas que los amenazaban con su total ruina; y como el Señor se complace en abatir á los que se engrien, y en elevar á los que se humillan, despues de haber abatido el orgullo de los tiranos, ensalzó á los humildes, y llenó de hartura á los pobres, mientras los ricos privados de sus riquezas perecian de hambre. Faraon sumergido, Saul reprobado, humillado Roboan, Olofernes abatido, Amán desgraciado, y Nabucodonosor que presumia de deidad confundido con los brutos, mientras los mas viles siervos de Dios se veian exaltados; todo esto acredita cuánto ama el Señor á los humildes.

« Y aunque es así que todos los verdaderos israelitas, todos los fieles siervos suyos recibieron de su mano gracias extraordinarias en todas las edades del mundo; pero en este tiempo muy particularmente la misericordia de Dios ha hecho resplandecer su bondad en su favor. Viene á salvarlos, quiere vivir entre ellos y morir por ellos, no habiendo echado en olvido la promesa que hizo á Abrahan y á los de su linaje, de derramar en sus hijos los tesoros de sus misericordias. Acaba el Señor de dar un Salvador á Israel, y un Rey á la casa de David; el Mesías tan esperado, el fin de la ley y el objeto de todas las

profecías. Por su venida suspiraron los santos, los patriarcas y los profetas, y él fué el blanco de todas sus ardientes ansias. »

De esta manera con un portentoso rayo de luz sobrenatural descubrió, digámoslo así, de una sola ojeada la santísima Vírgen todas las antiguas promesas y profecías, con el pleno cumplimiento de todas ellas, mil veces mas iluminada y mas privilegiada ella sola que todos los profetas juntos. Conocióse bien, dice san Ambrosio, en aquella admirable conversacion de María y de Isabel que ambas profetizaban con un mismo espíritu duplicado, uno el que inspiraba á las madres, y otro el que llenaba á los hijos: *Duplici miraculo prophetant Matres spiritu parvulorum.*

Cerca de tres meses se detuvo la santísima Vírgen en casa de su prima. Y es fácil discurrir, dicen los santos padres, qué dichosa seria aquella mansion para toda la casa de Zacarías, cuántas gracias y cuántas bendiciones le mereceria. Sabemos que por haber estado hospedada por espacio de un mes en casa de Obededon el arca del Testamento, le bendijo Dios á él liberalmente y á todo cuanto le pertenecia; ¿pues qué bendiciones no derramaria sobre la dichosa familia de Isabel los tres meses que tuvo á María por huéspeda en su casa? Aquella pureza que conservó san Juan toda la vida efecto fué, dice san Ambrosio, de la uncion y de la gracia que ocasionó á su alma la presencia de la santísima Vírgen. Dice el mismo santo que esperó hasta el parto de su prima para asistir al nacimiento de aquel por quien principalmente habia hecho la visita; y despues que vió por sus ojos todas las maravillas obradas en aquel portentoso nacimiento, se restituyó á Nazaret, donde se mantuvo los seis meses que le quedaban de preñado.

Esta visita de nuestra Señora á santa Isabel comprende grandes misterios, y fué tan gloriosa para María,

que la Iglesia quiso renovar todos los años su memoria con fiesta particular. Y á la verdad, esta fué la primera vez que la Virgen fué públicamente reconocida por madre de Dios y reverenciada como tal. Por la voz de María santificó Cristo á Juan, y con razon se dice que este fué el primer milagro que obró Dios por medio de la santísima Virgen. Ninguna cosa acredita mas el poder que el Salvador concedió á su bendita Madre, dice san Bernardo y san Bernardino, que la economía que observó en la distribucion de sus primeras gracias. ¿Quiere santificar á su precursor aun antes que nazca? pues ha de ser por medio de María. ¿Resuelve manifestarse al mundo por el primer milagro que obró, convirtiendo el agua en vino en las bodas de Caná? pues aguarda á que María se lo pida; dándonos á entender, dicen los santos padres, que así como se nos dió á sí mismo por medio de María, así quiere tambien que recibamos por su medio todas las demás gracias y beneficios (1): *Nihil nos Deus habere, quod per Mariæ manus non transiret.*

Considerando san Ambrosio esta célebre visita tan señalada con misterios, profecías y prodigios, sale como fuera de sí de admiracion. Oye Isabel, dice este padre, la primera voz de María, y Juan siente al mismo tiempo la gracia de Jesucristo. Publican las dos madres las maravillas de la gracia, y experimenta Juan en el claustro materno sus operaciones. Llena Cristo á Juan de la gracia aneja al ministerio de precursor, y Juan anticipa las funciones de este ministerio con prodigio duplicado; en fin, animadas María é Isabel con el espíritu de sus hijos, traban una conversacion en que alternativamente enlazan una cadena de oráculos y de profecías.

La presencia de Jesus, dice san Agustin, hace saltar á Juan en el vientre de su madre; llénase Isabel del

(1) Bernard. serm. in vig. Nativ. Domin.

espíritu de Dios al ver á María; el gozo, la humildad y el reconocimiento de la santísima Vírgen resplandecen divinamente en aquel admirable cántico con que respondió á las bendiciones de Isabel, y una y otra, prosigue san Ambrosio, pronuncian tantos oráculos como palabras.

¡Oh cuántos misterios, cuántas lecciones se encierran en esta santa visita! ella nos enseña los motivos y el modo de hacer las nuestras, como tambien las de recibir las que el Señor nos hace interiormente. En ella se encuentra la mas señalada prueba del poder que tiene María con Dios, y un argumento del mayor consuelo para alentar la confianza que debemos tener en María. Las resplandecientes virtudes de atencion y de caridad que ejercitó en esta visita deben servirnos de instruccion; y las maravillas que obró el Todopoderoso por medio de su santísima Madre deben encender nuestra tierna devocion hácia esta divina Señora, conociendo la mucha razon con que la Iglesia la invoca sin cesar como vida, dulzura y esperanza nuestra despues de Jesucristo.

Es cierto que desde el nacimiento de la Iglesia fué este divino misterio objeto dulce de la veneracion de los fieles; pero su fiesta no se instituyó hasta el tiempo de Urbano VI, confirmándola y publicándola su sucesor Bonifacio IX el año de 1389, para extinguir el funesto cisma que despedazaba la Iglesia con dolor y llanto general de todos los buenos. En la bula de Bonifacio se da á entender que su predecesor habia pensado hacer ayuno de precepto la vigilia de la Visitacion y de la Natividad de la Vírgen, como ya lo era la de su Asuncion, mandando que tambien se celebrase con octava. El concilio de Basilea renovó la institucion de esta fiesta con el mismo fin de pedir á Dios la paz de la Iglesia, y en Italia y en Francia se declaró por fiesta de precepto. Pero la religion de san

Francisco la celebraba ya mucho tiempo antes, desde el año de 1263; y se asegura que en la iglesia de Oriente era ya por entonces muy antigua. Los ingleses solo conservaron su nombre despues del cisma en su calendario; pero toda la Iglesia católica la celebra con gran solemnidad.

Habiendo fundado san Francisco de Sales una nueva órden de religiosas, tan célebre el dia de hoy en la Iglesia universal, extendida felizmente por todo el universo con tanto ejemplo como admiracion de los pueblos, quiso que se llamasen las monjas de la Visitacion; porque siendo como la basa y el fin de su instituto la imitacion de las virtudes que ejercitó la Virgen en aquella misteriosa visita, le pareció conveniente que este augusto título fuese tambien como su distintivo y su carácter.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma en la via Aureliana, la fiesta de los santos mártires Proceso y Martiniano, quienes, habiendo sido bautizados por el apóstol san Pedro en la prision de Mamertino en tiempo de Neron, tuvieron la boca magullada, fueron puestos en el potro, azotados, apaleados, expuestos á las llamas y por último degollados.

Tambien en Roma, el suplicio de tres santos soldados, que, convertidos á la fe de Jesucristo en el martirio del apóstol san Pablo, merecieron subir con él á la gloria eterna.

En dicho dia, los santos Ariston, Crescencio, Eutiquiano, Urbano, Vital, Justo, Felicísimo, Félix, Marcia y Sinforosa, los cuales recibieron todos la corona del martirio en la Campaña, estando en su mayor fuerza la persecucion de Diocleciano.

En Winchester en Inglaterra, san Winthun, obispo, cuya santidad brilló con milagros.

En Bamberga, san Oton obispo, que con su predicacion convirtió á la fe los pueblos de la Pomerania.

En Tours, la muerte de la piadosa mujer santa Monegonda.

En Brie, san Jerocho, cura de San Pedro de Gilmoutier, cerca de Pomeuse, venerado en Nebay.

En Villanueva de Aviñon, el beato Pedro de Luxemburgo, canónigo de Nuestra Señora de París, luego obispo de Metz, y por último cardenal, célebre por los grandes milagros, obrados despues de su muerte en el cementerio de San Miguel de Aviñon, delante de su sepulcro, sobre el cual fué edificada una iglesia donada despues á los Celestinos.

En dicho dia, el natalicio de san Eutiquez, mártir.

En el mismo dia, san Máximo, obispo de Nápoles.

En Bresa, san Sabino y san Cipriano, mártires.

La misa es del misterio del dia, y la oracion la siguiente.

Famulis tuis, quæsumus, Domine, cœlestis gratiæ munus impertire; ut quibus beatæ Virginis partus extitit salutis exordium, Visitationis ejus votiva solemnitas pacis tribuat incrementum. Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, Señor, concedas á tus siervos el don de tu divina gracia, para que ya que recibieron el principio de su salvacion en el parto de la Virgen, reciban tambien el aumento de la paz en la fiesta de su Visitacion. Por nuestro Señor...

La epistola es del cap. 2 del libro de los Cantares.

Ecce iste venit saliens in montibus, transiliens colles: similis est dilectus meus capræ, hinnuloque cervorum. En ipse stat post parietem nostrum respiciens per fenestras, prospiciens per cancellos. En dilectus

Hé aquí que este viene saltando por los montes, y pasando los collados: mi amado es semejante á un cabritillo y á un cerbato. Hélo aquí que está detrás de nuestra pared mirando por las ventanas, y ace-

meus loquitur mihi: Surge, propera, amica mea, columba mea, formosa mea, et veni. Jam enim hiems transiit: imber abiit, et recessit. Flores apparuerunt in terra nostra, tempus putationis advenit: vox turturis audita est in terra nostra: ficus protulit grossos suos: vineæ florentes dederunt odorem suum. Surge, amica mea, speciosa mea, et veni: columba mea in foraminibus petræ, in caverna maceriæ, ostende mihi faciem tuam, sonet vox tua in auribus meis: vox enim tua dulcis, et facies tua decora.

chando por las celosías. Hé aquí que mi amado me habla: Levántate, date priesa, amiga mia, paloma mia y hermosa mia, y ven. Porque ya pasó el invierno, y desapareció la lluvia. Las flores se dejaron ver en nuestra tierra, llegó ya el tiempo de podar: la voz de la tórtola se oyó por nuestras campiñas, la higuera ha producido sus higos, las viñas florecientes dieron su olor. Levántate, amiga mia, hermosa mia, y ven. Mi paloma en las hendiduras de la piedra, en la caverna de los escombros, hazme ver tu rostro: suene tu voz en mis oidos, porque tu voz es dulce, y hermoso tu semblante.

NOTA.

« El libro de donde se sacó esta epístola tiene por » título: *El Cántico de los Cánticos*; esto es, el mas » excelente cántico entre todos los del Testamento » antiguo. En él describe Salomon, hablando propia- » mente, no un matrimonio carnal, ni los amores de » un esposo apasionado, sino en la intencion del Es- » píritu Santo, y segun la idea de la Iglesia y de los » santos, el castísimo desposorio de Cristo con la » naturaleza humana, con su santa Iglesia y con » cada alma en particular. Viene á ser una continua- » da parábola, que debajo de expresiones alegóricas » encierra espiritualísimos misterios de la union del » Verbo á nuestra naturaleza en la Encarnacion, y » de la que estrecha al hombre Dios con su santa es- » posa la Iglesia. »

REFLEXIONES.

Describe el Espíritu Santo en las palabras de la epístola las amorosas ansias de Dios por el alma fiel, á quien ama como á su querida esposa, y los castos ardores del alma santa por Jesucristo, con quien se regala como con su adorado Esposo. Viene á ella este amoroso Dios con tanta apresuracion, que mas parece volar que correr. Nada le detiene; ni nuestra bajeza, ni nuestra nada, ni nuestras ingratitudes. No se puede explicar mas su celeridad, que diciendo viene brincando como un cabritillo, y saltando de montaña en montaña como un ciervo. Así se explica el Espíritu Santo cuando quiere hacernos comprender la viveza y la impaciencia de su amor. En hallando Dios una alma tan pura que solo suspira por él, parece que él tampoco suspira mas que por entregarse y por comunicarse todo á ella. Oye el alma santa perfectamente su voz y conoce su venida. Antes de la Encarnacion del Verbo parece que el amado Esposo de las almas, respecto de nosotros, estaba como escondido tras de un espeso velo, oiamos su voz, escuchábamos sus profecías, admirábamos sus prodigios, pero solamente le veíamos como entre sombras en las figuras del Testamento antiguo; mas despues de la Encarnacion le vimos con nuestros ojos, le oimos con nuestros oidos, le palpamos con nuestras manos, como se explica san Juan; y el dia de hoy le tenemos realmente en el augusto sacramento del altar, donde mil veces al dia se nos deja ver para nuestro consuelo y para nuestra santificacion. Es verdad que todavía está como incógnito, y se asoma como por entre celosías, porque en esta vida no le podemos gozar perfectamente; todavía le ocultan las sombras, todavía le esconden las especies, y solamente le vemos como á medias, y hasta la otra vida no le veremos

cara á cara. Con todo eso se da á conocer bien sensiblemente al alma santa; óyele, escúchale bien distintamente, viene de dia, acude de noche y á todas horas la visita. ¡Dichosa el alma á quien halla en vela el celestial Esposo! ¡Feliz la esposa casta que le sale á recibir con la lámpara encendida! Retirada del bullicio del mundo, recogida en una profunda quietud, tranquila en un perfecto silencio, siente que viene su amado y dice: Ya se acerca mi adorado esposo, ya suena su voz en mis oidos, ya percibo claramente sus palabras: levántate, amiga mia; date priesa, esposa mia. No gusta Dios de siervos perezosos; las almas delicadas, tibias y flojas no llegan á merecer la augusta cualidad de esposas suyas. No sufre tardanzas ni dilaciones la gracia del Espíritu Santo; quiere el Señor que nos demos priesa á obedecerle y agradarle. Vírgenes eran las vírgenes necias; no dice el Salvador que hubiesen cometido culpa alguna grave; esperando estaban á su celestial Esposo; todo su delito fué no haber proveido á tiempo sus lámparas, teniéndolas encendidas; haberse descuidado un poco y haber acudido ya tarde. ¡Cuántos mueren con ánimo de convertirse! ¡cuántas almas queridas del Señor andan toda la vida arrastrando por no haberse dado alguna priesa! ¡á cuántos edificios derriba una borrasca repentina por no haberse cubierto algunos dias antes! ¡Válgame Dios, y qué estragos causa la pereza espiritual!

El evangelio es del cap. 1 de san Lucas.

In illo tempore: Exurgens Maria, abiit in montana cum festinatione in civitatem Juda. Et intravit in domum Zachariæ, et salutavit Elisabeth. Et factum est ut audivit sa-

En aquel tiempo: Levantándose María, fué con presura á la montaña á una ciudad de Judá; y entró en casa de Zacarías, y saludó á Isabel. Y sucedió que luego que Isabel oyó la saluta-

lutationem Mariæ Elisabeth, exultavit infans in utero ejus: et repleta est Spiritu Sancto Elisabeth: et exclamavit voce magna, et dixit: Benedicta tu inter mulieres, et benedictus fructus ventris tui. Et unde hoc mihi, ut veniat Mater Domini mei ad me? Ecce enim ut facta est vox salutationis tuæ in auribus meis, exultavit in gaudio infans in utero meo: et beata quæ credidisti, quoniam perficientur ea, quæ dicta sunt tibi à Domino. Et ait Maria: Magnificat anima mea Dominum: et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.

cion de María, saltó el niño en su vientre: é Isabel fué llena del Espíritu Santo; y exclamó en voz alta, y dijo: Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. ¿Y de dónde á mí que la Madre de mi Señor venga á mi casa? Porque mira, apenas la voz de tu salutacion llegó à mis oidos, brincó de gozo dentro de mi vientre el niño: y dichosa tú que has creido, porque se cumplirán las cosas que te fueron dichas por el Señor; y María dijo: Mi alma ensalza al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador.

MEDITACION.

SOBRE EL MISTERIO DEL DIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera qué llena está de misterios esta celestial visita. Apenas se ve María constituida en la dignidad de Madre de Dios, cuando parte para santificar á Juan y á toda la casa de Zacarías. No bien abre la boca para saludar á Isabel, cuando Isabel se siente llena del Espíritu Santo, y el niño que tenia en sus entrañas colmado de gracias y favores. Quiere el Salvador que su Madre sea el instrumento de la primera santificacion que obró viniendo al mundo. Tomó entonces María posesion, digámoslo así, del oficio de medianera que despues habia de ejercer con tanta gloria suya como provecho nuestro. Quiso enseñarnos Jesucristo, dice san Bernardo, con esta misteriosa visita lo mucho que su Madre habia de contribuir á nuestra salvacion.

así por la parte que la habia de tocar en la obra de la redencion, como por el poder que ya manifestaba para solicitar y conseguir mil gracias celestiales en favor de cuantos recurriesen á ella. Procuremos, dice este padre, subir á Jesus por María, puesto que por María bajó hasta nosotros Jesus (1): *Studeamus nos ad ipsum per eam ascendere, qui per ipsam ad nos descendit.*

Como tenia resuelto el Salvador no hacer el primer milagro sino á ruegos y por intercesion de su Madre, así tambien determinó no santificar á su precursor sino por la presencia y por el órgano de esta divina Señora. Apenas encarnó el Dios de las misericordias, cuando á todos nos declaró, dice san Bernardo, que tenia constituida á su Madre en la superintendencia general, por decirlo así, de la distribucion de las gracias. Decid, escribia á los canónigos de Leon, que María halló para sí y para nosotros la fuente de la gracia; decid que es la mediadora de la salvacion y la restauradora de los siglos; tendréis mucha razon para decirlo, porque así nos lo canta á todos la Iglesia: *Hæc mihi de illa cantat Ecclesia*: oráculo que debo escuchar; guia infalible que debo seguir: *Quod ab illa accepi, securus teneo.* Es María para nosotros puro manantial de vida; es nuestro consuelo en este destierro; es nuestra esperanza en tantos peligros: *vita, dulcedo, et spes nostra.* No hay mayor consuelo que saber podemos seguramente invocar á María en nuestras necesidades, con la confianza de hallar en ella una protectora tan poderosa como benigna, porque siempre es reina y madre de misericordia. Esto significa aquella prontitud, aquella acelerada diligencia con que dice el Evangelio que partió á visitar á santa Isabel y á colmar de bendiciones su dichosa casa luego que se vió madre del

(1) Serm. 1 de Advent.

Salvador del mundo. ¡ Cuánta confianza debemos todos tener en esta misericordiosa Madre de los elegidos! ¡Y qué mayor señal de reprobacion, que no tener confianza ni devocion á la santísima Vírgen! Siendo la salvacion nuestro grande y nuestro único negocio, ¿qué disculpa podemos tener para no valernos de todos los medios que nos proporciona la Iglesia para asegurarle? Ahora pues : sabemos que María es la coadjutora de Dios en el cumplimiento de esta salvacion; esta Señora dió principio á ella con su consentimiento á la embajada del Angel, y así tambien ella la ha de consumar y completar con su cooperacion. Consideremos ahora cuánto nos importa solicitarla, instarla, importunarla para que se interese en nuestro favor con súplicas, con ruegos, con oraciones y con profesarle una tierna y constante devocion.

PUNTO SEGUNDO.

Considera las eminentes virtudes que ejercitó la Vírgen en aquella caritativa visita : con qué prontitud obedeció los movimientos, los impulsos del Espíritu Santo luego que se sintió animada de ellos. Instruida de los designios de Dios en órden al santo Precursor, no deliberó ni un momento; nada la detiene, nada la acobarda, ni la delicadeza de su temperamento, ni las penalidades del camino, ni lo dilatado del viaje. Conoce la Vírgen que la manda Dios hacer esta visita; parte, corre, vuela á obedecerle. ¡Oh y cuánta verdad es que la gracia del Espíritu Santo no sufre tardanzas ni dilaciones! pero ¡ qué prodigio de humildad en la modestísima María! Constituida ya Reina soberana del universo por la augusta cualidad de Madre del mismo Dios, tenia derecho á exigir rendimientos y adoraciones, no solo de Isabel, sino de todos los hombres y de todos los ángeles; pero ella

se adelanta, ella la previene. Sorpréndese Isabel al verse tan honrada de María; sorpréndese María al ver tan sorprendida á Isabel, y solo trata de publicar las misericordias del Señor para con su humilde sierva; solo se ocupa en tributarle obsequios que á su humildad se representan precisas obligaciones. ¡Cuántas virtudes brillaron en aquellas santas conversaciones! *Todo el asunto de ellas fué la grandeza de Dios, los excesos de sus misericordias, las maravillas de la gracia.* Pero ¿cuáles fueron sus efectos? Juan santificado en el vientre de su madre, Isabel llena del Espíritu Santo, Zacarías colmado de celestiales bendiciones, toda la familia favorecida del cielo. Nunca son menos provechosas las visitas de la santísima Vírgen; todo es santidad, todo es dicha en quien favorece esta Señora. Pero ¿son siempre tan útiles aquellas visitas de atencion y de buena crianza que se usan en el mundo? ¿son siempre tan santas? ¿corresponde siempre el fruto á los motivos? Pasan en visitas la mayor parte de la vida los nobles, los caballeros, las señoras de conveniencias y generalmente casi toda la gente ociosa de los pueblos. Considérese bien cuáles suelen ser los motivos, cuál es el mérito y el asunto de las conversaciones. ¿Son verdaderamente cristianas todas esas visitas? pocas hay que no tengan por motivo alguna pasion; sin la murmuracion parece que la conversacion no tiene alma. ¡Oh y cuánto tiempo se pierde ordinariamente en las visitas! ¡y qué pocas hay en que no se pierda mas que el tiempo! ¡En cuántos peligros para la salvacion se tropieza en ellas! ¡cuántos lazos se arman á la inocencia! Así las visitas divertidas como las ociosas son el gran teatro donde hace fortuna el espíritu del mundo; allí se debilita la fe, allí se apaga la devocion, allí es donde la mas refinada, la mas engañosa mundanidad hace ostentacion de sus falsas brillanteces y maneja

la gran máquina de todos sus artificios. ¡Mi Dios, y qué materia tan fecunda de amargos arrepentimientos darán á la pobre alma en la hora de la muerte esas desdichadas visitas! Si la atencion, si la obligacion, si la caridad nos pusieren en precision de hacerlas, sea la regla y el modelo la que hizo la Vírgen á su prima santa Isabel. Es muy precioso el tiempo para perderle y malograrle en visitas inútiles.

¡Oh Señor, y cuántos motivos tengo en la hora presente para arrepentirme de las que he hecho hasta aquí! No, no es lo único que he perdido el tiempo, tan precioso como corto; pero confío en vuestra divina gracia y en la intercesion de la santísima Vírgen, que en adelante no me darán motivo de arrepentimiento.

JACULATORIAS.

Benedicta tu inter mulieres, et benedictus fructus ventris tui. Luc. 1.

Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre.

Ostende mihi faciem tuam: sonet vox tua in auribus meis.

Dígnate, ó Vírgen santa, volver á mí tus amorosos ojos, y suene tu dulce voz en mis oidos.

PROPOSITOS.

1. Son el dia de hoy las visitas en el mundo un cultivado comercio de la ociosidad en que con muchos cumplimientos y con grande aparato de realidad y buena fe, recíprocamente se engañan los unos á los otros. Por lo comun, apenas hay tiempo mas mal empleado, á no ser por motivo de caridad ó de precisa obligacion; pocas visitas hay que no sean perniciosas, y así resuélvete á no hacer mas que las ne-

cesarias. No todas las condena la religion, las hay cristianas, las hay lícitas y honestas; pero nunca lo son cuando hay peligro de pecado. Conviene que su motivo sea siempre ó la caridad, ó la atencion, ó la buena crianza. El tiempo que se gasta en ellas nunca debe perjudicar ni á los negocios de la familia ó del empleo, ni mucho menos al de la salvacion. Los ociosos pasan en visitas toda la vida; ¡qué tiempo tan vacío en la hora de la muerte! Es señal de conciencia poco tranquila y de corazon inquieto el no acertar á estarte solo en tu casa. Abstente de toda visita no necesaria, á que no te precise alguno de los motivos arriba insinuados, y en todas las que hicieres observa las reglas siguientes:

2. Primera: Que sean raras. Toda frecuencia indica algun apego peligroso, y cuando menos mucha ociosidad. Segunda: Que sean breves. Fuera de perderse el tiempo, es inseparable el enfado y la importunidad de toda visita larga; por lo comun ninguno las hace mas molestas que los hombres pesados y taciturnos; paréceles que cuanto mas te cansen te hacen mas merced. Tercera: Que siempre haya un buen motivo para hacerlas y nunca sean por mera curiosidad. Mas vale sufrir cada uno en su casa el tedio de la soledad, que irse á las ajenas á enfadar á otros. Cuarta: Si son de obligacion, hazlas con exactitud; si de cortesanía, con circunspeccion; y si de caridad, con la mayor diligencia. Quinta: Es la conversacion el alma de las visitas; pero si está viciada el alma, si la conversacion es, ó de lances poco decorosos y tal vez denigrativos de las personas, ó de cuentecillos que llevan dentro de sí cierto secreto veneno, ó de modas, ó de galas, ó de un mueble suntuoso, ó de bureos, dirigidas á inspirar y á fomentar el espíritu del mundo, ¿harán muy cristianas visitas todas estas conversaciones? Pon el mayor cuidado en no



S. HELIODORO, O.

tocar en ellas materia alguna de que despues te hayas de arrepentir. Sexta : Procura imitar en todas tus visitas las virtudes que ejercitó la Vírgen en la de santa Isabel. Nunca debes hacerlas sin justa causa, ni trabar en ellas conversaciones que no sean cristianas, y debes estar en todas con circunspeccion, respeto y compostura. Las visitas que se hagan con estas circunstancias siempre serán provechosas. Séptima : Advierte bien que, aunque las visitas se hagan con el mas justo motivo, todavía pueden no carecer de peligro; es muy sutil el enemigo de nuestra salvacion, y la pasion mas peligrosa de todas se disfraza con todo género de mascarillas. Por mas especioso que sea el pretexto de las visitas, siendo un poco frecuentes con personas de diferente sexo, las mismas visitas son tentaciones.

DIA TERCERO.

SAN HELIODORO, OBISPO.

Fué natural de Dalmacia y contemporáneo de san Jerónimo, con quien trabó estrecha amistad; y se cree que ambos fueron de un mismo lugar, esto es, de Stridon, ciudad de Iliria en los confines de la Dalmacia y de la Panonia, que despues fué destruida por los godos, y nació hácia el principio del cuarto siglo. Ignóranse los sucesos de sus primeros años, y solamente se sabe que sus padres eran muy acomodados, y que tuvieron gran cuidado de darle una cristiana educacion. Habiendo ido á Italia san Jerónimo, le siguió Heliodoro, no solo con el fin de perfeccionarse en el estudio de las letras humanas y divinas, sino principalmente con el intento de instruirse en

aquel género de vida que le pareciese mas proporcionado para hacerse santo. Al principio tuvo pensamiento de peregrinar por todas las provincias del Oriente para aprender de aquellos grandes maestros de la vida espiritual el arte de llegar á la perfeccion; pero conociendo bien el fondo de san Jerónimo, le pareció que le bastaba para esto el magisterio de tan santo y sabio director; por lo que noticioso de que habia vuelto de las Galias, se fué á buscarle en Aquileya, y entregado enteramente á la disciplina de tan hábil como experimentado maestro, en breve tiempo hizo admirables progresos en los caminos del Señor.

Apenas gustó Heliodoro los dulces consuelos de la vida interior, cuando le causó tedio y fastidio la tumultuosa y bulliciosa del mundo, siendo desde entonces la soledad el objeto de todas sus ansias y suspiros: con todo eso no se pudo resolver á separarse de su amado director; pero desde luego entabló cierto género de vida monacal, y sin encerrarse en ningun monasterio, privadamente practicaba en su casa todos los ejercicios de la vida ascética y solitaria, sin dejarse ver casi de nadie y empleando dia y noche en la oracion y en el estudio de la sagrada Escritura.

Pero habiendo determinado san Jerónimo hacer un viaje al Oriente en compañía de Inocente y del presbítero Evagrio, quiso tambien Heliodoro acompañarlos. No era precisamente su fin hacerse mas sabio conversando con los grandes hombres que entonces florecian, sino santificarse mas y mas, visitando á tantos milagrosos varones como á la sazon llenaban el mundo de portentosos ejemplos. Corrieron juntos la Tracia, la Bitinia, el Ponto, la Galacia, y en fin llegaron á Siria. Entraron en Antioquía, donde conocieron al famoso heresiarca Apolinar, cuya herejía aun no

estaba públicamente descubierta, por el gran cuidado que ponia en disimular sus errores con el velo de una virtud aparente y á favor de una falaz y artificiosa elocuencia. Concurria frecuentemente Heliodoro á oirle la explicacion de la sagrada Escritura; pero tardó poco en percibir el veneno que derramaba el nuevo doctor con tanta sutileza. Hizosele muy sospechosa la novedad de sus opiniones, y esto bastó para mirarlas con horror.

Despues que san Jerónimo hizo alguna mansion en Antioquía, se retiró á un desierto de la provincia de Calcida, hácia los confines de la Siria y de la Arabia. Siguióle san Heliodoro, satisfaciendo á un mismo tiempo su invariable inclinacion á la soledad y su tierna pasion á su santo director. Quedóse Evagrio en Antioquía, y como era hombre rico, tomó de su cuenta proveerlos de todo lo necesario para su manutencion.

Hacia Heliodoro maravillosos progresos en la ciencia de los santos, no menos con las lecciones que con los ejemplos de tan experimentado maestro, cuando renovándose de repente en su corazon la tierna memoria de la dulce patria y el amor á sus parientes, sintió unos vivísimos deseos de volverse á Dalmacia. Por mas que san Jerónimo le representó el lazo que le armaba el tentador, venció finalmente el amor á la patria y se partió para ella, dando palabra á su director de que volveria á buscarle. Pareciéndole á Jerónimo muy larga la estancia que hacia entre sus parientes, le causó alguna inquietud, temiendo que así estos, como los grandes bienes que podia heredar de sus padres, le hiciesen flaquear en la vocacion y volviese á engolfarse en los peligros del mundo. Con este temor, desde su destierro de Calcida le escribió la carta siguiente llena de ternura, no menos que de vivos y cristianos desengaños.

« Bien sabes, amado Heliodoro mio, lo oprimido que quedó mi corazon cuando te ví apartar de mí. Fuéme tu ausencia sumamente dolorosa; no cesaron mis ojos de llorar desde que te separaste de mi presencia, y el mismo papel en que te escribo puede dar testimonio de que todavía no se ha agotado el manantial. Permíteme que te busque con mis cartas, ya que no te pude detener con mi persona. » Y pasando de repente por una parte á las mas cariñosas, y por otra á las mas vivas reprensiones, añade :

« Pero ¿á qué fin usaré contigo de súplicas, ni de halagos? Un corazon tan dolorosamente herido como el mio no debe manejar otras armas que la cólera para la venganza. ¿Qué haces, pues, en la casa de tu padre, delicado y tímido Heliodoro? Ya se oye el ruido de las trompetas, ¿y tú no tienes valor para marchar al combate? ¿Adónde se fué aquel santo ardor de tus primeros alientos? ¿Te has olvidado por ventura de quién es el capitan en cuyos estandartes te alistaste? » Aquí es donde san Jerónimo recuerda á su querido Heliodoro aquella máxima, igualmente generosa que cristiana, tantas veces repetida :

« Aunque tu madre, tendidos y desgreñados los cabellos, bañados en lágrimas los ojos, emplease todo el artificio de la ternura mas halagüeña y tentadora; aunque te pusiese á la vista aquellos mismos pechos que te dieron leche, con el fin de detenerte; aunque tu padre se postrase al umbral de la puerta para cerrártela, no debieras acobardarte, debieras pasar por encima de él, pisar y atropellar á tu padre por amor de Jesucristo. Seria entonces piadosa la misma crueldad, seria blandura cristiana la insensibilidad y la dureza. Corre, vuela á las banderas de Cristo, en las cuales te alistaste.

« Considera que si todavía haces pretension á la herencia del siglo, es preciso renuncies el derecho

que tienes á ser coheredero de Cristo en el reino de la gloria. Un verdadero siervo de Cristo (dice en otra parte) ni desea poseer, ni efectivamente posee otra cosa que al mismo Jesucristo. Si deseas ser perfecto, amado Heliodoro, ¿para qué vuelves todavía los ojos hácia la caduca y perecedera sucesion de tu padre? Pero si ya no lo deseas, ¿cómo tuviste aliento para engañar al Señor (por decirlo así) prometiéndole no poner jamás tu corazon en otra cosa que en él? Y no te canses en alegarme razones para excusar tu inconstancia, porque todas son muy frívolas; no hay lazos que no pueda romper el amor de Dios, ó el temor del infierno, cuando se quiere eficazmente.»

El fin de la carta contiene el elogio de la vida solitaria, y es un poderoso estímulo á Heliodoro para que vuelva á gustar de su dulzura.

«¡O desierto (exclama el santo doctor), ó desierto! tú solo produces aquellas flores que exhalan tan grato olor al gusto de Jesucristo. ¡O encantadora soledad, en que nace la cantera de donde se sacan las piedras para edificar la ciudad santa de Sion! ¡ó dulcísimo retiro, en el cual no se desdeña Dios de tratar familiarmente con el hombre! ¿Qué haces en el mundo, amado hermano mio, tú que eres mas noble que el mundo mismo? ¿hasta cuándo te has de detener voluntariamente cautivo en esa tumultuaria y bulliciosa mansion de las poblaciones? ¡O Heliodoro, tú temes la pobreza, y ves aquí que Jesucristo dice que son bienaventurados los pobres! Espántale el trabajo; pero díme, ¿se consigue la corona sin pelea? Te ponen miedo los ayunos y las penitencias; mas ¿porqué no consideras que todo lo suaviza la fe? No, amado Heliodoro mio, no hay que esperar alegrarse en este mundo, y reinar en el otro con Cristo.»

No pudieron menos de hacer impresion en un co-

razon tan bien dispuesto unas instancias tan vivas como fuertes. Ignoramos absolutamente los estorbos que impidieron á nuestro santo el volverse á la soledad de Siria; solamente sabemos que, por mas que el mundo le tentó, valiéndose de todos sus artificios para engañarle, jamás desmintió su primera resolucion. No alteró su inclinacion al retiro la estancia en su país, viviendo entre sus parientes como pudiera en la ermita, ó en la gruta de Calcidia; y luego que pudo dejar su patria, se despidió de ella, para no volverla á ver jamás. Desconfiando de poder juntarse otra vez con su director, resolvió hacer segundo viaje á Italia; y teniendo presentes los grandes ejemplos de virtud que habia observado en muchos santos eclesiásticos de los que componian la clerecía de Aquileya, determinó encaminarse á esta ciudad. Apenas llegó, cuando se dió á conocer por su virtud, por su sabiduría y por su mérito, haciéndose digno de ser luego admitido en la misma clerecía; en cuyo venerable cuerpo, no obstante de componerse de eclesiásticos tan ejemplares, se distinguió muy en breve por su doctrina y por sus raras virtudes. En vista de su vida retirada, humilde y penitente, se le honró con la veneracion universal, siendo generalmente aclamado por hombre santo; y vacando por entonces la silla episcopal de Altino, sufragánea de la metrópoli de Aquileya, no se halló en todo el clero sugeto mas digno de ocuparla que Heliodoro. Costó mucho vencer su repugnancia á tan alta dignidad, sin que la eleccion del pueblo y del clero bastase para persuadirle era benemérito de ella, atemorizándole las terribles obligaciones del cargo episcopal; pero al fin, despues de una larga resistencia, le fué preciso ceder y rendirse á la voluntad de Dios tan sensiblemente declarada.

Dió nuevo lustre la dignidad á su virtud; y do-

blando los ayunos y las penitencias, en poco tiempo se mereció por su zelo y por su doctrina el concepto general de uno de los prelados mas santos de aquel siglo. Hizo eterna guerra á los enemigos de la fe, manteniéndose inseparablemente unido á la doctrina de la Iglesia. Opúsose con vigor á los dogmas de los apolinaristas y de los arrianos, asistiendo al concilio de Aquileya, que con este fin se celebró el año de 381. Habiase convocado á solicitud de san Ambrosio, que fué como el alma del concilio; y conociendo con esta ocasion al obispo de Altino, descubrió su gran fondo y estrechó con él una fina amistad.

Concluido el concilio, se dedicó enteramente nuestro santo á conducir á sus ovejas por el camino seguro de la salvacion, apacentándolas con el pasto de la palabra de Dios. No hubo pastor mas aplicado á proveer á las necesidades de su rebaño y á preservarle de todo lo que le podia perjudicar. A los que habian movido sus exhortaciones, los acababan de convertir sus ejemplos. Era todo para todos para ganarlos á todos. Hizose dueño de los corazones por su caridad, por su humildad y por su mansedumbre; y ya se sabia que sus rentas no eran para él, sino para los pobres.

Nunca se olvidó san Jerónimo de su amado discípulo, y en una de sus epístolas da testimonio de que Heliodoro conservaba en el obispado la misma austeridad y la misma exactitud de la vida monástica, siendo á la verdad muy dificultoso encontrar obispo mas ejemplar, ni mas perfecto. No se sabe precisamente el tiempo de su santa muerte; solo es cierto que fué preciosa á los ojos del Señor, puesto que la Iglesia consagró su memoria, fijando su fiesta para el dia 3 de julio, y es muy probable que sucedió hácia el fin del cuarto siglo.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Alejandría, los santos mártires Trifon y otros doce.

En Constantinopla, san Eulogio y sus compañeros mártires.

En Cesaréa en Capadocia, san Jacinto, gentilhombre del emperador Trajano, que, habiendo sido acusado de cristiano, fué atormentado con diferentes suplicios y aherrojado en una cárcel, donde murió de hambre.

En Quiusi en Toscana, los santos mártires Ireneo, diácono y una señora llamada Mustiola, que merecieron la corona del martirio con diferentes horrorosos suplicios, en tiempo del emperador Aureliano.

En dicho dia, los santos mártires Marco y Muciano acuchillados por la fe de Jesucristo. A un tierno niño que los animaba á voz en grito á no inmolar á los ídolos, le cógieron y le hicieron trizas á latigazos; y como confesase con mayor denuedo el nombre de Jesucristo, fué muerto en compañía de otro hombre llamado Paulo, que tambien alentaba á nuestros mártires.

En Laodicéa en Siria, san Anatolio, obispo, que nos ha dejado algunos escritos admirados, no solo de las personas piadosas, sino tambien de los filósofos profanos.

En Altino, san Heliodoro, obispo, ilustre por su saber y doctrina.

En Ravena, san Dath, obispo y confesor.

En Edesa en Mesopotamia, la traslacion de las reliquias de santo Tomás, apóstol, traidas de las Indias, y con el tiempo trasferidas á Ortona.

En Eurena, santa Brígida de Nogent, virgen.

En Knocken, aldea marítima de Flandes, diócesis de Brujas, san Gutagon, confesor.

En dicho dia, el natalicio de santa Teodota, que padeció con los santos mártires Diomedes, Teodoto, Eulampo, Asclepiodoto y Golinduch.

En una isla de las costas de Irlanda, san Jarmans, obispo.

En Inglaterra, san Tatvin, solitario.

En este mismo dia, san Ilfredo, obispo, venerado por los Premonstratenses de España.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente.

Exaudi, quæsumus, Domine, preces nostras, quas in beati Heliodori, confessoris tui atque pontificis, solemnitate deferimus: et qui tibi digne meruit famulari, ejus intercedentibus meritis ab omnibus nos absolve peccatis. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, oigas benigno las oraciones que te hacemos en la solemnidad de tu bienaventurado confesor y pontífice Heliodoro, y que nos libres de todos nuestros pecados, por la intercesion y méritos de aquel que te sirvió tan dignamente. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 13 del apóstol san Pablo á los Hebreos.

Fratres: *Mementote præpositorum vestrorum, qui vobis locuti sunt verbum Dei: quorum intuentes exitum conversationis, imitamini fidem. Jesus Christus heri, et hodie: ipse, et in sæcula. Doctrinis variis, et peregrinis nolite abduci. Optimum est enim gratiâ stabilire cor, non escis, quæ non profuerunt ambulantibus in eis. Habemus altare, de quo edere non habent potestatem, qui tabernaculo deserviunt. Quorum enim animalium in-*

Hermanos: Acordaos de vuestros prelados, los cuales os anunciaron la palabra de Dios; de los que habeis de imitar la fe, poniendo los ojos en el fin de su vida. Jesucristo ayer, y hoy: y el mismo es por los siglos. No os dejeis llevar de doctrinas varias y peregrinas. Porque es cosa excelente confortar el corazon por medio de la gracia, no por medio de aquellas comidas, que nada aprovecharon á los que practicaron su observancia. Tenemos un altar del

fertur sanguis pro peccato in Sancta per Pontificem, horum corpora cremantur extra castra. Propter quod et Jesus, ut sanctificaret per suum sanguinem populum, extra portam passus est. Exeamus igitur ad eum extra castra, improperium ejus portantes. Non enim habemus hic manentem civitatem, sed futuram inquirimus. Per ipsum ergo offeramus hostiam laudis semper Deo, id est, fructum labiorum confitentium nomini ejus. Beneficentiæ autem, et communionis nolite oblivisci: talibus enim hostiis promeretur Deus. Obedite præpositis vestris et subjacete eis. Ipsi enim pervigilant quasi rationem pro animabus vestris reddituri.

cual no tienen derecho á participar los que sirven al tabernáculo. Porque los cuerpos de aquellos animales, cuya sangre es llevada por el pontífice al *Sancta sanctorum* por el pecado, son quemados fuera de poblado. Por lo cual tambien Jesus, para santificar el pueblo con su sangre, padeció fuera de la puerta. Salgamos, pues, á él, fuera de poblado, llevando su improperio. Porque aquí no tenemos ciudad estable, sino que buscamos la futura. Ofrezcamos, pues, siempre por él á Dios hostia de alabanza, esto es, el fruto de los labios que confiesan su nombre. Y no querais olvidaros de la beneficencia, ni de la comunion de caridad, por cuanto con semejantes víctimas se gana á Dios. Obedeced á vuestros prelados, y estad sujetos á ellos, porque ellos velan, como quienes han de dar cuenta de vuestras almas.

NOTA.

« Es esta epístola á los Hebreos uno de los mas bellos » y mas preciosos monumentos que posee la Iglesia » de Dios. El asunto de la epístola es grande, las » expresiones nobles, el estilo lleno y elevado; en » ella todo es sublime. De esta epístola habla san » Pedro en su segunda á los mismos Hebreos ó Judíos » cuando dice: *Pablo, nuestro hermano, os ha escrito* » *ya de estas cosas, segun la sabiduría que se le ha* » *comunicado.* »

REFLEXIONES.

Traed á la memoria los que os anunciaron la palabra de Dios, y haciendo reflexion al fin que se propusieron en su conducta y en su vida, imitad su fe. Nosotros, gracias al Señor, seguimos su fe; pero ¿imitamos sus virtudes? No puede haber mayor desproporcion entre las costumbres de aquellos héroes cristianos y las nuestras, entre nuestra conducta y la suya. Todos tenemos la misma fe, los mismos principios, las mismas verdades, la misma religion, la misma doctrina; pero la vida es muy diferente. Aquellos ilustres prelados, tan respetados por sus brillantes virtudes como por su eminente santidad, son el objeto de nuestra veneracion; ¿cuándo serán el modelo de nuestra vida? La religion nunca envejece; conservará la Iglesia todo su vigor hasta el fin de los siglos; no se han debilitado las máximas de Jesucristo. ¿Pues cómo se puede creer este Evangelio, cómo se puede seguir esta religion, y vivir como si no se creyese? Traigamos á la memoria aquellas grandes almas, cuyas costumbres fueron el mayor panegírico de la religion, y cuya vida fué la mas concluyente prueba de su fe; no ignoramos cuán preciosa fué su muerte á los ojos del Señor; ¿pensamos que será la nuestra igualmente preciosa á sus divinos ojos? Imitamos su fe; pero ¿imitamos tambien su virtud y su inocencia? ¿Cuándo nos dará en rostro la ridiculez, ó por mejor decir, la impiedad de la monstruosa contradiccion de creer las verdades mas terribles de la religion, y no seguir sino las detestables máximas del mundo? Empleos brillantes, pretensiones empeñadas, frutos naturales de la ambicion y de la avaricia, amor á los placeres, proyectos aéreos, fortunas lustrosas, todas las conveniencias posibles; estos son los grandes resortes que dan impulso á la mayor parte de las

acciones de la vida; es decir, esto es lo que nos desvía de nuestro último fin, lo que se sorbe nuestros deseos, lo que estraga nuestra salud y lo que nos ocupa toda la vida. Todo nos parece importante, todo indispensable cuando se trata de nuestros intereses, de nuestras conveniencias, de satisfacer nuestras pasiones: pero ¿nos acaloramos tanto cuando se trata de los deberes de la religion, de agradar á Dios, ó desagradarle? ¡Cosa extraña! se anda con infinito miramiento, se practican mil atenciones con el mundo por hacer fortuna; á solo Dios parece que se le reputa por nada. Sabemos bien cuál fué el paradero de la conducta de los santos; pues pensemos cuál será el paradero de la nuestra. ¿Creemos que los santos serian santos si hubiesen vivido como nosotros vivimos? con todo eso tenemos continuamente á la vista estos grandes modelos de perfeccion, pero nos contentamos con admirarlos y con venerarlos; eso de esforzarnos á su imitacion, no se trate. Ninguno leerá estas reflexiones, que no convenga en lo que digo; pero ¿cuántos se aprovecharán de ellas? ¿Serán muchos? Parece que las máximas mas cristianas, que las mas santas leyes están derogadas por el uso, ó por la costumbre contraria; pero ¿quién ignora, que ni la relajacion, ni el abuso, prescriben jamás contra la religion?

El evangelio es del cap. 11 de san Lucas.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Nemo lucernam accendit, et in abscondito ponit, neque sub modio: sed super candelabrum, ut qui ingrediuntur, lumen videant. Lucerna corporis tui est oculus tuus. Si oculus tuus fuerit simplex, totum corpus tuum

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Ninguno enciende una antorcha y la pone en un escondrijo, ni debajo de un medio celemin; sino sobre el candelero, para que los que entran vean la luz. La antorcha de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo

lucidum erit: si autem nequam fuerit, etiam corpus tuum tenebrosum erit. Vide ergo ne lumen, quod in te est, tenebræ sint. Si ergo corpus tuum totum lucidum fuerit, non habens aliquam partem tenebrarum, erit lucidum totum, et sicut lucerna fulgoris illuminabit te.

estará iluminado; pero si fuese perverso, tambien tu cuerpo será tenebroso. Mira, pues, no sea caso que la luz que está en tí, sea tinieblas. Si tu cuerpo, pues, fuere todo iluminado, sin tener parte algna de tinieblas, todo él será luminoso, y te iluminará como una antorcha resplandeciente.

MEDITACION.

DE LAS ILUSIONES EN PUNTO DE MORAL.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay cosa mas perniciosa que las ilusiones en punto de moral, y con todo tampoco la hay mas comun, ni mas fácil. Parece que en esta materia todo conspira á engañarnos : el corazon naturalmente de acuerdo con el amor propio; el espíritu pronto siempre, y siempre ingenioso en dar gusto á los sentidos y al corazon; los ejemplos de los imperfectos continuamente en gran número; las pasiones, que todas se coligan para sacudir el yugo de la moral del Evangelio; los sentidos, enemigos declarados de la verdadera virtud; la misma razon natural, que muchas veces camina de inteligencia con el amor propio; todo concurre á engañarnos, y los lazos son tanto mas peligrosos, cuanto mas ocultos y mas multiplicados. Es cierto que una grosera relajacion nos ofende; pero se forma un sistema de moral que nos alucina, en la apariencia rígido, pero en la realidad se acomoda á la concupiscencia, lisonjea á los sentidos. Este sistema siempre es obra del amor propio; sacrifica sin misericordia ciertas pasiones que tienen menos parentesco con nuestra natural in-

clinacion; pero á la pasion dominante siempre la perdona, siempre la respeta. El genio sombrío, tétrico y melancólico canoniza el espíritu de severidad y de retiro, sin poder tolerar los genios abiertos, apacibles y sociables; chócale una prudente y moderada alegría, mientras él se está alimentando de murmuraciones y de malignidad: el natural inquieto y áspero acaso será mortificado; pero no puede vivir sin pecar y sin morder. Un corazon blando, dulce y amoroso puede ser liberal y limosnero; pero huye de todo lo que le ata, y como él satisfaga su pasion, adopta sin dificultad todas las demás virtudes. La envidia, la avaricia y la ambicion tienen tambien su moral; el exterior siempre especioso, y siempre á la mano un honesto pretexto que disimula, pero no purga el veneno. De aquí nacen aquellas aversiones, aquellas secretas antipatías, aquella venganza disimulada, aquellas faltas de caridad, que dejan el campo libre á la pasion. Todas estas especies de moral son falsas, todas son engañosas, convienen todas en reformar el género humano, gritan á cual mas contra la licencia de las costumbres del siglo; claman todas *á la reforma, á la reforma*; pero entre tanto dejan vivir en una grosera relajacion á esos imaginarios reformadores, severísimos con los otros, á quienes nada perdonan; pero indulgentísimos consigo mismos, á quienes se lo perdonan todo. ¡Qué ilusion, Dios de mi vida! pero ¡qué comun es esta ilusion! En ciertos puntos de la ley exactísimos, hasta ser escrupulosos; pero ¿qué no se permiten en otros mucho mas importantes? No se dispensarán por todo lo del mundo en ciertas devociones voluntarias· pero sin el menor remordimiento abandonarán las obligaciones mas esenciales de su estado; ayunarán indefectiblemente ciertos dias por pura devocion; pero despedazarán desapiadadamente la reputacion

del prójimo en cuantas ocasiones se ofrezcan. Estarán muchas horas en la iglesia con edificacion y con ejemplo; pero gastarán el resto del dia en el juego, en el paseo, en las visitas peligrosas y en conversaciones poco cristianas; hablarán de Dios con acierto y aun con gusto; pero al mismo tiempo se harán insufribles á toda la familia. ¡Señor, qué mezcla tan monstruosa! Cada uno de estos devotos de perspectiva tiene su moral; pero ¿será acaso la moral de Jesucristo?

PUNTO SEGUNDO.

Considera qué perniciosas son todas estas ilusiones. Todas ellas guian á unos espantosos despeñaderos, sin que ninguno se persuada jamás que va descaminado. ¿Quién es el que desconfía de su moral? Fácilmente lo podemos conocer por la terquedad con que cada uno sigue su camino. ¿Hemos conocido muchos de los que cayeron en estas ilusiones, que se hubiesen desengañado de ellas? Los mayores pecadores se convierten; pero á estos ni aun les pasa por la imaginacion que tienen necesidad de convertirse. Es la ilusion una especie de ceguedad, y el que está ciego no ve el precipicio. Es un veneno que se derrama en el corazon, y desde el corazon siempre se comunica á la razon. Lo poco bueno que se hace en este estado, ofusca la vista para que no perciba lo mucho malo que los demás nos ven hacer. Por tanto, este género de ilusiones casi siempre viene á parar en el empedernimiento. Vívese tranquilamente en el error y muérese en el mismo. ¡Qué desgracia mas digna de temerse! pero ¡qué desgracia menos temida! *El que te perderá*, dice el Salvador, *juzgará que hace un gran servicio á Dios*: este es el defecto de la ilusion en materia de costumbres y en punto de moral; *practicarán esto contigo*, añade el mismo Salvador,

porque no conocen á mi Padre, ni á mí. ¿Por qué medio conseguirán su descamino? Todo veneno que ataca la cabeza, quita de repente la vida. Cuando las ilusiones son voluntarias, no hay que esperar enmienda de ellas; de la tranquilidad se pasa al sueño, del sueño á la modorra y al letargo. Esto vemos con dolor en todos los herejes; su terquedad y su obstinacion en los errores nacen ordinariamente de la ilusion.

¡Cuántas personas que hacen profesion de virtud viven llenas de faltas muy groseras! ¡cuántas hay que viven tranquilamente en pecado, al abrigo de una falsa conciencia! Todo es fruto de las ilusiones en punto de moral. Hay algunos de esos imaginarios devotos, que por un vil interés tienen á un infeliz deudor meses enteros en la cárcel, dejándole perecer con toda su familia. ¿Compondráse esta dureza y esta inhumanidad con el cristianismo? No hay cosa mas contraria á él; pero se compone muy bien con la pasion dominante, que tiene la mayor parte en este pernicioso plan de moral. No hay turbacion, no hay remordimiento que pueda penetrar hasta la conciencia; en apoderándose una vez la ilusion, en punto de costumbres, de la razon y del alma, apenas queda esperanza de salvacion.

¡Oh, Señor, y cuánto tengo de que acusarme acerca de ilusiones voluntarias! No hay moral indulgente, lisonjera y laxa que no haya seguido hasta aquí. ¿Qué sistema de conciencia es el que me he formado yo? ¿De cuántos pecados no me reconozco reo? ¡Y qué gran favor me haceis, Dios mio, descubriéndome hoy mis ilusiones y mis descaminos! Acabad, Señor, mi conversion por vuestra infinita misericordia, y no siga yo en adelante otra moral que la de vuestra ley y vuestro Evangelio, pues no hay otra para la salvacion.

JACULATORIAS.

Dirige me in veritate tua, et doce me. Salm. 24.

Dirigeme, Señor, por el camino verdadero de tu doctrina, y enséñame á no seguir otro!

Legem pone mihi, Domine, viam justificationum tuarum, et exquiram eam semper. Salm. 118.

Instrúyeme en la segura senda de tus divinos mandamientos, y dame gracia para que perpetuamente ande en busca de ella.

PROPOSITOS.

1. No hay mas que un Dios, y una religion verdadera; conque tampoco puede haber mas que una verdadera moral. La única regla de nuestras costumbres es el Evangelio; cualquiera otra es obra de nuestra invencion, de nuestro corazon y de nuestro amor propio; por lo que no es de admirar que sea torcida y descaminada. Por las ilusiones, en materia de moral, dijo determinadamente el Sabio, *que hay caminos que al hombre le parecen derechos, y su fin es muerte y perdicion.* Tales son los sistemas de conciencia que cada uno hace á su antojo; tales esos planes de moral que favorecen al genio, la inclinacion y la pasion dominante. Examina cuidadosamente cuáles son tus ideas, tus máximas en este punto, cuál es tu conducta. No te perdones ciertos defectos, ciertos pecados, ciertas licencias en materia de costumbres con pretexto de que eres exacto, de que eres rígido y acaso severo en otras. Haz en buen hora limosna, que es edificacion; pero paga tus deudas, que es obligacion; no detengas la soldada á tus criados, ni el salario á los oficiales. No apures con demasiado rigor á tus deudores. ¿Estás en la iglesia con devocion y con modestia? bueno es eso; pero no seas en casa

colérico, poco sufrido, impertinente y enfadoso, etc. Aquí tienes un dilatado campo para examinarte; conforma tu moral con la de Jesucristo

2. Levantas el grito contra la licencia y contra la disolucion de las costumbres del siglo. Alabo tu zelo; pero examínate bien, y mira si se mezcla en él una buena parte de aversion, de odio, de envidia y de murmuracion. En la moral de Jesucristo no hay inconsecuencias, ni contradicciones: nota cuidadosamente si descubres algunas en el tuyo; no te fies de tu juicio; mira que es demasiada la correspondencia que tiene con el amor propio para que no se te haga un poco sospechoso. Consulta tus cosas con un director sabio, prudente y despegado, que no tenga interés en lisonjearte ni en contemplarte; exponle con sinceridad todas tus máximas, tus opiniones y tu conducta, sin poner los ojos en otros principios que en los del Evangelio. Sea este la única regla de tus costumbres, y nunca conozcas otra moral que la enseñada por Jesucristo.

DIA CUARTO.

SAN ULRICO, OBISPO DE AUSBURGO.

Ulrico, ó Uldarico (pues tambien se le nombra asi) fué de una de las casas mas antiguas y mas ilustres de Suavia, y nació el año de 863, siendo su padre el conde Ulcaldo, y su madre Tierberga, hija de Aucardo, uno de los primeros duques de la alta Alemania.

Por la flaca y delicada complexion de Ulrico se creyó al principio que no podria vivir; pero el Señor, que le tenia destinado para ser uno de los mas santos



S. ULRICO, O.

prelados de su siglo, contra toda esperanza le concedió una salud que se tuvo por milagrosa. La vivacidad, el despejo, la noble ingenuidad, el agrado y el claro ingenio que descubrió desde luego, estimularon mas á sus padres para darle una educacion digna de su ilustre nacimiento. Parecióles que en ninguna parte la podria lograr, ni mas cristiana, ni mas caballerosa, que en el célebre monasterio de San Galo, famoso entonces por lo mucho que florecian en él no menos las virtudes que las ciencias.

Enviáronle allá á los siete años de su edad, y muy en breve se distinguió el niño Ulrico por los progresos que hizo en las letras humanas y en la importante ciencia de la salvacion. Enamorados los monjes de su bello natural, de su inclinacion á la virtud y de su aplicacion al estudio, le amaban todos tiernamente, deseosísimos de adquirir aquel rico tesoro para el monasterio. A lo mismo se inclinaba tambien el niño Ulrico, pues, aunque el mundo le brindaba con tan grandes esperanzas, nunca halló atractivo, ni en las grandezas, ni en las brillanteces del mundo. Conociendo bien sus injusticias y sus peligros, estaba muy lejos de resolverse á servirle; ni á un corazon tan grande como el suyo le podia llenar otra cosa que Dios. Agradábale la vida monástica, y naturalmente era de su gusto la soledad; pero queria que la vocacion y la eleccion viniesen únicamente del mismo Señor. Para conocer su voluntad hizo muchas penitencias y fervorosas oraciones, queriendo además de esto consultar el punto con una santa solitaria, no distante del monasterio de San Galo, llamada Guiborata, no menos célebre por su eminente santidad que por los extraordinarios favores con que el cielo la favorecia. Habíala ya visitado algunas veces el condesito en los dias de recreacion que se concedian á los seminaristas. Fué, pues, Ulrico á buscar á la santa

vírgen, irresoluto sobre el estado que habia de abrazar; y la suplicó encomendase á Dios aquel negocio para que le diese á entender su divina voluntad. Ella se impuso tres dias de ayuno y de oracion, al cabo de los cuales le dijo que, aunque era muy perfecta la vida religiosa, Dios le llamaba al estado eclesiástico. No hubo menester mas para tomar su partido, no obstante lo mucho que le costaba arrancarse de una casa llena de tan grandes ejemplos, y no habiendo tampoco monje que no sintiese vivamente la pérdida que hacian. Fue recíproco el dolor; pero una vez descubierta la voluntad del Señor, no tituheó nuestro santo ni un solo momento, y restituyéndose á casa de sus padres, les declaró su última resolucion, como tambien sus deseos de no perder tiempo y de habilitarse desde luego para servir con utilidad á la santa Iglesia. Gozoso el conde su padre de ver en su hijo tan virtuosas disposiciones, le entregó á Alberon, obispo de Ausburgo, quien, descubriendo luego las grandes prendas y el raro talento de Ulrico, no perdonó medio alguno para formar en él un eclesiástico perfecto; y aunque á la sazon no contaba mas que diez y seis años, le hizo luego camarero; pero viéndole crecer cada dia en juicio, capacidad y prudencia, le proveyó el primer canonicato que vacó en su iglesia.

Comprendió desde luego nuestro nuevo canónigo todas las obligaciones de su estado, y resolvió darles todo el lleno. Desde aquel punto fué todo su empleo el estudio y la oracion, partiendo sus rentas con los pobres, á quienes muchas veces distribuia aquello mismo que se reservaba para su preciso sustento. Movido de su natural piedad, determinó hacer un viaje á Roma para beber en la fuente del espíritu apostólico. Fué recibido del papa con muestras de rande amor y estimacion, informado ya de antemano

de su mérito y de su eminente virtud. Tratóle su Santidad, y creció tanto la estimacion y el concepto, que, noticioso de la muerte de Alberon, determinó conferirle el obispado de Ausburgo.

Sobresaltóse el santo cuando oyó de boca del papa semejante proposicion, y se excusó eficazmente, alegando su insuficiencia y su corta edad. Al volver de Ausburgo halló que ya se habia hecho la eleccion en Hildin, y libre del susto, solo pensó en el retiro y en santificarse cada dia mas y mas, volviendo á entablar dentro de su casa los mismos ejercicios que habia practicado en el monasterio de san Galo; pero le duró poco esta quietud. Muerto Hildin el año de 924, fué elegido Ulrico obispo de Ausburgo, á pesar de toda su repugnancia. Eran los tiempos muy calamitosos; los húngaros y los esclavones hacian frecuentes irrupciones en el país y lo asolaban todo, tanto, que poco tiempo antes habian entrado en la misma ciudad de Ausburgo y puesto fuego á la catedral.

El primer cuidado del nuevo obispo fué edificar de pronto una pequeña iglesia para juntar el pueblo, que estaba muy necesitado de instruccion, de consuelo y de socorro en aquellas públicas calamidades. Todo lo encontró en Ulrico; su caridad, su zelo y sus profusas limosnas desterraron hasta de la memoria las pasadas necesidades, y todos las consideraban suficientemente reparadas con la posesion de tal pastor.

Persuadido el santo de que se debia todo á su pueblo, tomó ocasion de aquellas circunstancias para conseguir que se le dispensase en una costumbre introducida entonces en Alemania, de que los obispos residiesen casi siempre en la corte. El logró se le permitiese mantenerse en Ausburgo para atender al restablecimiento de la disciplina, y se conoció muy

presto lo mucho que puede hacer en una diocesis dilatada un prelado santo. En vista del cuidado con que incesantemente velaba sobre su rebaño, del zelo con que distribuia el pan de la divina palabra, de su caridad y de sus ejemplos, mudó de semblante todo el país. No era conocido por otro nombre que por *el santo*, y su vida acreditaba visiblemente que lo era, siendo la reparticion de ella la siguiente:

A las tres de la mañana regularmente asistia al coro con los canónigos para rezar maitines y laudes del oficio divino; despues rezaba el salterio con las letanías y preces que se siguen á ellas; hácia el amanecer cantaba las vigilias del oficio de difuntos; esto es, maitines y laudes, á que ningun dia faltaba, como ni á la prima, que cantaba con los demás. Quedábase en oracion en la iglesia mientras se hacia la procesion por afuera; acabada esta, cantaba la misa mayor y hacia su ofrenda con los demás; rezaba despues tercia con los canónigos, y mientras estos iban al cabildo, segun costumbre, continuaba la oracion y visitaba los altares. Preparábase despues para decir misa, la que celebraba todos los dias con tanta devocion, que la pegaba á todos los asistentes: concluida la misa y las gracias, rezaba nona y vísperas los dias de ayuno en el coro, y desde allí ordinariamente se iba al hospital, donde lavaba los piés á doce pobres y daba á cada uno una limosna.

El resto del dia le dedicaba á las necesidades de su pueblo. Asistia á los moribundos, consolaba á los afligidos, arreglaba las diferencias y hacia bien á todos, dando todos mil bendiciones á Dios por haberles concedido tal obispo. Al declinar la tarde se restituia á su palacio donde tomaba una sobria comida, durante la cual siempre se le leia algun libro espiritual. Cada dia comia en su mesa cierto número de pobres, y acabada la comida, asistia á completas.

Daba despues sus órdenes para el gobierno de la familia y se retiraba á su cuarto, donde gastaba gran parte de la noche en la oracion y en el estudio, concediendo al sueño muy poco tiempo.

Acompañaba esta vida tan ejemplar y tan arreglada con grandes penitencias. En ningun tiempo del año comia carne, aunque se servia en su mesa, así para los pobres, como para otros convidados. Su cama era un poco de paja con dos mantas, sin cosa de lienzo. Arreglada su familia para edificacion de los demás, se dedicó á arreglar al clero, trabajando con infatigable aplicacion en reformar las costumbres de todo el obispado. Visitábale regularmente todos los años, y cada año celebraba dos sínodos. Costóle poco trabajo la reforma general, facilitándosela un zelo tan puro y tan ardiente, sostenido de una vida tan ejemplar y tan santa; ni la licencia de las costumbres podia resistir á la vigilancia de un pastor tan poderoso en obras como en palabras. Proveyó de excelentes curas las parroquias, obligando á renunciarlas, ó á enmendarse, á los viciosos, ó á los ignorantes; con cuyas providencias floreció en Ausburgo y en todo el obispado tanto la pureza de la fe como la de las costumbres.

Habiendo reconocido por las excursiones de los bárbaros lo mucho que perjudicaban los sustos, las inquietudes y los sobresaltos á los ejercicios de religion y devocion, pensó en la seguridad de sus ovejas, y no solo cercó de murallas la ciudad de Ausburgo, sino que levantó algunas fortalezas en la campaña, donde se pudiesen refugiar las gentes del país; pero no bastaron estas precauciones para que las tropas de Arnoldo, conde palatino, no sorprendiesen y saqueasen la ciudad en ausencia del santo obispo, que habia pasado á la corte del emperador Oton para mover su ánimo á que ajustase la paz. Concedióla

el emperador á la Alemania despues que Arnoldo fué muerto delante de Ratisbona, habiendo perdonado á su hijo Liutolfo á ruegos de nuestro santo; pero apenas comenzaba á sosegar y á consolar á su pueblo, cuando un prodigioso ejército de húngaros se echó sobre la superior Germania, inundando todo el país. Fué sitiada la ciudad de Ausburgo; mas las oraciones de su santo obispo pudieron mas que los esfuerzos de los sitiadores. Intimó oraciones y procesiones públicas para aplacar la cólera del cielo, y para merecer su proteccion contra los enemigos de la religion y del estado; las que fueron tan eficaces, que, disponiéndose los bárbaros para un segundo asalto al tiempo que Ulrico estaba celebrando el santo sacrificio de la misa, de repente se apoderó de ellos tal terror, que levantaron el sitio, se pusieron precipitadamente en fuga, y matándose unos á otros, perecieron casi todos; siendo opinion general que se debió á las oraciones del santo pastor una victoria tan inesperada.

Restituida la tranquilidad, se dedicó Ulrico á reparar los daños que habian hecho los bárbaros y á reedificar la iglesia de Santa Afra, célebre patrona de Ausburgo, cuyas santas reliquias tuvo el consuelo de hallar debajo de sus ruinas. Por su devocion hizo segundo viaje á Roma, de donde trajo las de san Abondo, con que enriqueció la iglesia que acababa de levantar, y en aquella curia se mereció por su eminente virtud los extraordinarios honores que le tributó el clero romano y aun el papa mismo. En Ravena fué recibido con veneracion del emperador Oton, y en las frecuentes conversaciones que tuvo con la emperatriz imprimió en su alma aquellas grandes máximas de perfeccion, que la hicieron con el tiempo una de las mas virtuosas princesas de su siglo.

Vuelto á Ausburgo, escogió un coadjutor de toda

satisfaccion, en cuyo zelo descargó la administracion de todo lo temporal, trabajando él únicamente para el bien espiritual de la diócesis, al que se aplicó con mas esmero que nunca, á pesar de sus muchas enfermedades y de su avanzada edad. Como nunca se habia dispensado en la austeridad de la vida monástica, quiso tambien tomar el hábito de monje, y aun habia resuelto retirarse al monasterio de San Galo para acabar en él sus dias; pero no se lo permitió el concilio de Ingelheim, celebrado el año de 972 en presencia del emperador Oton, á que asistió nuestro santo, temiendo aquellos padres que otros muchos obispos querrian imitar el ejemplo de tan gran prelado, cuya santidad estaba ya públicamente reconocida por una multitud de milagros.

Acabaron de consumirse las pocas fuerzas que tenia con los ejercicios de su fervor y de su zelo, sintiendo tan seguros prenuncios de su cercana muerte, que fué disponiendo todas sus cosas como si ya se hubiese hallado asaltado de la última enfermedad. En fin, al amanecer el viernes 4 de julio de 973 mandó que le echasen sobre una porcion de ceniza bendita extendida en el suelo en forma de cruz; despidióse sosegadamente de todos los circunstantes, mandó que le leyesen la recomendacion del alma, y mientras se la leian espiró con admirable tranquilidad, á los ochenta años de edad, cincuenta de su obispado, y despues de una vida inocente.

Creció despues de su muerte la opinion de santidad que ya era tan pública en vida por los muchos milagros que obró Dios en su sepultura, los que movieron al papa Juan XV á mandar hacer exactas informaciones de su vida y milagros, despues de las cuales le colocó solemnemente en el catálogo de los santos por una bula publicada en el concilio de Letran el año de 993; y se cree haber sido la primera canoni-

zacion jurídica que se vió en la Iglesia, la cual no usaba antes en ellas tantas formalidades. Sacóse entonces el santo cuerpo de la primera sepultura y fué colocado con solemnidad en una capilla edificada en honra suya dentro de la iglesia de Santa Afra, la cual comenzó desde aquel dia á tener la advocacion de nuestro santo.

SAN LAUREANO, ARZOBISPO DE SEVILLA.

Entre los obispos célebres que han florecido en la Iglesia por su eminente virtud, y por su zelo apostólico en la defensa de la fe católica contra la herejía arriana, es digno de memoria eterna san Laureano, arzobispo de Sevilla. Nació este héroe, verdaderamente grande, en la inferior Panonia, parte del reino de Ungría. Aunque su casa era una de las mas distinguidas del país, tenia la desgracia de estar envuelta entre los crasos errores del gentilismo, en el que procuraron educar sus padres al niño; pero las primeras luces de la razon que en él se despertaron, dieron á entender fácilmente que corria por especial cuenta de Dios la direccion de su espíritu, dejándose ver sensiblemente los influjos de la gracia en el infante, que solo tuvo de niño la inocencia. Un pariente suyo católico, que contemplaba repetidas veces las celestiales prendas con que Dios habia dotado al jóven, prevenido con aquellas interiores luces y sobrenaturales inspiraciones conducentes á los nobles designios, para los que le eligió la divina Providencia, quiso darle á gustar los altos dictámenes de la religion cristiana; y en él halló una fiel correspondencia á sus saludables exhortaciones y un asenso total á la doctrina del Evangelio. Deseoso de abrazar la profesion de la verdad; dejó á su patria, padres y parientes

cerca de los veinte años, y se fué á Milan acompañado de su deudo, con el objeto de instruirse en la fe, la cual florecia en aquella gran metrópoli, ilustrada por insignes maestros debidos al infatigable zelo de los prelados de la misma iglesia.

Hállabase á la sazon obispo de Milan san Eustorgio II, varon de gran mérito, á quien se presentó Laureano, é informándole del motivo de su venida, tomó á su cargo el instruirle en las infalibles verdades de nuestra santa fe. Admirado el catequista de la capacidad, del entendimiento del catecúmeno, de la superior luz de su inteligencia, de su amable condicion y sobre todo de la interior fábrica que en él iba labrando el Omnipotente, le administró el sacramento del bautismo, y reengendró en la vida sobrenatural aquel hombre nuevo, que en el arreglo de su conducta apenas tuvo que desnudarse del antiguo.

Agradecido Laureano á este beneficio se consagró al servicio de Dios enteramente, pidiendo al Señor de continuo que no permitiese en su alma sombra alguna que afease la divina semejanza estampada en ella. Arreglado á esta idea, se entregó á la oracion, y no omitió mortificaciones, ni ejercicios de piedad que pudieran contribuir á la perfeccion que deseaba. Aplicóse al estudio de las ciencias, y como se hallaba dotado de un perspicaz y profundo entendimiento, hizo en ellas maravillosos progresos. Incorporado en el clero de aquella metropolitana iglesia, y persuadido san Eustorgio de la utilidad que le resultaria de un ministro de tales prendas, le ordenó de diacono á los veinte y cinco años; en cuyo ministerio se dejó ver nuestro santo con edificacion comun, rígido en la abstinencia, frecuente en los ayunos, observante de las santas vigilias, continuo en la oracion, liberal en las limosnas, solícito en cuidar de los pobres, modesto en la conversacion, pacífico en sus movimien-

tos, singular en la hospitalidad, esclarecido en todo estudio de la milicia espiritual y zelosísimo defensor de la fe católica contra los herejes arrianos, que con sacrílega impiedad procuraban manchar el mas sacrosanto dogma de nuestra santa religion.

Cuando Laureano vivia en Milan respetado, y aun venerado de todos por la inocencia de su vida y demás brillantes prendas, dispuso Dios que hiciese tránsito á España. No nos dicen los escritores de sus hechos el motivo de este viaje, aunque algunos opinan que fué el de huir de Totila, rey de los Ostrogodos en Italia, arriano de profesion; bien que otros discurren diferentes probables conjeturas: en cuya incertidumbre parece que nos debemos inclinar á que esta transmutacion la ordenó la divina Providencia para que se cumpliesen los altos designios que tenia sobre su persona. Dirigióse á Sevilla en tiempo que regia aquella cátedra Masixo, segun unos escriben; bien que otros con atencion á la época opinan que era Salustio, varon esclarecido en ciencia y santidad. No tardó Laureano en darse á conocer en aquella capital por la inocencia de su vida, por sus laudables costumbres y por su zelo verdaderamente apostólico; por cuyos relevantes méritos fué promovido á la dignidad de arcediano de la misma iglesia, segun testifican varios autores, dignidad condecorada en aquellos siglos con la jurisdiccion amplia y otras prerogativas que son notorias en la disciplina eclesiástica. Colocado en aquel alto empleo, fué el objeto de la admiracion y aun de la veneracion pública la singular prudencia, la suavidad del trato y la celestial doctrina de Laureano, no menos que su puntualidad en el cumplimiento de todas las obligaciones de su cargo.

Ocurrió la muerte del arzobispo de Sevilla por los años 520, segun el mas arreglado cálculo; y como

los obispos sufragáneos, que conforme á lo dispuesto por los antiguos cánones debian concurrir á la metrópoli, donde examinados los votos del clero é inclinaciones de los ciudadanos, eligiesen por metropolitano al mas digno entre los presbíteros, ó diáconos de la misma iglesia, no se pudieron juntar á este fin á causa de los maliciosos ardides de que se valieron los herejes arrianos para impedirlo; permaneció vacante aquella cátedra cerca de dos años hasta el de 522, en el que congregados y reconocidas las cualidades de aquellos que podian ocupar la silla arzobispal, fué preferido por universal consentimiento Lauroano por la heroicidad de sus virtudes, por el conocido acierto que manifestó en su empleo, y con especialidad por su infatigable zelo por la religion católica, circunstancia indispensable en una ocasion en que los herejes arrianos hacian las mas fuertes tentativas para que prevaleciese su impiedad.

Apenas se colocó en el eminente candelero de la iglesia de Sevilla la brillante luz de nuestro santo, cuando acreditó con pruebas prácticas el acierto de la eleccion. Su desvelo sobre el rebaño cometido por Dios á su cuidado, se considera con menos dificultad, que pueda explicarse con palabras. No satisfecho su corazon con surtir á su grey con los saludables pastos de celestial doctrina y con atender como padre caritativo á toda clase de necesidades, perseguia los vicios con una entereza inflexible, al paso que con una dulce suavidad excitaba á practicar las virtudes; debiéndose á su zelo siempre activo la magnificencia del culto divino y la reforma de las costumbres, siendo todo fruto de sus frecuentes predicaciones, de sus sabias exhortaciones, de sus consejos y de sus apostólicas fatigas.

Penetrado del mas vivo dolor su corazon al ver tan arraigada en los ánimos de los Godos la herejía de

Arrio, aplicó todo su esfuerzo á extinguir esta peste, que hacia muchos años inficionaba la nacion con su veneno. Con su celestial doctrina y la realidad de sus ejemplos, confirmada la verdad de aquella con frecuentes milagros, logró que convenciese la admiracion lo que no convencia la razon cristiana; aunque muchos, cerrando los ojos á tanta luz, permanecian tanto mas culpables en su engaño, cuanto la obstinacion era mas voluntaria. Diez y siete años consumió este ejemplarísimo pastor en el perpetuo ejercicio de su apostólico zelo, sin dar apenas lugar á la intermision indispensable que exige el natural descanso, por lo que ponderando el cardenal Baronio su mérito, dijo que en el ardor de la fe y libertad de predicarla excedió Laureano á todos los católicos de su siglo.

A una virtud tan sobresaliente no podia faltar la prueba de la tribulacion, que acrisolase mas y mas sus merecimientos. Murió Alarico, rey de España, en el año 507, en la batalla con Clodoveo de Francia, y recayó la corona en su hijo Amalarico en la menor edad; por lo que su abuelo Teodorico, que reinaba en Italia, tomó á su cargo los oficios de tutor, y dió á conocer los de monarca en los dominios de España. Nombró por ayo de Amalarico, y sustituyó por sí en la administracion del reino á Teudes, Teuda, Teudo ó Teudio, con cuyos nombres le llaman los escritores, varon sagaz, que, valiéndose de medios injustos, llegó por fin á ocupar el trono en el año 531. En los principios de su reinado, mas atento á los intereses de su ambicion que á su secta, le experimentaron los herejes arrianos poco ó nada favorable; y así ofreció una paz á la Iglesia capaz de que pudiesen los católicos ejercer libremente sus funciones. Pero apenas se aseguró en el solio, halló en su pecho, ó en su disimulo permision el orgullo de los arrianos, en tér-

minos que se introdujo en Sevilla y en todo su arzobispado tal iniquidad, que en breve se levantó una terrible tempestad. Era el ánimo de los herejes dar fin á la vida del santo pastor, á quien miraban como á enemigo el mas temible. En efecto inclinado Teudes á esto mismo, en fuerza de la calumnia que levantaron los sectarios contra la inocente conducta de Laureano, cuyo ardiente zelo por la defensa de la fe católica ofendia al ánimo de un príncipe profesor de la impiedad, se excitó contra él una sedicion furiosa, que amenazaba consecuencias funestísimas.

En esta situacion lamentable, estando Laureano un domingo antes de romper el alba entre sueño y vigilia, se le apareció un hermoso jóven (que se cree fuese un ángel), adornado con vestiduras blancas; y llamándole en tono suave tres veces por su nombre, le dijo: *Levántate, y retírate de esa plebe maligna, que no merece gozar de tu presencia, ni ser defendida con tus ruegos: no dilates la fuga; acelera el paso, que yo he de guiarte. Y sabe que en tu ausencia quedará reducida á suma desventura esta ciudad: la afligirá la hambre, la infestará la peste, y por espacio de siete años le negará Dios el beneficio de las lluvias; hasta que honrada con tus reliquias, su misericordia la visite y convierta á penitencia los ánimos de sus moradores.*

A continuacion de tan funesto aviso, pasó Laureano al templo, celebró el santo sacrificio de la misa, y en un sermon que hizo al pueblo con su acostumbrado zelo hasta la hora de tercia, le manifestó deshecho en lágrimas los terribles castigos que amenazaban á Sevilla. Concluido este acto, corrió por las calles de la ciudad con el báculo en la mano el triste pastor predicando penitencia, como otro Jonás á los de Ninive, valiéndose de las armas de nuevo llanto y nuevos suspiros para vencer á los corazones rebeldes y moverlos al arrepentimiento de sus culpas. Despi-

dióse del pueblo con estos tristes aparatos, salió de Sevilla ya puesto el sol, acompañado del mismo jóven que le ordenó la fuga, y dirigió su marcha para Roma. Fué su camino un itinerario de prodigios, memorable entre otros la vista que dió á un ciego y la resurreccion de un difunto, los que llevaron la fama de su santidad por todas partes.

Llegó Laureano á la capital del orbe cristiano cuando ocupaba la cátedra de san Pedro Virgilio, único de este nombre, quien, informado de su venida y del motivo, le trató con el honor correspondiente á su dignidad y con el amor de que era digna su persona. Sirvió de mucho consuelo al papa un varon de virtud tan conocida, en un tiempo en que combatian su angustiado corazon por una parte las invasiones de los Godos en Italia; y por otra las inquietudes de la Iglesia en el Oriente: acrecentando sus temores no menos la fácil condicion de Justiniano, que la presuntuosa audacia de Teodora Augusta, cuyos designios se convirtieron de favorables en contrarios al sumo pontífice, desde que se opuso el santo à los medios injustos de que se valió la emperatriz. Quiso Virgilio, para dar á Laureano pruebas de su estimacion, que celebrase de pontifical en la Basílica de san Pedro, en la festividad de su cátedra en Roma. Hízolo Laureano, obediente á las insinuaciones del vicario de Jesucristo: y reparando al salir del templo, acompañado de muchos obispos y otras personas del clero y de la primera nobleza, en la puerta del Vaticano á un pobre anciano baldado de piés y manos, que encendido en viva fe le pedia que le sanase; no menos movido de compasion, que de confusion al oir que le creia con tanta virtud, que pudiese dispensarle aquel beneficio, como su corazon era no menos magnífico que caritativo, antepuso á los respetos de su humildad la causa del doliente.

Quiso el santo usar del arbitrio de que toda la comitiva volviese á entrar en la Basílica á orar para que el príncipe de los apóstoles se dignase repetir con aquel enfermo igual prodigio que el que ejecutó en vida con otro de su clase en la puerta del templo de Jerusalen, á fin de atribuir á san Pedro la gloria de aquella accion: pero Dios no quiso pasar por este disimulo, pues dando á la virtud de su siervo el crédito de que se excusaba, apenas dijo al tullido, *haz que los que te traen te pongan ante los umbrales de san Pedro, que por sus méritos conseguirás la salud*, la consiguió perfectamente.

Persuadióle Virgilio que se detuviese en Roma, conociendo los ventajosos frutos que resultarian á aquella viña con tan admirable obrero; condescendió el santo con la órden del vicario de Jesucristo. Estando en oracion cierta ocasion, comunicando con Dios sus afectos, se le apareció el mismo jóven, perpetuo y fiel compañero, y le habló en los términos siguientes: *Ea Laureano, ten buen ánimo, pues se acerca el glorioso fin de tus fatigas, el logro de tus deseos y el premio de tus méritos. Camina á Francia, donde es voluntad del Altísimo que en Tours visites el cuerpo del gran confesor san Martin; haz allí oracion, prepárate para el martirio, y parte luego para recibir la palma al territorio de Bourges, en cuyos espaciosos desiertos está la aldea, llamada Vatan: su campo es el teatro que destina Dios á la mayor de tus victorias. Por todas partes te buscan de órden del rey, y es voluntad de Dios darles permision de labrarte la corona del martirio. A Sevilla será llevada tu cabeza, donde en un templo consagrado al Altísimo en honor tuyo, será colocada y venerada: así tendrá la profecía cumplimiento: aplacará Dios sus enojos, mirará aquella ciudad con clemencia y la favorecerá con lluvias y frutos. Pórtate, Laureano, como varon fuerte, que es muy grande el premio que te espera.*

Recibió Laureano con inexplicable gozo tan alegre nueva, como término de sus fatigas y serenidad de sus congojas, mirando ya cerca la gloria de testificar la fe con la sangre de sus venas; y considerando que se aproximaba la felicidad de Sevilla. Encendido su corazon en semejantes afectos, y no menos impelido de ellos, salió de Roma para Francia; y aunque los escritores pasan en silencio los acontecimientos de este viaje, parece creible que se derramaria por todas partes el buen olor de su virtud; de modo que pudieran entender los agresores que le buscaban por varias provincias, su arribo á aquel reino. Llegó á Tours, y habiendo visitado el sepulcro de san Martin é implorado en aquel santuario la divina asistencia, nuevamente encendido en vivísimos deseos de lograr cuanto antes la dicha que deseaba, partió al territorio de Bourges, antiquísima metrópoli de Aquitania, hoy capital del Berri, de la que dista siete leguas hácia el Occidente el lugar de Vastino ó Vatan, corta poblacion entonces, en cuyos desiertos se le habia revelado que conseguiria la corona del martirio. En efecto, apenas caminó media legua, cuando acometido de los que habian de emplear en su inocente vida su inhumana crueldad, separaron con un terrible golpe la cabeza de sus hombros, consiguiendo él por este medio la corona apetecida en el dia 4 de julio del año 446.

Luego que ejecutaron los homicidas el atentado, los invadió un repentino terror que los puso en precipitada fuga; pero poniéndose en pié el venerable cadáver, llevando en las manos su cabeza y siguiéndolos, les dijo: *esperad, tomad esta cabeza; entregadla al que os envió por ella, para que la lleven á Sevilla.* Absortos los agresores con tan estupenda maravilla, convirtiendo en reverencia el horror, y en viva fe su perfidia, postrados ante el santo recibieron la pre-

ciosa alhaja, y enterraron el cuerpo en una cueva, hasta donde habia caminado siguiéndolos.

Algunos autores escriben que fué Totila el rey que dió la órden á los ministros para que llevasen á Sevilla la cabeza del santo, suponiéndole rey de España; pero no habiendo habido en el reino soberano de este nombre, se cree con gravísimo fundamento, atendiendo á la época del suceso, que fué Teodes, á la sazon reinante en España, que despachó por todas las provincias pesquisidores de Laureano, á fin de que le diesen muerte. Bien que pudo valerse de Totila, rey de Italia, sabiendo que en ella moraba Laureano, para que auxiliase sus intenciones, lo que me parece pudo dar motivo á semejante equivocacion de atribuir á Totila el execrable hecho.

Partieron los agresores con la cabeza del ínclito mártir, y al entrar en los dominios de España se comenzó á experimentar la beneficencia del cielo, saciando universalmente con lluvias abundantísimas la escasez que tantos años padecia la tierra. Supo Teodes este y otros prodigios, que se dignó el Señor obrar por la intercesion de su fiel siervo, y arrepentido de su delito, salió á recibir, á pié descalzo, el precioso tesoro, depuestas las insignias reales, vestido de cilicio y polvoreada de ceniza la cabeza, queriendo le acompañasen en aquel acto de reverencia muchos obispos, sacerdotes y próceres del reino. Recibió Sevilla la preciosa reliquia de su santo obispo con universal aplauso, cesaron todas sus plagas, purificáronse los aires, fecundáronse los campos y volvieron á ver los habitantes del país los benignos influjos de aquel apreciable clima.

No quiso Dios que solo España gozase las reliquias del insigne mártir. A los tres dias de su muerte, estando en oracion el obispo de Arles en el sepulcro de san Cesario, y algunos dicen fué san Eusebio, y otros

con mas fundamento creen fué san Aureliano, le avisó un ángel para que pasase al territorio de Bourges y diese sepultura al cuerpo de Laureano, que hallaria cerca de la villa del Vatan, en una cueva de aquel desierto. Partió sin dilacion el prelado de Arles al indicado sitio, y habiendo encontrado el cadáver, ejecutó su funeral y edificó sobre su cuerpo una capilla en honor del príncipe de los apóstoles, cuyo título se trasmutó con el tiempo en el de san Laureano, en virtud de los muchos prodigios que el Señor se dignó obrar por su intercesion; y aun se erigió despues en parroquia. No fué tolerable á los vecinos del Vatan que el santuario donde se veneraban las reliquias del santo estuviese retirado del pueblo, defraudando la distancia su culto y mayor consuelo á los naturales. Movidos de este zelo, le erigieron templo en la misma villa, al que trasladaron su venerable cuerpo, habido en grande veneracion, hasta que, invadiendo los Hugonotes el territorio de Bourges, robaron y destruyeron los templos, ultrajaron las santas imágenes, profanaron los sepulcros y redujeron á ceniza las reliquias que se veneraban en ellos. Tambien fué materia del enorme sacrilegio el cuerpo de san Laureano; pues no contentos los impíos violadores con arruinar su templo y robar sus alhajas, le entregaron á las llamas. Pero habiendo dispuesto la divina Providencia que se librase del incendio un hueso, que se dice ser del brazo, hallado con universal consuelo de los vecinos del Vatan, le colocaron en lugar decente, hasta que en el año 1100 reedificando el templo destruido en forma mas augusta que la antigua, le depositaron en él, donde el 4 de julio, dia de su martirio, se celebra su festividad solemnísimamente.

La cabeza del santo no hay duda que se conservó en Sevilla en grande veneracion y aprecio hasta la irrupcion de los Árabes, de cuyas bárbaras manos la

preservó el Señor, como lo declaró el sínodo diocesano de aquella metrópoli, celebrado en el año 1604 por estas palabras: « La cual cabeza tenemos entre las reliquias de nuestra santa iglesia, donde se ha continuado su culto con toda magnificencia, dignándose Dios obrar repetidos prodigios por la intercesion de su siervo. »

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Lisboa, santa Elisabeth, viuda, reina de Portugal, que, ilustre por sus virtudes y milagros, fué puesta en el número de los santos por el papa Urbano VIII.

En el mismo dia, san Oséas y Ageo, profetas.

En Africa, la fiesta de san Imondiano, mártir, arrojado al mar por confesar á Jesucristo.

En España, san Laureano, obispo y mártir, cuya cabeza fué llevada á Sevilla.

En Sirmich, san Inocente y santa Sebastia, mártires, con otros treinta.

En Nadaura en Africa, san Nanfanion, obispo, que en la persecucion de Diocleciano, bajo el presidente Digniano, fué desgarrado con plomadas, le arrancaron la lengua, y murió por último en paz como confesor de Jesucristo.

En dicho dia, la fiesta de san Flaviano segundo obispo de Antioquía, y san Elías, obispo de Jerusalen, que, desterrados por el emperador Anastasio en razon de su adhesion al concilio de Calcedonia, rindieron el alma á Dios, manteniéndose en los mismos sentimientos.

En Ausburgo en Suavia, san Ulrico, obispo, admirado por su abstinencia, liberalidad y vigilancia; fué ilustre por el don de milagros.

En Tours, la traslacion de san Martin, obispo y confesor; y la dedicacion de la iglesia de su nombre, el

mismo dia en que el santo habia sido consagrado obispo, algunos años antes.

En Griselle cerca de Molesme, diócesis de Langres, san Valentin, confesor en tiempo de Childeberto.

En Blangy en Ternois junto á Hesdin, santa Berta, viuda, fundadora de aquel monasterio.

En Leon de Francia, el venerable Aureliano, obispo de la misma ciudad, fundador de San Benito de Seissieu, en el país de Bugey.

En Tolosa, san Raimundo, confesor, que, muerta su mujer, tomó el hábito de canónigo reglar en Saint-Sernin y fundó un colegio para trece clérigos pobres.

En Placencia, el martirio de san Antonino.

En dicho dia, san Andrés de Creta, obispo, célebre por sus escritos.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Ulrici, confessoris tui atque pontificis, veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat, et salutem. Per Dominum nostrum...

Concédenos, ó Dios omnipotente, que con motivo de la venerable solemnidad del bienaventurado Ulrico, tu confesor y pontífice, se aumente en nosotros la virtud y el deseo de nuestra salvacion. Por nuestro Señor...

La epistola es del cap. 44 y 45 de la Sabiduría.

Ecce sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo, et inventus est justus, et in tempore iracundiæ factus est reconciliatio. Non est inventus similis illi qui conservaret legem Excelsi. Ideo jurejurando fecit illum Dominus crescere in plebem suam. Benedictionem omnium gentium dedit

Hé aquí un sacerdote grande que en sus dias agradó á Dios, y fué hallado justo, y en el tiempo de la cólera se hizo la reconciliacion. No se halló semejante á él en la observancia de la ley del Altísimo. Por eso el Señor con juramento le hizo célebre en su pueblo. Dióle la bendicion de todas las gentes,

illi, et testamentum suum confirmavit super caput ejus. Agnovit eum in benedictionibus suis: conservavit illi misericordiam suam, et invenit gratiam coram oculis Domini. Magnificavit eum in conspectu regum; et dedit illi coronam gloriæ. Statuit illi testamentum æternum, et dedit illi sacerdotium magnum, et beatificavit illum in gloria. Fungi sacerdotio, et habere laudem in nomine ipsius: et offerre illi incensum dignum in odorem suavitatis.

y confirmó en su cabeza su testamento. Le reconoció por sus bendiciones, y le conservó su misericordia, y halló gracia á los ojos del Señor. Engrandecióle en presencia de los reyes, y le dió la corona de la gloria. Hizo con él una alianza eterna, y le dió el sumo sacerdocio: y le colmó de gloria para que ejerciese el sacerdocio, y fuese alabado su nombre, y le ofreciese incienso digno de él, en olor de suavidad.

NOTA.

« Esta epístola es un compendio ó una coleccion » de los elogios que el Espíritu Santo hizo del sumo » sacerdote Aaron en el libro sagrado intitulado *el* » *Eclesiástico*. La Iglesia ha tomado de muchos lu- » gares de los capítulos 44 y 45 de este libro todo » lo que se contiene en esta epístola; y toda ella » incluye y encierra en sí un completo elogio del » sumo sacerdote, que la misma Iglesia aplica á los » santos confesores y pontífices de la ley nueva. »

REFLEXIONES.

Este es el gran sacerdote que agradó á Dios durante su vida; y hablando en rigor, solo fué grande porque agradó á Dios. Agradar á Dios es el fundamento de la verdadera grandeza; asi como la mayor de todas las desdichas es desagradarle, incurrir en su indignacion y vivir en su desgracia. Pero ¡qué poca fuerza hace esta gran verdad á muchos hombres del mundo! Este es uno de los primeros principios de la religion; pero ¿qué importa? ni se piensa en él, ni se hace

caso de desagradar al Señor. La menor sospecha, el menor rezelo de estar en desgracia del príncipe quita la paz y el sosiego, altera el reposo, llena de amargura y causa mortales inquietudes á los dichosos del siglo. ¿Hace el mismo efecto en nuestros ánimos el pensamiento de estar en desgracia de Dios? ¿quítanos el sueño? ¿interrúmpenos la alegría? ¿causa siquiera alguna amargura en el alma? Hablemos claros, no es menester mas para conocer, para palpar la irreligion de nuestro siglo. En él se puede decir con el Profeta que los hombres beben la maldad como el agua, y que el pecado está como familiarizado con la conciencia de los cristianos. *Pequé, es así*, dicen con el impío de quien habla la Escritura, *pequé; ¿y qué mal me ha sucedido?* Vívese en la enemistad de Dios; mas por eso ni se vive con menos contento ni con menos tranquilidad. Por mas que los espectáculos sean contrarios á la religion; por mas que las concurrencias mundanas sufoquen la virtud; por mas que las diversiones peligrosas sean incompatibles con la inocencia, no importa; el concurso atropellado siempre se hallará en los espectáculos, y las diversiones peligrosas han de ser de todos los tiempos y de todas las estaciones. Hasta en el santuario entra el vicio, digámoslo así, con la vara levantada; ya no respeta á estado alguno la licencia de las costumbres; inunda y triunfa la iniquidad en todas las edades; y despues nos quejamos de que se derrame un diluvio de calamidades por todo el universo. Efectos necesarios son de nuestros desórdenes esos azotes tan universales que nos castigan y nos abaten. ¡Con qué facilidad y con qué seguridad se violan las mas sacrosantas leyes! ¡los mandamientos mas esenciales, las mas respetables reglas! y esto al mismo tiempo que somos tan delicados en todo lo que toca á nuestro honor, á nuestro interés y á nuestra reputacion. La mas lijera ofensa,

el mas mínimo desprecio nos excita la cólera, y al momento gritamos, ¡qué injusticia! ¡qué vileza! ¡qué ingratitud! alborotando al mundo hasta que se nos da satisfaccion. Solo á la ofensa de Dios nos mostramos en todo tiempo indiferentes é insensibles; de manera que por lo que toca á nuestra quietud y en lo respectivo á nosotros, parece que lo mismo se nos da agradarle que ofenderle. ¡Buen Dios, y cuánta necesidad hay de un juicio final en vista de esta conducta! ¡Qué bien justifica este proceder los terribles azotes que afligen el dia de hoy toda la tierra!

El evangelio es del cap. 25 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Homo quidam peregrè proficiscens, vocavit servos suos, et tradidit illis bona sua. Et uni dedit quinque talenta, alii autem duo, alii verò unum, unicuique secundùm propriam virtutem, et profectus est statim. Abiit autem qui quinque talenta acceperat, et operatus est in eis, et lucratus est alia quinque. Similiter, et qui duo acceperat, lucratus est alia duo. Qui autem unum acceperat, abiens fodit in terra, et abscondit pecuniam domini sui. Post multum verò temporis venit dominus servorum illorum, et posuit rationem cum eis. Et accedens qui quinque talenta acceperat, obtulit alia quinque talenta, dicens: Domine, quinque talenta tradidisti

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Un hombre que debia ir muy lejos de su pais, llamó á sus criados, y les entregó sus bienes. Y á uno dió cinco talentos, á otro dos, y á otro uno, á cada cual segun sus fuerzas, y se partió al punto. Fué, pues, el que habia recibido los cinco talentos á comerciar con ellos, y ganó otros cinco. Igualmente el que habia recibido dos, ganó otros dos. Pero el que habia recibido uno, hizo un hoyo en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Mas despues de mucho tiempo vino el señor de aquellos criados, y les tomó cuentas. Y llegando el que habia recibido cinco talentos, le ofreció otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, hé aquí otros cinco que

mihi; ecce alia quinque super-lucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam, intra in gaudium domini tui. Accessit autem et qui duo talenta acceperat, et ait: Domine, duo talenta tradidisti mihi, ecce alia duo lucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, supra multa te constituam, intra in gaudium domini tui.

he ganado. Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor. Llegó tambien el que habia recibido dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me entregaste, hé aquí otros dos mas que he granjeado. Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor.

MEDITACION.

DEL APRECIO Y VENERACION QUE DEBEMOS HACER DE LOS SANTOS ESTILOS DE LA IGLESIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que por aquellos diversos talentos del Evangelio no se entienden únicamente aquellos dones particulares que el Señor distribuye tan liberalmente á sus siervos; puédense tambien entender los devotos estilos y santas costumbres de la religion, las cuales son tambien fuentes de gracias para los que saben aprovecharse de ellas, practicándolas con aquellas disposiciones que nos pide el espíritu de la Iglesia, que es el mismo Espíritu Santo. Tales son las bendiciones del Santísimo, salves, procesiones, salutacion angélica, agua bendita y otras muchas ceremonias y sagrados ritos de la Iglesia católica, todos antiguos, todos santos y todos instituidos para enriquecer á los fieles con las bendiciones del cielo. ¡O buen Dios, y qué de tesoros espirituales nos hace perder nuestra poca religion! Reflexionemos bien las oraciones que

dice la Iglesia en la bendicion del agua, y por ellas conoceremos la virtud del agua bendita.

Dase principio por la bendicion de la sal con esta oracion: « Yo te exorcizo, esto es, yo te bendigo, criatura de la sal, por el Dios vivo, por el Dios verdadero, por el Dios santo, por aquel Dios que mandó al profeta Eliseo ordenase que te echasen en el agua para hacerla saludable y fecunda, á fin de que por este exorcismo puedas contribuir á la salvacion de los fieles, y todos los que te usen reciban la salud del cuerpo y del alma, y para que el lugar donde te derramen sea libre de toda ilusion, malicia, artificio y sorpresa del diablo; y todo espíritu inmundo sea expelido de él, conjurándole aquel que ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos, y á todo el mundo por fuego.

» Todopoderoso y sempiterno Dios (prosigue el sacerdote), suplicamos muy humildemente á vuestra infinita clemencia os digneis, por vuestra bondad, bendecir y santificar esta criatura de la sal, que concedisteis para su uso á todo el género humano, á fin de que sirva á los que se valgan de ella para la salvacion de su alma y de su cuerpo, y que todo lo que sea tocado ó rociado con ella sea preservado de toda mancha y de todos los ataques de los malignos espíritus. Por nuestro Señor Jesucristo, que, siendo Dios vive y reina con vos en unidad del mismo Espíritu Santo.

» Yo te exorcizo, criatura del agua en nombre de Dios Padre todopoderoso, y de nuestro Señor Jesucristo su Hijo, y en virtud del Espíritu Santo, á fin de que por este exorcismo ayudes á expeler y disipar todas las fuerzas del enemigo, y á exterminarle á él mismo con sus ángeles rebeldes por el poder del mismo Jesucristo nuestro Señor, que ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos, y al siglo por fuego.

» O Dios, que os quisísteis valer de la sustancia de las aguas para los mayores sacramentos que instituísteis para la salvacion del género humano, oid favorablemente nuestras humildes súplicas y derramad la virtud de vuestra bendicion sobre este elemento, preparado con varias purificaciones; á fin de que, sirviendo á vuestros misterios vuestra criatura, reciba el efecto de vuestra divina gracia para expeler los demonios y las enfermedades; y que todo lo que fuere rociado con esta agua, ya sea en las habitaciones, ya en los demás lugares de los fieles, sea preservado de toda impureza y de todo mal; que no haya allí ni espíritu pestilente, ni aire corrompido; que sea libre de las asechanzas secretas del enemigo; y si hay algo que pueda dañar á la salud, ó á la quietud de los que habitan en ellas, sea arrojado lejos de allí por virtud de esta agua; y en fin, que por la invocacion de vuestro santo nombre podamos conseguir la prosperidad que deseamos, exenta de todo género de ataques. Por nuestro Señor Jesucristo, etc. »

Despues de estas oraciones el sacerdote echa la sal en el agua en forma de cruz, diciendo : *Hágase esta mezcla de sal y de agua en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Así sea*; y concluye con la siguiente oracion :

« O Dios, autor de un invencible poder, rey de un imperio inmutable, que siempre triunfas gloriosamente, que disipas las fuerzas del partido contrario, que abates el furor del rugiente enemigo y domas poderosamente la malicia de tus adversarios; suplicámoste con profundo respeto te dignes mirar con ojos benignos esta criatura de la sal y del agua, derramando en ella la virtud de tu gracia; y santificándola con la efusion de tu divina bondad, para que todos los lugares que sean rociados con ella,

sean preservados, por la invocacion de tu santo nombre, de las fantasmas del espíritu impuro, sin que haya que temer serpiente venenosa; antes implorando tu misericordia en todos los lugares, estemos asistidos de la presencia del Espíritu Santo. Por nuestro Señor Jesucristo, etc. » ¡Qué virtud no tendrá este preciosísimo antídoto! ¡y con qué espíritu de religion deberemos usar del agua bendita!

PUNTO SEGUNDO.

Considera cuánto mal hacemos en no aprovecharnos de un auxilio tan fácil, ya sea por ignorancia, ya por indolencia, ya por falta de fe. La pérdida no es indiferente para nosotros, todo el infierno teme la virtud de esta agua; y si tuviéramos una fe viva y un fondo de religion menos limitado, cada dia experimentaríamos muchos auxilios con el agua bendita; pero no parece posible tener menos fe en ella de la que tenemos, ni usarla menos de lo que el dia de hoy la usamos.

Todo es lazos en el mundo, todo es peligros; los enemigos de nuestra salvacion poderosos y en gran número; mas ¿por ventura nos faltan armas ni socorros? No por cierto; pero no nos dignamos aprovecharnos de ellos. ¿Pues de qué nos admiramos si somos heridos, si somos derribados, si se ven tan funestas caidas? el dia de hoy solo el ínfimo pueblo se vale de estos medios; y así se ve que por lo general solo en él reinan la inocencia y la devocion. Las personas distinguidas por su nacimiento ó por su fortuna usan poco de estas devotas armas. Un caballero, una dama creerian abatir su calidad si al entrar en la iglesia metieran la mano en la pila del agua bendita; es devocion muy baja y muy popular para personas de tanto respeto; es menester alargársela, es menes-

ter presentársela; y aun así la reciben, no como acto de religion, sino de atencion, de urbanidad y tal vez de cortejo enteramente profano. Y á esto se reduce casi todo lo que ha quedado de piedad en las que se llaman gentes del mundo.

¡Mi Dios, mucho tengo de que enmendarme en el uso de este y otros santos ejercicios de religion! Dignaos acompañar este conocimiento que me dais y estas reflexiones con que me favoreceis, de una poderosa gracia, para que llore lo mucho que he perdido hasta aquí, y para que en adelante repare esta pérdida, usando dignamente de todos los actos de piedad el resto de mis dias.

JACULATORIAS.

Tunc non confundar, cùm perspexero in omnibus mandatis tuis. Salm. 118.

No, Señor, jamás seré confundido como no desprecie cosa alguna de cuantas la santa Iglesia tiene establecidas y ordenadas.

Justificationes tuas custodiam, non me derelinquas usquequaque. Salm. 118.

Observaré, Señor, y practicaré religiosamente las piadosas costumbres de la Iglesia, esperando que nunca me desampararéis.

PROPOSITOS.

1. El uso del agua bendita es sin duda de tradicion apostólica, como la bendicion del agua y de la sal con que se hace el asperges al pueblo, siendo el fin de esta ceremonia para que por la virtud que comunican al agua bendita las oraciones de la Iglesia, no tenga poder el espíritu maligno sobre las personas ni las cosas que ella tocare. El motivo porque se hace la mezcla de sal y agua bendita, es por ser la sal

símbolo de la prudencia y de la sabiduría, como el agua lo es del candor y de la pureza. Hace tambien la santa Iglesia esta misteriosa mezcla, para que los que fueren lavados ó rociados con aquella agua, siendo purificados por el Espíritu Santo, experimenten en sí el candor y la simplicidad de las palomas, con la prudencia de las serpientes. Hízose en todos tiempos esta bendicion del agua en los domingos, para que la llevasen á sus casas los fieles que aquel dia concurren á la iglesia; y se coloca la pila del agua bendita á la entrada de todas las iglesias, para que al entrar en ella la tomen los mismos fieles, pidiendo á Dios se digne purificarlos, á fin de que sus oraciones sean mas puras y mas eficaces. Esta santa costumbre es de la mayor antigüedad, como se reconoce por el libro de las constituciones apostólicas. Hácese el asperges sobre el altar antes de la misa mayor, para pedir á Dios que los demonios no se acerquen á él á turbar con infernales sugestiones los ministros del Señor. Rocíanse con agua bendita los cadáveres, las sepulturas y los cementerios, para conseguir del Señor que, en virtud de las oraciones con que se bendijo aquella agua, se digne purificar cuanto antes las almas de los fieles difuntos que descansan en paz, concediéndoles el alivio de las penas que padecen y anticipándoles el gozo y la posesion de la gloria.

2. Guárdate bien de aquella irreligiosa delicadeza con que muchas personas indevotas se excusan de tomar agua bendita al entrar y salir de la iglesia. Ten siempre en tu cuarto una pila de agua bendita, no ya para ostentacion ó para adorno, sino para usar devotamente de ella; y nunca dejes de tomarla al levantarte, al acostarte y al principio de tus devociones y de tus tareas. Es una santa y provechosa costumbre el tomarla tambien cuando se levanta alguna tempestad, cuando truena y cuando se siente

alguna tentacion. Igualmente es de grande importancia rociar con ella la cama antes de acostarse, echarla á los enfermos, á los moribundos, y generalmente aspergear los lugares donde se teme la asistencia de los espíritus malignos, ó algun aire corrupto y pestilente. Acostúmbrate á tomarla tambien al entrar y salir de tu cuarto. Nos libraríamos de mil desgraciados accidentes que suceden, si usáramos mas de estos poderosos auxilios; pero es menester hacerlo como se debe para que sea con fruto. Para eso has de tomar siempre el agua bendita con espíritu de fe y de compuncion; de fe, por ser esta la condicion indispensable que exige el Salvador en todos los que le piden algun favor especial; de compuncion, porque para conseguir purificarnos de las faltas lijeras por virtud del agua bendita, es menester detestarlas con dolor. No hay cosa mas saludable que estos piadosos ejercicios, y asi haz siempre de ellos grande aprecio.

DIA QUINTO.

EL BEATO PEDRO DE LUXEMBURGO, CONFESOR.

La ilustre casa de Luxemburgo, tan conocida en la Europa por haber dado cinco emperadores al Occidente, muchos reyes á Hungría y á Bohemia, una reina á Francia, y por su enlace con la augusta casa de Borbon, se vió mas que nunca esclarecida en el siglo décimocuarto por el nacimiento del bienaventurado Pedro de Luxemburgo, cuya memoria consagró para siempre la santa Iglesia.

Nació el dia 20 de julio de 1369 en Liñy, ciudad poco populosa de Lorena, en la diócesis de Toul.

Fué Pedro el quinto de los hijos que tuvo Guido de Luxemburgo, conde de Liñy, y Matilde ó Mathan de Chantillon, condesa de San Pol; pero su madre le amó con tan particular ternura, que ella misma quiso criarle á sus pechos, y aun habia determinado cuidar ella sola de su educacion, si Dios no lo hubiera dispuesto de otra manera, llevándosela para sí cuando el niño no tenia mas que tres años. Mas como el Señor tenia destinado á Pedro para tan altos fines, dispuso que su tia la condesa de Orgieres, señora no menos virtuosa que su madre, se encargase de la crianza del niño. Escogióle excelentes maestros, que tuvieron poco que hacer, porque su noble índole y su despejado entendimiento les ahorró muchas lecciones. Era por otra parte de inclinaciones tan piadosas, que parecia haberse anticipado la virtud á la razon. A los seis años de su edad hizo voto de castidad, y á una hermanita suya que tenia doce la persuadió á que hiciese el mismo voto. Su amor á la oracion, su modestia en la iglesia, su tierna devocion á la santísima Vírgen y su caridad con los pobres, le merecieron desde entonces el renombre de santo.

Parece que no podia subir mas de punto esta última virtud. Siendo de solos siete ú ocho años, era todo su desvelo socorrer á los necesitados. Ningun pobre llegaba á la puerta de su casa mientras estaban comiendo, con quien no repartiese lo que le servian en su plato. Valíase de mil industrias para tener con que dar limosna, y cuando se le acababa el caudal, hurtaba cuanto podia para socorrerlos. Informado el conde su padre de estos piadosos hurtos, dió muchas gracias á Dios por haberle concedido un hijo de tan cristianas como nobles inclinaciones; y aun se asegura que autorizó Dios su caridad con varios prodigios, de que fué testigo el mismo conde.

A los doce años le enviaron á París para continuar

estudios; y como era de tan excelente ingenio, se distinguió mucho, así en las letras humanas como en la filosofía. Aplicóse despues al derecho canónico, que en aquel tiempo era muy cultivado por los que se dedicaban al estado eclesiástico. Hizo en él tan asombrosos progresos, que ya en tan tierna edad fué venerado por un milagro de virtud y de sabiduría. Dos desgraciados sucesos interrumpieron sus estudios, la muerte de su padre y el accidente de su hermano mayor el conde de San Pol, que en una batalla que perdieron los franceses fué hecho prisionero por los ingleses. Inmediatamente se fué el santo niño á Calés, donde se quedó en rehenes por su hermano mientras iba este á recoger la cantidad que le habian pedido por su rescate. Enamorados los ingleses de la virtud y de las prendas de su nuevo prisionero, le cobraron tanto amor y tanto respeto, que le pusieron luego en libertad, sin querer mas seguridad que la de su palabra; y noticioso el rey de Inglaterra Ricardo II del mérito de nuestro santo, hizo cuanto pudo para detenerle cerca de sí; pero Pedro, luego que se vió libre, se restituyó á París para continuar sus estudios.

Cobró nuevas fuerzas su fervor cuando se vió en aquella ciudad; dobló sus penitencias y cada dia se iba haciendo mas y mas visible su virtud. Habia algunos años que el célebre Felipe de Maisieres, antiguo canciller de los reinos de Jerusalen y de Chipre, desengañado de las grandezas humanas, vivia retirado del mundo en el convento de los Celestinos de París, donde sin la obligacion de los votos, ni la profesion del hábito, hacía una vida muy ejemplar y verdaderamente religiosa. Movido de la reputacion de aquel ilustre solitario, pasó á verle Pedro de Luxemburgo. A la primera conversacion descubrió Felipe el rico tesoro de gracias que se ocultaba en el alma de aquel jóven, y la uniformidad de máximas formó inmedia-

tamente una amistad muy estrecha entre los dos grandes siervos de Dios. Admiraba á Felipe la inocencia y la sobresaliente virtud de Pedro de Luxemburgo, y aprovechábase este de las lecciones que Felipe le comunicaba sobre el ejercicio de la oracion y sobre los diferentes caminos de la vida espiritual.

Eran los únicos pensamientos de Pedro adelantarse cada dia mas en el camino de la perfeccion, muy ajeno de pensar en ascender á las dignidades de la Iglesia, cuando su familia le solicitó un canonicato en la catedral de Paris. El nuevo empleo solo sirvió para que se considerase mas obligado á dar mayor impulso à los esfuerzos de su fervor, siendo su modestia, su compostura, su indefectible asistencia á todas las horas del coro y la inocencia de sus costumbres el modelo mas perfecto de canónigos santos, y la admiracion de toda la ciudad, donde se hizo mucho mas respetable por su humildad que por su elevado nacimiento y por las demás raras virtudes. Negóse á llevar la cruz en cierta procesion solemne un simple clériguillo, de padres muy humildes, pareciéndole á su orgullo ejercicio de poca estimacion; tomóla luego nuestro jóven canónigo y la llevó con tanta devocion, que asombró à todo Paris, con edificacion y con aplauso general de su modestia.

La fama de tan singular virtud y de tan extraordinario mérito hizo tanto ruido en el mundo, que penetró hasta las cortes extranjeras. Despedazaba á la sazon la Iglesia de Dios un largo y funesto cisma. Clemente VII, reconocido en Francia por legítimo pontífice, residia en Aviñon, y noticioso de la eminente santidad del tierno canónigo de Paris, le hizo arcediano de Dreux, y casi al mismo tiempo le nombró para obispo de Metz, sin reparar en su cortísima edad, pues contaba solos quince años; porque el papa creyó debia dispensar en las leyes comunes de la

Iglesia con quien Dios habia hecho tan superior á las ordinarias de la naturaleza. A pesar de sus representaciones y de toda su resistencia, se vió precisado á obedecer. Fué ordenado de sacerdote y consagrado obispo de Metz, mostrando desde luego que si la dignidad era muy superior á sus años, su virtud era muy superior á la dignidad. Mostró en toda su conducta ser un pastor consumado para el ministerio, creyendo todos que veian un ángel cuando se dejaba ver en público, y se hablaba de la sabiduría de aquel prelado niño con una especie de admiracion, muy parecida á la que causó el niño Jesus en la edad de doce años.

Por imitar en todo á su divino Maestro, hizo su entrada pública en Metz, como la hizo el Salvador en Jerusalen, montado en un humilde jumento; no admitiendo otra pompa que la de hacer cuantiosas limosnas á los pobres, ni mas aparato que el de la modestia y la piedad.

Desde que tomó posesion del obispado se dedicó al cumplimiento de todas sus obligaciones con un fervor y con una intension verdaderamente asombrosa. Dió principio por la visita general de toda la diócesis, y la hizo con tanta felicidad, que restituyó la fe á su pureza, la disciplina á su vigor, y corrigió abusos que con el transcurso de los años aspiraban á la prescripcion.

Mientras se afanaba tan dichosamente por santificar á los demás, estaba muy distante de descuidarse en la santificacion de sí mismo; y cuando dedicaba sus desvelos al mayor bien del rebaño, no perdia de vista la perfeccion que debia resplandecer en el pastor. No podia ser mayor su delicadeza de conciencia; confesábase todos los dias, y muchos dias dos veces. Nunca perdia á Dios de vista, estando en su presencia tan frecuentemente, que se podia decir era toda su vida una continua oracion, la que apenas inter-

rumpia su corto sueño. El tiempo que no dedicaba á aliviar las necesidades espirituales de su pueblo, le empleaba todo en la oracion y en el estudio, negándose aun á las mas lícitas y honestas diversiones. Sus rentas las consumian casi enteramente los pobres y la Iglesia, reservándose la menor parte de ellas, no para vivir, sino para no morirse de hambre; porque los ayunos de precepto los hacia todos á pan y agua, y con el mismo rigor ayunaba todo el adviento, y todos los lunes, viernes y sábados del año. Las penitencias del cuerpo excedian al rigor de sus ayunos; y aunque no parecia posible mayor inocencia, es indubitable que su extremada penitencia acortó los dias de su preciosa vida. Dióle mucho que padecer el sedicioso alboroto de sus diocesanos, que contra su autoridad se nombraron por sí mismos jueces y magistrados. Humillábase delante de Dios, y le sirvió de gran mortificacion el ver que su mismo hermano el conde de San Pol tomó las armas y saqueó muchos lugares de las cercanias de Metz: el santo obispo cargó con todos los daños, reparando con sus propias rentas cuantos el conde habia hecho; generosa caridad que le acabó de ganar todos los corazones.

Hallábase aun en Aviñon el año de 1386 el papa Clemente VII, y movido de lo mucho que oia decir acerca de la eminente santidad del jóven obispo de Metz, le creó cardenal del título de san Jorge al velo de oro, mandándole asistir cerca de su persona para edificar con sus grandes ejemplos á toda la corte eclesiástica. Reconocíale nuestro santo, como tambien toda la Francia, por legítimo pontífice, en cuya consideracion se juzgó obligado á obedecer. Llegó el nuevo cardenal á la corte de Aviñon, donde acreditó con su presencia que todo lo que habia publicado la fama acerca de su heróica virtud era muy inferior á lo que hacia ver la experiencia. La nueva dignidad solo

sirvió para añadir mas esplendor á sus virtudes, y para que el santo se entregase á nuevas penitencias, no contentándose con las ordinarias. Informado el papa de esto, y conociendo de cuánta importancia era para el bien de la Iglesia universal la conservacion de aquella preciosa vida, le advirtió muchas veces que moderase sus excesivas austeridades; y sabiendo que cada dia se iba debilitando mas y mas su salud, le prohibió absolutamente la mayor parte de sus penitencias; á lo que respondió el santo cardenal: *Santísimo Padre, yo siempre seré un siervo inútil; pero à lo menos sabré obedecer.*

Pero como el papa no le prohibió que moderase las limosnas, le pareció que lo que perdia por el lado de la penitencia, lo debia resarcir por el de la caridad. Era singular su ternura con los pobres, y todo su gusto era parecerse á ellos; habiéndoles dado sus rentas, sus muebles y su equipaje, vendió el anillo episcopal para socorrerlos. Todo cuanto se veia en el cardenal respiraba pobreza, y publicaba el extraordinario amor que le profesaba; de manera que cuando murió solo se hallaron unos cuarenta cuartos en sus navetas.

Al paso que cada dia se debilitaba mas su salud, crecia mas su devocion, su ternura y su abrasado amor para con Dios. Yendo un dia desde su palacio á la iglesia de San Pedro de Aviñon, fué arrebatado en éxtasis, con el semblante encendido, los ojos inmobles y fijos en el cielo, despidiendo de todo su cuerpo un resplandor extraordinario. Lleváronle en brazos sus criados á la casa mas inmediata, que se cree fué el hospital de San Antonio, donde estuvo mas de media hora sin volver del rapto. En otra ocasion, pasando de Aviñon á Castelnuevo del Papa, tuvo otro semejante. Tiénese por cierto que se le apareció el Salvador en el camino, cuya vision le sacó

tan fuera de sí, que, suspendida la funcion de los sentidos, se postró en tierra en medio de un lodazal, de donde le levantaron sin que se descubriese ni la mas mínima mancha en el vestido. Fueron testigos de esta maravilla el mismo papa y todos los de la comitiva. El éxtasis fué largo, y en la iglesia colegial de nuestra señora de Autun se ve una antigua pintura del santo que representa este suceso, con estas palabras que le eran muy familiares: *Desprecio del mundo, desprecio de si mismo, desprecio del mismo desprecio, y á nadie despreciar sino á si solo.*

Era muy de desear que una vida tan santa hubiese sido mas larga; pero el Señor se dió priesa á recompensar unos merecimientos tan extraordinarios y unos dias tan colmados. Diez meses despues de su promocion al cardenalato cayó gravemente enfermo, degenerando la fiebre en una calenturilla lenta, que le iba consumiendo. Hiciéronle mudar de aires y le condujeron á Villanueva, á la otra parte del Ródano. Nunco manifestó mas su devocion que en el tiempo de su enfermedad. Todos los dias rezaba el oficio divino, confesábase dos veces al dia, y cada dia comulgaba para añadir nuevas fuerzas á su fervor con el pan de la divina Eucaristía. Conforme se iba acercando á su dichoso fin, iba creciendo su íntima union con Dios y su tierna devocion á la santísima Virgen. Fué á visitarle uno de sus hermanos, que andando el tiempo fué obispo de Cambray; hablóle el santo con tanta energía y con tanta mocion de la vanidad del mundo y de las ventajas de la vida santa y perfecta, que, imprimiéndoselo indeleblemente en el alma estos saludables consejos, fué despues uno de los prelados mas ejemplares. Recomendóle muy particularmente á su querida hermana Juana de Luxemburgo, aquella misma á quien habia persuadido hiciese voto de castidad, que toda la vida fué un perfecto modelo

de vírgenes cristianas, á la cual envió tambien un tratado *de la perfeccion*, que determinadamente habia compuesto para ella. Conociendo que se le iban acabando las fuerzas, recibió los últimos sacramentos con indecible fervor; llamó despues á todos sus criados que se deshacian en lágrimas; pidióles perdon del mal ejemplo que les habia dado, tratándolos acaso con menos caridad de lo que debiera; obligólos á darle palabra de hacer lo que les pidiese; todos respondieron que obedecerian; pero quedaron asombrados cuando les mandó que tomasen en la mano unas disciplinas que tenia debajo de la cabecera, y que uno despues de otro le fuesen azotando en las espaldas, *en castigo* (añadió) *de haberos tratado como criados, siendo así que érais mis hermanos.* Por mas súplicas, instancias y ruegos que le hicieron, por mas lágrimas que derramaron para que los dispensase en aquella accion, les fué preciso darle gusto. Concluido un acto de tanta humillacion, quiso que le dejasen á solas con su Dios; y en fin, consumido mas por el fuego del divino amor que por el de la calentura lenta, rindió su inocente alma al Criador el año de 1387, á los diez y ocho de su edad.

Cuando Clemente VII supo su muerte, no pudo contener las lágrimas. *Esta dichosa alma* (exclamó) *aplacará la cólera del cielo, y nos alcanzará la paz de la Iglesia.* Pasó en persona á Villanueva á besar su santo cuerpo, y fué testigo del celestial olor que exhalaba, llenando de fragancia todo el cuarto. De Villanueva fué conducido á Aviñon sin pompa ni aparato, como él mismo lo habia mandado, y se le dió sepultura en el cementerio de San Miguel, donde despues se fundó la iglesia y convento de padres celestinos, que poseen hasta hoy el inestimable tesoro de sus reliquias.

Fueron tantos y tan estupendos los milagros que

obró Dios por su intercesion antes de ser enterrado, y despues en su sepultura, que hay pocos bienaventurados, cuya santidad hubiese querido declarar el cielo de un modo mas auténtico. En virtud de esto, apenas murió cuando se erigió una magnífica capilla en el lugar de su sepulcro, apresurándose tanto el zelo y la devocion, que se dice entregaron sus joyas las damas de Aviñon para que cuanto antes se concluyese la obra; y fué tan grande la veneracion de todo el pueblo por el santo cuerpo, que el cuartel de la ciudad donde descansan sus preciosas reliquias se llama hasta el dia de hoy el *Cuartel santo*. Constan hasta 2400 milagros en los registros que conserva el archivo de los padres celestinos, pero el mas célebre de todos fué el que sucedió el año de 1432.

Un muchacho de diez á doce años subió á la torre mas alta del palacio de Aviñon para coger un nido de pájaros; alargó tanto el cuerpo para alcanzar al nido, que, perdiendo el equilibrio, cayó precipitado desde lo mas elevado de la torre, y dió sobre la punta de un peñasco, donde se hizo pedazos tan horrorosamente, que se esparcieron los sesos por todas partes, y todo el cuerpo quedó dividido en trozos. Concurrió toda la ciudad á tan lastimoso espectáculo, cuya vista llenó de horror á todos y á cada uno. Noticioso el triste padre del niño de tan desgraciado suceso, híncase luego de rodillas, y deshecho en lágrimas levanta los ojos y las manos al cielo, diciendo: *Monseñor san Pedro de Luxemburgo, amparadme.* Levántase lleno de fe y de confinza, corre al lugar donde estaba el cuerpo de su hijo, recoge los pedazos esparcidos por el suelo, y la sangre derramada con la misma tierra que estaba empapada de ella, mételo todo en un saco, y él mismo lleva el saco con aquellos tristes despojos, y le coloca sobre el sepulcro del santo, en cuya proteccion, despues de Dios, tenia toda su confianza;

ruega á la muchedumbre que le seguia, que junte sus oraciones á las suyas, y acuden los padres celestinos á cantar la oracion del bienaventurado Pedro. Unidas así las oraciones de todos, con un prodigio jamás oido hasta entonces, ven todos los circunstantes que el muchacho comienza á moverse dentro del saco, y oyen una voz del niño como si estuviera en lo alto de la torre, que decia á un compañero suyo: *Estéban, coge el nido, que ya cayó abajo.* Faltó poco para que ahogase al niño resucitado la priesa que todos se daban por verle, y fué preciso ponerle de pié encima del altar para satisfacer la curiosidad del concurso. Una maravilla tan extraordinaria sucedida á la vista de toda la ciudad aumentó la devocion del pueblo á nuestro beato; y como sucedió el dia 5 de julio, se fijó para este dia su fiesta, que todos los años se celebra en Aviñon con pompa y con solemnidad, especialmente despues que el verdadero papa Clemente VII, precediendo las jurídicas informaciones de su vida y milagros, publicó la bula de su beatificacion en 4 de abril de 1527, y la ciudad de Aviñon le escogió por uno de sus patronos, de quien cada dia recibe nuevas gracias.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Da quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Petri, confessoris tui atque pontificis, veneranda solemnitas et devotionem nobis augeat et salutem. Per Dominum nostrum Jesum Christum...	Suplicámoste, ó Dios todopoderoso, que la venerable solemnidad del bienaventurado san Pedro, tu confesor y pontífice, aumente en nosotros el espíritu de la piedad y el deseo de nuestra salvacion. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 44 y 45 de la Sabiduría, y la misma que el dia IV, *pág.* 82.

NOTA.

« Jesus, nieto del autor del libro del *Eclesiástico*,
» de donde se sacó esta epístola, la tradujo del hebreo
» al griego; pero el original hebreo que tuvo pre-
» sente para la traduccion no fué otro, segun todas
» las apariencias, que el siriaco y el hebreo vulgar
» de aquellos tiempos. Ignórase quién fué el autor de
» la version latina, y solo se sabe que se hizo en los
» primeros siglos de la Iglesia, pues se halla citada en
» todos los santos padres antiguos. »

REFLEXIONES.

Halló gracia delante del Señor. Esta es la mayor fortuna que puede hacer el hombre, este el elogio mas magnífico que el hombre puede merecer, y esta es toda la felicidad del hombre. Hallar gracia delante de Dios es ser agradable á sus divinos ojos por su inocencia y por su piedad; es ser favorecido, y es gozar de su benevolencia y de su amistad. Si el favor de los grandes del mundo colma de bienes y de honras á los que le consiguen, ¿qué honras y qué bienes no producirá el favor de Dios? Pero hay esta diferencia, que el favor de los príncipes puede llenarnos de tesoros, mas no es capaz de dar mérito; cuando la gracia de Dios es el mérito de la persona, porque es inseparable de la virtud. *Agradó á Dios, y hallóse que era justo*. Sin justicia, esto es, sin virtud y sin inocencia es imposible agradar al Señor. Pero ¿dónde hay fortuna mas sólida? No hay cosa mas superficial ni mas vacía que la imaginara felicidad de los dichosos del siglo. ¿Cuándo se halló siquiera uno que estuviese contento con su suerte? Crece la ambicion con los bienes y con los honores; y esta insaciabilidad es la mayor prueba de una verdadera indigencia. No hay cosa criada que pueda saciar ni contentar el co-

razon del hombre; la seguridad de que algun dia se ha de perder todo, turba el gusto de la posesion. Las riquezas opulentas y los honores mas elevados á lo sumo no son mas que una brillantez que deslumbra, y un humo que se sube á la cabeza; engañan y aturden por algun tiempo, y en eso consiste toda esa soñada felicidad. Esas revoluciones de fortuna y esa continua alternativa de bienes y de males, ¿qué otra cosa nos están predicando? Sábese muy bien, y se dice á cada paso, que ya es estrella de favorecidos el no serlo nunca hasta el fin, ó porque los príncipes se cansan de ellos cuando no tienen mas que dar, ó porque ellos se cansan de los príncipes cuando no tienen mas que recibir. No sucede lo mismo con los que han merecido la gracia del Señor; sus bienes hartan sin fastidio; hacen á sus favorecidos respetables sin arrogancia, dichosos sin emulacion, y no están ni sujetos al capricho, ni dependientes del humor, ni expuestos á las inconstancias de la vida. Consíguese la gracia del Señor, y se mantiene uno en ella siempre que quiere, y todo el tiempo que quiere. *Si vis, es*, respondió santo Tomás á una hermana suya, que le preguntó cómo podria ser santa: *Seráslo como lo quieras ser*. Las aprensiones, las inquietudes y la turbacion derraman mucha hiel en las prosperidades de los favorecidos; nunca es su alegría pura; los zelos la inquietan; la envidia la turba; la multitud de concurrentes la consume, y de ordinario la acaba. Por brillante que sea una fortuna, siempre titubea, siempre es resbaladiza. Pero demos que llegue hasta la muerte, de allí no pasa; y por larga que sea esta duracion, es ciertamente muy corta. ¿Y qué será en la eternidad de ese favorecido de los grandes del mundo? Pero es uno santo, es favorecido del Señor; la muerte aumenta el favor y hace mas perfecta su dicha, su mérito mas brillante y su culto mucho

mas célebre, pues al cabo le eterniza. Respétanse hasta sus huesos y hasta sus podridas cenizas (1). *Fulgebunt justi, et tanquam scintillæ in arundineto discurrent:* brillarán los justos y resplandecerán como las centellas que corren como jugueteando por un cañaveral. *Justitia enim perpetua est, et immortalis:* la justicia es permanente é inmortal. Pues *filii hominum, usquequò gravi corde?* hijos de los hombres, ¿hasta cuándo habeis de gemir oprimidos bajo esa pesadez que abrùma vuestro pobre corazon? ¿hasta cuándo habeis de amar la vanidad? ¿hasta cuándo os habeis de dejar embaucar de la mentira? Todos conocen esto; pero ¿quién se aprovecha de ello?

El evangelio es del cap. 25 de san Mateo, y el mismo del dia IV, *pág.* 85.

MEDITACION.

DEL BUEN USO DE LOS MEDIOS PARA LOGRAR NUESTRA SALVACION.

PUNTO PRIMERO.

Considera con qué bondad, con qué liberalidad y con qué magnificencia puso Dios en nuestras manos sus propios bienes. No solamente los cielos publican su beneficencia con nosotros; la tierra, el mar, todo el universo y todas las criaturas destinadas para beneficio del hombre, nos anuncian sus misericordias; ninguna hay que no nos sirva de medio para caminar hácia nuestro último fin, si sabemos usar de ella; pero no solamente hemos recibido de su liberalidad los bienes naturales, sino los sobrenaturales, mucho mas preciosos y en mucho mayor número. Sacramentos de la Iglesia, manantial fecundo de bienes espirituales,

(1) Sap. 3.

tesoro inmenso de las misericordias de nuestro gran Dios; gracias poderosas, dones sobrenaturales, fruto precioso de nuestra redencion, sacrificio permanente del Cordero inmaculado, víctima de precio infinito, exceso de bondad y de amor del Redentor; auxilios diarios y continuos, medios eficaces de la salvacion, dones superabundantes, liberalidades sin medida del Salvador del mundo; el mismo Jesucristo en medio de nosotros; su cuerpo, su preciosa sangre convertida en alimento nuestro: estos son los bienes que pone Dios en nuestras manos; ¡y todavía hay pobres, poseyendo tales bienes! San Pablo no podia comprender esto; y nosotros ¿por ventura lo comprendemos? Estas gracias de que se hace tan poco caso, esas luces sobrenaturales, esas saludables inspiraciones, que se ahogan, que se sufocan casi sin remordimiento, son precio de su sangre; no hay santo que no se haya enriquecido con el menor de estos bienes, ninguno que no haya muerto colmado de merecimientos; pero nosotros ¿qué fruto hemos sacado de ellos?

Una sola misa, una comunion, una sola confesion sacramental tiene virtud eficaz para santificar los mas grandes pecadores; pero doscientas comuniones, otras tantas y aun muchas mas confesiones, el sacrificio del Cordero que quita los pecados del mundo, no nos han borrado ni una sola culpa; con remedios tan eficaces se enferma, se desfallece, y se pierde la vida del alma. Con tantas fuentes de gracias, con tan ricos tesoros se vive en suma pobreza. Comprendamos, si es posible, un misterio de iniquidad tan incomprensible. Con medios tan poderosos y tan eficaces para ser santos, cada dia somos mas imperfectos; desaparece la devocion, va por tierra la observancia, bastardea la disciplina y se apaga la fe. ¿Pudiera un cristiano ser menos fervoroso, se pudiera vivir con mayor disolucion si nos faltaran todos estos medios?

¡Oh, y qué bien convence todo esto lo mal que se usa de los tesoros de las gracias que Jesucristo nos mereció, y que franqueó á todos los fieles!

PUNTO SEGUNDO.

Considera bien lo mucho que se pierde usando mal de estos auxilios y de tantos otros como nos ofrece la Iglesia. Devociones á los santos, ejercicios de religion á cual mas piadosos, ayunos, abstinencias saludables, tesoro de indulgencias en que se encuentra un inmenso caudal para satisfacer á la divina justicia, y otras mil piadosas industrias, todas muy oportunas, para facilitarnos el camino del cielo.

¡Mi Dios, y cuánto perdemos por nuestra culpable ignorancia, por pura indolencia nuestra y por una perniciosísima pereza! No hay cosa mas abundante en auxilios, ni mas fecunda en merecimientos que nuestra santa religion; toda está llena de medios; pero nosotros no sabemos aprovecharnos de ellos; no hay dia en la vida, ni hora en el dia en que no se nos presenten ocasiones de merecer. Las miserias de otros nos ofrecen sin cesar tesoros inestimables, si los queremos beneficiar: ¡qué obras de misericordia no podemos hacer! y no es necesario que sean precisamente limosnas las que hayan de enriquecernos; una palabra de consuelo á los afligidos, una visita en los hospitales á los enfermos, ó en los calabozos á los encarcelados, todo es de gran mérito cuando se hace con verdadero espíritu de caridad. La misma buena voluntad de hacer bien á los menesterosos, es largamente recompensada por el Padre de las misericordias. Pero sin salir de nuestro propio terreno, ¡qué fondo de méritos no tenemos en él! ¡Cuántos pequeños sacrificios podemos hacer en la vida! ¡cuántas victorias conseguir cada dia! Un corto gusto de que

uno se priva por amor del Señor, una vista curiosa, una diversion, una palabrita chistosa, sacrificado todo á Dios, pueden ser perennes manantiales de gracia siempre que el sacrificio se haga por motivo sobrenatural. Nuestras mismas pasiones nos presentan continuas ocasiones de conseguir importantísimas victorias; la mortificacion de los sentidos es tambien un gran tesoro para el cielo; nuestra pobreza, nuestras enfermedades y hasta nuestros mismos defectos pueden aprovecharnos para la otra vida. No hay estado, no hay sazon, no hay edad que no sea muy propia para ser santos, con asistencia de la divina gracia que á nadie falta jamás. Si no somos santos, ¿qué excusa tendremos? ni ¿cómo se nos puede perdonar?

Solo se hace juicio de las cosas por los sentidos, ó á lo menos por una razon puramente natural. ¿Con qué ojos miramos todos estos medios? parece que el espíritu de la fe y de la religion está entredicho á la mayor parte de los fieles; se vive casi sin reflexion.

¡Ah Señor, y cómo he usado yo hasta ahora de todos estos bienes! ¡cuánto he perdido en haberlos malogrado! ¡conozco mis descaminos, confieso mi culpa y detesto mi brutalidad; no permitais que sean sin fruto estas luces y estos movimientos que me comunicais. Os prometo, Señor, con auxilio de vuestra divina gracia, que aprovecharé para el cielo todos los medios que en adelante me proporcionáreis.

JACULATORIAS.

Dormitavit anima mea præ tædio: confirma me in verbis tuis. Salm. 118.

Hasta aquí, Señor, se apoderó de mi alma una profunda modorra en todo lo que toca á mi salvacion: despertóme vuestra gracia del letargo: confirmadme en el propósito que hago de enmendarme.

Misericordia tua, Domine, plena est terra: justificationes tuas doce me. Salm. 118.

Llena está, Señor, la tierra de vuestra misericordia, enseñadme á aprovecharme de ella guardando vuestra santa ley.

PROPOSITOS.

1. Hay gran número de santos de todas edades, de todos sexos, de todas condiciones y en todos los estados; no tienen otro Evangelio que nosotros; pero nosotros no tenemos la misma fidelidad que ellos: no tuvieron ni mas auxilios, ni mas medios; pero supieron aprovecharlos mejor. No se agotaron las liberalidades del Padre de las misericordias; no se ha encogido su mano; pero nosotros no queremos negociar con nuestros talentos. ¡Cuántos los sepultan! ¡cuántos los pierden! ¡cuántos se valen de ellos para hacerse mas infelices! *Todas las cosas cooperan al mayor bien de los que aman á Dios*, mientras todas se convierten en mayor mal de los que le ofenden. Aprovéchate de estas verdades; conviértelo todo en provecho tuyo, y nada pierdas por indevocion ó por desidia. El cielo, los astros, la tierra, todas las criaturas te predican la bondad y la liberalidad del Señor; procura que todas exciten tambien tu humilde reconocimiento. Saca siempre alguna utilidad de todas las criaturas, usa de ellas de modo que todas contribuyan á tu salvacion. La vista del cielo, lo apacible de las estaciones, los servicios que te hacen los elementos, todo te advierte cómo te has de aprovechar de ellos, segun el fin que se propuso el Señor cuando te concedió todos esos bienes. Ya te sientes á la mesa, ya salgas á paseo, ya estés en tu cuarto, haz siempre esta reflexion: *Quid hæc ad æternitatem?* ¿Cómo me podré aprovechar de esto para salvarme?

2. La Iglesia te ofrece mil medios; no hay que despreciar ninguno, porque todos pueden conducir para tu salvacion. Asiste siempre á sus sagradas ceremonias con aquel espíritu de religion, que inspira devocion y respeto. Jamás las hagas por bien parecer, ó por mera costumbre. Aprecia mucho los mas mínimos actos de religion y de piedad que usa la Iglesia. Se desaprueban ciertas devociones, se critican ciertos piadosos ejercicios, se trata de simplicidad y de supersticion todo lo que ata un poco al amor propio. Imponte una ley de respetar todo lo que se estila en la Iglesia, ceremonias, estaciones, procesiones, usos piadosos, ejercicios santos. Desde que se comenzó á sutilizar tanto y á criticarlo todo, se nota que la religion se ha debilitado en la mayor parte de los fieles, y que en muchos se ha apagado enteramente la fe. Imita á los santos, pues nada vas á arriesgar en conformarte con sus ejemplos.

EL BEATO MIGUEL DE LOS SANTOS.

En los tiempos mas borrascosos que ha padecido la Iglesia, se ha manifestado mas claramente la verdad de aquella promesa, en que aseguró Jesucristo que no prevalecerian contra ella las puertas del infierno. De estos tiempos ha sido el siglo décimosexto: siglo en que compitieron mutuamente los perversos heresiarcas, abortos del abismo, empeñados en rasgar la túnica inconsútil de la unidad de la Iglesia; y los obedientes y verdaderos hijos de esta santísima Madre, quienes unas veces con su doctrina y otras con sus virtudes, dieron testimonio de la verdad y santidad de la santa Iglesia católica, apostólica, romana.

Uno de estos santos varones fué el beato Miguel de



S. MIGUEL

DE LOS SANTOS.

los Santos, llamado por excelencia el *extático*, varon de una contemplacion altísima, de una penitencia austera, de una ardiente caridad, y señalado con aquellos dones felices con que distingue Dios á sus grandes siervos. Nació este santo en la ciudad de Vich, en el principado de Cataluña, el dia veinte y nueve de setiembre del año de nuestra redencion de 1591. Fueron sus padres Miguel Enrique Argemir, y Monserrada Margarita Mitjana, de una limpieza y honradez conocida por lo tocante á su linaje, y de una gran piedad por lo respectivo á sus costumbres. Su padre ejercia el oficio de escribano; y sin embargo de los peligros á que están expuestas la intègridad é inocencia de costumbres en el enredoso ejercicio de esta profesion, la desempeñaba de tal manera que jamás causó perjuicio á su conciencia, ni le sirvió de impedimento para frecuentar las iglesias, y en ellas las obras de piedad y de devocion. La madre era en todo igual á la probidad de su marido. Una simplicidad amable, una caridad bienhechora, una índole dulcísima, una honestidad angélica hacian el carácter de la venturosa madre de nuestro santo. Con prendas tan agradables al cielo, obtuvo de él este venturoso matrimonio fruto de bendicion, premiando Dios sus santas obras con una larga descendencia, y principalmente con las heróicas virtudes del beato Miguel de los Santos. Este fué el séptimo de ocho hijos que tuvieron; y aunque todos ellos copiaron en sí los virtuosos ejemplos que advertian en sus padres, se puede decir con verdad que en esta preciosa cualidad fué Miguel el primero. Desde su infancia le previno Dios con bendiciones tan copiosas, que aun en las acciones mas mínimas se manifestaba bien que le habia elegido especialmente para sí. Complacíase el santo niño en todos los ejercicios de devocion: hacian una impresion admirable en su tierno pecho los sa-

grados misterios; pero entre todos ellos llevaba la preferencia la pasion sacrosanta de Jesucristo. Contemplábala con tanta ternura, que bañaba de lágrimas sus ojos, y su corazon estaba abrasado por los incendios de la caridad.

Esta contemplacion fervorosa causó en él tan admirables efectos, que en aquella tierna edad concibió un proyecto que se podria calificar de heróico aun en los hombres maduros y ejercitados en la virtud. Apetecia con ansia asemejarse á su Señor en los trabajos que habia padecido, y hubiera querido, si hubiese sido posible, dar su vida en una cruz por aquel que tan generosamente la habia dado por la redencion del mundo. Para satisfacer en parte esta ardiente caridad, determinó dejar la casa de sus padres, y vivir en una soledad en lágrimas y penitencia á imitacion del Bautista. Comunicó su proyecto á otros dos niños, con tales razones, que los persuadió fácilmente que no era difícil la ejecucion. La gracia de Dios es en todo admirable, y no manifiesta menos su poder en la conversion de los grandes pecadores, que en los pasos agigantados con que adelanta la virtud en la mas pura inocencia. Salieron, pues, los tres niños de la ciudad, guiados del Espíritu Santo, á buscar en un desierto un asilo contra los lazos del mundo, y contra las contaminaciones de la carne y del demonio. Las santas exhortaciones que Miguel hacia á sus dos compañeros, aunque capaces de sostener su extraña resolucion, no fueron suficientes para impedir que acobardase á uno de ellos, por una parte el justo sentimiento que tendrian sus padres por su ausencia, y por otra el castigo que, cuando le hallasen, le amenazaba. Volvióse este á la ciudad, y Miguel con el otro niño siguió hasta un monte áspero y fragoso, que dista dos leguas de ella, llamado Monseñ. Luego que llegaron al monte dieron gracias á Dios los dos inocentes ana-

coretas, y comenzaron á buscar en él una mansion acomodada á sus designios. Presentóseles á la vista una cueva, que despreciaron por estar infestada de sabandijas, y principalmente porque no hallaron en ella la señal de la cruz para su consuelo. Internáronse en el monte, y entre su espesura hallaron dos grutas, que antiguamente habian servido á los santos ermitaños que en aquel sitio habian hecho vida solitaria; y conceptuaron que por su inmediacion y todas sus circunstancias eran proporcionadas para la ejecucion de sus deseos. Cada uno eligió la suya para sí, y en ellas comenzaron á practicar los ejercicios fervorosos que les dictaba su corazon. Contentísimo se hallaba Miguel viendo cuán bien le habia salido su proyecto, y hubiera permanecido gustoso allí toda su vida, á no habérselo impedido las exquisitas diligencias que hicieron sus padres para hallarle y volverle á su casa. En efecto, luego que el padre de Miguel advirtió la falta de su hijo, conociendo que en él perdia un tesoro, tomó voces y corrió por todas partes en busca del niño Miguel. El que se habia retirado le dió los indicios necesarios para que pudiese hallarle en el monte. Pero ¡cuál fué su sorpresa, cuando, internándose en la espesura, le vió dentro de una gruta puesto de rodillas, delante de una cruz, encendido el rostro y bañados los ojos en lágrimas! Quedó suspenso el padre á la vista de tan tierno espectáculo; pero vuelto en sí, preguntó á Miguel ¿porqué lloraba? lloro por la pasion de mi señor Jesucristo, respondió el santo niño : respuesta que dejó al padre atónito y edificado. ¿Y quién os ha de sustentar en este desierto? replicó el padre. A esta pregunta satisfizo Miguel con una respuesta, que manifiesta claramente las hondas raíces que habian echado en su alma las máximas del Evangelio, y el altísimo concepto que habia formado de la bondad de Dios y de su divina Providencia. Así como

Dios, respondió Miguel, sustenta á otros santos, de la misma manera me sustentará á mí tambien. Conoció su padre el espíritu fervoroso que abrigaba su tierno pecho; y como la piedad dirigia sus operaciones, admiró el proyecto de su hijo, y dió gracias á Dios por los tempranos frutos que en él lograba su divina gracia. Pero sin embargo, no considerando prudente el dejarle en aquel desierto, expuesto á ser presa de las fieras, ó á que las inclemencias del tiempo acabasen su vida, le mandó que se volviese con él á casa. Obedeció el niño, dejando en la soledad su corazon, pero con el firme propósito de formar dentro de su alma un retirado desierto adonde no pudiesen llegar las contaminaciones del mundo.

Esta accion, aunque no llegó á tener todo el efecto que Miguel se habia propuesto, fué tan del agrado de Dios, que en premio de ella derramó en su alma tan abundante copia de gracias, que se adelantaron é ilustraron milagrosamente sus potencias y sentidos. Su entendimiento desechó las tinieblas de la ignorancia, propia de aquella edad, y conoció perfectamente cuán amable es Dios, y cuán dignos son de desprecio los bienes de la tierra. Su voluntad se inflamó de manera en el amor divino, que, penetrado de él, nada queria sino á Dios, por nada suspiraba sino por Dios, y este carácter, que se grabó en su alma en la tierna edad de siete años, fué el sello con que estuvieron marcadas todas las acciones de su vida. Así lo testifica el decreto apostólico con que fueron aprobados sus milagros. El amor no puede estar ocioso, y se halla en un estado violento mientras no se emplea en obsequio de su amado. Por esta causa Miguel procuraba dar desahogo á su caridad, haciendo por Dios obras penales con que afligia su inocente cuerpo. Mortificábale con cilicios y otras invenciones que le dictaba su fervor; pero en lo que mas sobresalia era en unos

ayunos y abstinencia tan continuados, que llegó á rezelar su padre algun grave perjuicio en su salud, por cuya causa procuraba impedir tanta austeridad. Pero la virtud, que es ingeniosa, sugirió á Miguel un medio de satisfacer los fervores de su espiritu, sin contravenir á los mandamientos de su padre, á quien amaba, veneraba y obedecia con esmero. Convínose con la criada en que le diese privadamente su almuerzo y su merienda, para poder decir con verdad á su padre que habia dado á Miguel este sustento. Pero apenas le recibia el santo niño, cuando al *momento* le trasladaba á las manos de algun pobre necesitado, haciendo ingeniosamente sacrificio á la caridad con los ahorros de la abstinencia, y ejercitando á un *mismo tiempo* estas dos virtudes. Los recreos y juegos que suelen tener los niños, ó los miraba con aversion, ó procuraba sacar de ellos algun fruto para la santificacion de su alma. Así sucedió que, habiéndole enviado su padre con la criada en compañía de otros niños á recrearse en una viña, mientras sus compañeros se empleaban en comer uvas, Miguel se apartó de ellos, y puso en ejecucion uno de aquellos grandes pensamientos que no ocurrió al penitente san Francisco, ni á ningun otro santo, sino despues de haber hecho grandes progresos en la vida espiritual. Fuése á un lugar apartado en donde habia muchas zarzas y cambroneras, y desnudándose de sus vestidos, fija su consideracion en la pasion de Jesucristo, se arrojó desnudo entre las espinas, ofreciendo aquel tormento al que tantos habia padecido por su amor. Pero Dios, agradecido al sublime sacrificio que le ofrecia aquel cordero inocente, que en toda su vida no perdió la gracia bautismal, hizo que, así como las llamas no tuvieron fuerza para quemar á los niños de Babilonia, tampoco la tuviesen las espinas para lacerar el virginal cuerpo de Miguel, ni sacar su inocente

sangre. Echóle de menos la criada, buscóle, y hallándole entre las cambroneras, y preguntándole admirada porqué hacia aquello, respondió el Santo lleno de sencillez y de alegría : lo he hecho por amor de nuestro Señor, y por imitar al padre san Francisco.

El ejercicio de las virtudes no le privaba de un exacto cumplimiento de la obligacion de estudiar que le impuso su padre; antes bien se ayudaban mutuamente, y al tiempo que asistia á la escuela, encontraba ocasiones de practicar la caridad de un modo muy provechoso para sus prójimos. Habia hecho de un aposento retirado de su casa un oratorio, en donde se empleaba en la oracion y en la penitencia todo el tiempo que le sobraba despues del estudio de sus lecciones. A este lugar conducia á aquellos estudiantes que él veia que eran traviesos y distraidos. Allí les hacia fervorosas pláticas, exhortándolos al amor de la virtud, al aborrecimiento del pecado y á un amor tierno de la Madre de Dios, de quien el santo era sumamente devoto. Hacíalos despues estar un rato en oracion, y finalizaba aquel ejercicio con la mortificacion de una disciplina, para cuyo efecto tenia dispuestos varios cordeles con sus nudos. Estas obras producian un efecto tan maravilloso, que todos sus condiscípulos se veian precisados á ser honestos en su presencia, á frecuentar por su consejo los santos sacramentos, y á ser exactamente obedientes á las insinuaciones de sus padres. Fruto tan visible produjo la voz comun en el pueblo, de que Miguel era una flor de santidad, cuya sola vista componia los ánimos y excitaba á la perfeccion de costumbres. A proporcion que iba creciendo en edad, iba tambien medrando en la virtud, y para asegurarse en la práctica de esta por toda su vida, determinó hacerse religioso. La ternura de su edad, que no pasaba de ocho años, frustraron las diligencias con que pro-

curó conseguirlo. Esta repulsa renovó en él el antiguo pensamiento de hacer vida eremítica. Ejercitóse para ello dentro de su misma casa, comiendo solamente yerbas silvestres; y cuando se hubo certificado por algunos dias que bastaba aquel alimento para sustentar la vida, comunicó su resolucion á unos compañeros suyos, quienes la aprobaron unánimemente. Llegó el dia de ponerse en camino para el desierto, y Miguel, que era ingenioso en cuanto pertenecia á la vida espiritual, los exhortó á hacer voto de perpetua virginidad, lo que ejecutaron en la iglesia de Santa Clara, recibiendo Dios aquel temprano sacrificio, y echando sobre él su bendicion. En el camino encontraron despues tres venerables varones, que, habiendo sabido de ellos su intento, los disuadieron de él, haciéndolos volver á su casa, y enseñando al niño Miguel que, si queria hacer penitencia, podria lograrlo fácilmente durmiendo en unos sarmientos en lugar de cama, y poniendo una piedra por cabecera. Aceptó Miguel el consejo, y volviéndose á sus compañeros, les dijo: volvámonos á casa, que no es voluntad de Dios que vivamos en el desierto.

A la vuelta encontró á su padre sumamente airado, cuyo enojo se desahogó con el castigo de Miguel, quien sufrió esta mortificacion con suma resignacion y paciencia. Entre tanto se ejercitaba en su casa en todos aquellos ejercicios de oracion y de penitencia, que pudiera practicar en el desierto. Pero á los once años sufrió el bendito niño el golpe terrible de verse privado de su padre, á quién llamó Dios para sí á darle el premio de sus virtudes. Sufrió este golpe con resignacion cristiana, abrazando en él los muchos trabajos á que le dejaba expuesto su orfandad. Como habia hecho voto de virginidad perpetua, deseaba los medios de cumplir á Dios esta promesa. El mas eficaz le pareció que era el entrar

en religion; pero, aunque lo solicitó varias veces, se frustraron sus deseos, ya por la ternura de su edad, ya por las preocupaciones de su tutor. Este, queriendo destinar á Miguel á un ejercicio que reuniese las cualidades de honesto y lucroso, le colocó en casa de un mercader. Pero su espíritu era poco apto para el tráfago y bullicio que debe intervenir en las compras y ventas, y podia sufrir mucho menos los multiplicados peligros que se ofrecian á su conciencia. Ansioso, pues, de lograr la tranquilidad de esta, y pareciéndole que la hallaria en Barcelona por la multiplicidad que allí habia de monasterios, se fué á aquella ciudad. Solicitó en varias partes que le diesen el hábito; pero sin fruto. Su tutor le siguió los pasos, y deseoso de darle algun establecimiento con que cortar aquella devocion, que á él le parecia imprudencia pueril, quiso que aprendiese el oficio de pasamanero. Todas las diligencias humanas son inútiles para deshacer los designios de la Providencia. Esta habia elegido en sus eternos consejos al bienaventurado Miguel para hacerle espejo de perfeccion en el estado religioso, y así venció todos los artificios humanos que se oponian á sus acertadas miras. El fervoroso niño, que, elegido de Dios desde sus primeros años, suspiraba incesantemente por verse colocado en los atrios de su casa, se reforzaba en sus santos intentos á proporcion que crecian los obstáculos. Las mismas dificultades no le servian de otra cosa que de poderoso incentivo para confirmarse en su resolucion y buscar nuevas maneras de ejecutarla. Significó sus deseos al ministro del convento de Trinitarios calzados de la ciudad de Barcelona. Este piadoso varon, juntamente con los demás padres, examinaron con madurez la vocacion de Miguel, y admirados de ver en tan pocos años frutos tan adelantados de perfeccion, conceptuaron que en aquel niño les ofrecia Dios un tesoro de virtudes

con que enriquecer su religion, y así le dieron el hábito sin reparar en la ternura de su edad.

No les salió errado su juicio; pues apenas se vió Miguel contado entre los individuos de aquella celestial milicia, cuando rebosando de gozo comenzó á manifestar su gratitud al cielo con fervor tan encendido, que arrebataba la admiracion de todos. Los mas adelantados en la perfeccion religiosa tenian que aprender de Miguel una profunda humildad, una devocion ardentísima, una ciega obediencia y un conjunto de virtudes que los obligaba á mirarle como maestro de la vida monástica. Los demás novicios le miraban como un ejemplar perfecto de todas las virtudes, con que se confirmaban en su propósito, y concebian nuevos deseos de adelantar mas y mas sus pasos para perfeccionarlos. El que tan mortificado habia vivido desde su infancia en la casa de sus padres, es natural que procurase adelantar algo las asperezas viéndose religioso. Así se verificó; pues no contento con los multiplicados ejercicios de penalidad que prescribe la religion, añadia otros varios para saciar aquella hambre que tenia de padecer por Jesucristo. Multiplicaba los ayunos, pareciéndole pocos los que prescribe el instituto; hacíalos con solo pan y agua, y alcanzó licencia de los superiores para poder repartir entre los pobres la comida de que se privaba con su prodigiosa abstinencia. Traia continuamente sobre el pecho una cruz con puntas de hierro, que le servia de cilicio. Y habiéndole encontrado un dia un religioso amigo suyo en un lugar retirado haciendo otra cruz con puntas mas penetrantes, le significó que instrumento tan riguroso podria ser perjudicial á su salud. Oyólo el santo con mucha serenidad, y descubriendo el pecho en que el religioso advirtió una cruz clavada, le dijo con admirable sencillez: Mirad, padre, que poco mal me hace

esta cruz con haber años que la llevo, y por habérseme quebrado estoy haciendo de nuevo esta otra. El asombro y la edificacion fueron los efectos que produjo en aquel religioso un caso semejante. Así caminaba Miguel hácia la cumbre de la santidad en el tiempo del noviciado; y así se inflamaban los ánimos de los religiosos en su amor, deseando ya asegurar con la profesion un jóven, de quien vaticinaban con tan felices principios que habia de ser un prodigio de santidad. Acercándose ya la edad necesaria para hacer los tres votos que constituyen esencialmente el estado religioso, le trasladaron sus superiores al convento de San Lamberto de Zaragoza, en donde profesó á 30 de setiembre de 1607. Luego que Miguel se vió perfectamente consagrado á Dios por medio de la profesion, le dió infinitas gracias por haber admitido con tanta misericordia el sacrificio que le habia hecho de su persona y de todas sus esperanzas. Los religiosos por su parte no le dieron menos, viéndose ya en posesion de un jóven tan fervoroso, que les aseguraba frutos muy ópimos para cuando llegase á la edad provecta.

Pero Dios, que tiene cuidado de su Iglesia como de un ameno jardin, y de cuando en cuando renueva las plantas para que produzcan con mayor lozanía, habia ordenado por entonces la reforma del órden Trinitario. En esta reforma habian entrado sugetos de agigantada virtud y espíritu muy austero, que habian establecido constituciones rigurosas para hacer florecer la mas estrecha observancia. Como la fragilidad humana se inclina fácilmente á la relajacion, y mira con terror la estrechez y escabrosidad del camino que conduce á la vida, procura el Padre de las misericordias allanar estas dificultades, presentando á los ojos varones esforzados que pisan las espinas con tanta delicia como si fueran rosas.

Con este intento á todas las reformas ha dado en sus principios sugetos muy santos, que han sido como sólidos fundamentos de aquella fábrica espiritual. Para el mismo fin estaba destinado nuestro Miguel en los designios de la Providencia; y asi, aunque él estaba contentísimo entre los Trinitarios calzados, y estos se complacian con la posesion de su persona, una casualidad á los ojos de los hombres, pero en la realidad una sabia medida de la divina Sabiduría, trasladó á Miguel á los Descalzos. Fué un religioso de estos á Zaragoza á recibir órdenes sagrados desde Pamplona, y hospedóse en el mismo convento en que estaba fray Miguel. La pobreza del hábito, el semblante de penitencia y la modestia de su trato hizo una notable impresion en su alma. Con la comunicacion de aquel religioso, con la experiencia de sus virtudes y con la noticia del riguroso tenor de vida que se observaba en la descalcez, se encendieron en Miguel unos vivos deseos de pasarse á ella. Sus diligencias fueron tan eficaces y prontas, que en 28 de enero de 1608 ya habia obtenido el hábito de descalzo, llamándose de allí en adelante fray Miguel de los Santos, como quien deseaba la proteccion de todos para el cumplimiento de las obligaciones religiosas, y al mismo tiempo tenerlos por dechado para imitarlos en las virtudes. Gozoso quedó fray Miguel viendo que Dios le habia concedido los deseos que tiempo habia abrigaba en su pecho de profesar vida mas austera, y procuraba manifestar su agradecimiento continuando con mas fervor las virtudes en que antes se habia ejercitado. Pero viendo sus superiores que el convento de Pamplona no era á propósito por su estrechez y pobreza para la crianza de novicios, le enviaron á Madrid, en donde, habiendo pasado el año de probacion con edificacion admirable de todos los religiosos, profesó el rigor de la nueva reforma para honrarla y enriquecerla con su heróica santidad.

Luego que fray Miguel vió complidos sus deseos, siendo alumno de la nueva reforma, comenzó con mayor espíritu todos los ejercicios de virtud en que hasta entonces se habia ocupado. Como su talento era proporcionado para la carrera de las letras, determinaron los prelados que le cultivase estudiando artes y teología, para sacar de él mayores provechos. No obstante que la humildad de este siervo de Dios llegaba á tal punto, que rehusaba todos los medios que pudiesen algun dia conducir para obtener empleos de superioridad y mando, sacrificó á la obediencia los fervores de su espíritu, y estudió las artes y teología con un aprovechamiento correspondiente á su continua aplicacion y á la claridad de sus luces. Principalmente se engolfaba en el conocimiento de los sagrados misterios y verdades de la religion, como quien conocia que con esta ciencia se hacia mas apto para aprovechar á sus prójimos, encaminándolos por los senderos de la salud. Persuadido á que el principio de la sabiduría es el santo temor de Dios, buscaba en la oracion la fuente inagotable en donde se beber aquellos conocimientos sublimes, que no contamina la falsedad, ni el error destruye. De esta manera, adelantando cada dia mas en la virtud y en la ciencia, llegó á ponerse en la disposicion debida para recibir el sacerdocio. ¿Quién podrá decir la resistencia que el siervo de Dios manifestó á un estado tan excelso, y al mismo tiempo tan peligroso? Veneraba las insinuaciones de sus prelados que se lo persuadian; conocia que, haciéndose sacerdote, tenia mayor proporcion para aprovechar á sus prójimos: pero al misno tiempo temia, como era justo, echar sobre sus hombros una carga tan terrible. La caridad y la obediencia vencieron todas las dificultades que oponia la humildad; y así recibió el órden sagrado del sacerdocio, juntándose á un mismo tiempo en

su alma un temor respetuoso al mayor de los misterios, y un gozo inefable en considerar que por la virtud de sus palabras habia de tener en sus manos á Jesucristo sacramentado.

Desde muy niño habia manifestado una devocion ardentísima al Santísimo Sacramento, devocion que hizo el carácter de este santo en toda su preciosa vida, y que con el discurso de ella se fué aumentando de manera que llegó á ser un milagro. Preparábase cuando corista para recibir la sagrada comunion con duplicados ayunos y penitencias, y despues que la habia recibido eran tan extraordinarios los afectos de su alma, que unas veces se quedaba extático por muchas horas, y otras permanecia de rodillas en un rincon todo un dia, sin acordarse ni aun de tomar el preciso sustento. Crecieron prodigiosamente estos afectos admirables despues de hecho sacerdote. Apenas consagraba la sagrada hostia, cuando inmediatamente se advertia transfigurarse este siervo de Dios en un serafin abrasado. Encendíasele el rostro y se le bañaba de una extraordinaria alegría; todos sus miembros quedaban embargados; suspendíanse las operaciones de sus sentidos, y quedaba últimamente trasportado en un dulcísimo deliquio, con que su amor se desahogaba. Algunas veces se le vió bañado el rostro de un resplandor celestial que esclarecia tambien las sagradas vestiduras, y no se disipaba hasta tanto que consumia la sagrada hostia. En estas obras maravillosas de la bondad divina recibia el siervo de Dios favores y regalos de órden tan superior, que le obligaban á emplear en la celebracion del sacrificio mas de dos horas. Pero Dios, que pagaba el tierno amor del bienaventurado Miguel con estas efusiones de su bondad, hacia al mismo tiempo que los que asistian á su misa, lejos de experimentar tedio por su tardanza, se enfervorizasen mas y probasen

un gusto espiritual y delicioso. Por este motivo aun las personas de mas alta gerarquía solicitaban oir su misa, como lo hizo entre ellas doña Ana de Mendoza, duquesa del Infantado. Como el santo conocia cuánto peligro padece la verdadera virtud en ser vista de los hombres, y que el aire de la vanidad seca la hermosura y lozanía de las virtudes, determinó esconderse á los ojos del mundo, puesto que no le era posible resistir á los encendidos afectos de su alma, ni á los soberanos regalos que le hacia el Padre de misericordias. Procuraba decir misa antes de que se abriesen las puertas de la iglesia, ó en el altar que estuviese mas escondido. A esto le estimulaba su profundísima humildad, no queriendo ser tenido sino en el concepto de un gran pecador el que conservaba ilesa la gracia del bautismo.

Es fácil conocer que todos estos efectos no podian nacer sino de una ardentísima caridad para con Dios y sus prójimos, que es el fundamento y alma de todas las virtudes. De consiguiente era natural que este siervo de Dios no se contentase con su propia santificacion, sino que procurase con igual esmero la de sus prójimos. Uno de los medios mas eficaces y oportunos para conseguirlo era el de la predicacion. Ejercitábase en ella con conocido provecho de las almas, en quienes, por obstinadas que estuviesen en el vicio, podian tanto la viva exhortacion del bendito padre y sus penetrantes palabras, que causaba frecuentemente aquellas conversiones, que en las sagradas letras son llamadas mutaciones de la diestra del Señor. A esto cooperaban en gran parte los admirables raptos ó éxtasis, que, así como en la misa, experimentaba tambien en los sermones. Los mismos favores que le hacia Dios en premio de sus virtudes y con que ilustraba su alma, servian al mismo tiempo de instrumentos poderosos para labrar la salud de sus

hermanos. Esto se verificó, entre otros muchos, en un clérigo jóven de Baeza. Luego que llegó el santo á esta ciudad, se divulgó la fama de sus virtudes, y con singularidad se hablaba de los maravillosos arrobamientos con que Dios le favorecia en la celebracion de la misa y en los sermones. El clérigo, que no tenia toda la circunspeccion y piedad que requeria su estado, se burlaba en las conversaciones de los éxtasis del siervo de Dios. Un dia que este predicaba en la solemnidad del Santísimo Sacramento, fué á oirle con ánimo de acrecentar en su corazon el desprecio y burla que habia hecho. Comenzó su sermon con el fervor acostumbrado, y al paso que se iba internando en el asunto que era sobre las disposiciones necesarias para recibir la sagrada Eucaristía, se iban llenando sus palabras de un fuego penetrante, que comenzó á herir en lo mas profundo del alma del clérigo, y á disponer al santo á un éxtasis maravilloso. Llegó este, quedándose arrobado, levantados los brazos y fijos los ojos en el cielo; pero al tiempo de arrobarse prorumpió en un ay tan penetrante, que convirtió enteramente el alma de aquel mal aconsejado sacerdote. Su corazon se conmovió de manera que, deshecho en lágrimas, se arrepintió de su pasada vida, viviendo de allí en adelante como convenia á un virtuoso sacerdote. El mismo testificaba despues que por mucho tiempo le pareció estar viendo al beato Miguel arrobado, y que le decian en su interior: ¡Ay de tí si no te enmiendas! ¡ay de tí si no mudas de costumbres! Tan prodigiosos efectos como este causaban los sermones del bendito padre en las almas distraidas.

Un conjunto de prendas tan completo no podia estar sin que los superiores le tributasen el respeto debido, y procurasen colocarle como una luz en el candelero de la prelacía, para que sus luces se difun-

diesen y fuesen provechosas á todos. En efecto, fué elegido dos veces ministro del convento de Valladolid; y aunque su humildad opuso todas las excusas posibles, representando su ineptitud para un ministerio á su parecer incompatible con el sosiego de su corazon, todas sus diligencias no tuvieron otro efecto que el de empeñar mas á los superiores en hacerle aceptar la prelacía. Esto lo consiguieron fácilmente mandándoselo por obediencia, porque sabian que el santo la profesaba con tal rendimiento, que sacrificaba á ella sus conveniencias y sus luces. Hecho prelado, resplandeció en todas las virtudes propias de un padre que ama tiernamente á sus hijos, y de un vigilante pastor que cuida solícitamente del bien de sus ovejas. Asistia al coro y á todos los oficios divinos como si á esto solo se hubieran reducido todos sus cuidados, y al mismo tiempo miraba siempre por los intereses del convento, como si no hubiera tenido que hacer otra cosa. Amaba á sus súbditos con entrañas de padre; y si tal vez la fragilidad de alguno requeria sus reprensiones, las hacia con tanto cariño y dulzura, que se echaba bien de ver la ardentísima caridad de donde nacian. Sabia que la principal cualidad de un prelado para mantener la observancia y hacer á los súbditos virtuosos es la del ejemplo. Así es que asistia el primero á todos los ejercicios penosos, sin que hubiese ocupacion tan precisa, que fuese bastante para dispensarle de la asistencia. Este rigor le llevaba hasta tal extremo, que, estando enfermo gravemente, ni su dolencia, ni las súplicas de sus súbditos, ni el precepto de los médicos pudieron conseguir de él que dejase de asistir á maitines á media noche, sino cuando absolutamente se lo estorbaba la calentura. A proporcion de este zelo eran todas las demás virtudes que constituyen un gran prelado y un perfecto religioso. Su fe, aquella virtud que es la primera en el órden

entre las teologales, era tan viva, que por ella le dió Dios á conocer en esta vida los mas sublimes misterios con una claridad semejante á la que gozan los bienaventurados en la patria celestial. De aquí nacia aquella seguridad y firmeza con que solia decir que en defensa de la fe verteria gustoso toda su sangre, y padeceria de buena gana todos los tormentos que padecieron y padecerán los mártires desde el principio hasta el fin del mundo. De la viveza de su fe nacia una esperanza tan firme, que jamás se le ofreció duda en que habia de gozar de las divinas promesas. Así, sus pensamientos mas frecuentes eran de la gloria, de los bienaventurados, y causaban en él tales efectos, que, por poco que se hablase de esta materia, inmediatamente se trasportaba. Por lo mismo repetia frecuentemente á los religiosos palabras de confianza, diciéndoles con extraordinario júbilo y fervor: Buen ánimo, hermanos, y trabajar sin intermision, que nos hemos de ver con Dios en su gloria. La misma esperanza que le certificaba de esta manera de la futura posesion de las delicias celestiales, causaba en él una confianza extraordinaria de que jamás le podian faltar las cosas terrenas. Esto se vió con mas claridad cuando siendo prelado llegó su convento á una extrema necesidad del alimento necesario para la manutencion de sus súbditos. Su principal cuidado en estas ocasiones era multiplicar la oracion y las penitencias, sabiendo que, buscando primeramente el reino de Dios, todas las cosas temporales estaban al cuidado de su divina Providencia. Solia decir á este propósito estas notables palabras: Como nosotros sirvamos á Dios de veras, nos enviará su Majestad el sustento por encima de las tapias. Jamás se vió engañada en esta materia su esperanza, aun cuando todas las razones de la prudencia humana persuadian lo contrario. Siendo ministro de Valladolid emprendió la costosa obra de alargar

la iglesia, no teniendo á la sazon el convento ni mas caudal que doce reales, ni rentas suficientes para el preciso sustento de los religiosos. Sin embargo, principió y concluyó la obra con la mayor perfeccion; y sucediendo un dia hallarse sin dinero para pagar los oficiales, se fué á él el portero, á cuyo cargo estaba la paga, á darle esta noticia muy triste y desconsolado; pero el santo, que confiaba mas en Dios que en todos los medios humanos, respondió con una apacible serenidad: A cargo de Dios está, él proveerá, y los oficiales no se irán sin dinero. Verificóse así; pues llegando á la portería un anciano venerable, de quien no se pudo saber jamás el nombre, entregó al portero una gran cantidad de dinero con que se socorrió aquella urgencia, y quedaron provistos para muchos dias.

Su fe viva y su firme esperanza se coronaban con la reina de las virtudes, que es la caridad. Esta sublime virtud, que reune en sí todo el cumplimiento de la ley, fué el carácter distintivo del bienaventurado fray Miguel de los Santos. Abrasábase en ella con tan vehementes incendios, que mas parecia un verdadero serafin, que un puro hombre. La caridad causaba en él aquellos éxtasis y raptos que le enajenaban de sus sentidos, y parecian convertirle en ciudadano del cielo. La caridad le ataba de modo al coro, á la iglesia y á los divinos oficios, que parecia dejarse allí el alma cuando sus obligaciones precisas le forzaban á separarse. La misma virtud le traia exhalado por los hospitales y las cárceles, buscando á los miserables necesitados para ayudarlos, [illegible], consolarlos y socor

No se limitaba su caridad á los socorros temporales, sino que principalmente se dirigia á los del espíritu. Luego que tenia noticia de que alguna persona vivia relajadamente, ó que por cualquiera otra causa necesitaba de auxilios espirituales, se hacia encontra-

dizo con ella, y con un santo artificio se los suministraba de manera que lograba ganarla para Dios. Su caridad, finalmente, era tan vehemente y tan activa, que aun al mismo cuerpo material comunicaba sus ardores en tanto grado, que aun en los dias mas rigurosos del invierno deseaba refrigerarse echándose en un estanque helado. Por la deposicion de Marcos Gonzalez, criado del colegio de Baeza, consta que, llegando alguna vez á hablar al bendito padre en lo mas crudo del invierno, salia de su cuerpo un calor tan activo, que no le podia sufrir sino á determinada distancia; pero ¿qué mucho que percibiese estos asombrosos efectos de la caridad en que el alma del santo se abrasaba, un cuerpo que tambien la practicaba en todos los dolorosos sacrificios de penitencia que hacia con él por amor de su Señor Jesucristo? Ya queda dicho á cuánto rigor llegaba la mortificacion de este siervo de Dios desde su tierna edad hasta los años provectos de su vida; pero cuando llegaron estos, causa admiracion y aun horror el considerar las extrañas penitencias y asperezas rigurosas con que mortificaba su cuerpo para sujetarle al espíritu. Sus ayunos eran tan extremados, que no se contentaba con privarse del uso de carne, usando solamente de pan y agua, yerbas ó frutas, sino que á veces pasaba dos, cuatro y aun ocho dias sin mas alimento que el espiritual de la Eucaristía, con que se sustentaba su alma, confortando al mismo tiempo su cuerpo. Sus vigilias eran continuas; y en la hora y media que destinaba al sueño era mas el tormento que daba á sus mortificados miembros, que el descanso que recibia. Su cama era el duro suelo, ó una tabla desnuda, sin mas cabecera que un pedazo de leño. Casi todos los dias se daba cruelísimas desciplinas, en que dejaba su cuerpo llagado, y el suelo con charcos de sangre. Además de esto traia una mortifi-

cacion continua sobre sí; apenas habia miembro en su cuerpo que no tuviese su particular tormento; los piés los traia descalzos aun en lo mas crudo del invierno; sus piernas, muslos y brazos estaban fajados con unas cadenillas de alambre con puntas de hierro que se introducian en la carne. Ceñíase el cuerpo con una cadena de hierro que le daba tres ó cuatro vueltas. Sobre los hombros traia unas chapas con puntas aceradas; y de la misma manera estaba guarnecida una cruz con ciento y cincuenta puas, que traia clavada en las espaldas. Un conjunto de penitencias tan asombroso llegó á lacerar su cuerpo de manera que todo él era una llaga; y como el santo no hacia remedio alguno, sino que continuaba su penitencia, llegaron á podrírsele las llagas de manera que causaban un intolerable hedor. Ya por esto, ya por compasion, dieron los religiosos cuenta al prelado, el cual, desatendiendo las repetidas súplicas del bendito padre para que le permitiese continuar sus penitencias, se las mandó suspender, y ponerse en manos de un cirujano para el restablecimiento de su salud. Pero ¡ó prodigios de la divina misericordia! lo que no pudieron conseguir del prelado sus súplicas, lo consiguieron de Dios sus oraciones. Pidió el santo Miguel á su Señor Jesucristo no permitiese de ninguna manera que fuese quitada de sus espaldas aquella cruz y penitencia, con que de alguna manera imitaba la que su Majestad habia llevado por los pecados del mundo. Esta oracion fué tan vigorosa y eficaz, que en el mismo instante en que el cirujano fué á descubrirle las espaldas, quedaron estas tan sanas como si no hubieran tenido herida alguna, y convertido el hedor en una fragancia superior á la de los mas olorosos aromas.

Al tenor de esta heroicidad en las virtudes referidas, fué el grado en que obtuvo todas las demás que

concurren á formar un justo, prevenido de Dios con sus bendiciones desde su infancia; un varon cortado á medida del corazon de Dios; un santo, en fin, perfecto que poseyó en grado heróico todas las virtudes. Su humildad era profunda, su caridad ardentísima, viva su fe, firme su esperanza, invencible su fortaleza, resignada su obediencia, su castidad angélica, su pobreza suma, su penitencia admirable, altísima su contemplacion, y superior á todo humano discurso el cúmulo de sus virtudes. Premiólas Dios aun en esta vida, adornándole con muchos dones. Tuvo el de profecía, con el cual predijo muchas cosas antes que sucediesen; el de discrecion de espíritus, y el singularísimo de mover con su intercesion la omnipotencia de Dios á explicarse con mil efectos milagrosos para beneficio de sus prójimos. Pero el mas particular entre todos fué aquel don de caridad ardentísima con que amaba tanto á Dios, que salia de sí mismo, arrebatándose en unos éxtasis tan fervorosos, que uno de ellos le debilitó de manera, que fué el principio de la enfermedad con que se acabó su dichosa vida. Predicaba un dia en Valladolid, y llegó á enfervorizarse tanto, que se arrebató en un éxtasis maravilloso. Este fué tal, que pudo decir con la Esposa que habia enfermado de amor, pues corrió por sus venas un ardor tan encendido, que desde el púlpito le llevaron á la celda enfermo, y no volvió á salir de ella sino muerto. En el discurso de su enfermedad dió como un compendio de todas las virtudes de su vida, de manera que no parecia sino que en aquel breve tiempo queria recopilar cuanta devocion, cuanta virtud y cuantos ejercicios de piedad pueden practicarse en muchos siglos. Sufrió la enfermedad con una invicta paciencia, que daba que admirar á todos cuantos le visitaban. Padecia una sed ardentísima, y que segun su expresion solo podia tolerarse por Jesucristo, y

con todo eso jamás se le oyó pedir una gota de agua, ni dar una queja de sus dolores, ni un suspiro, ni pedir el menor alivio al enfermero. Solicitó saber un religioso muy espiritual y grande amigo suyo qué era lo que pedia á Dios en aquellas circunstancias; y el beato Miguel, vencido de sus importunaciones, le respondió de esta manera: Solamente dos cosas deseo y pido á mi Dios; la una, que me haga sentir todos los dolores y tormentos que los mártires y todas las criaturas han padecido por su Majestad y padecerán hasta el fin del mundo, y la otra, que me comunique todo el amor con que le han amado y aman todas las criaturas del cielo y de la tierra, para amarle con todo él, y tanto como le aman todas juntas. Esta respuesta manifiesta bien el sublime grado de amor á que habia subido este santo, puesto que en nada se manifiesta mas que en los tormentos que se desean padecer por el amado. Agravóse la enfermedad, y se determinó darle el sagrado viático. Al entrar el sacerdote con el adorable Sacramento en sus manos, quiso arrojarse en el suelo para recibirle de rodillas, pero le detuvieron los religiosos. Pidió á estos perdon con muchas veras; encargóles la union y caridad fraternal; y últimamente, les mandó con toda la autoridad de prelado que, luego que muriese enterrasen su cadáver sin tocar las campanas, ni publicar su muerte, ni abrir las puertas del convento hasta despues de haberle dado sepultura; razones que bañaron en lágrimas á todos los circunstantes. Visitábanle en esta última enfermedad las personas mas nobles y devotas que habia en Valladolid, á quienes exhortaba al desprecio del mundo y á cuidar de disponer sus almas para una preciosa muerte. En la noche del miércoles 9 de abril llegó á dar muestras la enfermedad de que le quedaban pocos instantes de vida. Administrósele la extremauncion, la cual reci-

bió con tanta devocion y con tanto gozo, que le vieron sonreirse muchas veces. A eso de la media noche, estando cercado de religiosos, que alternaban los suspiros con los salmos que rezaban, compuso el siervo de Dios su cuerpo con la mayor decencia; y fijando sus ojos en un crucifijo, entregó su espíritu dichoso al Señor, arrebatado de las ternuras y afectos que le decia. Su gloriosa muerte sucedió entrado ya el jueves, dia 10 de abril del año de 1625, á los treinta y tres y medio de su edad.

Su muerte conmovió á toda la ciudad de Valladolid, sin que quedase gente de ningun estado ó calidad que no acudiese á venerar el santo cuerpo. Grandes, títulos, caballeros, oidores, nobles, plebeyos, hombres, mujeres, jóvenes y ancianos, todos se disputaban la dicha de besarle las manos ó los piés, aclamándole santo. Confirmó Dios esta voz verdadera del pueblo, obrando entonces y despues muchos milagros en testimonio de la santidad de su siervo, como los habia obrado en vida. Hízose despues el proceso, segun la forma acostumbrada, para probar sus virtudes en grado heróico y para la calificacion de sus milagros; y habiendo sido hallado todo ello á la satisfaccion de nuestro santísimo Padre Pio VI y de las congregaciones para este efecto determinadas, se celebró su beatificacion el dia 2 de mayo de 1779 para honor de toda nuestra España, y para consuelo y gloria de toda la santa Iglesia.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, santa Zoe, mártir, esposa del mártir san Nicostrato, que, prendida en tiempo de Diocleciano por los perseguidores, estando haciendo oracion delante de la Confesion de san Pedro, fué encerrada en un lóbrego calabozo; luego colgada por el pelo y el

cuello de un árbol bajo el cual hicieron una grande humareda, rindió el espíritu al Criador confesando el santo nombre de Jesus.

En Siria, la fiesta de san Domiciano, mártir, que con sus milagros hizo tamaños bienes á los moradores.

En Cirene en Libia, santa Cirila, que en tiempo de Diocleciano mantuvo largo rato en las manos unos carbones encendidos con incienso, temerosa de que, si los arrojaba, interpretasen la accion como sacrificio á los falsos dioses. Luego desgarrada cruelmente, fué adornada con su sangre á reunirse con su Esposo.

En Jerusalen, san Atanasio, diácono, que, prendido por los herejes á causa de su adhesion al santo concilio de Calcedonia, despues de haber padecido toda especie de tormentos, fué por último degollado.

En Sicilia, san Agaton y santa Trifina, mártires.

En Tomes en Escitia, los santos mártires Marin, Teodoto y Sedofo.

En Tréveris, san Numerion, obispo y confesor.

En San Severino en la Marca de Ancona, santa Filomena, vírgen.

En Couserans, san Valier, primer obispo de aquella ciudad, segun relacion de san Gregorio de Tours, quien dice tambien que Teodoro de Couserans mandó edificar una iglesia magnífica sobre su sepulcro, y que se llevó como reliquias unos pedazos de sus vestiduras.

En Sens, san Paulo, obispo de aquella ciudad.

En Paris, el fallecimiento del venerable Hugo de San Victor, célebre por sus escritos y piedad.

En Alejandría, san Arpotes, confesor.

En la villita de Tiberino cerca de Seleucia, santa Marta, viuda, madre de san Simeon Estilita el mozo.

En dicho dia, san Atanasio de Trebisonza, monje del monte Atos, llamado Abran antes de su profesion.

En Egipto, san Sisoes, confesor.

En Inglaterra, santa Modvena, abadesa.

misa es en honra del santo, y la eracion es la que sigue.

Misericors Deus, qui beatum Michaelem confessorem tuum morum innocentia, et mirabili charitate præstare voluisti; concede, quæsumus, ejus intercessione, ut à vitiis liberati, et igne tui amoris incensi, ad te pervenire mereamur. Per Dominum...

O misericordioso Dios, que te dignaste adornar al bienaventurado Miguel, tu confesor, con inocencia de costumbres y una caridad admirable; concédenos por su intercesion, que libres de los vicios, y encendidos en tu amor, merezcamos llegar á gozarte. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 31 de la Sabiduría.

Beatus vir, qui inventus est sine macula, et qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris. Quis est hic, et laudabimus eum? fecit enim mirabilia in vita sua. Qui probatus est in illo, et perfectus est, erit illi gloria æterna: qui potuit transgredi, et non est transgressus; facere mala, et non fecit. Ideò stabilita sunt bona illius in Domino, et eleemosynas illius enarrabit omnis ecclesia sanctorum.

Dichoso el hombre que fué hallado sin mancha, y que no corrió tras el oro, ni puso su confianza en el dinero ni en los tesoros. ¿Quién es este, y le alabaremos? porque hizo cosas maravillosas en su vida. El que fué probado en el oro, y fué hallado perfecto, tendrá una gloria eterna: pudo violar la ley, y no la violó; hacer mal, y no lo hizo. Por esto sus bienes están seguros en el Señor, y toda la congregacion de los santos publicará sus limosnas.

REFLEXIONES.

Las primeras palabras de la epístola de este dia, juntamente con los admirables ejemplos y asombrosa inocencia de vida que nos ofrece hoy el beato Miguel de los Santos, dan motivo á unas reflexiones que necesariamente han de hacer estremecer las entrañas del cristiano. Bienaventurado, dice el Espíritu Santo,

el varon que no tuvo mancha en toda la conducta de su vida. Esta expresion es preciso que admire á aquellas almas débiles que en todas partes encuentran tropiezos, y para quienes la mas mínima ocasion es irresistible, y decide absolutamente contra su inocencia. ¿Es posible, dicen estos, que entre las turbaciones del mundo, y entre los inmensos peligros de que nos vemos cercados, se pueda conservar un hombre sin contraer mancha ni pecado en todo el discurso de su vida? Tantos objetos como ofrece el mundo, propios para seducir la inocencia y llevar tras sí los sentidos; tantos artificios como emplea el comun enemigo para sugerir á nuestra alma ideas trocadas, que nos hagan creer que lo malo es bueno y nos estimulen á seguirlo; tanta debilidad y miseria, en fin, como advertimos en nuestra naturaleza, tanta rebeldía en nuestras pasiones, tanta viveza en los estímulos de la carne ¿es creible que no han de lograr alguna vez el triunfo sobre la inocencia de nuestras almas? ¿Cómo es posible que se hallen ejemplares de aquel varon justo que delinea el Espíritu Santo, cuando dice: *Bienaventurado el varon que fué hallado sin mancha?*

Si hubiéramos de estar, en materias de espíritu, á los dictámenes de la prudencia humana, hallaríamos que el razonamiento precedente es justo y demostrativo. Pero es preciso acordarnos de que la sabiduría del mundo y su prudencia son ignorantes delante de Dios. Es preciso acordarse de que el Señor tiene dicho que es estrecha la senda que guia á la vida y son pocos los que la hallan. Se debe, finalmente, reflexionar que todas aquellas cosas que tienen apariencias de imposibles, atendidas las fuerzas de la naturaleza, son hacederas y fáciles para el poder omnipotente de la gracia. El beato Miguel de los Santos ofrece un ejemplar en donde se acreditan todas

estas verdades. En todo el discurso de su preciosa vida conservó intacta aquella hermosa inocencia que recibió en el bautismo. Formado de carne mortal como todos los demás hombres, estaba expuesto á sufrir las mismas contradicciones del mundo, del demonio y de la carne que todos sufren. Pero temeroso siempre de desagradar á su Dios; deseoso de labrarse, por medio de la abnegacion de sí mismo, una corona inmarcesible que dura para siempre; y vigilante para frustrar las asechanzas de los enemigos, halló el modo de conservar la preciosa joya de la inocencia, sin que en la peregrinacion de un valle de lágrimas hubiesen jamás podido robársela los ladrones que le infestan. Pero se debe reflexionar que todo esto lo consiguió estando siempre en vela, siempre en oracion, siempre mortificado con el ramal y el ayuno, viviendo crucificado y despedazado con cilicios en una suma pobreza, y hecho víctima, en fin, del amor de Dios y del prójimo. Hé aquí la senda por donde se camina á la vida; hé aquí el medio único para conservarse toda su vida sin mancha; y hé aquí, finalmente, la escalera por donde se sube á recibir la palma y la corona de bienaventurado que promete el Espíritu Santo al inocente.

El evangelio es del cap. 12 de san Lucas.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Sint lumbi vestri præcincti, et lucernæ ardentes in manibus vestris, et vos similes hominibus exspectantibus dominum suum quando revertatur à nuptiis: ut, cùm venerit et pulsaverit, confestim aperiant ei. Beati servi illi, quos cùm venerit dominus, invenerit vigilantes: amen dico

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos; y sed semejantes á los hombres que esperan á su señor, cuando vuelva de las bodas, para que viniendo y llamando, le abran al punto. Bienaventurados aquellos siervos que cuando venga el señor los hallare

vobis, quod præcinget se, et faciet illos discumbere, et transiens ministrabit illis. Et si venerit in secunda vigilia, et si in tertia vigilia venerit, et ita invenerit, beati sunt servi illi. Hoc autem scitote, quoniam si sciret paterfamilias, qua hora fur veniret, vigilaret utique, et non sineret perfodi domum suam. Et vos estote parati, quia qua hora non putatis, Filius hominis veniet.

velando. En verdad os digo, que se ceñirá y los hará sentar á la mesa, y pasando, los servirá. Y si viniere en la segunda vela, y aunque venga en la tercera, y los hallare así, son bienaventurados aquellos siervos. Pero sabed esto, que si el padre de familias supiera á qué hora vendria el ladron, velaria ciertamente, y no dejaria minar su casa. Estad tambien vosotros prevenidos, porque en la hora que no pensais, vendrá el Hijo del hombre.

MEDITACION.

SOBRE LA NECESIDAD DE LAS BUENAS OBRAS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que las buenas obras, esto es, la práctica de las virtudes cristianas, es tan necesaria para la consecucion de la vida eterna, que sin ella ni puedes ser feliz, ni puedes dar abrigo en tu corazon á una sólida esperanza.

Dios nuestro Señor, considerando que el punto capital de toda la ley, y del que debian los hombres estar bien persuadidos, consiste en la ejecucion de obras saludables y provechosas para la vida eterna, manifestó su divina voluntad en las Escrituras santas para que no pueda excusarse el hombre con la ignorancia, ni imaginar que puede tener otros medios de conseguir su ventura. El obrar bien es una obligacion, es una necesidad, es una condicion precisa para cumplir la ley cristiana, ó por mejor decir, es toda la sustancia de la ley. No hay mortal alguno que pueda salvarse sin la ejecucion de las virtudes

cristianas, ya porque de ellas impuso Dios un precepto, ya tambien porque son un medio tan necesario, que sin él es absolutamente imposible conseguir el fin. Cristo nuestro bien decia en el Evangelio (1): *Todo árbol que no diere buen fruto, será cortado y arrojado al fuego.* Y en el capítulo 5 de san Mateo promulga la ley de que *no entrará en el reino de los cielos aquel cuya justicia no fuese mayor y mas copiosa que la de los escribas y fariseos.* Para este efecto se hace indispensable el ejercicio de las buenas obras, no por vanidad ni para mantener con ellas un fingido carácter de piadosos, que nos haga hipócritas, como sucedia á los fariseos; sino con pureza de intencion y con deseo de agradar á Dios únicamente, que es el espíritu que las vivifica, y las hace provechosas para la vida eterna. Nada importa que nuestro misericordioso Dios nos haya preparado todos los medios oportunos para nuestra santificacion: inútil será para nosotros toda la preciosa vida de nuestro Redentor y su pasion sacrosanta, si no nos aplicamos sus frutos por medio de nuestras buenas obras. Por eso san Pedro (2) amonesta á los fieles *que pongan gran esmero y cuidado en hacer ciertas su vocacion y eleccion por medio de las buenas obras.*

Porque ¿de qué nos servirá haber recibido de la misericordia de nuestro Dios el incomparable beneficio de haber nacido entre los que adoran su santo nombre y profesan la ley evangélica, si no nos manifestamos agradecidos, ejecutando sus preceptos con nuestras buenas obras? ¿qué importará que llevemos el nombre de cristianos, y que hayamos recibido en el bautismo un sello indeleble que lo acredita, si nuestras operaciones lo desmienten, y convertimos esta gracia en un nuevo motivo de hacer mas penosa y terrible nuestra condenacion eterna?

(1) Matth, cap. 131. — (2) Ep. 2. cap. 1.

¿de qué nos aprovecha tener entre nosotros tantas espirituales medicinas, como son los sacramentos, si malogramos su divina virtud y frustramos su eficacia, ó con obras contrarias, ó á lo menos con una culpable inercia? Obras buenas, cristiano, obras buenas son las que te harán digno de este nombre. La misma fe que te fué infundida en el bautismo por el Espíritu Santo, se queda muerta y sin provecho si le falta el vigor, el espíritu y la vida de las buenas obras.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que, aun despues de estar persuadido de la necesidad de manifestar con la práctica de las virtudes, que no es en tí una sombra ó fantasma la profesion de cristiano, debes advertir que hay muchos engaños en la ejecucion de las buenas obras, los cuales debes evitar con cautela para no hacerlas infructuosas.

Uno de estos engaños ó errores, acaso el mas perjudicial de todos, proviene del amor propio, por el cual cada uno se inclina fácilmente á aquellas acciones que son, segun su genio, mas adaptadas á su humor, y en cuya ejecucion suelen estar escondidos sus intereses. Hay personas que se entregan con grande intension á ciertas devociones y ejercicios piadosos, descuidando al mismo tiempo de otras obras en que consiste lo mas sólido y sustancial de la verdadera piedad y de la religion. Hay genios tétricos y austeros, que se emplean con gusto en la abstraccion, en la mortificacion y en la penitencia, olvidando el precepto de la caridad y un verdadero arrepentimiento de los desórdenes de su vida pasada. Hay personas que se contentan con ciertas prácticas de devocion, que son voluntarias, asistiendo á todas las novenas, á todos los sermones y á otros ejercicios

piadosos, descuidando las obligaciones precisas de su familia, la educacion de sus hijos, la vigilancia de sus criados, y la debida administracion de los bienes que les confió la Providencia. Finalmente, hay cristianos que viven seguros y en una paz tranquila, frecuentando los sacramentos y practicando muchas devociones; pero manteniéndose al mismo tiempo en un odio implacable contra sus enemigos, murmurando de sus hermanos, y faltando á las obligaciones mas esenciales de la religion.

Todos estos deben considerar que viven engañados. Las obras de supererogacion, los ejercicios piadosos, que son meramente de consejo, son ciertamente muy santos y provechosos y su práctica sumamente útil al cristiano; pero deben recaer sobre el cumplimiento de los preceptos, y suponer cumplidas todas las obligaciones de su estado, porque de otra manera semejantes obras son infructuosas é inútiles para la vida eterna. Por eso dice Dios (1) al pecador, *no encuentro que tus obras sean completas.* Y en otra parte (2) *he pesado tus obras, y te he encontrado falto.* La perfeccion cristiana no puede verificarse, mientras no se encuentren completas y cabales todas las causas, todos los requisitos necesarios para ella; y así se dice muy bien que para constituir el mal basta cualquier defecto. Y á la verdad, cristiano, ¿cómo puedes pretender que tus obras sean agradables á Dios, cuando solamente las ejecutas para satisfacer á tu humor, á tu genio, á tu capricho? ¿cómo te persuades que pueda complacerse de lo que haces por tu eleccion, cuando desprecias lo que te manda hacer por la suya? ¿cómo es posible que te conceda la bienaventuranza por unas devociones en que no intentas otra cosa que satisfacer á tu amor propio; por una asistencia á los templos, que no tiene otro

(1) Apoc. cap. 3. — (2) Daniel. cap. 5.

fin que librarte del recogimiento de tu casa, y sacudir el yugo de las obligaciones de tu estado? Dios es sumamente sabio, y no se le puede engañar. Sus divinos ojos penetran el íntimo secreto de nuestro corazon y la medula de nuestras intenciones. De consiguiente no le pueden ser agradables sino unas obras sin defecto, ni puede dar las eternas recompensas sino á aquel que cumpla exactamente su ley, haciendo que el nombre de cristiano signifique en él una profesion de justicia, cuyas obligaciones cumpla perfectamente.

JACULATORIAS.

Unusquisque propriam mercedem accipiet secundùm suum laborem. I. ad Corinth. cap. 3.

Sé muy bien, Dios mio, que cada uno ha de recibir el premio segun el mérito de las obras que en esta vida haya practicado.

Non ego, sed gratia Dei mecum. I. ad Corinth. cap. 15.

Pero no bastando mis fuerzas á hacerlas provechosas para la vida eterna sin los auxilios de vuestra divina gracia, dádmela, Señor, con aquella abundancia y eficacia que la comunicásteis á vuestros siervos.

PROPOSITOS.

Persuadido de que no serás verdaderamente cristiano mientras no lo testifiques con las obras; de que estas son esencialmente necesarias para conseguir la eterna ventura, y de que en su ejecucion pueden mezclarse perniciosos errores que las inutilicen, debes proponerte los medios para evitar estos males, y conseguir los suspirados bienes. No te basta ser cristiano para ser participante de los bienes de Jesucristo, puesto que, llegado al uso de razon, no se te ofrece la patria celestial como una herencia solamente, sino tambien como premio ó corona. En esta suposicion, siendo

cierto lo que dice el Espíritu Santo, que no será coronado sino el que peleare debidamente, lo es tambien, que no se te dará una eterna felicidad por recompensa mientras tú no la merezcas con tus obras. Para este efecto examina toda tu vida, y establece el grande edificio de tu salvacion sobre fundamentos sólidos. Si encuentras en tu conciencia que has sido ingrato á tu Dios quebrantando sus preceptos, principia por un verdadero arrepentimiento, que vuelva á tu alma la gracia que perdiste, lavando con lágrimas de compuncion las feas manchas que echaste sobre ella. Forma un propósito irrevocable y firme de no olvidar jamás las obligaciones que te impone la sacrosanta ley de Jesucristo. Pero en el cumplimiento de esta debes atender ante todas cosas á la observancia de sus preceptos esenciales. Amar á Dios y al prójimo, y cumplir con las obligaciones que te impone tu estado, es el primer objeto á que debe encaminarse tu atencion. Los ejercicios piadosos de devocion son como un rocío celestial que conserva el verdor y lozanía de las virtudes. Pero debes usar de una santa economía en ellos, de manera que no los hagas ser el principal objeto de un cristiano. Con estos ejercicios se conserva la caridad, se aviva la fe, se fortalece la esperanza, se consolida la humildad cristiana, y se llena el alma de un afecto verdadero á la virtud y de un odio implacable contra el vicio. La mortificacion, el ayuno, la frecuencia de sacramentos, la lismosna, la visita de los templos, el oir la palabra de Dios y el procurar la consolacion de tu alma, ganando las gracias é indulgencias que dispensa el vicario de Jesucristo, son unas cosas sumamente útiles, y aun necesarias para mantener una vida inculpable y fervorosa. Pero as como no debes ayunar con perjuicio de tu salud, ni dar tanta limosna que dejes á tu mujer y á tus hijos

en la indigencia, de la misma manera debes arreglar las demás obras de piedad con tal prudencia, que no toquen en el exceso, porque en tal caso faltarás á la ley, é injuriarás á la virtud que ama un medio entre dos extremos. Si asi lo hicieres, tus obras serán agradables á Dios, serán arregladas á las leyes del Evangelio y provechosas para la consecucion de la vida eterna.

DIA SEXTO.

SAN GOAR, PRESBÍTERO Y SOLITARIO.

San Goar, á quien los alemanes llaman Gower, fué de una de las mas nobles familias de Aquitania, y nació por los años de 585. Proveyóle la naturaleza de sus mas exquisitas prendas, y la gracia de sus mas preciosos dones. A la natural amabilidad de su persona añadian mucho realce la vivacidad de su espíritu y la suavidad de su dulcísimo genio; pero lo que sobre todo le hacia mas amable era una virtud y una prudencia muy superior á sus años. Ni los lazos del mundo, ni los peligros de la mocedad sirvieron mas que para acrecentar el mérito y la admiracion de su virtud. Cobró horror al vicio desde que le conoció; su virtud favorita fué la pureza; su modestia y cierto vergonzoso pudor, de que siempre estaba cubierto su semblante, inspiraban respeto aun á los mas disolutos; en su presencia ninguno tenia valor para pronunciar palabra menos pura. En fin, el ejemplo y la circunspeccion de sus primeros años eran presagio de la eminente santidad á que con el tiempo le habia de elevar la gracia, de que ya estaba prevenido.

A la verdad, puso el mayor cuidado casi desde la cuna en conservar su inocencia, fortificándola con la frecuencia de sacramentos, con la oracion y con penitencias continuas. Siendo niño, maceraba su carne con ayunos y con dilatadas vigilias: toda la ocupacion de su corazon y de su espíritu era la meditacion y el estudio de las mas santas verdades de la religion. El ardiente deseo de agradar á Dios le preocupaba enteramente, siendo tanto mas admirada su virtuosa vida, cuanto era menos frecuente en las personas de su clase y de su edad.

A los principios tuvo que sufrir algunas zumbas de otros iguales suyos, menos circunspectos y menos reservados que él; pero con la constancia y con el desprecio se libertó de esta persecucion, y logró tal dominio sobre todos los de su edad, que convirtió á muchos, haciéndolos mudar enteramente de vida.

Noticioso su obispo de que Goar no queria contraer empeño alguno en el mundo, se dió priesa por promoverle á los órdenes sagrados, pareciéndole que á un mismo tiempo honraba al estado eclesiástico, y hacia á su pueblo un importante servicio. Dió el sacerdocio nuevo realce á la virtud de nuestro santo, quien por su parte tampoco omitió medio alguno para sostener con su elevada virtud la augusta dignidad del sacerdocio. No se vió sacerdote mas lleno de fe y de religion en el altar, ni mas santo en toda su conducta; lo que movió al obispo á echar mano de Goar para que le ayudase en las sagradas funciones de la dignidad episcopal, confiándole el ministerio de la predicacion.

Al ardiente deseo que tenia he la salvacion de sus dermanos, y á los grandes talentos con que el cielo le habia enriquecido para ganarlos á Dios, se siguieron inmediatamente insignes conversiones. Eran sus sermones enérgicos, llenos de mocion; y como se

miraban sostenidos de sus ejemplos, hacian tanta impresion en los corazones, que no era posible oirlos sin convertirse; por lo que su auditorio se deshacia en lágrimas, y ni pecadores, ni herejes, ni gentiles podian resistir à su zelo.

Pero estos mismos felicísimos sucesos dieron materia á sus escrúpulos y á su temor. El tumulto inseparable de las funciones apostólicas y los aplausos que comunmente las acompañan, sobresaltaron su profunda humildad, y despertaron los deseos que siempre habia tenido de retirarse à un desierto. Resolvió, pues, alejarse de sus parientes cuanto le fuese posible, y buscar una apartada soledad donde pudiese entregarse á Dios únicamente.

Partió, pues, el año de 618, y se retiró à los últimos confines del obispado de Tréveris, en las márgenes del Rhin, cerca del Oberwersel, donde con licencia del obispo construyó una celda y una pequeña capilla para celebrar todos los dias el santo sacrificio de la misa. En esta soledad pasó algunos años dedicado á todos los ejercicios de la vida eremítica, ayunando continuamente, manteniéndose con el trabajo de sus manos, cantando sin cesar las alabanzas de Dios, y algunas veces ocupando los dias enteros en la contemplacion de las verdades celestiales. Estando en esto sintió que se le volvia á excitar el deseo de trabajar en la salvacion de las almas; y como en los pueblos del contorno hubiese todavia muchos paganos, les predicó el Evangelio con tanto zelo y con tanto fruto, que abrazó el cristianismo gran número de ellos.

Extendióse la fama de su virtud, y concurrieron muchos extranjeros deseosos de conocer y de tratar al santo anacoreta. Esto le puso en ocasion de ejercer repetidas veces la hospitalidad, particularmente con los pobres; y como su zelo observó que esta caridad

le proporcionaba ocasiones de ganar sus huéspedes para Dios, tomó tanto gusto á esta virtud, que en adelante fué en parte su carácter; bien que no por eso desconcertó un punto el método y el órden de vida que se habia prescrito para la distribucion del dia.

Despues de haber rezado todo el Salterio, celebraba el sacrificio de la misa, y habiendo cumplido con todas las demás devociones, empleaba el resto del dia en recibir con amoroso agasajo los peregrinos que se presentaban. El mismo les guisaba y les servia la comida, y mientras estaban en la mesa era cuando hacia sus mas brillantes conquistas. Divertialos siempre con santas conversaciones, daba á cada uno saludables consejos, segun su particular necesidad; despues les hacia rezar algunas oraciones con él, y no pocas veces los salia á despedir y los iba á acompañar gran parte del camino, con tanto amor y con tanta bondad, que no le podian olvidar en toda su vida. Cuando llegaban á sus casas no se cansaban de contar lo que habian visto, oido y admirado en el amabilísimo ermitaño. Esta industriosa caridad dió ocasion á que le levantasen una calumnia.

Dos familiares del palacio de Rústico, obispo de Tréveris, mal impresionados contra san Goar, partieron á su soledad con pretexto de devocion; pero en realidad era para observarle y para sorprenderle. Notaron que aquel buen sacerdote ponia gran cuidado en recibir con sumo agasajo á todos los forasteros; que por sí mismo les guisaba la comida; que decia misa muy de mañana á los que querian partir, y que tambien comia con ellos antes de la hora acostumbrada. No hubieron menester mas para despreciarle y para desacreditarle. Vueltos á Tréveris, dijeron al obispo que el presbitero Goar era un hipócrita; que se regalaba muy bien, y que estaba muy distante de ser lo que parecia; pues lejos de profesar una vida

verdaderamente eremítica, desedificaba á todos con sus profusiones y con sus condescendencias puramente políticas y aseglaradas. Creyó el obispo, no sin alguna facilidad, á los delatores, y les dió órden de que le trajesen al escandaloso solitario, con resolucion de examinarle, de corregirle y de castigarle.

Volvieron los dos familiares adonde estaba el santo; y para disimular el verdadero motivo de tan pronta como inesperada repeticion de visita, le dieron á entender que, informado el obispo de sus raras virtudes, tenia ansiosos deseos de verle, y por tanto le rogaban que se dignase ir en su compañía. Al principio se excusó el santo por su profunda humildad; pero cuando le declararon que traian mandato expreso para llevarle consigo, respondió que obedeceria sin réplica. Efectivamente el dia siguiente al rayar el alba les dijo misa, y presentó á sus huéspedes el desayuno con su acostumbrada bondad. Los familiares del obispo se negaron á tomarle con cierto aire de desden y menosprecio, diciéndole se admiraban mucho de que un hombre como él pensase en comer tan de mañana. *Hermanos mios*, les respondió el santo, *no son todos los dias de ayuno y de abstinencia, yo lo hago por caridad; pero si vosotros quereis ayunar hoy por vuestra mortificacion, no lleveis á mal que tome alguna cosa este otro pobre forastero, que tambien está para partir.* Los familiares, continuando en su papel de grandes ayunadores, no quisieron tomar bocado, y solo suplicaron al santo que les echase en la alforja alguna cosa para tomar algo en el camino; lo que hizo de muy buena gana, y marchó luego con ellos. Apurados del hambre y de la sed los dos caminantes, acudieron á su provision; pero quedaron sorprendidos cuando por permision de Dios nada hallaron de lo que ellos mismos habian metido, y en vista de aquel castigo reconocieron su culpa.

Viéndolos el santo arrepentidos y avergonzados, consiguió de Dios, por otro nuevo milagro, que les diese con que socorrer su necesidad; y ellos no pudiendo resistir á tan repetidos prodigios, se arrojaron á los piés del santo, confesáronle su depravado intento, y humildemente le pidieron perdon de su maldad. No les fué difícil conseguirle; mas dificultad costó desimpresionar al obispo de las especies en que le habian metido contra el santo solitario. Por mas que sus dos familiares le refirieron las dos maravillas de que ellos mismos habian sido testigos, no bastó para desengañarle; quiso pruebas mas auténticas de su santidad, y así le mandó alcanzase de Dios con su oracion que un niño de dos años, á quien acababan de exponer, declarase quién era su padre. Por mas súplicas, ruegos y lágrimas que derramó nuestro solitario para que el obispo le dispensase de semejante oracion, le fué forzoso obedecer, y su oracion fué oida. Convencido el prelado de la santidad del siervo de Dios, se arrojó á sus piés; y lleno de estimacion y de respeto á su persona, se encomendó á sus oraciones.

Extendida por todas partes la fama de esta maravilla, llegó á oidos del rey Sigeberto II, quien hizo llamar al santo para oir de su misma boca la relacion del suceso. Vióse precisado nuestro solitario á pasar á la corte, y mostró en ella tanta discrecion y tanta capacidad, acompañada de tan singular modestia, que el rey le cobró particular afecto y estimacion, resolviéndose desde entonces á sacar de debajo del celemin aquella antorcha resplandeciente, y á colocar en las primeras dignidades de la Iglesia á un sugeto tan benemérito.

Luego que nuestro santo llegó á entender el ánimo del rey, no perdonó diligencia alguna para apartarle de aquel intento. Valióse de representaciones, de rue-

gos, de súplicas, de lágrimas; pero todo fué en vano, porque así el rey como los prelados atendian mas al bien comun que à su humilde repugnancia. Ya le iban á consagrar, cuando echándose á los piés del rey, le dijo: *Señor, no me negueis por lo menos el consuelo de retirarme por algunos dias á mi celda para consultar la voluntad de Dios, y una vez que la entienda, ejecutaré cuanto fuere del agrado de vuestra Majestad.* Movieron al monarca las lágrimas del santo; concedióle veinte dias de término; pero le mandó que, pasado este, volviese sin falta á Metz. Encerrado Goar en su ermita, empleó todo aquel tiempo en oraciones, en gemidos, en amargo llanto, solicitando incesantemente del Señor que embarazase los intentos del príncipe. Oyóle su Majestad, porque al acabarse el término de los veinte dias cayó en una enfermedad que le duró muchos años; y siempre que recibia alguna nueva órden de pasar á la corte, inmediatamente le repetia.

Durante el tiempo de esta dilatada enfermedad dobló su devocion y su fervor. No es fácil decir lo mucho que aprovecharon al público los grandes ejemplos que dió de todas las virtudes, singularmente de una heróica paciencia; pero el piadoso rey Sigeberto, impaciente siempre por verle colocado en la silla episcopal de Tréveris, le envió órden para que pasase à la corte; mas el santo, à quien ya habia vuelto la calentura, dijo al que le llevaba la real órden, que bien podia volverse, pues él no saldria ya de su celda sino para la sepultura. El suceso verificó luego la profecía, pues antes que el enviado ó los enviados llegasen á la corte, se recibió en ella la noticia de su muerte, la cual fué como la de los justos, espirando en manos de dos eclesiásticos que nunca se apartaron de él; y sucedió el dia 6 de julio del año 649, à los sesenta y cuatro de su edad.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Judea, san Isaías, profeta, que en tiempo de Manasés fué aserrado y enterrado debajo de una encina llamada Rogel, junto á un torrente.

En Roma, la fiesta de san Tranquilino, mártir, padre de san Marcos y de san Marceliano, que, convertido á la fe de Jesucristo por la predicacion de san Sebastian, mártir, y bautizado por el presbítero san Policarpo, fué ordenado de sacerdote por san Cayo, papa. Estando haciendo oracion delante de la Confesion de san Pablo, el dia de la octava de los Apóstoles, en tiempo del emperador Diocleciano, fué cogido y apedreado por los paganos hasta morir mártir.

En Fesoles en Toscana, san Rómulo, obispo y mártir, discípulo del apóstol san Pedro, que, habiendo recibido del mismo la mision de predicar el Evangelio, fué de vuelta á Fesoles coronado con el martirio acompañado de otros mártires, despues de haber dado á conocer á Jesucristo en muchos lugares de Italia, en tiempo del emperador Domiciano.

En Campaña, santa Dominica, vírgen y mártir, que, habiendo roto algunos ídolos bajo el emperador Diocleciano, fué condenada á las fieras; mas como no recibió mal alguno, perdió la vida del cuerpo, siendo degollada, y entregó el espíritu á Dios. Se conserva su cuerpo con la mayor veneracion en Tropea de Calabria.

En el mismo dia, santa Lucía, mártir, natural de Campaña, la cual fué presa y cruelmente atormentada por el presidente Rixio Varo, á quien por último convirtió á Jesucristo. Tuvo por compañeros en el combate y en la corona á Antonino, Severino, Diodoro, Dion y á otros diez y siete.

En tierra de Tréveris, san Goar, presbítero y confesor.

En Borgoña, san Gerveso.

En Menon cerca de Favernay en el Franco Condado, el martirio de san Bertier, presbítero, y de san Ataleno, diácono.

En Escitópolis, san Basilio y compañeros en número de setenta mártires.

En Duras, san Asto, obispo, martirizado á latigazos con plomadas.

En dicho dia, san Hilarion el mozo, superior de un monasterio de Dálmatas.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente.

Adesto, Domine, supplicationibus nostris, quas in beati Goardi confessoris tui solemnitate deferimus: ut qui nostræ justitiæ fiduciam non habemus, ejus qui tibi placuit precibus adjuvemur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Oye, Señor, favorablemente las súplicas que te hacemos en la solemnidad de tu confesor el bienaventurado Goar, para que, no confiando en nuestra justicia, seamos favorecidos por los merecimientos de aquel que tuvo la dicha de agradarte. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 31 *del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia* V, *pág.* 135.

NOTA.

« Muchas veces se ha hablado ya del libro del *Eclesiástico*, de donde se sacó esta epístola. El capítulo 31 pinta las fatigas de los avarientos; los cuidados con que se cargan por amontonar riquezas, les desecan las carnes; la aplicacion que dedican á esto, les quita el sueño; y se consideran los ricos inocentes como una especie de prodigio. Es muy moral y muy instructivo este capítulo. »

REFLEXIONES.

Bienaventurado aquel que no corre tras el oro. Seguramente que se libra de mil ansias, de mil cuidados, de mil desvelos, de mil inquietudes y de mil pesadumbres. ¿Cuándo se ha de acabar de canocer la insubsistencia, la vanidad, la ilusion de esa sombra, de esa fantasma que se llama fortuna, tras la cual se corre hasta consumirse y exhalarse? ¡Si á lo menos se quisiera hacer alguna reflexion sobre aquellos afanes, sobre aquellos amargos y crueles sobresaltos, que son en rigor la única renta, el único fruto que producen los inmensos gastos que se hacen en ese comercio!

Quiérese hacer fortuna, espérase igual dicha á la que lograron otros que no comenzaron con mayor caudal. Domina la ambicion; persuádese el ambicioso que le sobran el genio y el talento; todo se le representa fácil al arrojado. Es el comercio un mar tempestuoso, está sembrado de escollos, hiciéronle famoso los naufragios; no importa; ni por eso se teme embarcarse en él; échase la cuenta de que, cuando los vientos soplen contrarios, se navegará á fuerza de remos, y que á pesar de los piratas y otros mil peligros se arribará dichosamente al puerto.

No es menester especificar aquí por menor todas las fatigas. Un negociante deja estampado su retrato en cualquiera parte donde esté. El aire enajenado, inquieto y taciturno, el semblante sombrío y solitario, los ojos siempre encendidos, todos los modales tan embarazados, que tácitamente están despidiendo á cuantos no traten de empréstito, de cambio y de interés. En vista de esto, con mucha razon se puede preguntar, ¿si hay en el mundo estado mas penoso ni mas austero, y aun se puede añadir, si le hay mas trabajoso ni mas ingrato?

No les basta el dia para sus fatigosas ocupaciones; niéganse á sí mismos el descanso que no niegan á sus esclavos. La noche disputa al dia los afanes; quietud, sueño y comida todo se interrumpe por el negocio; pagas, comisiones, letras, libros de caja, todo los tiene en una esclavitud, en una servidumbre que apenas les deja tiempo para acordarse de que son cristianos. Serian menos duras estas penalidades, si á lo menos por algunos momentos se pudieran separar de su corazon las inquietudes; pero en mar tan borrascoso, ¿qué dia amanece sereno? ¿qué hora se puede esperar de calma? Ni son ya lo que mas se teme las tempestades y los naufragios; mayores y mas justos sobresaltos causan las manos de otros hombres. Vense casi siempre obligados á confiar toda su hacienda, y aun la ajena, á la buena fe de un desconocido, en un tiempo en que reina en todas partes la codicia, y en que es tan rara la verdadera hombría de bien. Confesemos que las riquezas son un fondo inagotable de inquietud y de amargura. *¡O mil veces bienaventurado aquel que no corre tras el oro!*

El evangelio es del cap. 13 de san Lucas.

Aderant autem quidam ipso in tempore, nuntiantes illi de Galilæis, quorum sanguinem Pilatus miscuit cum sacrificiis eorum. Et respondens, dixit illis: Putatis quòd hi Galilæi præ omnibus Galilæis peccatores fuerint, quia talia passi sunt? Non: dico vobis, nisi pœnitentiam habueritis, omnes similiter peribitis. Sicut illi decem et octo, supra quos cecidit turris in Siloë, et occidit eos: putatis quia et ipsi debitores

En el mismo tiempo vinieron algunos á darle noticia de aquellos galileos, cuya sangre mezcló Pilatos con la de sus sacrificios. Y él respondiendo, les dijo: ¿Pensais vosotros que estos galileos hayan sido mas pecadores que los demás galileos, porque padecieron tal castigo? Os digo que no; pero si no hiciéreis penitencia, pereceréis todos de la misma manera. Como aquellos diez y ocho hombres sobre los cuales cayó

fuerint præter omnes homines habitantes in Jerusalem? Non, dico vobis: sed si pœnitentiam non egeritis, omnes similiter peribitis.

la torre en Siloë, y los mató: ¿creeis que tambien estos fuesen mas reos que todos los demás hombres que habitaban en Jerusalen? Os digo que no; pero si no hiciéreis penitencia, pereceréis todos de la misma manera.

MEDITACION.

DE LA INDISPENSABLE NECESIDAD DE HACER PENITENCIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera la energía, la precision y la universalidad de este oráculo: *si no hiciéreis penitencia, todos pereceréis.* Necesidad, por decirlo así, tan indispensable como la de la fe, la del bautismo y la de la gracia final para salvarse. *Háblase respecto de los adultos.* No hay edad, no hay condicion, no hay estado que se exima de ella. La proposicion es general, y tambien lo es la necesidad. O eres pecador, ó eres inocente. Si pecador, ¿cómo te atreverás á prometerte el perdon sin la penitencia? Si inocente, y aun no has pecado, puedes pecar; y esto basta para que la penitencia preventiva te sea indispensable. ¡Ah! que la inocencia es un tesoro guardado en vasos frágiles sumamente quebradizos: no hay cosa mas preciosa que este tesoro; pero tampoco la hay mas frágil que estos vasos contra los cuales parece que todo va á tropezar. ¡O mi Dios, y cuántos enemigos tenemos siempre alerta y emboscados siempre! En la vida todo es peligros, todo lazos, escollos todo. Dentro de nosotros mismos llevamos el enemigo de nuestra salvacion, siempre de inteligencia con los sentidos, siempre dócil á la impresion de los objetos exteriores, siempre de acuerdo con el amor propio. En la misma sangre contraemos la inclinacion á lo malo.

Todo es tentacion, y la vida del hombre es una continua guerra que solo se acaba con la muerte. El que no quiere ser vencido, no puede dejar las armas de la mano; y si no se vela sin cesar contra un enemigo que jamás se duerme, es preciso que nos sorprenda. El aire que respiramos es contagioso; son pocos los objetos que no despidan de sí algunos hálitos malignos; no puede estar seguro el que se expone á ellos sin preservativos y sin precauciones. Esos preservativos, sin los cuales corre peligro la vida; esas armas, sin cuya defensa seguramente nos herirá el enemigo; esa vigilancia, esos esfuerzos, esa violencia, de que ninguno debe considerarse dispensado, son la penitencia; es preciso velar y orar sin cesar; es preciso mortificar el cuerpo, reprimir los sentidos, domar las pasiones, todas á cual mas rebeldes. ¿Qué te parece? ¿consérvase por largo tiempo la inocencia sin el auxilio de la penitencia? Y si se ha pecado, ¿se podrá excusar este socorro? El incomprensible rigor de las penas del infierno y su eterna duracion aun no son suplicio excesivo para castigar un solo pecado mortal; y una alma manchada con millares de millares de gravísimas y feísimas culpas, ¿presumirá conseguir el perdon sin hacer penitencia? ¡Qué locura! Cuéntase con los méritos de nuestro Señor Jesucristo: y con razon; porque sin estos méritos, ¿qué podíamos nosotros esperar? pero ese mismo Salvador, ese Padre de las misericordias nos declara expresamente que con toda su misericordia, si no hacemos penitencia, todos pereceremos infaliblemente. ¿Has comprendido bien la fuerza y el sentido de este oráculo?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la condicion habla con todos los estados. *Si no hiciéreis penitencia, todos pereceréis.* La generalidad es sin excepcion. Grandes del mundo,

criados en el seno de la delicadeza y del esplendor, ante quienes todos se doblan, todos se arrodillan, todos se postran, y que ignorais hasta las voces de mortificacion; *si no hiciéreis penitencia, todos perecerèis*. Poderosos del siglo, vosotros que vivis en medio de la abundancia, rodeados de la magnificencia, anegados en gustos, nadando en diversiones; vosotros, á quienes todos lisonjean, todos aplauden, á quienes todo se muestra risueño, pasando los dias en la ociosidad, en la alegria y en el regalo; *si no hiciéreis penitencia, todos pereceréis*; todos, sin que se tenga respeto ni á la grandeza de vuestro nombre, ni al esplendor de vuestro nacimiento, ni á la delicadeza de vuestra complexion. Damas del mundo, á quienes estremece, á quienes causa horror el nombre solo de penitencia, vosotras, que consumis todos los dias de la vida en eternas inutilidades, en juegos, en cortejos, en pasatiempos, en espectáculos; vosotras, que á costa de infinitos afanes procurais conservar la hermosura, la brillantez, la frescura y la viveza del color; vosotras que promoveis la sensualidad hasta lo mas refinado de la delicadeza; *si no hicièreis penitencia, todas perecerèis*, todas sin excepcion. Hombres de negocios, comerciantes, pobres oficiales, á quienes ocupa toda la vida la codicia, el amor al interés y el ansia de hacer fortuna; *si no hicièreis penitencia, todos pereceréis*; hasta los mas infelices mendigos, hasta los que viven como abismados en lo profundo de la miseria, si se han de salvar, han de hacer penitencia. Argúyase, sutilícese, interprétese cuanto se quisiere; es un oráculo que no se puede eludir, es un decreto claro y preciso, que de todos se deja entender. Vosotros, seais lo que quisiéreis, si no hiciéreis penitencia, y una penitencia proporcionada á vuestras culpas, á vuestras necesidades, y una penitencia sincera y constante, todos perecerèis. Por mas que te quieras atolondrar, por

mas que te quieras aturdir, por mas que te pongas de uñas contra esta moral, no hay cosa mas cierta ni mas infalible que este oráculo : *Los cielos y la tierra pasarán ; pero las palabras de Jesucristo se mantendrán inmutables.*

Haced, Señor, que tambien se mantenga inmutable la impresion que estas vuestras divinas palabras han hecho en mi corazon y en mi espíritu. Conozco la indispensable necesidad que tengo de hacer penitencia, y que esta necesidad es mayor en mí que en otro alguno. ¡Ah Señor, que he pasado sin hacerla la mayor parte de mi vida! Recibid, Padre de las misericordias, la que resuelvo hacer el resto de ella, con el favor de vuestra divina gracia.

JACULATORIAS.

Lavabo per singulas noctes lectum meum : lacrymis meis stratum meum rigabo. Salm. 6.

Regaré, Señor, el lecho con mis lágrimas; y pasaré las noches en continuo llanto.

Recogitabo tibi omnes annos meos in amaritudine animæ meæ. Isai. 38.

Voy, Señor, á resarcir los años perdidos, reparándolos con la penitencia y con la amargura de mi corazon.

PROPOSITOS.

1. Espanta el nombre solo de penitencia. Ayunos, abstinencias, cilicios, sacos, disciplinas, maceracion de la carne, industrias ingeniosas de mortificacion, todo asusta, todo sobresalta nuestra delicadeza. Pero ¿nos dispensará esta de la obligacion de hacer penitencia? ¡Cosa extraña! Se peca, se vive divertidamente, delicadamente, regaladamente, y se muere sin haber hecho ninguna penitencia. ¿Pues cuál ha de ser nuestra suerte? O hemos de ser eternamente con-

denados, ó va por tierra la palabra de Jesucristo. Compon, si puedes, nuestra impenitente vida con esta infalible prediccion : *Si no hiciereis penitencia, todos perecereis*. No te engañes miserablemente : de cualquiera edad, de cualquiera estado, de cualquiera condicion que seas, ten por cierto que infaliblemente te condenarás, si no hicieres penitencia; y comiénzala á hacer sin dilatar un solo dia, si no quieres ser condenado. Da principio por un vivo y sincero dolor de tus culpas, que es la penitencia del corazon ; pero no basta eso por lo comun ; esa contricion, ese dolor, ese arrepentimiento y esa penitencia de corazon acompáñala con la mortificacion del cuerpo, de los sentidos y de la delicadeza. Las penitencias, por decirlo así, de obligacion han de preceder á todas las demás; ayunos de la Iglesia, que son penitencias de precepto, cuaresmas, cuatro témporas y dias de abstinencia, en esto nunca te has de dispensar. Pero ¿te incomodan un poco estos preceptos? mejor; eso es lo que pretende la Iglesia; por eso se imponen los ayunos y las abstinencias para incomodar la sensualidad y el amor propio ; no pretende la Iglesia matarte, sino mortificarte. Si no sintieras algun trabajo, no seria penitencia. Pero ¿serán legítimas todas esas dispensaciones? muchas de ellas ¿no serán subrepticias? O mi Dios, ¡y qué de achaques aparentes, qué de relaciones abultadas se nos han de representar en la hora de la muerte!

2. No te contentes con las penitencias de obligacion, añade á ellas algunas voluntarias. Buena penitencia es sufrir sin hablar palabra, llevar con paciencia el mal humor de aquellos con quienes vives y con quienes tratas, sus contradicciones, sus injurias y sus desprecios. Los instrumentos de mortificacion para macerar la carne no se hicieron solamente para los claustros religiosos, tambien son muy convenientes

á los seglares; razon es que donde hay mas pecados haya tambien mas penitencia. Si lo consultas con tu amor propio, no habrá penitencia que no te haga daño; consulta el punto con tus enormes culpas, y hallarás que, por mas penitencias que hagas, por austera y por mortificada que sea tu vida, siempre quedarás deudor á la divina Justicia. La penitencia debe ser una virtud ordinaria á todos los cristianos; no se pase dia sin que hagas alguna; mortifica tus sentidos, tus ojos, tu lengua, tu apetito, tu gusto y tus pasiones; haz algun sacrificio cada dia, acordándote siempre que irremisiblemente perecerás si no hicieres penitencia. *El reino de los cielos padece fuerza, y solamente le arrebatan los que se hacen violencia.*

DIA SÉPTIMO.

SAN GUILLEBALDO, OBISPO.

Fué inglés de nacion, y de casa mas recomendable en la Iglesia por ser familia de santos, que en el mundo por su elevada nobleza; porque Ricardo su padre, Guillebaldo su hermano, su hermana Walpurga y su primo Bonifacio, obispo de Maguncia, todos reciben culto en los altares, y se leen sus nombres en el martirologio.

Nació nuestro santo por los años de 700; y como eran tan virtuosos sus padres, no esperaron á que llegase el uso de la razon para inspirarle amor á la virtud y horror al vicio. A los tres años cayó peligrosamente enfermo, y experimentándose inútiles los remedios naturales, recurrieron sus virtuosos padres á los sobrenaturales. Llevaron al niño al pié de una cruz que estaba cerca de su casa; y haciendo fervo-

rosa oracion, prometieron á Dios que le consagrarian el niño en un monasterio, si se dignaba su Majestad darle salud. Era entonces costumbre entre los ingleses, particularmente entre la gente de distincion y poderosa, erigir grandes y hermosas cruces, así en sus posesiones como en los lugares públicos, para hacer oracion ante ellas, como aun el dia de hoy se observa en todos los países católicos, aunque en unos mas que en otros.

Aceptó Dios la ofrenda de los piadosos padres y oyó sus oraciones, concediendo al niño pronta y repentina salud, la que se tuvo por milagrosa. Su padre Ricardo le detuvo como en depósito en su casa hasta que cumpliese los cinco años; pero apenas los cumplió, cuando le entregó á Egbaldo, abad de Waltheim, quien le hizo educar con el mayor cuidado en el monasterio. Costó poco inclinarle á todos los ejercicios de piedad, y en breve tiempo hizo tan grandes progresos, que se conoció bien el especial amor con que miraba Dios á aquel niño.

Apenas contaba doce años cuando ya le proponian por modelo de la vida religiosa á los mas antiguos. Todas sus ansias eran por el cielo, estando lleno de Dios su tiernecito corazon; y para inflamarse mas en el fuego del amor divino, aprendió de memoria todo el Salterio.

Es indecible la estimacion que se mereció en toda la abadía de Waltheim, no siendo menos respetable por su inocencia y por su virtud, que tiernamente amado por su modestia, por su puntualidad y por su dulcísimo genio. No habia monje que en los tiempos de recreacion no se arrimase á Guillebaldo para gozar de su amabilísimo trato. Desagradóle mucho esta general estimacion, en vez de lisonjearle, y le pareció seria mas conveniente para su mayor perfeccion alejarse de su patria y vivir donde no fuese conocido.

Era en aquellos siglos muy ordinario á los ingleses ir á Roma por devocion, y peregrinar á otros lugares, que hacia célebres en la cristiandad el piadoso concurso de los fieles. Persuadióse Guillebaldo que le mereceria singulares gracias del cielo el visitar en Roma los sepulcros de los santos apóstoles san Pedro y san Pablo; y logró tambien persuadir á su padre Ricardo y á su hermano Guillebaldo que le hiciesen compañía en aquel devoto viaje. Fácilmente consiguió la licencia de su abad; pero no le fué tan fácil consolar á sus hermanos. En medio de eso, el deseo y la esperanza de conseguir por intercesion de los santos apóstoles grandes auxilios para su santificacion le hicieron vencer todas las dificultades, y partió con su padre y con su hermano el año de 724; pero luego moderó Dios el gozo que tuvo el santo en su piadosa peregrinacion. Murió su padre Ricardo en el camino, y fué enterrado en Luca de Toscana. Continuaron su romería los dos hermanos y llegaron felizmente á Roma, donde se detuvieron casi un año para satisfacer su devocion.

Bien queria Guillebaldo llevar mas lejos á su querido hermano; pero este se vió precisado á volver á Inglaterra; y habiéndose separado los dos con demostraciones de la mayor ternura, se juntó nuestro santo á otros dos ó tres jóvenes ingleses que encontró en Roma, y peregrinó con ellos á visitar los santos lugares de Jerusalen. Necesitaron todos de mucho esfuerzo para tolerar las fatigas y trabajos del camino; pero les sostuvo su devocion. A los trabajos forzosos añadieron las penitencias voluntarias; vivian de limosna, dormian sobre la dura tierra, su comida era pan y agua.

Para mayor aumento de sus penas permitió el Señor que en Emesa, ciudad de Fenicia, los tuviesen por espías, los arrestasen y los cargasen de prisiones;

pero su divina y amorosa providencia no se olvidó de ellos. Viólos en una ocasion un mercader rico de la misma ciudad, hizo que le refiriesen sus aventuras, y dispuso Dios que se agradase tanto de su modestia, y de tal manera se compadeciese de su desgracia, que ofreció á los sarracenos todo lo que le pidiesen por su libertad; pero impresionados estos en el concepto de que eran espías, nada pudo conseguir de ellos; por lo que únicamente dedicó todo su cuidado á suavizarles y aliviarles cuanto le fué posible los trabajos y las penalidades de la prision. Enviábales todos los dias por la tarde y por la mañana cuanto habian menester para sustentarse, y tenia gran cuidado de que un hijo suyo los visitase con frecuencia. Llegó á tanto su caridad, que salió por fiador para que se les diese libertad algunas veces, pudiendo salir todos los domingos á visitar una iglesia, donde pasaban una buena parte del dia; y habiendo asistido á los divinos oficios, se restituian despues á su prision.

Con ocasion de estas frecuentes salidas se dieron presto á conocer los tres jóvenes ingleses. Admiraban todos su apacibilidad, su devocion y su modestia; íbanse tras de ellos hasta la iglesia; salian para verlos á la puerta de la calle, y cada uno deseaba saber el motivo de su desgracia. Entre todos un español establecido en Emesa se informó de ellos mismos, así de quienes eran, como de los sucesos de su vida, y se ofreció á prestar sus buenos oficios con el rey de los sarracenos. Era un hermano suyo gentilhombre de cámara de este príncipe y de gran valimiento en la corte, por cuyo medio consiguió que se les diese libertad, y se les dejase proseguir pacíficamente su viaje.

Conociendo los muchos favores que debian asi al mercader de Emesa como al español, explicaron su reconocimiento mas con lágrimas que con pala-

bras; y dándoles vivísimas muestras de su eterna gratitud, se despidieron de sus bienhechores y partieron á Palestina. Vieron devota y cuidadosamente todo cuanto podia contentar su piadosa curiosidad; y no satisfechos con visitar los santos lugares santificados con la presencia del Salvador, quisieron ver tambien los mas célebres monasterios de la Tierra Santa, donde mas resplandecia la perfeccion evangélica. Favorecia Dios á Guiilebaldo con dulcísimos consuelos; pero al mismo tiempo se los mezclaba tambien con las mas amargas pruebas. Haciendo un dia oracion en la iglesia de san Matías, perdió de repente la vista, y se pasmaron sus compañeros al ver la resignacion con que llevó este trabajo. No alteró un punto la alegría de su corazon ni de su semblante la pérdida de los ojos; y vueltos á Jerusalen, estando en la iglesia de Santa Cruz dos meses despues, recobró la vista tan inesperada y tan repentinamente como la habia perdido. En San Juan de Acre le detuvo algun tiempo una dolorosa enfermedad; pero nunca se desmintió su paciencia, y apenas recibió la salud, cuando se embarcó con sus compañeros para Italia.

La fama que tenia en el mundo el Monte Casino, acabado de reparar á la sazon por el papa Gregorio II, no podia menos de llamar la devota curiosidad de Guillebaldo. Halló en él muy pocos monjes; pero le edificó tanto su fervor, que se resolvió á aumentar su número, y fué recibido con gozo universal de todos juntamente con uno de sus compañeros. Diez años vivió en el monasterio, donde con sus ejemplos se renovó el primitivo espíritu de su santo instituto. Encomendáronle los primeros oficios de la casa, que desempeñó muy á satisfaccion y con general aplauso de los monjes. Gustaba quieta y pacíficamente las deliciosas dulzuras de la soledad, cuando se vió precisado á dejarla. Por el concepto grande que se tenia

de su eminente virtud echó el abad mano de él para enviarle á Roma á negocios del monasterio. Luego que llegó, informado el papa de su talento y de su mucha santidad, le mandó partir á Alemania, dirigiéndole á san Bonifacio, que era primo del mismo Guillebaldo. San Bonifacio no quiso que estuviese oculto por mas tiempo aquel tesoro, y le ordenó de sacerdote. Con el sagrado carácter creció el esplendor de su virtud, y en breve tiempo se reconoció que Guillebaldo era tan poderoso en palabras como en obras; porque, habiéndosele encargado el cuidado de la iglesia de Eichstar en Baviera, hizo tanto fruto con sus ejemplos y con sus sermones, que san Bonifacio le consagró por obispo de ella. Tuvo mucho que padecer su humildad cuando se vió en dignidad tan elevada; pero al mismo tiempo excitó todo su zelo. Habian arruinado los Hunos aquella ciudad, y se experimentaban lastimosamente en la religion los estragos de los bárbaros. No es posible decir lo mucho que trabajó y padeció para arrancar la maleza de aquella tierra inculta; necesitó de toda su dulzura y de toda su heróica paciencia para superar las dificultades; pero al fin salió con su intento. En menos de seis meses mudó de semblante toda la diócesis de Eichstar; restableció la disciplina en su primitivo fervor, reformó los abusos, enmendó las costumbres, y se vió reinar en todas partes la cristiana piedad.

Era el carácter de nuestro santo una compasiva caridad con el prójimo, que le hacia amable á todo el mundo. Su mayor gusto era ejercitarla, y nunca se mostraba mas alegre que cuando servia en algo á los miserables. Tenia un singula don para consolar á los afligidos; porque su persona, su aire, sus palabras, sus mismos gratísimos modales, todo consolaba. Queria estar menudamente informado de las necesidades de todos los particulares, compadeciéndose tanto de

las miserias ajenas, que podia decir con san Pablo: ¿Quién está afligido que yo no lo esté con él? ¿quién está enfermo que á mi no me quebrante el corazon? Pero la dulzura era no mas que para los otros, para sí reservaba toda la severidad. Luego que acabó de construir su catedral, juntó una comunidad de religiosos, con los cuales vivia observando toda la exactitud y toda la severidad de la regla monástica, y practicando los mismos ejercicios y la misma penitencia que hacia en Monte Casino. En fin, despues de haber trabajado cuarenta y cinco años en arreglar y en santificar su diócesis con un zelo verdaderamente apostólico, murió en Eichstar en 7 de julio del año 787, á los 87 de su edad, consumado en el ejercicio de todas las virtudes y sumamente llorado de todo su pueblo.

SAN FERMIN, OBISPO Y MÁRTIR.

Fué san Fermin natural de Pamplona, y su familia una de las mas nobles del país. Ocupaba su padre Firmo uno de los primeros cargos en el gobierno de la ciudad y del senado, ni era de menos ilustre nacimiento su madre Eugenia; pero ambos tenian la desgracia de ser idólatras, como todo el resto de la ciudad, en la cual aun no se habia anunciado el Evangelio. Iban un dia juntos al templo de Júpiter para ofrecerle sacrificios en compañía de los demás ciudadanos, y en el camino, por dichosa disposicion de la divina Providencia, encontraron á un sacerdote de Jesucristo, llamado Honesto, que estaba predicando al pueblo el Evangelio de la salvacion. Detúvolos la curiosidad de oir al extranjero, cuya gravedad, cuya dulzura y cuya modestia les llevó desde luego toda la atencion, pero mucho mas los arrebataron las nuevas y

grandes verdades que anunciaba. Acabado el sermon le suplicaron se sirviese ir á su casa, para explicarles mas despacio y mas en particular lo mismo que en general y rápidamente le habian oido anunciar á la muchedumbre. Condescendió gustoso san Honesto, pasó á casa de Firmo, y este le preguntó quién era, de dónde venia, y con qué autoridad intentaba exterminar la antigua religion que todos profesaban para introducir otra nueva. Respondió á todo generosamente que era cristiano, que venia de Tolosa, que con mucha honra suya era capellan del santo obispo Saturnino, quien le habia enviado para disipar las tinieblas del error en que vivian y para descubrirles el camino de la vida eterna. Encantado el senador de su santa conversacion, le manifestó el gusto que tendria en conocer y en tratar al obispo Saturnino, dando esperanzas de que recibiria el bautismo. Prometióle Honesto que le cumpliria este gusto, y que solicitaria le veniese á ver el santo obispo. Con efecto siete dias despues entró en Pamplona san Saturnino. Luego que predicó públicamente á Jesucristo, se convirtieron á la fe cuarenta mil personas, á ejemplo de Firmo, Fausto y Fortunato, todos tres senadores y primeros magistrados de la ciudad. Edificóse una iglesia, que á pocos dias fué necesario hacer mas capaz, y en breve tiempo abrazó la religion cristiana toda la ciudad de Pamplona. Restituyéndose san Saturnino á Tolosa, dejó á cargo de Honesto el cuidado de aquel rebaño, cuyo principal ornamento era Firmo y toda su familia, por el zelo y por la piedad que resplandecia en toda ella.

Tenia Firmo un hijo llamado Fermin, que á la sazon solo contaba diez años de edad; y deseando asegurarle una santa educacion, le entregó á la enseñanza del santo presbítero Honesto, de cuyas manos habia recibido el bautismo el mismo niño Fermin. Dirigido

por tan noble maestro, y ayudado de su excelente ingenio y de su bello natural, hizo Fermin en breve tiempo muchos y muy rápidos progresos. Descubrió muy desde luego como una natural inclinacion á todo lo bueno; tanto, que por su virtud, por su tierna devocion y por su amor á la pureza, reconocieron todos tenerle destinado Dios para ser con el tiempo digno ornamento de la santa Iglesia. Fué admitido en el clero á la misma entrada de su florida juventud, y á los diez y ocho años de su edad ya predicaba con admiracion del público, cuando la avanzada edad y los achaques de san Honesto no le permitian ejercer este ministerio. Creciendo con los años la virtud y manifestándose cada dia mas y mas su singular talento, determinaron sus padres enviarle á Tolosa, para que bajo la disciplina de Honorato, obispo de aquella ciudad y sucesor de san Saturnino, se perfeccionase en el estado eclesiástico. Edificado el obispo de Tolosa así de la virtud, como del extraordinario mérito del discípulo de san Honesto, y conociendo sus eminentes y raras prendas, resolvió elevarle á los sagrados órdenes; y despreciando la resistencia de su profunda humildad, le ordenó primero de presbítero y despues le consagró obispo de Pamplona. Envióle á cuidar de su rebaño y al despedirle, le dijo: *Alégrate, carísimo hermano, porque Dios te ha escogido para vaso de eleccion. Siendo ya pastor de las almas, por la gracia del Señor, parte inmediatamente á tener cuidado de tu grey, y desempeña con fidelidad el sagrado ministerio que Dios te confia en tu consagracion.*

No se pueden explicar las demostraciones de alegría con que fué recibido de su pueblo. Comenzó luego á ejercer las funciones de su estado; y desde que se dejó ver en el púlpito, conocieron todos que Dios les habia dado por pastor á un nuevo apóstol. Recorrió luego toda la diócesis, haciéndose todo á todos para

ganarlos á todos para Jesucristo. La misma idolatría, que estaba como atrincherada en aquellas faldas de los Pirineos, parecia que iba huyendo delante de san Fermin. Arruinó muchos templos, hizo pedazos los ídolos, y fué tanto el número de las conversiones, que en muy breve espacio de tiempo se llenó todo el país de fervorosos cristianos.

Animado su zelo con tan felices sucesos, juzgó ser estrecho campo toda la Navarra para dar pábulo á los incendios de su ardor. Ordenó suficiente número de presbíteros, para que cuidasen de aquella nueva cristiandad; y penetrado su corazon con las palabras de Cristo : *Id, y enseñad á todas las naciones*, resolvió partir á llevar la luz de la fe á los gentiles, esperando hallar entre ellos la corona del martirio. Entró en las Galias, donde estaba furiosamente encendida la persecucion contra los cristianos; y llegando á la ciudad de Agen, se encontró con un santo presbítero, llamado Eustaquio, que le detuvo algun tiempo para confirmar á los fieles en la fe, y disponerlos para la persecucion, que á manera de un fuego violento y arrebatado se iba extendiendo por todas las Galias. Salió de Agen y pasó á la Auvernia, desafiando los peligros, predicando la fe de Jesucristo con una intrepidez que admiraba á los mismos paganos, y atacando la idolatría hasta en aquellas fortalezas en que reinaba con mayor imperio.

Hallándose en una ciudad de Auvernia, tuvo una célebre disputa con dos gentiles de los mas considerables y de los mas obstinados, que se llamaban Arcadio y Rómulo. Mostróles san Fermin tan clara y tan evidentemente la locura y los errores del paganismo, haciéndoles al mismo tiempo tan palpable evidencia de la verdad y de la santidad de nuestra religion, que los convirtió, y habiéndolos instruido, les confirió el bautismo : conquista que ganó para

Jesucristo la mayor parte de los pueblos de aquella nacion. Animado el santo apóstol á emprender nuevos trabajos con estas conquistas, se trasladó á Angers, donde en quince meses de residencia consiguió grandes victorias de la idolatría, haciendo entrar en el rebaño de Jesucristo un inmenso número de ovejas escogidas. Como ningun estorbo era capaz de detener ni de moderar la actividad de su zelo, apenas ganaba un pueblo para Jesucristo, cuando corria á otros para plantar en ellos el estandarte de la fe. No es fácil explicar lo mucho que padeció en estas excursiones apostólicas. Se vió privado de todo humano consuelo, abrumado de fatigas, agobiado del peso de los trabajos, perseguido y maltratado de los paganos y en continuo peligro de la vida; pero nada fué bastante para poner límites á su fervor y á su zelo. De la provincia de Anjou pasó á la de Normandía, donde esparció por todas partes las luces de la fe, haciendo tan prodigiosa multitud de conversiones, que con razon se le puede apellidar el apóstol de aquella provincia, como de muchas otras.

Creciendo en Fermin cada dia mas y mas el fervoroso deseo de derramar su sangre por la fe de Jesucristo, noticioso de que el presidente Valerio, enemigo mortal del nombre cristiano, perseguia á los fieles en Beauves con extraordinaria crueldad, voló allá, no dudando encontrar con la suspirada corona del martirio. Con efecto, luego que llegó fué reconocido por cristiano, y habiendo sido denunciado como tal en el tribunal del presidente, fué encerrado de su órden en una horrorosa cárcel. Pero no bastaron para satisfacer la insaciable sed que tenia de padecer ni las incomodidades de la prision, ni los tormentos que le hicieron sufrir en ella. Perseveró preso y encadenado hasta la muerte del presidente Sergio, sucesor de Valerio, con cuya ocasion le pusieron en libertad

los mismos ciudadanos. Aprovechándose de ella san Fermin, predicó públicamente la fe de Jesucristo en Beauves con tanta bendicion y con tan felices sucesos, que se edificaron muchas iglesias. Corrió despues toda la Picardía, y una parte de los Paises-Bajos con el mismo zelo y con igual fruto, hasta que en fin entró en Amiens, teatro destinado por la divina Providencia para dichoso término de sus apostólicas fatigas.

Luego que llegó, juntó un rebaño de que él mismo fué el primer pastor. En los tres primeros dias que predicó, convirtió tres mil personas. No contribuian poco á tan admirables sucesos los milagros que acompañaban á su predicacion. No habia resistencia á las palabras del apóstol. Los ídolos caian y se hacian pedazos á sus piés; los demonios dejaban los cuerpos que poseian, solo con ponerse delante de san Fermin; no habia enfermedad que al instante no curase, invocando el nombre de la Santísima Trinidad. Era tan crecido el número de los prodigios, que los gentiles le tenian por algun Dios, como en otro tiempo lo hicieron con san Pablo y san Bernabé. Resonaban en toda la ciudad el nombre y las maravillas del santo obispo. Llegó á noticia del gobernador de la provincia, á quien algunos llaman Juliano, lo que pasaba en Amiens, y mandó arrestar á nuestro santo. Teniéndole en su presencia, le preguntó en nombre de quién hacia los milagros. A lo que respondió Fermin con santa intrepidez, que en nombre de Jesucristo, único Dios verbadero y Redentor de todos los hombres. Tomando despues ocasion para hablarle á fondo de nuestra sagrada religion, lo hizo con tanta valentia, con tanta elocuencia y con tanta majestad, que enamorado el mismo gobernador de lo que oia, mandó que le dejasen ir libre. Pero apenas salió del pretorio, cuando en la misma plaza de palacio co-

menzó á predicar la religion; de lo que informado el gobernador, encendido y atizado por los señores gentiles que estaban cerca de su persona, ordenó que echasen mano de él y que le encerrasen en un calabozo, donde consoló Dios maravillosamente á nuestro santo, revelándole que presto recibiria el premio de sus trabajos con la corona del martirio. Así sucedió, porque el dia siguiente el gobernador, temiendo alguna sedicion, le mandó cortar la cabeza en la misma cárcel; lo que aconteció el dia 25 de setiembre, y en el mismo se celebra su fiesta en varias partes.

Cierto señor, llamado Faustiniano, á quien el santo habia convertido, halló medio para apoderarse del cuerpo que mandó enterrar en una de sus heredades, de donde poco tiempo despues fué trasladado á una iglesia que el mismo san Fermin habia dedicado á nuestra Señora. Por muchos siglos permaneció desconocido el santo cuerpo en aquel lugar. En fin, despues de una larga serie de años, no sabiendo ya los cristianos dónde paraba aquel precioso tesoro, Salvio, obispo de Amiens, hombre de eminente virtud, resolvió descubrirle, y para este fin recurrió á la oracion. Convocó al clero y al pueblo, intimó un ayuno general por espacio de tres dias, y exhortó á todos á que rogasen instantemente al Señor que les descubriese el cuerpo de su santo apóstol, resolviendo él mismo no salir de la iglesia en aquel triduo, pasándole en continua oracion delante del Señor. Oyó Dios sus piadosas súplicas, porque al tercer dia, antes de amanecer, vió bajar de la bóveda del presbiterio un rayo de luz que caia perpendicularmente detrás del altar mayor, y allí se apagaba; por donde hizo juicio de que en aquel lugar debia estar la santa reliquia. Con efecto, habiendo mandado cavar en él, reconoció que, segun se iba profundizando el hoyo, se exhalaba de él un maravilloso olor, que llenó de

suavísima fragancia toda la iglesia. Crecia esta conforme se iba acercando el descubrimiento del santo cuerpo, que se encontró en fin en el mismo sitio donde habia estado oculto seis siglos habia. Asegúrase que quiso el Señor acreditar la realidad de la sagrada reliquia con un estupendo prodigio. Es antigua tradicion de la iglesia de Amiens, que, habiéndose hecho el descubrimiento del santo cuerpo en el corazon del invierno, no obstante reverdeció de repente todo el campo, y los árboles aparecieron todos cubiertos de hojas. La iglesia donde se halló la santa reliquia fué la de san Acheul, y desde ella se ordenó una procesion general para conducirla á la catedral. Nunca vió Amiens triunfo igual, ni mas cristiana magnificencia, haciendo Dios mas célebre la piadosa pompa con la multitud de milagros que obró por intercesion del santo mártir.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, los santos mártires Claudio, oficial de alistamientos militares, Nicóstrato, secretario de prefectura, Castorio, Victorino y Sinforiano, convertidos á la fe por san Sebastian y bautizados por el presbítero san Policarpo. Estando buscando cuerpos de mártires, mandólos prender el juez Fabian, quien por espacio de diez dias empleó las amenazas y los ruegos para moverlos á apostatar, sin poder recabar de ellos la menor cosa. Viendo que nada conseguia, aplicóles tres veces el tormento, mandando por último arrojarlos al mar.

En Durazo, en Albania, los santos mártires Peregrin, Luciano, Pompeyo, Nesiquio, Papio, Saturnino y German, todos Italianos, que, retirados en aquella ciudad durante la persecucion de Trajano, vieron crucificar en ella á san Asto por la fe de Jesucristo, y empezaron á gritar que tambien ellos eran cristianos.

Al punto fueron cogidos por órden del gobernador y arrojados al mar.

En Alejandría, la fiesta de san Panteno, varon apostólico y dotado de gran sabiduría. Fué tan zeloso y apasionado de la palabra de Dios, que, cediendo á los impulsos de su fe y piedad, se fué á predicar el Evangelio de Jesucristo á las naciones mas lejanas del Oriente; y en fin, de vuelta á Alejandría, murió en paz en el reinado de Antonino Caracala.

En Bresa, san Apolonio, obispo y confesor.

En Sajonia, san Guillebaldo, primer obispo de Eichstadt, que, dedicado con san Bonifacio á la predicacion del Evangelio, convirtió á Jesucristo muchos pueblos.

En Clermont en Auvernia, san Aliro, obispo.

En Urgel en Cataluña, san Eudo, obispo.

En Inglaterra, san Hedo, obispo de los Sajones occidentales.

En dicho reino, santa Aubierga, vírgen, hija de un rey de aquella nacion.

En Seez, san Sigisbaudo, obispo.

En Auxerre, san Angelaumo, nativo de Baviera.

En Viena, san Eoldo, obispo.

En Egipto, san Basenda, obispo y mártir.

En Forconio, cerca de Aquila en el Abruzo, san Eusano, presbítero.

En Ravena, san Juan el Angelopte, predecesor de san Pedro Crisólogo.

En Como, san Cónsul, cuyo cuerpo es venerado en dicha ciudad.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Guillebaldi, confessoris tui atque ponti-

Concédenos, ó Dios omnipotente, que con motivo de la venerable solemnidad del bien-

ficis, veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat et salutem. Per Dominum nostrum...

aventurado Guillebaldo, tu confesor y pontífice, se aumente en nosotros la virtud y el deseo de nuestra salvacion. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 2 de la del apóstol Santiago.

Quid proderit, fratres mei, si fidem quis dicat se habere, opera autem non habeat? Numquid poterit fides salvare eum? Si autem frater, et soror nudi sint, et indigeant victu quotidiano, dicat autem aliquis ex vobis illis: Ite in pace, calefacimini et saturamini; non dederitis autem eis quæ necessaria sunt corpori, quid proderit? Sic et fides, si non habeat opera, mortua est in semetipsa.

¿Qué importa, hermanos mios, que diga alguno que tiene fe, si no tiene obras? ¿Por ventura, podrá la fe salvarle? Pues si el hermano y la hermana estan desnudos, y necesitan del alimento cotidiano, y uno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y hartaos, y no les da las cosas necesarias al cuerpo, ¿qué les aprovechará? De la misma manera la fe, si no tiene obras, está muerta en sí misma.

NOTA.

« Escribió esta epístola Santiago el Menor, llamado » *Hermano* del Señor; esto es, primo, segun el estilo » de los judios, que tratan de hermanos á los parientes » inmediatos. Dirijióla á los judios convertidos á la » fe y dispersos por todo el mundo. El motivo ó la » ocasion fué el abuso y la errada interpretacion que » daban muchos á lo que habia dicho san Pablo, *de* » *que la fe nos justificaba delante de Dios.* Declaróles » Santiago que la fe sola no basta, y que es menester » sea acompañada con las buenas obras. Escribióse » esta carta hácia el año 62 de Jesucristo. »

REFLEXIONES.

Si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras, ¿de qué le sirve? No creer lo que nos enseña la religion cristiana, es locura; no vivir conforme á lo que se cree

es el colmo de la impiedad. Es preciso que haya una estrecha union entre la fe y las costumbres. Nuestras obras han de declarar nuestra religion. No se atiende á la voz de Jacob, miranse las manos para conocer la persona. Solo en el teatro se sufre la farsa; en materia de religion no se puede tolerar. Se hace profesion de ser cristianos, es decir, de creer todas las verdades cristianas, y al mismo tiempo se lleva una vida enteramente contraria á las verdades que se creen. ¿Puede haber locura mas impía? Se cree, es así; porque es preciso confesar que entre los cristianos se duda poco en la fe. Se cree, es cierto; porque la corrupcion de la voluntad no se comunica tan fácilmente al entendimiento. Es uno pecador, es vicioso, es disoluto, y conoce que lo es, á pesar de sus desordenadas costumbres; cuando hace un poco de reflexion sobre ellas, no quisiera serlo. Se cree que hay un Dios; porque en fin no hay ateista verdadero. Se cree que hay infierno, esto es, un conjunto infinito, una incomprensible complicacion de todos los males, que todos juntos se padecen á un mismo tiempo y para siempre, sin esperanza de que jamás se acaben ni se disminuyan aquellos tormentos. Se cree que basta un solo pecado mortal para ser condenado por toda la eternidad. Se cree que nuestro grande y nuestro único negocio es la salvacion. Esto es puntualmente lo que creen aquellas personas mundanas que viven tranquilamente entregadas á la sensualidad y al pecado; esto es lo que cree aquella mujer cuya conciencia es un caos, y cuyo ídolo es el mundo; esto es lo que creen aquellos licenciosos, cuya vida es una continua cadena de las mas enormes culpas; esto es lo que creen esos esclavos de las diversiones, que pasan la vida en una eterna holgazanería y en un continuo olvido de Dios; esos avarientos, que sacrifican su alma á un vil interés; esos hombres de negocios,

que viven y mueren sin pensar ni un solo dia seriamente en la eternidad. Todos estos creen la infinidad y la eternidad de las penas; todos se aman mucho, y ninguno quiere ser condenado; pero ¿se vive tan cristianamente como es menester para no serlo? Y al ver lo que se cree y cómo se vive, ¿se podrá esperar la salvacion prudentemente? Compon esas costumbres con esa fe, compara las verdades de nuestra religion con nuestra conducta, y comprende, si es posible, este misterio de iniquidad.

El evangelio es del cap. 12 de san Marcos.

In illo tempore: Accessit unus de scribis, et interrogavit eum quod esset primum omnium mandatum. Jesus autem respondit ei: quia primum omnium mandatum est: Audi, Israel: Dominus Deus tuus, Deus unus est: et diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota anima tua, et ex tota mente tua, et ex tota virtute tua. Hoc est primum mandatum. Secundum autem simile est illi: Diliges proximum tuum tanquam te ipsum. Majus horum aliud mandatum non est. Et ait illi scriba: Benè, Magister, in veritate dixisti, quia unus est Deus, et non est alius præter eum. Et ut diligatur ex toto corde, et ex toto intellectu, et ex tota anima, et ex tota fortitudine: et diligere proximum tanquam se ipsum, majus est omnibus holocaustomatibus et sacrificiis.

En aquel tiempo: Se llegó uno de los escribas, y le preguntó cuál era el primer mandamiento entre todos. Y Jesus le respondió: El primero de todos los mandamientos es: Oye, Israel: el Señor tu Dios, es un Dios solo; y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, y con toda tu alma, y con todo tu espíritu, y con todo tu poder. Este es el primer mandamiento. El segundo, pues, es semejante á este: Amarás á tu prójimo como á tí mismo. No hay otro mandamiento que sea mayor que estos. Y el escriba le dijo: Has dicho bien, Maestro, y con verdad que Dios es uno solo, y que fuera de él no hay ninguno. Y que el amarle con todo el corazon, con todo el entendimiento, y con toda el alma y con todas las fuerzas; y el amar al prójimo como á sí mismo es mas que todos los holocaustos y sacrificios.

MEDITACION.

DEL AMOR DEL PRÓJIMO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no se ama al prójimo, porque no se ama á Dios. El amor de Dios es el principio y la medida del amor á nuestros hermanos. Vanamente se lisonjea de virtuoso el que mira al prójimo con frialdad. *Si alguno dice que ama á Dios, y aborrece á su hermano, es mentiroso, y no hay verdad en él*, dice san Juan; *porque el que no ama á su prójimo, ¿cómo puede amar á Dios? este es un mandamiento que nos viene de Dios*, concluye el Apóstol; *el que tiene amor á Dios, le tiene tambien á su hermano.* Esta doctrina la aprendió el amado discípulo de Jesucristo. *La señal*, decia el Salvador, *por donde todos conocerán que sois discípulos mios, será si os amáreis unos á otros.* Esta caridad, este amor eficaz y verdadero es el que caracteriza á los verdaderos cristianos; y el amor de Dios es el que anima esta caridad. Este amor benéfico es el que infunde entrañas paternales para con todos los infelices; el que inspira una tierna compasion de todos los atribulados; las almas duras é insensibles á los trabajos de otros, tambien lo son á las impresiones del Espíritu Santo; su divino fuego no calienta á los corazones de piedra. ¡Qué error tan grosero, mi Dios, persuadirse que te ama, lisonjearse de virtuoso el que conserva en su corazon ciertas aversiones, el que fomenta ciertos secretos zelos, el que siente cierta maligna complacencia en las desgracias de otros, alegrándose interiormente cuando los ve abatidos y humillados! Tengamos siempre en la memoria este oráculo, comprendamos bien su alma y su sentido: *Qui non diligit, manet in morte:* el que no ama

á su prójimo, vive en estado de muerte. El amor que nos tenemos á nosotros mismos ha de ser la medida y como el modelo del que debemos tener á los demás. ¿Nos alegran mucho nuestras adversidades y nuestros contratiempos? ¿nos complacemos cuando nos vemos abatidos? ¿deseamos vernos despreciados, estamos muy agradecidos á los que nos desacreditan y deshonran? *Diliges proximum tuum sicut te ipsum.* Amarás á tu prójimo como á tí mismo. ¡Buen Dios, cuántas reflexiones tenemos que hacer sobre este mandamiento y sobre la manera con que le guardamos.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el precepto de amar al prójimo es semejante al de amar á Dios, y por consiguiente tan indispensable el uno como el otro. Son estos dos preceptos la basa de la ley y el cimiento de la religion; cualquiera de estos dos pilares que falte, da en tierra el edificio. Lisonjearse uno de que ama á Dios, cuando no ama á sus hermanos, es error grosero. ¡Ah Señor, y cuántos viven en él el dia de hoy! Aquella caridad pura, sincera, benéfica, universal (porque tal ha de ser para ser verdadera), esta cristiana caridad ¿reina hoy en todos los estados, en todas las condiciones y en todas las familias? Quizá jamás hubo en el mundo menos caridad. Destiérrala del corazon de muchos el interés, y apágala en el de otros la pasion. ¿Cuándo se vió mas extendida la emulacion y la envidia? ¿nacen del puro amor de Dios esas aversiones, esas amarguras, esas murmuraciones? Y aunque tus hermanos fueran tan negros y tan malvados como te los pinta la pasion, ¿no era menester amarlos, pues al fin son hermanos tuyos? y este amor ¿no te debia mover á excusarlos ó á lo menos á no desacreditarlos, para no hacerles cada dia mayor daño?

¿será la caridad cristiana la que cria esa hiel que se derrama en tus palabras y se descubre hasta en tus ojos, haciéndote ver defectos aun en sus mismas virtudes? ¿de dónde puede nacer ese encarnizamiento, ese gusto que hallas en hablar mal, y en desacreditar en todas ocasiones á los que te han ocasionado algun disgusto, á gentes que acaso no viste en tu vida, y que tienen muchas bellas prendas, y son muy respetables por otros mil motivos? ¿será uno tan ciego que crea obrar en esto por puro zelo de la mayor gloria de Dios? ¿ignora que debe amar al prójimo como se ama á sí mismo? Es cierto que no se nos esconden nuestros propios pecados; ¿pues porqué no nos moverá el zelo de la gloria de Dios á aborrecernos, á desacreditarnos á nosotros mismos? Esta es la ilusion tan comun el dia de hoy á tantas gentes. El precepto de la caridad cristiana es esencial; á ninguno se le dispensó jamás; sus obligaciones son muy delicadas. ¡Ah mi Dios, y qué materia esta respecto de tantos y de tantas para gemir y para temer!

Suplícoos, Señor, que me perdoneis mis iniquidades en este particular. Confieso que soy reo y que nunca os he amado á vos, pues no he amado á mis hermanos. Espero en vuestra misericordia que de hoy en adelante se conocerá, por mi amor á mis prójimos, que soy vuestro discípulo y que os amo de todo mi corazon.

JACULATORIAS.

Narrabo nomen tuum fratribus meis : in medio Ecclesiæ laudabo te. Salm. 21.

Sí, mi Dios, el amor que profesaré á mis hermanos les anunciará la gloria de vuestro santo nombre; y en medio de la congregacion de los fieles cantaré animosamente vuestras alabanzas.

Tempus faciendi, Domine; dissipaverunt legem tuam. Salm. 118.

Ya es tiempo, Señor, de que se observen con fidelidad vuestros divinos mandamientos, particularmente cuando tantos disipan y desprecian vuestra santa ley.

PROPOSITOS.

1. No hay cosa mas precisa ni mas clara que el precepto de amar á *nuestro prójimo*; *tiénele* Jesucristo tan adentro de su corazon, que por excelencia le llama el gran precepto suyo: *hoc est præceptum meum.* Es error preciarse de discípulo suyo el que conoce muy bien que no ama á su prójimo. Ten por cierto que la falta de caridad condenará á muchos; no quieras tú entrar en este número. Ama á tus hermanos; pero no se quede tu amor en palabras, acredítale con las obras; muéstrate sensible á las miserias de todo el mundo; compadécete de sus males, de sus flaquezas y hasta de sus mismos defectos; asístelos con tus limosnas, con tus consejos, con tu crédito y con tus buenos oficios. Una alma grande, abrasada en el fuego del amor de Dios, á todo el mundo excusa. Lejos de inflamarte en un zelo duro, amargo y fogoso, muestra entrañas paternales á todos, y desconfía mucho de los falsos pretextos de zelo. Si los defectos de otros fueran justo motivo para enconar el corazon y para encender nuestra cólera, ¡qué objeto de cólera y de odio serias tú mismo á los ojos de Dios!

2. Si no te hallas en estado de manifestar tu amor al prójimo con buenos oficios, muéstraselo á lo menos con tu conducta. Recibe y trata á todo el mundo con semblante risueño, con modo grato, usando con todos de modales cortesanos y apacibles. Sufoca en tí todo movimiento de emulacion, de envidia, de frialdad y aun de *indiferencia*, sea con quien fuere.

Imponte una ley de honrar y de estimar á todos; no sufras que en tu presencia se hable mal de persona alguna; y si no tuvieres autoridad ni jurisdiccion para reprender á los que lo hicieren, muestra á lo menos con tu silencio y con tu seriedad lo mucho que aquello te desagrada; habla siempre bien de todo el mundo. La verdadera caridad todo lo excusa, y está siempre ansiosa de hacer bien á todos.

DIA OCTAVO.

SANTA ISABEL, VIUDA, REINA DE PORTUGAL.

Santa Isabel, biznieta de santa Isabel, reina de Hungría, fué hija de Pedro III, rey de Aragon, y nieta de Jaime, llamado *el Santo y el Conquistador*, por su virtud y por sus valerosas hazañas. Nació en Zaragoza el año de 1271, y su nacimiento llenó de tanto gozo á toda la casa real, que restableció la union y la buena inteligencia entre su padre y su abuelo, discordes y mal avenidos desde largo tiempo antes; presagio feliz del singular don con que el cielo la favoreció para arreglar las diferencias que se habian de suscitar despues entre los príncipes de su familia. Llamáronla Isabel en memoria y en honor de su santa bisabuela, canonizada cuarenta años antes por el papa Gregorio IX. Quiso encargarse de su educacion el rey don Jaime, su abuelo, y muy presto descubrió el virtuoso monarca así la nobilísima índole, como las grandes disposiciones para la virtud con que habia nacido la infanta. Nada la divertia en su niñez sino los pequeños ejercicios de devocion en que se ocupaba. El tierno amor que profesaba á la santísima Virgen, á quien llamaba siempre su querida madre, le inspiraba mu-



STA ISABEL, VIUDA,

Y REYNA DE PORTUGAL.

chas piadosas industrias para honrarla. A ninguna cosa parecia tomar gusto sino á la oracion; y el mayor que le podian dar era prometerle que la llevarian á una iglesia ó á algun oratorio para que se encomendase á Dios. Perdió á su abuelo el rey don Jaime á los seis años de su edad; pero la razon y la virtud anticipada de la infanta mostraron que ya no tenia necesidad de lecciones. Su semblante dulce y agradablemente serio, su modestia majestuosa, su aversion á las galas, fausto, profanidad y diversiones, con una natural inclinacion á la soledad y al retiro dieron asunto de admiracion á toda la corte, sin que en ella se hablase mas que de las raras prendas y de las grandes virtudes de la princesa. Era su virtud muy superior á sus años; aun no contaba mas que ocho, y ya maltrataba su cuerpo con los rigores de la penitencia. Ayunaba con el mayor rigor las vigilias de las festividades de la santísima Vírgen y todos los sábados del año. Comenzó á rezar todos los dias el oficio divino que rezan los eclesiásticos, y le continuó indispensablemente hasta la muerte. Pasaba horas enteras en oracion, y solia decir el rey su padre que la infanta era el ángel de la guarda de sus estados, y que á ella debia las bendiciones que el cielo derramaba tan abundantemente en todos sus reinos. Apenas llegó á doce años, cuando á competencia la pretendieron los mas de los príncipes de Europa, así por la fama de su extraordinaria hermosura, como y principalmente por la de su singular virtud. Escogió entre todos el rey de Aragon á don Dionisio, rey de Portugal, que con el tiempo experimentó en muchas ocasiones las ventajas que le habia procurado esta dichosa preferencia.

No alteró las costumbres de Isabel la mudanza del nuevo estado. Vivió en la corte de Portugal como habia vivido en la de Aragon. No la deslumbró el

resplandor de la corona, ni los regalos de la majestad debilitaron el espíritu de la penitencia. Cuanto mayor era su elevacion, era mas sobresaliente su humildad. Siendo ya dueña de mas tiempo y mas señora de sus acciones, usó de su libertad para añadir á las devociones antiguas otras nuevas. En medio de la corte arregló un género de vida que se acercaba mucho á la de las religiosas mas observantes. Levantábase al amanecer, y despues de la oracion, que hacia con mucho fervor, rezaba maitines, laudes y prima del oficio divino. Oia inmediatamente misa, en la que comulgaba muy á menudo, y acabada esta, rezaba el oficio parvo de la Virgen y el oficio de difuntos; despues se ocupaba en el gobierno de su real familia y en cumplir con las demás obligaciones de su estado, teniendo destinadas varias horas para ejercitarse en muchas buenas obras. El tiempo que le sobraba empleábale todo retirada en su real capilla, parte orando, parte leyendo libros espirituales, y parte cumpliendo con las demás devociones. Nunca estaba ociosa; el tiempo señalado para descansar le ocupaba en la labor, y todo cuanto hacia lo enviaba á las iglesias, de donde tuvo principio en las señoras de Portugal la ejemplar costumbre de trabajar siempre para el culto divino y para los sagrados ornamentos.

Persuadida la reina de que una de las primeras obligaciones de una señora cristiana es vivir bien con el esposo que el cielo le dió, y velar sobre el proceder de toda su familia, no perdonó medio alguno para ganar el corazon del rey, su marido, para arreglar su real aposento, y para que cada dia fuesen mas cristianos sus criados y criadas. Santificaba á toda la corte la virtud de la reina; sus obras eran enseñanza, y ninguno podia resistir á la eficacia de sus ejemplos. Hicieron los cortesanos cuanto pudieron

para que moderase sus penitencias; pero ni la delicadeza de su complexion, ni su calidad, ni su soberanía, ni los pocos ni los muchos años pudieron ser pretexto para que las minorase. *En ninguna parte es mas necesaria la mortificacion*, decia la santa reina, *que donde las pasiones están mas vivas, y donde son mayores los peligros*. Por tanto, lejos de disminuir, aumentó sus rigores luego que se vió en el trono.

Además de los ayunos de la Iglesia, ayunaba tres dias à la semana todo el adviento, desde el dia despues de san Juan Bautista hasta la Asuncion de la Vírgen; y poco despues de concluida esta cuaresma, daba principio á otra en honor de los santos ángeles, la que duraba hasta el dia de san Miguel. Una de sus mas sobresalientes virtudes fué la caridad con los pobres. Acostumbraba decir que Dios solo la habia hecho reina para darle mas medios con que hacer limosna. Tenian órden sus limosneros de no negarla jamás á ningun pobre. No se pasaba dia sin que hiciese alguna visita à los pobres enfermos, y muchas veces los iba à buscar hasta en las aldeas del contorno. Mas de una vez manifestó Dios con milagros lo grata que le era la caridad de Isabel. Visitando en cierta ocasion à una pobre mujer que estaba cubierta de llagas, se sintió movida à abrazarla la piadosa reina para vencer su repugnancia: ejecutólo intrépidamente, y en el mismo punto quedó la enferma enteramente sana, y la princesa con nuevo vigor para vencerse à si misma. Extendíase á todo su caridad; fundó una casa para las mujeres arrepentidas, y otra para los niños expósitos.

Todos los viernes de cuaresma lavaba los piés á trece mujeres pobres, y lo mismo hacia el jueves santo. Una de ellas tenia en el mismo pié una asquerosa llaga, que causaba horror; quiso la santa reina curársela por sus manos: lavóla, besóla, y en el

mismo instante desapareció la llaga de la pobre mujer. Dícese que, llevando un dia en el regazo una buena cantidad de dinero para repartirla entre los pobres, preguntada por el rey, su marido, ¿qué llevaba? respondió *la santa que llevaba rosas*; pero como no era tiempo de ellas, picándole al rey la curiosidad quiso verlo, y quedó admirado cuando sus mismos ojos le dieron testimonio de que la reina habia dicho la verdad; milagro que luego se hizo *público, y para perpetuar su memoria*, hasta el dia de hoy se representa en las imágenes y en los retratos de la santa.

Era preciso que fuese bien ejercitada una virtud tan eminente; fuélo tanto la de nuestra santa reina, que le dió mucho que padecer. Era para ella una pesadísima cruz la vida licenciosa y desordenada del rey su marido; pero la llevó con tan heróica paciencia, que jamás se le escapó ni la mas lijera queja, ni la mas mínima señal de disgusto ó sentimiento. Menos ofendida de sus agravios que de las ofensas de Dios, se contentaba con clamar en secreto al Señor por la conversion del rey, pidiéndosela sin cesar con oraciones, con lágrimas y con limosnas. Concediósela su Majestad, porque, movido el rey de la prudencia y cristiana conducta de la reina, volvió sobre sí y mudó de vida; conversion que siempre se consideró por uno de los mayores milagros de la santa princesa. Pero muy en breve hizo el cielo otro en favor de la reina, que publicó en el mundo su heróica virtud con esforzado grito.

Tenia la reina un paje muy virtuoso, de mucho juicio y de singular prudencia; por cuyas prendas se valia de él así para las limosnas reservadas de muchos pobres vergonzantes, como para otras varias buenas obras secretas. Otro paje del rey se llenó de envidia y determinó perderle, con cuya maligna

intencion significó al rey que no era muy inocente la inclinacion de la reina hácia aquel paje suyo, el cual abusaba de los favores de la princesa en ofensa de su Majestad. Era el rey naturalmente cabiloso, y dió crédito con demasiada lijereza al calumniador. Volviendo un dia de caza pasó por una calera; y llamando aparte al dueño de ella, le previno secretamente que la mañana siguiente enviaria un paje á preguntarle si habia ejecutado ya aquella órden que le habia dado, y que al punto, sin responderle palabra, le arrojase en el horno de la calera. El dia inmediato muy de mañana mandó el rey al paje de la reina que fuese á tal calera, y preguntase al dueño si se habia hecho lo que su Majestad habia mandado. Partió al instante; pero pasando cerca de una iglesia, entró en ella á oir misa segun su devota costumbre. Habia comenzado ya la que se estaba celebrando, y le pareció que debia esperar á otra, la que tardó tanto tiempo en salir, que se dilató bastante la ejecucion de su comision. Impaciente el rey por saber la suerte del paje, despachó al calumniador para que se informase si se habia ejecutado lo que habia prevenido. No se detuvo este á oir misa como el primero; antes bien la maligna complacencia de tener mas pronto la noticia de su muerte le hizo apresurar la diligencia. Llegó á la calera, y apenas abrió la boca para preguntar si se habia hecho ya lo que el rey habia mandado, cuando los caleros le arrebataron y le arrojaron en el horno, donde al instante se convirtió en ceniza. Poco despues llegó el paje de la reina, y preguntando si se habia ejecutado la órden del rey, le respondió el dueño que todo se habia hecho como su Majestad habia mandado. Volvió á palacio, y asombrado el rey al verle, le hizo varias preguntas; descubrió la extraña equivocacion y reconoció la singular providencia del Señor, que, por un medio tan

extraordinario, habia hecho patente la maldad de su paje y la inocencia de la reina, á quien habia ofendido tanto con sus lijerísimas sospechas.

Despues de este lance, parece que ninguna cosa debiera ser capaz de alterar la veneracion y la estimacion que debia hacer de la reina: con todo eso, aun se dejó sorprender por la malignidad de algunos cortesanos. Acababa de desposarse con la infanta de Castilla su hijo el príncipe don Alonso, y por algunas diferencias se indispuso con el rey su padre. Vivamente penetrada de dolor la santa reina por un rompimiento tan funesto á todo el estado, hizo cuanto pudo para reconciliar al padre con el hijo. Fuera de las extraordinarias penitencias que hizo, de las oraciones que ofreció, y de las lágrimas que derramó para aplacar la cólera del cielo y para conseguir de la misericordia del Señor una paz sólida entre la familia real, trabajó fuertemente con el hijo para reducirle á su deber. El papa Juan XXII escribió un breve á la santa reina, ensalzando su prudente conducta; pero algunas personas mal intencionadas, de aquellas que echan siempre á la peor parte las acciones mas cristianas, la hicieron sospechosa con el rey, interpretando mal sus frecuentes conferencias con el hijo, y le persuadieron que la reina era del partido del príncipe don Alonso. El rey, demasiadamente crédulo, echó á la reina de palacio, privóla de todas sus rentas y la desterró á la pequeña villa de Alánquer.

Recibió Isabel esta desgracia como favor especial del cielo, y el grande amor que profesaba al retiro le hizo muy dulce el destierro de la corte. Aprovechóse del mayor tiempo que lograba para aumentar sus ejercicios espirituales y sus penitencias. Estaba tan gozosa en su soledad, que le costó mucho dolor el dejarla, cuando desengañado el rey le envió órden para que se restituyese á la corte. A esta última

tempestad se siguió una calma que nunca se alteró despues. El rey dió público testimonio de su arrepentimiento y de su dolor por la lijereza con que habia dado oidos á la calumnia; pidióle perdon, por su respeto perdonó al príncipe su hijo, y con el constante amor y veneracion que profesó en adelante á la reina, reparó los ultrajes y malos tratamientos con que la habia ofendido.

Aprovechóse diestramente la santa reina de esta confianza del rey, así para el bien del estado, como para la santificacion del rey mismo, y todo lo consiguió con felicidad. Habia mas de cuarenta y cinco años que reinaba este monarca, cuando se sintió asaltado de una larga enfermedad que al cabo le llevó á la sepultura. Asistióle en ella santa Isabel con tanto amor y con tanta vigilancia como si hubiera sido una centinela, sin separarse un punto de su cabecera, y tuvo el consuelo de verle recibir todos los sacramentos con ejemplar disposicion y espirar despues entre piadosos afectos. Fué grande su dolor; pero no se abandonó á él: la que estaba tan poco asida al mundo, no pensaba quedarse en medio de su tumulto; y luego que vió roto el único lazo que la detenia, se encerró en su oratorio, se postró á los piés de un crucifijo, se consagró al Salvador, y le suplicó la recibiese en el número de sus mas humildes siervas. Al punto se desnudó de todas las insignias de la majestad, se cortó con su misma mano el cabello, vistióse el hábito de santa Clara, y volviendo en este traje á la sala donde estaba expuesto el real cadáver, suplicó á los grandes que no la mirasen ni la tratasen mas como reina. Habiendo pasado algunos dias en ayunos, en vigilias y en oraciones cerca de la sepultura del rey, se retiró al monasterio de Santa Clara de Coimbra, que ella misma habia fundado. Habia resuelto abrazar el estado religioso; pero las representaciones, las sú-

plicas y las instancias de hombres piadosos y doctos, la obligaron á contentarse con hacer vida de religiosa, sin ligarse con la profesion. Mandó construir un cuarto cerca del convento, donde pasaba en oracion los dias y las noches. Desde entonces comenzó a ser continuo su ayuno, manteniéndose con solo pan y agua, y ocupándose únicamente en buenas obras. Los pobres, las viudas, los huérfanos, los encarcelados hallaban en Isabel no solo una poderosa protectora, sino una amorosa madre. Extendíase su caridad hasta la otra parte de los mares, dando gruesas limosnas para el rescate de los cautivos que habian caido en manos de los infieles ó de los piratas.

Desoló una cruel hambre gran parte del reino de Portugal, singularmente la ciudad de Coimbra; pero la santa reina dió tan acertadas providencias, haciendo venir granos de todas partes, que todos confesaban serle deudores de la vida. Inmediatamente despues de la muerte del rey su marido, fué en peregrinacion á visitar el cuerpo de Santiago, cuya iglesia enriqueció con dones preciosísimos; y el año de 1335, con motivo del jubileo, repitió la misma peregrinacion, haciéndola toda á pié y acompañada de dos solas criadas, pidiendo limosna de puerta en puerta.

Cuando se restituyó á Portugal, supo que su hijo el rey don Alonso, y su nieto tambien don Alonso, rey de Castilla, estaban para declararse la guerra. Y como la santa reina habia recibido del cielo una gracia muy singular para ajustar las mayores diferencias y para poner paz en las familias, partió al punto para reconciliar á los dos reyes. Bastó la noticia de este viaje para conjurar la tempestad y para unir los corazones; pero Isabel cayó gravemente enferma en Estremoz, á la frontera de Portugal y de Castilla. Conoció que se acercaba su fin, y no se puede explicar el fervor con que se dispuso para la

muerte. Quiso recibir el santo viático de rodillas y en la iglesia, vestida con su hábito ordinario de la Tercera Orden de san Francisco, lo que hizo con tan tierna devocion, que la comunicó á todos los circunstantes. Habiendo exhortado despues al rey su hijo á que hiciese la paz y á que viviese cristianamente, recibió la santa uncion con la misma piedad, y pidió que la dejasen sola. Durante este recogimiento se le apareció la santísima Vírgen, á quien invocaba sin cesar; y llenándola de consuelos celestiales, le hizo dulcísima la muerte. Mostró tan extraordinaria alegría en su semblante, que acreditó bien el gozo de que estaba inundado su corazon. En fin, hácia el anochecer del dia 4 de julio entregó el alma á su Criador, á los sesenta y cinco años de su edad.

Mientras vivió todos la llamaban *la santa reina*; despues de muerta nunca fué conocida por otro nombre. Mandó el rey su hijo que su santo cuerpo fuese trasportado á Coimbra con real pompa; diósele sepultura en la iglesia de Santa Clara, como la reina lo habia deseado. Hízose muy en breve muy glorioso su sepulcro por las gracias que concedia el cielo por la intercesion de la santa. De todas partes acudian á él por devocion. El papa Leon X permitió su culto público en el arzobispado de Coimbra, y Paulo IV extendió esta permision á todo el reino de Portugal el año de 1612, esto es, 276 despues de la muerte de la santa reina. Hallóse entero su cuerpo envuelto en un paño de seda, y en su honor se edificó una magnífica capilla, donde se colocó esta reliquia dentro de una grande urna de plata. El año de 1625, á 25 de mayo, la canonizó solemnemente el papa Urbano VIII y mandó que se trasladase su fiesta del dia 4 al dia 8 de julio, por concurrir en el primero la octava de los santos apóstoles.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En el Asia menor, san Aquila y santa Priscila su mujer, de quien se hace mencion en los Hechos de los apóstoles.

En Oporto, cincuenta bienaventurados soldados, que, atraidos á la fe en el martirio de santa Bonosa y bautizados por el papa san Félix, fueron víctimas en la persecucion de Aureliano.

En Palestina, san Procopio, mártir, que en tiempo del emperador Diocleciano fué llevado de Escitópolis á Cesarea, donde à la primera confesion fué condenado por el juez Fabian á perder la cabeza.

En Constantinopla, el suplicio de muchos santos monjes Abrahamitas que fueron martirizados por el emperador Teófilo, porque adoraban las santas imágenes.

En Wurtzburgo en Alemania, san Kilien, obispo, que, habiendo sido enviado por el soberano pontífice á predicar el Evangelio y ganado muchas almas para Jesucristo, fué despezado con sus compañeros Colman, presbítero, y Totnan, diácono.

En Tréveris, san Auspicio, obispo y confesor.

Cerca de Villepreux en Francia, san Non, confesor.

En Memont junto á Dijon, san Beury, pastor.

En las inmediaciones de Samers en Boulenais, santa Eremberta, vírgen, sobrina de san Vilmer.

En Anjou, san Ducelino, confesor, patron de Alonne y de Vareins, mencionado en una bula de Juan XVIII.

En dicho dia, el [illegible] de santa Palaciata, desterrada por la fe en tiempo de Diocleciano y del juez Dion.

Entre los Griegos, san Paulino el diácono, martirizado bajo Coprónimo por defender el culto de las santas imágenes.

En Almirida en Escitia, la degollacion de los santos mártires Epitecto y Astion.

La misa es en honra de la santa, y la oracion la siguiente.

Clementissime Deus, qui beatam Elisabeth reginam, inter cæteras egregias dotes bellici furoris sedandi prærogativa decorasti: da nobis ejus intercessione, post mortalis vitæ, quam suppliciter petimus, pacem, ad æterna gaudia pervenire. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O clementísimo Dios, que, entre otros dones con que enriqueciste á la santa reina Isabel, la favoreciste con la gracia singular de aplacar el furor de las guerras; concédenos por su intercesion la paz de esta vida mortal, que humildemente pedimos, y despues los dichosos gozos de la eterna. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 31 de los Proverbios.

Mulierem fortem quis inveniet? procul et de ultimis finibus pretium ejus. Confidit in ea cor viri sui, et spoliis non indigebit. Reddet ei bonum, et non malum, omnibus diebus vitæ suæ. Quæsivit lanam, et linum, et operata est consilio manuum suarum. Facta est quasi navis institoris, de longe portans panem suum. Et de nocte surrexit, deditque prædam domesticis suis, et cibaria ancillis suis. Consideravit agrum, et emit eum: de fructo manuum suarum plantavit vineam. Accinxit fortitudine lumbos suos, et roboravit brachium suum. Gustavit et vidit quia bona est negotiatio ejus: non exstinguetur in nocte lucerna ejus.

¿Quién hallará una mujer fuerte? Es mas preciosa que lo que se trae de las extremidades del mundo. El corazon de su marido pone en ella su confianza, y no necesitará de despojos. Le pagará con bien, y no con mal todos los dias de su vida. Buscó lana y lino, y trabajó con habilidad de sus manos. Es como el navío del mercader que trae de lejos su pan. Levantóse antes de amanecer, y repartió á su familia la comida, y su tarea á las criadas. Reconoció una heredad, y la compró; y plantó una viña con el trabajo de sus manos. Ciñióse de fortaleza, y fortificó su brazo. Probó y vió que era bueno su tráfico: su candela no se apagará de noche.

Manum suam misit ad fortia, et digiti ejus apprehenderunt fusum. Manum suam aperuit inopi, et palmas suas extendit ad pauperem. Non timebit domui suæ à frigoribus nivis: omnes enim domestici ejus vestiti sunt duplicibus. Stragulatam vestem fecit sibi: byssus et purpura indumentum ejus. Nobilis in portis vir ejus, quando sederit cum senatoribus terræ. Sindonem fecit, et vendidit, et cingulum tradidit chananæo. Fortitudo et decor indumentum ejus, et ridebit in die novissimo. Os suum aperuit sapientiæ, et lex clementiæ in lingua ejus. Consideravit semitas domus suæ, et panem otiosa non comedit. Surrexerunt filii ejus, et beatissimam prædicaverunt; vir ejus, et laudavit eam. Multæ filiæ congregaverunt divitias: tu supergressa es universas. Fallax gratia, et vana est pulchritudo: mulier timens Dominum, ipsa laudabitur. Date ei de fructu manuum suarum: et laudent eam in portis opera ejus.

Aplicó á la rueca su mano, y sus dedos tomaron el huso. Abrió su mano al necesitado, y extendió su brazo hácia el pobre. No temerá que molesten á su casa los frios ni la nieve, porque toda su familia tiene ropas dobles. Hizo para sí alfombras; lino finísimo y púrpura son sus vestidos. Su marido será ilustre entre los jueces cuando se sentare con los senadores de la tierra. Tejió lienzo, y le vendió; y dió un cíngulo al cananeo. La fortaleza y la honestidad son sus atavíos, y se reirá en el último dia. Abrió su boca con sabiduría, y la ley de piedad está en su lengua. Reconoció todos los rincones de su casa, y no comió el pan de balde. Levantáronse sus hijos, y publicaron que era bienaventurada; tambien su marido, y la elogió. Muchas mujeres han amontonado riquezas; pero tú aventajaste á todas. Es engañoso el donaire, y vana la belleza: la mujer que teme á Dios, esa será alabada. Dadle del fruto de sus manos, y alábenla sus obras en presencia de los jueces.

NOTA.

« Aunque esta epístola está sacada del capítulo 31
» del libro de los Proverbios, la Iglesia le llama *libro*
» *de la Sabiduría;* porque, como ya se ha notado en
» otra parte, este nombre genérico se da á todos los

» libros que compuso Salomon, sin excluir el mismo » libro del Eclesiástico. En el capítulo presente, des- » pues de haber referido Salomon todas las instruc- » ciones que le dió su madre, hace de ella el mas » magnífico elogio que se lee de ninguna otra mujer » del Testamento viejo; y este retrato puede servir » de modelo á todas las mujeres cristianas.»

REFLEXIONES.

¿Quién hallará una mujer fuerte? es tesoro que dista mucho de nosotros, mas precioso que todo cuanto nos viene de las últimas regiones del mundo. Es un tesoro una mujer virtuosa, dice el Sabio; pero tan raro y tan exquisito, que no tiene precio. ¿De dónde nacerá esta escasez, cuando no hay cosa mas comun que la devocion en las mujeres? Es verdad; pero tampoco la hay mas comun que beatas aparentes y devotas de perspectiva. No aciertan, ó no quieren acertar con la devocion verdadera, porque no siguen el espíritu de Dios, sino su genio y su capricho. El humor, el natural y la inclinacion son los únicos oráculos que consultan; gobiérnanse por el genio mas que por la razon. De aqui nacen aquellas ilusiones, aquellas extravagancias, y aun aquellos descaminos en punto de devocion, que tanto perjudican á la piedad cristiana. Una descuida de las mas esenciales obligaciones de su estado con pretexto de ejercitarse en buenas obras; otra abandona el cuidado de su casa y de su familia, por estarse toda la mañana en la iglesia; esta se distingue por sus limosnas, y la otra por sus largas devociones; pero ni esta ni aquella pagan á los oficiales, y las casas de las dos están sin órden y sin gobierno. ¿Quieres formar una justa idea de una mujer verdaderamente devota y virtuosa? pues pon los ojos en el retrato que hace de ella el Espíritu Santo en la epístola presente.

El santo temor de Dios, que es el principio de la verdadera sabiduría, es como la basa y el cimiento de todas sus buenas prendas. Su marido le entrega el corazon, y coloca en ella toda su confianza. Súposele ella ganar con su dulzura, con su humilde rendimiento y con su buen modo; de manera que enteramente le abandona el cuidado de la familia, bien seguro de que con su gobierno y con su economía dará providencia en todo, nunca le ocasionará el menor disgusto, y será todo su estudio la vigilancia sobre la casa y la aplicacion á que todo ande bien gobernado. Poseyendo todas las calidades que constituyen una buena esposa, carecerá de todos los defectos que hacen infelices los matrimonios. Será humilde sin afectacion, modesta sin artificio, se vestirá decentemente segun su calidad, pero sin profanidad, y por su virtud se merecerá la veneracion de todos; de manera que su igualdad, su afabilidad y su grave compostura no solo se deje admirar, sino que haga amable la virtud. No será la menor de sus prendas la exactitud en pagar la soldada á sus criados, y la caridad en socorrer sus necesidades: extendiéndose esta á compadecerse tambien de las forasteras, le ganará el corazon de todos los pobres. Lejos de dar en el escollo de la ilusion, estará muy persuadida de que la primera y la mas principal de sus obligaciones es el cuidado de su familia y de su casa; en cuyo concepto gustará mucho del retiro, y el tiempo que la dejasen libre las ocupaciones de su estado le empleará en oracion, en buenas obras y en las labores de manos. Acaso esta devocion no será el dia de hoy muy de moda, ni muy del gusto de todas las beatas; pero no importa, es una devocion verdadera, pura y sólida; cualquiera otra es sospechosa, y muy frecuentemente mera ilusion y nada mas.

El evangelio es del capitulo 13 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile est regnum cœlorum thesauro abscondito in agro, quem qui invenit homo, abscondit, et præ gaudio illius vadit, et vendit universa quæ habet, et emit agrum illum. Iterum simile est regnum cœlorum homini negotiatori, quærenti bonas margaritas; inventa autem una pretiosa margarita, abiit, et vendidit omnia quæ habuit, et emit eam. Iterum simile est regnum cœlorum sagenæ missæ in mare, et ex omni genere piscium congreganti. Quam cùm impleta esset, educentes, et secus littus sedentes, elegerunt bonos in vasa, malos autem foras miserunt. Sic erit in consummatione sæculi: exibunt angeli, et separabunt malos de medio justorum. Et mittent eos in caminum ignis: ibi erit fletus, et stridor dentium. Intellexistis hæc omnia? Dicunt ei: Etiam. Ait illis: Ideo omnis scriba doctus in regno cœlorum, similis est homini patrifamilias, qui profert de thesauro suo nova et vetera.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Es semejante el reino de los cielos á un tesoro escondido en el campo, que el hombre que le halla le esconde, y muy gozoso de ello, va, y vende cuanto tiene, y compra aquel campo. Tambien es semejante el reino de los cielos al comerciante que busca piedras preciosas; y en hallando una de gran precio, se marcha, y vende cuanto tiene, y la compra. Tambien es semejante el reino de los cielos á la red que, echada en el mar, coge toda suerte de peces; y en estando llena, la sacan, y sentados á la orilla, escogen los buenos en sus vasijas, y echan fuera los malos. Así sucederá en el fin del siglo: saldrán los ángeles, y apartarán los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego: allí será el llanto y el crugir de dientes. ¿Habeis entendido todo esto? Respondiéronle: Sí. Díjoles: por eso todo escriba instruido en el reino de los cielos, es semejante á un padre de familias, que saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo.

MEDITACION.

DEL VANO Y FALSO RESPLANDOR DE LAS GRANDEZAS HUMANAS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que ninguna cosa deslumbra mas los ojos que las grandezas humanas, y que ninguna hay que tenga menos solidez. Un empleo elevado se ve á mucha distancia y siempre cercado de esplendor; parece la region de la brillantez, de la magnificencia, de la abundancia y del fausto. Los honores, los placeres y todas las comodidades parece que solo se hicieron para los grandes; delante de ellos todo se inclina, todo los adula, todo se les muestra risueño; pero en realidad' ¿qué cosa mas vana, qué cosa mas apocada, ni qué cosa mas superficial que todas esas pasajeras grandezas? ¿Cuándo contentaron nunca plenamente ni á un solo corazon? ¿Cuál es el grande del mundo que se puede llamar verdaderamente feliz? ¿Hallóse, ni se hallará jamás uno solo cuyo corazon estuviese lleno, los deseos saciados y la ambicion satisfecha? Se han visto santos, sabemos de muchas almas virtuosas que amorosamente se quejaron de las dulzuras, de los consuelos de que estaban inundadas, de aquella abundancia de gustos y de contento de que estaban como santamente embriagadas; pero ¿tenemos noticia de un solo grande, de un solo dichoso y afortunado del siglo, que haya exhalado jamás semejante queja con respecto á los placeres del mundo? Ah, mi Dios ¡y qué fáciles somos en dejarnos engañar de la ilusion y en apacentarnos de vanas apariencias! La menor brillantez, el mas fugaz y el mas superficial relámpago nos deslumbra y nos encanta. Somos unos niños á quienes engaña el oropel, y nunca vemos mas que la

corteza. No hay empleo alguno de esos elevados exento de nieblas y de nieblas muy espesas; ninguno, que no esté expuesto á furiosos vientos y á espantosas tempestades. La tranquilidad, la serenidad y la calma solo reina en los humildes valles; los lugares bajos y oscuros son los únicos que están al abrigo de las borrascas. Una mediana fortuna, sostenida y ennoblecida por una exacta honradez y cristiandad, es la que hace felices y tranquilos á los hombres. Hemos visto y cada dia estamos viendo que los mas prudentes, y los de mayor juicio, van á buscar la paz del alma y la verdadera felicidad en el retiro de los claustros. Su misma experiencia les hace gustar las dulzuras de la vida humilde y religiosa y las de una pobreza voluntaria; al mismo tiempo que los que suben mas alto, y mucho mas arriba que el orígen que tuvieron, solo encuentran inquietudes, amarguras y sobresaltos en la misma elevacion. Mi Dios, ¡y será posible que no quiera yo gustar lo que experimentan vuestros fieles y verdaderos siervos!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que los grandes del mundo, hablando con propiedad, solo son dichosos en la imaginacion de los demás; pues en la suya ciertamente no lo son. El equipaje, el tren, las carrozas, los muebles y la bulla, á eso se reduce toda su dicha; pero ¿tiénenla en realidad? ¿Y de qué le servirá á un hombre que todo el mundo le tenga por feliz, si verdaderamente no lo es? El corazon de cada uno, y no la opinion ajena, le ha de dar testimonio de su felicidad; solo el corazon es quien debe decirlo. Si el alma está nadando en inquietudes, en sobresaltos y en cuidados; si el corazon está anegado en amarguras, ¿de qué servirá á su imaginaria felicidad, ni el esplendor que le

rodea, ni el fausto que le circunda y le hace remedar al afortunado? ello es mucha verdad, aunque pocos la crean, que las mayores cruces, las mas pesadas y las mas insoportables solo nacen en la region de los placeres. Las mas brillantes dignidades, el fausto mas suntuoso, ni todos los tesoros del mundo son capaces de mitigar los dolores de la gota ni un solo dolor de muelas; ¿pues cómo aliviarán á aquellos molestísimos cuidados, á aquellas mortales desazones, á aquellos amarguísimos sobresaltos, que son inseparables de todos aquellos á quienes el mundo reputa por afortunados? Pero al fin, supongamos que por un privilegio nunca oido, esté alguno exento de esas miserias tan comunes; despues de la muerte, ¿qué queda de todas esas brillanteces y grandezas? Ser rico, poderoso y grande por unos pocos dias, y verse reducido despues á un puñado de polvo y de ceniza, ¿qué mayor desgracia? ¡Pues qué si se muere en pecado! ¡hallarse de repente adocenado con lo mas vil, con lo mas hediondo y con lo mas malvado del mundo, condenado en el infierno á todo género de tormentos! Grandezas humanas, ¡y qué pequeñitas pareceis miradas á la luz de la última candela! ¡y qué pequeñita cosa sois aun consideradas en medio de la vida! ¡qué prudentes fueron los santos en haber hecho tan poco caso de vosotras! ¡Con qué desprecio os trató santa Isabel aun desde la elevacion del trono! ¡y con qué prontitud os abandonó luego que espiró el rey su marido! ¿Cuándo ha de llegar el tiempo en que estos ejemplos hagan impresion en quienes los meditan?

Sea, Señor, en este mismo punto; y abriéndome los ojos vuestra gracia, hacedme conocer que la verdadera grandeza solo consiste en serviros con fidelidad y en amaros sin reserva; porque serviros á vos es reinar.

JACULATORIAS.

Vanitas vanitatum, et ecce universa vanitas. Eccl. 1. Vanidad de vanidades, y todo vanidad.

Averte oculos meos ne videant vanitatem : in via tua vivifica me. Salm. 118.

Apartad, Señor, mis ojos de todas las cosas vanas, caducas y perecederas de la tierra; y asistidme para marchar con aliento por el camino que guia á vos.

PROPOSITOS.

1. O naciste grande, ó te ves elevado á mayor fortuna, ó te hallas en un estado menos brillante. Si te ves en elevacion, no te dejes deslumbrar; haz reflexion continuamente sobre las desventajas de tu estado, sobre la poca solidez de esa aparente grandeza, sobre la brevedad y la inconstancia de esa engañosa fortuna. No te fies demasiado del incienso que te tributan; en suma, no es mas que un poco de humo que se sube á la cabeza, cuya ninguna consistencia es imágen natural de la vanidad y de la insustancialidad de tu grandeza. Si te hallas en clase inferior, no envidies á los que están sobre ti, ó por el nacimiento, ó por los empleos, ó por los bienes de fortuna. Ten por cierto que á los que son llamados dichosos del siglo no les tocó por herencia ni les cupo en las partijas la felicidad. El pensamiento de la muerte y de la eternidad es muy eficaz para extinguir la envidia en los pequeños, el orgullo y la vanidad en los grandes.

2. No te contentes con el estéril conocimiento de que las grandezas humanas son como aquellos relámpagos acompañados de truenos, que hacen mucho ruido y desaparecen en el mismo momento en que se forman. Pregúntate muchas veces á ti mismo cuando leas una historia. cuando mires un

retrato, cuando admires un palacio, una magnífica casa de campo: ¿en qué pararon aquellos grandes príncipes, aquellos famosos capitanes, aquellos hombres afortunados, aquellos varones señalados por su nacimiento, por sus ejemplos, por sus dignidades? ¿qué les ha quedado ahora de su grandeza, de aquella superioridad de ingenio, de su magnificencia y de su ostentosa suntuosidad? Brillaron, metieron mucho ruido, pero ya pasaron: *Et solum superest sepulcrum*: anda, vé á revolver aquel puñado de ceniza; á eso se reducen todos los vestigios de aquella grandeza y de aquella felicidad. Haz esta meditacion por lo menos una vez cada semana, y da mil gracias á Dios todos los dias si vives en un estado humilde y oscuro. Has de estimar la mediocridad de tu fortuna, la misma pobreza y hasta los trabajos de esta vida como los medios mas seguros para conseguir tu eterna salvacion, y consiguientemente por el estado mas dichoso, como vivas en él cristiana y piadosamente.

DIA NUEVE.

SAN CIRILO, OBISPO Y MÁRTIR.

San Cirilo, uno de los obispos célebres de los primeros siglos de la Iglesia y uno de los mas insignes mártires de Jesucristo, bien fuese originario de Egipto, como opinan algunos, ó de Creta, llamada Candía, como otros discurren; segun nos instruyen sus actas, parece que nació de padres cristianos, y que desde su infancia fué educado en las máximas que prescribe el Evangelio, á las que correspondió fielmente, arreglando sus costumbres á la ley santa

de Dios. Habia formado el Señor en su tierno corazon tal afecto á las promesas eternas, hechas por Jesucristo á los que le siguen, que el deseo de ser un perfecto discípulo del Soberano Maestro le hacia dejar frecuentemente á sus padres y patria, y buscar á los siervos de Dios donde quiera que sabia poder hallarlos, sin otro objeto que el de ilustrarse en los sublimes conocimientos de los misterios de nuestra santa religion, de cuyo comercio siempre volvia mas fortificado en la fe, y lleno de un nuevo ardor para dedicarse enteramente al servicio de Dios. Habíase aumentado de un modo maravilloso su virtud y su sabiduría, en términos que, señalado por sus luces entre los primeros hombres de aquel tiempo, á los treinta y cuatro años de su edad fué consagrado obispo de Cortina, una de las ciudades de Creta. La gracia que recibió en esta vocacion le hizo crecer en prudencia y buenas obras: sus gloriosas acciones y santidad de vida eran el ornamento del órden episcopal y el honor de su ministerio. El socorro de los auxilios divinos, que siempre le ponian en movimiento activo para el bien de su pueblo, le hizo conducirse con la mas admirable justificacion por espacio de cuarenta y cuatro años en el desempeño de su alto cargo. No satisfecho de conservar el sagrado depósito de la fe en la pureza que los apóstoles la predicaron, trabajaba incesantemente en aumentar el rebaño de Jesucristo por medio de la conversion de los infieles, ilustrándolos con la predicacion de la divina palabra; de suerte que al fin de su obispado tuvo la satisfaccion de ver adquirida para Jesucristo casi toda la metrópoli, á expensas de su zelo infatigable é innumerables trabajos.

Habia gozado su iglesia, como otras del Oriente, una tranquilidad grande desde la muerte del emperador Severo hasta la eleccion de Decio en el imperio,

en cuyo espacio de cerca de 42 años se supo aprovechar el santo obispo de la tregua, poco frecuente en aquellos calamitosos tiempos, para afirmar y extender entre su pueblo el reino de Jesucristo. Pero la calma fué turbada de una bárbara persecucion, en que Decio, príncipe verdaderamente cruel, quiso señalarse en los principios de su reinado, publicando los edictos mas impios contra los cristianos que rehusasen prestar adoraciones sacrílegas á los ídolos. Mandó el gobernador de la provincia de Creta arrestar á Cirilo, jefe conocido en la religion cristiana, siendo ya de edad de 84 años, y quiso obligarle á que sacrificase á las falsas deidades. Valióse para ello de una compasion fingida, representándole que estaba informado era un varon docto y prudente, y así que hiciese uso de su talento consultando á su avanzada edad y al medio de conservar la vida en lo poco que le quedaba. Pero Cirilo le hizo conocer, por su constancia, que los muchos años no habian debilitado su espíritu para sufrir los combates del tirano.

Yo miro mi edad como nada, dijo el santo al presidente, *supuesto que el Señor me tiene prometido renovar mi juventud como la del águila. Yo no puedo sacrificar, segun me ordenas, pues cualquiera que rinda adoracion á otros dioses fuera del que merece este nombre, será exterminado de la tierra. Yo no puedo dar testimonios de sabiduría y de prudencia, segun me conceptúas, sino tomando todas las precauciones necesarias para no perderme á mí mismo, despues de haber enseñado á otros á salvarse; ni me queda otro arbitrio para acreditar la verdad de la doctrina que he predicado, que el de dar á mis hijos que me ven, y á los que me oyen, el ejemplo de lo que ellos deben hacer en iguales casos.* Hizo el gobernador sin embargo otras tentativas mas eficaces, disimulando el enojo para vencerle, y hacer que mudase de resolucion el santo; pero

viéndose rebatido y aun confundido con sus sábias respuestas, sacadas de expresiones escritas en los libros sagrados, no pudiendo tolerar por mas tiempo que un débil anciano despreciase sus constituciones, pronunció la sentencia siguiente: *Ordeno que Cirilo, hombre que ha perdido el juicio, y que se ha hecho enemigo de nuestros dioses, sea quemado vivo.*

Recibió el santo con imponderable gozo la sentencia, repitiendo al Señor muchas gracias porque le hacia digno de padecer por su amor. Caminando á la hoguera dispuesta para sacrificar la víctima inocente, no cesó en todo el tránsito de alabar á Dios con salmos y cánticos, rogándole se dignase recibir su sacrificio. Arrojáronle los verdugos al incendio; pero el Señor, que en otro tiempo libró á los tres jóvenes hebreos en el horno de Babilonia, obrando el mismo prodigio, hizo que, colocado Cirilo en medio de las llamas, no le tocasen en lo mas mínimo, saliendo de ellas mas puro que el oro del crisol. No pudo resistirse el gobernador á dar gloria al Dios de los cristianos, tan visiblemente interesado en proteger á su siervo. Dióle libertad en vista de aquel prodigio que le hacia conocer el poder del autor divino, dispuesto á obrar semejantes maravillas para mayor confusion de los dioses falsos. Concurrió de todas partes una multitud de gentes á celebrar el triunfo de nuestro santo, que, aprovechándose de tan favorable disposicion, persuadió al resto de los infieles la verdad de la religion cristiana. Convirtiéronse muchos á la fe con este motivo. Cirilo gozoso por una parte de los sucesos de las nuevas conquistas, se lamentaba por otra de verse privado de la gloria de morir por Jesucristo.

No quiso Dios privar á su fiel siervo de esta corona; pues viendo el gobernador los progresos que cada dia hacia el santo prelado con total menosprecio de

los edictos imperiales, arrepentido de haberle perdonado, y volviendo á su antigua pertinacia, para no exponerse á la vergonzosa confusion de otras nuevas maravillas, por un segundo edicto mandó decapitarle en el dia 10 de julio por los años 251 ó 52. Sin embargo, todos los historiadores así de la iglesia griega como latina convienen en señalar el dia de su festividad en el 9 de este mes, y los martirologios y monologios de Oriente y Occidente, compuestos desde el siglo nono, hacen mencion del noble martirio de nuestro santo.

LA CONMEMORACION DE LOS FIELES DIFUNTOS.

Es artículo de fe que todos los que mueren en gracia, pero sin haber satisfecho plenamente á la justicia de Dios, van á purificarse y á expiar sus culpas en las penas del purgatorio; esto es, que antes de entrar en el cielo, donde no se admite la mas lijera mancha, indispensablemente han de padecer tormentos en la otra vida por las mas mínimas faltas que no hayan satisfecho en esta, hasta extinguir enteramente la deuda contraida en favor de la justicia divina. En virtud de una verdad tan constante, así por la sagrada Escritura, como por los concilios y por la tradicion, la santa Iglesia, gobernada siempre por el Espíritu Santo, en todas las misas hace particular oracion por los difuntos. *Memento etiam, Domine* (dice el sacerdote), *famulorum famularumque tuarum, qui nos præcesserunt cum signo fidei, et dormiunt in somno pacis*: acuérdate tambien, Señor, de aquellos siervos y siervas tuyas, que nos precedieron en la señal de la fe, y duermen el sueño de la paz. *Ipsis, Domine, et omnibus in Christo quiescentibus locum refrigerii,*

lucis et pacis, ut indulgeas, deprecamur; per Christum Dominum nostrum : suplicámoste, Señor, que así á estos como á todos los que descansan en Cristo, les concedas por tu misericordia el lugar del refrigerio, de la luz y de la paz; por Cristo nuestro Señor. De manera que, además de la oracion que se hace en el sacrificio de la misa por las almas de aquellos que se nombran en particular, dispone la Iglesia que todos los dias se pida en general á Dios por todas las almas que están en el purgatorio. Esta buena madre pide por aquellas benditas y afligidas almas, en primer lugar el refrigerio por el fuego en que se abrasan; despues la luz por las tinieblas que las circundan; y finalmente, la paz por las agitaciones que padecen. Esta oracion por los difuntos en el santo sacrificio de la misa se halla en todas las liturgias mas antiguas, tanto de la iglesia griega, como de la latina, y es de tradicion apostólica, como lo testifica Tertuliano en el libro *de la corona del soldado*; san Cipriano en la epístola 66; san Cirilo de Jerusalen, san Epifanio, san Crisóstomo, san Ambrosio, san Agustin y todos los santos padres; como tambien el cuarto concilio de Cartago, el segundo de Vaison, el de Orleans, el de Braga y las liturgias de todos los siglos.

Ciertamente cuando se examina sin preocupacion el dogma católico sobre la oracion por los difuntos, apenas se puede comprender cómo ha habido entendimientos que se hayan amotinado contra un dictámen tan antiguo, tan autorizado, tan conforme á la luz de la razon, y aun á los mismos impulsos de la naturaleza. Parece que por este medio quiso la divina Providencia humillar nuestra presuncion, haciéndonos conocer hasta dónde es capaz de descaminarse, y al mismo tiempo fortificar nuestra fe, dando ocasion para que sucesivamente se fuesen profundizando todos los puntos, y confirmándose mas. Y este es el

provecho que se puede decir ha sacado la Iglesia de las herejías suscitadas en todos los siglos.

Observa hoy la Iglesia en todo el mundo la costumbre de ofrecer por los difuntos el santo sacrificio de la misa como lo observaba en tiempo de san Juan Crisóstomo, segun lo expresa él mismo en la homilía 69; esto es, en una de aquellas exhortaciones doctrinales que hacia al pueblo de Antioquía : *Circa defunctos ne temerè lugeamus* : á los difuntos no los lloremos temerariamente y sin fruto, dice el santo, llorémoslos en hora buena, pero al mismo tiempo procurémosles algun alivio : *Hos lugeamus. Excogitemus eis aliquid solatii*. Pero ¿cómo, y por qué medio : *Qualiter, et quonam modo?* haciendo nosotros oracion por ellos, y solicitando que los otros los encomienden á Dios : *Orantes, et alios precantes ut pro eis deprecentur*; dando limosnas á los pobres con este fin : *pro eis pauperibus largientes continuè*. Esto alivia en alguna manera á los difuntos : *habet hæc res aliquam consolationem*. No sin razon ordenaron los apóstoles que en el tremendo y adorable sacrificio de la misa se hiciese oracion á Dios por los difuntos : *Non temerè ab apostolis hæc sancita fuerunt, ut in tremendis mysteriis defunctorum agatur commemoratio*. Sabian muy bien lo mucho que aprovechaba á los difuntos el divino sacrificio : *Sciunt enim illi indè multum contingere lucrum, utilitatem multam* : porque al fin, juntándose las oraciones del pueblo á las poderosas del sacerdote que celebra la misa, ¿cómo puede dejar de oirlas el Señor? *Cùm enim totus constiterit populus, extensis manibus, sacerdotalis plenitudo, et tremendum proponatur sacrificium, quomodò Deum non exorabimus pro his deprecantes?* ¿Y qué otra cosa pretendeis cuando encargais al sacerdote alguna misa por un difunto, sino que su alma entre cuanto antes en el descanso de los bienaventurados, y encuentre favo-

rable al supremo Juez? *Quid orare sacerdotes exhortaris? nonne ut in requiem transeat defunctus, et propitium Judicem habeat?*

San Agustin en el sermon 172, sobre las palabras del apóstol san Pablo, exhorta vivamente á los fieles á que con oraciones, limosnas y especialmente con el santo sacrificio de la misa, soliciten el alivio de los difuntos que están pagando en el purgatorio aquellas lijeras culpas, por las cuales no dieron en vida plena satisfaccion á la divina Justicia.

Todas estas fúnebres pompas, dice este gran santo esos numerosos acompañamientos, esas magníficas exequias, esos ricos y soberbios mausoleos: *Vivorum sunt qualiacumque solatia, non adjutoria mortuorum*, son cierta especie de consuelo para los vivos; pero no son ni sufragio ni alivio para los muertos: *Orationibus vero sanctæ Ecclesiæ, et sacrificio salutari, et eleemosynis, quæ pro eorum spiritibus erogantur, non est dubitandum mortuos adjuvari*: lo que sin duda les sirve de alivio y de sufragio son las oraciones de la Iglesia, el santo sacrificio de la misa, y las limosnas que por sus almas se reparten á los pobres. *Ut cum eis misericordiùs agatur à Domino, quàm eorum peccata meruerunt*: esto sirve para que Dios los trate con mas piedad y con mas misericordia que la que merecian sus pecados. Es antigua costumbre, establecida en toda la Iglesia, segun la tradicion de los padres, prosigue el santo doctor, hacer oracion por aquellos que murieron en la comunion del cuerpo y sangre de Jesucristo, singularmente en aquella parte del sacrificio donde se hace conmemoracion de ellos, como tambien especificar los nombres de aquellos por quienes particularmente se ofrece: *Hoc enim à Patribus traditum universa observat Ecclesia, ut pro eis qui in corporis et sanguinis Christi communione defuncti sunt, cùm ad ipsum sacrificium loco suo comme-*

morantur, oretur, ac pro illis quoque id offerri commemoretur. Pero cuando estas oraciones por los difuntos van acompañadas con obras de misericordia, ¿quién duda que les son muy provechosas? *Quis eis dubitet suffragari, pro quibus orationes Deo non inaniter allegantur?* No se puede negar que todo esto ayuda mucho á aquellos difuntos que mientras estuvieron en vida merecieron ser socorridos con estos auxilios despues de muertos; pero no te persuadas, añade el santo, que todas las oraciones que se rezan, todas las buenas obras que se hacen, y todas las misas que se ofrecen por tales y por tales muertos, las acepta siempre Dios en favor de aquellos por quienes se aplican. De esa manera saldrian mejor librados en la otra vida los grandes del mundo, que de ordinario salen de ella mas deudores á Dios, y serian preferidos á otros pobrecitos mas virtuosos, que fueron de inferior condicion y de humilde fortuna: *Non ergo mortuis nova merita comparantur, cùm pro eis boni aliquid operantur sui.* Porque es de advertir que á los difuntos no les añaden nuevos méritos las buenas obras que se ofrecen por ellos. *Non enim actum est, nisi cùm hìc viverent, ut eos hæc aliquid adjuvarent cùm hìc vivere destitissent:* si queremos que despues de muertos nos sirvan todas las oraciones y todas las buenas obras que se apliquen por nosotros, vivamos de manera que merezcamos las acepte y nos las aplique el Señor despues de muertos. ¡Y despues de todo esto, aun habrá hombres tan prevenidos y tan preocupados del espíritu del error, que se empeñen en defender que el hacer oracion por los difuntos es invencion de los postreros siglos!

Pide la Justicia divina que todos los pecados sean castigados, pero con alguna proporcion; de manera que el castigo de una culpa leve no sea tan grande como el de una culpa grave: pues como no se puede

negar que en los que mueren en gracia se hallan algunas culpas tan lijeras, que no merecen los suplicios eternos, es preciso convenir que necesariamente ha de haber en la otra vida algunas penas distintas de las del infierno, á lo menos en la duracion, para el castigo de estas lijeras culpas. La muerte no priva á la justicia de Dios de su derecho, ni á su misericordia de poder usar de alguna gracia con las almas que están en su amistad. Pero ellas ya no pueden merecer por sí mismas ni el alivio de las penas, ni la gracia de que se las abrevien. Son como aquellos que están presos por deudas y no tienen con que pagarlas, los cuales recurren á sus parientes y á sus amigos para que satisfagan por ellos. El comercio que hay entre todos los fieles, unidos por el vínculo de la caridad, obliga á aquellas pobres almas á recurrir á sus amigos y á sus deudos para que satisfagan por ellas á la justicia de Dios, porque en la cárcel donde se hallan padecen extrema necesidad. Respecto de ellas, todos, por decirlo así, somos ricos; nos sobran medios y recursos para socorrerlas; oraciones, limosnas, buenas obras, misas, ayunos, penitencias, todo es caudal con que podemos solicitar la libertad de aquellas pobres almas. ¡Y qué reconocidas no estarán á sus bienhechores y libertadores aquellas cuyas penas se aliviaron ó se abreviaron por sus caritativos oficios! En el cielo, donde está en su perfeccion la caridad, nunca olvidarán lo que debieron á los que aceleraron su dicha, satisfaciendo por ellas. Y aquel gran Dios, que promete el cielo á quien diere en su nombre y por su amor un vaso de agua; aquel divino Salvador, que agradece como si se hiciera á su misma persona lo que se hace con el mas mínimo de sus siervos, ¿con qué ojos mirará esas misas, esas penitencias, esas oraciones, esas buenas obras que se ofrecen por aquellas almas predestinadas, que le son tan gratas,

y que está tan pronto como propenso á libertar? ¿hay obra de misericordia mas meritoria que la que se ejerce con los difuntos? ¿hay devocion mas sólida ni mas conforme al espíritu, al corazon de un cristiano que la devocion á las almas del purgatorio?

Admiremos en este punto de nuestra religion la infinita sabiduría y la maravillosa providencia de Dios, que, queriendo componer un solo cuerpo de todos los fieles, supo hacer perpetua la union de los miembros de la Iglesia, juntando por ese comercio de caridad los que todavía viven en la tierra con los que la muerte separó de su compañía corporal. Por este medio se estableció y se conserva una continua comunicacion de beneficios entre los vivos y los muertos, igualmente útil á los unos y á los otros, haciéndolos á todos participantes de los méritos de su amable Redentor. Nuestras oraciones y nuestras buenas obras libran á los difuntos de los mayores males, y su intercesion nos solicita á nosotros los mayores bienes; nosotros los hacemos participantes de todo lo bueno que obramos, y ellos en la gloria se empeñan eficazmente para que tengamos parte en la dicha que gozan; de manera que la caridad, el agradecimiento y la ternura se perpetúan entre los hijos de Dios, y recíprocamente se ayudan á bendecir, admirar y alabar por toda la eternidad las infinitas perfecciones del Padre celestial.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, en el lugar llamado el *Chorro continuo*, la fiesta de san Zenon y de otros diez mil doscientos mártires.

En Gortina en la isla de Creta, san Cirilo, obispo, que en la persecucion de Decio fué arrojado en las llamas por órden del presidente Lucio; pero como no recibió en ellas la menor lesion, sin haber sido que-

madas aun las ligaduras, dióle la libertad el juez asombrado de tan gran milagro. El mismo juez le condenó despues á perder la cabeza, por haber el santo vuelto á predicar la fe de Jesucristo con zelo mas vivo y ardiente.

En uno de los lagos del Velino en la ciudad llamada Toro, el martirio de santa Anatolía y de san Audax bajo el emperador Decio. Habiendo la vírgen cristiana Anatolia curado, en toda la provincia de la Marca de Ancona, á muchas personas afligidas de diferentes enfermedades convirtiéndolas todas á la fe de Jesucristo, fué entregada á muchas especies de tormento por órden del presidente Faustiniano. Viendo Audax que una serpiente, que habian lanzado sobre la santa, no la habia hecho el menor daño, se convirtió tambien á la fe. En fin, estaba rezando la vírgen con los brazos en cruz, y fué traspasada de una cuchillada. Siguióla de cerca Audax, pues prendido fué sin demora decapitado.

En Alejandría, los santos mártires Patérmuto, Copres y Alejandro, muertos bajo Juliano Apóstata.

En Santa María de Pantano, san Brizo, obispo, que, despues de haber padecido muchos tormentos por Jesucristo, bajo el juez Marciano, y convertido al cristianismo muchísimos pueblos, murió en paz confesor de la fe.

En Auxerre, el fallecimiento de san Fraterno, obispo.

En Mairé l'Evecan cerca de Poitiers, san Anemoudo, abad, discípulo y sucesor de san Juniano.

En Sens, san Heraclio, obispo de dicha ciudad, fundador de la abadía de san Juan evangelista.

En Tomes, los santos mártires Zenon y Minias.

En dicho dia, san Moch, mártir.

El mismo dia tambien, las santas vírgenes y mártires Floriana y Faustina.

La misa es de los difuntos, y la oracion la que sigue.

Fidelium, Deus, omnium conditor, et redemptor, animabus famulorum famularumque tuarum, remissionem cunctorum tribue peccatorum, ut indulgentiam, quam semper optaverunt, piis supplicationibus consequantur. Qui vivis, et regnas...

O Dios, Criador y Redentor de todos los fieles, conceded á las almas de vuestros siervos y siervas la remision de todos sus pecados, para que obtengan por las piadosas oraciones de vuestra Iglesia el perdon que siempre desearon de vos. Que vivis y reinais...

La epistola es del cap. 14 del Apocalipsis.

In diebus illis: Audivi vocem de cœlo, dicentem mihi: Scribe: Beati mortui, qui in Domino moriuntur. Amodò jam dicit Spiritus, ut requiescant à laboribus suis; opera enim illorum sequuntur illos.

En aquellos dias, oí una voz del cielo, que me decia: Escribe: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Desde ahora, les dice el Espíritu, que descansen de sus trabajos; porque sus obras los acompañan.

NOTA.

« Los mas de los padres antiguos y de los primeros » intérpretes del Apocalípsis explicaron todos los misterios de este admirable libro con respecto al juicio » universal. Los expositores modernos, fuera de los » tres primeros capítulos que tocan á las iglesias particulares del Asia, pretenden que los siete sellos » que se abrieron representan las siete edades de la » Iglesia. »

REFLEXIONES.

Oí una voz que venia del cielo, y me decia: escribe: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Pero ¿era menester que bajase del mismo cielo una voz para persuadirnos que solamente son bienaventu-

rados aquellos que mueren en el Señor? Era menester que este oráculo se grabase en el mármol y en el bronce con caractéres indelebles para que nunca se nos borrase de la memoria. Pues qué, ¿hay por ventura cosa alguna que no nos esté demostrando una verdad que dicta la misma razon, que nos está enseñando una continua experiencia, y es uno de los principales artículos de nuestra fe? Todo cuanto hay publica esta verdad; ninguno reclamó contra este oráculo; y con todo eso no hay cosa mas olvidada, ni que haga menos impresion en la gente del mundo. ¿Qué idea se tiene de esta felicidad? ¿qué caso se hace de esta dicha? Morir en gracia del Señor, ¿es lo que se llama en el mundo *hacer fortuna?* Pero al fin ¿hay por ventura otra fortuna que hacer? ¿es fortuna vivir entre la opulencia, los deleites, los pasatiempos y el regalo, y morir entre las angustias, los remordimientos y la desesperacion? Vivir cercado de esplendor, colmado de honras, logrando el favor del príncipe, esto se llama ser un hombre feliz y afortunado; pero es menester confesar que esa fortuna, esa felicidad y esa dicha es bien superficial, es bien corta, y está acompañada de inquietudes, de sustos y de sobresaltos. En un mar tempestuoso ¿está siempre sereno el cielo? ¿son todos los dias de calma? ¿no se experimenta alguna agitacion cuando se sube tan alto? esos primeros empleos ¿son siempre muy tranquilos? ¡Ah, que apenas se ha tomado posesion de ellos cuando es preciso dejarlos! No hay grande, no hay afortunado del siglo, cuyo heredero ó cuyo sucesor acaso no haya nacido ya. En el mundo, hablando con propiedad, ninguno hace mas que prevenir el lugar para su sucesor; se puede decir que nuestros bienes pertenecen en sustitucion á nuestros herederos; que nosotros no somos mas que como unos fideicomisarios universales, y que solo tenemos el

uso de ellos por tiempo determinado, pasado el cual, es preciso entregarlos á otro. Despójanos la muerte de todas esas brillantes insignias de la dignidad; aniquila todos nuestros dictados y todos nuestros derechos; apaga todo el esplendor, todo el orgullo y todo el lustre. La grandeza mas soberana, la misma majestad se estrella contra el sepulcro. En la hora de la muerte toda la fortuna y toda la felicidad humana es un sueño y nada mas. *Beati qui in Domino moriuntur.* La verdadera idea de la felicidad verdadera es morir en su gracia. Aunque uno hubiese sido pobre, desgraciado y miserable por toda la vida, aunque esta hubiese sido la mas trabajosa, la mas oscura y la mas vil, si murió en la gracia de Dios, á esa muerte se sigue y de esa misma muerte nace la nobleza mas augusta, la grandeza mas respetable; una felicidad eterna, que ni el tiempo puede consumir, ni las revoluciones pueden alterar, ni el mismo Dios como inmutable en sus decretos puede ya turbar su posesion. En la muerte los mayores príncipes quedan á un mismo nivel con sus mas ínfimos vasallos; la muerte al menor de los santos le hace superior al mayor de todos los monarcas del mundo; un vil esclavo, un pobre labrador es ya objeto de su veneracion; todos los grandes de la tierra hincan la rodilla delante de sus imágenes y sus retratos; respetan, honran y adoran sus reliquias. ¡Oh, y cuánta verdad es que *son bienaventurados los muertos que mueren en el Señor!*

El evangelio es del cap. 6 de san Juan.

In illo tempore, dixit Jesus turbis Judæorum: Ego sum panis vivus, qui de cœlo descendi. Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in æternum: et panis quem ego dabo, caro

En aquel tiempo dijo Jesus á la muchedumbre de los Judíos: Yo soy el pan que vive, que he bajado del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré,

mea est pro mundi vita. Litigabant ergo Judæi ad invicem, dicentes: Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum? Dixit ergo eis Jesus: Amen, amen dico vobis: nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis: Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, habet vitam æternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die.

es mi carne, *la que daré* por la vida del mundo. Disputaban, pues, entre sí los Judíos, y decian: ¿Cómo puede este darnos á comer su carne? Y Jesus les respondió: En verdad, en verdad os digo, que si no comiéreis la carne del Hijo del hombre, y no bebiéreis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia.

MEDITACION.

DEL DESEO DE LA MUERTE.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el verdadero deseo de la muerte (hablo del piadoso, y no del que nace de desesperacion ó de poco sufrimiento de las miserias de esta vida), este verdadero deseo, digo, no puede menos de ser efecto de un vivo y ardiente amor de *Dios* y fruto sazonado de una fervorosa virtud; es una santa y dulce ansia de que se levante este destierro, de ir á la amada patria; es una inocente pasion por salir cuanto antes de un pais enemigo, donde es menester estar siempre alerta contra los lazos y contra las sorpresas; donde ni la mayor vigilancia ni el mas atento cuidado son bastantes para que se pase ni un solo dia sin alguna herida; es en fin un dulce movimiento del alma hácia su Dios, como á su último fin, como á su soberano bien, como á su suprema felicidad, como al reposo, á su centro, á su alegría pura y sin mezcla alguna.

¿Qué admiracion puede causar el que un caminante

desee con ansia llegar cuanto antes al término de su viaje, ni que un encarcelado suspire por salir de la prision? ¿Qué extraño puede ser el que sepan mal al paladar unas frutas siempre verdes y siempre amargas; que disguste un país donde se está de paso, sujeto á continuas tempestades, á uracanes perpetuos, cuyo terreno solo lleva espinas que pican y penetran? Una alma que conoce á Dios, que ama á Dios, que hace reflexion sobre las miserias de esta vida, sobre la brevedad de sus dias, sobre los peligros de la salvacion, sobre los lances en que nos ponen aquellos con quienes vivimos, y nuestras mismas pasiones, ¿cómo puede menos de exclamar con el apóstol san Pablo: *Quis me liberabit de corpore mortis hujus?* ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte? ¿Cómo puede menos de no sentir aquel impulso, aquella fuerte inclinacion, aquellos vehementes deseos de hallarse ya en la Jerusalen celestial? ¿cómo puede menos de no mostrar el ansia que tiene por estar con su Criador, con su Salvador, con su divino Esposo, con su Padre, y decir continuamente con el Apóstol: *Desiderium habeo dissolvi, et esse cum Christo*: deseosa estoy de verme libre de esta prision, y de vivir con mi Señor Jesucristo? ¡Cuántos santos tuvieron los mismos deseos y usaron el mismo lenguaje, y no precisamente por el tedio ó por el disgusto de la vida, pues muchos de ellos vivian con toda la abundancia y con toda la grandeza de la corte! En medio de ella exclamaba el real profeta David (1): *Heu mihi, quia incolatus meus prolongatus est!* ¡Ay de mí, Señor, que va muy largo este mi destierro! todavía me veo precisado á quedarme entre los moradores de Cedar, y suspira mi alma desterrada tanto tiempo ha en tierra extraña: *Cum his qui oderunt pacem, eram pacificus*: estoy perpetuamente cercado de enemigos, siendo yo

(1) Psalm. 119.

tan amante de la paz; y basta decirles que la deseo, para que por lo mismo me hagan mayor guerra. ¿Es posible, Señor, que una vida tan miserable pueda ser apetecible á los que tienen fe? ¡Ah, que solo es admirable para ejercitar la paciencia!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que una alma verdaderamente cristiana tiene tantos motivos para no amar esta vida, que no puede menos de mirar la muerte con alegre complacencia. Cuando se para la consideracion en la multitud de calamidades de que está inundada toda la tierra, en el número sin número de accidentes contrarios, de disgustos y de enfermedades en que está como anegada esta triste vida, ¿á qué revoluciones y á qué amarguras no nos hallamos expuestos? Todos nacemos llorando, y el último suspiro sale siempre mezclado con lágrimas. Ni la mas sombría soledad, ni el mas espantoso desierto es seguro asilo contra las tentaciones y contra los peligros; todo está sembrado de espinas; á cada paso hay un precipicio. Es una continua guerra la vida del hombre; es menester estar siempre con las armas en la mano; conceder un solo dia de tregua, es darse por vencido: *Foris gladius, intus pavor*: estragos por la parte de afuera, pavores y sustos por la de adentro: no hay dia sin nieblas, no hay estacion sin borrascas, no hay edad sin turbacion, no hay condicion sin peligros; peligros en el poblado, peligros en el desierto, peligros en todas partes. Derrámase la hiel y la amargura hasta en las mismas diversiones; todo contribuye á hacer la vida triste, tediosa, insoportable. De esta manera, buen Dios, nos quisísteis poner en la dichosa necesidad de sentir la amargura de nuestro destierro, y de suspirar incesantemente por nuestra patria celestial. ¡Oh, Señor! qué cosa nos puede alegrar en esta region de llantos?

Quomodo cantabimus in terra aliena? ¿Cómo es posible, decian en otro tiempo los israelitas, que nos alegremos en tierra ajena? Sentados á las márgenes del rio de Babilonia, imágen natural de una vida que corre con rapidez á la muerte, ¿cómo no hemos de derramar un torrente de lágrimas, acordándonos de nuestra amada Sion (1)? *Hic sedimus, et flevimus, cùm recordaremur Sion.* Consumidos de dolor en tan melancólico destierro, colgaremos de los sauces nuestros instrumentos músicos, y nos abandonaremos al llanto y á la tristeza : *In medio ejus suspendimus organa nostra.* ¡Oh, y cuánta verdad es que una alma ilustrada con las luces de la fe encuentra pocos gustos en la tierra! cuánta verdad es que la vida tiene pocos atractivos para quien no pierde de vista su último fin! ¡cuánta verdad es que la muerte es de grandísimo consuelo para los que aman abrasadamente á Dios!

Concededme, Señor, esta viva fe, que excite en mí un verdadero disgusto de este desdichado destierro; haced presente siempre á mi memoria mi último fin, para que tenga por amargos los dias de la vida; y abrasadme en vuestro divino amor para que desee ansiosamente estar cuanto antes con vos.

JACULATORIAS.

Heu mihi, quia incolatus meus prolongatus est! Salm. 119.

¡Ay de mí, que se alarga demasiado mi destierro!

Desiderium habeo dissolvi, et esse cum Christo. Rom. 7.

Deseo con ansia ser desatado de la prision de este miserable cuerpo, para vivir cuanto antes con mi Señor Jesucristo.

(1) Psalm. 136

PROPOSITOS.

1. Algunas, y aun demasiadas veces desean la muerte los mundanos; pero estos deseos, hablando con propiedad, son efecto de la desesperacion, de la rabia y de la impaciencia, porque no pueden sufrir los trabajos y las desdichas que los despedazan. Son unos ímpetus, unas llamaradas de furor, hijas de la locura mas que de la razon, siempre pecaminosas y siempre reprensibles. El deseo de la muerte en las almas cristianas y fervorosas siempre es inocente, siempre tranquilo; es un ardiente deseo de librarse del cuerpo del pecado, y de verse cuanto antes en estado de no poder ofender mas á Dios; es un deseo ansioso de ver á Dios, de poseer á Dios sin miedo de perderle nunca. Ten horror al primer deseo, porque es una impaciencia gravemente culpable; pero aspira al segundo que siempre es puro, siempre inocente, imitando á santa Teresa, que á cada hora que sonaba el reloj se animaba alegremente, diciéndose á sí misma: *Ea, buen ánimo, que ya estás una hora mas cerca de la eternidad.* Ya seas feliz, ya seas desgraciado; ya todo te salga mal, ó ya todo te salga bien; ya te halles en elevacion, ó ya te veas en oscuridad; ya gimas acosado de enfermedades, ó ya goces la mas robusta salud, protesta á tu Dios lo mucho que deseas poseerle cuanto antes en el cielo, y el disgusto con que estás en esta vida, aunque lleves con paciencia y con resignacion sus miserias y trabajos.

2. Evita aquellas quejillas, que son efecto de nuestra impaciencia, de nuestra inmortificacion y de nuestra poca virtud. En todas las aflicciones que te ocurrieren acuérdate de la muerte, como término que ha de poner fin á todas las miserias. No hay cosa que tanto vaya desgastando los lazos que nos tienen aprisionados y pegados á la tierra, como las adversidades.

Piensa con frecuencia en la feliz mansion de los bienaventurados, y siempre que hagas oracion por los difuntos procura disgustarte de esta vida. El pensamiento de la muerte consuela mucho á los que viven cristianamente; lo que nos hace amarga su memoria es el desórden de la vida. Vive bien, sé devoto, ama á Dios, y te parecerá dulce la muerte; sazona todos los gustos de la vida con este saludable pensamiento. Si tuviéramos viva fe, ninguno dejaria de envidiar santamente á los muertos que mueren en el Señor. *Quàm sordet terra cùm cœlum aspicio!* decia san Ignacio. ¡Qué hedionda me parece la tierra siempre que pongo los ojos en el cielo! Siente tú lo mismo y practícalo.

DIA DIEZ.

SANTA FELÍCITAS Y SUS SIETE HIJOS,

MÁRTIRES.

Por los magníficos elogios que los santos padres tributan á santa Felícitas y por los grandes dictados que le aplican, se deja bastantemente entender que no solo fué una de las mas virtuosas, sino de las mas distinguidas señoras de Roma, así por su calificada nobleza, como por los empleos de su no menos ilustre marido. Floreció hácia la mitad del segundo siglo en tiempo de los emperadores Antonino y Marco Aurelio. Es muy verisímil que tambien fué cristiano su marido, cuando permitió que ella lo fuese y que criase á sus hijos en la fe y en el santo temor de Dios.

Muerto el marido en el año de 160, se persuadió Felícitas que habia el Señor disuelto el lazo que la tenia ligada á su esposo, para ocupar él solo en ade-



S.ta FELICITAS

[illegible] HIJOS [illegible]

lante todo su corazon. Hizo voto de no pasar á segundas nupcias, pareciéndole el estado de la viudez muy propio para santificarse; y renunciando á las galas, al fausto y á la profanidad, se dedicó á copiar perfectamente el retrato de una viuda cristiana que hace el apóstol san Pablo. Desde luego encontró grandes atractivos en la soledad y en el retiro. Pasaba gran parte del dia y de la noche en sus devociones; pero como sabia muy bien que la primera de todas ellas debia ser la educacion de sus hijos y el gobierno de la familia, á esta se aplicaba principalmente. Tenia siete hijos, todos de poca edad, Januario, Félix, Felipe, Silano, Alejandro, Vital y Marcial, los cuales, por el cuidado que tuvo su santa madre de criarlos piadosamente, no solo con sus lecciones, sino tambien con sus ejemplos, muy en breve se hicieron unos tiernecitos santos.

Hablábales continuamente del oropel y falsa brillantez de los honores de esta vida, como de la brevedad, vanidad é inconstancia de los bienes caducos y perecederos de este mundo, explicándoles frecuentemente la gloria que gozan los bienaventurados en el cielo. ¡Qué dichosos seriais, hijos mios (les decia muchas veces, contándoles lo que padecian en Roma y en otras partes tantos ilustres mártires), qué dichosos seriais vosotros, y qué afortunada madre seria yo, si algun dia os viera derramar vuestra sangre por Jesucristo! Las continuas oraciones que hacia por ellos y sus fervorosas palabras inflamaron de manera á aquellas inocentes almas en el deseo de ser mártires, que, cuando se juntaban los siete hermanos, no acertaban á hablar entre sí de otra cosa que del martirio. Yo, decia Januario, soy el mayor de todos, y como tal tengo derecho á dar mi sangre por la fe antes que otro alguno. Aunque nosotros dos seamos los mas pequeños, replicaban Vital y Marcial, no seremos

menos generosos; y si el tirano quisiera perdonarnos por mas niños, levantaríamos tanto el grito diciendo que éramos cristianos, que le habíamos de obligar á no negarnos la corona del martirio. Y los demás, decian los otros, ¿piensan que habíamos de estar mudos? tambien tenemos nuestra lengua, y tambien sabríamos gritar de manera que nos oyesen. Oia la virtuosísima señora con indecible gusto este piadoso desafío de sus hijos y pedia sin cesar al Señor que se dignase *escogerlos por sus inocentes víctimas.*

Cumpliéronsele muy presto sus deseos. Hacia tanta impresion en los corazones la ejemplar vida de Felícitas y de sus hijos, que no solamente se edificaban y se confirmaban en la fe los cristianos de Roma, sino que hasta los gentiles mismos se admiraban; y persuadidos muchos que no podia menos de ser verdadera aquella religion que profesaban almas tan puras y tan santas, renunciaban sus impías supersticiones y abrazaban el cristianismo. Sobresaltáronse tanto los sacerdotes de los ídolos, que acudieron al emperador Marco Aurelio, el cual se hallaba á la sazon en Roma, y le representaron que no habia que esperar el favor de los dioses inmortales mientras Felícitas y sus siete hijos hiciesen tan alto menosprecio de ellos en medio de la capital del imperio; que así el bien del estado como el honor de su majestad imperial se interesaban mucho en que ya no se sufriese que aquella atrevida familia insultase por mas tiempo la antigua religion de los romanos; y que para aplacar la cólera de los dioses suplicaban á su majestad expidiese sus imperiales órdenes, mandando que aquella señora y sus hijos públicamente les ofreciesen sacrificios.

Intimidado el emperador con esta representacion, y siendo por otra parte muy zeloso de sus supersticiones, dió órden para que la madre y los hijos fuesen arrestados, encargando á Publio, prefecto de Roma,

que les sustanciase prontamente su causa si se resistian á obedecer y á sacrificar á los dioses. En atencion á la nobleza, á la reputacion y á las extraordinarias prendas de aquella señora cristiana, tentó el prefecto todos los medios que pudo para ganarla y para reducirla.

No se puede explicar el gozo de la cristiana heroína y de sus hijos cuando se les intimó de órden del emperador que compareciesen ante el prefecto. Al punto partió Felicitas á casa de este magistrado, el cual la recibió con el mayor honor, y le habló con grande cortesanía, diciéndole que el emperador tenia voluntad de colocar á sus hijos en los mas distinguidos empleos como ella y ellos sacrificasen á los dioses del imperio; sin lo cual, añadió, temo que todos seais condenados á los mas crueles tormentos. *Señor*, respondió la santa con mucha modestia, pero con igual resolucion, *tan poca fuerza me harán los tormentos como las promesas, porque el Espíritu Santo, que habita en mí, fácilmente me puede sacar victoriosa de todos los esfuerzos del infierno. Toda mi confianza la tengo puesta en mi Dios; y como yo y mis hijos le seamos fieles, espero que no nos vencerán ni los suplicios ni los halagos.* Admirado Publio de semejante respuesta, le dijo: *¡Pobre señora, y qué lástima os tengo de que mireis la muerte con esa indiferencia! por lo menos dejad vivir á vuestros hijos. Mis hijos*, replicó Felicitas, *vivirán eternamente si perdieren la vida por tan buena causa; y desde luego los tendria yo por muertos si por vivir cayeran en la flaqueza de sacrificar á los ídolos.*

Pasó esta conferencia privadamente en casa del prefecto sin formalidad de juicio; pero el dia siguiente se dejó Publio ver en su tribunal del Campo Marcio, y compareció ante él la madre con sus siete hijos, llevando todos vivamente pintada en el semblante la alegría de sus corazones. Movido el prefecto

de la hermosura de todos, se volvió á la madre y le dijo: *¿Es posible que no tengas compasion de esta tierna y bella juventud? Venid, pobrecitos niños, venid, hijos mios, que yo os quiero hacer dichosos. No, sino eternamente desventurados*, replicó prontamente Felicitas con autoridad de madre y con resolucion de heroína; *di que los quieres perder, y hacer infelices por toda la eternidad.* Y volviéndose á los niños, prosiguió diciéndoles con entereza y con alegría: *Hijos mios, ya llegó el dia de vuestro triunfo; levantad los ojos al cielo y mirad á Jesucristo, que á cada uno de vosotros presenta una corona. Él derramó su sangre por vuestra salvacion; derramadla vosotros valerosamente por su gloria; no temais la muerte ni los tormentos; haceos dignos del martirio por vuestra constancia, mostraos fieles, y manteneos firmes hasta el último suspiro en la fe de Jesucristo.*

Irritado el prefecto al ver la intrepidez de la santa, mandó que allí mismo le diesen crueles bofetadas en castigo de la libertad y de la osadía con que en su misma presencia se atrevia á exhortar á sus hijos á que fuesen desobedientes á las órdenes del emperador. Hizo despues que se acercasen los hijos, y hablando con el mayor, le dijo: *Sé mas cuerdo que tu madre, y obedece al emperador, sino voy á mandar que te despedacen á azotes, y á condenarte á los mas crueles suplicios. Mi madre fué muy cuerda*, respondió Januario, *y yo seria un insensato si por miedo de tus tormentos me procurase una muerte eterna. ¿Seria cordura desobedecer á mi Dios por obedecer al príncipe? No temo los azotes ni los suplicios, y espero que Dios me dará gracia para que le sea fiel hasta la muerte.* Al oir el juez tan determinada respuesta mandó que le azotasen cruelmente, y despues le llevasen á la cárcel.

Creyendo el prefecto que encontraria al segundo

mas dócil y menos resuelto, intentó engañarle, haciéndole un largo razonamiento sobre el quimérico poder de sus dioses. Interrumpióle Félix, y le dijo con intrepidez: *No es menester mas que una tintura de razon y de buen juicio para conocer que todos vuestros dioses son puras fábulas. Ten entendido que ni hay, ni puede haber mas que un solo Dios verdadero. Esto es lo que yo creo, y esto es tambien lo que creen todos mis hermanos; no serán capaces todos tus tormentos de alterar nuestra fe, ni disminuir el amor que profesamos á nuestro Salvador Jesucristo, por cuya gloria nos tendremos por dichosos en derramar nuestra sangre y en dar nuestras vidas.* Atónito el prefecto con tan valerosa respuesta, mandó que le tratasen como al primero; y juzgando por la de estos dos la disposicion de los demás, dió órden para que á todos los llevasen á la cárcel, dejando solo en el tribunal á los dos mas pequeños, que por mas tiernos y mas niños creyó serian mas flacos y menos resueltos.

Acariciólos y halagólos, procurando ya engañarlos con promesas, ya espantarlos con amenazas; pero los halló tan bien instruidos y tan determinados como á todos los demás. *No pienses*, dijo el niño Vital, *que porque soy mas pequeño que mis hermanos he de ser menos generoso que ellos. Pues qué*, le preguntó el juez, *¿estás ya cansado de vivir? No, señor,* respondió el niño, *pero estoy pronto á morir antes que sacrificar á los demonios. ¿Y quiénes son los demonios*, replicó Publio? *Los dioses que vosotros adorais*, respondió Vital, *á los cuales querias tú que yo ofreciese sacrificios; pero no te canses, que no lo haré aunque me quites la vida.* Marcial, que era el mas pequeño de todos, mostró una intrepidez y un valor igual al de los demás; y con el miedo de que le perdonasen por tan tierno, gritaba sin cesar : *Yo tambien soy cristiano, tambien tengo horror á vuestros ídolos como*

mis hermanos; yo tambien quiero morir, porque soy cristiano, soy cristiano.

Pasmóse Publio, no pudiendo menos de admirar tanto valor y tanta resolucion en aquella tierna edad. Mandó asegurar en la cárcel á todos los siete hermanos, y pasó á dar cuenta del interrogatorio al emperador, que no quedó menos asombrado; pero dió órden para que al intante les quitasen la vida. Llenáronse de gozo los santos mártires cuando les intimaron la sentencia, y fueron al lugar del suplicio como al teatro de su triunfo. Januario fué azotado con escorpiones de plomo, y espiró en este tormento; Félix y Felipe murieron molidos á palos; Silano fué precipitado; á Alejandro, Vital y Marcial les cortaron la cabeza. La misma suerte tuvo santa Felícitas, siendo degollada la postrera. Temia tanto, dice san Gregorio, dejar á sus hijos en esta vida, como los padres carnales temen sobrevivir á los suyos. A la gloria de su martirio particular, dice el mismo santo padre en la homilía que predicó de santa Felícitas, se puede decir que añadió al suyo el martirio de sus hijos, y que fué ocho veces mártir.

El mismo dia celebra la Iglesia el triunfo de dos santas vírgenes romanas, Rufina y Segunda, hermanas carnales hijas de Asterio y de Aurelio, de ilustre sangre, y ambas mártires. Fueron criadas en la religion cristiana, y eran muy conocidas en Roma por su virtud y por el zelo de la religion, cuando sus padres las desposaron con dos caballeros romanos, Armentario y Verino, que tambien hacian profesion del cristianismo; pero habiéndose encendido la persecucion en tiempo del emperador Valeriano, nuestros dos desposados caballeros apostataron de la fe; lo que causó tanto horror á Rufina y á Segunda, que resolvieron no tener mas esposo que á Jesucristo, y desde luego hicieron voto de perpetua virginidad. Supiéronle

los dos apóstatas, y las denunciaron por cristianas á Donato, prefecto de Roma. Mandólas este prender; y no perdonó diligencia alguna para derribarlas de la fe y combatir su constancia. Díjoles que era cosa indigna de unas doncellas tan nobles y tan ilustres incurrir en los delirios de una religion, que solo era buena para criar viles esclavos. *Mal conoceis, señor, nuestra religion*, le respondió Rufina, tomando la palabra: *en ella solo se goza de una santa libertad, porque ella sola nos libra de la esclavitud de nuestras pasiones, y nos conduce á una felicidad eterna*. Desconfiando el prefecto de reducirla con sus largos razonamientos, hizo llamar á su hermana Segunda, y en su presencia mandó golpear cruelmente á Rufina. Tan lejos estuvo aquella de intimidarse en vista de esta crueldad, que dijo al prefecto: *¿Qué razon teneis, señor, para honrar tanto á mi hermana, y para excluirme á mí de la misma honra? A lo que veo* (respondió el juez) *tan loca eres tú, como tu hermana. No somos locas* (replicó Segunda), *pero somos cristianas; y pues en ambas hay la misma causa, parece justo que ambas logremos la dicha de padecer por Jesucristo. ¿Qué dicha es* (exclamó Donato) *sufrir tormentos y perder la vida? Muy grande* (respondió la santa), *porque cuantos sean los tormentos, tantas serán las coronas; y lo que llamais perder la vida, es el origen de una eterna felicidad*. Advirtiendo el prefecto que el pueblo se conmovia con aquel espectáculo, dió sentencia de que fuesen degolladas, y así se ejecutó el dia 10 de julio, el mismo en que ocurrió el martirio de santa Felicitas y de sus hijos; pero no en el mismo año, porque estos recibieron la corona hácia el año de 164, y aquellas por los de 257.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, el martirio de los siete santos hermanos Januario, Félix, Felipe, Silvano, Alejandro, Vital y

Marcial, hijos de santa Felícitas, tambien mártir, muertos en tiempo del emperador Antonino, por órden de Publio, prefecto de la ciudad. Januario, despues de haber sido puesto en la cárcel y azotado con plomadas, espiró en aquel tormento; á Félix y á Filipo los mataron á palos; Silvano fué despeñado; y decapitados Alejandro, Vital y Marcial.

Tambien en Roma, las dos santas hermanas Rufina y Segunda, vírgenes y mártires, que, despues de haber sido atormentadas de diferentes maneras, murieron, la una de un tajo en la cabeza, y la otra degollada. Sus cuerpos se conservan con los debidos honores en la basílica de San Juan de Letran, cerca del bautisterio.

En Africa, los santos mártires Januario, Marino, Nabor y Félix, que fueron decapitados.

En Nicópolis en Armenia, los santos Leoncio, Mauricio, Daniel y compañeros, que, habiendo sufrido diferentes tormentos bajo el emperador Lezino y el presidente Lisias, fueron arrojados al fuego, terminando así su martirio.

En Pisidia, san Bianor y san Silvano, mártires, quienes, despues de haber padecido indecibles tormentos por el nombre de Jesucristo, orlaron sus venerandas cabezas con la corona del martirio.

En Yerna, san Apolonio, mártir, que terminó en una cruz su ilustre combate.

En Gantes, santa Amelberga, vírgen.

En Nantes, san Pascario, obispo, que distribuyó su patrimonio á los pobres.

En Fescan, en las fronteras del Artois y de Picardía, san Ze, irlandés.

En Saint-Jouin de Marnes en el Poitou, san Generoux, abad de dicho lugar.

En Brisach en Alsacia, san Udalrico, monje, escritor de las constituciones de Cluni.

En Lens en el Artois, el venerable Pacífico, de la órden de san Francisco, titulado Bienaventurado en la lápida de su sepulcro.

En Heliópolis en Egipto, san Isidoro, mártir.

En Verona, santa Tusca, vírgen.

En Moscovia, san Pezerski, monje y sacerdote.

La misa es del comun de los mártires, y la oracion la siguiente.

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus, ut qui gloriosos martyres fortes in sua confessione cognovimus, pios apud te in nostra intercessione sentiamus. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Concédenos, ó Dios omnipotente, que los que celebramos la fortaleza de tus invictos mártires en la confesion de tu fe, experimentemos la eficacia de su intercesion. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 31 *del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia* VIII, *pág.* 193.

NOTA.

« Ya se ha dicho en otras partes que esta epístola » está sacada de los proverbios de Salomon, que son » sin duda lo mas bello y lo mas importante de sus » obras. Son, dice un autor moderno, como una » quinta esencia de aquella divina sabiduría que » ilumina el entendimiento, dándole un claro y noble » conocimiento de la virtud cristiana, siendo ella » misma la única sabiduría verdadera. La palabra » *Proverbios* no solo significa máximas y sentencias, » sino tambien parábolas y enigmas, que se usaban » mucho en tiempo de Salomon, y los mayores sabios » los empleaban muy á menudo. »

REFLEXIONES.

Levantáronse sus hijos, y llenáronla de bendiciones. No hay mejor testimonio de la virtud de una madre

ni panegírico mayor, que las bendiciones de los hijos. Este reconocimiento es fruto de la buena educacion que recibieron de ella. Pero ¿son muchos en el dia de hoy los hijos que puedan con verdad expresar este reconocimiento? ¿son muchas las madres que dan una cristiana educacion á sus hijos? Apenas nacen los mas cuando los echan fuera de casa. Criados y educados fuera de la casa paterna miran á sus padres como á extraños, y no es posible que los miren de otra manera. Calla en los niños la naturaleza, porque no se la enseñó á hablar; ni en los padres puede ser muy vivo el amor á unos hijos que apenas saben si tienen padres. ¡Y nos admiramos despues de que los hijos salgan tan ingratos, extrañando que las mayores desazones de las familias las causen los mismos parientes! ¿Quién ha de inspirar á un hijo aquella respetuosa docilidad, aquella rendida obediencia, aquel tierno y amoroso respeto á un padre y á una madre que apenas conoce? Todo el amor del niño es al ama que le da leche, pues no conoce á otra madre; no sabe quiénes son sus padres hasta que se lo dicen. Y entonces, ¿qué educacion se les da? La que quiere una aya, una criada ó un ayo desconocido, cuyo genio, inclinaciones y costumbres se ignoran enteramente; gentes muchas veces de pocos alcances y de costumbres perversas. En estos se descansa, y en ellos se descuida de la mas esencial obligacion que tienen los padres, que es la educacion de los hijos. Pero supongamos que los mismos padres sean los mejores maestros para dar á sus hijos una cristiana educacion; los niños mas fácilmente imitan lo que ven, que retienen lo que oyen. Un padre colérico, ¿cómo corregirá las fogosidades y los ímpetus de un hijo poco sufrido? Una madre jugadora, distraida y derramada, ¿cómo inspirará á su hija el debido horror al juego, al desahogo y al esparcimiento?

Los hijos, por decirlo así, imponen á los padres una nueva obligacion de ser ejemplares en todo. En un padre de familias no hay defecto que no sea un escándalo; los vicios de los padres son modelos, y no lo son tanto las virtudes. La salvacion de los padres está en cierta manera pendiente de la salvacion de los hijos; son responsables de todos los pecados de estos, los que tienen su origen en la mala educacion. ¿*De dónde nacen los espantosos desórdenes de la juventud? ¿de dónde aquella falta de religion? ¿de dónde la licencia de las costumbres, el exceso de impiedad, la escandalosa disolucion?* Atribuimos regularmente esos torrentes de maldad y esos desórdenes al ímpetu desenfrenado de la edad y al hervor de la sangre. La causa mas natural y la mas ordinaria es la falta de educacion. No atribuyamos, pues, á otras causas las discordias de las familias, los desvergonzados desprecios de la autoridad paterna, las descaradas inobediencias y las indecibles ingratitudes de los malos hijos. ¡Oh, qué cuenta se ha de dar á Dios de esta descuidada educacion! Aquel hombre de vida al parecer arreglada, quizá será condenado porque tuvo hijos perversos y mal criados.

El evangelio es del cap. 12 de san Mateo.

In illo tempore, loquente Jesu ad turbas: Ecce mater ejus et fratres stabant foris, quærentes loqui ei. Dixit autem ei quidam: Ecce mater tua, et fratres tui foris stant quærentes te. At ipse respondens dicenti sibi, ait: Quæ est mater mea, et qui sunt fratres mei? Et extendens manum in discipulos suos, dixit: Ecce mater mea et fratres mei. Qui-

En aquel tiempo hablando Jesus á las turbas: Hé aquí que su madre y sus hermanos estaban fuera solicitando hablarle. Díjole uno: Mira que tu madre y tus hermanos están fuera buscándote. Pero él, respondiendo al que le hablaba, le dijo: ¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo la mano hácia sus discípulos, dijo: Hé aquí mi madre

cumque enim fecerit voluntatem Patris mei, qui in cœlis est, ipse meus frater, et soror, et mater est.

y mis hermanos. Porque cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi madre.

MEDITACION.

LA VIRTUD CONSISTE PRINCIPALMENTE EN HACER EN TODO LA VOLUNTAD DE DIOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que, hablando con propiedad, no hay virtud verdadera sino la virtud cristiana; y no hay virtud cristiana, sino en cuanto se conforma con la voluntad de Dios. Cualquiera accion que parezca virtuosa, si le falta esta cualidad, solo es una virtud material; no tiene mas que el nombre y la apariencia, pero no el mérito ni la gracia sobrenatural de verdadera virtud. Obras de misericordia, limosnas, actos de humildad, ejercicios de mortificacion, el mayor zelo, todo esto engaña; pero si no es eso lo que Dios quiere y lo que pide Dios de la persona, todo ello no es mas que una máscara de virtud. *Quare jejunavimus, et non aspexisti?* ¿Porqué ayunamos, podrán decir, y ni siquiera te dignaste volver los ojos hácia nuestros ayunos? *Quare humiliavimus animas nostras, et nescisti?* ¿Porqué nos humillamos, y no hiciste aprecio de nuestras humillaciones? Porque en los ayunos hicisteis vuestra voluntad, y no la mia. *Ecce in die jejunii vestri invenitur voluntas vestra.* ¡Mi Dios, y qué admirable leccion es este oráculo del Profeta para tantos y para tantas, que en el ejercicio de las buenas obras y en su imaginaria devocion solo consultan su inclinacion á la impetuosa actividad de su genio! *Estos me dirán, Señor, Señor, y no entrarán en el reino de los cielos,* dice el Salvador del mundo; *pero aquellos*

entrarán en él, que hicieren la voluntad de mi Padre celestial. ¿Quién habla? El mismo Jesucristo. ¿Será menester otro testimonio mas claro ni mas decisivo para curar nuestra ilusion? Es este defecto comun en muchas personas devotas, que no hallan gusto en la virtud sino en cuanto se conforma con su natural y con su genio; desaprobándose lo que ellas desean, todo es disgusto y todo es sequedad. El gran móvil de todas sus buenas obras y de todas sus devociones es la voluntad propia. Brilla, hace gran ruido su zelo; pero si toda la actividad de su zelo no reconoce otro impulso que el de la propia voluntad, ¿qué virtud ni qué mérito tendrán todas esas maravillas, todo ese ruido, ni todos esos trabajos? Muchos me dirán en aquel dia: *Señor, Señor, ¿pues no profetizamos en vuestro nombre? ¿no lanzamos en vuestro nombre los demonios de los cuerpos? ¿no hicimos muchos milagros? Y yo les responderé: Nunca os conocí, porque siempre hicisteis obras de iniquidad.* Así califica el Hijo de Dios las imaginarias obras buenas, que son partos de la propia voluntad. ¡Mi Dios, y qué extendido se halla este error aun entre aquellas personas que hacen profesion de la mayor penitencia! Dícese que solo se desea hacer lo que Dios quiere; pero esto se entiende cuando solo quiere Dios lo que nosotros queremos. ¿Puede haber ilusion mas perniciosa, ni mas grosera?

PUNTO SEGUNDO.

Considera el verdadero sentido y la fuerza de aquellas palabras del Evangelio: *Aquel que hace la voluntad de mi Padre, que está en el cielo, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre.* Sin este distintivo no nos reconoce Jesucristo; sin esta señal no hay verdadera virtud; como haga yo la voluntad de Dios en lo que hago, sea lo que fuere, no puedo dejar de agradarle.

Este es el secreto para llegar á la mas eminente santidad. ¡ Mi Dios, y de cuánto consuelo es esta verdad ! Ya me vea elevado, ya abatido ; ya sea el hombre mas opulento, ya sea el mas miserable ; ya goce salud, ya esté cargado de achaques; ya me coloque Dios en algun empleo, ya me deje arrinconado como un siervo inútil; si estoy donde quiere Dios, si hago lo que quiere, y me porto como quiere, no puedo hacer cosa mejor; nada tengo que desear para mi salvacion; tengo el consuelo de saber que, por poco, por despreciable y por vil que sea lo que hago, desde el mismo punto en que quiere Dios que lo haga, esa misma accion tan vil y tan despreciable es en mí una gran virtud, á la cual tiene Dios aligada una recompensa eterna, como esté mi alma en la debida disposicion para merecerla. Nadie, pues, imagine que para ser santo es menester hacer cosas extraordinarias; se engaña mucho en eso; no es menester hacer mas que lo que Dios quiere, cuando lo quiere, y como lo quiere. Hállase uno enfermo, y sin poder hacer cosa alguna; así lo quiere Dios : ves ahí un gran motivo de consuelo y un gran fondo de merecimientos; te seria perniciosa la salud, y el trabajar te perderia. Estás pobre y lleno de contratiempos; así lo quiere Dios : la prosperidad seria tu mayor desgracia, y la abundancia el origen de tu condenacion; Dios te ha puesto en ese estado, y debes vivir tranquilo. Bien puede ser que te pares en el camino, y que de esa manera nunca llegues al término, pero, como andes por él sin detenerte, está cierto de que no te descaminarás. Con verdad se puede decir que el rendimiento y la conformidad con la voluntad de Dios caracterizan á todos los santos. Grande error es el de aquellos imaginarios devotos, que, con pretexto de zelo, de obras de caridad y de devocion, nunca hacen mas que lo que se les antoja; esclavos de su propia voluntad no reconocen otra

guia; ciegos con la ilusion tienen por efecto de la gracia la satisfaccion que sienten en hacer su gusto. ¡Mi Dios, qué dolor y qué remordimientos causará en la hora de la muerte esta voluntaria ilusion!

No permitais, Señor, que yo lo experimente en aquella hora: haced que de aquí en adelante vuestra divina voluntad sea regla de la mia, y que nunca quiera sino lo que vos quereis.

JACULATORIAS.

Fiat voluntas tua, sicut in cœlo et in terra. Matth. 6.
Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.

Pater, non quod ego volo, sed quod tu. Marc. 15.
Padre mio celestial, no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú.

PROPOSITOS.

1. Todos somos siervos del Padre de familias, y estamos en su servicio para hacer lo que nos mande, y nada mas. ¿Tendria ninguno en su casa por mucho tiempo á un criado que no quisiese hacer mas que su gusto? Demos que fuese trabajador, mañoso y fiel; no importa: quiérese un criado dócil y obediente; no se estima nada de cuanto hace contra la órden de su amo. Concluye de aquí que toda la virtud y todo el mérito consiste en hacer la voluntad de Dios. Nunca tengas mas devocion que esta, ni jamás te ejercites sino en aquello que Dios quiere; siempre que le pidas algo, añade aquellas palabras del Salvador: *Verumtamen non sicut ego volo, sed sicut tu;* pero en todo caso, Señor, que no se haga como yo lo quiero, sino como vos lo quereis. En todo lo que haces, procura tener el dulce consuelo de poder decir: *Hago lo que Dios quiere;* y ten presente que la propia voluntad es aquel gusano que roe y seca la yedra, á cuya som-

bra descansaba el profeta Jonás. Desconfía de ti mismo, y de todo cuanto hicieres por tu eleccion y por tu gusto; no te dejes engañar; mira que es triste cosa no conocer la ilusion hasta la hora de la muerte.

2. No se puede enseñar devocion mas provechosa, que aconsejar á todos recen cada dia la oracion siguiente, sacada del admirable libro *de la imitacion de Cristo*, *libro 3*, *cap.* 15.

« Tú, Señor, sabes lo que es mejor; hágase esto ó aquello, como quisieres; dame lo que quisieres, cuanto quisieres y cuando quisieres; haz de mí como sabes, como mas te agradare y como fuere mayor honra tuya; ponme donde quieras, y haz libremente conmigo en todas las cosas. En tu mano estoy: vuélveme y tórname al rededor como te pareciere. Siervo tuyo soy, y á todo estoy dispuesto, porque no deseo vivir para mí, sino para tí; ojalá que sea digna y perfectamente. Dame que siempre desee y quiera lo que fuere mas acepto á tí y mas agradable. Hágase tu voluntad, y mi voluntad siga siempre á la tuya, y se conforme perfectamente con ella. Sea en mí un mismo querer y no querer contigo, y que no pueda querer, ni no querer, sino aquello que tú quieres, y no quieres. »

DIA ONCE.

SAN PIO, PAPA Y MÁRTIR.

En tiempo del emperador Antonino Pio, hácia la mitad del segundo siglo, terminó gloriosamente su carrera con la corona del martirio el papa san Higinio; y habiendo vacado la sede apostólica tres dias, los fieles, cuyo número era ya en Roma muy crecido,

T. 7. P. 208.



S. PIO, PAPA Y M.

los emplearon todos en ayunos y en oraciones, pidiendo á Dios un papa que tuviese las prendas correspondientes para gobernar la Iglesia con toda la santidad, valor, fortaleza y prudencia necesarias en un tiempo en que parece habia calmado la persecucion de los emperadores gentiles, solo para que los herejes tuviesen mas libertad para despedazarla con rabia y con furor. Fueron oidos los clamores de los fieles, y á los tres dias fué elegido de unánime consentimiento san Pio primero de este nombre, cuya virtud y cuyos méritos resplandecian mucho tiempo habia en toda la Iglesia. Fué hijo de Rufino, natural de Aquileya, donde le dió su padre una cristiana educacion, y despues pasó á Roma para perfeccionarse en todas las letras, singularmente en las sagradas y en la ciencia de la salvacion.

Hizo en ellas tan asombrosos progresos, que mereció mas que ningun otro la estimacion y admiracion entre los canónigos regulares, clase de eclesiásticos de vida inocente y ejemplar que vivian en comunidad como verdaderos religiosos, porque profesaban con voto cierta regla. Muy en breve fué Pio el modelo y la veneracion de todos, sobresaliendo tanto su virtud, su caridad con los pobres, su vivo y fervoroso zelo por la religion, que, en opinion de muchos, le consagró por obispo el papa Higinio, y en cierta manera repartió con él la solicitud pastoral de toda la Iglesia. Nombrado su pastor universal, despues que faltó Higinio, dedicó toda la atencion al cuidado de su rebaño; sus desvelos y su vigilancia se aplicaron á conservar en toda pureza el sagrado depósito de la fe que tenia á su cuidado, uniendo mas y mas todas las iglesias particulares con los vínculos de la caridad y de la tradicion, y previniendo anticipadamente todo lo que podia ocasionar desunion y cisma.

Los judíos convertidos á la fe se habian empeñado

siempre en celebrar la Pascua de Resurreccion el dia 14 de la luna que entra inmediatamente despues del equinoccio de la primavera. Era entre ellos la fiesta mas solemne en memoria de su libertad del cautiverio de Egipto; porque el nombre *Pascua* significa *paso*, aludiendo al paso del mar rojo; y tambien al del ángel exterminador, cuando, viendo manchadas de sangre las puertas de los israelitas, pasó por delante de ellas sin hacerles daño; y al contrario, quitó la vida á todos los primogénitos de Egipto. Todas eran figuras de la redencion de los hombres por la sangre del Salvador del mundo y de la Pascua de los cristianos, que es Jesucristo nuestro cordero pascual, el cual fué sacrificado por nosotros. Los apóstoles, instruidos por Jesucristo, fijaron la Pascua de los cristianos para el primer domingo inmediato al plenilunio de marzo en memoria de la Resurreccion del Salvador. Pero como los judíos sentian siempre una fuerte propension á retener las ceremonias judáicas en cuanto les fuese posible, muchos de ellos celebraban la Pascua en el Oriente el dia 14 de la luna. Apenas se vió san Pio en la cátedra de san Pedro, cuando expidió un decreto mandando que todas las iglesias del mundo se conformasen con la tradicion apostólica, observada en todos tiempos por la Iglesia romana en órden á la celebracion de la Pascua para no concurrir con los judíos; y lo mismo confirmaron despues muchos concilios.

La paz de que gozaba la Iglesia en tiempo de un emperador que habia como suspendido todas las persecuciones, dió lugar á que la fe hiciese maravillosos progresos, y á que el santo papa formase prudentes reglamentos para restablecer en todas partes la disciplina eclesiástica. Prohibió con graves penas que los bienes de la Iglesia fuesen enajenados, ni aplicados á usos profanos, y mandó que se admitiesen á

todos cuantos se presentasen para abrazar el cristianismo, sin exclusion ni distincion de judios y gentiles. Penetrado y lleno de religion, impuso severas penas á los sacerdotes que celebrasen los oficios divinos, ú ofreciesen el divino sacrificio negligentemente, dejando derramar ó vertiendo por su culpa en el altar la preciosa sangre de Cristo. *Si cayere en el suelo* (dice el santo), *hagan penitencia por cuarenta dias; si en los corporales, por tres; si penetró hasta el primer mantel, por cuatro; por nueve, si llegó al segundo; y por veinte, si caló hasta el tercero. En cualquiera paraje donde cayere, séquese todo lo que estuviere mojado; si esto no fuese posible, lávese con cuidado, ó ráspese; y recogiendo todo lo lavado y lo raido, quémese, y échense las cenizas en la piscina.* En esta piadosa menudencia de disciplina se evidencia su zelo en materia de religion y su devocion al sacramento de la Eucaristía. Ordenó tambien que las vírgenes consagradas á Dios no profesasen hasta los 25 años de edad; y en fin, estaba tanto en todo, que nada parece se escapaba á su vigilancia pastoral.

Creciendo cada dia en Roma el número de los cristianos por el zelo y por las fatigas apostólicas del santo pontífice, consagró las Termas Novacianas en honor de santa Pudenciana, y por las súplicas de su hermana santa Praxedes, enriqueciendo esta nueva iglesia con preciosos dones y celebrando en ella muchas misas. *No sé si te acuerdas* (escribe á Justo, obispo de Viena), *que, antes que salieses de Roma, nuestra hermana Euprepia hizo donacion de su casa á la Iglesia: en ella nos juntamos ahora con los pobres de Jesucristo* (asi llama á los presbíteros y al clero), *y celebramos el santo sacrificio de la misa. Por lo demás deseo saber lo que ha ocurrido desde que partiste á Viena, y si ha hecho fruto tu predicacion del Evangelio.* La data de esta epístola es del año 166.

En otra que escribió al mismo, le dice de esta manera : « Por la carta de los mártires que me entregó Atalo, he tenido noticia con indecible gozo mio de la gloriosa victoria que consiguieron del infierno esos héroes cristianos, y del valor con que nuestro amado hermano Vero triunfó de los enemigos de Jesucristo, derramando su sangre por la gloria. Pues eres sucesor de este ilustre mártir en la silla episcopal, sé tambien heredero de sus virtudes, y haz todo lo posible para llenar dignamente tan santo y tan sagrado ministerio. Cuida mucho de los cuerpos de los santos mártires, como los apóstoles cuidaron del de san Estéban; visita frecuentemente á los santos confesores que están en las cárceles; confírmalos mas y mas en la fe, tanto con tus palabras como con tus ejemplos; procura que los presbíteros y los diáconos te honren mas como á ministro de Jesucristo que como á su superior; por lo demás, Dios me ha dado á entender que se acerca mi fin; suplícote no me olvides en el sacrificio del altar. » Hállanse estas epístolas con sus decretos en la coleccion de los concilios.

Durante el pontificado de san Pio, fué combatida la Iglesia de Dios por muchos herejes, á quienes el santo pontífice persiguió y anatematizó con una fuerza y con un vigor verdaderamente apostólico, auxiliado poderosamente de san Justino el filósofo, que á la sazon vivia en Roma; y con licencia del santo papa tenia escuela abierta de virtud, el cual por el mismo tiempo compuso aquella famosa apología en favor de los cristianos, que hizo callar y confundió vergonzosamente á los gentiles. El enemigo de la Iglesia que dió mas ejercicio á la vigilancia del santo pastor fué el heresiarca Valentin, que tambien se hallaba entonces en Roma, y hacia grandes progresos en el error abusando de su extraordinario talento. Era de vivo ingenio, lleno de fuego, muy culto, de

modales desembarazados, airosos y de un singular atractivo: su elocuencia suspendia y enamoraba; pero sobre todo engañaba al vulgo su continua afectacion de reforma y una bien estudiada exterioridad de virtud. Fácilmente descubrió san Pio la malignidad y el veneno de todos aquellos artificios, como las extravagancias de aquel solemne embustero. Fulminó contra él todas las censuras de la Iglesia; persiguióle, y no paró hasta exterminar una secta que aniquilaba la religion, destruyendo todos los principios de la moral cristiana.

No dió menos ejercicio á su zelo y á su vigilancia el heresiarca Marcion. Era de Sinopo en el Ponto Euxino, hijo de un padre muy cristiano, que, habiendo enviudado, se hizo sacerdote, y despues fué obispo. A los principios hizo Marcion profesion de virtuoso, amando la pobreza y el retiro; pero convencido de haber violado á una doncella, fué separado de la Iglesia por su mismo padre; pasó á Roma, donde con toda su máscara de virtud y de austeridad no pudo conseguir ser admitido á la comunion de los fieles; y despechado, abrazó la herejía de Cerdon, añadiendo muchas impiedades á las de este hediondo heresiarca; de suerte que, habiendo ido á Roma san Policarpo, y encontrádole Marcion en la calle, le preguntó: *¿No me conoces?* Si, respondió Policarpo, *conózcote muy bien por hijo primogénito de Satanás.* Este impío procuraba disfrazarse con las apariencias de arrepentido y devoto, con lo que engañó á muchos sencillos y á algunas mujeres simples; pero el santo pontífice descubrió sus embustes, confundióle, excomulgóle, y le puso en paraje donde no pudiese hacer daño.

A una vida tan ejemplar, acompañada de tan heróicas virtudes, y á un zelo tan fervoroso y tan digno de uno de los mas santos sucesores de san Pedro, era

muy correspondiente que se siguiese la gloria del martirio para coronar sus trabajos apostólicos. Logróla en fin; pues, aunque el emperador Antonino no persiguió á los cristianos en su reinado, pero como subsistian en su vigor los antiguos edictos contra la Iglesia, se aprovechaban de ellos los ministros en las ocasiones. El apostólico zelo y el invencible vigor del santo pontífice contra los enemigos de Jesucristo excitaron su odio, y encendieron su furor y su venganza. Fué delatado por cristiano y por el mas mortal enemigo de los dioses del imperio ante los magistrados gentiles; arrestáronle, y despues de haber padecido mucho en la prision, tuvo la dicha de perder la vida por la fe de Jesucristo. Sucedió su preciosa muerte el dia 11 de julio del año 165, á los nueve años, cinco meses y veinte y siete dias de su pontificado, segun el cardenal Baronio, y en el mismo dia celebra la Iglesia su fiesta.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, san Pio, papa y mártir, quien ganó la corona en la persecucion de Marco Aurelio Antonino.

En Nicópolis en Armenia, la fiesta de san Januario y de santa Pelagia, que consumaron su martirio atormentados durante cuatro dias en el potro y desgarrados con garfios y cascotes.

En tierra de Sens, san Sidroino, mártir.

En Icona, san Marciano, mártir, que, bajo el presidente Perénico, mereció por diferentes pruebas la palma de la victoria.

En Sida en Pamfilia, san Cindeo, presbítero; que, bajo el emperador Diocleciano y el presidente Estratónico, habiendo sido arrojado al fuego despues de muy atormentado, sin haber recibido mal alguno, murió al fin puesto en oracion.

En Bresa, san Savino y san Cipriano, mártires.

En Bérgamo, san Juan, obispo, que fué muerto por defender la fe católica.

En Córdoba, san Abondo, presbítero, que fué coronado con el martirio por predicar con calor contra la secta de Mahoma.

En el Poitou, san Savino, confesor.

En este mismo dia, san Bertevino, venerado como mártir en Lisieux.

En Moyen-Moutier, cerca de san Dié, san Hidulfo, obispo auxiliar de Tréveris, cuyo cargo renunció para retirarse á aquel desierto.

En Esqueva en Etiopia, san Andrés, monje de Debralíbanos.

En el país de los Grisones, san Sigisberto, fundador de un monasterio en la diócesis de Coira.

En Persia, santa Golinducha, mujer casada, que, despues de haber padecido mucho bajo el viejo Cosroas, murió por último en paz.

La misa es en honra del santo, y la oracion la siguiente.

Infirmitatem nostram respice, omnipotens Deus, et quia pondus propriæ actionis gravat, beati Pii, martyris tui atque pontificis, intercessio gloriosa nos protegat. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Atiende, ó Dios todopoderoso, á nuestra flaqueza, y puesto que nos oprime el peso de nuestros pecados, alívianos de él por la poderosa intercesion de tu bienaventurado mártir y pontífice Pio. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 1 de la del apóstol Santiago.

Charissimi: Beatus vir, qui suffert tentationem: quoniam cùm probatus fuerit, accipiet coronam vitæ, quam repromisit Deus diligentibus se. Nemo, cùm tentatur, dicat, quoniam à Deo tentatur. Deus

Carísimos: Bienaventurado el varon que sufre la tentacion: porque cuando fuere examinado recibirá la corona de vida, que prometió Dios á aquellos que le aman. Ninguno cuando es tentado, diga que es tentado

enim intentator malorum est; ipse autem neminem tentat. Unusquisque vero tentatur à concupiscentia sua abstractus et illectus. Deinde concupiscentia cùm conceperit, parit peccatum; peccatum vero cùm consummatum fuerit, generat mortem. Nolite itaque errare, fratres mei dilectissimi. Omne datum optimum et omne donum perfectum, desursum est, descendens à Patre luminum, apud quem non est transmutatio, nec vicissitudinis obumbratio. Voluntariè enim genuit nos verbo veritatis, ut simus initium aliquod creaturæ ejus.

por Dios: porque Dios no es tentador de cosas malas: pues él á nadie tienta. Sino que cada uno es tentado por su propia concupiscencia, que le saca de sí y le aficiona. Despues la concupiscencia, habiendo concebido, pare el pecado; y el pecado despues, siendo consumado, engendra la muerte. No querais, pues, errar, hermanos mios muy amados. Toda buena dádiva y todo don perfecto viene de arriba, descendiendo de aquel Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de vicisitud. Porque él de su voluntad nos engendró por la palabra de verdad, para que seamos algun principio de su criatura.

NOTA.

« La epístola de Santiago es una de las que se lla-
» man *canónicas;* porque, como advierte san Jeróni-
» mo, contiene reglas importantes para el gobierno
» de las costumbres y saludables instrucciones en
» puntos de fe. La palabra griega *cánon,* de donde
» sale *canónico,* significa popiamente ordenacion ó
» regla. »

REFLEXIONES.

El que es tentado, no diga que Dios le tienta: Dios no es capaz de tentar al mal; y así á ninguno tienta. Nuestra licencia y presuncion son el verdadero tentador; expónese el alma por su mero antojo al aire mas contagioso; arrostra á los peligros; échase á dormir sobre el borde del precipicio; y despues se grita con-

tra la violencia de la tentacion, contra los peligros del estado, contra la viciosa propension de la naturaleza corrompida. Causa verdaderamente lástima oir quejarse á la mayor parte de los cristianos, lamentándose de lo difícil que es la salvacion y del gran número de los impedimentos. Todo es tentacion, dicen, todo escollos, todo lazos; vivimos en país enemigo, y hasta de nuestro mismo corazon hemos de desconfiar. El tentador está de inteligencia con todos nuestros sentidos; son pocos los objetos que no estén envenenados; el veneno se introduce por los ojos. Las diversiones mas inocentes, las mas lícitas sirven muchas veces de lazo y de artificio para enredar el alma. Todo eso es así; pero bien; en esa generalidad de riesgos, ¿qué armas, qué preservativos, qué auxilios, qué medios se toman? Al menor ruido, al mas leve temor de peste ó de contagio se alborota, se sobresalta todo el país; todos huyen, todos le abandonan. Ni interés particular, ni razon de amistad, ni vínculo de parentesco, ni respeto de decencia, nada basta para detenernos. Se priva cada uno del juego, del paseo, de la conversacion, del comercio; academias, diversiones, visitas, espectáculos, todo se cierra, todo se interrumpe, todo cesa. Y todo esto, ¿porqué? por la salud, por el temor de la muerte, por el amor á la vida. Y la salvacion, y el temor del infierno, y el deseo de la eterna bienaventuranza ¿producen los mismos efectos? ¡Con qué seguridad se exponen los hombres á los mayores peligros de su salvacion! ¡con qué arrogancia, con qué obstinacion se mantienen en medio de las llamas! ¡Y despues se quejan de su ardor y de su vivacidad! Derrámanse en medio del mundo; van á buscar las concurrencias donde todo conspira á corromper los sentidos, á engañar el corazon, á irritar las pasiones, á estrechar mas los lazos, á estragar las costum-

bres, á debilitar la fe y á perder el alma. ¡Y despues echan la culpa á la naturaleza y á su viciosa inclinacion! Acusan al tentador, acusan á la tentacion, y falta poco para que no acusen tambien á la divina Providencia. Aunque el enemigo de la salvacion no se acordara de nosotros, como se puede decir que apenas se acuerda de muchos entre aquellos mismos que mas se quejan de él, ¿serian los hombres menos tentados de lo que son, siendo ellos mismos sus mayores tentadores? ¿qué necesidad tendrá el demonio de tentar á los jóvenes en aquellas concurrencias de donde siempre está desterrada la inocencia, en aquellas diversiones donde no estaria segura la virtud mas arraigada y mas aguerrida, donde se estrellaria la mas sólida devocion, y donde la mas austera penitencia haria inevitable y lastimoso naufragio? Desengañémonos, ninguna cosa puede eludir aquel oráculo infalible : *El que ama el peligro, perecerá en él.* Si se conservara la inocencia en medio de esas peligrosas y voluntarias ocasiones, los mas disolutos harian mayores milagros que los mayores santos. A nadie tienta Dios; cada cual es tentado por su propia concupiscencia, que él mismo irrita y enciende mas.

El evangelio es del cap. 14 de san Lucas.

In illo tempore, dixit Jesus turbis : Si quis venit ad me, et non odit patrem suum, et matrem, et uxorem, et filios, et fratres, et sorores, adhuc autem et animam suam, non potest meus esse discipulus. Et qui non bajulat crucem suam, et venit post me, non potest meus esse discipulus. Quis enim ex vobis volens

En aquel tiempo dijo Jesus á las turbas : Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre, á su madre, á su mujer, sus hijos, sus hermanos y sus hermanas, y aun á su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz, y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar

turrim ædificare, non prius sedens computat sumptus qui necessarii sunt, si habeat ad perficiendum: ne posteaquàm posuerit fundamentum, et non potuerit perficere, omnes qui vident, incipiant illudere ei, dicentes: Quia hic homo cœpit ædificare, et non potuit consummare? Aut quis rex iturus committere bellum adversus alium regem, non sedens priùs cogitat, si possit cum decem millibus occurrere ei, qui cum viginti millibus venit ad se? Alioquin, adhuc illo longè agente, legationem mittens, rogat ea, quæ pacis sunt. Sic ergo omnis ex vobis, qui non renuntiat omnibus quæ possidet, non potest meus esse discipulus.

una torre, no computa antes despacio los gastos que son necesarios para ver si tiene con qué acabarla, á fin de que, despues de hechos los cimientos, y no pudiendo concluirla, no digan todos los que la vieren: ¿Este hombre comenzó á edificar, y no pudo acabar? O ¿qué rey, debiendo ir á campaña contra otro rey, no medita antes con sosiego, si puede presentarse con diez mil hombres al que viene contra él con veinte mil? De otra suerte, cuando está aun muy lejos, le envía embajadores con proposiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

MEDITACION.

DEL AMOR DESORDENADO Á LOS PARIENTES.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no nos prohibe Cristo amar á los parientes, sino el amarlos mas que á él. De suerte que, si se ofrece alguna ocasion en que el amor al padre, á la madre, á la mujer, á los hijos entre en balanza con el amor de Dios, y no se puedan componer ambos amores, entonces debemos aborrecer con un odio santo á los parientes, y conservar inviolablemente el amor á nuestro Dios. Es decir, que debemos amar á Jesucristo mas que á todo cuanto amemos mas en este mundo, mas que á nuestra misma vida; y que todo lo debemos renunciar, si fuere necesario, antes que separarnos de nuestro

Criador. ¿Qué cosa mas justa? Esto no es aborrecer á los parientes, sino amarlos con un amor subordinado al amor que debemos á Dios; es dar á Dios la preferencia. ¿Y no nos la merece bien? ¿no seria insigne impiedad posponerle á una criatura? ¿qué mayor desórden podria haber? ¿se deberá cosa alguna á los parientes, que no se deba á Dios? Este soberano Dueño es nuestro Criador, y este Criador es nuestro Padre; ningun bien gozamos que no le hayamos recibido de su mano; todos cuantos esperamos han de venir de él; él nos sustenta, nos conserva y nos protege. Pídenos todo el corazon; mas ¿acaso no se lo debemos? ¿le daremos mas de lo que le toca, si se lo damos todo? Cuando este Dios, este Salvador y este soberano Padre mandó á los hombres que le amasen sobre todas las cosas, ¿exceptuó á los padres y á los hijos? Y cuando se trate de desobedecer á Dios ó á los parientes, de desagradar á aquel ó á estos, ¿habrá en qué deliberar? ¿será bien buscar temperamentos, discurrir arbitrios para componer estas dos obligaciones de nuestro amor y de nuestra obediencia? ¿será justo disgustar á Dios, por no disgustar á mis parientes? ¿será justo desobligar á aquel, por no oponerme á estos? El amor á la carne y sangre, la complacencia de los amigos, el interés de una familia, ¿podrán mas de lo que debo á mi Dios, y consiguientemente á mi salvacion, que absolutamente depende de mi amor á Dios, de mi resignacion á su voluntad, y de mi obediencia á sus preceptos? ¡Mi Dios, qué materia no dan estas verdades á la reflexion y al arrepentimiento!

PUNTO SEGUNDO.

Considera cuán perniciosa es para la salvacion esta dominante inclinacion de la carne y de la sangre, y qué consecuencias produce tan fatales cuando se dan oidos á su voz. Pero ¿y cuándo no se les dan en

la corrupcion general del corazon? Si concurre Dios con los parientes, ¿en qué ocasion no se concede á estos la preferencia? Mas de aqui ¡cuántas injusticias se siguen en el comercio! ¡cuántos lazos se arman á la verdadera virtud! ¡cuántas vocaciones al estado religioso han abortado! Ya no es Dios el que hace eleccion de sus ministros ni de sus particulares siervos; en prevaleciendo el amor de los parientes al amor Dios, solo se consultan los intereses temporales de la familia. ¿Y qué parte tendrá entonces Dios en el destino de los hijos? Llama Dios para el ministerio de los altares á aquellos á quienes desde la eternidad tiene destinados para el sacerdocio; pero se apela al tribunal de la carne y sangre, y este pretende trastornar toda la economía de la divina Providencia, y desconcertar así al mismo tiempo la de la predestinacion, y ya no es privilegiada la tribu de Leví; en vano llama Dios á la Iglesia á aquel primogénito; en vano le ha dotado de talentos muy propios para los sagrados ministerios de la religion; es primogénito, y no puede abrazar el estado eclesiástico. Pero que un segundo ó un tercero no tenga talento ni vocacion, no importa; sus padres la tienen por él; la familia le ha destinado para una capa de coro, ó para la religion. No nació para ella aquella doncellita, ciertamente se perderá si entra religiosa. ¿Y qué importa eso? piérdase, porque así lo han decretado sus padres. Conoce la otra que Dios la llama á este estado; pero es el ídolo de la madre, y no puede ser, se ha de quedar precisamente en el mundo; y las que no tienen tantas prendas ni tantos atractivos sean sacrificadas al interés del primogénito. Ya se sabe que la predileccion de los padres ha de hacer el destino de los hijos. Díceselos continuamente que la casa está alcanzada, que no hay bastantes medios para colocarlos con decencia, para darles estado correspon-

diente á su calidad, en que lo luzcan y sobresalgan en el mundo. Este es el oráculo que se consulta, el único que se sigue. Conoce claramente aquel jóven que Dios le llama para sí; que le destina para que le sirva con alguna especialidad; está muy descubierta su vocacion al estado eclesiástico ó religioso; pero detiénele el amor á sus parientes, y se desvanecen todos sus proyectos. Por mas que Dios le solicite, no tiene valor para romper los lazos. ¡Qué desgraciada flaqueza! pero ¡qué desdichas no se siguen de esta desventurada cobardía! Erró el camino; ¿pues qué maravilla será si despues se extravía y se precipita? Prefiérese el amor de los parientes al amor de Dios; preciso es que al cabo se convierta en mayor daño. ¡Qué dolor en la hora de la muerte cuando se reconozca esta irracionalidad!

Conózcola, Señor, desde ahora, y penetro muy bien toda la injusticia y toda la impiedad de un proceder tan ajeno de razon. No, mi Dios, no daré ya oidos á la carne y á la sangre cuando se trate de daros gusto; resuelto estoy á sacrificar todo cuanto mas amo en el mundo antes que ofenderos.

JACULATORIAS.

Legem pone mihi, Domine, viam justificationum tuarum : et exquiram eam semper. Salm. 118.

Enseñadme, Señor, el camino de vuestra divina voluntad, que yo os prometo de no seguir otro.

Deus meus, adjutor meus... protector meus, et cornu salutis meæ, et susceptor meus. Salm. 17.

Mi Dios, mi auxiliador, mi protector, guia de mi salvacion y mi único Salvador.

PROPOSITOS.

1. *Sígueme á mí, y deja que los muertos entierren á sus muertos,* dijo el Salvador á un mancebo que le

pidió licencia para ir á enterrar á su padre. ¿Pues qué diria Jesucristo á sus discípulos de profesion, á aquellas personas religiosas, que, despues de haber renunciado solemnemente todo lo que mas amaban en el mundo, despues de haber hecho pedazos los vínculos de la carne y sangre, vuelven despues á estrecharse voluntariamente con estos lazos mas que nunca; se engolfan con mas ardor y con mayor viveza en los intereses de sus parientes que los parientes mismos? Ocupados mas en las conveniencias de sus sobrinos, en el esplendor de su familia, que en las obligaciones de su estado, solo se sirven del crédito que les han merecido en el mundo su carácter, su profesion y sus talentos para fomentar el orgullo y la vanidad de sus parientes. No es otra aquella apostasía del corazon de que habla el Profeta. ¿Puede haber desórden mayor, ni mas escandaloso, que ver convertidos á los religiosos en agentes y en procuradores de los hombres del mundo? ¿que un religioso se ocupe en solicitar un empleo, en ajustar una boda, en adquirir una heredad para sus parientes? ¿qué cosa mas indecente, ni mas indigna de su estado? *Deja á los muertos enterrar á sus muertos.* Guárdate bien de mezclarte jamás en esos negocios puramente seculares; y acuérdate de lo que dice san Jerónimo, que el que conserva todavía esas solicitudes, esas ansias aseglaradas, no tiene de religioso mas que el nombre.

2. Ama en hora buena á tus parientes; pero ámalos con un amor cristiano, interésate en lo que toca á su salvacion y en nada mas. Cuando trates con ellos, edifícalos con tus conversaciones, y sean todas dirigidas á su bien espiritual. Ten presente que hasta los mismos seglares de algun juicio y de mediana capacidad hacen muy poco aprecio en su interior, y les parecen muy mal aquellos religiosos en quienes notan tanto espíritu del mundo. Si estás en el siglo, ama

con ternura á tus parientes; pero con una ternura subordinada siempre al amor que debes á Dios. En los negocios de la familia consulta siempre á tu conciencia antes que á tu corazon. Cáusete horror la menor sombra de injusticia ó de venganza. Mira en buen hora por los intereses de tus parientes; pero sin perder de vista su salvacion ni la tuya. Desconfía mucho de las solicitaciones de la carne y sangre; todas son sospechosas. ¿Eres hijo de familia? pues aconséjate con Dios y con solo Dios sobre el estado que has de tomar; observa constantemente el consejo de san Jerónimo á los que llama Dios al estado religioso: *Per calcatum perge patrem, per calcatam perge matrem:* deja tu casa, tu país, tu parentela por obedecer á la voz de Dios que te llama; aunque sea menester convertirte en piedra, hacerte insensible á los movimientos de la mas viva ternura, no deliberes ni un solo momento. Esta doctrina parecerá dura á los hombres del mundo, pero es la pura doctrina del mismo Jesucristo.

DIA DOCE.

SAN JUAN GUALBERTO,

FUNDADOR DEL ÓRDEN DE VALLE-UMBROSA.

Nació en Florencia, ciudad de Italia, de familia ilustre por su antigua y calificada nobleza. Criáronle sus padres en la religion cristiana; pero no con el mayor cuidado de que fuesen muy cristianas sus costumbres. Embebibo enteramente su padre en el espíritu del mundo, se llenó de complacencia cuando descubrió en su hijo inclinaciones marciales y mundanas, y puso su mayor atencion en fomentárselas.



S. JUAN GUALBERTO.

Las continuas lecciones que le daba se reducian á que no sufriese jamás que le perdiesen el respeto, ni mucho menos que le ultrajasen; y que si tenia honra, debia prontamente lavar la injuria en la sangre de sus enemigos. La doctrina no podia ser mas contraria á la de Jesucristo; pero se acomodaba mucho al genio de Gualberto, naturalmente feroz y soberbio, con que se le imprimió altamente en el corazon. Hízose muy delicado en lo que se llama pundonor, siendo la venganza su pasion dominante. Irritóla mas una querella que ocurrió en la familia. Cierto pariente suyo fué muerto por un caballero del país; juró la muerte del asesino el padre de Gualberto; y como tenia tan conocido el genio fogoso de su hijo, inclinado naturalmente á la venganza, le incitó á perseguir al enemigo hasta vengar la muerte de su primo con la sangre de aquel caballero.

Hallóle tan dócil al bárbaro consejo, que ningun hijo fué mas obediente. Como el precepto se acomodaba tanto á su pasion, ansiaba porque fuese ejecutiva la obediencia, ardiendo en vivos deseos de satisfacer cuanto antes á su padre y á su venganza. Tardó poco en presentársele la ocasion; porque volviendo un dia del campo, permitió Dios que improvisamente se encontrase con su enemigo en un paraje tan estrecho, que no era posible ni á uno ni á otro retirarse. Arrebatado Juan de cólera, echó prontamente mano á la espada, y diciendo al enemigo que allí mismo habia de expiar con su traidora sangre la muerte de su pariente, iba ya á pasarle de parte á parte cuando el caballero, que se hallaba desarmado, saltó lijeramente en tierra; hincóse de rodillas á los piés de Juan, y con las manos cruzadas le habló de esta manera: *Pídote que me perdones, y que me dejes la vida por amor de nuestro Señor Jesucristo, que murió por ti y por mí en una cruz un viernes como hoy.* La postura del supli-

cante, la circunstancia del dia y el nombre de Jesucristo helaron la cólera de Juan; paróse un poco, y ofreciéndosele vivamente á la consideracion que el Salvador del mundo estando en la cruz perdonó á sus enemigos, é intercedió por ellos á su Eterno Padre, volvió la espada á la vaina, alargó la mano al caballero, levantóle y le dijo: *Nada puedo negar al nombre de mi Señor Jesucristo. Concédote la vida y mi amistad; ruega al mismo Señor que me perdone*; y abrazándose estrechamente los dos, se separaron.

A una accion tan cristiana como generosa se siguió inmediatamente cierto movimiento de devocion en el alma; y encontrando á pocos pasos el monasterio de San Miniato, entró en la iglesia; arrodillóse delante de un devoto crucifijo, y cuando pedia á Dios, deshecho en lágrimas, que tuviese misericordia de él, vió que el crucifijo le inclinaba la cabeza, para significarle con aquella sensible demostracion lo grata que le habia sido la accion que acababa de ejecutar. Quedó atónito nuestro Juan en vista de tan señalado favor, cuya memoria se conserva hasta el dia de hoy en el mismo crucifijo, que venera tiernamente la devocion en la iglesia de San Miniato; y acabando la gracia de perfeccionar su conquista, le inspiró un deseo tan ardiente de amar á su Dios, que resolvió no servir en adelante á otro dueño. Acabó su oracion, montó á caballo, y tomó el camino de Florencia; pero, solicitado poderosamente por la gracia, mandó á los criados que se fuesen directamente á casa, y él se volvió al monasterio; buscó al abad, y arrojándose á sus piés, le pidió el hábito de monje. Sorprendió al abad tan inesperada vocacion; y como le conocia muy bien, no queria recibirle; pero Juan rogó é instó tanto, que, despues de haberle representado el abad la vida tan austera y penitente de la religion, le permitió que se quedase dentro del monasterio.

Aun no bien habia entrado, cuando llegó tambien su padre, informado ya de su intento; pide con ferocidad que le entreguen luego á su hijo; y arrojando centellas por los ojos, y espuma por la boca, jura que si no se le entregan al punto pondrá fuego al convento. Atemorizaron sus amenazas á todos los monjes, pero no á nuestro santo, el cual, viendo que ninguno se atrevia á darle el hábito, arrebata uno que encuentra de un monje, baja al coro, pónele sobre el altar, él mismo se corta el cabello, y en presencia de todos los religiosos se echa á cuestas la cogulla. Admiraron con lágrimas todos los concurrentes tan generosa resolucion, y hasta la obstinacion de su padre se dió por vencida en vista de una vocacion tan señalada. Deshaciéndose en llanto, le echó los brazos al cuello, exhortándole á la perseverancia, y á sostener con su fervor el empeño de un paso tan generoso.

No se desmintió nuestro novicio; correspondió perfectamente su fervor á su resolucion, y en poco tiempo pudieron satisfacer los rigores de su penitencia por los desórdenes de su juventud. Era la vida de los monjes de san Miniato copia fiel de los primitivos monjes de san Benito; florecia la santa regla en todo su vigor, y en breves dias fué nuestro Juan un acabado modelo de ella. Luego que vistió la cogulla se mostró el mas humilde, el mas obediente, el mas puntual y el mas devoto de todos. No se contentaba con reputarse por el último de los monjes; queria que todos le reputasen y le tratasen como á tal. Su penitencia espantaba á los mas mortificados; pero su caridad, su dulzura y su igualdad de ánimo hacian amable su penitencia. En fin, se adelantó tanto en el camino de la perfeccion, que desde los primeros años de su profesion fué la admiracion de los mas perfectos.

Así vivia nuestro Gualberto en su amada soledad, cuando la muerte del abad interrumpió su quietud. Nada hubo que deliberar en la eleccion; por mas que se excusó, por mas que se opuso, por mas que protestó, fué nombrado por unánime consentimiento. Como era tan de corazon su resistencia, no por eso cedió, antes perseveró constantemente en renunciar el empleo, considerándose indigno de ejercerle. Esto dió ocasion á que se apoderase de él otro monje, que no era tan escrupuloso ni tan delicado de conciencia; pero fueron tantas las inquietudes y las turbulencias que excitó en la casa, que al fin se halló precisado Gualberto á mudar de monasterio. Acompañado de algunos monjes mas fervorosos se retiró al principio á la Camáldula, lugar á la sazon muy famoso por la multitud de los santos anacoretas que vivian en él bajo la regla de san Romualdo. Allí hubiera fijado su destino, y todos deseaban mucho que lo hiciese; pero se sentia mas movido á la vida cenobítica, que á la solitaria; y así se encaminó á otro retiro, llamado *Valle-Umbrosa*, por ser un valle muy sombrío, todo cubierto de álamos, á media jornada de Florencia, donde encontró dos solitarios, á los cuales se juntó con sus compañeros. Extendióse en poco tiempo su reputacion por aquellos contornos; concurrian de todas partes á ver al siervo de Dios, y en pocos dias se vió maestro de muchos discípulos, á los cuales hacia observar con todo rigor la regla de san Benito, yendo él delante con el ejemplo.

Logró de la abadesa de San Hilario que les hiciese donacion del sitio que ocupaban, y edificó en él un monasterio de tierra y de madera, cuya iglesia ó capilla fué á consagrar el obispo de Paderbon, que habia seguido al emperador Enrique III en su viaje á Italia. Tal fué el orígen de aquella ilustre congregacion, que aprobó el papa Alejandro II el año de 1070;

y extendida por toda Italia, en muy poco tiempo ilustró á la Iglesia de Dios con el esplendor de sus raras virtudes, y la edifica el dia de hoy con sus grandes ejemplos.

Crecia entre tanto la nueva comunidad, aumentándose cada dia el número de sus individuos, y era menester nombrar cabeza que la gobernase. Conspiraron todos los votos en favor de san Gualberto, que no solo se negó con teson, sino que por algun tiempo estuvo dudoso si se retiraria; pero temiendo que se deshiciese aquella congregacion que él mismo habia fundado, y que consideraba como obra del Señor, se sujetó al sacrificio, y aceptando el empleo, al cabo de pocos dias el monasterio de Valle-Umbrosa fué un verdadero retrato del monasterio de Monte Casino.

Desde luego floreció en él con todo rigor el primitivo espíritu de la religion de san Benito; retiro, silencio, desasimiento de todo lo terreno, oracion casi continua, vigilias, ayunos, abstinencias, penitencias corporales, todo predicaba y todo edificaba en aquellos nuevos monjes, y era el abad como el alma de aquellos grandes ejemplos. Nada mandaba á los demás que no lo hubiese ejecutado él primero; y se solia decir que para distinguir al abad entre los otros monjes no era menester mas que observar quién era el mas mortificado y el mas humilde entre todos ellos. A esta única distincion y preeminencia aspiraba Gualberto.

El prodigioso número de discípulos que se le agregaron le obligó á pensar en la fundacion de nuevos monasterios, á la cual solicitaban contribuir con piadosa competencia los potentados de Italia. Fundó el de San Salvi, el de Mosceta, el de Razzuelo y el de Monte-Scalario; reformó algunos de los antiguos, introduciendo en ellos la observancia de Valle-Umbrosa, y antes de morir tuvo el consuelo de ver resu-

citado el primitivo espíritu de los monasterios de san Benito en diez ó doce de sus casas. Era austerísimo consigo mismo, pero dulcísimo y suavísimo con los demás; y esta misma suavidad y dulzura obligaba á los monjes á ser mas mortificados.

Fuera de los religiosos de misa que guardaban estrecha clausura, recibia otros para legos, ó para hermanos conversos, esto es, para la clase de aquellos que convertidos á Dios servian diferentes oficios de la casa sin recibir nunca los sagrados órdenes. Los tales se ocupaban en los ministerios exteriores y temporales, por lo que estaban dispensados de la clausura y del silencio; su hábito se distinguia en algo del de los otros monjes, y no se les obligaba á tanta austeridad; siendo este el primer ejemplar que se encuentra en la historia eclesiástica de religiosos legos diferentes de los destinados al coro.

Velaba continuamente sobre todo lo que podia fomentar ó disminuir el espíritu de la observancia. Fué á visitar el monasterio de Mosceta, y halló que el nuevo abad Rodolfo habia hecho un edificio, cuya magnificencia desdecia de la simplicidad y modestia religiosa; desazonóse tanto, que dió al abad una severa reprension, diciéndole que las súmas de dinero que habia gastado en levantar aquel monumento de su vanidad estarian mejor empleadas en sustentar á muchos pobres. Suplicó fervorosamente á Dios que no permitiese se conservase en pié aquel edificio tan poco ajustado al espíritu de la regla; y apenas salió de él cuando un arroyuelo que corria cerca del monasterio creció tanto, que le inundó y le echó enteramente á tierra. El amor y la caridad con los pobres igualaba al amor que profesaba él mismo á la santa pobreza. No queria que se negase la limosna á nadie; y al mismo tiempo que no admitia mas de lo precisamente necesario para sus monasterios, repartia entre

los pobres lo que estaba destinado para la comunidad. Mas de una vez dejó vacías las paneras, y mandó matar los rebaños para socorrer las necesidades en tiempo de carestía.

Acompañaban á estas virtudes los mas milagrosos dones sobrenaturales. Penetraba el interior de los corazones; temblaban los demonios al oir el nombre de Gualberto; solo con hacer oracion el siervo de Dios, sanaban los enfermos mas desahuciados. Un caballero amigo suyo le despachó un propio con la noticia de que se hallaba gravemente enfermo: *Anda, hermano mio*, dijo el santo al criado, *vuélvete á casa, y encontrarás sano y bueno al que dejaste moribundo.* Así sucedió.

Por su grande santidad se hizo venerar hasta de los sumos pontífices. Leon IX hizo expresamente un viaje á Pasignano solo por verle, y quiso que comiese con él. Estéban IX le envió á llamar, no obstante de hallarse el santo enfermo á la sazon. Alejandro II le profesó singular veneracion, y decia públicamente que la Iglesia debia á Gualberto la casi total extincion de la simonía en todo aquel país. Efectivamente hizo el santo abad continua y vigorosa guerra á este vicio; persiguióle su zelo sin darle cuartel ni treguas, y mas de una vez le autorizó el cielo con estupendas maravillas. Valióse Pedro de Pavía de cuantas violencias pudo contra el santo y contra sus monjes para intimidarlos y para perderlos; pero fué en vano: Gualberto le convenció de simonía y de herejía, ofreciéndose uno de sus monjes á la prueba del fuego para justificar la acusacion. Admitióselc, y se paseó muy despacio sin recibir lesion alguna por una dilatada hoguera á la vista de toda la ciudad de Florencia.

No sobrevivió el siervo de Dios mucho tiempo á este milagroso suceso. Consumido al rigor de las penitencias y de sus apostólicas fatigas, cayó enfermo

en Pasignano. Conociendo que se acercaba su fin, mandó llamar á todos los abades y superiores de la órden, y los exhortó á la caridad, á la exactitud, al fervor y á la puntual observancia de la regla. Recibió despues los sacramentos de la Iglesia con tanta devocion y ternura, que arrancó lágrimas á todos los asistentes; y hecha en su presencia la profesion de la fe, rindió tranquilamente el espíritu en manos de su Criador el dia 12 de julio del año 1073, á los 74 de su edad, y á los 22 despues de haber establecido su reforma. Desde luego se hizo glorioso su sepulcro por los muchos milagros que obró Dios por su intercesion; lo que movió al papa Celestino II, precediendo las informaciones jurídicas de sus virtudes y milagros, á ponerle en el catálogo de los santos el año 1193.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Milan, los santos mártires Nabor y Félix, que sufrieron la muerte en la persecucion de Maximiano.

En el monasterio de Pasignano cerca de Florencia, san Juan Gualberto, abad, institutor de la órden de Valle-Umbrosa.

En la isla de Chipre, san Jason, antiguo discípulo de Jesucristo.

En Aquileya, la fiesta de san Hermágoras, discípulo de san Marcos evangelista y primer obispo de aquella ciudad, quien, en recompensa de las curas milagrosas y del zelo de su predicacion para convertir á los pueblos, padeció muchos tormentos hasta perder la cabeza con su diácono Fortunato, subiendo ambos á ser coronados en la gloria eterna.

En Luca en Toscana, san Paulo, que, habiendo sido consagrado por san Pedro, primer obispo de aquella ciudad, fué muerto al pié del monte Pisa, con otros compañeros despues de haber padecido muchos tormentos.

En dicho dia, la muerte de san Proclo y de san Hilarion, los cuales por medio de cruelísimos tormentos consiguieron la palma del martirío bajo el emperador Diocleciano y el presidente Tertilo.

En Toledo, santa Marciana, virgen y mártir, que alcanzó la corona despues de haber sido expuesta à las fieras y despedazada por un toro, manteniéndose constante en la fe de Jesucristo.

En Leon, san Vivenciola, obispo.

En Bolonia, san Paterniano, obispo.

Cerca de Fon en Francia, diócesis de Quimper, san Balley, monje, discípulo de san Gaingolois.

En Celles de Berry, san Gouffin, monje, cuyo cuerpo está en Saint-Isis.

Junto á Souvigny en el Burbonés, san Menio.

En Prom en Ardenne, san Ansbodo, abad de Saint-Hubert.

En Clismo en Egipto, san Atanateo, obispo de aquella ciudad.

Entre los Griegos, los santos mártires Andrés el Estraciota, Fausto y Ménas.

En Cesarea, san Dié.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Joannis abbatis commendet; ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur. Per Dominum nostrum...

Supliámoste, Señor, que nos haga recomendables la intercesion del bienaventurado abad Gualberto, para que consigamos por su proteccion lo que no podemos por nuestros merecimientos. Por nuestro Señor...

La epistola es del cap. 45 del libro de la Sabiduria.

Dilectus Deo et hominibus, cujus memoria in benedictione est. Similem illum fecit in glo-

Fué amado de Dios y de los hombres, y su memoria es en bendicion. Dióle una gloria

ria sanctorum, et magnificavit eum in timore inimicorum, et in verbis suis monstra placavit. Glorificavit illum in conspectu regum, et jussit illi coram populo suo, et ostendit illi gloriam suam. In fide et lenitate ipsius sanctum fecit illum, et elegit eum ex omni carne. Audivit enim eum et vocem ipsius, et induxit illum in nubem. Et dedit illi coram præcepta, et legem vitæ et disciplinæ.

semejante á la de los santos, y le engrandeció para que le temiesen los enemigos, y amansó los monstruos por medio de sus palabras. Ensalzóle en presencia de los reyes; le dió sus órdenes delante de su pueblo, y le manifestó su gloria. Le santificó en su fe y en su mansedumbre, y le escogió de entre todos los hombres. Porque oyó y escuchó la voz de Dios, y le introdujo en la nube. Y le dió en público sus preceptos, y la ley de vida y de ciencia.

NOTA.

« Muéstranos el mismo Jesus, hijo de Sirach, lo » mucho que estudió; habla como profeta y como » inspirado, y nos advierte que fué el último de los » hebreos que escribió sentencias y documentos. »

REFLEXIONES.

Hizole santo por su fe y por su apacibilidad. Por eso hay en el dia tan pocos santos, porque hay tan poca fe. No es posible fe viva sin obras, y estas obras hacen los santos. La fe muerta ó apagada es infecunda, nada produce; en faltándonos esta luz sobrenatural, solo nos resta una débil candelilla de luz natural, que inmediatamente apaga el viento de las pasiones; y aunque no la apague, ¿qué nos podrá descubrir? poco ó nada, porque alcanza muy poco. Cuando los objetos se miran á malas luces, nunca se representan como son; algunos mirados de esta manera arrebatan los ojos; pero los ofenden y los retraen, cuando se miran á buenas luces. ¿Qué precipicios no podemos temer si nos gobernamos solo por esta guia? Siendo

tan frecuentes los ejemplares, causa admiracion que sean tan raros los escarmientos. ¡Qué caidas tan funestas! ¡qué tropezones! ¡qué fin tan triste el de tantos grandes ingenios! Apagóse en él la luz de la fe, y desbarró aquel grande entendimiento; esforzóse la razon á sostenerle por algun tiempo con frívolas esperanzas; pero no le pudo volver á enderezar: acudieron como auxiliares la política y el interés; puso el orgullo en movimiento todos sus expedientes y artificios; pero nada bastó para que al fin no se despeñase. Como eran tan limitadas sus luces, no le pudieron descubrir todos los precipicios; desvaneciéronse todos sus vanos proyectos, y saliéronle errados todos sus superficiales discursos; desconcertáronsele todas las medidas. Por poco que se nos esconda la luz de la fe, por poco que nos apartemos de esta guia, no hay que esperar mas que errores, extravagancias y desbarros.

No es menos necesaria la apacibilidad para ser santo. Es esta virtud el primer fruto de la sujecion de las pasiones, y sobre todo de la cristiana humildad. El espíritu de Dios solo inspira severidad consigo mismo; y la compasion es como su querida virtud. El zelo duro y amargo es efecto de un espíritu orgulloso y de un corazon inmortificado. Pero no confundamos la benignidad cristiana con la viciosa relajacion. El mismo Jesucristo nos dió bien á conocer la diferencia. La dulzura es fruto natural de la caridad; pero no es incompatible con la magnanimidad ni con la fortaleza: siendo el espíritu de Dios el que la produce y la fomenta, el zelo mas dulce es el que persigue al vicio con mayor vigor, y el que le hace mas cruda guerra; pero como al mismo tiempo es zelo discreto, hace grande distincion entre el pecado y el pecador.

El evangelio es del cap. 5 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Audistis quia dictum est: Diliges proximum tuum, et odio habebis inimicum tuum. Ego autem dico vobis: Diligite inimicos vestros, et benefacite his, qui oderunt vos: et orate pro persequentibus, et calumniantibus vos, ut sitis filii Patris vestri, qui in cœlis est; qui solem suum oriri facit super bonos et malos, et pluit super justos et injustos. Si enim diligitis eos, qui vos diligunt, quam mercedem habebitis? nonne et Publicani hoc faciunt? Et si salutaveritis fratres vestros tantùm, quid amplius facitis? nonne et Ethnici hoc faciunt? Estote ergo vos perfecti, sicut et Pater vester cœlestis perfectus est.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Habeis oido que se dijo: Amarás á tu prójimo, y aborrecerás á tu enemigo. Pero yo os digo: Amad á vuestros enemigos; haced bien á aquellos que os aborrecieren, y orad por los que os persiguen y calumnian, para que seais hijos de vuestro Padre que está en los cielos; el cual hace que salga su sol sobre los buenos y sobre los malos, y envía la lluvia para los justos y para los injustos. Porque si solo amais á los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿no hacen lo mismo los publicanos? y si solo saludais á vuestros hermanos, ¿qué haceis de singular? ¿no hacen tambien lo mismo los gentiles? Sed, pues, vosotros perfectos, así como lo es vuestro Padre celestial.

MEDITACION.

DEL PERDON DE LAS INJURIAS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el perdon de las injurias es quizá el mandamiento de Jesucristo mas claro y mas formal que se encuentra en el Evangelio. No llegó á tanto toda la perfeccion de la ley antigua; pero la nueva hizo de este precepto el punto capital de su doctrina. La antigua solo os obligaba á amar á los que os aman,

decia el Salvador del mundo; *pero yo os digo que ameis á los que os aborrecen.* Y no basta desearles todo bien, es menester hacérsele. El amor puramente afectivo no es suficiente para llenar toda la perfeccion de este precepto; es preciso acreditar con las obras que se ama á los enemigos. Cuando no se les puedan hacer obsequios y beneficios, ayúdeseles con oraciones; suplan los deseos lo que falta al poder y á la pobreza. El precepto es verdaderamente singular; pero es del mismo Jesucristo: *Yo os digo, amad á vuestros enemigos.* Es verdad que es de mucha perfeccion este precepto; pero tambien quiere Jesucristo que seamos perfectos como nuestro Padre celestial. Parece mandamiento bien difícil; pero la gracia del Redentor todo lo hace fácil. Solamente la religion cristiana pide esta heróica magnanimidad; por ella sola es toda divina; divina en sus dogmas, que solo Dios nos pudo revelar; divina en su doctrina, que solo nos pudo enseñar el mismo Jesucristo. Pero ¿hemos comprendido bien toda la equidad, todas las ventajas y toda la perfeccion de este mandamiento? No hay pasion mas injusta que la venganza. Es la justicia vindicativa ejercicio de la suprema autoridad. ¿Y qué autoridad, qué jurisdiccion tenemos sobre nuestros hermanos para hacernos justicia por nosotros mismos cuando nos han ofendido ó agraviado? ¿y dónde se hallará ley mas oportuna para conservar la pública tranquilidad? Con mucha razon se puede decir que, cuando Dios nos intimó este precepto, atendió á nuestro interés particular. Ninguno hay que no pueda temer mayor daño de sus enemigos, que sus enemigos pueden temer de él. Considerado cada cual en su persona, no es mas que uno, y sus enemigos son muchos. Con solo este precepto quedan desarmados, y el precepto mira por nuestra seguridad. Por otra parte, ¿cuánto necesitamos nosotros mismos

patentes á ellos todos los misterios de iniquidad, y nadie le puede engañar, ni puede engañarse. El que no perdona á su hermano de lo mas íntimo de su corazon, dice el Salvador, *de cordibus vestris*, todas sus protestas de amor de nada sirven. No es perdonar de lo íntimo del corazon pedir satisfaccion por el agravio, no querer tratar con los que nos han ofendido, mirar con indiferencia y aun con frialdad á los que nos han hecho algun mal oficio. El precepto á la verdad es perfectísimo; pero al fin es precepto: ¿y cómo le has guardado tú?

2. Pero no basta perdonar al enemigo, no basta no desearle mal; es menester amarle, *diligite*, y es menester hacerle bien, *benefacite*. Así lo declara Jesucristo. De donde se infiere que no se cumple con este precepto precisamente con no hacer al enemigo el daño que fácilmente se pudiera; es preciso cuando se ofrezca la ocasion servirle en lo que se pueda, como se hace con los amigos. Es ilusion, es error contentarse con decir: yo no le quiero mal; no permita Dios que yo me vengue; pero no quiero su comunicacion, no quiero sus visitas, ni concurrir adonde él concurra; él en su casa, y yo en la mia; no me meto en sus negocios, y otras cosas á este tenor. Vamos claros, ¿es esto perdonar al enemigo de lo íntimo del corazon? ¿es amarle? ¡Bueno! con que no se quiere tener comunicacion con un amigo; no se quiere ir á su casa; húyese de concurrir adonde él concurra, no se puede sufrir su presencia, ¿á este sugeto se le ha perdonado de lo intimo del corazon? ¿y á este se le ama sinceramente? ¿estás pronto á servirle en todas las ocasiones? ¿has hecho alguna vez reflexion sobre la ridiculez y la extravagancia de esta conducta? En medio de eso, cada dia pedimos á Dios una y muchas veces, *que nos perdone nuestras deudas, como nosotros perdonamos á nuestros*

deudores; que nos trate á nosotros como nosotros tratamos á nuestros hermanos. ¿Y esto no es pedir á Dios que nos condene? Aprovéchate de estas reflexiones prácticas. ¿Te han ofendido ó maltratado? ¿te han hecho alguna injuria? pues perdona, y perdona de todo tu corazon, olvidando por amor de Dios la ofensa, el agravio y la afrenta. Busca cuanto antes á ese sugeto, alégrate de concurrir con él, habla siempre con estimacion de su persona, solicita acasiones de servirle, y acredita con todos que verdaderamente le amas. Solo procediendo así se guarda perfectamente este precepto.

DIA TRECE.

SAN ANACLETO, PAPA Y MÁRTIR.

El tercer pontífice que gobernó la Iglesia de Jesucristo despues de san Pedro fué san Clemente; y habiendo coronado sus apostólicas fatigas con la gloria de su ilustre martirio en tiempo del emperador Trajano, y en el año 102, estuvo vacante la santa sede por espacio de cinco meses. No pudo juntarse antes el clero romano para proceder á la eleccion á causa de la persecucion suscitada contra los cristianos, hasta que en fin el dia 3 de abril del año siguiente de 103, despues de largas oraciones, fué elegido san Anacleto por supremo pastor del rebaño de Jesucristo con aclamacion y gozo universal de todos los fieles. Era griego de nacion, natural de Atenas y de familia muy honrada. Su padre Antioco puso el mayor cuidado en darle la mejor educacion, y unida esta á un natural nacido para la virtud, acompañado de un ingenio sobresaliente, formó en Anacleto uno de los jóvenes mas cabales de toda la Grecia. Hallándose

san Pedro en Atenas, reconoció que Dios tenia destinado aquel jóven para sí, y le convirtió á la fe; de donde fácilmente se dejan discurrir los grandes progresos que haria en la ciencia de los santos bajo la disciplina de tal maestro. Fueron tantos, como dice san Ignacio en su epístola á los Trallianos, que, movido el santo apóstol de su vida ejemplar, de su zelo por la religion, de la inocencia de sus costumbres, y del raro talento de que le habia dotado el Señor, le admitió en la clerecía, le confirió los sagrados órdenes y le ordenó de diácono.

Revestido Anacleto con este carácter, sirvió maravillosamente á san Pedro en las sagradas funciones del apostolado, siendo fiel compañero de sus trabajos y de sus viajes; y experimentando el apóstol lo mucho que le ayudaba aquel su querido discípulo, tomó á su cargo el instruirle por sí mismo, y le ordenó de sacerdote. Con la nueva dignidad se hizo mas santo, y tambien mas útil al público; de manera que, añadiéndose á sus angelicales costumbres la excelencia de su ingenio, en breve tiempo fué uno de los mas santos ministros de la Iglesia.

Despues que el príncipe de los apóstoles coronó su apostolado con el glorioso martirio, prosiguió Anacleto trabajando con el mismo zelo y con el mismo fruto en los pontificados de san Lino, san Cleto y san Clemente, tanto, que con verdad se puede decir que debió la Iglesia á las apostólicas fatigas de nuestro santo mucha parte de los grandes y maravillosos progresos que hizo en Roma la religion en tiempos tan lastimosos. En virtud de esto, hubo poco que hacer para encontrar un digno sucesor de san Clemente. Fué escogido de unánime consentimiento el presbítero Anacleto, cuya eleccion, luego que se divulgó, fué generalmente aplaudida en toda la Iglesia.

Aunque el emperador Trajano no publicó ley ni edicto alguno contra los cristianos, no por eso dejó de ser muy cruel y muy violenta la persecucion que padecieron en su tiempo; pocas ciudades de Oriente y de Occidente dejaron de ser regadas con la sangre de los mártires. En todas partes se presentaban á la vista potros, horcas y cadalsos levantados para exterminar á los fieles; principalmente se desencadenó el infierno contra los obispos, persuadiendo á los gentiles que, privadas las ovejas de los pastores, fácilmente se dispersaria el rebaño, y en breve se desharia la Iglesia. Como ya desde entonces era Roma el centro de la religion, tambien fué el mas sangriento teatro de estas crueles tragedias. Habian derramado en ella su sangre por Jesucristo los gloriosos apóstoles san Pedro y san Pablo; tuvieron la misma dicha san Lino, san Cleto y san Clemente, y no se pasaba dia sin que se sacrificase algun cristiano al furor de los idólatras. Este era el estado de la Iglesia cuando entró á gobernarla san Anacleto.

Necesitó bien toda su virtud, toda su experiencia, todo su zelo y todo su valor para dirigir el timon entre tempestades tan furiosas, y en tiempo en que cada uno hacia mérito de perseguir á los cristianos. Esparcidas y atemorizadas las ovejas, se dejan fácilmente discurrir los cuidados, las fatigas, la solicitud y los desvelos que costarian al pastor. Todo se debia temer en aquella como primera y tierna infancia de la Iglesia, el poder y la crueldad de los enemigos de Jesucristo, su odio y su muchedumbre, el furor de los paganos, la rabia de los judíos, el miedo y la relajacion de los mismos cristianos: mas á todo atendió el santo pontífice, alentando á unos, confundiendo á otros, y conservando con fidelidad el sagrado depósito de la fe, sin dejar de dedicarse con grande felicidad á arreglar y á mantener la disciplina ecclesiástica.

Publicó admirables decretos para fomentar el fervor, y para corregir los abusos que se podian introducir en las costumbres. Persuadido de la necesidad que tenian los fieles de alimentarse á menudo con el sagrado cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, ordenó que comulgasen todos los que asistiesen al santo sacrificio de la misa; declarando que los que dejasen de sustentarse con este divino pan de los fuertes, serian considerados como medio vencidos, y como indignos de concurrir á la congregacion de los fieles. No juzgaba posible este gran pontífice, criado, por decirlo así, á los pechos de los apóstoles, que un cristiano, expuesto cada dia á ser presentado á los tiranos, pudiese resistir á los tormentos no estando fortalecido con este alimento celestial. Mandó que á la consagracion de un obispo asistiesen otros tres para hacer la ceremonia, y que se confiriesen en público todos los órdenes sagrados; prohibió, así á los prelados, como á todos los ordenados *in sacris*, que trajesen el cabello largo, y que siguiesen las modas de los seglares; queriendo que los ministros del altar se distinguiesen de los demás, no menos en la modestia del traje, que en la inocencia y ejemplar integridad de las costumbres.

Verdaderamente causa admiracion que en tiempos tan críticos y tan borrascosos como alcanzó este santo papa le pudiese permitir su solicitud pastoral descender á tan religiosas menudencias, y extender su vigilancia á todas las necesidades de la Iglesia. Asegúrase que este gran pontífice para dejar á la posteridad un monumento de su devocion y de su reconocimiento al príncipe de los apóstoles, á quien debia su conversion, acabó de edificar una iglesia en memoria de san Pedro encima de su sepulcro, la que habia comenzado siendo simple sacerdote, y á la que desde entonces se dió el nombre de *triunfo de*

los apóstoles, como todo se refiere en el pontifical de san Dámaso.

No es fácil imaginar virtud mas sobresaliente, capacidad mas extensa, caridad mas abrasada, zelo mas encendido, ni mas generoso que el que se admiraba en Anacleto. Dícese que en el Vaticano escogió y bendijo cierto sitio distinguido, destinándole para sepultura de los sumos pontífices, y que ordenó que en los cementerios comunes de los cristianos hubiese un lugar separado para enterrar á los que hubiesen padecido el martirio. En su pontificado ordenó tres diáconos, cinco presbíteros y seis obispos. Parece mas que verisímil que se ocultaron á la posteridad muchas de las maravillas y de los ilustres hechos que obró el inmenso zelo de este insigne pontífice, negándose á la noticia de los fieles por la falta de escritores en tiempos tan calamitosos; solo se sabe de cierto que, habiendo gobernado la Iglesia con innumerables fatigas y trabajos nueve años, tres meses y diez dias, coronó su pontificado con un glorioso martirio el dia 13 de julio, al principio del segundo siglo.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, san Anacleto papa y mártir, que gobernó la Iglesia de Dios despues de san Clemente, y la ilustró al fin con un glorioso martirio.

En dicho dia, san Joel y san Esdras, profetas.

En Macedonia, san Silas, que, siendo uno de los primeros hermanos, y habiendo sido destinado por los apóstoles para las iglesias de los gentiles con san Pablo y san Bernabé, desempeñó con el mayor zelo y perseverancia la predicacion; y glorificando á Dios en medio de sus padecimientos, descansó al fin en la paz del Señor.

Tambien en Macedonia, san Serapion mártir, que, bajo el emperador Severo y el presidente Aquila,

alcanzó la corona del martirio por el suplicio del fuego.

En la isla de Quío, santa Miropa, mártir, que, bajo el emperador Decio y el presidente Numeriano, rindió el alma á Dios, muerta á garrotazos.

En Africa, los santos confesores Eugenio, obispo de Cartago, esclarecido por su fe y sus virtudes, y *toda la clerecía de la misma* iglesia, compuesta de unas quinientas personas, entre las cuales se contaban algunos lectores todavía niños, los cuales todos, despues de crueles azotes y de mucha hambre, aguantaron gozosos en el Señor los rigores de un cruel destierro. Habia tambien entre ellos el arcediano llamado Salutario, y Murita el segundo de los ministros eclesiásticos, quienes, siendo confesores por la tercera vez, se hicieron ilustres con su gloriosa perseverancia en la fe de Jesucristo.

En Bretaña, san Turiafo, obispo y confesor, varon de admirable candor é inocencia.

En Albaterra cerca de Clermont en Auvernia, santa Perenela del órden Premonstratense.

En Trieste, san Zenon y santa Justina, mártires.

En las fronteras de Egipto y de Etiopia, san Batalan, mártir.

En Moromil en Frigia, el natalicio de los santos mártires Neon, Nicon y Heliodoro.

En el desierto de Escete en Egipto, santa Sara, vírgen.

En la laura de san Sábas en Palestina, san Estéban el Taumaturgo, monje, sobrino de san Juan Damasceno.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui nos beati Anacleti, martyris tui atque pontificis, annua solemnitate lætificas; concede propitius, ut cujus

O Dios, que cada año nos alegras con la solemnidad del bienaventurado Anacleto, tu confesor y pontífice, concéde-

natalitia colimus, de ejusdem etiam protectione gaudeamus. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

nos por tu bondad que, cuando celebramos su dichoso nacimiento á la gloria, experimentemos gozosos su poderosa proteccion. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 1 de la segunda del apóstol san Pablo á los Corintios.

Fratres: Benedictus Deus et Pater Domini nostri Jesu Christi, Pater misericordiarum, et Deus totius consolationis, qui consolatur nos in omni tribulatione nostra: ut possimus et ipsi consolari eos, qui in omni pressura sunt, per exhortationem qua exhortamur et ipsi à Deo. Quoniam sicut abundant passiones Christi in nobis, ita et per Christum abundat consolatio nostra. Sive autem tribulamur pro vestra exhortatione et salute, sive consolamur pro vestra consolatione, sive exhortamur pro vestra exhortatione et salute, quæ operatur tolerantiam earumdem passionum, quas et nos patimur: ut spes nostra firma sit pro vobis, scientes quòd sicut socii passionum estis, sic eritis et consolationis in Christo Jesu Domino nostro.

Hermanos: Bendito sea el Dios y el Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias, y Dios de todo consuelo, el cual nos consuela en toda nuestra tribulacion, para que podamos tambien nosotros consolar á los que están en cualquiera afliccion, por el mismo consuelo con que somos nosotros consolados por Dios. Porque así como abundan en nosotros las tribulaciones de Cristo, así tambien por Cristo es abundante nuestro consuelo. Pero, ya seamos atribulados, es para vuestro consuelo y salud; ya seamos consolados, es para vuestro consuelo; ó ya seamos exhortados, es para vuestra instruccion y salud, la cual obra en la tolerancia de las mismas aflicciones que padecemos tambien nosotros: para que sea firme la confianza que tenemos de vosotros, sabiendo que, así como habeis sido participantes de las aflicciones, lo seréis tambien de la consolacion en Cristo Jesus nuestro Señor.

NOTA.

« En el *principio* de esta segunda epístola da bien » á entender san Pablo á los Corintios el gozo que » tenia con la noticia del buen efecto que habia he- » cho en ellos la primera, mostrando en esto que » un hombre verdaderamente apostólico no ha de » tener otro fin que la salvacion de las almas y la » mayor gloria de Dios. »

REFLEXIONES.

Bendito sea el Dios de todo consuelo. ¡Oh, y cuánta verdad es que solo Dios es el Dios de todo consuelo, y que no se halla consuelo fuera de Dios! Inútilmente se procura engañar, divertir y alegrar el corazon con todo lo que le gusta. *Inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te*: siempre está acompañada de amargura la mas exquisita alegría cuando no tiene á Dios por principio; solo Dios puede saciar y sosegar nuestro corazon; de todos tiempos y de todos climas son frutos los cuidados y las inquietudes; llorando nacemos, y llorando morimos. Sembrado está de espinas el espacio que hay entre la cuna y la sepultura. Todos los frutos que lleva la tierra son verdes y amargos; solo pueden saber bien á los que tienen estragado el paladar. Dios es únicamente el Dios de todo consuelo; no hay que buscarle en otra parte; no hay verdadera dulzura que no se derive de este manantial. Fué el hombre criado para solo Dios; este es nuestro único fin y toda nuestra felicidad; no hay mas que consultar á nuestro corazon sobre este punto. Aquel Señor, que á cada criatura señaló su fin y el centro de su reposo, fuera del cual está en una continua agitacion, no es verisímil que á solo el hombre negase esta prerogativa, especialmente habiéndole él mismo impreso una extrema ansia de

ser dichoso, y habiéndole puesto en la absoluta imposibilidad de serlo en este mundo. Hace mas de seis mil años que todos los hombres trabajan para ser felices, y hasta ahora ninguno ha podido encontrar aquella felicidad llena y perfecta que colme y fije todos sus deseos; siempre queda en el corazon un inmenso vacío que no pueden llenar todos los objetos criados. No nació para ellos el hombre, y así ni le pueden satisfacer, ni le pueden consolar en el lugar de su destierro; es necesario que se eleve à Dios, y luego que toma este partido halla la paz, la suavidad y el consuelo, que no puede encontrar en otra parte. ¡Cosa extraña! búscase consuelo en medio de la amargura que inunda toda la tierra, y se extraña que, despues de tantas fatigas y de tantos movimientos, no se encuentren mas que manantiales amargos. Es preciso que las inquietudes sazonen todos los gustos. En el mundo no hay bien alguno puro, todos estan mezclados con las adversidades. Son las cruces hereditarias en todas las familias; ni las mas opulentas son las mas felices, ni las mayores las mas tranquilas. Son muy contados los dias serenos y de calma; pásanse pocos sin disgustos y sin desazones. En vano se busca el consuelo en los tesoros, en las fiestas, en el juego, en los espectáculos: todas esas diversiones suspenden por algunos momentos nuestro desasosiego; mas solo Dios es quien nos consuela total y plenamente: *Deus totius consolationis.*

El evangelio es del cap. 14 de san Lucas, y el mismo del dia XI, *pág.* 248.

MEDITACION.

DEL SERVICIO DE DIOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que debemos servir á Dios, y que no podemos servir á dos señores. Cuando Dios nos crió, nos hizo para sí, y no pudo criarnos para otro. Todos estamos en su servicio, y solamente nos conserva la vida para que la empleemos en él. Nos proteje, nos promete el salario, nos sustenta, y no hubo ni puede haber amo mas soberano. Nada tenemos que no lo hayamos recibido de él; nuestros bienes, nuestra salud, nuestras fuerzas, nuestra industria, nuestro talento, nuestro espíritu, nuestro corazon, nuestra vida, todo es suyo. Todo esto es, por decirlo así, un caudal que nos confió para que negociemos con él y para él, de que nos ha de pedir estrecha cuenta: estos son los medios que nos prestó para servirle; aplicarlos á otra cosa es hurto, es latrocinio. Vivir en el mundo y no servir á Dios, es ser un criado que conspira contra su amo. ¡Qué injusticia! ¡qué impiedad! No hay criatura en el universo que no obedezca á su Dios, que se desvíe un punto de sus órdenes, que no haga precisamente aquello para que Dios la crió; solo el hombre le es rebelde; solo él se resiste á servir al mayor, al mas dulce amo, al Señor mas amable de todos los señores, al único entre todos que merece ser servido. Admiramos este órden inalterable de dias y de noches, de estaciones y de climas, el arreglado y exacto curso de los astros, toda la admirable economía del universo nos suspende; pero al mismo tiempo ¿no nos da tambien en cara con nuestro desórden? Ese sol, que seis mil años ha sale y se pone tan regularmente todos los dias, sin haberse

desviado ni un solo punto del lugar donde Dios le fijó despues de tantos siglos: ese sol, vuelvo á decir, ¿no nos está dando en cara mudamente con nuestra infidelidad en el servicio de aquel Señor, que, habiéndonos criado para sí, nos intimó órdenes, reglas y mandamientos? No nos hubiera sacado Dios de la nada, si no hubiera sido para emplearnos en su servicio; ¿pues qué cuidado, qué ansia, qué aplicacion ponemos en darle gusto? Sea lo que fuere, todo lo que hiciéremos, empleos, cargos, embajadas, gobiernos, estudio, comercio, todo es perdido, todo es inútil, todo es pernicioso, si no servimos á Dios en todos esos empleos y en todas esas ocupaciones; si no hacemos en ellas lo que él quiere. ¡Ah, Señor, cuán injusto es que, siendo vos el único dueño que merece todos nuestros servicios, seais entre todos el peor servido!

PUNTO SEGUNDO.

Considera si sufriríamos mucho tiempo en nuestra casa á un criado que no nos sirviese mejor de lo que nosotros servimos á Dios. ¡O buen Dios, qué negligencia, qué infidelidad, qué desidia mas escandalosa! Sírvese con ansia, con zelo, con actividad á un amigo, á un protector, á un señor poderoso; solo vos sois servido con descuido. En el ejército, en los tribunales, en los empleos, en el comercio, en la tierra, en el mar, oficiales, ministros, nobles, plebeyos, hombres de todos estados, edades y condiciones, todos se hacen un deber de desempeñar dignamente el puesto que ocupan en el mundo; porque en fin ninguno gusta de ser tenido por inútil: pero ¿se sirve á Dios con el mismo ardor, con el mismo empeño, con el mismo gusto con que se sirve al mundo? Servir á Dios es guardar sus mandamientos, obedecer sus leyes, hacer estudio de darle gusto en todo. Servir á Dios es desempeñar con exactitud las

obligaciones de cristiano; es rendirle un culto religioso y lleno de piedad, es amarle con todo el corazon, es vivir inocentemente. Siendo esto así, ¿se sirve á Dios en ese gran mundo? ¿se le sirve en la corte de los grandes? ¿se le sirve entre los dichosos del siglo? ¿se le sirve entre los hombres de negocios? ¿se considera á lo menos por ocupacion y por negocio esto de servir á Dios? ¿será muy crecido el número de los verdaderos servios de Dios en todas las edades, en todas las condiciones y en todos los estados? Es verdad que en todos ellos se encuentran almas fieles que sirven al Señor en medio de Babilonia, como en el centro de Jerusalen; mas ¡oh, y qué contados son estos fieles siervos suyos! ¿Se hallan el dia de hoy muchos discipulos fervorosos, que á lo menos con el afecto renuncien toto lo que poseen por servir á Cristo? No parece sino que Dios es un Señor de mero título sin poder y sin autoridad, á quien tanto se nos da agradarle como desagradarle, disgustarle como complacerle. ¡Y cuántos falsos discípulos se encuentran aun entre los mismos que lo son de profesion! ¡cuántos de estos mismos siervos suyos, que ni aun se dignan llevar su librea!

¡Oh mi Dios, y qué poco amado sois! ¡Oh, y qué mal servido! ¿Y no seré yo reo de uno y de otro delito? Ningun dia de mi vida debiera dejar de serviros; mas, ¡y qué pocos puedo contar empleados en vuestro servicio! ¡Ah, que me hallo ya al fin de la carrera, y quizá no puedo tener el consuelo de haberos servido un solo dia! Sea, mi Dios, sea hoy el primero en que verdaderamente os sirva, y no permitais que viva ni uno solo sino para serviros.

JACULATORIAS.

O Domine, ego servus tuus: ego servus tuus. Salm. 115.
O Señor, yo soy tu siervo, yo soy tu siervo.

Servus tuus sum : da mihi intellectum ut sciam testimonia tua. Salm. 118.

Siervo tuyo soy, Dios mio : ilumina mi entendimiento para que conozca y obedezca tus preceptos.

PROPOSITOS.

1. Se tiene por dicha entrar á servir á los grandes; se hace vanidad de ser de su familia; se les sirve con exactitud, con fidelidad y con gusto; nada se teme tanto como disgustarlos; pero ¿servimos á Dios con la misma ansia y con el mismo ardor? Ciertamente, si el servir á Dios es como la voz de nuestra religion, se puede decir que esta voz está poco menos que muda en un gran número de fieles. Pregúntate á ti mismo sobre este artículo, advirtiendo ser preciso que tu zelo, tu fidelidad y tu fervor den testimonio de tu fe; declárate alta y descubiertamente por el servicio de Dios, á menos que como tantos otros te avergüences de servirle. Así en los dias de trabajo como en los de fiesta; tanto en el retiro de tu casa como en público; no menos en tiempo de adversidades que de prosperidad, en todo y por todo haz punto de religion y de honra el parecer buen cristiano, y siempre fiel siervo suyo.

2. En el servicio de Dios no hay cosa pequeña. En un criado no tanto se atiende á que haga cosas grandes, cuanto á que ejecute lo que le manda su amo. Sirves al mayor y al mejor de todos los señores; está conocida su voluntad; no ignoras sus mandamientos; se te han intimado sus órdenes; pues ejecútalas con puntualidad. Ten horror á todo lo que prohibe; nada omitas de lo que desea; y haz con fervor y con diligencia todo cuanto manda. *Maldito es aquel que sirve al Señor con negligencia,* dice el Sabio. Todas las mañanas en la oracion has de considerar que estás en

el servicio de Dios, y que ya te tiene señalada la tarea de aquel dia. En todo lo que hicieres, sea lo que fuere, has de tener presente que trabajas para Dios y delante de sus ojos; la principal obra que te pide son las obligaciones de tu estado, de tus empleos y de tu cargo; resuélvete á desempeñarlas con toda la posible aplicacion y exactitud. Si tienes otras obligaciones de religion, de caridad y de atencion, tambien te las pide tu soberano Dueño; cúmplelas con piedad, con ardor y con diligencia. El motivo es el que da el mérito y el valor á la mayor parte de las obras; en todas las que hicieres considérate como siervo de Dios, y por la noche ponte en su presencia para darle exacta razon de todo lo que has hecho durante el dia. Acuérdate de que el siervo perezoso fué tratado como el siervo infiel; pórtate con tanta fidelidad, con tanto puntualidad y con tanta prudencia, que todos los dias te pueda decir el padre de familias (1): *Euge, serve bone, et fidelis*: alégrate, fiel y exacto siervo mio, que hoy te has portado bien.

DIA CATORCE.

SAN BUENAVENTURA, CARDENAL, OBISPO Y CONFESOR.

Nació en Bagnarea de Toscana, ciudad pequeña del estado eclesiástico, el año de 1221, para ser uno de los mas brillantes astros de la iglesia de Occidente; uno de los principales ornamentos de la religion de san Francisco; admiracion de los mayores, mas sabios y mas santos hombres de su siglo; y en fin para ser apellidado *el Doctor seráfico* con justísima razon. Su padre se llamó Juan Fidenza, su madre Maria

(1) Matth. 25.



S. BUENAVENTURA,

CARDENAL, D. Y C.

Ritelli, ambos mas distinguidos por su gran virtud que por sus cuantiosos bienes de fortuna, y por su no menos antigua que calificada nobleza. En el bautismo se le puso el nombre de Juan; pero habiendo caido peligrosamente enfermo casi cuatro años despues, tanto, que le desahuciaron los medicos, le encomendó su piadosa madre á las oraciones de san Francisco, que vivia á la sazon y se hallaba en el mismo lugar, ofreciendo al Señor que si daba salud al niño le consagraria á su Majestad en la religion del seráfico padre. Este hizo oracion por el niño, y quedando de repente sano, exclamó el santo en su lengua italiana: *¡O buona ventura!* ¡O dichoso suceso! y desde entonces toda la familia, trasportada de gozo en vista de aquella maravilla, le comenzó á llamar Buenaventura, nombre que quedó despues al santo doctor.

Luego que se asomó el uso de la razon, tuvieron gran cuidado sus padres de advertirle el milagroso modo con que el cielo le habia conservado, previniéndole que el nombre que tenia era testimonio y memoria del milagro. Hizo este beneficio mas impresion de la que correspondia á su edad en aquel corazon tierno, blando y nacido para la virtud, acompañado de un entendimiento vivo y perspicaz. Ni la hicieron menor en él las primeras lecciones que le dieron. Apenas conoció á Dios, cuando le amó, y se hicieron manifiestas las particulares bendiciones con que le habia prevenido el cielo desde su misma niñez. Notóse que para él no tenian ningun atractivo los entretenimientos pueriles, y se observó como carácter propio suyo casi desde la misma cuna un grande amor á la pureza, y una ternísima devocion á la santísima Vírgen, conservando toda la inocencia de sus costumbres y todo el fervor de su devocion en el curso de sus estudios.

En ellos hizo maravillosos progresos; pero no

fueron menores los que hizo en el ejercicio de la virtud. Disgustóse del mundo antes de haberle conocido; y cuando se halló en edad proporcionada, solo pensó en cumplir lo que su madre habia prometido. Pidió el hábito de los frailes menores; concediéronsele, y el estado religioso dió la última mano á la perfeccion de aquella grande alma. Concluido el noviciado, le enviaron á estudiar la teologia en París, siendo su maestro el célebre Alejandro de Alés, quien, en vista de la gran santidad de su discípulo, solia decir que Buenaventura parecia no habia pecado en Adan.

No habia religioso mas humilde, mas pobre, ni mas ejemplar. Animado con el mismo espíritu del santo fundador, parecia san Francisco resucitado en san Buenaventura; la misma abnegacion de sí propio; el mismo zelo por la observancia de la santa regla; el mismo desasimiento de todo y las mismas penitencias. Por el tierno amor que profesaba á Jesucristo en el adorable sacramento de la Eucaristía, pasaba horas enteras al pié de los altares deshaciéndose en dulces lágrimas. Antes de ser sacerdote eran sus delicias comulgar con la mayor frecuencia posible; y se dice que, habiéndose abstenido un dia de la sagrada comunion por reverencia y por respeto, fué comulgado por mano de un ángel.

Recibió con el sacerdocio el último retoque de su virtud, y todo el cumplimiento de sus amorosas ansias. A los que le veian en el altar se les comunicaba la devocion del sacerdote. Las dulces lágrimas que derramaban sus ojos y el fuego que despedia su semblante daban testimonio de que se estaba oyendo la misa de un santo. Su recogimiento interior, sus conversaciones y su modestia eran pruebas de su íntima union con Dios. Parecia estar continuamente en oracion, y con efecto empleaba codiciosamente

en ella todo el tiempo que le dejaban libre sus estudios y las demás ocupaciones. El coro era su recurso para recrearse y para cobrar nuevas fuerzas para trabajar. La materia mas ordinaria de su meditacion era la vida, pasion y muerte de nuestro Señor Jesucristo. Compuso un obrita sobre este asunto, con una meditacion para cada dia de la semana; dió á luz un tratadito de la oracion mental; dispuso algunas oraciones vocales, y escribió de la sublime contemplacion con tanta energía y uncion, que desde entonces mereció el título de Doctor seráfico.

Aunque parecia estar totalmente dedicado á estos ejercicios de devocion, hacia al mismo tiempo tan asombrosos progresos en las ciencias, que, aunque no contaba todavía treinta años, le escogió la universidad de Paris para enseñar públicamente en ella, dándole la cátedra de filosofía y de teología. Explicó al Maestro de las sentencias tan á satisfaccion y con tanto aplauso, que se puede decir le debió aquella universidad, no menos que á santo Tomás de Aquino, gran parte del alto concepto y reputacion que ya se habia granjeado en aquel siglo. En ella se conocieron y se trataron los dos santos, estrechando entre sí aquella íntima amistad, que fué el mejor panegírico de los dos, y que duró tanto como su vida.

Así brillaba el santo doctor en la célebre escuela de París, siendo estimado y venerado de los mas sabios y mas santos prelados de la Europa, tanto por la fama de su eminente virtud, como por el merecido crédito de su gran sabiduria, cuando su seráfica religion quiso disfrutar este tesoro, aprovechándole mas inmediatamente en su propia utilidad. Estaba congregado en Roma el capítulo general de la órden para la eleccion de general, y presidia en él personalmente el papa Alejandro IV. Uniéronse todos los votos en favor de nuestro santo; y aunque á la sazon no tenia

mas que 35 años, fué elegido general por todos los votos, no habiéndole faltado mas que el suyo. Confirmó el papa la eleccion; y por mas que la humildad de fray Buenaventura renunció, resistió y representó, le fué preciso obedecer. Su misma conducta en el gobierno justificó el acierto, mostrando siempre una gran prudencia, un vigoroso zelo por la observancia religiosa, mucha firmeza y no menor teson, pero sazonado con admirable dulzura, y la mayor aplicacion á conservar en su vigor el primitivo espíritu de la órden: el empleo de ministro general solo sirvió para hacer mas visible su profunda humildad. No habia hombre de mayor mérito, ni que mas bajamente sintiese de sí. Aunque estaba oprimido de negocios, no se dispensó en ninguna de sus ordinarias penitencias, y mucho menos en su frecuente recurso á la oracion: la elevacion del empleo no le estorbaba el ejercer los oficios mas humildes del convento; y siendo general, servia á los enfermos con la misma caridad que si hubiera tenido el destino de enfermero.

Ni el tiempo que ocupaba en los negocios públicos puestos á su cargo le impedia el cumplir exactamente con sus devociones particulares, y lo que es mas, le distraia bien poco de sus acostumbrados estudios. Por espacio de diez y ocho años gobernó toda la órden con tanta prudencia, con tanto acierto y con tanta moderacion, que no contribuyó poco al gran esplendor que adquirió en el mundo la religion de san Francisco, haciéndola tan célebre en todo el universo, y siendo uno de los mas bellos ornamentos de la Iglesia católica. La vigilancia en precaver todo cuanto podia introducir alguna relajacion en la observancia, la acreditaron bien los prudentes estatutos que hizo en el capítulo general que se celebró en Narbona el año de 1260; pero no se limitaba su zelo

precisamente á promover el mayor bien de su religion.

Como por razon de su oficio se veia precisado á visitar diferentes provincias de la Europa, no malograba ocasion de solicitar en todas partes la mayor gloria de Dios, ni de trabajar en la salvacion de las almas. Predicaba, instruia y confesaba con inmenso fruto, haciendo muchas y admirables conversiones. Valíase del crédito y del favor que su virtud y su empleo le merecian con los príncipes y con los prelados para la reforma de las costumbres y para el aumento de la piedad cristiana. Pasando su zelo mas allá de los mares, envió muchos religiosos para que predicasen la fe á los infieles.

Sobre todo, no perdia ninguna ocasion de extender y de aumentar el culto de la santísima Vírgen, por la tierna devocion que profesaba á esta Señora. Conformándose con el espíritu de su seráfico Padre, quiso que se dedicasen á esta soberana Reina casi todas las iglesias de la órden; que se celebrasen en ella con la mayor solemnidad todas sus fiestas; y para inspirar la misma devocion en todos los pueblos, se valió de todo su crédito y de todas sus piadosas industrias. Fuera de sus ordinarias exhortaciones y de las conversaciones familiares, en que siempre habia de entrar la devocion á la santísima Vírgen, escribió muchos tratados para promoverla. Compuso un oficio particular de la Vírgen con muchas oraciones llenas de ternura; hizo un nuevo salterio, aplicando á la Vírgen las sentencias y las palabras de David con tanta devocion y con tanta oportunidad, que parece haber sido inspirado el nuevo salmista por el mismo Espíritu que inspiró inflamados afectos al antiguo.

Apenas se puede comprender cómo un hombre, abrumado con el peso de tantos negocios, pudo hallar tiempo para enriquecer la Iglesia con tanto

número de excelentes obras, llenas todas de energía y de una devocion que era el carácter propio de su pluma. En todos sus escritos está derramada cierta especie de mocion, que, alumbrando el entendimiento, enciende la voluntad en el fuego de aquel divino amor en que él mismo se abrasaba. Por eso dijo el célebre Gerson que san Buenaventura era sólido, elocuente y devoto, y que para los verdaderos teólogos no habia doctrina mas sana ni mas salutable que la suya.

Gerardo de Abbeville, doctor parisiense, abrazó el partido de Guillelmo de Sant-Amor, y escribió contra los frailes mendicantes : tomó la pluma san Buenaventura, y le refutó por escrito con aquella admirable obra que intituló : *Apología de los pobres*, y tapó la boca al calumniador. Otras muchas obras compuso en defensa de su religion, y para explicar la regla de san Francisco. Tenemos del santo muchos tratados de filosofía y de teología ; excelentes comentarios sobre el antiguo y nuevo Testamento ; muchos sermones eficaces y doctrinales ; gran número de tratados espirituales, en cuya atencion justamente es tenido san Buenaventura por uno de los mayores doctores de la mística teología. Las meditaciones sobre la vida y muerte de Jesucristo son de exquisito gusto, y el método es verdaderamente original. La vida que compuso del seráfico padre san Francisco no fué la menor de sus obras. Cuando la estaba escribiendo le fué á visitar su amigo santo Tomás, y sabiendo en lo que estaba ocupado, no quiso entrar, diciendo : *Dejemos al santo trabajar para otro santo; sería imprudencia interrumpirle.* Pasando en otra ocasion á verle el mismo santo doctor, y admirado de la celestial sabiduría de sus escritos, le preguntó confidencialmente, ¿en qué libros estudiaba aquella elevada doctrina, y dónde habia aprendido aquella elocuencia tan llena de devocion? Descubrióle entonces san Bue-

naventura un crucifijo y le dijo : *Este es el libro donde estudio todo lo que enseño.*

Concluido el capítulo general de Pisa, donde estableció diversos y muy prudentes reglamentos, pasó á Roma con el fin de suplicar al papa Urbano IV nombrase un cardenal que fuese protector de su órden, y su Santidad nombró al cardenal de los Ursinos. Temiendo el santo que el cuidar de las monjas de Santa Clara seria con el tiempo una carga demasiadamente gravosa para sus frailes, suplicó al papa se sirviese exonerarlos de ella; pero no queriendo el pontífice privar á las religiosas de los muchos bienes que podian sacar de su espiritual asistencia, se contentó con especificar, en la bula, que los frailes menores no estarian obligados á asistirlas de justicia, sino de pura caridad.

El papa Clemente IV, sucesor de Urbano, le estimó y le amó tanto como sus predecesores. Nombróle para el arzobispado de Yorck, que en aquel tiempo era una de las mayores y mas autorizadas sillas episcopales de la Iglesia; pero no fué posible vencer su humildad ; pues, aunque el pontífice quiso usar de su autoridad, el santo se arrojó á sus piés, lloró tanto y le hizo tales instancias, que al cabo le rindió. Pero le duró poco su alegría, porque Gregorio X, menos flexible que Clemente, resolvió absolutamente elevarle á las primeras dignidades, ilustrando al sacro colegio con un sugeto de aquel mérito. Creóle cardenal y le envió la birreta por dos nuncios, que le hallaron en el convento de Magelo fregando los platos en la cocina. No interrumpió esta humilde ocupacion por la noticia de la nueva dignidad ; prosiguió fregando hasta que acabó su labor; y precisado á obedecer, partió á Roma. Acababa el papa de convocar un concilio general en Leon de Francia, y tenia ya pensado que Buenaventura fuese como el oráculo del

concilio, por lo que le recibió con el mayor alborozo, y luego le consagró por obispo de Albano.

Acompañó al pontífice el nuevo cardenal en su viaje á Leon, donde se hizo la apertura del concilio, presidido por el mismo papa, el dia 7 de mayo de 1274. Predicó san Buenaventura en la segunda y tercera sesion, siendo como el alma de todas las conferencias. Brillaron tanto en todas las ocasiones sus milagrosos talentos, que así los griegos como los latinos le reconocieron por uno de los hombres mas santos y mas sabios que habia entonces en la Iglesia. Habiendo trabajado mas que otro alguno, tanto en la reunion de los griegos, como en las demás materias que se trataban en el concilio, cayó en una gran debilidad, acompañada de continuos vómitos. No es ponderable cuánto afligió á todos los padres la enfermedad del cardenal, á quien todos veneraban como el oráculo del concilio; pero queria el Señor premiar sus trabajos y coronar sus méritos en medio de aquella augusta asamblea, y así pasó de esta vida á la eterna el dia 14 de julio del año 1274, contando solamente 53 de edad.

Lloróle todo el concilio; y el papa al frente de todos los padres asistió á sus exequias, que se celebraron con extraordinaria pompa en la iglesia de los franciscos, donde el cardenal de Tarantesio, despues papa con el nombre de Inocencio V, predicó la oracion fúnebre. Desde luego manifestó Dios la gloria de su siervo con mucho número de milagros, y no fué el menor el que sucedió 160 años despues de su muerte. En el de 1434 edificaron los frailes menores una nueva iglesia, y se abrió el sepulcro del santo para trasladar á ella sus reliquias; halláronse consumidas las carnes, pero la cabeza tan entera como el mismo dia de su muerte, con todos sus cabellos, sus dientes, y la lengua tan fresca, los labios tan encarnados, y el color del rostro tan perfecto y tan vivo, como si el santo

lo estuviera. Colocáronse los huesos en una urna, y la cabeza en un relicario separado, que hasta hoy es objeto de la veneracion de los fieles; pero habiéndose apoderado de Leon los calvinistas en el siglo siguiente, quemaron públicamente sus huesos, y arrojaron las cenizas en el Ródano. La santa cabeza se libertó de su furor por la constancia de un religioso de san Francisco, á quien no fué posible obligar á descubrir donde estaba oculta aquella preciosa reliquia por mas horribles tormentos que le dieron. La ciudad de Bagnaréa, patria del santo, conserva un hueso del brazo, que le enviaron de Leon cuando las reliquias se trasladaron á la nueva iglesia. Canonizóle solemnemente el papa Sixto IV; y Sixto V mandó se rezase un oficio doble, y le colocó en la clase de los doctores de la Iglesia.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Leon de Francia, la muerte de san Buenaventura, cardenal y obispo de Albano, confesor y doctor del órden de san Francisco, ilustre por su saber y santidad de vida.

En Roma, san Justo, soldado al mando del tribuno Claudio, que, convertido á Jesucristo en la aparicion milagrosa de una cruz, y bautizado al punto, dió á los pobres cuanto poseia. Despues fué preso por órden del prefecto Magnecio, quien le mandó azotar con vergas, ponerle sobre la cabeza una celada candente, y arrojarle por último en medio de una fogata; y sin perder un solo cabello ni recibir lesion alguna, rindió su espíritu confesando el nombre del Señor.

En Sinopa, provincia del Ponto, san Fóras, mártir, obispo de aquella ciudad, que se fué al cielo despues de haber aguantado valeroso cárceles, grillos, cadenas y el suplicio del fuego por el amor de Jesucristo.

Sus reliquias, llevadas á Viena de Francia, fueron depositadas en la basílica de los santos apóstoles.

En Alejandría, san Heráclas, obispo, que Africano el historiógrafo dice haber ido á Alejandría á causa de su grande reputacion.

En Cartago, san Ciro, obispo, en cuya fiesta pronunció san Agustin sobre sus virtudes un sermon al pueblo.

En Como, san Felix, primer obispo de aquella ciudad.

En Bresa, san Optaciano, obispo.

En Deventer en Bélgica, san Marcelino, apellidado Marzómes, presbítero y confesor.

Cerca de Chambon en el Berri, san Justo, confesor, colaborador de san Ursino en el establecimiento de la fe.

En Leon de Francia, san Amico, confesor.

En Alejandría, los santos mártires Menesideo y algunos otros.

En Africa, los santos mártires Papías y Donato.

En los confines de Egipto y de Etiopia, san Ubolo y compañeros hasta el número de doscientos sesenta mártires.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente.

Deus, qui populo tuo æternæ salutis beatum Bonaventuram ministrum tribuisti: præsta, quæsumus, ut quem doctorem vitæ habuimus in terris, intercessorem habere mereamur in cœlis. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que te dignaste darnos por ministro de nuestra eterna salvacion al bienaventurado Buenaventura; concédenos que sea nuestro intercesor en el cielo el que merecimos tener por nuestro doctor en la tierra. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 4 de la segunda que escribió el apóstol san Pablo á Timoteo.

Charissime: Testificor coram Deo et Jesu Christo, qui judi-

Carísimo: Te conjuro delante de Dios y de Jesucristo, que

caturus est vivos et mortuos, per adventum ipsius, et regnum ejus: prædica verbum, insta opportunè, importunè; argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina. Erit enim tempus, cùm sanam doctrinam non sustinebunt, sed ad sua desideria coacervabunt sibi magistros, prurientes auribus: et à veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur. Tu verò vigila, in omnibus labora, opus fac evangelistæ, ministerium tuum imple. Sobrius esto. Ego enim jam delibor, et tempus resolutionis meæ instat. Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi. In reliquo reposita est mihi corona justitiæ, quam reddet mihi Dominus in illa die justus judex: non solùm autem mihi, sed et iis, qui diligunt adventum ejus.

ha de juzgar á los vivos y á los muertos por su venida y por su reino, que prediques la palabra, que instes á tiempo y fuera de tiempo; que reprendas, supliques, amenaces con toda paciencia y enseñanza. Porque vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina; antes bien juntarán muchos maestros conformes á sus deseos que les halaguen el oido, y no querrán oir la verdad, y se convertirán á las fábulas. Pero tú vela, trabaja en todo, haz obras de evangelista, cumple con tu ministerio. Sé templado. Porque yo ya voy á ser sacrificado, y se acerca el tiempo de mi muerte. He peleado bien, he consumado mi carrera, y he guardado la fe. Por lo demás tengo reservada la corona de justicia que me dará el Señor en aquel dia, el justo juez: y no solo á mí, sino tambien á todos los que aman su venida.

NOTA.

« Era Timoteo obispo de Éfeso, y san Pablo estaba » ya en vísperas de su martirio, considerándose » como una víctima rociada con las libaciones, y dis» puesta para el sacrificio, cuando le escribió esta » carta; por lo cual la considera san Juan Crisóstomo » como el testamento del Apóstol. »

REFLEXIONES.

Vendrá tiempo en que los hombres no sufrirán la sana doctrina. Si la triste experiencia de todos los

siglos no hubiera verificado esta profecía, ¿la creerian los fieles con mucha facilidad? ¿quién podria imaginar que, siendo los hombres tan interesados, no aspirando mas que á su provecho, poniendo tanto cuidado en no ser engañados, y amándose tanto á sí mismos, no han de poder tolerar la sana doctrina? Pues sin ella todo es error, todo descamino, todo ilusion, todo veneno y todo es lazos. Doctrina sana en los dogmas, y doctrina sana en las costumbres; no hay otro camino para la salvacion; no hay otra guia segura. La fe y la moral de Jesucristo, en esto estriba todo el edificio; la fe nos alumbra, la moral nos instruye; ya se yerre en uno, ya en otro, es igual el peligro; sin luz es preciso descaminarse; con falsas instrucciones no se puede ir derecho. ¿Cuándo se vió pureza de costumbres sin fe? ¿y de qué sirve la fe sin las obras? No seguir la doctrina sana en materia de fe, es herejía; no seguirla en materia de costumbres, es impiedad, es disolucion. Buscar doctores que yerren en la fe, es quererse perder; buscarlos anchos, indulgentes y relajados, es, por decirlo así, cerrar la puerta á la esperanza de la enmienda. La menor sospecha que se tenga de un doctor en materia de fe, basta para que visiblemente ponga en riesgo su salvacion el que le consulta y le toma por director. Si este altera la doctrina del Evangelio, ¿se arriesga poco en escogerle por guia y por médico espiritual? Cuando se trata no menos que de la salvacion eterna, ¿quién dirá que están de sobra las mayores precauciones? La sana doctrina es la única que puede conducir seguramente al puerto de la salvacion; ella sola alumbra el entendimiento, mueve el corazon, disipa el error y doma las pasiones. Sin ella, ¿quién se libra del naufragio? Cuando el piloto pierde de vista la estrella, no es posible navegar mucho tiempo en un mar alborotado sin perecer. Si el médico lisonjea á la

enfermedad, si los remedios no son adecuados, si el régimen es contrario á la salud, ¿en qué ha de parar el enfermo? Desengañémonos, la sana doctrina, que es la de Jesucristo y la del Evangelio, es la única doctrina de la salvacion. ¿Pues cómo es posible disgustarse de ella? No se la puede sufrir porque doma el orgullo, porque mortifica los sentidos, porque refrena las pasiones, porque es contraria al amor propio. ¿Y en qué viene á parar el no seguirla? Los herejes y los licenciosos no la siguen; pues los que siguieren la misma doctrina que ellos, tendrán tambien el mismo paradero.

El evangelio es del cap. 5 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Vos estis sal terræ. Quod si sal evanuerit, in quo salietur? ad nihilum valet ultra, nisi ut mittatur foras, et conculcetur ab hominibus. Vos estis lux mundi. Non potest civitas abscondi supra montem posita. Neque accendunt lucernam, et ponunt eam sub modio, sed super candelabrum, ut luceat omnibus qui in domo sunt. Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum, qui in cœlis est. Nolite putare quoniam veni solvere legem, aut prophetas: non veni solvere, sed adimplere. Amen quippe dico vobis: donec transeat cœlum et terra, jota unum, aut unus apex non præteribit à lege, donec omnia

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Vosotros sois la sal de la tierra; y si la sal se deshace ¿con qué se salará? Para nada tiene ya virtud, sino para ser arrojada fuera, y pisada de los hombres. Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse *una* ciudad situada sobre un monte. Ni encienden una vela, y la ponen debajo del celemin, sino sobre el candelero, para que alumbre á todos los que están en casa. Resplandezca, pues, así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos. No juzgueis que he venido á violar la ley, ó los profetas: no vine á violarla, sino á cumplirla. Porque os digo en verdad, que hasta que pase el

fiant. Qui ergo solverit unum de mandatis istis minimis, et docuerit sic homines, minimus vocabitur in regno cœlorum: qui autem fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno cœlorum.

cielo y la tierra, ni una jota, ni una tilde faltarán de la ley, sin que se cumpla todo. Cualquiera, pues, que quebrantare alguno de estos pequeños mandamientos, y enseñare así á los hombres, será reputado el menor en el reino de los cielos, mas el que los cumpliere y enseñare, será llamado grande en el reino de los cielos.

MEDITACION.

DE LOS CONSUELOS DE LA VIDA PERFECTA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la vida perfecta es la de una alma verdaderamente cristiana, que ama á Dios sin excepcion y sin reserva, cuyo único deseo es agradarle, ocupada enteramente en darle gusto, y en mirar con horror cuanto le puede ofender. ¿Dónde hay vida mas dulce, mas tranquila, mas feliz?

No tiene la perfeccion cristiana ni los rigores, ni las molestias, ni las dificultades que nos imaginamos; pide necesariamente entregarse á Dios con toda el alma, y á quien se entrega á Dios con toda el alma, todo le es muy facil. Los que son enteramente de Dios, sin repartirse con otros, siempre están contentos; porque solo quieren lo que Dios quiere, y tienen gusto en hacer por él todo lo que quiere. Pues como Dios no puede querer sino lo mejor, lo que nos es mas útil y mas conveniente, estas generosas almas, estas almas santas, al mismo tiempo que se despojan de todo por amor de Dios, encuentran el céntuplo en el mismo generoso despojo. La paz de la conciencia; la libertad del corazon; el consuelo

de abandonarse en las manos de Dios; la alegría de verse cada dia iluminados con nuevas luces; y en fin, aquel desembarazo de los temores y de los deseos tiránicos del siglo, forman aquel céntuplo de felicidad que los verdaderos hijos de Dios gozan en medio de los trabajos, con tal que sean fieles. Padecen, no lo niego; pero desean padecer, y no trocarán sus penas por todos los falsos gustos del mundo. Afligen, atormentan á sus cuerpos los mas crueles dolores: es así; pero su voluntad firme y tranquila encuentra en ellos los mayores consuelos. Los mundanos, los dichosos del siglo, solo pueden gozar una alegría pasajera, y aun esa muy superficial. Un poco de reflexion basta para cubrir de amargura el corazon mas alegre; pero la perfeccion cristiana está á cubierto de todos estos insultos: la alegría que ocasiona es pura, constante y sólida; lejos de turbarla la reflexion, la aumenta y la confirma. Pondérense cuanto se quisiere los gustos del mundo; ni uno solo se encontró jamás que satisfaciese el alma. Esos gustos y esas alegrías son efectos de algunas pasiones, y no pueden ser otra cosa. ¿Pues cuándo hubo pasion moderada y amiga de nuestra quietud? Son nuestras pasiones el funesto manantial de nuestros cuidados y de nuestros desasosiegos, y á ellas solo se reducen todas las alegrías mundanas. Los felices sucesos de la ambicion, del interés, del amor á la diversion, los frutos de la venganza ó de la emulacion, á eso se reduce la felicidad que causan las complacencias del mundo. ¡Ah buen Dios, y qué complacencias!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que Dios nos pide una voluntad entera, esto es, que no esté repartida entre él y alguna criatura; una voluntad dócil y manejable, puesta enteramente en sus manos, que solo desee lo que Dios

desea, y solo aborrezca lo que él aborrece; una voluntad que quiera sin reserva todo cuanto quiere, y por ningun caso, ni por algun pretexto haga jamás cosa que no quiera. A quien está en esta dichosa disposicion todo le aprovecha; y hasta aquellas inocentes diversiones, que de cuando en cuando toma para recrear el ánimo, se convierten en obras meritorias. ¡Dichoso aquel que se entrega del todo á Dios! Libre de sus pasiones, superior á los juicios de los hombres, á su malignidad, á la tiranía de sus máximas, á sus frias y miserables zumbas, á las desgracias que el mundo atribuye á la fortuna, á la infidelidad y á la inconstancia de los amigos, á los artificios y lazos de los enemigos, se ve como exento de su propia flaqueza, de la miseria de la vida, de los horrores de una mala muerte, de los crueles remordimientos que acompañan á los gustos prohibidos; y en fin, de la eterna condenacion del supremo Juez, de la reprobacion eterna, que es la mayor de todas las desdichas. Un cristiano perfecto se halla libre de esta innumerable multitud de males. Puesta su voluntad en las manos de Dios, solo desea lo que el Señor quiere; hallando su mayor consuelo, guiado de la fe y fortalecido con la esperanza, en medio de las mayores tribulaciones. ¿Pues no seria una lastimosa flaqueza, una indigna cobardía temer entregarse todo á Dios, y empeñarse demasiado en un estado tan apetecible? Pídenos Dios nuestra voluntad; ¿y acaso nos pide demasiado en esto? ¿para qué nos la pide sino para hacernos dichosos aun en esta vida? Pídenos todo nuestro corazon; porque siendo Dios no podia contentarse con que se le diésemos á medias; ni le dariamos mucho, aunque se lo diéramos todo. No puede haber mayor locura, que temer darse demasiadamente á Dios; es lo mismo que temer ser demasiadamente dichoso. En medio de eso, esto es pun-

tualmente lo que temen tantos que presumen de devotos; tantos que sirven y aman á Dios con infinitas condiciones, con mil delicadas reservas; tantas personas tibias, flojas y descuidadas en el servicio de Dios.

¡Amable Salvador mio, y cuánta razon tengo para avergonzarme en vista de mi cobardia y de mis pasadas tibiezas! Es cierto, Señor, que he gustado muy poco aquellas delicias, aquellos celestiales consuelos que reservais para vuestros favorecidos; porque tambien os he amado muy poco y os he servido con mucha flojedad. Aquí teneis, Señor, todo mi corazon, y con él os entrego tambien todo mi espíritu, toda mi voluntad, todo cuanto soy; y os lo entrego sin dilacion y sin reserva, no queriendo ser ni vivir sino para vos solo.

JACULATORIAS.

Quàm magna multitudo dulcedinis tuæ, Domine, quam abscondisti timentibus te! Salm. 30.

¡O Señor, y qué de consuelos teneis reservados á los que os temen, os aman y os sirven!

Beati immaculati in via, qui ambulant in lege Domini. Salm. 118.

Mil veces son dichosos y bienaventurados aun en esta vida los que guardan la ley santa de Dios.

PROPOSITOS.

1. Por mas que todos los santos nos aseguren que no hay en la tierra consuelos iguales á los que gustan los verdaderos siervos de Dios; por mas que el mismo Jesucristo nos proteste que la paz del corazon, la tranquilidad del espíritu, la alegría y los consuelos interiores se reservan para los que le sirven con fervor; no se quiere creer lo que no se experimenta. ¿De dónde nacerá tanta incredulidad en un punto sobre el que parece nos importaria mucho el ser mas dóciles!

Yo lo diré: no se quiere creer que sea tan dulce la vida perfecta, porque no se quiere practicar lo que es necesario para lograrla; como si el error pudiera excusar la cobardía. Corrige esa falsa idea, y resuélvete desde luego á hacer la experiencia de las dulzuras que gustan en el servicio de Dios las almas fieles; comienza á cumplir con puntualidad las obligaciones de tu estado; forma una eficaz resolucion de no negar á Dios cosa que te pida; sírvele desde este mismo instante con nuevo fervor; preséntate en la iglesia con nuevo respeto; reza y haz oracion con nueva piedad; pasa este dia de manera que no te acuse la conciencia ni de cobardía, ni de infidelidad, ni de negligencia en el servicio de Dios, y gustarás cuán dulce es el Señor.

2. Toma hoy un cuarto de hora de tiempo para pedirte cuenta, y de rodillas ó sentado, examina ciertos descuidos, ciertas faltillas de fidelidad, ciertos pequeños sacrificios que hace tanto tiempo te está pidiendo Dios, y tambien hace tantos años que tú le niegas. Basta un menudo recuerdo de estos hechos para cubrirnos de confusion, y para justificar el rigor con que alguna vez nos ha tratado la divina Providencia. Perdonaste una injuria, un desaire que te hicieron; no deseaste mal alguno á quien te le hizo; pero no tienes valor para hacer á esa persona una visita, ni para concurrir adonde ella concurre, no obstante de que lo requeria así la atencion ó la necesidad. Esto te pedia Dios, y esto le negaste. Tienes horror á ciertos vicios groseros; los raptos de cólera te parecen indignos, no solo de un cristiano, sino de un hombre de bien; pero muchas veces estás de mal humor con la familia, y tus criados y tus hijos experimentan con frecuencia los amargos efectos de ese mal humor. Esto te pedia Dios, y esto le negaste. No gustas vestirte inmodesta ni provocativamente; pero



S. ENRIQUE EMPERADOR.

te agradan mucho mil invenciones de la vanidad, cien cachivaches de la moda, á cual mas costosos, á cual mas superfluos, y á cual menos cristianos. Este sacrificio te pedia Dios, y tú no le quisiste hacer. Guardas tus votos religiosos, y observas exactamente ciertas reglas; pero no cumples con otras fáciles y menos considerables. La observancia de estas te pedia tambien Dios, y no has querido concedérsela. Tu vida es igual, devota, arreglada, ejemplar; pero al cabo del dia te estaba pidiendo Dios algunas pequeñas mortificaciones. Suprimir un dicho agudo, mortificar una curiosidad, bajar el tono de la voz, guardar modestia en tal ocasion; estos sacrificios son bien pequeños, y tú los harias por un corto interés, por servir á un amigo, por complacer á una persona, etc. Pidiótelos Dios, y no los quisiste hacer por él. Estos hechos te deben avergonzar; tu conciencia te acusa de ellos; ¡y despues te quejas de la sequedad, y de que la gracia no allane las dificultades que experimentas en el servicio de Dios! *Date, et dabitur vobis*: da á Dios esas cortas señales de fidelidad, y Dios te concederá aquellos abundantes consuelos interiores, que hacen tan suave su yugo y su carga tan lijera.

DIA QUINCE.

SAN ENRIQUE, EMPERADOR.

Nació en el castillo de Abaudia, sobre el Danubio, el año de 972, siendo su padre Enrique, duque de Baviera; y su madre Gisella, hija de Conrado, rey de Borgoña. Administróle el santo bautismo Wolfango, obispo de Ratisbona, quien, sintiendo dentro de su corazon ciertos secretos anuncios de la futura santi-

dad del tierno príncipe, quiso encargarse de su educacion; y le crió con el mayor cuidado, inspirándole los mas puros principios de la piedad cristiana. Imprimióle tanto horror al vicio, que no podian ser mas inocentes las costumbres del niño Enrique. Contribuian mucho á la eficacia de las saludables instrucciones del santo prelado el bello natural del príncipe, su corazon recto y compasivo, su ingenio tan pronto como dócil, su aire apacible, pero al mismo tiempo majestuoso, y unos modales nobles, naturalmente gratos, desembarazados y atentos. Previendo san Wolfango los grandes bienes que prometian á la Iglesia y al Estado las virtuosas inclinaciones y los elevados talentos de su discípulo, no perdonó medio ni diligencia para formar en él un gran santo y un gran príncipe.

Logrólo todo felizmente. Aprovechóse Enrique admirablemente de las lecciones que oia á tan hábil como experimentado maestro; y en pocos años hizo asombrosos progresos en el difícil arte de obedecer á Dios y mandar á los hombres. Muerto Wolfango, no por eso se desvió un punto el príncipe de aquel método de vida que habia entablado por su consejo; y creciendo con los años la virtud, era ya el príncipe de Baviera la admiracion de todas las córtes cuando la muerte le quitó á su querido maestro. Sintió y lloró esta pérdida como era justo; y para hallar algun consuelo en su dolor, todos los dias pasaba muchas horas de oracion sobre su sepultura, regándola siempre con tiernas y dulces lágrimas.

Dormia una noche el príncipe en su cuarto, y soñó que estaba sobre la sepultura de san Wolfango, pareciéndole que veia al mismo santo, y que con el dedo le mostraba un letrero escrito en la pared, mandándole que le leyese; pero que él, por mas que se esforzaba en leerle todo, no pudo pasar de estas

dos palabras: *Post sex*, despues de seis. Habiendo despertado, comenzó á discurrir qué podria significar aquel misterioso sueño; y concluyó que sin duda le daba á entender habia de morir dentro de seis dias, con cuyo pensamiento solo se empleó en disponerse para la muerte, añadiendo á sus devociones muchas limosnas, y grandes penitencias á los sacramentos de la confesion y de la Eucaristía. Hallábase pronto su rendido corazon cuando, habiéndose pasado los seis dias, y no experimentando novedad en su salud, juzgó que se habia equivocado, entendiendo por seis dias los que eran seis meses; y rindiendo al Señor muchas gracias porque le concedia mas tiempo para disponerse á morir, pasó aquellos seis meses en oraciones, en penitencias y en buenas obras. Al cabo de los seis meses, como vió que tampoco le faltaba la salud, creyó que aun no estaba en disposicion de presentarse á los ojos de Dios, y que su misericordia le concedia todavía otros seis años de vida. Aprovechóse de la ocasion, y persuadido de que estaba muy próxima su postrera hora, negociaba con todo para el cielo. Desprendido de todo lo terreno, únicamente suspiraba por su amado; y encendido en amor de Jesucristo y en una tierna devocion á la santísima Virgen, pasaba los dias y las noches al pié de los altares, de donde no se arrancaba sino para ejercitarse en otras buenas obras. Así iba el Señor disponiendo aquella grande alma para preservarla del veneno de las grandezas humanas, en medio de las cuales habia determinado su amorosa providencia hacerle santo. Con efecto, pasado el término de los seis años, y habiendo muerto Oton III, fué Enrique elegido emperador y consagrado rey de Germania por Wigilliso, arzobispo de Maguncia; y no se puede explicar el gozo de toda Alemania con la noticia de la eleccion de tan santo rey, siendo universal el aplauso.

Ya hacia algunos años que Enrique estaba casado con santa Cunegunda, hija de Sigefredo, primer conde de Luxembourg; pero como eran tan parecidas las costumbres, habia unido la virtud aquellos dos corazones con un vínculo tan puro, como eran castas las almas; y desde el primer dia de la boda mutuamente habian convenido, por un heroismo de virtud tan rara como magnánima, que vivirian y se amarian como hermano y hermana.

Fué ungido y consagrado el rey el dia 7 de junio del año 1002; y el 10 de agosto del mismo año dispuso que fuese coronada la reina. En nada alteró la nueva dignidad el ejemplar método de vida que observaba el santo rey; solo añadió nuevo esplendor á su virtud, sirviendo su elevacion únicamente para la mayor exaltacion de la Iglesia, y su poder para mayor triunfo de la religion. Impúsose desde luego por la primera de sus obligaciones el sacrificar su descanso á la felicidad de los pueblos, haciendo suyos propios los intereses de sus vasallos. Dedicó sus primeros desvelos á que reinase la justicia en sus estados, y á corregir desórdenes que turbaban la quietud pública, y desconcertaban la disciplina de la Iglesia. Irritó á muchos príncipes alemanes el zelo del virtuoso monarca: al descontento se siguió la rebelion; pero la moderacion y la prudencia de Enrique la sufocaron en su mismo nacimiento. Redujo los rebeldes á su deber, y se aprovechó admirablemente de la paz para hacer que floreciese en Alemania la religion. Enriqueció muchas iglesias con grandes dádivas su piadosa liberalidad, y reparó las de Hildesheim, Magdebourg, Strasbourg y Meersbourg, casi del todo arruinadas por la barbarie de los esclavones. Apoderáronse estos bárbaros de la Polonia y de la Bohemia; juntó Enrique sus tropas, y marchó contra aquellos enemigos de la Iglesia y del Estado. Presto experimentó las

ventajas que lleva el que combate por la causa de Dios. Conociendo que seria forzoso venir á las manos, fué su primera diligencia poner su persona y su ejército bajo la proteccion de los santos patronos del país, singularmente de san Adrian, cuya espada fué á tomar en Wasbech, donde se conservaba como preciosa reliquia. La víspera de la batalla mandó que comulgasen todos los soldados, dándoles él mismo ejemplo; y el dia siguiente, habiéndose avanzado los enemigos con un aire fiero y arrogante, el rey, que era uno de los mayores capitanes de su tiempo, ordenó su ejército en batalla. No le acobardó el número de los bárbaros, aunque era doble del de los alemanes; y habiendo corrido personalmente las líneas, lleno de confianza en la proteccion del cielo, animó á los soldados á combatir, tanto por los intereses de la religion, como por los de la patria. Ya se iba á dar la señal de acometer, cuando se notó un grande movimiento en el ejército enemigo; era un terror pánico el que se habia apoderado del corazon de aquellos bárbaros; cada uno de ellos pensaba solamente en escapar como podia; y queriendo los oficiales detenerlos, volvieron las armas contra ellos; de manera que por un prodigio nunca oido, aquel formidable ejército se deshizo por sí mismo, sin que el de Enrique hubiese sacado la espada. Reconociendo el religioso príncipe la mano visible del Señor, levantó los ojos al cielo y exclamó : *Glorifíquente, ó gran Dios, todas las naciones, porque protegiste á los que confiaban en tí.* Repitió todo el campo muchas veces las mismas palabras, y resonaban en el aire las gracias y las aclamaciones.

Con esta gran victoria se vieron precisados los esclavones á pedir la paz, y Enrique se la concedió con las condiciones de que la Polonia, la Bohemia y la Moravia serian sus tributarias. Despues cumplió con

real magnificencia el voto que habia hecho de reedificar la iglesia y obispado de Meersbourg; fundó el de Bamberga; y á este efecto, como al de restablecer la disciplina eclesiástica en Alemania, juntó los prelados en Francfort, en cuya ocasion dió el religioso príncipe el mas esclarecido ejemplo de su profunda humildad y de su respetuosa veneracion al sacerdocio; porque, habiendo entrado donde estaban congregados los obispos, se postró delante de todos, manteniéndose en esta humilde postura hasta que el arzobispo de Maguncia le obligó, en nombre de toda la congregacion, á que se levantase; y tomándole por la mano, le condujo al trono, que se le habia prevenido en la sala. Arregladas en la junta todas las cosas, deseando Enrique dejar mas cimentada en Bamberga la piedad, fundó dos monasterios, uno de canónigos reglares de san Agustin, y otro de monjes benedictinos, despues de lo cual dispuso el viaje de Italia.

Habíanse levantado los Lombardos, conmovidos por los artificios de cierto señor, llamado Arduino, que se puso al frente de ellos; marchó Enrique contra los rebeldes y los deshizo enteramente. Coronado en Pavía rey de Lombardía, dió prontamente la vuelta á Alemania para sosegar las inquietudes que habian suscitado algunos malcontentos; conseguido esto, volvió con aceleracion á Italia, donde acabó de reprimir los nuevos esfuerzos de los Lombardos, cediendo todo á su valor, á su justicia y á sus rectas intenciones. Tantas victorias consiguió su clemencia como su magnanimidad. Maltrataron á algunos oficiales suyos los vecinos de Troya, corta ciudad de la Calabria, y resolvió castigarlos severamente para que sirviese de escarmiento. Conociendo los delincuentes la piedad del príncipe, juntaron todos los niños y se los pusieron delante, derramando muchas lágrimas aquellos inocentes é implorando su clemencia.

Enterneciόse el emperador y los perdonó, diciendo que unas lágrimas capaces de desarmar la cólera de Dios no podian menos de aplacar la suya.

Aun mas que los propios intereses animaba á Enrique el zelo de procurar la paz á la Iglesia. Esto le obligó á emplear toda su autoridad y todo su poder para exterminar las divisiones que ocasionaba en Roma el antipapa Gregorio, que despues de la muerte de Sergio IV disputaba el pontificado al legítimo papa Benedicto VIII. Extinguió el cisma el religioso príncipe, y pasando á Roma con su esposa santa Cunegunda, fué recibido en aquella ciudad como gloria y modelo de emperadores cristianos, y como el mas zeloso defensor de la Iglesia. Coronóle por emperador de los Romanos el papa Benedicto, y en la misma ceremonia fué coronada santa Cunegunda por emperatriz. Presentó el papa al emperador un globo de oro, engastado de piedras preciosas, de cuyo centro se elevaba una cruz, símbolo todo de su imperial autoridad; pero el piadoso príncipe se la consagró á Dios, dando su corona al monasterio de Cluni, de que era abad san Odilon.

Pacificadas las cosas de Italia, y colmado Enrique de gloria, se restituyó á Alemania, donde, sosegados tambien del todo los anteriores disturbios, se aplicó enteramente á ser cada dia mas perfecto, y á hacer mas y mas felices á sus pueblos. Perdió del todo el gusto á los bienes criados por el de las cosas celestiales, y aun tuvo pensamiento de renunciar el cetro y dignidad imperial y pasar el resto de sus dias en algun religioso retiro; pero se le hizo conocer que en un solo dia haria mas bien desde el trono, adonde le habia elevado la divina Providencia, que podria hacer en muchos años reduciéndose á una vida particular y retirada.

La estancia en Alemania, y la paz que disfrutaba,

le dejaron en plena libertad para satisfacer su devocion. Nunca resplandeció mas la elevacion de su virtud, ni el fervor que la animaba le permitia omitir obra alguna buena en que se pudiese ejercitar. El tiempo que no dedicaba á los negocios del estado le empleaba en visitar á los pobres en los hospitales, en arreglar las diferencias de sus vasallos y en el ejercicio de la oracion. La emperatriz por su parte trabajaba cuanto podia en igualar á la piedad de su querido esposo, cuando rabioso el demonio por ver tan raros como grandes ejemplos en la corte, puso en movimiento todos sus artificios para turbar la tranquilidad de aquellas dos grandes almas, y para oscurecer su virtud.

Algunos hombres malignos se esforzaron en introducir sospechas en el corazon del emperador contra la fidelidad y contra la pureza de su castísima esposa. Lograron sorprender algo su piedad, y parecia dar oidos á la calumnia cuando el cielo tomó de su cuenta la defensa de la santa emperatriz, haciendo tan visible su inocencia, que quedaron confundidos los calumniadores. Condenó Enrique su excesiva credulidad; y pidiendo perdon á la princesa, sirvió este lance para estrechar mas el nudo del casto amor que unia á los dos santos esposos.

De la misma manera consiguieron preocuparle contra san Heriberto, obispo de Colonia; pero reconociendo muy en breve la virtud del santo prelado, el mismo emperador pasó personalmente á echarse á sus piés y á pedirle perdon de su lijereza, la que solo sirvió para que dejase al mundo este ejemplo mas de una humildad verdaderamente heróica. No lo fué menos el que dió de su paciencia en los disgustos con que le mortificó su hermano Bruno, obispo de Ausburgo. Sufocados en este prelado todos los impulsos naturales de la sangre y todas las obliga-

ciones de la religion y del estado, concibió un odio mortal contra el santo emperador. Era todo su estudio darle que sentir y desazonarle, ya llamando contra él las armas de los extranjeros, ya soplando el fuego de la rebelion entre sus mismos vasallos. Todo lo sufria y lo disimulaba Enrique sin exhalar una queja. Cuanto mas desacertada era la conducta del indigno hermano, mayor era la ternura con que le amaba el santo emperador, para quien no habia mayor satisfaccion que ofrecérsele ocasion de hacerle algun beneficio; pero insensible Bruno á todas las pruebas de su heróica virtud, fué siempre el azote del pacientísimo monarca, cuya santidad quiso purificar y ejercitar el Señor por la ingrata dureza de su hermano; ni Bruno se convirtió hasta que Enrique murió.

No se encerró su religioso zelo dentro de los vastos límites de su dilatado imperio; y animado de él, emprendió la conversion de Estéban, rey de Hungría. Con este fin, y teniendo presente la sentencia del Apóstol, de que *la mujer fiel santifica al marido infiel*, le dió por esposa á su hermana la princesa Gisela, enviando en su compañía excelentes operarios para plantar la fe en aquellas regiones. Convirtióse Estéban, y trabajó con tanto espíritu en ganar para Jesucristo á todos sus vasallos, que con razon se puede decir que el reino de Hungría tuvo por apóstoles á un rey y á un emperador.

Inquietos siempre los Lombardos, y no menos revoltosos los Normandos y los Griegos, turbaban la paz de la Iglesia y desolaban los pueblos de Italia. Marchó Enrique contra todos ellos; domó para siempre á los primeros; disipó las fuerzas de los Griegos y de los Normandos; apoderóse de las ciudades de Benevento, Troya, Nápoles, Cápua y Salerno; restituyó á la Iglesia todo lo que le habian usurpado; hizo reflorecer la religion en todas partes y tomó el ca-

mino de Roma. Ni las marchas, ni el mando de un numeroso ejército fueron bastantes para que jamás se dispensase en sus acostumbradas penitencias, ni para que omitiese ninguna de sus diarias devociones. Ayunaba muchos dias de la *semana*, comulgaba los dias señalados, y nunca dejaba de cumplir con todos sus ejercicios espirituales. Pasó por Monte Casino para satisfacer la particular devocion que profesaba al patriarca san Benito; y el santo se la premió prontamente, porque, sintiéndose atormentado cruelmente del mal de piedra, logró repentina y milagrosa curacion por su intercesion poderosa.

Al retirarse de Italia tuvo aquella célebre entrevista sobre el rio Mosa con Roberto, rey de Francia, uno de los mas virtuosos príncipes de aquel siglo; donde, animados ambos del mismo espíritu y del mismo zelo por la religion, concertaron las mas prudentes y las mas seguras medidas para el mayor bien de la Iglesia y del estado. Allí fué donde, habiéndose ajustado antes el ceremonial entre los dos príncipes, en fuerza del cual cada uno habia de partir al mismo tiempo en su chalupa, navegando hasta la mitad del rio, á distancia igual de las dos orillas, pareciéndole á Enrique debia despreciar aquella escrupulosa etiqueta con un príncipe cuya virtud honraba sobre manera, no obstante las convenciones, al romper el dia partió de su campo, acompañado de algunos señores de su corte, y pasando el rio, buscó al rey en el lugar donde tenia su alojamiento.

Visitó despues el santo emperador la mayor parte de las provincias de su imperio, habiendo dado acertadas providencias para que en todas ellas floreciese la religion, la justicia y el buen órden; y hallándose en el castillo de Grona, cerca de Halberstad, le acometió una grave enfermedad, y desde luego conoció que se acercaba su dichoso fin. Dispúsose

para él con nuevos esfuerzos de fervor; mandó llamar á la emperatriz Cunegunda, y en presencia de todos los señores y prelados que á la sazon se hallaban en la corte, le repitió nueva y pública satisfaccion de la injusta sospecha que habia tenido contra su fidelidad en aquel tiempo en que se atrevió á atacar á su pureza la calumnia; declarando la dejaba tan intacta y tan vírgen como habia entrado en su poder. Conocióse entonces que Dios habia permitido aquella tempestad para manifestar al mundo cristiano la heróica virtud de los dos castos esposos, cuya humildad sin duda supo ocultar al público hasta aquel dia tan raro como heróico ejemplo de pureza, siendo cierto que nunca coronó la diadema dos sienes mas humildes. Duró casi un mes la enfermedad, en cuyo discurso dió el santo príncipe las mayores pruebas de su eminente virtud; y habiendo recibido con el mas devoto fervor los santos sacramentos, lleno de confianza en la misericordia del Salvador y de una tierna devocion á la santísima Vírgen, espiró tranquilamente la noche del dia 14 de julio del año 1024, á los 52 de su edad, 22 del reinado de Alemania, y á los 10 despues de haber sido coronado emperador. Los muchos milagros que desde luego obró el Señor en su sepulcro atrajeron á venerarle el concurso de los pueblos; y autenticadas estas maravillas, como tambien la heroicidad de sus virtudes, le canonizó el papa Eugenio III en el año de 1152, habiendo precedido las formalidades acostumbradas.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui hodierna die beatum Enricum confessorem tuum, è terreni culmine imperii ad regnum æternum transtulisti; te supplices exo-

O Dios, que en este mismo dia trasladaste al bienaventurado Enrique, tu confesor, desde el elevado trono del imperio de la tierra al reino eterno

ramus, ut sicut illum, gratiæ tuæ ubertate præventum, illecebras sæculi superare fecisti, ita nos facias, ejus imitatione, mundi hujus blandimenta vitare, et ad te puris mentibus pervenire. Per Dominum nostrum...

de la gloria; té suplicamos humildemente, que así como le previniste á él con tu gracia para que venciese los atractivos halagüeños del siglo, así tambien hagas que nosotros, á su imitacion, despreciemos los engañosos halagos de este mundo, y lleguemos á tí inocentes y puros en nuestros corazones. Por nuestro Señor...

La epistola es del cap. 31 *de la Sabiduria, y la misma que el dia* V, *pág.* 135.

NOTA.

« Con razon llaman los Griegos al libro del Ecle-
» siástico *Panaretos*, esto es, libro que da preceptos
» para el ejercicio de las virtudes. Puédese llamar
» un compendio de todos los libros espirituales, lleno
» de sentencias y de doctrina cristiana. Basta leer la
» epístola de hoy para convencerse de esto. »

REFLEXIONES.

Bienaventurado aquel que fué hallado sin mancha. Otra version dice: *Bienaventurado el rico que fué hallado sin mancha, que no puso su confianza en las riquezas, ni se engrió con ellas.* En realidad no hay cosa ni mas rara, ni mas digna de admiracion, ni mas acreedora á los mayores aplausos que un hombre rico, inocente y justo, modesto en su conducta, moderado en sus deseos, sin orgullo y sin ambicion. La escasez de estos milagrosos hombres no proviene ciertamente ni del mérito ni del valor de las riquezas; estas no comunican valor ni mérito, pues ellas mismas no tienen otro que el imaginario y arbitrario que el capricho de los hombres les ha querido conceder. Nace, pues, la escasez de hombres ricos, y al mismo

tiempo inocentes, de la corrupcion del corazon humano, del dominante imperio de las pasiones, y de que á la verdad hay pocas almas verdaderamente grandes. Déjase el hombre deslumbrar de un esplendor superficial y pasajero; triunfa y se pavonea, porque tiene mas medios de perderse. Amontonamiento de riquezas, ocasion de injusticias; posesion de riquezas, manantial de orgullo; uso de las mismas riquezas, semilla de desórdenes y principio de disolucion. El que solo piensa en brillar en el mundo, ¿cómo puede ser devoto? Pues ya se sabe que al mundo por lo comun solo se le da noticia de que uno es poderoso por la ostentacion, por la profanidad y por el fausto. La distincion á que se aspira, toda ella se pone de parte del amor propio y de la vanidad (1): *Dives effectus sum, inveni idolum mihi.* Un corazon poco cristiano idolatra las riquezas; ellas son su Dios, y en ellas lo encuentra todo. Los privilegios que este ídolo concede á los que le adoran son los siguientes: relajacion en los ejercicios mas comunes de la religion; derecho imaginario para dispensarse en las obligaciones mas esenciales de ella; ideas frívolas de lo que se llama decencia; lastimosos pretextos, y razones á cual mas ridículas para llevar una vida irregular y menos cristiana. Pero, mi Dios, ¿pasarán estos privilegios en el terrible dia de vuestras venganzas?

Asistir á la misa del pueblo, esa es devocion de la gente ordinaria, de que se avergüenza una dama rica y de calidad: hay hora y misa de los caballeros y de las señoras, que en algunas partes se llama *la bella misa*. Seguramente que no se asiste á ella por devocion, pues ni la humildad ni el respeto se componen bien con la profanidad. Puédese contar la bella misa en el número de aquellas concurrencias de buena

(1) Oseæ. 12. 18.

educacion, que sirven para entretener un rato la ociosidad, y para variar la diversion. Hasta en los actos mas sagrados de la religion, que piden mayor respeto y mas profunda humildad, inspiran orgullo y altanería las riquezas. A los mismos piés de Jesucristo, hasta en las mismas sagradas aras se quiere hacer estudio y ostentacion de parecer mas rico y mas mundano. En ninguna parte se suelen afectar mas distinciones que en la iglesia. Ni la delicadeza quiere perder ninguno de sus derechos, ni el orgullo disminuir un punto de su fausto. Pero ¿de qué servirá hacer reflexiones, y darse por convencido, si no hay enmienda?

El evangelio es del cap. 12 de san Lucas, y el mismo que el dia v, *pág.* 137.

MEDITACION.

DE LA PAZ INTERIOR.

PUNTO PRIMERO.

Considera que ni los deleites, ni las honras, ni las riquezas produjeron jamás la paz del corazon. Ignóranla los dichosos del siglo, y solo puede ser fruto de la buena conciencia. Acompaña siempre á las diversiones y alegrías del mundo un inagotable fondo de turbacion y de iniquidad. Puede la ambicion por algunos pocos momentos contentar al corazon, y parecer como que le tranquiliza; pero muy en breve brotan las inquietudes interiores, y ni las pasiones, ni las prosperidades, ni los errores bastan para calmarlas; solo Dios sosiega el corazon plenamente.

Búsquese, solicítese, trabájese en el mundo cuanto se quiera para encontrar la paz; satisfáganse las pasiones; conténtense, si fuere posible, nuestros deseos; no salga al encuentro de nuestra fortuna ni competidor, ni émulo, ni otro embarazo alguno; embriá-

guense las almas, por decirlo así, en bienes, en gustos y en deleites: *Vanidad de vanidades*, exclama Salomon, *todo vanidad, todo afliccion de espíritu.* Diga en buen hora el mundano está tranquilo: miente; la paz del corazon solo puede ser fruto de la inocencia, de una perfecta resignacion á la voluntad del Señor y de una eminente santidad.

No por cierto; tampoco en las altas dignidades, ni en los empleos elevados se encuentra esta paz tan dulce y tan apreciable. Quien en el mundo está mas elevado, ese es el que está menos contento. Solamente la virtud posee el gran secreto de producir la paz del corazon. Recorre todos los estados, todas las edades, todas las condiciones; en todas partes hallarás infelices, desgraciados y descontentos. El fausto, la profanidad, la abundancia y los honores solo sirven para ocultar á los ojos del público las amarguras que se padecen en particular. Desengáñate, que mas espinas y mas cambrones producen los palacios que las chozas. Pero si en cualquiera de esos estados y de esas clases de la vida hallares un hombre santo, encontrarás en él un corazon contrito, cuyo semblante está rebosando alegría, cuyo espíritu parece el trono de la serenidad, y su alma está como embebida en cierta dulce satisfaccion, que la llena y que la harta; esto es lo que produce la gracia en una alma pura. Las cruces, las aflicciones, las mas amargas adversidades se quedan en la superficie, y nunca penetran hasta el corazon de los santos; de aquí proviene en ellos aquella igualdad inalterable, aquella dulzura como natural, aquella paz, en fin, que está á cubierto, ó á lo menos está á prueba de todos los accidentes de la vida.

¡Santo Dios, y qué desgraciado, qué digno de lástima es el que no os ama sin contemporizacion y sin reserva!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que *no hay, ni jamás habrá paz interior para los que resisten á Dios.* Si hay en el mundo alguna verdadera alegría, está reservada para los de buena conciencia; para los que la tienen mala, toda la tierra es lugar de tribulacion y de angustia. Bien puede uno atolondrarse; mas no por eso sufocará las inquietudes que causa el pecado. ¡Oh, y qué diferente es la paz que viene de Dios de la que nace del siglo! Ella calma las pasiones; ella conserva la pureza de la conciencia; ella es inseparable de la justicia; ella nos une á Dios y ella nos fortifica contra las tentaciones; pero la paz del mundo irrita las pasiones, mancha la conciencia, es un manantial perenne de injusticias, apártanos de Dios y nos hace esclavos del demonio.

Aquella pureza de conciencia que fomenta esta paz se conserva con la frecuencia de sacramentos. Si la tentacion no nos vence, siempre nos es ventajosa; y si alguna vez nos hace Dios conocer nuestra miseria, es para que tambien conozcamos la fuerza de su gracia. Lo que fuere involuntario, nunca nos debe turbar; lo principal es no resistir jamás á las inspiraciones interiores, y dejarnos ir hasta donde Dios nos quisiere llevar. Consiste la paz del alma en una entera resignacion á la voluntad de Dios. Hácese profesion devoto; está uno especialmente consagrado á Dios en el estado religioso, ó en el eclesiástico; ¿pues de qué paz interior no debiera gozar? En medio de eso, vive inquieto y turbado; esto nace de que no está rendido á Dios enteramente, de que aun es imperfecto, de que le sirve con mil excepciones y reservas; solo se profesa una virtud de genio y de amor propio. *Marta, Marta,* decia el Salvador, *andas muy solícita, muy inquieta y muy turbada, atendiendo*

á muchas cosas, y una sola es necesaria. Pues esta única, que era la necesaria, es puntualmente la que se omite, porque no es de nuestro gusto. El trabajo que se experimenta en muchas cosas nace de que no se acepta con el debido y total abandono á la voluntad de Dios todo cuanto nos puede suceder. Pongamos, pues, todas las cosas en sus manos; anticipémonos á hacerle entero sacrificio de nuestro corazon. Desde el mismo punto en que nos resolvamos á no querer nada por nosotros mismos, y á querer sin reserva todo lo que Dios quisiere, descuidaremos de todo, y excusaremos inquietas reflexiones sobre nuestras cosas; mientras no hagamos eso, viviremos inquietos, desasosegados, sin consistencia ni en nuestros deseos, ni en nuestros designios, descontentos con los demás, poco acordes con nosotros mismos, poco francos y siempre desconfiados. El mejor entendimiento solo sirve para atormentarnos mas hasta que esté bien humillado y reducido á una santa sencillez.

¡Ah Señor, y por cuánto tiempo me lo ha enseñado así mi propia experiencia! Bien veo que no siento en vuestro servicio aquella paz, *aquel gozo interior que excede á todo sentido*; pero es porque os sirvo mal: veisme aquí resuelto, con vuestra gracia, á entregarme totalmente á vos sin excepcion ni reserva; seguro estoy que, en cumpliéndolo, experimentaré esta dulce paz del corazon.

JACULATORIAS.

Pax multa diligentibus legem tuam. Salm. 118.

No hay paz sino en los que aman y obedecen tu santa ley.

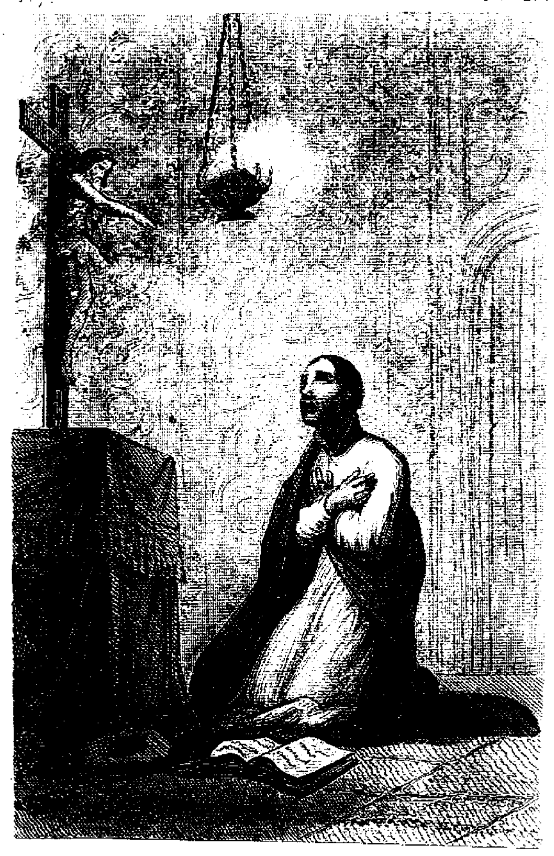
In pace in idipsum dormiam, et requiescam. Salm. 4.

Solo en vos, Dios mio, hallaré paz y reposo.

PROPOSITOS.

1. Las virtudes sólidas que produce siempre la paz del corazon son las siguientes: Una verdadera simplicidad; cierta tranquilidad de espíritu, fruto casi necesario de la total entrega á las manos de Dios, que es lo que quiere este Señor; un dulce dolor y sentimiento de los pecados del prójimo, que inspira el amor de Dios y el puro motivo de caridad: cierta docilidad en reconocer y en confesar los defectos propios, agradeciendo ser corregido y castigado por ellos, con una rendida sujecion á la voluntad de los que nos gobiernan. Aunque sea sincera tu virtud, te ocasionará mas remordimientos interiores, que aliento y consuelo, si no está sostenida de aquel generoso amor de Dios, que no reconoce cobardía, excepciones ni límites; pero al contrario, si abandonas á Dios todo el corazon, vivirás tranquilo y lleno del gozo del Espíritu Santo. La presencia de Dios calma el espíritu en medio del dia, y cuando está mas cercado de trabajos, infunde un sueño tranquilo y sosegado; pero es menester darse al Señor enteramente. El mas mínimo respeto humano ciega el manantial de ciertas gracias, y aumenta las irresoluciones. Si quieres gustar esta dulce tranquilidad, si quieres gozar esta alegre paz del corazon, que excede á todo lo que se puede pensar, no niegues á Dios cosa alguna.

2. Tambien produce la paz del corazon la modestia, la humildad y la dulzura inalterable, como frutos de la buena conciencia. Ten puro el corazon, y estará tranquilo; pero no turbes esta tranquilidad con tu mal humor, ni la alteres con un zelo ardiente y vivo, que siempre es turbulento. Corrige en buen hora los defectos de los hijos, de los criados y de los súbditos; pero sin perder el sosiego ni la serenidad, porque la verdadera virtud nunca es contraria á sí misma.



S. CAMILO DE LELIS, F.

En medio de las mayores ocupaciones ten siempre en la memoria aquella sentencia del Salvador: *Marta, Marta, andas muy solicita, y son muchas las cosas que te perturban; pero mira que sola una es necesaria;* y advierte que toda la solicitud de Marta era por servir al mismo Salvador. Donde hay turbacion no está Dios. *Non in commotione Dominus.* Nunca levantes el grito, habla sin conmocion y sin desentono, y obra con sosiego, pero no con tardanza. La paz del corazon no admite lentitudes, no sufre ociosidad, reprueba la delicadeza, y no se acomoda con ninguna pasion.

SAN CAMILO DE LELIS, FUNDADOR.

En todas sus operaciones es admirable la divina Providencia, y adorable aquel acertado órden, aunque escondido, con que dirige todas las cosas, de manera que sirvan eficazmente á la ejecucion de sus eternos disignios. Pero singularmente se hace ver este carácter en la sabia disposicion que hace de todas las causas naturales, dirigiendo unas por su mano, permitiendo la cooperacion de otras en órden á mantener la hermosa ciudad santa de la Iglesia, proveyéndola de cuando en cuando de varones eminentes en santidad que acrecienten de un modo nuevo su belleza. Pálpase esto claramente en la portentosa vida y proyectos admirables del bienaventurado san Camilo de Lelis.

Nació este santo en la villa de Voquianico, del reino de Nápoles, á 25 de mayo del año de 1550. Sus padres Juan de Lelis y Camila Compelio, aunque ilustres por su linaje, no eran abundantes de bienes de fortuna, pues esta les negó en la carrera de las armas que seguia Juan los premios debidos, sin embargo de que no le

habia escaseado los trabajos. La concepcion de nuestro santo fué ciertamente maravillosa, pues su madre tenia ya c .rca de sesenta años de edad, y tal debilidad en su constitucion, que toda razon humana debia juzgarla estéril. Pocos dias antes de dar á luz á Camilo tuvo un misterioso sueño, que su temor y debilidad interpretaron siniestramente, presagiando en el fruto de sus entrañas miserias y delitos. Parecióle que el niño que paria sacaba una cruz en el pecho, y que le seguian otros muchos niños con unas cruces semejantes, lo cual hizo concebir que su hijo seria capitan de bandoleros. Pensamiento errado, que solo podia caber en una imaginacion debilitada con la flaqueza, puesto que las gentes abandonadas á la corrupcion de su corazon siempre alejan de sí las señales de piedad, y principalmente la superior de todas ellas, que es la cruz sacrosanta. Al tiempo del parto, viéndose en peligro de la vida por su dificultad, hizo, por superior inspiracion, que la bajasen al establo, en cuyo lugar humilde dió felizmente á luz á Camilo, disponiendo el cielo que fuese en esto semejante su nacimiento al de muchos santos, y principalmente al capitan de todos ellos Jesucristo. Con la turbacion y desasosiego que trae consigo la carrera de las armas pudieron sus padres poner muy poca atencion en darle una educacion arreglada y virtuosa; y aunque le enviaron á la escuela, la falta de sujecion y las inclinaciones corrompidas de una naturaleza viciada apenas le permitieron aprender á leer y escribir. Por el contrario, hacia grandes progresos en la relajacion, extendiéndose la corrupcion de su alma á diversiones mas peligrosas que las que suelen entretener los primeros años de la vida. Tenia una pasion decidida al juego de naipes y de dados, y en satisfacerla ponia todo su esmero. En esto empleó mucha parte de su juventud, buscando las malas compañías de otros jóvenes

disipados por los vicios que son anexos á un entero olvido de la ley de Dios, y á un total abandono á los engaños del mundo.

De esta manera llegó Camilo á la edad de diez y nueve años; en la cual, deseando su padre cortar los extravíos de su juventud y darle una carrera proporcionada á la nobleza de su sangre, le persuadió á que, en compañía de dos primos suyos, abrazase el estado militar, como lo habian hecho sus ascendientes. Tenia á la sazon la república de Venecia guerra contra los turcos; y juzgando que, alistándose en sus banderas, podrian hacer lucir su valor y alcanzar grandes honras, marcharon para Ancona, en donde se alistaban las galeras en que debian embarcarse. Pero en esta ciudad enfermaron tan gravemente el padre y el hijo, que no pudieron seguir su proyecto. Determinaron volverse á su pueblo; y habiendo llegado al lugar de San Lupidio, acometió á Juan de Lelis una enfermedad tan aguda, que se conoció bien que era la última de su vida. Recibió los santos sacramentos con mucha compuncion y lágrimas, y descansó en el Señor, dejando anegado en ellas á su hijo Camilo. Siguió este su viaje, y en la ciudad de Fermo oyó una de aquellas aldabadas con que suele llamar al corazon del hombre la divina misericordia para apartarle de los caminos de perdicion. Vió casualmente á dos religiosos franciscanos observantes con tal compostura y modestia, y pintada tan vivamente en su rostro la santidad de sus costumbres, que esta vista le compungió su alma y le hizo avergonzarse de su vida disipada. Fué esta compuncion en aquel punto tan fervorosa, que determinó arreglar su conducta, y para conseguirlo con mas facilidad hizo allí mismo voto de tomar el hábito de san Francisco. A fin de cumplirle partió á la ciudad de Aquileya, en donde la oportunidad de ser un tio suyo guardian

del convento que allí tienen los religiosos franciscanos observantes le ofrecia el cumplimiento de sus deseos. Comunicó estos á su tio; le hizo saber asimismo el voto que habia hecho, pidiéndole con instancia que se dignase darle el hábito. Negóse á ello su tio, creyendo acaso su vocacion volandera, ó tal vez porque de antemano estaba bien informado de lo estragado de su vida y relajado de sus costumbres. Olvidó por entonces Camilo lo que habia prometido á Dios: asaltaron diferentes deseos á su corazon; pero viendo que una llaga peligrosa que tenia en una pierna amenazaba á su vida, y le hacia inútiles sus proyectos, determinó pasar á Roma para curarse radicalmente. Diéronle en esta ciudad noticias de que el hospital de Santiago de los incurables era el sitio mas á propósito para su curacion, por estar al ciudado de los mas hábiles cirujanos de aquella capital del mundo. Hizo sus diligencias para entrar en aquel hospital de sirviente, y habiéndolo logrado, se puso en cura, que consiguió, aunque no del todo. Como la pasion al juego se habia apoderado de su alma desde los tiernos años, habia pasado no solamente á costumbre, sino casi tambien á naturaleza: por esta causa le precipitaba de modo, que desatendia á sus obligaciones, armaba pendencias con los enfermeros y le hacia inútil en su oficio. Reprendióle diferentes veces el administrador, pero sin fruto, hasta que, hallándole una vez una baraja debajo de la almohada en ocasion que acababan de reprenderle, y él de dar palabra de apartarse del juego, le juzgaron incorregible, y como á tal le echaron del hospital.

Viéndose Camilo sin oficio ni modo con que sustentar su vida, sentó plaza de soldado, y sirvió á la república de Venecia en las guerras contra el turco, y sucesivamente á la corona de España. Vióse en este tiempo en diferentes peligros de perder la vida, sin

que ninguno de ellos le despertase del funesto letargo en que le tenian sumido los vicios. Pero hallándose en la isla de Corfú con una enfermedad peligrosa, destituido de todo humano socorro y sin esperanza de vida, se volvió á Dios, lloró sus culpas, las confesó, y recibiendo el sagrado viático, recobró la salud con tan soberano alimento. Pasando despues á Nápoles, y padeciendo una tormenta en que todos se juzgaban perdidos, renovó el voto que habia hecho; pero llegando á esta ciudad, volvió otra vez al juego con tal desenfreno, que perdió cuanto tenia hasta la camisa que llevaba puesta. Despidieron á los soldados de la armada, y quedó Camilo en estado tan miserable, que en Manfredonia tuvo que pedir limosna para sustentarse. Viéndole jóven y apto para el trabajo un noble llamado Antonio Nicastro, le persuadió que se aplicase á él, ofreciendo facilitársele en la obra que à la sazon tenian los padres capuchinos. Disuadióle de aceptar semejante ocupacion un compañero suyo, acostumbrado como él á la vida vagamunda y holgazana; pero Camilo movido de Dios, que ya con enfermedades, ya con peligros de la vida y ya con la miseria procuraba atraer á sí á esta oveja descarriada, desamparó á su compañero, y se puso á servir en el convento de los capuchinos. Diéronle el encargo de acarrear piedra y cal con unos jumentos, y aunque el ejercicio era penoso, no solamente por el trabajo, sino por la bajeza y por las burlas de los muchachos á que le exponia, le prefirió á una vergonzosa y miserable mendiguez. Ya habia llegado el tiempo en que la diestra de Dios, á cuyo poder no hay nada que se resista, habia determinado emblandecer el corazon de Camilo, y hacer vaso de eleccion al que antes lo habia sido de inmundicia. Valióse para esto del guardian del convento de capuchinos de la villa de San Juan, adonde le habia enviado con sus jumentos por

una carga de vino. Aquel venerable padre le habló con tanta uncion y fervor de la Justicia divina, de la gravedad del pecado y de las penas del infierno, que sus palabras penetraron hondamente en el corazon de Camilo como agudas y penetrante saetas. Volvia este por el camino rumiando lo que el venerable guardian le habia dicho, y repentinamente se apoderó de su entendimiento una luz tan clara y copiosa, que le hizo ver todos los horrores de su vida, y toda la misericordia con que Dios le habia librado de los suplicios eternos. Arrodillóse en medio del campo, hechos sus ojos dos fuentes de lágrimas, pidiendo á Dios perdon, y ofreciéndole con las mayores veras hacerse inmediatámente capuchino, para lavar con lágrimas de penitencia todas las manchas de su pasada vida.

Esta conversion admirable sucedió por los años de 1575, el dia de la Purificacion de nuestra Señora, y teniendo Camilo veinte y cinco años de edad. Apenas volvió á Manfredonia se fué al padre guardian, y con lágrimas en los ojos le refirió cuanto le habia pasado, pidiéndole por amor de Jesucristo no le retardase el favor de vestirle el hábito de capuchino, para tener el consuelo de haber cumplido á Dios el voto que le habia hecho. No pudo resistirse el guardian ni los demás religiosos á las fervorosas súplicas de Camilo; antes bien estas hicieron tanta impresion en todos ellos, que quisieron que tomase el hábito para sacerdote, á lo que no pudieron réducir al fervoroso alumno de la divina gracia. Hecho religioso, comenzó á manifestar que tanto su conversion como su vocacion á aquel estado habian sido obra de la diestra del Todopoderoso, quien con su gracia procuraba llevarla á la mas alta perfeccion. Gozoso se hallaba Camilo entre los rigores, asperezas, pobreza y penitencia de la religion; pero habiéndosele renovado con

el continuo ludir del hábito la llaga peligrosa que tenia en la pierna, ni él pudo seguir en aquel tenor de vida, ni los religiosos pudieron consentirlo, sin embargo de que estimaban sumamente las heróicas virtudes que advertian en él, y con que los tenia edificados. Prometiéronle que le recibirian siempre que sanase de su llaga, y esta promesa suavizó la amargura que produjo en su corazon el no verse contado entre los hijos de san Francisco. Volvió á Roma á buscar su curacion en el mismo hospital en que antes la habia logrado, y al mismo tiempo para enriquecer su alma con el espiritual tesoro del jubileo de año santo, que estaba publicado entonces. Confesábase Camilo con el glorioso san Felipe Neri, á cuyas instrucciones debia gran parte de su fervor. Con este santo comunicó el proyecto de volver á los capuchinos viéndose ya curado de su llaga, y san Felipe le aconsejó que no volviese, porque se le renovaria y se verian frustrados sus deseos, como en efecto se verificó. Viéndose el santo despedido segunda vez de la religion de los capuchinos, se desvanecieron todos sus escrúpulos, y llegó á convencerse de que Dios queria que le sirviese en otro estado. Volvióse á Roma, buscó á san Felipe Neri, el cual, viéndole, le dijo: ó buen Camilo, ¿no te decia yo que no volvieses á la religion de los capuchinos, porque no podrias perseverar en ella? Acaricióle mucho el santo, encargóse de su direccion, y estando vacante entonces el empleo de mayordomo del hospital de Santiago, le pretendió y logró Camilo, siendo su caridad y demás virtudes los intercesores mas poderosos que movieron á los administradores á confiarle aquel empleo. Portóse el santo en él con tanto zelo, que en breve tiempo parecia el hospital un observante monasterio de perfectos religiosos. Velaba dia y noche sobre la asistencia de los enfermos; él les hacia las camas, los

curaba y asistia, prefiriendo entre todos su compasion y ternura á los que padecian enfermedades mas asquerosas. Su ejemplo era el mayor incentivo que obligaba á cumplir con su obligacion á los enfermeros. A los que encontraba descuidados ú omisos los reprendia con dulzura, logrando sus exhortaciones lo que no pudieran los castigos. Pero se afligia su alma viendo que todas sus solicitudes no bastaban para que dejasen de morir muchos sin todos los auxilios espirituales que necesitan los enfermos en las horas postrimeras. Esta falta penetraba su corazon tan vivamente, que pedia á Dios en la oracion se dignase proveer á este mal con remedios oportunos.

El Señor, que veia la pureza de corazon y santo zelo de donde nacian las súplicas de su siervo, determinó favorecer sus santos deseos, inspirándole un proyecto que llevaria despues á ejecucion su poderosa mano. Estando el santo en fervorosa oracion, le vino al pensamiento que la salta de auxilio que los enfermos experimentaban podria remediarse instituyendo una congregacion, cuyos individuos no tuviesen otro objeto que asistir á los enfermos, sin esperanza de mas recompensa que la que tiene Dios prometida á la virtud. Comunicó este pensamiento á nueve sugetos de los que asistian en el hospital, en cuya piedad halló su propuesta toda la buena acogida que esperaba. Con tan feliz principio dispuso en el mismo hospital un oratorio, en donde se juntaban todos para el rezo, la oracion y la disciplina, y de donde salian tan encendidos en amor de Dios y del prójimo, que era palpable el gran beneficio que de esta pequeña junta recibian los enfermos. Pero el enemigo comun, contrario siempre á las empresas virtuosas, procuró y consiguió desvanecer esta en sus principios. Por influjo y malas persuasiones de un ministro del hospital llegaron á temer los diputados que aquella

nueva congregacion habia de llegar á levantarse con el gobierno; y despues de haber dicho al santo muchas ásperas razones, ellos por sí mismos deshicieron el oratorio. Afligido Camilo con esta desgracia, se llevó á su aposento un grande y devotísimo crucifijo, delante del cual oraba; y estando delante de él vertiendo muchas lágrimas arrancadas por la destruccion de aquella obra caritativa, advirtió que el divino Salvador, desclavando las manos de la cruz, le decia con gran ternura: « ¿De qué te afliges, ó pusilánime? sigue la empresa, que yo te ayudaré en una obra que es toda mia y no tuya. » Con este maravilloso favor cobró Camilo nuevo esfuerzo, y se resolvió á juntar su congregacion fuera del hospital, con cuyo designio, á pesar de su grande humildad, determinó hacerse sacerdote. No sabia gramática, y le faltaban rentas á cuyo título pudiese ordenarse. Lo primero lo venció su humildad, no desdeñándose de asistir á la edad de treinta y dos años á estudiar la gramática en compañía de los niños; y lo segundo lo venció Dios, moviendo el corazon de un ciudadano romano para que de sus bienes le señalase congrua suficiente. Vencidas todas las dificultades, se ordenó de sacerdote en el dia de Pentecostés en el año de 1584.

Viéndose Camilo con todas las disposiciones previas para verificar su intento, renunció el oficio de mayordomo; y los diputados, en premio de sus buenos servicios, le hicieron capellan de la iglesia de nuestra Señora de los Milagros. En una casa contigua á ella fijó Camilo su residencia con dos compañeros de su mismo espíritu, y comenzaron á echar los fundamentos de aquella grande obra. En aquella casita tenian sus juntas espirituales, rezando las letanías con otras muchas devociones, ejercitándose en la oracion, y animándose mutuamente al mas exacto

cumplimiento de su instituto caritativo que habian abrazado. De allí salian encendidos en caridad, la que iban á practicar en el hospital del Espíritu Santo, el mas grande y famoso que tiene Roma. En él consumian las mañanas, las tardes y gran parte de la noche, segun lo exigian las necesidades de los enfermos. Servian á estos con el mayor esmero, haciéndoles las camas, administrándoles la comida y limpiándoles las inmundicias. No habia enfermedad, por asquerosa y contagiosa que fuese, que bastase á entibiar el fuego de amor del prójimo que ardia en sus pechos, antes bien esto mismo era el mas poderoso incentivo para atraer su cuidado y servicio. Pero en lo que mas esmero ponian era en instruir á los enfermos en la doctrina cristiana, en exhortarlos á sufrir con paciencia las enfermedades, en prepararlos para recibir con fruto los santos sacramentos, y últimamente en confortar sus almas con palabras de mucho consuelo y ternura en el trance último de la muerte. Divulgáronse estos caritativos oficios por toda la ciudad, y en breve tiempo tuvo Camilo muchos compañeros, que movidos de superior impulso querian seguir su instituto. Los vecinos de Roma, viendo la gracia particular que aquellos nuevos ministros de los enfermos tenian para asistirlos en la agonía de una manera que tranquilizaban sus almas, los llamaban á sus casas para recibir de ellos el mismo consuelo.

Viendo san Camilo la prosperidad con que conducia Dios sus intentos, y que tenia un número suficiente de compañeros para formar la congregacion proyectada, solicitó del santo padre Sixto V un breve apostólico que aprobase aquella congregacion; y en efecto lo logró, siendo aprobada á 18 de marzo de 1586. Gregorio XIV, satisfecho de los provechosos servicios que esta congregacion hacia al pueblo cristiano, la elevó á estado formal de religion por

bula expedida á 15 de octubre de 1591, eligiendo á Camilo por general perpetuo de la religion que habia fundado. Viendo el siervo de Dios perfectamente cumplidos sus deseos, aplicó toda su atencion á la propagacion de su instituto y al cuidado de los enfermos. Son indecibles sus diligencias, sus ansias y trabajos para cuidar de que los hospitales estuviesen bien provistos, servidos y consolados los dolientes. Hizo para este efecto muchos y penosos viajes; extendiéndose su caridad á todo género de necesitados, á quienes socorria con tan copiosas limosnas, que obligó á cooperar á ellas con sus milagros á la divina Omnipotencia. Manifestábase en todo un hombre de caridad, haciéndose todo para todos, y deseando hacer sacrificio de su vida en beneficio de sus hermanos. Vióse esto con mas claridad en el año de 1594, en que Dios afligió á Roma con una peste funesta. Este terrible monstruo, acompañado de la hambre, parece que queria desolar aquella ciudad. Todas las casas, principalmente de gente pobre, estaban llenas de contagiados y de miserables, que, faltos de todo auxilio, rendian la vida, acabados por la necesidad ó por la peste. Los que quedaban libres desatendian el cuidado de los infelices para precaverse del contagio. Por todas partes se veian ó cadáveres ó moribundos, que, puestos en el último extremo, destituidos de todo amparo, esperaban la muerte, sin mas consuelo que el verse morir mutuamente padres é hijos sin poderse dar socorro. En esta situacion tan dolorosa fué un remedio universal la caridad de Camilo y de sus hijos, quienes, sin reparar en trabajos, incomodidades, ni en el peligro de la vida, acudian á todas partes para asistir á los enfermos. Aplicábanles medicinas, administrábanles el sustento, limpiaban sus asquerosidades, dando del modo posible alivio y consuelo á todos. Sucedió alguna vez hallarse casas

cerradas, porque todos sus habitantes se hallaban enfermos y debilitados, de manera que no tenian fuerzas para levantarse á abrir las puertas. Camilo llevaba escaleras, entraba por las ventanas, y de este modo hacia á aquellos infelices participantes de su caridad. No se contentaba esta con sus servicios personales, sino que persuadia á las personas ricas á que concurriesen con sus limosnas para multiplicar con ellas los socorros, y facilitar el alivio de tantos necesitados. Buscaba gente á su sueldo, y hacia que fuesen por los establos y caballerizas, y por otros lugares en donde estaban los enfermos rodeados de cadáveres y ya casi sin aliento. Hacíalos conducir á los hospitales y á otros lugares oportunos, en donde por sus diligencias recuperaban la salud, ó morian consolados, recibiendo los santos sacramentos de la penitencia y de la Eucaristía.

Terrible fué el azote que recibió Roma con esta peste, y sin duda hubiera quedado despoblada, si en Camilo y sus hijos no hubiera preparado sabiamente la divina Providencia el remedio á tantas calamidades. No se acabaron estas con la extincion del contagio, porque de allí á dos años, saliendo el Tíber de madre, causó nuevos estragos, y puso en gran consternacion á todos sus vecinos. Principalmente experimentó los funestos efectos el hospital del Espíritu Santo, adonde llegó la inundacion de las aguas, de manera que ya casi se anegaban los desvalidos enfermos. Apenas llegó á noticia de Camilo este terrible conflicto, cuando voló desolado al hospital, y entrando por el agua en las piezas inundadas, comenzó á sacar enfermos sobre sus propios hombros, y hasta las camas mismas, perseverando dia y noche en aquel trabajo por espacio de tres dias. Igual beneficio experimentaron las ciudades de Nola y de Mialn en tiempo en que la Justicia divina castigaba los pecados de los

hombres con una terrible peste. Morian los infelices en las plazas y calles, apartando el rezelo de perder la vida aun á los mas piadosos de las camas de los enfermos. No sucedió así con Camilo y sus religiosos, quienes, apenas tuvieron noticia de aquella calamidad, corrieron presurosos á remediarla, haciendo sacrificio de sus vidas, siendo menester, en las aras de la caridad. Sucedió así en efecto, porque, pegándose el contagio á cinco de sus hijos, lograron una gloriosa muerte por salvar la vida á sus prójimos. Era sensible esta falta á Camilo, porque advertia que cada uno de aquellos primeros compañeros que se le juntaban era un horno de caridad y un ejemplar vivo de todas las virtudes. Pero como su instituto era todo obra de Dios, y su objeto el servir y consolar á los prójimos en las mas extremadas miserias, cuidaban de su conservacion y propagacion Dios y los hombres. Por cada uno que moria acudian muchos varones piadosos que pretendian abrazar el instituto, siendo los muertos como los granos de trigo del Evangelio, que multiplicaban prodigiosamente los frutos. La mayor parte de las ciudades de Italia pretendia que Camilo estableciese un convento, prometiéndole por su parte ayudar á la fábrica, y proporcionar las subsistencias temporales en cambio de los espirituales socorros que habian de recibir. De esta manera se vió este naciente instituto maravillosamente propagado por toda Italia, en donde se demarcaron varias provincias para establecer con mayor facilidad la observancia regular, el órden y la obediencia. Visitábalas todas el glorioso patriarca por sí mismo, sin que ni lo penoso de los caminos, ni la escasez de los medios entibiasen su ardiente zelo. Los puntos mas esenciales de sus visitas eran únicamente pertenecientes á la caridad. Si se asistia con esmero á los enfermos; si se les regalaba y consolaba; si se les suministraban todos los

auxilios de la religion para sanar sus almas de la culpa al tiempo que se curaban sus cuerpos; si estos esmeros eran mas activos y diligentes con los mas asquerosos; y últimamente, si en las últimas horas de la vida dulcificaban las amarguras de la agonía con palabras de vida que avivasen en los enfermos la esperanza cristiana: tales eran los capítulos de sus visitas, y lo que llevaba las principales atenciones del caritativo padre. Sin embargo, no olvidaba por esto los demás puntos de la regla y constituciones, conociendo que muchas veces entra la relajacion en un cuerpo observante por un pequeño resquicio.

Gozoso se hallaba Camilo con el prodigioso aumento que habia tomado su religion, y con la prosperidad que Dios iba derramando sobre ella; pero al mismo tiempo contristaba su ánimo el verse superior, en cuyo cargo le era indispensable el recibir muchos honores, que aborrecia su humildad, y estar sujeto á un sinnúmero de obligaciones delicadas que temia su escrupulosa conciencia. Por este motivo consideró que aquella obra tan felizmente principiada creceria con mas rapidez puesta en otras manos, y él viviria mas tranquilo, atendiendo únicamente á la santificacion de su alma y al servicio de sus enfermos. Determinó, pues, hacer renuncia del generalato en manos del cardenal protector; y aunque este purpurado interpuso su autoridad y sus razones para que no se verificase la renuncia, todo fué inútil para con un santo, en quien competian los ardorse de la caridad con los abatimientos y humillaciones que solicitaba para su persona. No quiso el protector negar este consuelo al fervoroso y humilde Camilo; y así en el año de 1607 le admitió la renuncia que hizo del generalato, dejándole contentísimo porque ya no tenia que pensar en otra cosa que en prepararse para la muerte, que contemplaba ya muy cercana. No se

contentó el siervo de Dios con renunciar la suprema prelacía de su religion, sino que para ejercitarse mas libremente en todas sus virtudes, renunció igualmente la mas mínima exencion ó privilegio que pudiese corresponderle por haber sido fundador. Reducido de este modo al simple estado de súbdito, igual en todo á cualquier sacerdote profeso, se retiró al hospital de la Anunciata de Nápoles. En este lugar de piedad se entregó enteramente á los ayunos, á la oracion y á la penitencia, dividiendo entre estos ejercicios y la asistencia de los enfermos toda su atencion y todos sus cuidados. Celebróse por entonces capítulo general en Roma, al que no quiso asistir, huyendo de los honores y dignidades con tanto empeño, como suelen otros poner en pretenderlas. Pero por esto no pudo impedir que el general le diese varias comisiones para visitar los conventos de Génova y Milan, persuadido de que sola su caridad y su presencia podrian arreglar los negocios de aquellas casas. En ellas asistia incesantemente á curar y limpiar los enfermos, entre quienes decia tener todas sus delicias. Muchas noches las pasaba en vela, cuidando mas del bien espiritual de los que estaban en agonía, que de recibir su necesario descanso. A los administradores de los hospitales hacia continuas representaciones solicitando subsistencias para los pobres enfermos; y como conocian el fervoroso zelo y caridad de donde nacian sus solicitudes, procuraban contentarle, persuadidos de que en esto mismo hacian la voluntad de Dios. Evacuadas las comisiones que le encargó su general, pasó á Roma, y alcanzó de él licencia para quedarse todas las noches en el hospital del Espíritu Santo, con el designio de asistír en la agonía á los enfermos de mayor peligro.

Este sitio era el que apetecia su alma para darle todo el desahogo que su ardiente caridad necesitaba.

Allí entabló un tenor de vida que reunia en sí todas las asperezas de la mayor mortificacion, todas las dulzuras de la vida contemplativa y todos los ejercicios de la vida activa y oficiosa. En la fiesta de todos los Santos del año de 1609 comenzó á adoptar el método de vida siguiente: Todas las noches, despues de dar á su cuerpo el breve reposo de cuatro horas de sueño en un aposento del mismo hospital, bajaba al oratorio, en donde pasaba algun tiempo en oracion delante del Santísimo Sacramento. Visitaba despues todas las camas; y si hallaba alguno que estuviese moribundo, le confesaba y administraba la Eucaristía, poniéndose despues á su cabecera y diciéndole palabras de consolacion con que prepararle á la última hora. Administraba la extremauncion, la Eucaristía ó la penitencia, segun la necesidad del enfermo, sin abandonarle hasta que moria cristianamente, ó le dejaba con las disposiciones necesarias para ello. Finalizada esta visita se volvia al oratorio, en donde tenia una hora de oracion; pero si habia algun enfermo de peligro, la tenia á la cabecera de su cama. Acabada la oracion, volvia á visitar á los enfermos, acomodándoles la ropa, calentándoles los piés, y mudándoles ó enjugándoles las camisas si estaban mojadas del sudor. En tiempo de verano, en que la sed mortificaba extraordinariamente á los enfermos, tomaba un jarro de agua fria, é iba de cama en cama humedeciendo los labios, y refrigerando la boca de los pobres enfermos, que recibian con esta caritativa diligencia un consuelo inexplicable. Iba despues á darles alguna conserva, bizcochos ó algun otro confortativo, segun las necesidades respectivas; y para este efecto pedia limosnas, y se las daban muy copiosas sus devotos. Al tiempo de dar las medicinas acompañaba á los enfermeros, animando á los dolientes, quitándoles la repugnancia que tenian en tomarlas,

con palabras graciosas, dictadas por la caridad. Llegada la hora en que habia de administrar el Santísimo Sacramento á los enfermos, se renovaban todos los esfuerzos de este abrasado serafin. Corria á las camas, preguntaba si tenian necesidad de reconciliarse, los exhortaba á dolerse de sus culpas y á hacer actos de fervorosa contricion. Despues de recibido el viático hacia á los enfermos discursos espirituales, moviéndolos á dar gracias á Dios por el beneficio de haber visitado sus almas, y á llevar con paciencia los dolores de la enfermedad. Acabado esto, hacia las camas, y mudaba la ropa á aquellos que veia que lo necesitaban mas, en cuyo ejercicio sufria con gusto un hedor intolerable. Todo lo referido lo hacia hasta poco despues de amanecer. Á esta hora se retiraba á su aposento, rezaba con quietud el oficio divino, y se curaba aquella penosa llaga, que le martirizó todo el discurso de su vida. Preparábase despues fervorosamente para decir misa, como si los ejercicios anteriores hubiesen podido distraer su espíritu; deciala con mucha atencion, devocion y lágrimas, aplicándola comunmente por los enfermos que estaban en mayor peligro. Acabadas las gracias, se volvia al hospital para la continuacion de sus obras caritativas, hasta que llegaba la hora de comer. Ayudaba á administrar la comida á los enfermos; hacia las camas á los que tenian mayor necesidad, diciéndoles al mismo tiempo muchas palabras de consolacion con un semblante alegre y festivo, y se volvia á su casa. En ella se divertia en leer algunas horas, hasta que, llegada la noche, comenzaba sus ejercicios como en el dia precedente.

Mas de tres años permaneció el santo en este tenor de vida con admirable constancia, hasta que en el de 1612, contemplando el general que su presencia era sumamente útil para avivar en los conventos el

fuego de caridad de que estaba abrasado, le mandó que le acompañase en la visita del convento de Nápoles y de otras varias casas. El año siguiente asistió al capítulo general, en el cual fué elegido el padre Francisco Antonio Nilo por supremo superior de la órden. Inmediatamente comenzó este su visita; y no obstante la oposicion que hicieron la humildad y tranquilidad de Camilo para no acompañarle en ella, hubo de condescender al fin, animado de los copiosos frutos que el general le prometia. En la santa casa de Loreto dió feliz principio á esta expedicion, diciendo misa, y pidiendo á la Madre de Dios su amparo y favor para el trance de la muerte, que ya presentia. Habiendo visitado las casas de Bolonia, Ferrara, Mántua y Milan, llegó á Génova, en donde los males y achaques que padecia se le agravaron de modo, que llegó á desconfiarse de su vida. Restablecido algun tanto, hizo que le condujesen á Roma, y al entrar en su casa dijo aquellas palabras del Profeta: Aquí será mi descanso. Recibiéronle los religiosos con extraordinaria devocion y regocijo; besáronle la mano como á su padre y patriarca; y solícitos por conservar una vida tan preciosa, hicieron que se echase en cama, en donde le cuidaron y regalaron con el amor y ternura de hijos. Estos esmeros produjeron algun efecto, porque de allí á algunos dias se halló notablemente restablecido. No quiso el santo perder estos instantes de mejoría sin emplearlos en aquellas ocupaciones de caridad que le habian merecido todas las atenciones de su vida. Hizo que le llevasen á la iglesia de San Pedro para encomendar al príncipe de los apóstoles el cuidado y aumento de un instituto tan provechoso. Al pasar el puente de Sant-Ángelo conmovió su corazon de tal manera la vista del hospital de Sancti-Spiritus, que se hizo llevar allá, y apoyado en dos religiosos visitó las camas de los enfermos,

diciéndoles palabras de mucha edificacion y ternura. Todos los ministros del hospital se conmovieron con su llegada; unos le besaban la mano, otros le pedian la bendicion, y todos se animaban mutuamente á andar mas vigilantes, alegando por razon que ya habia venido el padre Camilo. Visitó la iglesia de San Pedro con fervorosa oracion, encomendando al santo apóstol el cuidado de su religion. Íbase poco á poco acabando la vida de este incomparable varon, que debiera ser interminable; pero al mismo paso crecian mas los ardores de su encendida caridad. Pocos dias pasaron, y pareciéndole que tenia algunas fuerzas, hizo que le llevasen á su amado hospital, que era el único sitio donde encontraba algun alivio en las muchas dolencias que padecia. Los esfuerzos que hizo para servir á los enfermos, los muchos discursos con que los animó al amor de Dios y al aborrecimiento de sus culpas, y las lágrimas que vertia sobre aquellos infelices solo se pueden concebir reflexionando sobre aquella heróica caridad, que fué el distintivo de todas sus acciones. « Bien sabe Dios, decia á los enfermos, que quisiera quedarme para siempre con vosotros; mas, ya que esto no me es dado, estad ciertos que me quedo con vosotros con el alma y con el corazon. » De vuelta para su convento le sobrevino un desmayo que le obligó á retirarse á una tienda, de donde, trasladado á su convento, se echó en cama para morir. Luego que se publicó en Roma el peligroso estado de su vida, fué innumerable el concurso de personas de todas clases y estados que acudian á visitarle; pero el santo no recibió sino á personas muy espirituales, cuyos santos consejos podian servirle para lograr una muerte preciosa delante del Señor. En aquellos dias fué admirable el arrepentimiento que manifestó de sus culpas, pidiendo á Dios perdon y misericordia con tanta compuncion y lágri-

mas, como si no las hubiera derramado abundantemente, y satisfecho por ellas en tantos años de piedad y de caritativos ejercicios. Sufrió con una paciència invencible los muchos dolores y angustias que le ocasionaban cinco enfermedades que padeció á un mismo tiempo, sin que en el discurso de todas ellas se le hubiese oido una sola queja. Agravada, en fin, la enfermedad, se le administraron los santos sacramentos, que recibió con suma devocion é inexplicable consuelo de su alma. Llamó á sus hijos, dióles su bendicion, exhortólos al amor fraternal, á cuidar exactamente de los enfermos y al ejercicio de todas las virtudes; y habiendo fijado sus ojos en un santo crucifijo, repitiendo los dulcísimos nombres de Jesus y de María, exhaló su alma con aquella tranquilidad con que mueren los justos. Sucedió su dichoso tránsito el dia 14 de julio de 1614, siendo á la sazon de sesenta y cinco años de edad. Su portentosa santidad fué acreditada por Dios, ya con el suave olor que exhalaba su cadáver, el cual quedó con extraordinaria hermosura, ya con varios milagros que por su intercesion obró la divina Omnipotencia. Benedicto XIV, habiendo precedido el informe correspondiente, le beatificó en 1742, y en el dia 29 de julio de 1746 el mismo santo padre le puso con la mayor pompa en el catálogo de los santos.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Bamberga, san Henrique I, emperador, que con su esposa santa Cunegundis guardó perpetua castidad, y ganó para Jesucristo á san Estéban, rey de Hungría con casi todo su reino.

En Oporto, la fiesta de los mártires san Eutropio, santa Sózima y su hermana santa Bonosa.

En Cartago, san Catulino, diácono, cuyo elogio pronunció san Agustin en un sermon al pueblo; y los

mártires san Januario, san Florente, santa Julia y santa Justa, cuyos cuerpos fueron depositados en la basílica de Fausto.

En Alejandría, san Felipe, san Zenon, san Narseo y diez niños, mártires.

En la isla de Tenedos, san Abudemo, mártir, que padeció bajo el poder de Diocleciano.

En Sebaste, san Antioco, médico, decapitado bajo el presidente Adriano; y como viese el verdugo Ciriaco salir leche en vez de sangre de la santa cabeza, se convirtió él tambien á Jesucristo y padeció el martirio.

En Pavía, san Félix, obispo y mártir.

En Nisibe, la fiesta de Santiago, obispo de aquella ciudad, varon de gran santidad. Esclarecido en milagros y erudicion, fué del número de los confesores que, en el tiempo de la persecucion de Galerio Maximiano, en el concilio de Nicea condenaron la perversidad de Arrio, oponiéndole el dogma de la consustancialidad. Por el mérito de sus oraciones y las del obispo Alejandro, recibió el mismo Arrio una recompensa digna de su maldad, reventándosele las entrañas en Constantinopla.

En Nápoles en la Campaña, san Anastasio, obispo de aquella ciudad, quien, habiendo padecido muchos ultrajes del impío Servio su sobrino, y sido echado por él de su silla, murió devorado de pesares en Verules, adonde se habia retirado en tiempo de Carlos el Calvo.

En Palermo, la invencion del cuerpo de santa Rosalia, virgen, el cual, hallado en el pontificado de Urbano VIII de un modo milagroso, libró á la Sicilia de la peste el año del Jubileo.

En Champaña, santa Evronia, virgen.

Cerca de Chinon en la Turena, san Juan del Montier, presbítero, natural de Bretaña.

En Angers, san Benito, obispo, del que hay reliquias en san Maurillo.

En Vic, diócesis de Metz, san Bernardo, confesor.

En Sirmich, los santos mártires Agripino, Segundo, Máximo, Fortunato y Marcial.

En Ferden en Sajonia, san Herruc, obispo de aquella ciudad.

En Moscou, san Volodimer, duque.

En Escandinavia, san David, abad, del órden Cluniacense.

En Valencia en España, la bienaventurada Teresa, princesa, cuyo cuerpo se venera en aquella ciudad, en la iglesia de Nuestra Señora de Gracia.

La misa es propia, y trata de la caridad del santo: la oracion es la siguiente.

Deus, qui sanctum Camillum ad animarum in extremo agone luctantium subsidium singulari charitatis prærogativa decorasti; ejus, quæsumus, meritis spiritum nobis tuæ dilectionis infunde, ut in hora exitus nostri hostem vincere, et ad cœlestem mereamur coronam pervenire. Per Dominum nostrum...

O Dios, que adornaste á san Camilo de una singular prerogativa de caridad para socorrer á las almas que luchan en la última agonía, infunde en nosotros por sus merecimientos el espíritu de tu amor, para que en la hora de nuestra muerte merezcamos vencer al comun enemigo, y llegar á la corona celestial. Por nuestro Señor...

La epístola es de la primera de san Juan evangelista, cap. 3.

Charissimi: Nolite mirari si odit vos mundus. Nos scimus quoniam translati sumus de morte ad vitam, quoniam diligimus fratres. Qui non diligit, manet in morte: omnis, qui odit fratrem suum, homicida est Et scitis quoniam omnis

Carísimos: No os admireis de que os aborrezca el mundo. Nosotros sabemos que hemos sido trasladados de la muerte á la vida, porque amamos á los hermanos. El que no ama está en la muerte: todo aquel que aborrece á su hermano es homi-

homicida non habet vitam æternam in semetipso manentem. In hoc cognovimus charitatem Dei, quoniam ille animam suam pro nobis posuit: et nos debemus pro fratribus animas ponere. Qui habuerit substantiam hujus mundi, et viderit fratrem suum necessitatem habere, et clauserit viscera sua ab eo: quomodo charitas Dei manet in eo? Filioli mei, non diligamus verbo neque lingua, sed opere, et veritate.

cida. Y vosotros sabeis que todo homicida no tiene existente en sí mismo la vida eterna. En esto hemos conocido la caridad de Dios, en que expuso por nosotros su vida; y nosotros tambien debemos exponerla por los hermanos. El que tuviere los bienes de este mundo, y viere que su hermano tiene necesidad, y cerrare sus entrañas á la compasion de él, ¿cómo existirá en este la caridad de Dios? Hijuelos mios, no amemos de palabra, ni con la lengua, sino con la obra y con la verdad.

REFLEXIONES.

Una verdad esencial nos propone san Juan evangelista en la epístola de este dia, en la cual estriba todo el edificio de la virtud, y todo el órden de la vida cristiana. Esta verdad se reduce á que el amor del mundo, y el amor de Dios y del prójimo son dos amores opuestos. El mundo no estima sino sus obras, aborrece la luz, está enemistado con el órden, ama la confusion, y entonces está mas satisfecho cuando vive entre tinieblas. Por esta causa aborrece y persigue á los hijos de luz, esto es, á aquellos que siguen los consejos y preceptos del Padre de las luces; pero san Juan advierte que no nos debemos maravillar de que el mundo nos aborrezca, porque en esto mismo da una prueba de su maldad, y otra de la excelencia de la caridad y de lo provechoso que es el amor de Dios y del prójimo. El ejemplo de Abel y de Cain confirma lo uno y lo otro; en el primero se significa el amor de Dios, y en Cain el amor del mundo. Las obras de este eran malas, las de su hermano santas y justas; por esta causa sufrió el inocente Abel la

persecucion de su hermano hasta llegar al punto de perder la vida. Todo esto nos enseña que debemos hacer todos los sacrificios mas dolorosos para conservar en nosotros la virtud de la caridad. Ella es, segun nos dice la Escritura, el vínculo de la perfeccion, porque une, estrecha y ata entre si á todas las virtudes, de manera que su sola posesion califica la vida de perfectamente cristiana. El mismo apóstol san Juan lo insinúa cuando asegura que el mas mínimo defecto en la caridad nos acarrea la muerte del pecado. Por el contrario, el que desee tener en si la vida permanente de la gracia, debe ejercitarse en las obras de caridad, amando á Dios primeramente, y por Dios al prójimo.

Pero debe estar advertido todo cristiano que, obrando de esta manera, ha de sufrir las contradicciones del mundo. Este es sumamente zeloso, y su zelo pasa con facilidad á envidia, y de envidia á furor. Siente que no se amen las cosas que á él le pertenecen, y en que propone á los hombres unos bienes aparentes y falsas delicias. Se contrista cuando ve emplear en otro objeto el amor y las atenciones que desea para sí mismo. De aquí nace aquel ímpetu, aquel furor con que persigue á aquellos hombres felices, cuyos corazones llegaron á penetrarse del amor de sus hermanos. No hay ardid de que no se valga para retraerlos, ni medio que no emplee para desacreditar su conducta. Exagera hasta lo sumo los trabajos y penalidades de la vida activa; pinta con los colores mas negros el semblante de los enemigos; pondera lo intolerable de las injurias; y cuando con estas tretas no puede apartar al cristiano de los ejercicios de la caridad, da á esta virtud nombres odiosos que suelen atemorizar muchas veces á los que no estén en ella muy radicados. Califica de soberbia y de deseo de señalarse entre los demás aquel esmero fervoroso, con que procuran

los caritativos averiguar las necesidades de sus hermanos, y hallar todos los medios de socorrerlas. Calumnia muchas veces al caritativo, notándole de avariento y ambicioso, suponiendo que convierte en su propio provecho parte de los bienes que consigue para los pobres; y cuando esto no suceda, que solicita conseguir por este medio su exaltacion y su gloria. Y dado caso que le salgan fallidas estas trazas, tiene el comun asidero de calificar de hipocresía la mas acendrada virtud. Tales son los artificios de que se vale el mundo contra la caridad; pero son artificios que, descubiertos y prevenidos de antemano por la divina sabiduria, no deben servir para otra cosa que para hacer la virtud del cristiano mas ilustrada y segura. Apenas ha habido un justo, cuyas operaciones no hayan sido calumniadas; y esto mismo es una prueba de la malignidad del mundo, y un excitativo poderoso para no acobardarte cuando tú las padezcas por el ejercicio de la caridad.

El evangelio es del cap. 15 de san Juan.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Hoc est præceptum meum, ut diligatis invicem, sicut dilexi vos. Majorem hac dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis. Vos amici mei estis, si feceritis quæ ego præcipio vobis. Jam non dicam vos servos: quia servus nescit quid faciat dominus ejus. Vos autem dixi amicos: quia omnia quæcumque audivi à Patre meo, nota feci vobis. Non vòs me elegistis; sed ego elegi vos, et posui

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Mi mandamiento es este, que os ameis mutuamente, como yo os he amado. Ninguno tiene mayor caridad que aquel que da su vida por sus amigos. Vosotros seréis amigos mios si hiciéreis lo que yo os mando. De aquí en adelante no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Pero yo os he llamado amigos, porque os he hecho saber á vosotros todo cuanto oí de mi Padre. No sois vosotros los que me elegisteis;

vos ut eatis, et fructum afferatis; et fructus vester maneat: ut quodcumque petieritis Patrem in nomine meo, det vobis.

sino que yo os elegí á vosotros, y os destiné para que vayais, y hagais fruto, y vuestro fruto sea duradero; de modo que cualquiera cosa que pidais á mi Padre en mi nombre, os la conceda.

MEDITACION.

SOBRE EL AMOR DEL PRÓJIMO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que Jesucristo dice que el amar al prójimo es su precepto por excelencia, como que en él se cifran y reunen todas las perfecciones de la vida cristiana, y que de consiguiente debes moverte á ejecutar sus obras maravillosas, no contentándote con la medianía.

No se puede dudar que al mismo tiempo que Jesucristo llamó al precepto de amar al prójimo precepto suyo, denotó la predileccion que de él tenia respecto de los demás preceptos; que encargaba á los hombres particularmente su observancia, como de una cosa que llevaba todas las atenciones de su corazon; y últimamente, que en él constituia la suma necesidad para llegar á la felicidad eterna. Este precepto se explica por estas palabras: Amarás á tu prójimo como á ti mismo; palabras cuya inteligencia nos advierte de todas nuestras obligaciones, si previamente formamos de nuestra religion sacrosanta un juicio justo y exacto. Por ellas se nos manda que amemos á nuestro prójimo de la misma manera que nos amamos á nosotros mismos. ¡Pero, ó gran Dios, cuánta variedad hay entre los hombres acerca del amor con que á sí mismos se aman! Hay hombres que como si no tuvieran una alma racional, cuyo espíritu incorruptible ha de durar para siempre, solo aman

en sí lo animal, lo sensitivo y lo perecedero. Manifiestan este amor procurándose todas las delicias posibles, todos los objetos de los sentidos, y todo aquello á que los arrastra su depravada concupiscencia. Estos tales se aman á sí mismos, pero de un modo que seria un delito el amar al prójimo de la misma manera. Por eso dice san Agustin (1): *Mira primeramente si sabes amarte á ti mismo, y en tal caso te encomendaré tu prójimo, para que le ames como á ti mismo.* A lo cual añade san Próspero: *Entonces amamos al prójimo, cuando atendemos á su salud, para que la emplee en las buenas costumbres y en obras útiles, para la consecucion de la vida eterna.*

De aquí se infiere que debemos amar al prójimo, deseando que practique como nosotros la virtud, y ayudándole para ello con las obras exteriores. Esto se explica con aquellas palabras de que usan los maestros de espíritu, cuando dicen que se debe amar al prójimo con el deseo y con la obra. En lo primero se significa que le debemos desear todos los bienes imaginables, y en ellos una verdadera felicidad; en lo segundo, que para este efecto debemos ayudarle con nuestras buenas obras, considerando que es la imágen de Dios pintada por su mano en la creacion, para que en ella reconociésemos á nuestro Dios, y nos moviésemos á amarle; considerando tambien que nuestro prójimo fué redimido con la preciosa sangre de Jesucristo como lo fuimos nosotros, que es decir, que debemos amarle como á una cosa tan preciosa, que no dudó Dios dar por ella un precio infinito; y últimamente, considerando que nuestro prójimo es una parte nuestra, como miembro que es del cuerpo místico de la Iglesia, *en la cual*, dice san Pablo, *muchos individuos formamos un cuerpo en Cristo, y cada uno es miembro y parte del otro.* Todas estas consideraciones

(1) Lib. 1, de Vit. cons. cap. 15.

te persuaden la necesidad, la obligacion y la excelencia de la caridad, y al mismo tiempo que no debes contentarte con unos oficios comunes en esta materia, sino que á imitacion de san Camilo debes aspirar á su mayor perfeccion.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el amor propio es un enemigo tan sutil y astuto, que suele embarazar aquellas obras heróicas en que se manifiesta con mayor brillo la caridad cristiana, persuadiendo á los hombres que en su ejecucion han de padecer muchos daños.

Entre todas las obras de misericordia con que se manifiesta la caridad, una de las mas brillantes es visitar á los enfermos, socorrerlos, cuidarlos y darles todos los auxilios que son necesarios para su curacion y restablecimiento. Todo esto no se puede ejecutar sin vencer primero una multitud de repugnancias que opone nuestro amor propio, y que no se hallan en las demás obras de misericordia. El comunicar á otro las luces de sabiduría de que estás adornado; el dirigir sus operaciones con tus consejos, y el emplear tu hacienda en aliviar sus necesidades corporales, son unas obras en que nada se aventura. Tal vez de ellas mismas te resulta honor, y tu vanidad encuentra un cebo con que alimentar aquel deseo que tienen los hombres de manifestarse superiores los unos respecto de los otros. Aun la distribucion de los bienes temporales se hace sin repugnancia cuando hay una mediana fortuna, y lleva consigo la recompensa del agradecimiento. Pero el asistir á aquellos miserables hermanos nuestros que yacen sumergidos entre la hediondez de las enfermedades, entre los peligros del contagio, y sobre todo el auxiliarlos cuando están cercanos á la muerte, causa un horror que suele espantar á nuestra flaca naturaleza. Todos los sentidos

encuentran en estos objetos un martirio que los atormenta. Los ojos ven la podredumbre, la miseria, la pobreza y todos los males que oprimen al enfermo. El olfato es atormentado con el hedor intolerable que despiden de sí unos cuerpos miserables que están próximos á su disolucion. La imágen del dolor y de la muerte se clavan en el corazon del hombre, y amedrentan á su alma. El amor propio aviva y aumenta todas estas imágenes, y hace concebir un peligro próximo de vernos tan miserables como aquellos infelices á quienes debemos socorrer, y llega á persuadirnos que no estamos obligados á hacerlo, porque tenemos obligacion de cuidar de nuestra propia vida.

Si se consideran con reflexion todos estos inconvenientes, se hallará que son unas ilusiones con que el amor propio nos engaña, y con que pretende despojar á la caridad de sus derechos. San Juan evangelista (1) da la idea mas sublime de esta grande virtud, manifestando en pocas palabras la conducta que debemos observar en su práctica, y las razones de esta conducta. *La caridad de Dios*, dice, *se hizo patente á nuestros ojos, en que el mismo Dios expuso su vida por nosotros; y en consecuencia, tambien nosotros debemos exponer las nuestras por nuestros hermanos.* Este ejemplo del Hijo de Dios, Jesucristo, es tan patente, y persuade con una eficacia tan poderosa, que no se puede resistir. Él dió su preciosa vida en los tormentos de una cruz para la redencion del género humano, y para libertar á nuestra naturaleza de los males y enfermedades á que estaba sujeta por la culpa. El mismo Hijo de Dios publicó que no era digno de llamarse discípulo suyo el que no seguia sus pasos. De aquí se infiere que tienen los cristianos una obligacion estrecha de imitar á Jesucristo, exponiendo su

(1) Ep. 1, cap. 3.

vida en beneficio de sus prójimos. Esto mismo persuade el órden de la caridad, segun el cual, nuestro amor debe emplearse en el mayor bien. Primero debemos amar á Dios que al prójimo, porque Dios es un bien sumo, en donde se reunen todas las razones que puede tener el hombre para amar, las cuales son infinitamente superiores á las que se encuentran en las cosas criadas. De la misma manera, el bien espiritual del prójimo se debe preferir á los bienes propios temporales, sin exceptuar de ellos la vida, porque así lo exige el órden de la caridad, así lo enseña la sagrada Escritura, y así lo practicó el mismo Jesucristo. Reflexiona y medita bien la conducta de san Camilo, principalmente en la asistencia de los apestados, y hallarás que la flaqueza humana puede con la gracia seguir los grandes ejemplos de tu Redentor, como en efecto los siguieron tantos varones piadosos.

JACULATORIAS.

In hoc apparuit charitas Dei in nobis; quoniam ille pro nobis animam suam posuit. Joan. Ep. 1, cap. 3.

El amor que Dios nos tiene se manifestó en que dió gustosamente su vida para que nosotros tuviésemos una felicidad eterna.

Si sic Deus dilexit nos, et nos debemus alterutrum diligere. Joan. Ep. 1, cap. 4.

Puesto que Dios nos ama sacrificando lo temporal por lo eterno, de la misma manera debemos nosotros amar á nuestros hermanos, despreciando por ellos los peligros.

PROPOSITOS.

1. La caridad, dice san Pablo, todo lo vence, todo lo supera, todo lo disimula, por todo pasa. El que es verdaderamente caritativo únicamente se propone en

sus operaciones aquel sublime principio de Jesucristo que se halla en el capítulo 6 de san Lucas: *Haced con los hombres todo aquello que desearíais que ellos hiciesen con vosotros.* En esta suposicion, imagínate enfermo de una enfermedad asquerosa, oprimido de la indigencia, falto de todos los auxilios de la fortuna, y reducido al miserable estado de no poderte socorrer á ti mismo. Imagínate en un hospital rodeado de otros enfermos y de algunos cadáveres, sujeto á presenciar los horrores de la muerte, debilitados tus miembros, fatigado de los dolores de la enfermedad, cubierto de podredumbre y de miseria, y sufriendo el hedor y las asquerosidades de una pestífera enfermedad. En este estado, ¿cuáles serán tus pensamientos? ¿qué es lo que desearias entonces que practicasen contigo tus hermanos? ¿qué juicio formarias de aquellos corazones duros, en los cuales no hiciesen mella tu miseria y tus lamentos? ¿qué estimacion te merecerian las vanas excusas del aseo, de la náusea y del peligro de la vida que opusiesen tus prójimos para eximirse de socorrerte? ¿cómo podrias persuadirte que eran verdaderamente cristianos é imitadores de Jesucristo los que te dejasen morir abandonado á tu enfermedad, á tu podredumbre y á tu miseria? No hay duda que, constituido juez de ellos, y habiéndoles de juzgar por el código del Evangelio, pronunciarias contra ellos sentencia, declarándolos no solamente malos cristianos, sino enemigos de Jesucristo y quebrantadores de su ley sacrosanta. Los acusarias de duros, de crueles y de impíos; ó á lo menos no les podrias perdonar el que en aquel conflicto no te favoreciesen con socorros espirituales que fortaleciesen tu alma y te animasen á la paciencia. Esto mismo te debe convencer de que estás tú obligado á hacer estos mismos oficios con tus prójimos que se hallan en igual miseria Tú desearias que te asistiesen, que te

limpiasen, que te administrasen las medicinas, y que consolasen tu alma con discursos espirituales; pues hé aquí lo mismo que tú debes hacer segun el principio establecido por la justicia infinita. La ejecucion es difícil, es trabajosa, considerada nuestra flaqueza. Todo el conjunto de errores que se presentan en las miserias de esta clase, arredran á primera vista al que no está bien cimentado en la caridad; pero el que posee esta sublime virtud, vence con facilidad todas las repugnancias de la naturaleza, y llega felizmente á la práctica de aquellas heróicas obras á que estimula la gracia. Propon manifestarte de hoy en adelante convencido de estas santas consideraciones. Procura asistir á los hospitales, visitar caritativamente á los enfermos, ayudarlos con regalos y medicinas, si te ha dado posibles para ello la divina misericordia; y sino, suple este defecto con pláticas espirituales y palabras de consolacion, que animen á tus hermanos á sufrir los trabajos con paciencia, y á resignarse en todo con las santas disposiciones de la divina sabiduría.

DIA DIEZ Y SEIS.

LA FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DEL CÁRMEN, Ó DEL SANTO ESCAPULARIO.

Siendo tan célebre y tan autorizada en la Iglesia la fiesta de nuestra Señora del monte Carmelo, llamada vulgarmente (en otras partes) la fiesta del Escapulario, es muy justo referir su historia en este dia, singularmente consagrado á tan santa devocion, aprobada por tantos pontífices, confirmada con tantos milagros, establecida con tanto fruto en casi todas las partes del mundo cristiano, y en todas con tan visible provecho de los fieles.



N.TRA S.RA DEL CARMEN.

Hacia muchos siglos que los padres carmelitas florecian en la Iglesia, con especialidad en el Oriente, donde á pesar del furor de los bárbaros, de los sarracenos y de los musulmanes, se mantenian encarcelados en las cavernas del monte Carmelo, tomando de aquí el nombre de carmelitas. Hacia, vuelvo á decir, muchos años que florecia en el Oriente esta sagrada familia, tan célebre y tan respetable por su pública y especial devocion á la santísima Vírgen, cuando los europeos pasaron á la Palestina con el fin de libertar los cristianos y los santos lugares donde se obró nuestra redencion de la opresion de los infieles; y enamorados no menos de la virtud que de la penitente vida de aquellos santos ermitaños del monte Carmelo, los persuadieron que se trasladasen á Europa. Con efecto, hácia la mitad del siglo décimotercio pasaron algunos de ellos á Francia en compañía del santo rey san Luis, y fué su primer establecimiento en cierta ermita á una legua de Marsella, llamada *el Aigallades*. Declaróse por su protector el piadosísimo monarca, y los extendió por otras muchas partes de sus estados, mientras algunos de ellos resolvieron embarcarse para Inglaterra, donde la divina Providencia les tenia destinado un sugeto, que por su extraordinario mérito y por su rara santidad muy en breve habia de dar grande esplendor á su órden.

Era el célebre Simon Stock, inglés de nacion, de las mas nobles familias del país; pero mas esclarecido por su inocencia y por su eminente virtud, que por su ilustre nacimiento (1). Prevenido desde su niñez con extraordinarias gracias, á los doce años de su edad fué conducido á un desierto por el espíritu de Dios. Practicó desde luego penitencias increibles: sustentábase de raices y de yerbas; una clara fuentecilla le ofrecia el agua para apagar la sed; su cama,

(1) La Colombier. Serm. 35.

su celda y su oratorio se reducian al hueco de un viejo tronco, donde solo podia estar en pié, tan estrecho, que no le permitia revolverse á ningun lado; y de aquí se le dió el sobrenombre *de Stock*, que en lengua inglesa quiere decir *tronco de árbol*. Su contínuo ejercicio era la oracion, con la cual se purificó tanto aquella alma, que los ángeles, cuya pureza igualaba, casi nunca le abandonaban en aquella soledad. Al mismo paso que su asombrosa penitencia, crecia tambien la tierna devocion que casi desde la cuna habia profesado á la santísima Vírgen; y aseguran los autores de su vida que los mas de los dias le visitaba esta Señora en su desierto, donde era tan íntima y tan familiar su conversacion con Dios, que los espirituales consuelos de su alma parecian auroras ó precursores de las dulzuras del cielo.

Treinta y tres años llevaba Simon de aquella angelical vida, cuando entraron en Inglaterra los ermitaños del monte Carmelo, que habian venido de Oriente, y comenzaron á mostrar en aquel reino el mismo fervoroso zelo que les habia adquirido tanta veneracion y tanto honor en toda la Palestina. Tuvo noticia de su arribo el santo solitario por una revelacion; y habiéndole declarado la santísima Vírgen cuán grata era aquella órden á sus maternales ojos, y que seria muy de su agrado que él se agregase á ella, dejó al punto el desierto, buscó á los padres, arrojóse á sus piés, y abrazó su instituto sometiéndose á su gobierno.

No hay mayor prueba de la especial estimacion que hizo entonces la Reina de los cielos de aquella dichosa órden, que haberle dado al mas querido de todos sus fieles siervos. Parece que la Vírgen santísima se habia encargado, por decirlo así, de formarle por su mano desde sus mas tiernos años, y de enriquecerle con los mas preciosos dones, solo para regalarle á

aquella órden tan querida suya, y para que fuese muy presto uno de sus mayores ornamentos. Admitido Simon entre los religiosos del Cármen, no echó menos la compañía de los ángeles que gozaba en el desierto. Apenas hizo la profesion religiosa, cuando deseó pasar à la Tierra Santa para beber en la fuente el espíritu doble que habia animado al gran Elías. Visitó descalzo los santos lugares que el Salvador consagró con su presencia; y llegando al monte Carmelo, se detuvo seis años en él, haciendo una vida tal, que se pudo llamar un éxtasis continuado, sin otra comunicacion en todo aquel tiempo que con los espíritus celestiales. Dícese tambien que la santísima Vírgen cuidó de sustentarle de un modo milagroso. Vuelto, en fin, á Inglaterra, extendió por toda ella aquel fuego divino que se apoderó de su corazon en el monte Carmelo; de manera que, comunicado á toda la isla, no quedó menos asombrada de las portentosas conversiones que se seguian á su predicacion, que de los frecuentes milagros con que eran acompañadas.

Íbale disponiendo la gracia como por diversos grados de perfeccion á mas singulares favores que el cielo le preparaba. Elevado al cargo de superior general por unánime consentimiento de sus hermanos, se aplicó con el mayor empeño á avivar el sagrado fuego de la devocion á la Vírgen en una órden que se honraba con su nombre, y aun se gloriaba de haberle dedicado altares casi desde el nacimiento de la Iglesia.

Tuvieron su efecto los esfuerzos de su fervoroso zelo, porque el devoto general tuvo el consuelo, no solo de ver renovada en la órden con nuevo fervor la tierna devocion á la Madre de Dios, sino de verla igualmente extendida y comunicada á todos los pueblos. Creció en Simon la confianza con la ternura, y

se sintió movido interiormente á pedir á la Reina de los cielos algun nuevo y especial favor, así para la órden, como para los fieles. Despues de muchos años de lágrimas, de penitencias y de ruegos, se rindió, en fin, la Madre de misericordia à las instancias de su fidelísimo siervo. Dice la historia que un dia se le apareció esta Señora, rodeada de innumerable multitud de espíritus celestiales con un escapulario en la mano, y alargándole al santo, le dijo estas dulces palabras: «Recibe, amado hijo mio, este escapulario para tí y para tu órden, como una prenda de mi especial benevolencia y proteccion, que sirva de privilegio á todos los carmelitas: *Dilectissime fili, recipe tui ordinis scapulare meæ confraternitatis signum tibi, et cunctis carmelitis privilegium.* Por esta librea se han de conocer mis hijos y mis siervos. *Ecce signum salutis:* en él te entrego una señal de predestinacion, y como una escritura de paz y de alianza eterna: *Fœdus pacis, et pacti sempiterni:* con tal que la inocencia de la vida corresponda á la santidad del hábito. El que tuviere la dicha de morir con esta especial divisa de mi amor, no padecerá el fuego eterno, y por singular misericordia de mi querido Hijo gozará de la bienaventuranza: *In quo quis moriens, æternum non patietur incendium.* »

Apenas se publicó en el mundo una devocion de tanto consuelo y de tanto provecho, hecha á un varon tan santo, cuando los reyes y los pueblos tomaron á competencia el escapulario de la Virgen, y se alistaron en la cofradía dedicada á su servicio. Creció la ansiosa y devota competencia con los muchos milagros que obró Dios para manifestar lo mucho que le agradaba aquella devocion. Por tanto, se puede en algun modo decir que, entre todos los piadosos ejercicios que el cielo ha inspirado á los fieles para honrar á la Madre de Dios, acaso no hay otro

mas ruidoso que el de su santo escapulario; pues parece que ningun otro ha sido confirmado con tantos y tan auténticos prodigios. ¡Cuántos incendios se han apagado con su virtud (1)! ¡cuántas veces, dice un gran siervo de Dios, se conservó el mismo escapulario ileso en medio de las llamas! ¡cuántas libertó hasta los vestidos y hasta los cabellos de muchos que se hallaron envueltos entre voraces incendios! Hoy mismo se experimenta á cada paso de cuánto auxilio es el santo escapulario en los naufragios. Pocos hay que alguna vez no hayan sido testigos de lo que respetan las olas á esta sagrada divisa. Se ha visto á muchos, que, cayendo en los rios ó en el mar, quedaron como suspendidos en las aguas, escapándose de una muerte inevitable por virtud del santo escapulario. No pocos, precipitados de espantosos despeñaderos, se mantuvieron como suspensos en el aire, sostenidos milagrosamente del escapulario asido a la punta de un peñasco. Detiene hasta la violencia del trueno, y divierte la direccion del rayo á pesar de su velocidad y sutileza. ¡Cuántas fiebres mortales y contagiosas, cuántas violentas tentaciones, cuántas enfermedades incurables desaparecieron por la virtud del santo escapulario! Nunca acabaríamos si se quisieran referir todos los funestos accidentes, todos los géneros de muertes de que ha preservado á los verdaderos siervos de María esta piadosa devocion.

Notorio es á todo el mundo lo que sucedió en el último sitio de Montpeller á la vista de todo un ejército. Recibió un soldado en el asalto un mosquetazo en el pecho sin padecer lesion alguna, habiéndose detenido la bala como por respeto en la superficie anterior del santo escapulario. Fué testigo de esta maravilla el mismo rey Luis XIV de feliz y triunfante memoria, á cuya vista el devoto monarca se vistió luego

(1) La Colombier.

aquella santa cota, como lo hizo san Luis luego que se descubrió al mundo este tesoro. El difunto rey Luis el Grande, cuyo famoso reinado, inmortal en la memoria por tantos prodigiosos sucesos, será la admiracion de los siglos; este gran monarca, desde los primeros años de su floreciente imperio se puso bajo la proteccion de la Vírgen, tomando su santo escapulario. A su imitacion hicieron lo mismo muchos príncipes; y habiendo ya quinientos años que se estableció en la Iglesia esta devocion, cada dia se extiende, se aviva y se aumenta mas en todas las naciones con indecible, con inmenso provecho de los fieles.

Luego que se descubrió fué aprobada por los vicarios de Cristo; porque, sabiendo muy bien la santísima Vírgen que las mas especiosas devociones no son estimables mientras la silla apostólica no las autorice, la misma soberana Reina dió á conocer al papa Juan XXII los privilegios singulares de esta devocion, como lo afirma el mismo papa en su bula *Sacratíssimo*, de la que hacen mencion en las que expidieron en favor del santo escapulario los papas Alejandro V, Clemente VII, Paulo III, Paulo IV, san Pio V y Gregorio XIII; de suerte que siete grandes pontífices conspiraron, por decirlo así, en encender mas y mas esta devocion en el corazon de los fieles, por el sinnúmero de indulgencias que concedieron á los que se alistasen en tan piadosa cofradía. ¿Qué prenda mas dulce, ni de mayor consuelo de la especial proteccion de María? ¿qué motivo mas sólido para fundar una piadosa confianza?

El que solicitó esta divisa de la especial proteccion de la Madre de Dios fué uno de sus mas amantes siervos, y él mismo es quien asegura haberla conseguido. Autorizóla el cielo por el oráculo de los vicarios de Cristo y por la voz de los milagros. Ningun ca-

tólico duda de esta poderosa proteccion. Sábese que san Buenaventura no señala otros límites á lo que puede la intercesion de María, que los que reconoce el poder de Dios. Asegura san Antonino que, para alcanzar, no ha menester mas que pedir. Adelanta el bienaventurado Pedro Damiano que se presenta al trono de su Hijo, no ya como sierva sino como Madre, y que sus súplicas pueden tener como fuerza de decretos : *Accedit ad aureum humanæ reconciliationis altare, non orans, sed imperans, domina, non ancilla.* ¿Cómo es posible que sea eternamente infeliz, dice el mismo padre, un hombre por quien María haya intercedido una sola vez? *Æternum væ non sentiat, pro quo vel semel oraverit Maria.* Al abad Gualrico, discípulo de san Bernardo, le parece ser casi lo mismo merecer uno la proteccion de la Virgen, que asegurarse de la posesion del paraiso : *Nullatenùs censendum est majoris esse felicitatis habitare in sinu Abrahæ, quàm in sinu Mariæ.* Bien sabidos son los devotos afectos de san Anselmo en este particular. Cree que no es posible perecer en el servicio de la Reina de los ángeles; á ella dirige estas palabras tan memorables y tan frecuentemente repetidas : *Omnis ad te conversus, et à te respectus, impossibile est ut pereat.* No dijo menos que todos los demás san German, obispo de Constantinopla, cuando dijo que la proteccion de la Virgen era muy superior á todo cuanto nosotros podíamos concebir : *Patrocinium Virginis majus est, quàm ut possit intelligentia apprehendi.*

No solo consiguen en esta vida la proteccion particular de la santísima Virgen los que traen su devoto escapulario, sino que tambien la disfrutan en la otra los que le trajeron en esta, y fueron verdaderos siervos de María. Una madre tan tierna y tan amorosa no parece posible que dejase de moverse á piedad, si viese padecer por largo tiempo los tormentos del

purgatorio á sus queridos hijos. Así los tesoros de la Iglesia, que con tanta profusion han derramado los sumos pontífices en favor de los cofrades del escapulario, como la parte que tiene cada uno de ellos en las oraciones y en las buenas obras de la cofradía y de la religion del Carmelo, contribuyen mucho al alivio y mas pronta libertad de los cofrades. Es cierto que la santísima Vírgen á ningun alma sacará nunca del infierno; pero tiene muchos medios para hacer que el pecador no muera en la impenitencia final, como una falsa confianza no sea causa de que se conserven en pecado los falsos devotos de María.

Son sin duda muy ilustres y muy auténticos la mayor parte de los milagros que ha obrado Dios en favor del santo escapulario, y es razon dar un piadoso asenso á la historia del bienaventurado san Simon Stock; pero nunca el mismo que debemos á las cosas reveladas á la santa Iglesia. Tampoco se puede dudar por otra parte que la Iglesia haya autorizado una devocion tan aprobada. Y en fin, no es verisímil (dice el mismo devoto de María, de quien hemos sacado la sustancia de esta historia) que un Dios tan sabio como poderoso permitiese que se fundase sobre una fábula una devocion que le habia de ser agradable, como lo está manifestando cada dia, queriendo hacerla célebre con tan grande número de prodigios.

La misa es en honor de la fiesta, y la oracion la siguiente.

Deus, qui beatissimæ virginis, et genitricis tuæ Mariæ singulari titulo Carmeli ordinem decorasti: concede propitius, ut cujus hodie commemorationem solemni celebramus officio, ejus muniti præsidiis, ad gaudia sempiterna

O Dios, que ilustraste la órden del Monte Carmelo con el título especial de tu Madre la bienaventurada Vírgen María; concédenos benigno, que, amparados con la proteccion de aquella, cuya memoria tan solemnemente celebramos, me-

pervenire mereamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

rezcamos llegar á los eternos gozos de la gloria. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 24 de la Sabiduría.

Ego quasi vitis fructificavi suavitatem odoris : et flores mei fructus honoris et honestatis. Ego mater pulchræ dilectionis, et timoris, et agnitionis, et sanctæ spei. In me gratia omnis viæ et veritatis, in me omnis spes vitæ et virtutis. Transite ad me omnes qui concupiscitis me, et à generationibus meis implemini : Spiritus enim meus super mel dulcis, et hæreditas mea super mel et favum : Memoria mea in generationes sæculorum. Qui edunt me, adhùc esurient: et qui bibunt me, adhùc sitient. Qui audit me, non confundetur : et qui operantur in me, non peccabunt. Qui elucidant me, vitam æternam habebunt.

Yo fructifiqué como la vid suavidad de olor ; y mis flores son frutos de gloria y de honestidad. Yo soy madre del amor hermoso, y del temor, y de la sabiduría, y de la santa esperanza. En mí (se halla) toda la gracia (para conocer) el camino de la verdad : en mí toda esperanza de vida y de virtud. Venid á mí todos los que me deseais, y saciaos de mis frutos; porque mi espíritu es mas dulce que la miel, y mi heredad mas que el panal de miel ; mi memoria durará por todas las generaciones de los siglos. Aquellos que me comen tendrán todavía hambre ; y los que me beben tendrán todavía sed. El que me escucha no será confundido ; y aquellos que obran por mí no pecarán. Los que me ilustran conseguirán la vida eterna.

NOTA.

« Todo el capítulo 24 del Eclesiástico, de donde se » sacó esta epístola, es un magnífico elogio de la Sa» biduría, reconociéndose en él la dicha de los que » la buscan y adhieren á ella. En sentido moral no » hay cosa mejor apropiada á los verdaderos devotos » de la Virgen. »

REFLEXIONES.

Yo soy la madre del amor hermoso, del temor, de la ciencia, y de la santa esperanza. La verdadera devocion de María inspira una caridad pura, un temor dulce y filial, una clara inteligencia de los mayores misterios, y una santa confianza sin temeridad ni presuncion. Por este amor generoso y encendido para con Dios; por este dulce y filial temor de desagradarle; por este fondo de religion y de rendida sumision á las órdenes de Dios; por esta inalterable confianza en su misericordia se reconocen los verdaderos devotos de la Virgen. Todo esto dice, todo esto inspira, y todas estas virtudes alcanza la verdadera devocion de María; sin ellas toda devocion es falsa y espuria. Por eso todos los santos amaron á esta Señora con especial ternura; y todos, despues de Jesucristo, colocaron en ella su confianza. Es la madre del puro amor; y por lo mismo solo experimentarán sus divinos ardores los que la aman como á madre, los que la honran como á soberana, y los que la consideran como distribuidora de los tesoros de su Hijo. De este amor puro de Dios nace siempre el temor saludable de ofenderle; pero este divino fuego que comunica María no solo enciende á sus siervos, tambien los ilumina, tambien los instruye para que conozcan que no se puede amar á la Madre sin amar al Hijo. Igualmente experimentan los dos afectos del puro amor el corazon y el espíritu de los verdaderos siervos de María. A la caridad abrasada acompaña siempre la fe viva; y cuando se posee esta virtud, no puede faltar la confianza. Es error pensar que consiste la devocion de la Virgen en ciertos ejercicios exteriores, y en traer su escapulario, cuando todo esto no va acompañado de aquella fe viva y universal, de aquella constante perseverancia en las buenas cos-

tumbres, y de aquella cristiana vida sin la cual toda devocion, aunque no sea inútil, no puede ser meritoria; pero tampoco hay mayor impiedad que condenar esta devota ternura que se profesa á la Madre de los elegidos; desaprobar el culto que se rinde á la Madre de Dios. Ella es el socorro de los fieles, el consuelo de los afligidos, el refugio de los pecadores; ¿pues quién podrá censurar que despues de Jesucristo se coloque en ella toda nuestra confianza? ¿dónde hay medio mas eficaz, ni mas seguro para que Jesucristo nos reciba con agrado? El primer milagro que obró el Salvador fué á ruegos de María; y habiéndosenos comunicado á sí mismo por medio de María, dice san Bernardo, por ella quiere que recibamos tambien todas sus gracias. Sin duda por esto en todos tiempos se desenfrenaron contra esta Señora todas las herejías. Cuantos herejes han abortado los siglos, profesaron una maligna aversion á la santísima Vírgen y se declararon furiosamente contra su devocion. Al contrario, todos cuantos santos ha producido la Iglesia, todos profesaron una tierna devocion á esta Señora; todos hicieron empeño de publicar sus virtudes, de exaltar su poder, de recomendar su devocion, de promover en todas partes su culto, y de poner toda su confianza en su poderosa intercesion: *Qui elucidant me, vitam æternam habebunt.* Es prenda poco equívoca de predestinacion la tierna devocion á la santísima Vírgen, y el fervoroso zelo de su gloria. Por el contrario, apenas hay señal mas funesta de reprobacion, que mirar con frialdad y con disgusto á la Reina de los ángeles: *Omnes qui me oderunt, diligunt mortem.*

El evangelio es del cap. 11 de san Lucas.

In illo tempore, loquente Jesu ad turbas: Extollens vocem quædam mulier de turba,	En aquel tiempo hablando Jesus á las turbas, alzó la voz cierta mujer de en medio de

dixit illi: Beatus venter, qui te portavit, et ubera, quæ suxisti. At ille dixit: Quinimò beati, qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud.

ellas, y le dijo (á Jesus): Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que mamaste. Pero él respondió: Antes bienaventurados aquellos que oyen la palabra de Dios, y la observan.

MEDITACION.

DE LA DEVOCION Á LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

PUNTO PRIMERO.

Considera que lo que excita mas el amor y la devocion á una persona es el mérito, la gratitud y el poder. La basa, *por decirlo así*, de la devocion que se profesa á los santos, es el concepto que se forma de sus virtudes, la experiencia de lo mucho que pueden con Dios, el conocimiento de su inclinacion á hacernos bien, y la memoria de las gracias y beneficios que se han recibido por su intercesion. Admiramos sus virtudes, veneramos y respetamos su poder; en esto, y singularmente en su caridad con los que están unidos á ellos con una misma union, fundamos nuestra confianza. Pues ahora, entre todos los santos que están en la patria celestial, ¿cuál de ellos tuvo mas sublime santidad, cuál tiene mas poder con Dios, ni de quién hemos recibido tantos beneficios como de la santísima Vírgen? Mas pura, mas santa, mas perfecta desde el primer instante de su vida que todos los santos juntos en la hora de la muerte. ¿Qué trono hay en el cielo mas elevado que el suyo, superior al de todos los espíritus bienaventurados? Solo el trono de Dios es superior al trono de María. ¿Pues qué honores, mi Dios, qué homenajes no se le deben tributar? ¡cuánto respeto, cuánta devocion, cuánto culto le debemos rendir! Es la Madre de Dios, la Reina del

cielo, la Soberana del universo, la Emperatriz de los ángeles y de los hombres; no debemos, pues, admirarnos de que la veneracion, la ternura y la sólida devocion á la Madre de Dios haya comenzado, por decirlo así, con la misma Iglesia. ¡Qué veneracion tan profunda, qué devocion tan tierna (dice san Ildefonso) profesaron los apóstoles á la Madre del Salvador! Por satisfacer á la devota curiosidad de los primeros cristianos hizo san Lucas tantos retratos de la Vírgen. Aseguran algunos autores que, aun viviendo esta Señora, le consagraron los fieles muchas capillas y oratorios. ¡Con qué elocuencia y con qué zelo predicaron á los fieles las grandezas de María todos los padres de los primeros siglos, exhortándolos á una viva confianza en su poderosa proteccion! ¡Qué consuelo, Vírgen santa (exclama san Epifanio) el de estar consagrados á vos desde nuestra tierna infancia! ¡qué dicha la de vivir á la sombra de vuestro patrocinio! Amemos á María (dice san Bernardo), amémosla con la mayor ternura; jamás se desprenda de nuestros labios su dulcísimo nombre; esté perpetuamente grabado en nuestro corazon. ¡Oh, y qué copioso manantial de gracias es la devocion á la Vírgen!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que, si las grandezas de María, si su eminente, su incomparable santidad excitan nuestra veneracion, y exigen todos nuestros respetos; el gran poder que tiene con Dios, y el amor de madre con que mira á todos los hombres, merecen bien toda nuestra confianza. Acércase al trono de Dios, dice san Pedro Damiano, no como sierva que pide, sino como soberana que intercede: *Domina, non ancilla;* y aquel Hijo todopoderoso, que se deja obligar de las lágrimas de los mayores pecadores, ¿podrá negar cosa alguna á la intercesion de su divina Madre?

?Puede uno ser verdadero siervo de la Madre, puede llevar su librea, y ser mal recibido del Hijo? Siendo, como dicen los padres, la dispensadora ó repartidora de las gracias del Redentor, es preciso que tengan particular derecho á estas gracias los que están en su servicio. Cristo, dicen los mismos padres, es la fuente de las gracias; María es el canal por donde se derivan á nosotros. Basta estar en el servicio de un grande, basta llevar su librea, para tener parte en sus favores, para gozar de los privilegios de su casa, correspondientes á su clase y nacimiento. ¿Pues quién podrá dudar de la proteccion de María, si tiene la dicha de ser devoto suyo? Ninguno duda de su poder; tampoco se puede dudar de su bondad y de su beneficencia. Estremécese todo el infierno al solo nombre de María; nada le irrita mas que el ver á los fieles alistarse en su servicio y profesarle una tierna devocion; pero esto mismo debe excitar nuestro amor, nuestra confianza y nuestro zelo. Es señal de reprobacion el mirar á esta Señora con frialdad, ó con indiferencia. No hay mas dulce consuelo, no hay dicha mayor, ni mas llena, que profesarle una constante devocion y una perfecta confianza. ¿Qué hay que temer, una vez que la Madre de Dios nos tome bajo su proteccion? Si nos guia esta estrella de la mañana, no nos descaminaremos; somos pecadores, es nuestro refugio; estamos afligidos, es nuestro consuelo. Llena está la vida de escollos y de peligros; mas no hay que temerlos con la asistencia de esta Protectora: es formidable la muerte; pero en aquella hora tan crítica estará lleno de aliento y de confianza un verdadero devoto de la Madre de Dios.

¡Ah, Señor, y cuánto es mi dolor de haber tenido hasta aquí tan poco zelo, tan poco amor y tan poca devocion á vuestra divina Madre! y si algun tiempo hice profesion de honrarla, y de contarme en el nú-

mero de sus hijos, ¿qué muestras di de mi alistamiento y de mi ternura? No me desecheis, Madre de misericordia, pues quiero consagrarme de nuevo á vuestro servicio; quiero llevar vuestra librea; alcanzadme gracia para sostener con la inocencia y con la pureza de costumbres la pública profesion que voy á hacer de estar alistado en el número de vuestros devotos siervos.

JACULATORIAS.

Mater misericordiæ, vita, dulcedo, spes nostra, salve. Eccles.

Dios te salve, Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra.

Dignare me laudare te, Virgo sacrata: da mihi virtutem contra hostes tuos. Eccles.

Dignaos, Vírgen sacratísima, aceptar las alabanzas que quiero tributaros, y dadme valor para oponerme á vuestros enemigos.

PROPOSITOS.

1. Es cierto que honramos á la santísima Vírgen con aquellos interiores afectos de amor y de respeto, que están como grabados en nuestros corazones hácia sus virtudes y hácia su persona; pero no es menos cierto que, cuando estos afectos se manifiestan hácia afuera, es tanto mayor su gloria, cuanto es mayor el número de los testigos á cuyos ojos se descubre nuestro zelo por su santo servicio; y como esta Señora es mas agradecida de lo que se puede explicar, dobla á proporcion su ternura y su liberalidad. En esto logran una gran ventaja los cofrades del escapulario sobre otros devotos de la Vírgen; pues como su declaracion por el servicio de la Vírgen parece no puede ser mas pública que llevando su librea, tambien parece queda la misma Señora mas obligada á decla-

rarse en su favor cuando se ofrecen ocasiones de protegerlos. Estima tu fortuna, y reconoce tu dicha, si tienes *la de* traer su escapulario y estar alistado en esta santa cofradía. Si no la tienes, no pierdas tiempo, y solicítala cuanto antes. Todos, sean del estado que fueren, pueden ser admitidos en ella; pues con ningunas otras son incompatibles sus obligaciones. No te contentes con lograr tú solo esta dicha, solicita que logren la misma tus hijos y tus criados; lo que para tí y para toda tu casa será un manantial perenne de felicidades.

2. Es error muy pernicioso lisonjearse de ser verdadero devoto de María, mientras se está en desgracia de su Hijo. A la verdad, la devocion á la santísima Vírgen es un medio muy poderoso para conseguir la gracia de la conversion; pero es preciso no poner estorbos á esta gracia, es menester que la inocencia y la pureza de costumbres prueben la devocion á esta Señora. Querer ser su devoto y ser pecador, es contradiccion. No es menos una ilusion persuadirse que por haber ayunado una vez, ó comulgado en una de sus fiestas, estamos ya muy introducidos en su gracia, y que no se nos pueden cerrar las puertas del paraiso. Las obligaciones de los que traen el escapulario son fáciles y lijeras, pero son obligaciones; y así nunca te dispenses en ellas. Reza todos los dias siete Padre nuestros y siete Ave Marías, como tributo que deben pagar todos los que traen esta piadosa librea; comulga todas las festividades de la Vírgen, y los sábados hazle algun obsequio particular, como ayunar en ellos, ó cosa equivalente. Da todos los años algun público testimonio de tu amor á tu divina Protectora; renuévale todos los meses, todas las semanas y aun todos los dias, ya rezándole regularmente el santo rosario, ya su Oficio Parvo, ó á lo menos el de su inmaculada Concepcion. Muchos cofrades comen de

vigilia todos los miércoles; otros, en lugar de esta abstinencia, dan alguna buena limosna, ó rezan el rosario entero. En fin, no se te pase dia sin honrar el santo escapulario con alguna devocion ó mortificacion.

EL TRIUNFO DE LA SANTA CRUZ.

Siempre ha mostrado Dios su bondad y omnipotencia en favor de aquellos que con sumision y corazon puro adoran su santo nombre. Los israelitas, aquel pueblo elegido de Dios entre todas las naciones, vieron muchas veces el poderoso auxilio de este Señor, que con repetidos prodigios hacia ver á las naciones que era el Dios de los ejércitos y el Dios de las venganzas. Pero entre todas las naciones del mundo, asi como apenas hay una que haya padecido tan continuas y tan sangrientas persecuciones de bárbaros como la nacion española, asi tambien seria difícil hallar otra en quien se haya manifestado el brazo de Dios mas benéfico para los suyos, y mas terrible para los enemigos de su santa religion y adorable nombre. Entre los muchos ejemplares que puede producir España en confirmacion de esta verdad, merece un lugar muy distinguido en la memoria y estimacion de los españoles el que dió ocasion á la solemnidad de este dia, solemnidad que llena de regocijo á toda España, y ensalza la gloria de aquel árbol sagrado en que se obró la redencion del linaje humano. Su historia, segun consta de los monumentos antiguos de mayor veracidad, es como se sigue.

Por los años del Señor de 1210 estaban las cosas de España dispuestas de tal manera, que dos reyes de los principales que dominaban en ella, el uno

moro, llamado Mahomad, y el otro cristiano, llamado don Alonso VIII, rey de Castilla, meditaban á un mismo tiempo la total destruccion de sus respectivos contrarios. El Moro, insolente con los buenos sucesos que en los años anteriores le habian proporcionado su muchedumbre y la discordia de los príncipes cristianos, creia habérsele ofrecido la ocasion de sojuzgar á toda España, esclavizar á sus moradores, y desterrar de entre ellos hasta la memoria de la santa cruz, y del que padeció en ella muerte afrentosa por la redencion del género humano. Juntaba para este efecto numerosas huestes, haciendo venir de África gran número de infantes y caballos, y haciendo todas las provisiones que se requerian para una de las mas atrevidas y locas empresas. El rey de Castilla por su parte, habiendo ajustado paces entre todos los príncipes cristianos, estaba persuadido que era la sazon mas oportuna de convertir unánimemente todos sus esfuerzos contra una nacion bárbara, que amenazaba continuamente con la extirpacion del nombre cristiano. Se lisonjeaba de que esta operacion bien dirigida pondria en sus manos el dominio de toda aquella parte de España que poseian los moros, y de que estos se verian precisados á salvar sus vidas huyendo á África como á su único asilo.

Adoptado este pensamiento, que comunicó á todos los grandes de su reino, asi eclesiásticos como seglares, de quienes fué aprobado, dirigió sus esfuerzos á prevenir todo lo necesario para tan grande empresa. A la verdad, de su feliz éxito pendia en gran parte la ventura de toda la cristiandad, y por lo mismo apenas habia príncipe en Europa, que no debiese considerarse como interesado. Éralo tambien el sumo pontífice, como padre y pastor universal del rebaño de Jesucristo, á cuya vigilancia y desvelos pertenecen iguales oficios en lo espiritual,

que á los príncipes soberanos en órden á las cosas temporales y á las armas. Para negociar con el santo padre los beneficios espirituales de una cruzada para todos los que militasen en aquella grande expedicion, envió el rey de Castilla á Roma al obispo de Segovia Gerardo. El arzobispo de Toledo don Rodrigo fué enviado igualmente á Francia, para solicitar de los príncipes y caballeros poderosos, que concurriesen por su parte á una guerra en que tanto interesaba la religion. Estas diligencias surtieron todos los efectos que podian desearse. El sumo pontífice, que á la sazon era Inocencio III, no solamente concedió á los que fuesen á pelear contra los moros todas las gracias é indulgencias concedidas en aquellos tiempos á todos los que se alistaban para la conquista de la Tierra santa, sino que además hizo publicar por toda la cristiandad las amenazas y blasfemias que contra la Santa cruz habia proferido el rey bárbaro, exhortando á todos los fieles á que procurasen implorar el auxilio divino por medio de oraciones y santas obras. En la ciudad de Roma se hicieron devotas y solemnísimas procesiones, á que concurrió el santo padre con los piés descalzos, incitando con su ejemplo á que todos los cristianos multiplicasen los ejercicios de penitencia en satisfaccion de sus culpas, para hacer así que fuesen mas poderosas con el cielo sus plegarias. Lo practicado en Roma se difundió fácilmente por las provincias del cristianismo, y dió nuevo valor á las negociaciones del arzobispo don Rodrigo. De todas partes se alistaron príncipes y grandes señores, que con mucha gente de á pié y de á caballo se pusieron en marcha para el ejército del rey de Castilla. Don Alonso entre tanto hizo que en su reino se imitasen las cristianas diligencias que se habian practicado en Roma. En todos los pueblos y ciudades se hicieron rogativas públicas y procesiones de penitencia, im-

plorando el auxilio de aquel gran Dios que favorece á los que confian en él, y castiga á los que fiados en sus fuerzas ultrajan su santo nombre. Al mismo tiempo que procuraba el favor del cielo, no se descuidó de juntar grandes almacenes de armas, de vituallas y de cuanto su prudencia contempló necesario, para que un ejército tan numeroso estuviese perfectamente abastecido.

Los reyes de Navarra y Aragon se señalaron entre todos por el gran número de gente que aprontaron, y la grande actividad que desplegaron en esta empresa, como que ellos habian de experimentar sus buenos ó malos efectos; pues segun por todas partes publicaba el arzobispo don Rodrigo, el rey moro habia jurado con gran soberbia que á cuantos adoraban la cruz por todo el ámbito del mundo habia de perseguirlos con guerra y muerte hasta su exterminio. El número de soldados que vinieron de las naciones extranjeras, ascendia como á doce mil caballos y cincuenta mil infantes. Portugal, sin embargo de haber muerto por este tiempo el rey don Sancho, y haberse alterado algun tanto las disposiciones que habia para esta guerra sagrada, envió un número considerable de gente, parte de órden de don Alonso II, que habia sucedido en el reino, y parte de soldados voluntarios, que no querian privarse del grande mérito de pelear por la defensa de la religion de Jesucristo. Era el punto de reunion la ciudad de Toledo, en cuyos contornos dispuso el rey don Alonso los alojamientos necesarios para la comodidad y buena asistencia de ejércitos tan numerosos. Señaló á todos el rey don Alonso el sueldo competente, segun sus graduaciones militares, y mandó que se les asistiese con las vituallas que necesitasen, para lo cual habia grandes repuestos en muchos almacenes. Estando en esta disposicion, llegó el rey de Aragon don Pedro con

veinte mil infantes y tres mil y quinientos caballos, y fué recibido en el dia de la Santísima Trinidad del año del Señor de 1212 con demostraciones de extraordinaria alegría. Dispuestas así todas las cosas, animados los soldados con la esperanza de ricos despojos, y lo que es mas, fortalecidos con muchas gracias é indulgencias, que aumentaban en ellos el deseo de pelear contra los enemigos de Jesucristo; preparado un tren de bagajes, que, segun asegura el arzobispo don Rodrigo, testigo de vista, llegaba á sesenta mil carros, emprendieron la marcha en busca del enemigo el dia veinte y uno de junio del referido año. Era el ejército de los mas numerosos que se habian visto jamás, pues en Castilla habian obligado á tomar las armas á todos cuantos tenian edad competente para ello. Por donde quiera que iba, esparcia el espanto y el terror. Los moros que guarnecian á Malagon, retirados á un castillo fuerte, situado en un cerro escarpado, fueron forzados y pasados todos á cuchillo. Otro tanto pretendieron hacer los extranjeros con Calatrava, ansiosos de derramar la sangre de los bárbaros, y conseguir de este modo su completa destruccion y exterminio. Pero los españoles mas prudentes, conociendo que con la desesperacion que esta crueldad infundia en los enemigos, se aumentaban prodigiosamente sus fuerzas, contuvieron á los extranjeros, é hicieron que se guardase fe con los rendidos, con quienes podia mas la generosidad que la crueldad de los vencedores. Repartiéronse los despojos entre los aragoneses y los soldados extranjeros, ya para alimentar así la codicia de los que peleaban mas por deseos de enriquecerse, que por amor á la religion, ya tambien para que el agradecimiento estrechase mas íntimamente á los extranjeros en la amistad de los españoles. Pero Dios, que queria hacer visible que el triunfo que se habia

de conseguir era todo obra suya, y no fruto de la industria humana, permitió que fuesen insuficientes estos medios para conservar la armonía. Desconcertáronse las tropas advenedizas, y ya fuese por el rigor de los calores, y las muchas enfermedades que esto ocasionaba, ó bien porque hubiesen cumplido con los cuarenta dias que tenian obligación de servir los cruzados que se alistaban en las banderas católicas; lo cierto es que trataron de volverse á sus tierras cuando apenas habia comenzado la campaña. Este triste suceso no acobardó un punto el gran corazon del rey de Castilla, que mas que en sus soldados confiaba en Dios para el buen éxito de su empresa. No siguieron el pernicioso ejemplo Arnaldo, obispo de Narbona, ni Teobaldo Blanzon, natural de Potiers, antes bien llevaron muy á mal la cobardía é infidelidad de los de su nacion, y determinaron perder antes la vida que abandonar por su parte una causa tan justa.

De la partida de los extranjeros resultaron grandes disturbios en el ejército, apoderándose de unos el miedo y la tristeza, y de otros la fuerza del mal ejemplo, que causó descrcion en muchas compañías. Pero por otra parte resultaron algunos beneficios, porque, noticioso Mahomad de que se habia desmembrado el ejército de los cristianos, se resolvió á darles la batalla, para la cual se hallaba antes indeciso. Además de esto, quedaron despues los españoles sin la obligacion de tener que partir con los extranjero el premio y gloria de una de las mas grandes acciones que se vieron en el mundo. Sosegados, pues, estos disturbios, siguieron sus marchas, y llegaron á Alarcos, lugar desguarnecido, y por lo mismo tuvieron los moros que abandonarle. En este sitio se juntó al ejército el rey de Navarra don Sancho con buena parte de gente, cuya venida hizo desaparecer la tristeza que habia causado la fuga de los extranjeros. Animados

todos, y desvanecidos los rumores de cobardía y de temor que antes se habian esparcido, se pusieron en marcha, tomando por fuerza cuantos castillos se les oponian en todas aquellas comarcas. Así llegaron hasta el pié de la Sierra Morena, venciendo indecibles dificultades, ya por la aspereza y estrechez de los caminos, ya por los obstáculos con que el Moro procuraba impedir el paso de los lugares estrechos. Noticioso Mahomad de lo que pasaba en nuestro ejército, se preparó para hacer una oposicion vigorosa. Hizo todos los aprestos de armas y de vituallas, distribuyéndolas en lugares convenientes. Él mismo marchó á Baeza, y desde allí destinó tropas que impidiesen el paso de los montes, cuidando principalmente de atajar el paso de la Losa, paso estrecho, por donde era forzoso que desfilase todo el ejército, y en donde era fácil hacer gran matanza, teniendo bien fortificados los puestos. Esta disposicion le prometia al Moro una de dos ventajas, ó la destruccion del ejército cristiano, si permanecia sin pasar adelante, debiendo perecer por falta de bastimentos, ó una completa victoria si se determinaba á pasar las montañas á todo riesgo. Realmente el peligro de los cristianos en aquella situacion era grande, y capaz de amedrentar á corazones menos poseidos del valor. El rey don Alonso determinó juntar un consejo de los capitanes mas experimentados, en el que, pesadas todas las circunstancias con madurez y reflexion, se resolviese lo mas conveniente. La mayor parte fueron de parecer que debian volver atrás para entrar por lugares mas accesibles en la Andalucía; determinaron y juzgaron que seria gran temeridad el intentar pasar adelante por lugares tan estrechos, en que forzosamente habian de ser presa de los enemigos. Los consejos humanos son sumamente débiles cuando no cuentan con las disposiciones de la Providencia, sino que se fian únicamente

en las escasas luces de la humana sabiduría. Tanta temeridad es el confiar demasiado en las propias fuerzas á la vista de un inminente peligro, como lo es el no contar en él con la asistencia del poder divino, principalmente cuando se obra por una causa justa. El rey don Alonso, en quien se juntaban á un mismo tiempo un valor verdadero, una ilustrada prudencia y una piedad sólida, combinaba en su mente todos los bienes y los males. Conocia que el volver atrás, aunque fuese con el pretexto de buscar un camino mas cómodo, tenia todas las apariencias de una cobarde fuga; y que esta resolucion habia de tener funestas consecuencias, desmayando los cristianos, al paso que los moros se animarian, tomando nuevas fuerzas con nuestras mismas disposiciones. Penetraba muy bien todas las dificultades que oponian los experimentados capitanes; pero para vencerlas contaba principalmente con un socorro enteramente divino. Su esperanza era firmísima, porque no podia persuadirse que faltase Dios á los suyos en el tiempo de la necesidad, siempre que sus obras se encaminasen á un fin justificado, é implorasen el auxilio divino con pureza de corazon. Ultimamente, dijo á sus capitanes que unas mismas empresas eran hacederas, ó imposibles, segun los ojos con que se miraban. Los apocados y cobardes hallan dificultades insuperables, donde no las encuentran los valerosos y esforzados. Determinó, pues, pasar adelante por aquel sitio, antes que exponer la buena opinion de su ejército en el mismo principio de la empresa.

Tomado este consejo, comenzaron á ejecutarle con valor: don Diego de Haro envió á su hijo don Lope con buen número de gente, para que con su valor comenzase á allanar las dificultades. Subió el esforzado jóven por aquellas asperezas, y en lo mas alto de ellas se apoderó de un lugar llamado Ferral,

arredrando á los moros que le guarnecian. Pero cuando se trató de llegar al puerto de Losa, que era la llave de aquellas montañas, decayó de ánimo, teniendo por temeridad y no por valentía el pelear juntamente con las dificultades que la naturaleza oponia en la estrechez y fragosidad del terreno, y con la multitud de moros que las defendian tan ventajosamente situados: este hecho causó un general trastorno en todo el ejército, principalmente en la clase de soldados, con quienes puede mas muchas veces una falsa opinion apoyada que la verdad misma. Comenzóse á murmurar entre ellos sobre la imposibilidad de la empresa: creian que habian sido conducidos á aquel sitio para ser víctimas de la hambre, ó de la desesperacion: este susurro cundia demasiado, apocaba los ánimos y esparcia el espíritu de desercion; de tal modo que muchos soldados trataban de desamparar los reales, desconfiados enteramente de poder salir con la empresa. El rey don Alonso lo veia todo, y se afligia dentro de su corazon; pero tenia firme siempre en Dios la esperanza de que no les faltaria su ayuda en el mayor conflicto. El miedo que vió esparcido por todo el ejército, y que se manifestaba bien en los abatidos semblantes de los soldados, dió nuevo fervor y eficacia á las oraciones que dirigia continuamente al cielo, implorando su ayuda, de la cual dependia el honor y buen éxito de las armas cristianas y la confusion de la bárbara morisma. El cielo oye siempre las súplicas que nacen de un corazon puro y fervoroso. Él fué quien en aquel conflicto les preparó un aldeano, que tenia gran conocimiento de las mas escondidas trochas y veredas que cruzaban aquellas montañas. Este rústico, que algunos juzgaron ser un ángel del cielo, á causa de no haberse visto mas despues que hubo mostrado el camino, se presentó al rey, y le hizo promesa de que,

por sendas que él sabia, haria que pasase todo el ejército sin que recibiese daño alguno, y frustrando todas las disposiciones de los moros. La propuesta de este pastor dividió á los capitanes en diferentes pareceres, opinando unos que era un arrojo temerario el fiar á un hombre desconocido las vidas de tantos hombres y la reputacion de las armas cristianas, y juzgando otros que era igualmente temeridad el despreciar en circunstancias tan críticas un arbitrio que parecia enviado del cielo. Determinaron, pues, que lo examinasen algunos por sus mismos ojos, para lo cual fueron señalados don Diego de Haro, y García-Romero. Hallóse ser verdad lo que el pastor decia; y aunque fué necesario tomar algunos rodeos, que los moros llegaron á calificar de huida, las sendas que mostró fueron tan ciertas y cómodas, que en breve tiempo todo el ejército se apoderó de lo mas alto de las montañas, sin que los moros pudiesen hacerles resistencia.

El éxito feliz con que habian superado los peligros que los tenian acobardados anteriormente, esparció entre los cristianos una universal alegría, y con ella volvió el antiguo valor á fortificar sus corazones. Habia mas allá de las montañas un sitio cómodo, en que se estableció el rey don Alonso con toda su gente, y en un llano capaz para la formacion del ejército sentaron los reales á la vista del enemigo. Preparóse este para la batalla, repartiendo su gente en cuatro escuadrones, y quedándose el rey infiel situado en un alto collado, que lo dominaba todo con la gente de su guardia. Como los cristianos se hallaban demasiadamente fatigados con la subida de tan ásperos caminos, no tuvo el rey Alonso por conveniente el entrar luego en batalla; antes bien mandó que en aquel dia y en el siguiente se diese abundante sustento á soldados y caballos, para que descansasen

del pasado trabajo, y cobrasen nuevos alientos para entrar con vigor en la pelea. Estas medidas de prudencia militar las calificaba Mahomad de cobardía; tanto, que, viendo que en dos dias seguidos no bajaban los cristianos á la batalla, llegó á persuadirse que estaban decaidos de ánimo y poseidos del temor. Envió mensajeros á todas las ciudades de su secta, mandándoles decir con palabras soberbias y arrogantes que tenia cercados á tres reyes cristianos, y cogidos sus ejércitos como si fuera con redes, de modo que caerian todos en sus manos, quedando muertos ó prisioneros. Esta nueva tan lisonjera se hacia mas alegre con lo que cada uno añadia de suyo; pero al dia tercero que fué un lunes, diez y seis de julio, su gozo se convirtió en tristeza, viendo lo contrario de lo que se habian imaginado. En este dia determinaron los cristianos dar la batalla; y sabiendo que toda buena obra debe comenzar por Dios, y que sin su auxilio de nada sirven las numerosas huestes, se confesaron y comulgaron los soldados cristianos, cobrando con tan divino alimento una fortaleza irresistible. Hecho esto, al amanecer ordenaron toda la gente en forma de batalla, encargando el mando de los lugares mas expuestos á los mas experimentados y valerosos capitanes. Los obispos y eclesiásticos, que iban en gran número, andaban de compañía en compañía esforzando á los soldados y fortaleciéndolos con palabras animadas del espíritu de la religion, concediéndoles al mismo tiempo muchas gracias espirituales é indulgencias. El Moro por su parte ordenó su gente en cuatro escuadrones, quedándose él en su tienda real, cercada de cadenas de hierro, y con una guardia numerosa de moros nobles y esforzados. Dispuestas así las cosas, y estando para darse la batalla, el rey Alonso, desde un lugar alto en donde podia ser oido de todos, habló á los suyos, animándoles de esta ma-

nera. «Bien sabeis, les decia, ó valerosos españoles, que injustamente y contra todo derecho ocuparon nuestra España esos bárbaros que teneis presentes. Sabeis que por la fuerza de nuestro brazo han sido ya despojados de la mayor parte de los usurpados dominios. La presente accion va á completar su ruina, ó á renovar en nosotros las antiguas cadenas. Si venciéreis, ya no les queda lugar en toda nuestra España donde puedan vivir seguros: si fuéreis vencidos, no les queda obstáculo para volver á sujetarla toda á su dominio. La justicia, la razon y Dios mismo están en nuestro favor. Si confiados en él peleáreis contra esa canalla, que confía únicamente en su multitud y en sus fuerzas, alcanzaréis una gloriosa victoria. Ya no os queda otro partido que la esclavitud ó el triunfo; arremeted, pues, con el valor y fortaleza que manifiesta la alegría de vuestros semblantes.» El Moro por su parte animó á los suyos, representándoles la superioridad de su ejército, y la cobardía que habian manifestado los cristianos en los dias anteriores; y diciéndoles que en aquella accion consistia el dominar para siempre á toda España, ó perder del todo las provincias que en ella poseian. Animados los soldados por una y otra parte, se comenzó la batalla con grande valor y esfuerzo. Seguia la matanza, sin que por ninguna parte se declarase la victoria. Tres veces cargaron los cristianos con grande ímpetu y valor sobre los enemigos, sin que por esto pudiesen desconcertar sus escuadrones; antes bien se desordenaron algun tanto los cristianos, como dando muestras de quererse poner en fuga. Viendo esto el rey don Alonso, dijo al arzobispo don Rodrigo, que estaba á su lado: *Ea, arzobispo, muramos aquí todos*; y al decir estas palabras, queria meterse en lo mas peligroso de la pelea, para animar con su presencia á los soldados, ó conseguir con ellos una

muerte honrosa. Pero el arzobispo, haciéndole presente que en la conservacion de su vida consistia la victoria, le detuvo diciendo: *De ninguna manera, o rey, moriremos, sino que antes bien venceremos felizmente á nuestros enemigos.* En esto, el último escuadron se adelantó y cargó sobre los moros con tanta furia que infundió nuevo esfuerzo y valor en las tropas cristianas, restituyéndolas á su primer órden. Ya habian peleado la mayor parte del dia, sin que los cristianos desmayasen un punto de su primer esfuerzo. Los moros, por el contrario, cansados y no pudiendo sufrir el estrago que hacian en ellos las huestes cristianas, comenzaron á flaquear y á desordenarse; y en breve tiempo, lo que comenzó por un desórden, se convirtió en precipitada fuga, dejando en manos de los cristianos una gloriosa victoria.

Algunos refieren que al principio del combate apareció en el aire una resplandeciente cruz de varios colores, que, al paso que esforzaba á los cristianos, llenaba con su vista de terror á los infieles; pero de este acaecimiento no hicieron mencion ni el arzobispo don Rodrigo, que se halló presente, ni el mismo rey en la carta que escribió al papa Inocencio, dándole cuenta de lo que habia sucedido. Lo que hay de verdad, y es caso maravilloso, fué que, penetrando diferentes veces por los escuadrones de los enemigos el canónigo de Toledo, que llevaba la cruz arzobispal, jamás pudieron herirle, como lo intentaron, disparándole muchas saetas y lanzas, antes bien se vió que los dardos quedaban clavados en el asta de la cruz sin que ninguno ofendiese al canónigo; todo lo cual animó mucho á los cristianos, y les certificó del visible patrocinio con que el cielo los ayudaba. Lo que hizo ver esto mas claramente fué que, habiendo perecido de los moros cerca de doscientos mil, el número de cristianos muertos no pasó de veinte y cinco. El rey

moro se salvó huyendo, y los cristianos se apoderaron de todas sus tiendas, haciendo ricas presas, y tomando innumerables despojos, los cuales se repartieron de modo que todos quedaron gozosos y contentos. Esta victoria, así como fué llorada por los enemigos del nombre cristiano, así tambien fué celebrada con grandes fiestas y regocijos por toda la cristiandad. En todas partes se creia que no podia llegar á mas la gloria del nombre de Jesucristo, cuya santísima cruz habia penetrado y desordenado los escuadrones enemigos, dando á los cristianos un triunfo milagroso, de que no habia ejemplar en las historias. Por esta causa se instituyó en España, por mandado del papa Gregorio XIII, esta fiesta del Triunfo de la santa cruz, para dar gracias á Dios de que por su virtud quedasen postrados aquellos mismos que pretendian con soberbia desterrarla del mundo, y poner en cadenas á todos sus adoradores.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La fiesta de san Fausto, mártir, que en tiempo del emperador Decio fué clavado en una cruz, y vivió así cinco dias, al cabo de los cuales murió asaeteado y subió al cielo.

En Sebaste en Armenia, san Atenógenes, obispo, y diez de sus discípulos, mártires bajo el imperio de Diocleciano.

En Antioquía en Siria, la fiesta de san Eustato, obispo y confesor, ilustre por su doctrina y santidad, quien, habiendo sido desterrado por el emperador Constancio á Trayanople de Tracia, murió allí en la paz del Señor.

En dicho dia, san Hilarino, monje, que, preso con san Donato en la persecucion de Juliano, y no queriendo sacrificar á los falsos dioses, fué molido á palos,

y recibió la corona del martirio en Arezo de Toscana. Su cuerpo fué llevado á Ostia.

En Tréveris, san Valentin, obispo y mártir.

En Córdoba en España, san Sisenando, levita y mártir, á quien agarrotaron los sarracenos por la fe de Jesucristo.

En Zanchte en la Galia Bélgica, santa Renelda, virgen, y sus compañeros, todos mártires, despedazados por los bárbaros en odio de Jesucristo.

En Bérgamo, san Domnion, mártir.

En Capona, san Vitaliano, obispo y confesor.

En Auvernia, san Ilpizo, venerado como mártir.

En Avrilly, el infante san Domino, cuyo cuerpo es venerado en Puy de Velay.

En Seez, san Landricio, obispo.

En Etiopia, san Terapion, confesor.

En Neytracht en Hungría, san Suirado, solitario.

La misa es propia, y la oracion la que sigue.

Deus, qui per Crucem tuam, populo in te credenti, triumphum contra inimicos concedere voluisti: quæsumus, ut tua pietate adorantibus crucem victoriam semper tribuas, et honorem. Qui vivis et regnas...

O Dios, que te dignaste conceder por medio de tu Cruz al pueblo que cree en tí, un singular triunfo contra sus enemigos: suplicámoste que por tú piedad te dignes de dar siempre honor y victoria á los que adoran tu cruz. Tú que vives y reinas...

La epistola es del cap. 6 de la que escribió san Pablo á los de Galacia.

Fratres: Mihi autem absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi: per quem mihi mundus crucifixus est, et ego mundo. In Christo enim Jesu neque circumcisio aliquid

Hermanos: Lejos de mí gloriarme en otra cosa que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo. Porque en Cristo

valet : neque præputium, sed nova creatura. Et quicumque hanc regulam secuti fuerint, pax super illos, et misericordia, et super Israel Dei. De cætero nemo mihi molestus sit : ego enim stigmata Domini Jesu in corpore meo porto. Gratia Domini nostri Jesu Christi, cum spiritu vestro, fratres. Amen.

Jesus nada importa, ni la circuncision, ni el no estar circuncidado, sino el hombre nuevo. Y todos aquellos que siguieren esta regla, sea la paz sobre ellos y misericordia, y sobre Israel de Dios. En lo sucesivo ninguno me sea molesto : pues yo llevo las llagas del Señor Jesus en mi cuerpo. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea, ó hermanos, con vuestro espíritu. Así sea.

REFLEXIONES.

En las primeras cláusulas de esta epístola nos enseña el apóstol san Pablo con sus palabras una máxima grande, que nos manifestó despues mucho mejor con su ejemplo : conviene á saber, que el verdadero cristiano ha de colocar toda su gloria en la cruz de Jesucristo. *Lejos de mi*, dice, *el gloriarme en otra cosa que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mi, y yo lo estoy para el mundo.* Los que aman la gloria mundana, los que caminan en pos de ella exhalados, como si en ella hubiesen de encontrar la satisfaccion de todos sus deseos, deben atender y reflexionar estas palabras de san Pablo, que bastan por sí solas para formar la medicina de una alma enferma de la pasion de gloria. Un san Pablo, que habia estudiado los primores de las humanidades y los arcanos de las ciencias ; que se habia distinguido entre todos sus contemporáneos en perseguir el nombre de Cristo, este mismo llega por medio de la gracia á una conviccion tal de la falsedad de sus máximas antiguas, que toda su reputacion la coloca en la cruz. Su gloria la funda en la doctrina, en el amor de Jesucristo, por quien dice

que el mundo con todos sus falsos bienes, con toda su falsa gloria, está muerto y crucificado para él; y de la misma manera dice de sí mismo estar muerto y crucificado para el mundo.

El gran padre san Agustin (1) reflexiona sobre esta sentencia del Apóstol de una manera que da consuelo á los cristianos atribulados y maltratados del mundo, y despierta del sueño de la inaccion y de la falsa paz á los cristianos, que en medio de las riquezas y rodeados de delicias, se persuaden que llevan la cruz de Cristo solamente con llevar su nombre. Hubiera podido, dice, gloriarse el Apóstol de la sabiduria de Cristo: hubiera podido gloriarse de la majestad y del poder; y á la verdad tenia razon para colocar su gloria en cosas tan santas y divinas. Pero con todo eso, solamente dijo que se gloriaba en la cruz. En aquello mismo en que el filósofo mundano no encontró otra cosa que afrenta y vergüenza, allí mismo encontró el Apóstol su tesoro: y así, el que se gloria, gloríese en el Señor: ¿en cuál Señor? en Cristo crucificado; porque en donde está la humildad, allí está la majestad: en donde la flaqueza, allí está el poder: en donde la muerte, allí está la vida; si quieres, pues, llegar tú á esta, no desprecies la humildad, la flaqueza, ni la muerte, ni te avergüences de la cruz, porque justamente para evitar en tí este extravío, te pusieron en el bautismo esta sagrada señal en la frente, que es el lugar donde reside la vergüenza. Estas palabras de san Agustin nos enseñan en que debemos los cristianos constituir nuestra verdadera gloria, que es en la humildad, en el abatimiento, en los trabajos y penalidades que se padecen por Jesucristo, así como el mismo Señor los padeció por nosotros; y esta doctrina es consiguiente á la que da el mismo santo explicando las palabras del Hijo de

(1) Serm. 20, de Verb. Ap.

Dios, cuando se nos propuso por ejemplo, diciendo: *Aprended de mí, que soy manso, y humilde de corazon*; pues no nos dijo que aprendiésemos á resucitar los muertos, á multiplicar los panes, á sanar los paralíticos, á dar vista á los ciegos, á tranquilizar los mares, ni hacer obras portentosas propias de su omnipotencia; sino que quiso que aprendiésemos aquella pobreza que mantuvo por toda su vida hasta morir desnudo en una cruz, aquellos ayunos y soledad del desierto, aquella invicta paciencia que mostró en el sufrimiento de las mas atroces injurias; y últimamente, aquella humillacion de nacer en un pesebre, y morir en una cruz por la redencion del mundo, y para obedecer al Eterno Padre. En esto ha de constituir su gloria el cristiano; esto ha de llenar su corazon de satisfaccion y alegría; y esto, finalmente, es lo que ha de hacerle conocer de todos por discípulo de Jesucristo.

El evangelio es del cap. 21 de san Lucas.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Cùm audieritis prælia, et seditiones, nolite terreri, oportet primùm hæc fieri, sed nondum statim finis. Tunc dicebat illis: Surget gens contra gentem, et regnum adversus regnum. Et terræmotus magni erunt per loca, et pestilentiæ, et fames, terroresque de cœlo, et signa magna erunt. Sed ante hæc omnia injicient vobis manus suas, et persequentur, tradentes in synagogas, et custodias, trahentes ad reges et præsides propter nomen meum: continget autem vobis in testimo-

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Cuando oyéreis las guerras y sediciones, no os asusteis; porque es menester que haya antes estas cosas, pero no será todavía el fin. Entonces les decia: Se levantará una nacion contra otra nacion, y un reino contra otro reino, y habrá grandes terremotos por los lugares, y pestes y hambres, y habrá en el cielo terribles figuras y grandes portentos. Pero antes de todo esto os echarán mano, y os perseguirán, entregándoos á las sinagogas, á las cárceles, trayéndoos ante los reyes y presiden-

nium. Ponite ergo in cordibus vestris non præmeditari quemadmodum respondeatis; ego enim dabo vobis os, et sapientiam, cui non poterunt resistere, et contradicere omnes adversarii vestri. Trademini autem à parentibus, et fratribus, et cognatis, et amicis, et morte afficient ex vobis: et eritis odio omnibus propter nomen meum: et capillus de capite vestro non peribit. In patientia vestra possidebitis animas vestras.

tes por causa de mi nombre. Y esto os acontecerá en testimonio. Fijad, pues, en vuestros corazones que no cuideis de pensar antes lo que habeis de responder. Porque yo os daré boca y sabiduría, á la que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros contrarios. Y seréis entregados hasta por vuestros padres, hermanos, parientes y amigos, y matarán á algunos de vosotros. Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; mas no perecerá ni un cabello de vuestra cabeza. En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas.

MEDITACION.

SOBRE LAS GLORIAS QUE NOS PROVIENEN DE LA SANTA CRUZ.

PUNTO PRIMERO.

Considera que, siendo Cristo el ejemplar que debemos seguir los cristianos, la exaltacion suya por medio de la cruz es el incentivo mas poderoso para encender nuestros deseos de llegar á la gloria por medio de las humillaciones á imitacion de Jesucristo.

No se puede dudar que el Salvador del mundo, sin embargo de ser Dios, pudo tener alguna gloria provenida de su mision, y del cargo de Redentor que tomó sobre sí; por lo que dice san Pablo, que Dios le ensalzó dándole un nombre sobre todo nombre, á cuyo sonido doblan la rodilla reverentes el cielo, la tierra y los abismos, que es el dulcísimo y santísimo nombre de Jesus. Tampoco se puede dudar que de

cosa ninguna le podia venir mayor gloria que de ser conocido por Dios, y creido y adorado por tal. Este era el fin de su encarnacion, de su vida y de su muerte: en esto se cifraban todos sus anhelos; y esta era, segun san Juan evangelista, circunstancia tan precisa á su mision, que la llama la sustancia de la redencion y vida eterna. El conocer al Eterno Padre por verdadero Dios, dice, y á su enviado Jesucristo, es la vida eterna. Siendo esto así, ¿cuándo se vió Cristo mas conocido y creido Dios que cuando estuvo crucificado y pendiente de un leño reputado con los inicuos? Puesto en una cruz, suplicio el mas afrentoso entre todos los suplicios; hecho el último y mas despreciado de todos los hombres, segun la expresion de Isaías (1), entonces fué cuando se vió ensalzado y coronado de gloria, cuando todo le aclamó Hijo del Eterno Padre y verdadero Dios. Habia el Salvador del mundo manifestado el nombre de su Padre: se habia manifestado á sí mismo con prodigios tan brillantes, que sola la ceguedad judáica podia dejar de ver la omnipotencia y divinidad que cubria el tosco velo de la carne. Habia resucitado muertos, curado leprosos, dado vista á ciegos, lanzado de los cuerpos á los espíritus inmundos, y hecho otros prodigios semejantes, que le manifestaban por lo que era, y exigian de los hombres la fe y la estimacion; pero no logró Cristo otra cosa que ser tenido por samaritano hechicero, y por un hombre que hacia maravillas por virtud diabólica. Así decian viéndole hacer milagros: Por la asistencia de Beelcebú, príncipe de los demonios, ahuyenta los espíritus infernales. Lo mas que consiguió fué ser tenido por hijo de David y digno de su reino, segun clamaban el dia que entró en Jerusalen entre las aclamaciones populares.

Pero apenas llega el momento de ser crucificado;

(1) Cap. 54.

apenas se ve precisado á clamar á su Padre Eterno, que era un despreciable y abatido gusanillo de la tierra, el oprobio de los hombres y el desprecio de la plebe: apenas la divinidad unida á aquella humanidad santísima llega desde lo alto de su inmensidad y su gloria al profundo del abatimiento de una cruz; apenas parece mortal el inmortal, pasible el impasible, reo el que era justicia inmutable, siervo el dueño y hacedor de todas las cosas, y últimamente, maldito y pecador el que lo llena todo de bendicion, y es la misma gracia y justicia por esencia, cuando por un modo nuevo y nunca usado, todo le aclama Dios, todo le exalta y levanta hasta la misma divinidad, todo le tributa fe, y todo le confiesa Hijo de Dios. El sol se escurece, la luna niega su luz, los peñascos se deshacen y desgajan, la tierra se estremece y tiembla, los sepulcros vuelven los cadáveres que encierran, el infierno entrega las almas que en él se depositaban, el velo del templo se rasga, el ladron le pide misericordia y el paraiso, como á dueño de él, los judíos vuelven pesarosos, hiriendo sus pechos y proclamando su inocencia; y últimamente, el Centurion clama entre todos á voz en grito: Verdaderamente Hijo de Dios era este. Cristo pendiente en una cruz llega á persuadir una doctrina desconocida á todos los filósofos, que causaba escándalo á los judíos, y parecia necedad á los gentiles. La cruz hizo que Jesucristo fuese confesado Hijo de Dios y ensalzado al alto grado de la divinidad. Este es el ejemplar que se nos presenta en el monte, para que fijemos en él nuestras consideraciones, y saquemos de ellas el correspondiente fruto.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la cruz es el camino abrazado por Cristo para nuestra gloria; y de consiguiente cuán errados van los hombres cuando pretenden encon-

trarla por otras sendas que las que anduvo su capitan y maestro.

La cruz, es decir, la humillacion, los trabajos que miran los hombres con tanto horror, es el sendero que nos dejó nuestro amabilísimo Jesus consagrado con sus plantas, para que, así como él llegó por medio de la cruz adonde no le condujeron milagros y portentos, de la misma manera lleguemos nosotros tambien á conseguir una exaltacion y gloria verdadera. Si miráramos la cruz con este semblante, ¡cuánto la amaríamos! ¡cuánto la desearíamos y suspiraríamos por ella! Pero abismados en nuestra flaqueza y miseria, no vemos en la cruz sino lo que era antes que Cristo la santificase. Se nos figura tormento, horror, ignominia, escándalo, perdicion, bajeza, dolor, angustia y muerte. Estos títulos de horror merece la cruz á los que no son verdaderos discípulos del que estuvo pendiente en ella; pero los verdaderos siervos suyos la miran con muy distintos ojos, y encuentran en ella todos los motivos de honor, de gloria y de consuelo. El gran padre san Agustin la llama candelero en donde fué colocada la luz que ilumina al mundo; resguardo y tutela contra todo mal; victoria de la muerte; esperanza del cristiano; llave del paraiso; firmamento de la fe y gloria del justo. San Juan Crisóstomo asegura que en ella tiene el cristiano una paz firme y una dádiva que encierra en sí todos los bienes; porque ella es la alegría de los tristes, el báculo de los caidos, la guia de los ciegos, el sustento de los pobres, el suplicio de los ricos, el freno de los soberbios, la gloria de los humildes, el socorro de los necesitados, el consuelo de los afligidos, el puerto del navegante, la seguridad en el peligro, la sanidad del enfermo, y vida, en fin, que resucita al que está muerto por la culpa. Con semejantes elogios ensalzan á la cruz todos los padres, y con los

mismos estaba significada en diversos lugares de la Esscitura.

Parece una paradoja que se hayan de tributar todas estas alabanzas á los trabajos significados en la cruz, y que hayan de persuadirse los cristianos de que han de ser causa de felicidad y de gloria aquellas cosas que, miradas en sí mismas, parecen verdaderos males. Pero este es el misterio de la santa cruz, y esta es la escuela del divino Maestro. Los trabajos de esta vida nos curan de la ignorancia con que solemos abrazar el mal por bien, y tener el bien por mal. Las persecuciones que sufrió David del ingrato Saul, los atrevimientos y perfidias de Absalon, le abrieron los ojos para conocer sus yerros y pedir á Dios misericordia. Los israelitas, mientras se vieron afligidos en el penoso cautiverio de Egipto, gimiendo y suspirando bajo de la cruz de la opresion, no solo no idolatraron, sino que levantaban las manos á Dios contritos y arrepentidos; pero luego que en el desierto se vieron libres del cautiverio, descargados de todo trabajo, regalados con el maná celestial, guiados de una columna, y protegidos de una nube, luego fabricaron un ídolo, y cometieron á un mismo tiempo los horrendos pecados de ingratitud y de idolatría. Todo esto prueba que la cruz es el medio por donde conseguimos las ilustraciones de la fe, la que nos hace abrir los ojos para conocer que las penas y persecuciones son regalos de la divina mano, y que solamente por medio de la cruz podemos llegar á conseguir aquella gloria y felicidad que apetecemos.

JACULATORIAS.

Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi, quia per crucem tuam redemisti mundum. Eccles. in Offic.

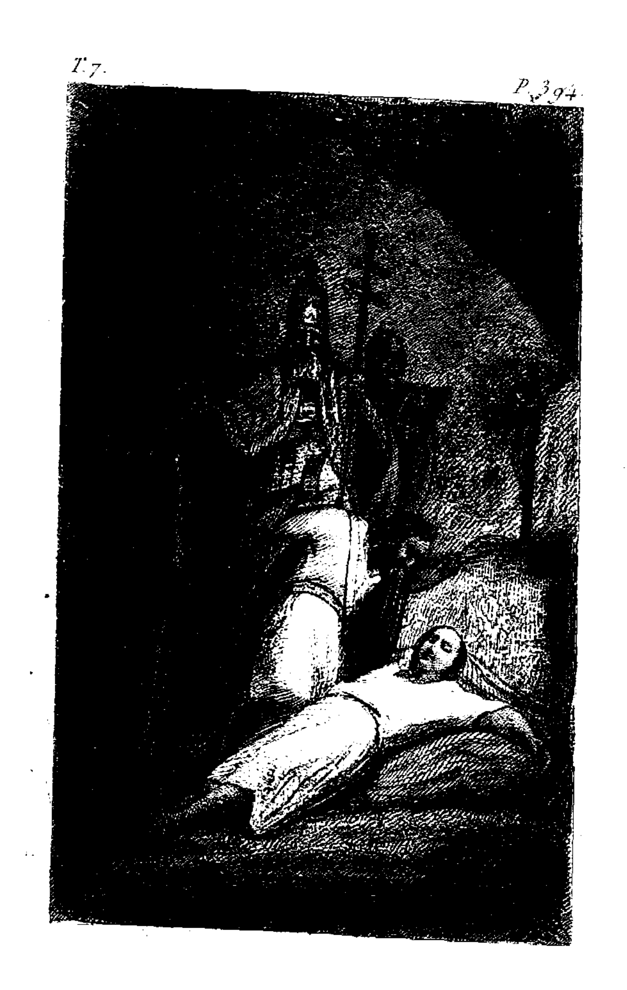
Adorámoste, nuestro Redentor Jesucristo, y bendecimos tu santo nombre, porque por medio de tu santa cruz redimiste al mundo.

Mihi autem absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi. Galat. 6.

No permitais, Señor, que yo constituya mi gloria en otra cosa que en llevar sobre mis hombros la cruz de mi Señor Jesucristo.

PROPOSITOS.

Conozco, ó Dios mio, cuánta es la infelicidad de aquellos que no prueban en este mundo las penas y tormentos de la cruz, y cuánta la necedad de los que las padecen con tal desazon y repugnancia, que pierden todo el fruto, y llegan á reputarse por infelices! ¡Espiritus necios! ¡hombres sin consejo, que no saben estimar su salud, su vida, su verdadera felicidad y su gloria sólida y duradera! Creen neciamente que el tener tribulaciones y padecer miserias en esta vida, es indicio de que los mirais con mal semblante: se llenan de enojo, y tal vez no dudan prorumpir en airadas quejas, que son otras tantas blasfemias contra vuestra divina Majestad. ¡Gran Dios! yo conozco, porque vos me lo habeis enseñado, que, si esto fuera así, si el padecer en este mundo fuese señal de vuestra ira y desamor, ni vuestros elegidos hubieran estado continuamente cercados de persecuciones, ni vuestro Hijo unigénito hubiera espirado en los brazos de una cruz afrentosa. Todo cristiano debe estar persuadido de que Jesucristo nos dejó su cruz por herencia; de que en ella nos escondió la salud de nuestras almas, y de que por consecuencia es menester sufrir trabajos si se quiere participar de los frutos provechosos de la cruz. Así como seria necio el herido que se quejase y volviese contra la mano del hábil facultativo que le aplica causticos, y á las veces hierro y fuego para que sane de sus heridas; de la misma manera, y con mucha mas razon lo será el que se atreva



S. ALEXO. C.

mostrar impaciencia en las adversidades que Dios le envia. Por el contrario, debe adorar aquella mano benéfica, y conocer que obra como padre amoroso, que castiga y corrige á su hijo á proporcion de lo que le ama. Este modo de pensar será, ó Dios mio, el que tendré yo todos los dias de mi vida. Me abrazo con vuestra cruz sacrosanta; adoro el precio infinito que de ella estuvo pendiente para mi salud y mi rescate; imploro vuestros soberanos auxilios, y con ellos ni temo las aflicciones, ni me acobardan los trabajos, ni rehuso la lucha con todas las fuerzas del abismo; porque, si vos estais conmigo, ¿quién será capaz de hacerme el mas leve daño?

DIA DIEZ Y SIETE.

SAN ALEJO, CONFESOR.

Celebra la Iglesia en este dia la fiesta de san Alejo, tan conocido por el generoso desprecio que hizo de los gustos y conveniencias de esta vida, y por la heróica victoria que consiguió de la carne y de la sangre.

Nació en Roma hácia la mitad del cuarto siglo, siendo emperador Valentiniano I. Su padre fué Eufemiano, uno de los mas ricos y mas ilustres senadores de la ciudad: su madre Aglais, cuya nobleza era igual y en todo correspondiente á la de su esposo; pero ambos mas recomendables por su notoria virtud que por su nacimiento ni por sus bienes de fortuna. Su casa era el abrigo de todos los pobres, y su caridad parece que no podia llegar á mas. Fuera de las muchas limosnas secretas que repartian entre los pobres honrados y vergonzantes, cada dia daban de

comer á trescientos ó cuatrocientos á la puerta de su casa; de manera que todas sus grandes rentas se consumian en limosnas. Inclinábalos mas á esta misericordiosa liberalidad el hallarse sin sucesion; pero al fin, les concedió el cielo un hijo que desde luego consideraron como fruto de sus limosnas y de sus oraciones.

El nacimiento de Alejo llenó de gozo á toda la familia; pero la santidad de su vida la colmó con el tiempo de gloria y de esplendor. Pasó los primeros años de su niñez en compañía de sus padres, cuyos ejemplos y cuya doctrina eran igualmente eficaces para grabar en su tierno corazon el amor á todas las virtudes. Pusieron el mayor cuidado en buscarle maestros que fuesen tan hábiles en la ciencia de los santos como en las ciencias humanas. Hizo en estas en muy poco tiempo tan extraordinarios progresos, que acreditó bien la excelencia de su ingenio; y como por otra parte era de índole suave y apacible, de mucha viveza y de rara penetracion, acompañado todo de unos modales naturalmente gratos y cortesanos, en pocos años fué la admiracion de la ciudad y de la corte.

Pero todo esto le hacia poca impresion. Al paso que iba creciendo en sabiduría, crecia tambien en virtud, y desde luego se reconoció el tedio y el disgusto á las cosas del mundo que le inspiraba su tierna devocion. Por lo mismo se dieron priesa sus padres en hacerle tomar estado; y significándole el deseo que tenian de casarle cuanto antes, prestó su consentimiento. Tanto por su nacimiento, como por sus grandes bienes y por su notoria virtud, se le proporcionó con la mayor facilidad la mas apreciable conveniencia: era una doncella romana de la primera calidad, en quien competian la virtud y la hermosura, formada, al parecer, expresamente por el cielo para coronar las felicidades

T. 7. P. 392.

SANTIAGO APOSTOL,

LLAMADO EL MAYOR.

de aquella ilustre familia. Habia condescendido Alejo con la voluntad de sus padres, precisamente por el respeto que les profesaba, y por el miedo de no disgustarlos con la resistencia; en cuya consideracion la boda que se acababa de celebrar con grande solemnidad, no le entibió el fervoroso deseo de ser todo de Dios, sin repartir el corazon con criatura alguna.

Encendiósele mas este deseo luego que se desposó; y tomó la generosa resolucion de romper de una vez todos los lazos que podian aprisionarle en el mundo. Persuadióse de que sola la fuga le pŏdia facilitar la ejecucion de su generoso intento; y el mismo Dios que se la inspiró, le sostuvo en ella. Mientras la casa de Eufemiano se hundia, por decirlo así, con la fiesta de la boda, y mientras toda la ciudad concurria á ella, interesándose toda en su justo regocijo, entró Alejo en el cuarto de su esposa, presentóle una sortija y un cintillo de inestimable valor, suplicóle que se sirviese admitir aquella corta demostracion como una prenda de su tierno amor, y sin decirle mas, se retiró; salióse secretamente de la casa de sus padres, y dirigiéndose disfrazado al puerto, se metió en un navío que estaba para partir, y se hizo á la vela para Laodicea.

Tardó poco en saberse la inesperada fuga de Alejo. Convirtióse la casa de Eufemiano en llanto y en clamores, poniéndose toda en movimiento. Búscanle, infórmanse, preguntan, examinan, despáchanse propios á todas partes; pero todo inútilmente. Estaba ya Alejo en alta mar cuando le andaban buscando dentro de Roma. No cabe en la ponderacion el dolor de sus afligidos padres cuando perdieron del todo las esperanzas de tener noticias de él; todo era llanto, sollozos y suspiros; el padre sumergido en la afliccion, la madre sin consuelo, la mujer jóven y desamparada, dia y noche deshaciéndose en lágrimas;

solo se explicaban por los ojos, y si pronunciaban alguna palabra, eran estas: *¿Dónde estás, nuestro querido Alejo?* Entre tanto llegó el santo á Laodicea, y temiendo ser conocido en esta ciudad, partió á pié para Edesa, donde resolvió fijar su asiento, como pueblo muy á propósito para vivir desconocido y en una extrema pobreza. Repartió entre los pobres lo que le habia quedado, y se entregó en manos de la Providencia. Por ser extranjero, por el aire de simplicidad que afectaba, por lo pobre y andrajoso de su vestido logró buena cosecha de insultos y desprecios. Mirábanle como á un hombre sin mansion y sin oficio, como á un holgazan y vagamundo, por lo cual le daban limosna con dificultad y de mala gana. Los muchachos le escarnecian, el vulgo le ultrajaba, y en aquel general abatimiento triunfaba Alejo, inundado su corazon en una santa alegría, viéndose harto de oprobios, á imitacion de su divino Maestro.

Por su tierna devocion á la santísima Vírgen, que habia mamado con la leche, y habia crecido con la edad, escogió la iglesia de nuestra Señora para su residencia ordinaria. Pedia limosna á la puerta de esta iglesia algunas horas del dia, y las demás las pasaba en oracion. Por la noche dormia en el pórtico de ella tendido en la dura tierra.

Era muy contrario este género de vida á aquella en que se habia criado, y así en breve tiempo se desfiguró de manera que no era posible conocerle. Llegaron á Edesa en busca suya algunos criados de su padre, con la noticia que tuvieron de que un mancebo se habia embarcado para el Oriente; conociólos él muy bien, pidióles limosna, y se la dieron, sin saber á quién la daban. No estuvo largo tiempo escondida una virtud tan extraordinaria; dióse á conocer, á pesar de sus andrajos y de sus diligencias para

ocultarla, confundiéndose con la gente mas vil, y afectando grosería en sus modales. Corrió la voz por la ciudad, de que el extranjero que pedia limosna á la puerta de la iglesia de nuestra Señora no era lo que parecia. Cada uno contaba lo que habia notado en él: unos ensalzaban su modestia y su dulzura; otros su recogimiento, su devocion, su humildad y su paciencia. Todo esto servia de mortificacion á nuestro santo, haciéndosele intolerable la estimacion con que le comenzaban á tratar; pero lo que aumentó mas su reputacion, y lo que acrecentó tambien el dolor á su humildad, fué el milagroso testimonio que el mismo Dios quiso dar de su virtud. Considerando un dia el sacristan de nuestra Señora la humildad, el agrado, la constancia y el continuo ejercicio de oracion que habia observado en Alejo, oyó una voz que le pareció salir del simulacro de la santísima Vírgen, colocado sobre la puerta, la cual le decia que aquel pobre que nunca se apartaba del pórtico de la iglesia era un gran siervo de Dios, cuyas oraciones podian mucho con el Señor. El buen sacerdote, que ya de antemano le miraba con veneracion, le hizo grandes instancias para que admitiese un cuarto en su casa, ofreciendo asistirle con todo lo necesario para la vida.

Sobrado era esto para sobresaltar á la humildad del siervo de Dios; pero lo que últimamente le determinó á dejar un país donde era ya tan honrado, fué otro segundo testimonio que dió el Señor de la santidad de su siervo; porque, hallando un dia cerrada la puerta de la iglesia, oyó el portero á la misma imágen, que le decia: *Abre, y deja entrar al hombre de Dios, cuyas oraciones son tan bien recibidas en el cielo*: milagroso suceso, que, extendido por toda la ciudad, obligó á Alejo á salir de ella cuanto antes. Embarcóse en el primer navío que se hizo á la vela, suplicando al

Señor le encaminase donde fuese su voluntad. Era el intento del capitan y de la tripulacion partir á Laodicea, y el pensamiento de nuestro santo trasferirse desde allí á Tarso; pero una furiosa tempestad llevó el navío á las costas de Italia, y le metió en el puerto de Roma.

Conoció entonces Alejo que Dios le habia conducido á su mismo pais para disponerle á una victoria mucho mas gloriosa que todas las antecedentes. En fuerza de esta luz, resolvió entrar en Roma para vivir en ella como habia vivido en Edesa: y queriendo el Señor dar á su Iglesia un ejemplo del mas perfecto desasimiento que se habia visto hasta entonces, y la prueba mas sensible de lo que puede su gracia, le inspiró la resolucion de irse directamente á la casa de sus mismos padres, sabiendo la caridad con que eran recibidos en ella todos los pobres. Lleno de valor, y de un fervoroso deseo de corresponder con fidelidad al interior impulso de la gracia, llegó á la puerta del palacio de Eufemiano, y acercándose á él cuando volvia del senado, le dijo: *Señor, tened piedad de este pobre de Jesucristo, y permitid se recoja en algun rincon de vuestro palacio, que Dios os pagará esta grande caridad.* Enterneciόse extraordinariamente Eufemiano al oir aquella humilde súplica, y admirado él mismo de no poder contener las lágrimas á la vista de aquel pobre extranjero, dió órden á un criado de que le alojase en algun rincon, y cuidase de darle de comer todos los dias. No gustó mucho el criado de tal órden, teniéndola por sobrecarga; y mirando con ceño al pobre que le ocasionaba aquel lijero trabajo, despues de hartarle de injurias y desprecios, le alojó en un aposentillo muy oscuro debajo de la escalera principal. Luego que Alejo se vió en él, fué su primera diligencia dar muchas gracias al Señor por verse tan maltratado en la misma casa de su padre.

No es fácil explicar lo mucho que el santo tuvo que sufrir de la insolencia y de la rusticidad de los criados por espacio de diez y siete años que le duró aquella vida. Teniéndole por algun esclavo fugitivo, ó á lo menos por un holgazan y vagamundo de la mas vil canalla del pueblo, le hicieron objeto y asunto de sus pesadísimas burlas; su inalterable paciencia y mansedumbre le calificaban de estúpido; muchas veces le dejaban sin comer, y nunca le daban un triste bocado sin sazonársele con alguna injuria. Alejo por su parte jamás estaba mas contento que cuando se veia mas maltratado; pero no dándose por satisfecho con esto, á los malos tratamientos de los otros añadia él rigurosas penitencias. Su cama era la tierra; sus muebles un crucifijo; su ayuno continuo; su alimento pan y agua, y eso con tanta escasez, que no se comprendia cómo podia vivir; su ocupacion de dia y de noche era la oracion. Nunca salia para ir á otra parte que á la iglesia; comulgaba todos los domingos; y las dulces lágrimas que derramaba eran efectos del divino fuego que abrasaba y derretia su corazon.

Pero ni la dureza de los criados, ni el rigor de sus penitencias era lo que le mortificaba mas; el tormento mas terrible y el mayor dolor que despedazaba su tierno corazon era el de tener siempre á la vista á un padre afligido, á una madre inconsolable, y oir incesantemente los ayes y los suspiros de una esposa, que mil veces al dia pronunciaba el dulce nombre de Alejo. Como tenia perpetuamente delante de los ojos estos objetos tan halagüeños como tentadores, cada momento renovaban en su amoroso pecho los naturales impulsos del amor y de la ternura; pero acudia inmediatamente á la oracion: protegíale la santísima Virgen; sostenia la gracia su valor, y le daba fuerzas para resistir á tan porfiados y tan furiosos asaltos.

Despues de diez y siete años de tantas victorias como combates, quiso, en fin, premiar el Señor la heróica fidelidad de su gran siervo. Sabiendo por revelacion divina el dia y la hora de su muerte, se sintió fuertemente inspirado de Dios para manifestar al mundo las maravillas de la gracia, escribiendo él mismo la historia de su vida, que con tanto cuidado habia escondido á su conocimiento. Hízolo así, expresando individualmente en un papel todos los pasos de su vida, su nombre, el de sus padres, el regalo que hizo á su esposa el dia de la boda, con todas las circunstancias mas menudas de su niñez y de su educacion; cerróle, apretóle en la mano, púsose en oracion, y colmado de merecimientos pasó dulcemente al descanso del Señor.

Aun no se sabia su muerte á tiempo que Eufemiano se hallaba en la iglesia de San Pedro asistiendo á la misa que celebraba el papa Inocencio I en presencia del emperador Honorio, donde se oyó una milagrosa voz que decia: *Acaba de espirar el siervo de Dios: es grande su poder, y murió en casa de Eufemiano.* Fué general el asombro; pero mas que todos se sorprendió Eufemiano, el cual, llegándose al emperador, le dijo: *Señor, si es cierto lo que nos anuncia esta voz, el santo no puede ser otro, que un pobre extranjero á quien muchos años ha recogi en mi casa por caridad.*

Luego que se acabó la misa, el papa y el emperador, seguidos de innumerable gentío, se dirigieron á casa del senador Eufemiano. Acudieron inmediatamente al aposentillo del siervo de Dios, y le hallaron muerto, tendido en el suelo. Al mismo tiempo que todos los concurrentes estaban preocupados de los primeros movimientos de respeto y de veneracion, se reparó que tenia un papel cerrado en la mano. El ansia y la curiosidad de saber lo que contenia movió á Eufemiano á querérsele tomar; pero no pudo

arrancársele. Mandó el papa que todos se hincasen de rodillas; y dichas algúnas oraciones, él mismo se le sacó sin dificultad, y le entregó á Aecio, canciller de la Iglesia romana, mandándole que le leyese en alta voz. No hay voces para explicar el asombro y la admiracion de todos cuando llegaron á entender que el imaginado extranjero era Alejo, hijo del senador Eufemiano; y se enteraron de toda la historia de su portentosa vida.

Mas fáciles son de concebir los afectos de las diferentes pasiones que se apoderaron de todos los concurrentes, con especialidad de Eufemiano y de toda su familia. Al primer pasmo sucedió inmediatamente la admiracion y el sentimiento, el gozo y el dolor; y batallando entre estos distintos afectos el corazon de aquel dichoso padre, se arrojó sobre el cuerpo de su hijo, explicándose no con voces, sino con lágrimas y gemidos.

Mientras se procuraba arrancar al venerable anciano del santo cadáver, llegaron la madre y la esposa del siervo de Dios. No es posible ver espectáculo mas tierno; regaron el cuerpo con sus lágrimas, sin poder al principio articular una palabra, cortándolas el respeto y el dolor; pero al fin, pudiendo el dolor mas que el respeto, se desahogaron las dos en quejas amorosas: *Hijo mio Alejo* (exclamó la madre), *¿es posible que siquiera no me hayas dejado recibir tus últimos suspiros? Esposo mio de mi vida* (continuó la nuera), *¿qué te hice yo para que me hayas tratado asi? ¡Es posible que era mi hijo* (volvia á exclamar la madre) *aquel pobre que todos los dias tenia delante de mis ojos! ¡Es posible* (volvia á decir la nuera) *que aquel pobre tan mal sustentado y tan ultrajado era mi dulce esposo, y que no lo haya sabido yo hasta ahora que ya no está en esta vida!*

Extendida por toda la ciudad la noticia de esta ma-

ravilla, acudió toda Roma al palacio de Eufemiano, ansioso cada uno de lograr el consuelo de besar, ó á lo menos de ver el santo cuerpo. Creció el concurso con los milagros que obró Dios en la misma hora; y aunque se arrojaron monedas al pueblo para divertir la gente y para que se retirase, pudo mas la devocion que la codicia; de manera que no fué posible abrir paso por el concurso para conducir el cadáver á la iglesia hasta que los soldados le abrieron con espada en mano. Acompañáronle el papa, el emperador y todo el senado, convirtiéndose los funerales en un triunfo tan pomposo cual no le vió Roma semejante. Al principio se llevó el santo cuerpo á la iglesia de San Pedro para que el pueblo lograse la satisfaccion de verle y de venerarle, y de allí fué trasladado á la de San Bonifacio, donde se habia desposado. Su padre, su madre y su esposa estuvieron siete dias enteros sin separarse de sus reliquias. Erigiósele un magnífico sepulcro, que hizo glorioso el Señor con gran número de milagros, y con el tiempo se convirtió en iglesia de San Alejo el palacio de Eufemiano, que estaba en el monte Aventino, donde aun el dia de hoy se muestran algunos pasos de la escalera, bajo la cual estaba el aposentillo del santo, y tambien una imágen de nuestra Señora, que se dice ser la misma que estaba colocada sobre la puerta de la iglesia de Edesa, y habló al sacristan en favor de san Alejo.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, san Alejo, confesor, hijo del senador Eufemiano, el cual la noche de sus bodas abandonó su casa sin conocer á su esposa; y habiendo vuelto á la casa de sus padres despues de una larga peregrinacion, fué recibido en ella como un pobre, viviendo como tal diez y siete años, engañando así al mundo con santa astucia. Mas reconocido á su muerte por

una voz oida en las iglesias, y por una esquela escrita de su puño, fué trasportado con la mayor pompa por el papa san Inocencio I á la iglesia de San Bonifacio, donde se ilustró con muchos milagros.

En Cartago, la fiesta de los mártires Scillitains, san Esperato, san Narzales, san Citino, san Vetura, san Félix, san Acilino, san Letancio, santa Inanaria, santa Generosa, santa Vestina, santa Donata y santa Segunda, que por órden del presidente Saturnino fueron presos y atados á unos pilares, y como se mantuviesen firmes en confesar á Jesucristo, fueron por último pasados á cuchillo. Las reliquias de san Esperato fueron trasladadas de Africa á Francia con los huesos de san Cipriano y la cabeza de san Pantaleon, mártir, y depositadas con mucha veneracion en la iglesia de San Juan Bautista de Leon.

En Arnastrida en Paflagonda, san Jacinto, mártir, que murió en la cárcel, despues de haber padecido mucho bajo el presidente Castricio.

En Tívoli, san Generoso, mártir.

En Constantinopla, santa Teodata, mártir, bajo Leon el Iconoclasta.

En Roma, la muerte de Leon IV, papa.

En Pavía, san Enodo, obispo y confesor.

En Auxerre, san Teodosio, obispo.

En Milan, santa Marcelina, vírgen, hermana de san Ambrosio, obispo, que recibió el velo de religiosa en la basílica de San Pedro en Roma, de mano del papa Liberio, y cuya santidad es atestiguada por san Ambrosio en sus escritos.

En Venecia, la traslacion de santa Marina, vírgen.

En Chalonne en Anjou, san Hervé, confesor.

En Sebaste, el martirio de san Atenógenes, corepíscopo en Pedachthoé, quemado por la fe, con quien padecieron tambien otros diez cristianos. Las reliquias de aquel fueron llevadas á una iglesia edificada en las márgenes del Eufrátes.

En dicho dia, el martirio de santa Marina, nativa de Antioquía de Pisidia, hija de Edeso, sacerdote de los ídolos, decapitada bajo el prefecto Olibro.

En Inglaterra, san Quenelmo, príncipe de los Mercianos, mártir.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui nos beati Alexii, confessoris tui, annua solemnitate lætificas; concede propitius, ut cujus natalitia colimus, etiam actiones imitemur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que cada año nos alegras con la solemnidad del bienaventurado Alejo, tu confesor; concédenos que imitemos las acciones de aquel, cuyo nacimiento al cielo celebramos. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 6 de la primera que el apóstol san Pablo escribió á Timoteo.

Charissime: Est quæstus magnus, pietas cum sufficientia. Nihil enim intulimus in hunc mundum; haud dubium quòd nec auferre quid possumus. Habentes autem alimenta, et quibus tegamur, his contenti simus. Nam qui volunt divites fieri, incidunt in tentationem, et in laqueum diaboli, et desideria multa inutilia et nociva, quæ mergunt homines in interitum et perditionem. Radix enim omnium malorum est cupiditas, quam quidam appetentes, erraverunt à fide, et inseruerunt se doloribus multis. Tu autem, ô homo Dei, hæc fuge, sectare verò justitiam, pietatem, fidem, charitatem, patientiam,

Carísimo: La piedad juntamente con el contentarse con poco es una grande ganancia. Porque nada trajimos á este mundo, y no hay duda que nada podemos sacar de él. Pero teniendo alimentos y con qué cubrirnos, contentémonos con esto. Porque los que quieren enriquecerse, caen en la tentacion, y en el lazo del diablo y en muchos deseos inútiles y nocivos, los cuales sumergen á los hombres en la muerte y en la perdicion. Porque la raiz de todos los males es la codicia, por cuyo amor algunos se apartaron de la fe, y se mezclaron en muchos dolores. Pero tú, ó hombre de Dios, huye de estas cosas, y sigue la justicia, la

mansuetudinem. Certa bonum certamen fidei, apprehende vitam æternam.

piedad, la fe, la caridad, la paciencia y la mansedumbre. Pelea en la buena guerra de la fe, y coge la vida eterna.

NOTA.

« San Timoteo era natural de Listris, y en opinion » de Orígenes, pariente de san Pablo. Antes que el » Apóstol entrase en aquella ciudad habia en ella » bastante número de fieles; admitió á Timoteo por » discípulo, y le escogió para compañero de sus » viajes; ordenóle obispo de Éfeso, y poco despues » que le dejó en esta iglesia le escribió desde Mace- » donia la primera carta hácia el año 64 de Cristo. »

REFLEXIONES.

La concupiscencia es la raiz de todos los males: algunos, dejándose arrastrar de ella, se descaminaron en la fe, y se precipitaron en mil trabajos y calamidades. No acusemos, pues, la malicia de nuestros enemigos ni la emulacion de nuestros competidores, ni la malignidad de los envidiosos en la multitud de los funestos accidentes que nos hacen gemir. No atribuyamos nuestros disgustos al mal humor de las gentes con quienes vivimos; nosotros mismos somos la única causa de nuestros trabajos y de nuestras inquietudes. En nuestro corazon está el lago fatal de donde se levantan aquellos negros vapores que forman las nubes, que turban la serenidad de nuestros dias, y que frecuentemente se resuelven en tan furiosas tempestades. La concupiscencia es el triste origen de aquellos impetuosos torrentes, que inundan, que arrastran y arruinan á los mismos lugares donde se forman. Sufoca el amor de los deleites, apaga el deseo de las riquezas, y presto lograrás una gran calma; pero si se dejan crecer las pasiones;

si se suelta la rienda al insaciable ardor de la concupiscencia; si no tiene freno el orgullo, ni la ambicion reconoce límites, ¡qué diluvio de males se han de desgajar precisamente sobre el corazon! Entregado este como miserable presa á las pasiones, de necesidad ha de ser su triste víctima. Y si solo se sacrificaran los bienes, la vida y el sosiego, algun dia podríamos consolarnos quizá de esta pérdida; pero no hay pasion que no hiera al alma, todas conspiran contra nuestra salvacion. El primer efecto de la concupiscencia es oscurecer el entendimiento, debilitar la razon y corromper el corazon: corrompido este, ¿cuáles serán las costumbres? ¿cuál será la fe, cuál la religion de unas costumbres estragadas? La pasion ofusca al entendimiento: dominando la concupiscencia, nunca se ven los objetos como son. En raciocinios naturales se puede errar inocentemente; la opinion es mas universal que la ciencia; pero en materia de fe no hay error voluntario que no sea culpable, ninguno que no guie al precipicio, ninguno que no sea mortal. ¿Te descaminas en esta materia? nada te debe afligir mas, puesto que Jesucristo te enseñó el verdadero camino de la salvacion, y *te dejó reglas infalibles.* Mas al fin, para quien conoce la lijereza del espíritu humano y para quien sabe lo corrompido que está el corazon del hombre, no es cosa incomprensible el que una vez desbarre: mas lo que no se puede comprender es la terquedad con que se obstina en descaminarse en medio del dia; el empeño en querer dar mas asenso á su espíritu que al de la Iglesia. Todo esto es obra de la pasion; el primer fruto de la concupiscencia es la ceguedad. En dejándose arrastrar de aquella, se desvía de la fe, y al menor desvío de la fe se aleja mucho del verdadero camino. Ahoga la pasion, y cesarán las herejías; destierra la concupiscencia, y á todos los herejes los verás presto convertidos.

El evangelio es del cap. 19 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Petrus ad Jesum : Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te : quid ergo erit nobis? Jesus autem dixit illis : Amen dico vobis, quòd vos, qui secuti estis me, in regeneratione, cùm sederit Filius hominis in sede majestatis suæ, sedebitis et vos super sedes duodecim, judicantes duodecim tribus Israel. Et omnis qui reliquerit domum, vel fratres, aut sorores, aut patrem, aut matrem, aut uxorem, aut filios, aut agros, propter nomen meum, centuplum accipiet, et vitam æternam possidebit.

En aquel tiempo dijo Pedro á Jesus : Hé aquí que nosotros lo hemos abandonado todo, y te hemos seguido : ¿qué premio, pues, recibiremos? Pero Jesus les respondió : En verdad os digo, que vosotros que me habeis seguido, en la regeneracion, cuando el Hijo del hombre se sentare en el trono de su gloria, os sentaréis tambien vosotros en doce tronos, y juzgaréis á las doce tribus de Israel. Y todo aquel que dejare ó su casa, ó sus hermanos, ó hermanas, ó á su padre ó madre, ó á su mujer ó hijos, ó sus posesiones por causa de mi nombre, recibirá ciento por uno, y poseerá la vida eterna...

MEDITACION.

DE LA VIDA OSCURA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que es muy ventajoso, así para la salvacion como para la quietud, el nacimiento humilde, la condicion oscura, y la vida privada y escondida. ¡De cuántos estorbos para la salvacion, y de cuántos peligros se libra un hombre de mediana esfera! ¡de cuántos disgustos se exime! No, ciertamente; los grandes del mundo no son los mas dichosos. Acaso se hablaria con mayor propiedad si se dijese que no hay hombres mas dignos de compasion que los grandes del mundo. Ya se sabe que los lugares mas altos son

siempre los mas combatidos y agitados; en las montañas mas elevadas no hay abrigo, sino que por fortuna se halle alguna caverna, ó el hueco de una peña para ponerse á cubierto de los torbellinos y de las borrascas. Por eso, si los buscas en la historia, hallarás en ella tantos grandes príncipes, que considerando todos los peligros inseparables de su estado, las continuas agitaciones, el tumulto eterno, la conspiracion de todas las pasiones, el halago tentador de los sentidos, el incentivo y la multitud de los objetos, todos á competencia mas y mas enemigos de la gracia, espantados así del engañoso cebo del deleite, como de la amargura que le sigue, descendieron de la fastidiosa elevacion de los honores para encontrar asilo en un desierto, ó en el retiro de un claustro; prefirieron la oscuridad de una pobre celda á todo el esplendor, á toda la magnificencia de los mas soberbios palacios, y aun del trono mismo. ¿Y quién los censura de haber abrazado este partido? ¡Ah, que todos admiran con justicia su religion, todos ensalzan su generosidad, y cada año se repiten los elogios de su cordura y de su sabiduría! Pues en este feliz estado, por el cual suspiraron aquellos dichosos grandes del mundo, que le buscaron y le hallaron en fin á costa de mil estorbos y dificultades, se encuentran naturalmente los que nacen sin especial distincion, sin muchos bienes de fortuna, logrando la de disfrutar una vida particular y desconocida. Los primeros ¡cuántos combates tuvieron que resistir, cuántas dificultades hubieron de superar, y cuánto les costó aquella gloriosa victoria! Pero una fortuna mediana, unos talentos escasos y comunes, una honrada oscuridad libran de tantos embarazos, y colocan al hombre en aquella tranquilidad, en aquella dulce quietud en que quisieran morir casi todos los que vivieron cercados del fausto, de la pompa y del esplen-

dor. ¡Ah, si conocieran cuánto vale su oscura condicion los que viven en ella, qué poco murmurarian de la Providencia, que poco se quejarian de ella! ¡y qué poca envidia tendrian á los grandes!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que es preciso que sea mas estimable de lo que comunmente se piensa una vida sin fausto, sin esplendor, humilde y desconocida, puesto que el mismo Jesucristo la escogió para sí, con preferencia á la otra. Es cierto que por su nacimiento era ilustre, pues fué de sangre real; pudo vivir con esplendor y con opulencia; en cuyo caso, si se mira con los ojos de la prudencia humana, hubiera sido mucho mas seguido, y hubiera tenido mucho mayor número de discípulos; pero la Sabiduría divina pensó de otra manera, y le representó el estado pobre, humilde, oscuro y olvidado, como muy digno de ser preferido á los mas brillantes de la tierra. Y con efecto, ¿qué estado mas propio para el cielo? ¿qué camino mas seguro, mas fácil ni mas tranquilo? Pocos santos dejaron de solicitar la oscuridad; ninguno hubo que no huyese de los honores mundanos; todos miraron siempre las riquezas, no solo como espinas que punzan, sino como prestigios, como trampantojos que engañan, deslumbran y alucinan. Considera á san Alejo en su aposentillo debajo de la escalera, ó en el pórtico de la iglesia de Edesa. Pocos hombres nacieron mas afortunados, segun el mundo; su familia ilustre por su antigua nobleza, y sostenida esta con el mayor esplendor á expensas de un patrimonio opulento; dotado de aquellas prendas que no solo constituyen el mérito en la estimacion de los hombres, sino que captan el aplauso y arrastran el corazon; jóven airoso, bien dispuesto, hábil, discreto, sabio, ¡con qué honor, con qué conveniencias, con qué esplendor pudo haber

vivido en Roma! Pero este jóven caballero todo lo abandona por amor de Jesucristo; deja á su padre, á su madre, sus bienes, su esposa en el mismo dia de la boda para entregarse á una vida pobre, oscura y abatida, desafiando y acometiendo al mundo hasta en sus mismas trincheras. Vuelve á la casa de sus padres; mas ¿para qué? para vivir en ella desconocido, humillado, abatido, despreciado con la mas extrema pobreza, y en una asombrosa oscuridad. ¡Cuántos hay en el mundo que logran la misma dicha, pero sin conocerla! Si los pobres, si los oficiales, si las personas de humilde y oscura condicion se supieran aprovechar de los medios que su mismo estado les ofrece para hacerse grandes santos, ¡buen Dios, qué bendiciones, qué gracias no os darian por haber nacido pobres! Acabemos ya de conocer el mérito de una vida oscura, desengañándonos de que todos los medios que se aplican, y todos los esfuerzos que se hacen para levantarse del polvo, son otras tantas diligencias para echársele en los ojos, y por eso no se distingue la falsa brillantez, la vanidad, el ningun valor, la nada de los honores á que con tanto anhelo se aspira.

Alumbradme, Señor, con vuestra divina gracia, para que reconozca las grandes ventajas de una vida oscura, distante del fausto y del tumulto, y abrigada contra tantos peligros de la salvacion. Sí, mi Dios, sea yo olvidado y menospreciado de los hombres, con tal que os ame, que os sirva, que os agrade en mi dichosa oscuridad.

JACULATORIAS.

Viam iniquitatis amove à me: et de lege tua miserere mei. Salm. 118.

Desviadme, Señor, del camino de la perdicion, y sienta yo los efectos de vuestra misericordia viviendo segun vuestra santa ley.

Humiliatus sum usquequaque, Domine; vivifica me secundùm verbum tuum. Salm. 118.

Vivo, Señor, oscuro y humillado; pero muy contento con esta vida, confiado en vuestra divina palabra.

PROPOSITOS

1. ¿Eres grande en el mundo? ¿te ves superior á los demás por los empleos, por la dignidad, por los talentos y por las riquezas? no por eso te juzgues mas dichoso, pues con efecto no lo eres. Por brillante que sea tu condicion, considérala como llena de lazos y de peligros; en lugar de tratar con desprecio á los que son inferiores á ti por su humilde y oscura condicion, envídiales las ventajas que logran en ella; tenlos por mas dichosos que tú, y dobla tu vigilancia; vive mas sobre el aviso en un estado donde todo es tentacion.

2. ¿Eres pobre, sin talentos, sin muchos bienes de fórtuna, sin proteccion y sin apoyo? ¿vives olvidado, desconocido y despreciado? Guárdate bien de tenerte por infeliz, ni de estar disgustado con tu suerte; antes bien te debes considerar como mejor librado. Considera que muchos príncipes, muchas personas que nacieron rodeadas de esplendor, que se criaron entre los placeres, que se distinguieron en el mundo por sus muchos bienes de fortuna, que se vieron colmadas de honores, de séquito, de gustos y de los mas halagüeños actractivos del mundo, lo sacrificaron todo, lo abandonaron todo por encerrarse en un claustro, por enterrarse en un desierto, por tener una vida aun mas oscura y mas olvidada que la tuya, por borrar la memoria de su nombre, de sus talentos, de su mérito personal, de su nacimiento, y para vivir en un eterno olvido. Está contento con tu suerte: da mil gracias á Dios

por tu mediaпía; pero aprovéchate de los medios que te proporciona para tu salvacion. No envidies la suerte de los dichosos del mundo, y ten por cierto que algun dia envidiarán ellos la tuya. Bendice al Señor todos los dias, porque dispuso que nacieses en ese estado; y cuando veas esos pomposos monstruos de mundanidad, ese exterior aparato de brillantez, siempre engañosa, ese estrépito de las grandezas humanas, considera ¿de qué servirá todo eso al que se condene? ¿de qué sirve en la hora de la muerte, y de qué servirá por toda la eternidad haber sido hombre grande, y no haber sido santo?

DIA DIEZ Y OCHO.

SANTA SINFOROSA Y SUS SIETE HIJOS, MÁRTIRES.

Santa Sinforosa, cuyo nombre es tan célebre en la Iglesia, fué mujer, cuñada y madre de mártires, y ella misma fué una de las mas ilustres mártires que hicieron glorioso el segundo siglo.

Nació en Roma de una familia mucho mas distinguida por su constante adhesion á la religion cristiana, que por su antigua nobleza y por el elevado lugar que se habian hecho en la ciudad sus ilustrísimos abuelos. Nada se sabe de los primeros años de su vida; solo es cierto que fué educada en los principios de la religion, y del modo correspondiente á las doncellas de su calidad. Por su virtud y por su mérito fué pretendida de todos los señores cristianos de Italia, entre los cuales fué preferido Gétulo, cuyo partido se consideró el mas ventajoso.

Poseia Gétulo, por otro nombre Zótico, ricos y dilatados bienes en el territorio de Tívoli, llamado entonces *Tierra de Sabina,* y hoy *la Campaña de Roma.*

T. 7. P. 414.

STA. SINFOROSA,

Y SUS SIETE HIJOS MRTS.

Era un caballero muy piadoso, de gran zelo por la religion cristiana, y precisamente pretendió á Sinforosa por mujer, por estar bien informado de su virtud y de las demás prendas que la acompañaban. Así él como otro hermano suyo, llamado Amancio, eran tribunos militares, esto es, maestres de campo en el ejército del emperador Adriano, príncipe supersticioso sobre todos los príncipes paganos, y que por lo mismo levantó contra la Iglesia una de las persecuciones mas crueles, cuyo furor obligó á Amancio á ocultarse, y á Gétulo á abandonàr sus bienes y su familia que se habia retirado á Tívoli, quedándose él en las cercanías de Roma, donde instruia y sustentaba á muchos cristianos. Tardó el cielo poco tiempo en premiar su zelo y su caridad. Dióse órden á Cereal, vicario de Roma, para que le prendiese; pasó á ejecutar su comision; pero luego que oyó hablar de la religion á Gétulo y á Amancio, se convirtió á ella. Esto hizo en Roma mucho ruido, y se despachó á Licinio, oficial del emperador, para que le arrestase á él, á los dos hermanos y á otro llamado Primitivo. Padecieron todos diferentes tormentos; fueron cruelmente azotados, y despues de viente y siete dias de prision en Tívoli los sacaron de la cárcel para cortarles la cabeza; lo que se ejecutó á cinco leguas de Roma, en las márgenes del Tíber.

Durante el tiempo de la persecucion se mantenia en Tívoli santa Sinforosa cuidando de la educacion de sus siete hijos; mas no por eso dejaba de asistir á los santos mártires en cuanto podia, y luego que supo su glorioso martirio, tuvo valor para ir ella misma en persona á retirar el cuerpo de su marido y de sus dos compañeros, enterrándolos en un arenal perteneciente á una de sus posesiones. Despues de esta heróica accion se volvió á retirar á Tívoli, donde únicamente se ocupaba en criar á sus tiernos hijos,

imprimiendo en sus blandos corazones los afectos mas fervorosos de la religion; y como el viento de la persecucion cobraba cada dia nuevas fuerzas, se vió precisada á esconderse por espacio de siete meses en una cisterna seca, acompañada de sus siete queridas prendas, valiéndose de estas mismas incomodidades y trabajos para instruirlos y para adiestrarlos en los combates que esperaba tendrian que sostener algun dia por la fe, inspirándoles una generosa ambicion por la palma del martirio, cuyo valor y cuyo precio continuamente les ponderaba.

Hijos mios, les decia, *mirad que lograis la dicha de tener un padre mártir y un tio mártir; gozando están de una felicidad que no tendrá fin, por unos tormentos que se pasaron en pocas horas; roguemos continuamente al Señor se digne concedernos la misma suerte* Volvíase despues al menor de todos, y le preguntaba: *Dime, hijo mio, ¿y qué harias tú si te amenazaran que te habian de despedazar á azotes, en caso que no quisieras ofrecer incienso á los idolos? ¿Qué haria?* respondió el niño con admirabe intrepidez y resolucion, *¿qué haria? dejarme hacer mil pedazos antes que ofrecer incienso á los demonios. Pero, hijos, no os espantariais, no perderiais el ánimo si viérais que los verdugos os venian á degollar, si os pusieran delante las hogueras encendidas, las calderas de pez hirviendo, los ecúleos, las catastas, y otros tantos instrumentos de la crueldad? ¡Ay pobres hijos mios*, añadia llorando, *y cómo temo que os habeis de rendir á la violencia de los tormentos! No lo temais, amada madre, no lo temais*, respondió Crescencio, el mayor de todos; *lleno de aquella humilde confianza en Jesucristo, que vos nos habeis inspirado, salgo por fiador de mí y de mis hermanos, que ningun tormento será capaz de hacernos titubear, ninguno nos acobardará.* Tardó poco en ofrecerse ocasion de cumplir esta palabra.

Habiendo mandado el emperador Adriano edificar un palacio á la distancia de algunas millas de Tívoli, no lejos de la casa de Sinforosa, quiso poner el nuevo edificio bajo la proteccion de alguno de sus dioses, como lo practicaban los gentiles que se preciaban de devotos. Antes de la ceremonia, siguiendo los impulsos de su ordinaria supersticion, resolvió hacer un sacrificio á sus mentidas deidades para saber si seria de su agrado la dedicacion que meditaba. Los demonios que habitaban en los ídolos á quienes dirigió la consulta, le respondieron que estaban continuamente inquietos y cruelmente atormentados por las oraciones que la viuda Sinforosa y sus siete hijos ofrecian todos los dias á su Dios, en perjuicio del culto y del honor que solo á ellos se debia; por tanto, si deseaba que fuese dichosa su habitacion del nuevo palacio, era indispensable que obligase á Sinforosa y á sus hijos á que les ofreciesen sacrificios y renunciasen su religion.

Bastó esto para que aquel supersticioso príncipe mandase luego arrestar á Sinforosa y á sus hijos. Apenas los vió en su presencia, cuando hizo todo lo que pudo para persuadirlos á que sacrificasen á los ídolos; y dirigiendo la palabra á Sinforosa, le dijo con agrado y dulzura: *No ignoras que todo el delito de Gétulo tu marido consistió en no querer renunciar las supersticiones de los cristianos; por lo demás, yo le estimaba, yo le amaba, y estaba resuelto á elevarle á las mayores dignidades del imperio, como hubiera querido rendirse á mi voluntad: sé tú mas prudente que él, y sírvate su desacierto de leccion y de escarmiento; yo quiero hacer tu fortuna y la de tus hijos; pero quiero que sin dilacion sacrifiques á los dioses.*

Señor, respondió Sinforosa, *la fortuna de mis hijos y la mia ya está hecha con tal que logremos la dicha de ser todos ofrecidos en sacrificio al verdadero Dios.*

No seréis sino sacrificados á mis dioses, respondió el emperador. *Señor*, replicó intrépidamente Sinforosa, *esos vuestros mentidos y mentirosos dioses son ellos mismos desdichadas víctimas sacrificadas á la justa cólera del único Dios verdadero; por lo que nunca me recibirán, ni me podrán recibir en sacrificio. Si me condenáreis á la hoguera ó al cuchillo por amor de Jesucristo; la hoguera que me consuma, ó el cuchillo que me degüelle, mas que á mí atormentarán á esos que vos llamais vuestros dioses. A la vista tenemos como tan reciente el ejemplo de mi marido Gétulo y de Amancio mi cuñado, que con religiosa generosidad supieron preferir una gloriosa muerte á la ignominia vergonzosa de sacrificar á los demonios : mis hijos y yo esperamos en la gracia de nuestro dulce Salvador, que no degeneraremos ni del valor ni de la nobleza del padre; y por vuestra misma experiencia aprenderéis que la magnanimidad cristiana se hace lugar en todas las edades y en todos los sexos, cuando se trata de conservar la religion.*

Ofendido el emperador de tan valerosa respuesta, puso fin á la conversacion, diciéndole que escogiese luego una de dos cosas, ó sacrificar, ó espirar en los suplicios. *No penseis, señor*, respondió la santa, *ni espantarme, ni embarazarme sobre el partido que he de elegir: ya le tengo tomado; he dicho, y lo vuelvo á repetir, que nada deseo tanto como dar la vida por aquel que primero sacrificó la suya por mí.* Y volviéndose á sus hijos, *vamos*, les dijo con resolucion y con desembarazo, *vamos, hijos mios, á morir por Jesucristo.* Hicieron tal impresion en sus corazones estas palabras, que les salió al semblante el espiritu, el valor y la alegria; solo Adriano bramaba de coraje; mandó que Sinforosa fuese conducida al templo de Hércules, y que, despues de haberla abofeteado como á una vil esclava, la colgasen de los cabellos; pero informado

de que todo esto no producia otro efecto que el de hacerla mas animosa, ordenó que con una gran piedra al cuello fuese arrojada en el rio Teverone, que pasa por Tívoli, donde consumó su glorioso martirio. Tenia un hermano, llamado Eugenio, que era el primer senador de Tívoli, el cual cuidó que se sacase del rio el santo cuerpo, y con gran secreto le hizo enterrar en un arrabal de la ciudad.

Ya no habia que temer de la constancia en la fe de los hijos, teniendo en el cielo tan poderosa protectora. Al dia inmediato mandó el emperador que los trajesen á su presencia, y ellos se presentaron con tanta confianza y con tanto valor, que el príncipe quedó asombrado. Eran sus nombres Crescencio, Juliano, Nemesio, Primitivo, Justino, Stactéo y Eugenio. Tuvo por cierto el emperador que, siendo tan jóvenes, y hallándose huérfanos, los vencerian sus promesas, ó se rendirian á sus amenazas. Al principio les habló con mucho cariño, lisonjeándolos con halagüeñas esperanzas. *Ya, hijos mios*, les dijo, *os hallais sin padre y sin madre; pero no os desconsoleis, yo haré con vosotros el oficio de ambos. Id, ofreced incienso á los dioses inmortales, y volved seguros de que seréis premiados con magnificencia; pero guardaos bien de mostraros indóciles á mis órdenes, porque pagaréis con la vida cualquiera resistencia. Príncipe*, respondió Crescencio, *eso es justamente lo que todos deseamos: ni vuestras promesas nos han hecho impresion, ni vuestras amenazas nos han intimidado; no creais, señor, que seremos menos cristianos ni menos generosos que nuestros padres*. Hizo cuanto pudo el emperador para desviarlos de su resolucion; pero experimentando inútiles todos los artificios, mandó que al instante se dispusiesen siete potros al rededor del templo de Hércules, y que fuesen extendidos en ellos los siete mártires, hasta que, á fuerza de apretarlos y de atormen-

tarlos, se les dislocasen todos los miembros. Ejecutóse la órden del tirano con bárbara crueldad; apretábanles los cordeles, y estirábanles los miembros con poléas, siendo extremo su dolor; pero ninguno de aquellos jóvenes cristianos desmintió su invencible valor; la alegría de sus semblantes daba testimonio de su triunfo, y todos bendecian á Dios en medio de os tormentos. Avergonzado el tirano de verse vencido por unos niños, mandó que al punto les quitasen la vida. A Crescencio le metieron un puñal por la garganta, á Juliano por el estómago, á Nemecio por el corazon, á Primitivo por el vientre, á Justino por las espaldas, á Stactéo por el costado, y Eugenio fué abierto en canal desde los piés á la cabeza; aunque Beda dice que á Justino le hicieron tantos pedazos cuantas eran las coyunturas de su cuerpo, y que el de Stactéo, despues de tendido en tierra, fué cosido á puñaladas. Así recibió la corona del martirio aquella inocente tropa el dia 18 de julio, hácia el principio del segundo siglo.

Habiendo ido al templo de Hércules el emperador el dia siguiente, mandó quitar de allí los cuerpos de los siete hermanos, y que los enterrasen en un gran foso, que los gentiles llamaron despues *los siete Biothanatos*, que en griego quiere decir *despreciadores de la muerte.*

Con la muerte de santa Sinforosa y de sus siete hijos pareció haberse aplacado por algun tiempo la cólera del emperador, que por espacio de año y medio dejó bastantemente en paz á los cristianos; de cuya ocasion se aprovecharon los fieles para honrar las reliquias de los santos mártires, colocándolas en decentes sepulturas, que abrieron y levantaron en el camino de Tívoli, dando á aquel sitio el nombre de los siete Hermanos. Tambien se erigió una magnífica iglesia dedicada á santa Sinforosa, que subsistió por

mucho tiempo; pero despues se trasladó á Roma una parte de estas reliquias, y se colocaron en la iglesia de San Miguel con las de Gétulo ó Zótico, su padre. Aunque el martirio de santa Sinforosa sucedió un dia antes que el de sus siete hijos, la Iglesia los ha celebrado todos en un mismo dia desde los primeros siglos.

SANTA MARINA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Santa Marina fué hermana de santa Librada. En la vida de esta se dice quiénes fueron sus padres, cómo se llamaban, y que nuestras santas tomaron la resolucion de separarse de ellos para no ser víctimas de su crueldad é impiedad porque se negaban á sacrificar á los ídolos. Saliéronse, pues, de la casa de los autores de sus dias, quienes querian matarlas. Fuése cada una por su lado. Nuestra Marina se retiró al campo de Limia, cerca de la ciudad de Orense, llamada Anfiloquia en la antigüedad, donde se dedicó al santo ejercicio de la oracion y á otras obras agradables á nuestro Señor Jesucristo.

Vióla el presidente por el imperio romano, llamado Olibrio, enemigo de los cristianos, y prendado de su rara hermosura, quiso rendir, no solo su fe, sino tambien su pureza; pero implorando la santa vírgen el auxilio del Señor, á fin de no perder su alma con los impíos, venció los mas fuertes ataques del tirano. Preguntóle este, ¿de qué linaje era, y si era libre ó esclava? Y le respondió Marina sin turbarse, que era libre por condicion, pero esclava de Jesucristo. Insistió Olibrio en que apostatase de la religion que profesaba, y que rindies veneracion á los dioses romanos, valiéndose para ello, así de ventajosas promesas, como de terribles amenazas: pero despre-

ciando la generosa vírgen ambos medios, enfurecido el tirano, mandó que con garfios de hierro rasgasen sus delicadas carnes, hasta que apareciesen sus huesos. Horrorizó aquel lastimoso espectáculo á todos los circunstantes, hasta al mismo presidente, el cual, aparentando compasion, le dijo: *Consulta, niña, á tu juventud, presta asenso á lo que te ordeno, para que no pierdas tu hermosura en la flor de tus años. ¡O mal consejero! ¡ó insaciable fiera!* respondió la santa: *Sabe que tus tormentos me sirven de consuelo, y que tu poder solo alcanza á lo material de mi cuerpo, pero mi alma la guarda mi señor Jesucristo, que la redimió con su preciosísima sangre.* Ya no perdonaré, ya no tendré conmiseracion, dijo entonces el tirano, de la que blasfema de nuestros dioses, y desprecia los tormentos. Ordenó, pues, mientras discurria otros arbitrios, poner á la santa en un lóbrego calabozo, cuya oscuridad alumbró luego el Señor con un resplandor admirable para consuelo de su sierva, quien en él ahuyentó con la señal de la cruz al demonio, que la acometió en figura de un terrible dragon.

Conducida en el siguiente dia al tribunal del tirano, formó este nuevo empeño en rendir su constancia; pero hallándola inflexible á todas sus tentativas, ordenó que aplicasen los verdugos hachas encendidas á sus costados; y no satisfecha su saña con esta inhumanidad, dispuso que, atada de piés y manos, la arrojasen á las aguas. Libró el Señor á su sierva de todas estas plagas, y admirados muchos gentiles de ver que una inocente y tierna niña podia resistir tormentos de aquella clase, clamaron que era verdaderamente grande el Dios de los cristianos, y se convirtieron muchos á la fe que Marina predicaba.

Lleno Olibrio de confusion viendo que se burlaba la santa vírgen de todos sus esfuerzos, mandó degollarla

por último recurso, logrando por este medio nuestra santa la apetecida corona del martirio en 18 de julio, sin saberse puntualmente el año.

El venerable cuerpo de la santa vírgen, segun tradicion, se conserva en un templo dedicado á su nombre, en el territorio de Orense, donde se hallan varios monumentos justificativos de su martirio, como son el horno de fuego donde se dice la arrojaron, y la fuente en que fué degollada, cuyas aguas, segun refieren los naturales, han hecho repetidísimos prodigios de admirables curaciones.

Algunos escritores equivocan á nuestra santa con santa Margarita, mártir de Antioquía: acaso la uniformidad de Antioquía con Anfiloquia, como se llamó en la antigüedad Orense, pudo dar motivo á la equivocacion.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Tívoli, santa Sinforosa, esposa de san Gétulo, mártir, con sus siete hijos Crescencio, Julian, Nemeso, Primitivo, Justino, Estactéo y Eugenio. En tiempo del emperador Adriano, habiendo sido su santa madre largo tiempo abofeteada á causa de su constancia incontrastable, y luego colgada de los cabellos, fué despues precipitada á un rio con una piedra al cuello. Sus hijos fueron descoyuntados á fuerza de cabria sobre unos troncos, consumando cada uno el martirio con diferentes especies de suplicios. Sus cuerpos, llevados con el tiempo á Roma y olvidados, fueron luego hallados en la diaconía de Santo Angelo de la Pesquería en el pontificado de Pio IV.

En Cartago, santa Gondena, vírgen, que por órden del procónsul Rufino fué, por haber confesado á Jesucristo, extendida cuatro veces en el potro en diferentes tiempos, y horriblemente desgarrada con uñas de hierro; y despues de haber aguantado largo

tiempo en la cárcel mil incomodidades, fué por último acuchillada.

En Doróstoro en Misia, san Emiliano, mártir, que, en tiempo de Juliano Apóstata y bajo el presidente Capitolino, recibió la palma del martirio en el horno encendido en que le echaron.

En Utrecht, san Federico, obispo y mártir.

En Galicia en España, santa Marina, vírgen y mártir.

En Milan, san Materno, obispo, que, habiendo sido encarcelado y á menudo abofeteado por la fe de Jesucristo y en defensa de la iglesia que le estaba confiada, se durmió por último en el Señor, en tiempo del emperador Maximiano, confesando reiteradamente la fe.

En Bresa, la fiesta dé san Filastro, obispo de aquella ciudad, que combatió mucho tiempo de palabra y por escrito contra los herejes, y principalmente contra los Arrianos, de quienes tuvo mucho que padecer; y por último murió en paz como confesor, ilustre por sus milagros.

En Metz, san Arnul, obispo, que, célebre en piedad y milagros, murió santamente en el desierto donde se habia retirado.

En Segni, san Bruno, obispo y confesor.

En Fortimpópoli en Emilia, san Roguil, obispo de aquella ciudad.

En el país de Ivelina, entre París y Chartres, san Arnul, predicador evangélico, despedazado por los malos en una selva de aquel término y enterrado en el mismo lugar por su mujer Escariberga.

En el monte de Nitria en Egipto, san Pambon, célebre solitario.

En este mismo dia, el fallecimiento de san Flaviano, segundo de este nombre, obispo de Antioquía.

En el mismo lugar, el tránsito de san Elías, obispo de Jerusalen.

La misa es en honor de los santos mártires, y la oracion la siguiente.

Deus, qui nos concedis sanctorum martyrum tuorum Symphorosæ, et filiorum ejus natalitia colere : da nobis in æterna beatitudine de eorum societate gaudere. Per Dominum nostrum...

O Dios, que nos concedes la gracia de que celebremos en la tierra el nacimiento al cielo de santa Sinforosa y de sus hijos, haced que tambien los acompañemos en la gloria, siendo participantes de su eterna bienaventuranza. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 11 de la que escribió san Pablo á los Hebreos.

Fratres : Sancti per fidem vicerunt regna, operati sunt justitiam, adepti sunt repromissiones, obturaverunt ora leonum, exstinxerunt impetum ignis, effugerunt aciem gladii, convaluerunt de infirmitate, fortes facti sunt in bello, castra verterunt exterorum : acceperunt mulieres de resurrectione mortuos suos : alii autem distenti sunt non suscipientes redemptionem, ut meliorem invenirent resurrectionem. Alii vero ludibria, et verbera experti; insuper et vincula, et carceres : lapidati sunt, secti sunt, tentati sunt, in occisione gladii mortui sunt : circuierunt in melotis, in pellibus caprinis, egentes, angustiati, afflicti : quibus dignus non erat mundus : in solitudinibus errantes, in montibus, et spe-

Hermanos : Los santos por la fe vencieron los reinos, obraron justicia, alcanzaron lo que se les habia prometido, cerraron las bocas de los leones, apagaron la violencia del fuego, escaparon del filo de la espada, convalecieron de su enfermedad, se hicieron esforzados en la guerra, desbarataron los ejércitos de los extraños. Las madres recibieron resucitados á sus hijos que habian muerto. Unos fueron extendidos en potros, y despreciaron el rescate, para hallar mejor resurreccion. Otros padecieron vituperios y azotes, y además cadenas y cárceles : fueron apedreados, despedazados, tentados, pasados á cuchillo : anduvieron errantes, cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, necesitados, angustiados, afligidos :

ſancis, et in cavernis terræ. Et hi omnes testimonio fidei probati inventi sunt in Christo Jesu Domino nostro.

hombres que no los merecia el mundo; anduvieron errantes por los desiertos, las cuevas y cavernas de la tierra. Y todos estos se hallaron probados por el testimonio de la fe en Cristo Jesus nuestro Señor.

NOTA.

« Es la epístola á los hebreos uno de los mas bellos
» y preciosos monumentos que posee la Iglesia cris-
» tiana. Así la grandeza de las cosas que contiene,
» como la importancia de las materias que trata están
» sostenidas con la nobleza de las expresiones, y con
» la elevacion del estilo. »

REFLEXIONES.

Por la fe hicieron los santos maravillas, sufrieron persecuciones, practicaron virtudes excelentes, y padecieron con heróica constancia todo género de adversidades. Y bien, ¿no tenemos nosotros la misma fe? ¿no profesamos la misma religion? ¿pues en qué consiste que seamos tan poco parecidos á ellos? ¿en qué consiste que imitemos tan poco sus ejemplos? Siguiendo un camino enteramente opuesto al que los santos siguieron, ¿nos podemos racionalmente lisonjear de que llegaremos al mismo término? Una de dos: ó los santos hicieron demasiado, ó nosotros no hacemos lo bastante para ser lo que ellos fueron. ¿Nos atreveremos á decir que los santos hicieron demasiado para conseguir el cielo, para merecer la gloria y para lograr la eterna felicidad que están gozando? Muy de otra manera discurrian ellos de lo que nosotros discurrimos; en la hora de la muerte, en aquel momento decisivo en que se miran las cosas como son, y en que de todas se hace el juicio que se debe,

ninguno se arrepintió de haber hecho mucho, todos quisieran haber hecho mas, y no pocos temieron no haber hecho lo bastante. ¿Fueron los santos discretos y prudentes en vivir como vivieron? ¿serian santos si hubieran vivido como nosotros vivimos? ¿y lo seremos nosotros viviendo de esta manera, tan distantes de su imitacion? Consideremos la pureza de sus costumbres, el rigor de su penitencia. Siempre alerta contra las sorpresas de los sentidos, ¡con qué fervor cumplieron en su carne lo que faltó à la pasion de Jesucristo! ¡con qué rigor se castigaban las mas leves imperfecciones! A nosotros nos espanta el nombre solo de los instrumentos de penitencia. Parecerános que hicieron demasiado; pero ¿ignoramos por ventura que, en medio de tantos preservativos, y aun cubiertos con tantas trincheras, no vivieron sin peligro? Toda su espantosa soledad aun no los puso fuera de todo riesgo. La misma madurez de la edad los hacia mas vigilantes, y su misma experiencia les enseñaba que no se debian fiar de sus austeridades, sirviéndoles para conocer que todo estaba lleno de lazos y de redes. Seguramente no serian mas prudentes ni mas discretos, si hubiesen sido menos mortificados y menos fervorosos. ¿Pues qué, nada iban à arriesgar en esto? Las pasiones crecen con nosotros; es menester desconfiar de nuestro propio corazon, porque todo es tentacion, todo es digno de temerse. ¿Parécenos que hicieron demasiado los santos? pero ¿en qué estuvo este exceso? Ninguna proporcion hay entre los trabajos de esta vida y la gloria de la otra: *Non sunt condignæ passiones hujus temporis ad futuram gloriam*. Por grandes que sean los sacrificios que se hagan, por espantosas que sean las penitencias de la carne, por terribles que parezcan los tormentos que se padecen por la fe, siempre será mucha verdad que el cielo se nos concede por nada: *Accipiat aquam*

vitæ gratis. Es error imaginar que se pueda jamás hacer demasiado. No hay santo en el cielo á quien despues de sus trabajos, despues de sus penitencias y despues de todas sus buenas obras, no se le haya podido decir: *Venite, emite absque argento, et absque ulla commutatione.* Siervos fieles, tened entendido que se os da por nada la bienaventuranza eterna; no obstante el cuidado que habeis puesto en negociar con vuestros talentos, debeis confesar que fuísteis siervos inútiles. ¿Y qué seremos nosotros con una vida tan culpable y tan vacía de buenas obras? ¿en qué vendremos á parar?

El evangelio es del cap. 12 de san Lucas.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis. Attendite à fermento pharisæorum, quod est hypocrisis. Nihil autem opertum est, quod non reveletur: neque absconditum, quod non sciatur. Quoniam quæ in tenebris dixistis, in lumine dicentur: et quod in aurem locuti estis in cubiculis, prædicabitur in tectis. Dico autem vobis, amicis meis: Ne terreamini ab his, qui occidunt corpus, et post hæc non habent amplius quid faciant. Ostendam autem vobis quem timeatis: timete eum, qui, postquam occiderit, habet potestatem mittere in gehennam. Ita dico vobis, hunc timete. Nonne quinque passeres veneunt dipondio, et unus ex illis non est in oblivione coram Deo? sed et capilli capitis vestri omnes numerati sunt.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía. Nada, pues, hay oculto, que no se haya de descubrir: ni escondido, que no se haya de saber. Porque las cosas que dijísteis en lo oscuro se dirán de dia: y lo que hablásteis á la oreja en los retretes, se publicará sobre los tejados. A vosotros, pues, amigos mios, os digo: No os amedrenteis de aquellos que matan el cuerpo, y despues de esto no pueden hacer mas. Mas yo os mostraré á quien debeis temer: temed á aquel que, despues de quitar la vida, tiene potestad de enviar al infierno: esto es lo que os digo: temed á este. ¿No es verdad que se venden cinco aves por el precio de dos sueldos, y con todo eso ni una de ellas está olvidada

Nolite ergo timere: multis passeribus pluris estis vos. Dico autem vobis: Omnis quicumque confessus fuerit me coram hominibus, et Filius hominis confitebitur illum coram angelis Dei.

en presencia de Dios? Mucho mejor todos los cabellos de vuestra cabeza están contados. No temais, pues: vosotros sois de mucho mas precio que muchas aves. Os aseguro, pues, que todo aquel que me reconociere delante de los hombres le reconocerá tambien el Hijo del hombre delante de los ángeles de Dios.

MEDITACION.

DEL TEMOR DE LOS JUICIOS DE DIOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que son muy para temer los juicios de Dios. Temiéronlos mucho las almas mas puras, los mayores penitentes, los mas grandes santos, y tuvieron mucha razon para temerlos. *Los cielos*, dice Job, *no son puros en tu presencia.* Los que os sirven con mas fidelidad no pueden estar seguros de su perseverancia; hasta en los mismos ángeles, aquellos puros espíritus, aquellas perfectas criaturas hallaste que reprender; ¿qué será en el hombre vestido de una carne corruptible y corrompida? Vuestros juicios, Señor, exclaman los santos, son abismos que no se pueden penetrar; son secretos incomprensibles al humano entendimiento; son caminos escondidos á los ojos mas perspicaces. ¿Quién no hubiera juzgado á Salomon incapaz de pervertirse, despues de haberle tocado por parte de su herencia no menos que una sabiduría inspirada; despues de haber vivido tantos años en la mas exacta observancia de la ley; despues de haber sido la admiracion de tantos pueblos por su religion y por su inocencia? Y este Salomon en los

dias de su senectud se precipitó en los mas enormes errores y descaminos en materia de costumbres. Es traidor á Jesucristo uno de sus mismos apóstoles. No pudo haber vocacion mas manifiesta que la de Judas: el mismo Salvador le llama, él mismo le instruye, él mismo le enseña, ¡y Judas le hace traicion! ¡y Judas se condena á los ojos mismos del Salvador de los hombres! ¡Ah Señor, exclama el Profeta, y quién no temerá tus juicios! San Pablo, aquel vaso de eleccion, aquel hombre arrebatado hasta el tercer cielo, aquel grande apóstol confiesa que, aunque de nada le remuerde su conciencia, con todo eso no se atreve á tenerse por justificado, sabiendo que es Dios el que le ha de juzgar. Aquellos santos anacoretas, aquellos ángeles de los desiertos, aquellos ilustres penitentes temblaban, se estremecian en la lóbrega oscuridad de sus cavernas al considerar los juicios de Dios. Mirábalos Hilarion lleno de espanto, y eso despues de sesenta años de penitencia; Jerónimo, atenuado y consumido al rigor de las crueldades que ejerció en su cuerpo su penitente espíritu, se siente preocupado de pavor al considerar sus juicios formidables; ¡y nosotros flacos, miserables, impenitentes pecadores, vivimos tranquilos! ¿en qué se funda esta inconsiderada seguridad?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que tampoco hay cosa mas digna de temerse que los espantosos juicios de Dios. Trátase no menos que de la salvacion eterna; ¿hay negocio de mas alta consecuencia? O cielo, ó infierno; no hay medio ¡Espantosa disyuntiva! El proceso le forman nuestro corazon, nuestras acciones y nuestra conciencia; los documentos y las probanzas se toman de nuestra vida; el juez ha de ser Dios. ¡Ah Señor, si los cielos no están limpios en tu presencia, ¿qué será

de mí, que solamente soy pecado y corrupcion? Si hasta las columnas del cielo titubearon, ¿qué haré yo, paja débil y miserable? Si el justo apenas se salva, ¿qué será del impío y del pecador? se duerme, se aturde, se amodorra el alma en tan desconcertada vida; funesta seguridad, que domina á innumerables. No eres devoto; pero no eres impío: estás en un estado santo y perfecto, no vives con fervor, es verdad; pero tampoco te has entregado á los últimos excesos; eres hombre de bien y moderado. Mas ¡oh santo Dios! ¿y en qué viene á parar ese cristiano, ese eclesiástico, ese religioso, ese hombre moderado, cuando vos le examinais y le juzgais? ¡cuántos defectos que le representaba lijeros el amor propio, son gravísimos pecados á los ojos de Dios, á quien nada se escapa! ¡cuántas paliadas injusticias en el comercio de la vida! ¡cuántas falsas preocupaciones, cuántas interpretaciones demasiadamente benignas en la inteligencia de la ley! ¡cuántas omisiones sin remordimiento! ¡cuántas conciencias voluntariamente erróneas! Ilusiones en los sistemas que cada uno se forma, ilusiones hasta en la misma devocion. ¡Oh, y cuánto hay que cumplir en todos los estados! ¡oh, y de cuántas obligaciones nos dispensamos! Puesto el corazon de inteligencia con las pasiones, nos hace traicion; se desconfia poco de él, y al cabo se burla de nosotros. ¡Ah Señor, cuántos, y cuántas, cuya vida nos parecia arreglada, irreprensible, se hallarán cargados de enormes culpas en vuestra divina presencia! ¡cuántos que se representaban inocentes á los ojos de los hombres, serán objeto de horror á vuestros divinos ojos! ¡cuántas faltas en el uso de los sacramentos! ¡cuántas irreverencias en los sagrados ministerios! ¡qué cuenta tan terrible en toda especie de estados! ¡qué de obras perdidas, sin valor en las mismas que parecian buenas! ¡qué cuenta tan

estrecha tendrán que dar á Dios un padre, una madre de familias, un príncipe, un magistrado, un oficial, un prelado, un hombre constituido en dignidad, un religioso, un eclesiástico! ¡ah, y con cuánta razon exclamó el Profeta: *No entres, Señor, en juicio con tu siervo, porque no hay viviente que pueda tenerse por justo en tu presencia!* En medio de eso, vivimos entregados á una necia seguridad, temerariamente confiados en la bondad y en la misericordia de Dios, como si el mismo Señor no nos exhortara á estar siempre temerosos: *Timete.*

Temo, Señor, y tiemblo, sobrándome mil motivos para temblar y para temer en vista de la inutilidad, de la iniquidad de mi vida, y del abismo de vuestros profundos juicios. Pero, Señor, aunque mi temor sea justo, sea grande, sea continuo, nunca dejará de estar acompañado de una grande confianza en vuestra misericordia y en vuestra bondad.

JACULATORIAS.

Non intres in judicium cum servo tuo, Domine, quia non justificabitur in conspectu tuo omnis vivens. Salm. 142.

No entres, Señor, en juicio con tu siervo, porque ningun viviente parecerá justo en tu presencia.

Confige timore tuo carnes meas: à judiciis enim tuis timui. Salm. 118.

Penetra, Señor, mi corazon con tu santo temor; porque me estremezco considerando tus profundos juicios.

PROPOSITOS.

1. *Bienaventurado el hombre* (dice el Sabio) (1) *que siempre está temeroso.* Por eso decia el apóstol san Pedro: *Hermanos mios, trabajad con temor y con temblor en el negocio de vuestra salvacion.* Desengañé-

(1) Prov. 28.

monos, que Dios piensa, y Dios juzga muy de otra manera que nosotros. Hácense en el mundo varios sistemas de conciencia á medida del antojo de cada uno, y á la sombra de ellos se vive con grande tranquilidad; pero en el juicio que Dios hace de nosotros en la otra vida no se gobierna por nuestros sistemas, ni por nuestras ideas, sino por las suyas. Palíanse con mil brillantes colores los contratos; canonízanse las decisiones con mil autoridades; no hay opinion, ni aun error que no tenga sus patronos; cada uno se forma á su modo la conciencia; pero Dios juzga por otros principios; descubre todos los secretos, todos los artificios del amor propio; pone en claro y condena todos esos misterios de iniquidad. No te precipites en ilusiones. ¿Qué se va á ganar en engañarse uno para perderse con mayor seguridad? desconfía siempre de todo lo que lisonjea al amor propio y al corazon humano; no te formes una conciencia voluntariamente errónea, como se la forman los mas. Si has manejado muchas dependencias y negocios; si has vivido desordenadamente, no te acobarde el caos ni la confusion de tu estragada conciencia; toma tiempo, y hazte tú mismo el proceso, escogiendo para eso un director íntegro y hábil, esto es, sabio y santo: expónselo todo con claridad y sin artificio; pídele que te juzgue sin misericordia; y ese es el modo de conseguir que el Señor la tenga de tí. Despues que hayas hecho todo esto con puntualidad y con fervor, todavía debes vivir con un santo, pero prudente y confiado temor.

2. Este saludable temor de los altos juicios de Dios continuamente le has de inspirar á tus hijos, á tus criados y á todos aquellos sobre quienes tienes alguna superioridad. Piensa siempre que Dios nos juzga por las reglas del Evangelio, y que estas deben ser las de tu conducta; cualquiera otro sistema

es falso, y es frívola cualquiera otra autoridad. Toda decision, toda opinion que no se funde en la moral de Jesucristo, y que no tenga por principio el Evangelio, es engañosa. ¿Qué se va á ganar en buscar doctores laxos, condescendientes, tímidos, ignorantes, profetas que solo nos dicen lo que nos gusta y lo que nos lisonjea? Ten siempre delante de los ojos la penetracion, la sutileza, la verdad, la extrema severidad con que Dios nos juzga; pero tu temor sea siempre filial. Aunque Dios es juez, no deja de ser padre; sirvele con fidelidad.

DIA DIEZ Y NUEVE.

SAN ARSENIO, SOLITARIO.

San Arsenio, honor del desierto, y una de las principales columnas de la vida anacorética, como le apellidaba san Jerónimo, nació en Roma de padres cristianos, de familia senatoria, no menos ilustre por su antigüedad que por sus grandes riquezas. Desde niño le llevó la inclinacion al estudio de las ciencias, en que sobresalió tanto por su aplicacion, como por la delicadeza de su ingenio. No conoció los divertimientos pueriles, reduciéndose todos los suyos al estudio de las letras griegas y latinas, y desde luego se notó en él un género de piedad muy superior á sus años. Por su vida verdaderamente ejemplar se movió el papa Dámaso á admitirle en el clero, ordenándole diácono de la iglesia romana.

Sirvió este nuevo grado para dar mayor lustre á su virtud, haciéndola mas visible; de manera que apenas se hablaba en Roma de otra cosa que de los ejemplos, del talento y del mérito de Arsenio: á

tiempo que el emperador Teodosio el Grande, cuya residencia era en la corte imperial de Constantinopla, andaba buscando por todo el imperio un sugeto dotado de las prendas y talento correspondiente para dar la mejor educacion á su hijo Arcadio, á quien acabába de asociar en el imperio. Con este fin escribió al papa y al emperador Graciano, los cuales unánimemente convinieron en que no era fácil encontrar otro mas á propósito que Arsenio. Costó trabajo reducirle á que aceptase este empleo, porque enemigo del bullicio y de todo lo que se llama hacer papel en el mundo, temia los peligros de la corte, y todas sus ansias eran por la soledad; pero le fué preciso obedecer. Recibióle Teodosio con la mayor distincion, dándole desde luego honores de senador; y llamando al príncipe Arcadio, le dijo, señalando á Arsenio: *Este es vuestro preceptor y vuestro padre; respetadle como á tal, pues con efecto le deberéis mas á él de lo que me debeis á mi.*

Entró un dia el emperador en el cuarto del príncipe á tiempo que estaba dando leccion, y viendo sentado á Arcadio, y Arsenio en pié, manifestó su disgusto; pero representándole Arsenio que, estando ya el príncipe declarado Augusto y asociado al imperio, era muy debido este respeto, mandó el emperador á su hijo se quitase las insignias de la majestad imperial, y que, mientras diese leccion, estuviese el discípulo en pié, y sentado el maestro.

Todos los medios de que Arsenio se valió para que su augusto discípulo se aprovechase de sus cristianas y sabias instrucciones fueron de poco provecho por la poca inclinacion del príncipe á la virtud, y por la desproporcion de su escasa capacidad para las letras. Indócil, altivo y de genio tan impetuoso como dominante, oia con impaciencia todo lo que tenia aire de correccion ó de aviso; y habiendo sido preciso

castigarle en una ocasion por cierta falta considerable, resuelto á tomar venganza, dió órden á un oficial suyo que le librase de Arsenio. Como era tan violenta para el santo la residencia en la corte, apenas se le dió aviso en secreto de lo que pasaba, cuando tomó la resolucion de retirarse, cuya ejecucion fué acelerada por este suceso. Estaba un dia en oracion pidiendo al Señor con muchas lágrimas se dignase darle á entender lo que debia hacer para salvarse, y oyó una voz que le decia : *Arsenio, huye de los hombres, y te salvarás*. Tomó luego su partido : disfrazóse lo mejor que pudo, salió ocultamente de palacio, encontró una embarcacion que estaba para hacerse á la vela, metióse en ella, y partió para Egipto antes que se le echase menos en la corte, ni se advirtiese su fuga.

Escogió el famoso desierto de Sceté, tan célebre en la historia por la multitud de penitentes anacoretas que le santificaron. Este solo primer paso de un género de vida tan contraria á la que habia llevado hasta entonces, llenó de asombro á los mas perfectos. Luego que se vió en su celda, suplicó al Señor que se sirviese manifestarle el camino que debia seguir para ser santo, y oyó segunda vez una voz que le dijo : *Huye de los hombres, guarda silencio, y vive desconocido*. Ningun solitario practicó con mayor exactitud esta importante leccion. Pasáronse muchos años sin que se supiese quién era. Olvidado enteramente de que era sabio, humilló su entendimiento hasta hacerle renunciar toda otra ciencia que la de la salvacion y la de los santos. Encerrado en su celda, sepultó tambien en ella todos sus talentos. Invisible aun á los mismos monjes, solo se dejaba ver en la iglesia, y entonces escondido tras de algun pilar. Ocupaba todo el tiempo en la oracion vocal, en la meditacion de la muerte, del juicio y de las verdades eternas, sin que

las horas que empleaba en el trabajo corporal haciendo cestillas, interrumpiese la íntima comunicacion que tenia con su Dios. Sus penitencias excedian á las de los demás monjes; su ayuno era continuo; su sueño de solas dos horas; su cama la dura tierra; su cabecera una piedra; y en cuanto á la observancia y distribucion de la vida monástica, ninguno era mas fervoroso, ni mas exacto que él.

La misma admiracion que causaba á todos aquel solitario extranjero fué causa de que se descubriese su persona. Ninguno ponia en duda que era algun gran personaje, y muchos sospechaban si seria quizá aquel famoso Arsenio á quien el emperador habia mandado buscar por todas partes con exquisitas diligencias. En fin, le examinaron, le preguntaron, le apretaron, y le mandaron formalmente los superiores que declarase quién era, con lo que no pudo excusar el descubrirse. Noticioso el emperador Arcadio (que ya habia sucedido á Teodosio) del lugar donde paraba Arsenio, le escribió una carta muy expresiva dándole cierta especie de satisfaccion por el modo con que le habia tratado en otro tiempo, y haciéndole magníficas ofertas: el santo no dió mas respuesta que decir al oficial del emperador, que nunca olvidaria á aquel príncipe en sus oraciones; y esto fué todo cuanto le pudieron sacar.

Extendida por todo el imperio la reputacion de Arsenio, fué de Roma un oficial á llevarle el testamento de cierto pariente suyo que le habia dejado por heredero universal. Preguntóle el santo, cuándo habia muerto aquel pariente; y respondiéndole el oficial que no habia un año, replicó Arsenio: *¿Pues cómo he de ser yo su heredero, si morí mas de diez años antes que él?*

Nada fué capaz de entibiarle, ni hacerle aflojar en sus primeras resoluciones. Decíase continuamente á

sí mismo: *Arsenio, ¿qué veniste á buscar en el desierto? ¿para qué dejaste el mundo? en vano te hiciste monje, si no habias de tener el espíritu de tal.* Concurrieron muchos señores de la corte con el ansia de verle; pero no fué posible conseguir de él que les abriese la celda. Cogióle de improviso en ella Teófilo, patriarca de Alejandría, acompañado de mucha gente noble, y le rogó que les dijese alguna palabra de edificacion. *Señor,* le dijo Arsenio, *¿me dais palabra de seguir el consejo que os diere? Yo te la doy,* respondió el prelado, *en mi nombre y en el de todos estos caballeros. Pues lo que os digo es* (continuó el santo) *que, cuando oyéreis que Arsenio está en alguna parte, no os tomeis el trabajo de ir allá.*

Con mayor severidad trató á una señora romana, que expresamente hizo el largo viaje desde Roma á Egipto solo por verle. Esperóle cuando volvia á su celda, y arrojándose á sus piés, le dijo el dilatado viaje que habia emprendido solo por encomendarse á sus oraciones. *Mejor harias* (le respondió Arsenio encendido en una santa indignacion), *mejor harias en estarte en tu casa cuidando de la familia que Dios puso á tu cargo, y no venir á turbar la quietud de los solitarios.* Y como la señora vió que le volvia las espaldas sin hablarle palabra, exclamó llena de lágrimas: *Pues á lo menos dame palabra de que te acordarás de mí en la presencia del Señor. Todo lo contrario* (replicó Arsenio); *antes voy á pedir á Dios de todo corazon que te borre para siempre de mi memoria.*

Quebrantada su salud al rigor de sus penitencias, cayó enfermo. El sacerdote, que era como el superior de los solitarios, dió órden para que se le llevase á una de las casas que estaban junto á la iglesia, y que se le dispusiese una humilde camilla con una almohada. Fué á visitarle cierto solitario, y dió muestras de escandalizarse. Preguntóle el sacerdote, qué oficio

habia tenido en el siglo. *El de pastor,* respondió el monje: *Pues sábete*, le replicó el superior, *que este Arsenio á quien ves acostado tan pobre y tan humildemente, fué uno de los mayores señores del imperio, criado con los regalos, delicias y magnificencia de la corte, ¿y tú te escandalizas de que tenga una almohada? Considera que cuando tú te hiciste solitario, encontraste en el desierto los regalos y las conveniencias que no tenias en el siglo.*

Hicieron los bárbaros una irrupcion en el desierto de Sceté, por la cual se vieron precisados á esparcirse por diferentes partes los santos solitarios; pero luego que aquellos se alejaron, los recogió á todos san Arsenio, y con su ejemplo renovó en todos el primitivo fervor. Desencadenóse contra él todo el infierno; pero en vano: espectros espantosos, ahullidos horribles, de todo se valió para atemorizarle, y para que cobrase horror á la soledad; muchas veces le molieron á golpes los demonios; pero siempre los puso Arsenio en vergonzosa fuga con la humildad, con la confianza en Dios y con la oracion. Desde el primer dia que entró en el desierto, hasta el último de su vida, no aflojó un punto de su primer fervor. Las noches del sábado y del domingo las pasaba todas en oracion con los brazos en cruz y derramando muchas lágrimas.

Ocupábale continuamente el pensamiento de la muerte, tanto, que, visitándole el patriarca Teófilo cuando estaba para espirar, exclamó: *¡Dichoso Arsenio, que siempre tuvo la muerte delante de los ojos!* Ni su amor al retiro, ni su profunda humildad le impidieron nunca el recibir con mucho agrado á todos los solitarios que le iban á buscar para oir sus saludables consejos, hablándoles con tanta afabilidad, que salian enamorados; y nunca les contaba en su nombre lo que á él le habia sucedido, sino en nombre de otro tercero.

Díjoles un dia : « Cierto solitario tuvo una vision muy instructiva : estaba en oracion dentro de su celda, y oyó una voz que le dijo : Sal y verás lo que hacen los hombres; salió y vió un etíope muy negro, que estaba cortando leña para hacer una carga; tomóla á peso, y viendo que no podia con ella, en vez de disminuirla, cortaba mas y mas leña para hacerla mas pesada : volvió los ojos hácia una laguna, y advirtió que un hombre estaba sacando agua de ella á toda priesa, la que echaba luego en una cisterna ó en un estanque lleno de conductos y abierto por todas partes, con que toda el agua se perdia; en fin, mirando hácia otra parte, vió dos hombres á caballo, que entre los dos llevaban sobre los hombros una larga viga para meterla en un templo; y empeñados en que ninguno habia de entrar primero que el otro, iban á entrar apareados con la viga atravesada, y no cabia por la puerta. Entonces le explicó la voz lo que significaba aquella vision. El que está cortando leña, y viendo que pesa mucho la carga, corta mas y mas leña para hacerla mas pesada, representa á los que, estando cargados de pecados, en vez de confesarse cuanto antes y hacer penitencia de ellos, cometen cada dia nuevas culpas y hacen mas pesada la carga. El que está sacando agua, y la echa en una cisterna rota, significa á los que trabajan mucho y hacen tambien buenas obras, pero sin provecho ; porque las hacen por fines torcidos, y todo lo pierden. Los dos que llevan la viga sobre las espaldas, y no pueden entrar con ella en el templo, son imágen viva de aquellos solitarios vanos y presumidos, que á la verdad cargan con todo el yugo de la religion, pero por su poca humildad y rendimiento nunca entran en la Jerusalen celestial. »

El abad Daniel, discípulo de san Arsenio, refiere un milagro que le oyó contar, y del cual verisímil-

mente fué testigo el mismo santo. Habia un solitario ya viejo, hombre inocente y muy mortificado, pero sencillo, que, dejándose engañar de las sugestiones del demonio, dudada si el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo estaba real y verdaderamente en la Eucaristía. Comunicó esta duda con otros dos solitarios ancianos, los cuales, por mas que hicieron para probarle y para demostrarle este artículo esencial de de nuestra fe, nunca le pudieron convencer. Recurrieron á la oracion, y suplicaron al Señor tuviese misericordia de aquel pobre viejo. Oyólos su piedad, y el domingo siguiente, estando todos juntos en la iglesia, como acostumbraban, luego que el sacerdote consagró la hostia se dejó ver en ella un niño de extraordinaria hermosura. Quedó asombrado el solitario incrédulo; y reconoció el buen viejo su falta, detestóla, avivó su fe y se mantuvo en ella. Así refirió este caso san Arsenio.

Quebrantada mas y mas la salud del santo por la continuacion de sus trabajos y por el rigor de sus penitencias, conoció que se acercaba su fin, y doblando su devocion y su fervor, hizo extraordinarios esfuerzos para purificar su conciencia. Nunca resplandeció mas su humildad que en aquel último momento; declaró á sus discípulos y á todos los solitarios que estaban presentes, el vivo deseo que tenia de que su cuerpo estuviese tan escondido á la noticia de los hombres despues de su muerte, como habia siempre anhelado que lo estuviese durante su vida; y así les ordenó que le enterrasen sin aparato y sin pompa en algun lugar desconocido y retirado. Cuando llegó la última hora, vieron todos con asombro á aquel gran siervo de Dios todo estremecido y espantado con la cercanía del juicio de Dios; pero calmaron luego estos temores, y llena su alma de consuelos, alentada con la dulce confianza en el Señor, espiró tranquilamente

el dia 19 de julio del año 445, á los noventa y cinco de su edad.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Arsenii commendet, ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que nos haga gratos á vuestra divina Majestad la intercesion del bienaventurado Arsenio, para que consigamos por su intercesion lo que no podemos por nuestros merecimientos. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 45 *del libro de la Sabiduria, y la misma que el dia* XII, *pág*. 263.

NOTA.

« En esta admirable obra junta el autor del Eclesiástico una multitud de máximas y de instrucciones para todos los estados y condiciones del hombre. No se ciñe precisamente á lo moral, extiéndese tambien á lo civil y á lo político; habla con todo género de personas, y se atempera á sus diferentes necesidades. »

REFLEXIONES.

Será siempre bendita su memoria. Este es el privilegio especial de la virtud cristiana, inmortalizar sus héroes, hacer su memoria respetable á todas las edades. Cualquiera otro título es insuficiente para juntar la bendicion con la inmortalidad. Nacimiento ilustre, empleos elevados, ingenios superiores, sabiduría inmensa, obras exquisitas, hazañas grandes, empresas gloriosas, nombre augusto, todo aquello que ocupa lugar en la historia, todo sirve de monumento á la posteridad para acordarse de cuando en cuando de lo que fueron algunos hombres; pero nada de eso basta para merecer la veneracion de los pueblos. Solamente de aquellas grandes almas que se distinguieron por su profunda humildad, por su en-

cendido amor de Dios, por su pureza, por su caridad y por su zelo; solamente de los santos se puede decir con verdad, que su memoria es en bendicion. Pregunto, ¿qué veneracion se tiene á los Alejandros, ni á los Césares? ¿qué respeto á aquellos sabios, á aquellos héroes, á aquellos príncipes, cuyas menores faltas se publican, y acaso se exageran, de quienes parece que solo hace mencion la historia para eternizar sus vicios? Esto sin hablar de un inmenso número de hombres ilustres, de hombres verdaderamente grandes, sepultados en un eterno olvido, que ni se sabe si han existido jamás en el mundo. No sucede así con la virtud cristiana: ennoblece todas las condiciones; da verdadero mérito á las personas; ella sola vale por todas las dignidades; es indeleble el esplendor que imprime en las acciones mas ordinarias, y se abre camino por la oscuridad del nacimiento mas humilde y de la vida mas retirada. ¿Quién se hubiera jamás acordado con admiracion, con veneracion, con los afectos mas respetuosos, mas llenos de confianza, de los que hoy son digno objeto de nuestros reverentes cultos? ¿quién tendria nunca noticia de que habia existido un Alejo, un Isidro, una pastora llamada Genoveva, si por su santidad no se hubieran distinguido entre la muchedumbre? ¿qué papel harian hoy en la estimacion de los hombres los Enriques, los Luises, los Fernandos, los Eduardos, los Canutos? El mismo que hacen tantos otros emperadores, reyes y soberanos que ocuparon los mismos tronos; y los nietos de sus propios vasallos por lo general no saben ni aun siquiera que existieron. Desengañémonos, solamente la virtud cristiana, la inocencia y la santidad inmortalizan la memoria, haciendo que se conserve en bendicion.

El evangelio es del cap. 12 *de san Lucas, y el mismo que el dia* XVIII, *pág.* 428.

MEDITACION.

DE LA FUGA DEL MUNDO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que esto que se llama mundo, el mundo, digo, que ejerce un dominio tan despótico y tan tirano en los entendimientos y en los corazones, hablando con propiedad, no es otra cosa que ese bullicioso y atropellado conjunto de hombres de diferentes genios y de diversos gustos, los cuales no acomodándose con las máximas de Jesucristo, solo tienen por fin sus intereses, por regla sus pasiones, por objeto de todos sus anhelos los bienes, las honras y los gustos de esta vida: gentes en quienes por lo comun no se halla otro mérito que el arte de engañar; entre los cuales aquellos se reputan por mas hábiles, que saben aprovecharse mejor de las desgracias ajenas; aquellos se consideran mas dichosos, que tienen mayor maña para disimular las propias; es una secta, por decirlo así, compuesta de unos hombres, que por la mayor parte no se conocen unos á otros, y cuando se llegan á conocer, entonces recíprocamente se desprecian; en la cual todos hacen profesion de no ser devotos; y á favor de esta confesion se juzgan con derecho para burlarse impunemente de los que lo son; para hacer necia chacota de todo lo que respira piedad; para hacer vanidad de sus desórdenes; y en fin, para no tener religion, sino por bien parecer. En ella reina la simulacion universal, siendo esta la basa sobre que se levantan todas esas brillantes y pomposas apariencias. Tribútanse unos á otros mil lisonjeras alabanzas, al mismo tiempo que con una risita mofadora se hace burla de los simples que las creen. La rectitud y la buena fe se miran como

virtudes de mentecatos; la docilidad y la devocion se tienen por pruebas de genios apocados; las máximas dominantes todas son opuestas á la verdadera sabiduría, todas contrarias á la salvacion. Este es el grande, el bello mundo, que presume ser árbitro de la fortuna de los hombres, y si se le ha de creer á él, dueño absoluto de la humana felicidad. ¿Y será posible que hombres cristianos, hombres de razon amen tan ciegamente á este profano mundo hasta el exceso de hacerse viles esclavos suyos? ¡O buen Dios, qué bajeza, qué miseria la de servir á un amo tan indigno de mandarnos, que jamás ha hecho, ni jamás podrá hacer sino infelices y desdichados á todos los que le sirven! ¿Hallóse nunca ni siquiera un solo hombre que en la hora de la muerte, en aquella hora en que se hace juicio cabal de todas las cosas, se hubiese dado el parabien de haber seguido las máximas del mundo, tan contrarias á las máximas de Jesucristo? ¡Cosa extraña! se confiesa sin dificultad que todo es desdicha en el servicio del mundo, que es imposible ser inocente, que es imposible salvarse siguiendo sus máximas; y con todo eso se siguen.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que hay entre los cristianos un mundo enemigo del cristianismo y condenado por el mismo Jesucristo. Este es aquel mundo que no conoce á Dios, segun dice san Juan; que aborrece al Hijo de Dios, como se queja el mismo Salvador: *Mundus me priorem vobis odio habuit.* Este mundo, aunque en la apariencia es cristiano, tiene al demonio por príncipe y por cabeza: compónese únicamente de los precitos, y es aquel de quien dijo Jesucristo, que no tenia parte en sus oraciones, porque no se queria aprovechar de ellas: *Non pro mundo hoc rogo.* Aquel mundo que el mismo Salvador venció en la cruz, contra el

cual declamaron todos los santos, y él por su parte á todos los persiguió. Ser de este mundo y ser del número de los réprobos; amarle y declararse enemigo de Dios, es una misma cosa: *Quicumque voluerit esse amicus sæculi hujus, inimicus Dei constituitur,* dice el apóstol Santiago. ¿Pues habrá por ventura en qué deliberar, si se ha de huir ó no un mundo tan réprobo? No pide Dios á todos los fieles el mismo valor, ni la misma virtud que tuvo un san Alejo; son esos unos prodigios de la gracia que se obran raras veces. A ninguno impone Dios la obligacion de abandonar el poblado y retirarse á un desierto; ni la de dejar el mundo y abrazar la vida religiosa; pero es indispensable obligacion de todo cristiano seguir las máximas de Jesucristo, tan contrarias á las máximas y al espíritu del mundo; es obligacion de todo cristiano que vive en medio de él renunciar enteramente su espíritu; perpetuamente ha de estar alerta contra todos sus lazos y artificios; pocos halagos suyos hay que no estén emponzoñados; son menester muchos preservativos para librarse de su contagio; se ha de vivir en medio del mundo como en país enemigo. Esos peligros de la salvacion tan frecuentes, tan dignos de temerse, de que está sembrado el mundo, esos son los que poblaron los desiertos y los claustros. ¿Y nada tendrán que temer los que se quedaron dentro del mundo? ¿y se podrán familiarizar con sus máximas sin riesgo y con seguridad? ¿y esperarán conseguir la salvacion viviendo una vida mundana?

No, mi Dios, no es posible servir á dos señores; y por tanto yo no les quiero servir. El mundo, este mundo que vos habeis condenado, es vuestro enemigo; tambien lo será mio de hoy en adelante. No, no tendrán ya autoridad en mi estimacion sus perniciosas máximas. Vos, Señor, sois mi único y mi divino dueño, y de hoy mas no serviré á otro.

JACULATORIAS.

Averte oculos meos ne videant vanitatem : in via tua vivifica me. Salm. 118.

Aparta, Señor, mis ojos de las frívolas vanidades de que está atestado este mal mundo, y hazme andar por el camino que guia directamente á tí.

Verumtamen universa vanitas, omnis homo vivens. Salm. 38.

Verdaderamente que todo cuanto hay en este mundo es vanidad.

PROPOSITOS.

1. Es el mundo un teatro donde los hombres se burlan unos de otros. Aquel está representando al público una escena ridícula, y piensa que todo el mundo le admira. No pocas veces aquellos que miran con cierto género de lástima y de desprecio á los demás, son ellos mismos los mas despreciables, y efectivamente los mas menospreciados. En comenzándose á conocer el mundo, ya no se hace caso de él; pero la lástima es que por lo comun se han andado ya muchas jornadas antes de caer en cuenta, y de conocer cuál era el camino mas derecho. Muchos no comienzan á apartarse del mundo, hasta que el mismo mundo se aparta de ellos; otros se van tras él, cuando él les vuelve las espaldas. Horrorízate y avergüénzate de semejante flaqueza; conocer al mundo y amarle, ciertamente es especie de locura. Si te fijó la Providencia en el mundo, consérvate en él sin ser mundano; vive dentro de él sin que se te pegue su espíritu, ni te hagas parcial de sus máximas. Haz igual desprecio de estar en su amistad que de estar en su desgracia. No te hagas esclavo de sus modas extravagantes. Sé en hora buena atento, cortesano, bien criado, y cumple con todas las

obligaciones de la urbanidad; pero muéstrate en todo buen cristiano, y haz gloriosa profesion de parecerlo.

2. Huye de todas las concurrencias mundanas, en que reina con imperio el espíritu mas refinado del mundo, y en que este despliega lo mas halagüeño y lo mas peligroso que tiene. En ellas nunca está á cubierto la inocencia, y la virtud mas bien pertrechada pierde siempre mucho de sus derechos y de su lustre. Dícese que los mozos deben ver el mundo; pero si ese mundo es contagioso, si está lleno de lazos; si el comercio con el mundo corrompido es fatal escollo de la inocencia, ¿será buena escuela para la gente moza? Haz á tus hijos las pinturas mas vivas que pudieres de este señor imaginario, hasta que toquen con la mano la vanidad, la falsa brillantez, la nada de este ídolo á quien solamente los necios y los disolutos doblan la rodilla, ofrecen votos y queman incienso. Una madre cristiana nunca debe permitir que sus hijos frecuenten esas escuelas de profanidad y disolucion. ¡Qué desórden, qué escándalo es el ver dentro de ellas á personas consagradas á Dios y tal vez á los mismos sacerdotes! Hasta en las casas religiosas se suele insinuar el espíritu del mundo. Despues de haberse hecho tanto ruido para dejarle, hay quien todavía le llama á su retiro. Si abrazaste el estado religioso, estímate feliz por verte distante de Babilonia: triste de tí si todavía conservas inteligencia con sus habitadores. No basta que un religioso haya dejado el mundo, es menester que pierda hasta su memoria.

SANTA JUSTA Y SANTA RUFINA,

VÍRGENES Y MÁRTIRES.

Sevilla, ciudad ilustre entre las que ennoblecen la España, tanto por los ricos dones con que la favoreció la naturaleza, como por las virtudes morales en que en todos tiempos han resplandecido sus ciudadanos, tiene la gloria de haber sido fecunda madre de santos que han ilustrado la Iglesia, no solamente con su santa vida, sino tambien con su sabiduría y con su sangre. Sin hacer cuenta de las falsas glorias que le han atribuido los modernos cronicones, las tiene tan verdaderas, que desde el principio del cristianismo hasta el presente hay pocas ciudades en España que la igualen, y ninguna que la exceda. Su silla fué ocupada de los mas santos y sabios prelados que tuvo nuestra Iglesia; sus contornos habitados de monjes penitentes, que aunaban el cultivo de las letras con la disciplina religiosa; y últimamente, sus calles fueron regadas diferentes veces con la preciosa sangre de los mártires de Jesucristo.

Entre estos tienen el primero y mas distinguido lugar las santas vírgenes y mártires Justa y Rufina, espejo de castidad, testigos invencibles de la religion del Crucificado, é inmortal gloria de su patria y de toda España. No las dotó el cielo de aquellos bienes naturales que tanto dominan el corazon de los hombres. Honras y riquezas, aquellos dos ejes sobre que rueda igualmente el corazon humano, se las negó el cielo, concediéndoles otros bienes menos ruidosos, pero de provecho mas seguro. Sus padres eran pobres y de la clase ordinaria del pueblo; pero Dios los habia prevenido con las bendiciones de su gracia, llamándolos á la religion de Jesucristo, y esclare-

ciendo su entendimiento con las luces hermosas de la fe. Tenian el oficio de alfarero, manteniendo su vida con el sudor de su rostro por medio de esta humilde ocupacion. Estaba á la sazon Sevilla en poder de idólatras, que tales eran los romanos cuya dominacion sufrian. No solamente prevalecia en esta ciudad el rito supersticioso que se tributaba á las mudas obras de los hombres, sino que además dominaban todos los vicios como en ciudad rica y opulenta, y que á los incentivos de corrupcion que habian introducido en ella sus conquistadores, añadia la proporcion con que la habia dotado la misma naturaleza. Conservábanse las dos benditas hermanas en medio de la contaminacion en la santidad y pureza de costumbres en que las habian criado sus padres, practicando con la mayor exactitud las máximas del Evangelio. Todo su cuidado le empleaban en su propia santificacion y en beneficio de sus prójimos. Vendian los vasos de tierra sin perjudicar jamás á la justicia, no pretendiendo enriquecerse adquiriendo unos bienes tan perecederos y caducos como la misma fortuna, sino únicamente sustentar su vida con la honestidad y templanza que prescribe la santa religion que profesaban. Ejercitábanse en las obras de piedad y misericordia, repartiendo con generosidad á los pobres lo que les sobraba despues de su preciso mantenimiento.

Así vivian estas dos siervas de Jesucristo, labrándose una corona de merecimientos en medio de una ciudad de idólatras, cuando llegó el tiempo en que estos celebraban la fiesta de la diosa Salambo. Con este nombre significaban á Venus cuando le daban culto en memoria de la muerte de Adonis.

Haciase esta fiesta con gran pompa y aparato, llevando las mujeres nobles en sus hombros el ídolo de la diosa por las calles de la ciudad, acompañadas de

una gran comitiva, que con tristes gemidos y ademanes de dolor significaba el que tuvo la diosa Venus en la muerte de su enamorado. Semejante supersticion introdujeron en Sevilla las gentes del Oriente que se establecieron en España, trayendo consigo un rito que, segun Lampridio, llegó tambien á contaminar á Roma, pues afirma que Heliogábalo ofreció sacrificios á Venus, segun la costumbre de los sirios, entre quienes se celebraba principalmente esta deidad con el nombre de Salambo. Al tiempo que iban por las calles con el ídolo de la diosa, pedian á las gentes que encontraban limosna para costear la festividad, y hacer mas solemnes y magníficos los sacrificios. Llegaron, pues, á la tienda de las dos santas hermanas; y habiéndoles pedido que contribuyesen con sus ofrendas á la profana festividad, las santas lo rehusaron. Como estaban bien instruidas en la religion cristiana, sabian que no les era licito cooperar por su parte á aquellos inmundos sacrificios, ni hacerse participantes de la idolatría con que aquellas mujeres adoraban á la diosa. Respondieron, pues, que ellas no adoraban sino á un solo verdadero Dios, criador de los cielos y de la tierra, y á su Hijo Jesucristo que se habia hecho hombre para libertar al género humano de las cadenas de la culpa; que aquel ídolo que traian con tanta pompa y festejo, y á quien tributaban sus adoraciones, era insensible, sin vida ni virtud alguna, y obra solamente del demonio, digna de desprecio y abominacion. Al oir estas razones se sobresaltaron de tal manera las mujeres que llevaban el ídolo, y se indignaron con tanta furia, que dejaron caer de sus hombros el simulacro, con cuyo golpe rompieron gran parte de las vasijas que formaban el caudal de las santas. Estas, movidas menos de la pérdida que padecian, que del horror de ver en su casa el ídolo, le cogieron con sus manos, y arrojándole con des-

precio, le hicieron muchos pedazos. Esta accion conmovió á todos los gentiles, tanto hombres como mujeres, quienes, viendo abatido y destrozado el objeto de sus festividades y adoraciones, se lamentaron tristemente, y encendidos en furor, comenzaron á clamar que Justa y Rufina eran unas mujeres sacrílegas; que debia ejecutarse en ellas una horrorosa venganza, y que el infame atentado que acababan de cometer las constituia reas de muerte la mas cruel y afrentosa.

Estas voces se difundieron de tal modo, que llegaron á oidos del presidente de Sevilla, que á la sazon era un tal Diogeniano. Las quejas le parecieron tan justas, y la accion de la santas tan digna de castigo, que inmediatamente dió órden para que las prendiesen. Vivian las dos virtuosas hermanas fuera de la ciudad, cerca del rio, en frente de la antigua puerta de Triana, en donde se edificó un hospital, que en el año de 1584 fué reformado juntamente con otros. Ejecutóse inmediatamente el decreto de prision, y conducidas delante del juez, les hizo este el interrogatorio segun costumbre, exponiéndoles la temeridad de lo que habian ejecutado, preguntándolas de su religion, proponiéndoles grandes tormentos si persistian en ella, y grandes recompensas si la abjuraban y ofrecian incienso á las deidades de la gentilidad.

Las santas, firmes en la fe que habian profesado en el bautismo, detestaron con valor las inicuas propuestas del presidente, certificándole de que estaban prontas á derramar su sangre por la religion de Jesucristo. Persuadióse el presidente que aquella constancia mujeril no tendria tanta fortaleza y estabilidad, que permaneciese en el rigor de los tormentos; y asi mandó que las pusiesen en el ecúleo, y las desgarrasen con garfios de hierro. Ejecutóse la

órden, y entre los dolores de tormento tan cruel, no solamente perseveraban constantes en la fe que antes habian confesado, sino que, á proporcion que se aumentaban las penas y la crueldad de los verdugos, crecia tambien la fortaleza de sus ánimos; de modo que se advertia una alegría celestial en los rostros de las santas vírgenes. Viendo el juez que todos sus tormentos eran inferiores á la constancia de la santas mártires, y que estas veian con indiferencia correr la sangre de sus virginales cuerpos, y lacerar sus miembros con los garfios, juzgó que por entonces no podia sacar ningun partido, ni contrastar su firmeza. Tomóse tiempo, conceptuando que con la lentitud de las penas encontraria algun momento favorable en que pudiese vencer los corazones de las santas, y moverlas á abandonar la religion de Jesucristo y adorar á los dioses. Con esta persuasion mandó volverlas á la cárcel, y que allí fuesen atormentadas, no solamente con la lobreguez, sino con la hambre, para que, debilitadas las fuerzas del cuerpo, decayesen tambien las del espíritu que tan robustas é invencibles se habian manifestado. Todos los consejos de la prudencia humana son débiles y falaces contra los designios y operaciones de la divina Providencia, y contra los auxilios con que la gracia divina fortalece á los elegidos. En medio de los horrores de un calabozo, y entre las penosas aflicciones de la hambre y sed, se mantuvieron las santas con la misma constancia que antes habian manifestado, recibiendo del cielo unos gozos inefables que las sustentaban mas vigorosamente que todos los alimentos terrenos.

Entre tanto, el astuto presidente, no pudiendo persuadirse que en los pechos de dos mujeres débiles pudiese caber la fortaleza necesaria para superar todos los ardides de la crueldad, meditaba nuevos

modos de atormentar á las santas, creyendo que al fin cederian de la que juzgaba obstinacion, y abrazarian el partido que les habia propuesto. Con este pensamiento, teniendo precision de pasar á un lugar de la Sierra Morena, mandó que con el resto de su comitiva le siguiesen las dos hermanas descalzas de pié y pierna. Imaginaba que esta operacion podria surtir un grande efecto. Las santas se hallaban sumamente debilitadas por la sangre que habian vertido en el tormento de los garfios; la hambre y sed habian aumentado la flaqueza de sus fuerzas corporales; un viaje penoso y acelerado les habia de ocasionar una nueva é insoportable fatiga; los caminos ásperos y fragosos habian de lastimar sus piés hasta llegar á ensangrentarlos; todo el conjunto de tristes circunstancias le prometian una segura victoria. Pero Justa y Rufina, encendidas en amor de Jesucristo, y fortificadas con su divina gracia, sufrieron este nuevo tormento con una fortaleza nada inferior á la que habian mostrado en el ecúleo. Cada paso que daban les aumentaba el gozo de padecer por la fe de aquel Señor que caminó al monte Calvario cargado con los pecados del mundo. Los caminos que para el presidente y su comitiva estaban cubiertos de asperezas y fragosidades, les parecian á las santas sembrados de rosas y de flores. Conoció, pues, el presidente la inutilidad de sus astucias, y así mandó que las volviesen á la cárcel de Sevilla, en donde estuviesen aherrojadas con el tormento, además de la lobreguez y de la inedia. La vírgen santa Justa, oprimida de un tormento tan terrible, llegó á perder las fuerzas y debilitarse tanto, que exhaló su purísimo espíritu, recibiendo á un mismo tiempo las dos coronas, de vírgen y de mártir. Luego que llegó á noticia del juez la muerte de santa Justa, mandó que echasen su cadáver en un pozo profundo que habia

en la misma cárcel, para impedir de este modo que los cristianos le tributasen aquellos honores que sabia solian dar á los que morian en defensa de su religion. En el sitio que ocupó antiguamente esta cárcel se edificó despues el convento de la Santísima Trinidad, en donde se conserva todavía una cueva dividida en dos ramales, y en el extremo de uno existe el pozo, cuya agua beben los sevillanos con mucha fe por los beneficios que con ella han experimentado en sus enfermedades. En este mismo sitio, cuyo horror sirvió de tormento á las dos santas hermanas, ha edificado despues la piedad un altar en honor suyo, en donde su nombre es bendecido. El obispo de Sevilla que vivia entonces, llamado Sabino, apenas supo la muerte de la santa y la determinacion del presidente, procuró por todos los medios posibles sacar el sagrado cuerpo del pozo para darle honorífica sepultura, como en efecto lo consiguió. Fué enterrado este precioso tesoro en el cementerio que para este efecto habia cercano á la ciudad, al cual llaman hoy Prado de Santa Justa, no lejos de sus muros por la parte del nordeste. Con la falta de su hermana quedó santa Rufina en algun modo entristecida, porque mutuamente se animaban á la constancia en el martirio; pero al mismo tiempo se confortaba su corazon considerando la inmarcesible corona de la gloria que ya gozaba su hermana en premio de unos tormentos tan pasajeros.

Viendo el tirano que Rufina habia quedado sola, y contemplando que seria mas fácil vencerla que cuando estaba acompañada, determinó acometer su constancia con nuevos tormentos. Mandóla llevar al anfiteatro, y echarle un leon furioso, con el designio de que ó la santa se amedrentase y mudase de parecer, ó de que, en caso contrario, pagase su tenacidad despedazada entre las sangrientas uñas de la fiera.

Ejecutóse así; pero ¡ó maravillas de la divina Omnipotencia! cuando todos esperaban que el feroz leon despedazase en un momento á la santa vírgen, olvidado el bruto de su natural ferocidad, se llegó à la santa halagándola con la cola, y manifestando mas blandura de condicion que la que tenian los hombres. Sobresaltáronse de admiracion cuantos asistian al espectáculo, y encendióse en rabiosa cólera el inicuo presidente viendo frustrados sus designios. Mandó á los verdugos que allí mismo le quitasen la vida, lo cual se ejecutó rompiéndole el cerebro y el cuello, en cuyo tormento entregó su alma al Criador. No contenta con eso la ira de Diogeniano, determinó que quemasen el sagrado cadáver, para que, así como el de su hermana habia sido sustraido á la veneracion de los fieles echándole en un pozo, de la misma manera se lograse igual efecto con el de santa Rufina por medio del fuego. Pero el obispo Sabino venció con su piedad la malignidad del presidente; pues recogiendo las cenizas, les dió honorífica sepultura en el mismo sitio en que estaba depositada santa Justa. Sucedió el glorioso martirio de estas dos santas en 17 de julio. Los fieles les tributaron desde luego culto como á mártires, segun se prueba del códice Veronense, y de los templos antiquísimos dedicados á Dios con la advocacion de estas santas vírgenes y mártires. Los breviarios antiguos testifican que san Leandro fué enterrado en el templo que estas dos santas tenian en Sevilla. El de santa Justa es famoso y antiquísimo en Toledo, y el primero entre todos los muzárabes. Son celebradas igualmente estas santas en otras muchas ciudades de España; pero aunque en lo antiguo tuvieron su rezo propio, no solo en nuestra península, sino tambien en la Galia Narbonense, con el transcurso de los tiempos se habia entibiado en parte este culto, hasta que, insinuando el Rmo. P. M. Florez

al señor conde de Mejorada don Jerónimo Ortiz de Sandoval lo extraño que era no verse en el breviario de España la memoria de estas santas, se hicieron las correspondientes diligencias, y á peticion del rey católico concedió la silla apostólica que se celebre en todos sus dominios su festividad con rito doble, y en el obispado de Sevilla con oficio de primera clase y con octava. Fernando el Grande, rey de Leon, intentó que se trasladase el cuerpo de santa Justa á esta ciudad en tiempo que Sevilla estaba dominada por los moros. Envió para este efecto al obispo de Leon Alvito, acompañado de Ordoño, obispo de Astorga, del conde Munio y muchos soldados; pero en una vision que tuvo Alvito le fué dicho que la vírgen y mártir santa Justa debia quedar por voluntad de Dios para el amparo y proteccion de Sevilla.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La fiesta de san Epáfras, á quien el apóstol san Pablo llama compañero de cautiverio. Habiendo sido consagrado obispo de Colóses por el mismo apóstol, y siendo célebre por sus virtudes, recibió en el mismo lugar la palma del martirio, despues de un vigoroso combate en defensa de los fieles que le habian sido confiados. Su cuerpo fué depositado en Roma dentro de la basílica de Santa María la Mayor.

En Sevilla en España, el martirio de santa Justa y de santa Rufina, vírgenes, que, habiendo sido presas por el presidente Diogeniano, fueron primero puestas en el potro y desgarradas con uñas de hierro, y luego encarceladas, atormentadas de diferentes maneras y muertas de hambre: Justa murió en la cárcel. Á Rufina, constante siempre en la confesion de la fe del Señor, la acabaron de matar magullándele la cabeza.

En Córdoba, santa Aura, vírgen, que, habiendo

primero caido durante la persecucion, arrepentida luego de su flaqueza, volvió al combate, en que salió triunfante de su enemigo, derramando toda su sangre por la fe.

En Tréveris, san Martin, obispo y mártir.

En Roma, san Símaco, papa, que, habiendo sido hostigado mucho tiempo por los cismáticos, rindió por último su espíritu al Criador, consumado en santidad.

En Verona, san Félix, obispo.

En Escete, monte de Egipto, san Arsenio, diácono de la iglesia romana, que, retirado en tiempo de Teodosio á una soledad, murió en ella modelo cabal de todas las virtudes cristianas, habiendo alcanzado el don de lágrimas.

En Capadocia, santa Marina, vírgen, hermana de san Basilio el Grande, y de san Gregorio Niceno.

En Autun, san Rético, obispo de aquella ciudad, mencionado por el emperador Constantino en su carta al papa Malaquías, y encomiado por los tres padres de la Iglesia san Jerónimo, san Agustin y san Optato de Milevo.

En Leon, san Rústico, presbítero.

En Constantinopla, san Dié, apellidado el Taumaturgo, Antioqueno, fundador de un monasterio bajo la regla de los Acemetas.

En Salines en Calabria, san Elías, monje de san Basilio, nombre dado á una caverna del monte de Palma.

En Eichstat en Franconia, santa Stilla, vírgen.

La misa es en honor de las santas, y la oracion la siguiente.

Deus, qui virtutem tuam in vasis fictilibus, etiam fragilis sexus, recondens, sanctis virginibus, et martyribus tuis

O Dios, que, depositando tu virtud en vasos de barro, aun de frágil sexo, diste una admirable constancia en la fe á

Justæ et Ruffinæ mirabilem fidei constantiam tribuisti: da nobis earum patrociniis in tui amore perseverare, et ad cœlestem coronam pervenire. Per Dominum nostrum...

tus santas vírgenes y mártires Justa y Rufina; concédenos por su intercesion que perseveremos en tu amor, y que merezcamos llegar á la corona eterna que nos tienes prevenida. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 7 de la primera del apóstol san Pablo á los Corintios.

Fratres: De virginibus præceptum Domini non habeo: consilium autem do, tanquam misericordiam consecutus à Domino, ut sim fidelis. Existimo ergo hunc bonum esse propter instantem necessitatem, quoniam bonum est homini sic esse. Alligatus es uxori? noli quærere solutionem. Solutus es ab uxore? noli quærere uxorem. Si autem acceperis uxorem, non peccasti. Et si nupserit virgo, non peccavit. Tribulationem tamen carnis habebunt hujusmodi. Ego autem vobis parco. Hoc itaque dico, fratres: Tempus breve est: reliquum est, ut et qui habent uxores, tanquam non habentes sint: et qui flent, tanquam non flentes: et qui gaudent, tanquam non gaudentes: et qui emunt, tanquam non possidentes: et qui utuntur hoc mundo, tanquam non utantur: præterit enim figura hujus mundi. Volo autem vos sine sollicitudine esse. Qui sine uxore est, solli-

Hermanos: En órden á las vírgenes yo no tengo precepto del Señor; pero doy consejo, como que he conseguido del Señor misericordia para ser fiel. Creo, pues, que esto es un bien, atendida la necesidad que urge, porque al hombre es bueno el estarse así. ¿Estás ligado á una mujer? no pretendas soltura. ¿Estás suelto de la mujer? no busques esposa. Pero si tomares mujer, no pecaste. Y si una vírgen se casare, no pecó: con todo eso, estos padecerán la tribulacion de la carne. Pero yo no hablo de vosotros. Lo que digo, hermanos, es esto: El tiempo es breve; resta, pues, que los que tienen mujeres, sean como aquellos que no las tienen: y los que lloran, como aquellos que no lloran: y los que se alegran, como aquellos que no se alegran: y los que compran, como aquellos que no poseen: y los que usan de este mundo, como aquellos que no usan, porque se desvanece la figura de este mundo. Quiero,

citus est quæ Domini sunt, quomodò placeat Deo. Qui autem cum uxore est, sollicitus est quæ sunt mundi, quomodò placeat uxori, et divisus est. Et mulier innupta, et virgo cogitat quæ Domini sunt, ut sit sancta corpore et spiritu, in Christo Jesu Domino nostro.

pues, que vosotros esteis sin inquietud. El que está sin mujer, tiene solicitud por las cosas del Señor, de cómo agradará á Dios. Pero el que está con mujer, tiene solicitud por las cosas del mundo, de cómo agradará á la mujer, y está dividido. Y la mujer soltera, así como la vírgen, piensa en las cosas del Señor, para ser santa en el cuerpo y en el espíritu, en nuestro Señor Jesucristo.

REFLEXIONES.

Una de las virtudes mas necesarias para conseguir la perfeccion de la vida cristiana es el despego y abandono de las cosas temporales. Esto es por lo que clama mas frecuentemente el Evangelio. Esta virtud es la mas recomendada en los libros sagrados, y por la que unidos los varones apostólicos en sus sentimientos han clamado continuamente en sus sermones y discursos. San Pablo en la epístola de este dia, despues de haber recomendado á los Corintios la virtud de la virginidad, dirige su persuasion á hacerles ver que para conseguirla deben hacerse cargo de que este mundo no es otra cosa que una apariencia, una ilusion, una fantasma. Así los exhorta á que aquellos que están casados se porten de tal modo en la moderacion de sus afectos y en el arreglo de sus costumbres, como si no lo estuvieran; á los que padecen alguna persecucion ó vaiven de la fortuna, de manera que el natural sentimiento les bañe los ojos en lágrimas, recibiéndolos con resignacion ó indiferencia. Lo mismo dice á los que disfrutan las delicias mundanas, á los que poseen bienes de fortuna, y últimamente, á los que entregados á los pasatiempos y bienes

que ofrece el mundo, parece que le han hecho único objeto de sus deseos. Á todos clama que tengan entendido que nada de esto es durable, que pasa la figura y *apariencia de este mundo*, y de consiguiente que solo se puede esperar estabilidad y firmeza en el seno de la virtud.

Con cuánta razon diga el Apóstol todas estas sentencias, y cuánta verdad sea la de esta doctrina, lo percibirá cualquiera que, desembarazado de las preocupaciones de los sentidos, reflexione en sí mismo los instantes de felicidad que ha tenido mientras no ha seguido el estandarte de la virtud. Los bienes de fortuna, los grandes empleos, las honras y las dignidades, aun cuando se desempeñen justamente, no hacen otra cosa que dividir el espíritu del hombre. El deseo de agradar á Dios, la necesidad de cumplir sus preceptos, y los medios necesarios para verificar esta obligacion le llaman por una parte. Dios por sí mismo es un objeto mucho mayor y de infinita mas extension que todos los afectos y facultades de nuestra alma. En él se emplean dignamente, y cuando una vez se llega á probar aquel inmenso torrente de delicias, se acongoja el espíritu, si se ve por otra parte precisado á separarse de ellas, aunque sea por breve tiempo. La atencion á aquellos cuidados y cargos que traen consigo las dignidades, las honras y la recta administracion de los bienes de fortuna, hace que el alma se distraiga de la pura contemplacion de su Dios. Por esto dice san Pablo que el que está casado tiene precision de atender á las obligaciones *del matrimonio, piensa en complacer á su esposa*, y en cierta manera tiene dividido su espíritu. Esta doctrina fué la que pobló los desiertos de anacoretas y los monasterios de monjes. Persuadidos de la falibilidad de las cosas del mundo, y conociendo que no tenemos en él patria estable, sino que hemos sido criados para

habitar en la celestial Jerusalen, miraron con un santo desprecio todos los bienes aparentes que en sí encierra. Sus almas instruidas por la sublime filosofía del Evangelio, y fortalecidas con la gracia de Jesucristo, llegaron á emprender aquellas acciones heróicas que tanto han dado que admirar á los partidarios del mundo. Pero todo ello es una consecuencia precisa de estar firmemente persuadidos de que el despego y desprecio de las cosas temporales es una de las virtudes mas necesarias para la perfeccion de la vida cristiana.

El evangelio es del cap. 25 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile erit regnum cœlorum decem virginibus: quæ accipientes lampades suas, exierunt obviam sponso, et sponsæ. Quinque autem ex eis erant fatuæ, et quinque prudentes: sed quinque fatuæ, acceptis lampadibus, non sumpserunt oleum secum: prudentes verò acceperunt oleum in vasis suis cum lampadibus. Moram autem faciente sponso, dormitaverunt omnes et dormierunt. Media autem nocte clamor factus est: Ecce sponsus venit, exite obviam ei. Tunc surrexerunt omnes virgines illæ, et ornaverunt lampades suas. Fatuæ autem sapientibus dixerunt: Date nobis de oleo vestro, quia lampades nostræ exstinguuntur. Responderunt prudentes, dicentes: Ne fortè

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes, que, tomando sus lámparas, salieron á recibir al esposo y á la esposa. Pero cinco de ellas eran necias, y cinco prudentes; mas las cinco necias, habiendo tomado las lámparas, no llevaron consigo aceite; pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas juntamente con las lámparas. Y tardando el esposo, comenzaron á cabecear y se durmieron todas; pero á eso de media noche se oyó un gran clamor: Mirad que viene el esposo, salid á recibirle. Entonces se levantaron todas aquellas vírgenes, y adornaron sus lámparas. Mas las necias dijeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque se apagan nuestras lámparas. Respondieron las prudentes, diciendo:

non sufficiat nobis, et vobis; ite potiùs ad vendentes, et emite vobis. Dum autem irent emere, venit sponsus: et quæ paratæ erant, intraverunt cum eo ad nuptias, et clausa est janua. Novissimè verò veniunt et reliquæ virgines, dicentes: Domine, Domine, aperi nobis. At ille respondens, ait: Amen dico vobis, nescio vos. Vigilate itaque, quia nescitis diem, neque horam.

No sea que no baste para nosotras y para vosotras; id mas bien á los que lo venden, y comprad para vosotras. Pero mientras iban á comprarlo, vino el esposo, y las que estaban prevenidas, entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta. Al fin llegan tambien las demás vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Y él las responde, y dice: En verdad os digo, que no os conozco. Velad, pues, por que no sabeis el dia ni la hora.

MEDITACION.

SOBRE LA MODERACION DE LOS AFECTOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera la obligacion que tiene todo cristiano de moderar sus afectos, que no es menor que la misma que le obliga á evitar los pecados.

Los afectos del alma, perturbados despues del pecado original, se desvían del fin á que debian enderezarse si la naturaleza hubiera permanecido con aquella integridad y rectitud con que fué criada por Dios. Así, aunque los afectos no son pecado, son una ocasion de hacer el mal, son una raiz enferma de donde no pueden nacer sino frutos perniciosos, y son finalmente una ocasion que tenemos dentro de nosotros mismos para viciar nuestras acciones. Por eso dice el Eclesiástico (1): *no te dejes llevar de tus afectos, y apártate de tu voluntad, porque, si das gusto á tu alma en todos sus deseos, te hará presa de tus enemigos, los que se alegrarán con tu perdicion.* Dios mismo, cuando quiso castigar á los hombres obcecados y rebeldes á su

(1) Cap. 18.

santísima voluntad con un castigo el mas terrible que aplica su justicia, los dejó caminar segun los deseos de su corazon, como se dice en la santa Escritura (1). Por tanto tiene obligacion el cristiano de sujetar y dominar los afectos naturales de su alma, de vivir en una perpetua guerra con ellos, negándoles los objetos prohibidos á que regularmente se dirigen, y dirigiéndolos segun la ley santa de Dios á la práctica de las virtudes. De otra manera, es tal el ímpetu con que obran sobre nuestra voluntad, que la precipitan en las pasiones mas violentas y vergonzosas, haciendo que sean pecaminosos en nosotros unos movimientos, que bien dirigidos podrian conseguir el carácter de virtudes. Los hábitos de nuestra alma no son otra cosa que la continuada ejecucion y práctica de sus afectos. De consiguiente, si estos se moderan, si se refrenan, si se sujetan á las santas leyes que nos estableció nuestro legislador Jesucristo, serán unos hábitos de virtud que nos constituirán santos y agradables á nuestro Dios; pero si por el contrario se condesciende con ellos, si se les lisonjea, y se les conceden los objetos prohibidos á que se dirigen, engendrarán en nuestra alma unos hábitos viciosos que nos inclinarán al mal, y nos harán objetos de ira para nuestro Dios.

Reflexiona, despues de considerada esta doctrina, cuán diferente es la conducta que sigues en todas las operaciones de tu vida de la que debieras llevar para labrar tu salvacion. Todos los males que lloras, todas las adversidades de que te quejas, todas las amarguras que te hacen molesta la vida se originan regularmente de que no logras la satisfaccion completa de los afectos de tu alma. Esto te causa una inquietud insoportable, esto te hace odioso á tus prójimos, y esto finalmente pone en tu boca unas quejas temerarias y blasfemas, ofensivas á la providencia de Dios.

(1) Psalm. 80.

Si este Señor por un designio particular de su divina misericordia acibara tu vida, dándote en esto mismo un paternal aviso de que vives en un destierro, cercado por todas partes de enemigos, y que tus deseos deben encaminarse únicamente á los bienes eternos, te juzgas por infeliz. Procuras por todos los medios zafarte de las sabias medidas de la divina sabiduría en órden á tu salvacion, y nunca estás mas contento que cuando logras ocasiones que realmente lo debian ser de tu tristeza y llanto. Hombres insensatos, considerad que vuestra naturaleza está enferma y viciada; que vuestros afectos os precipitan en vuestra infelicidad; que la consecucion de vuestros deseos no es otra cosa que la obtencion de vuestra desventura. Persuadíos de una vez de que es una guerra continua la vida del hombre sobre la tierra, y de que los enemigos mas poderosos y temibles los teneis dentro de vuestro corazon, y que de consiguiente necesitais vivir en una continua lucha con vuestros afectos, si deseais alcanzar una victoria que os constituya en felicidad verdadera.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que, aunque nuestros afectos viciados por el pecado original nos inclinan al pecado, por cuya causa tenemos estrecha obligacion de reprimirlos; con todo eso no es tan dificil conseguir de ellos la victoria como nos suele representar nuestra imaginacion temerosa y sobresaltada con el apego que tenemos á las cosas de este mundo.

Dios nuestro Señor pudo haber dado á la regeneracion del bautismo tanta virtud y eficacia, que no solamente nos libertase del reato de la culpa y de la esclavitud del demonio, sino que además dejase nuestra alma limpia de la concupiscencia rebelde y de los afectos peligrosos que de ella nacen. Pero el

no haberlo hecho así es un efecto particular de su divina misericordia, siempre atenta á nuestro mayor bien. Dejó en nosotros estos afectos para dar lugar á la batalla, y con ella á la victoria. Determinó dar la gloria á sus elegidos, no solo como herencia en aquellos que no experimentan la contradiccion de las pasiones, sino tambien darla como premio y corona á aquellos que, combatidos por todas partes de sus mismas pasiones, llegaron á triunfar gloriosamente. Si despues de esta determinacion nos hubiera dejado con solas nuestras fuerzas, no hay duda que nos seria imposible resistir al poder y muchedumbre de nuestros obstinados enemigos. Nuestra naturaleza, pues, debilitada, flaca, enferma y propensa de suyo al mal, estaria en la imposibilidad de vencer. Atendiendo á este miserable estado, se quejaba san Pablo de que muchas veces, conociendo el bien y queriéndole, no llegaba á ejecutarle. Pero nuestro misericordiosísimo Dios, que nos dejó la continua guerra de nuestros afectos para vernos pelear, y para tener la complacencia de vernos vencer, nos dió asimismo armas tan poderosas, que no se necesita mas que la cooperacion de nuestra voluntad para lograr un completo triunfo.

La gracia de Dios, que siempre está pronta á obrar con nosotros, es un medio tan poderoso para combatir nuestros afectos, que siempre que queramos usar de ella, nos da las fuerzas suficientes para vencer á nuestros enemigos. En todos los estados, en todos los tiempos, en todas las circunstancias tenemos pronta esta arma preciosa, contra la cual no pueden subsistir ni la corrupcion de las pasiones, ni los encantos del mundo, ni la astucia de nuestros invisibles enemigos. Ella nos hace conocer la amabilidad de la virtud, lo peligroso del vicio, sus funestas consecuencias, y los beneficios que nos resultan del ven-

cimiento de nuestras pasiones. La gracia nos propone la rectitud de la ley, la santidad de sus preceptos y la bondad de nuestro Dios. Ella quita el velo con que se cubren los males verdaderos que nos ofrece el mundo, enmascarados con la apariencia de felicidades y delicias. Ella atrae, incita y mueve nuestra voluntad con dulzura, ilustra nuestro entendimiento, desterrando las tinieblas de la ignorancia, del error y del engaño, *haciendo* que *descubra* y *conozca el bien verdadero*, y califique de males los que en realidad lo son. Ella, finalmente, vigoriza y robustece nuestra alma, dándole fuerzas no solo para resistir á sus enemigos, sino para vencerlos y destruir sus artificios. Todas estas admirables operaciones se efectúan en nosotros de una manera maravillosa. El temor santo de Dios, los continuos discursos y amonestaciones de los varones apostólicos, los buenos ejemplos de nuestros hermanos, las muertes repentinas y casos funestos de los entregados á los delitos, los bienes mismos de la naturaleza son otras tantas lenguas con que la gracia nos enseña, nos instruye, nos persuade y nos incita al vencimiento de nuestros malos afectos. En vista de esto, ¿podrás quejarte de otra cosa que de ti mismo cuando te dejas ser presa de tus pasiones? ¿podrás atribuir á estas tu perdicion y tus delitos, cuando no son otra cosa que un instrumento de la misericordia de Dios para hacer mas gloriosa tu victoria, y mas completa tu ventura? Conoce, pues, que debes negarte á ti mismo, moderar y contradecir todos tus afectos, tomar sobre tus hombros la cruz de la mortificacion, y seguir de este modo á tu capitan Jesucristo.

JACULATORIAS.

Jussisti, Domine, et sic est, ut pœna sua sibi sit omnis animus inordinatus. Aug. Confes. l. 1, cap. 11.

Vos, Señor, quisisteis que el mismo desórden de nues-

tros afectos fuese la pena que castigase nuestro descuido en corregirlos; y así lo experimentamos.

Non regnet peccatum in vestro mortali corpore. Rom. cap. 6.

No permitais, Dios mio, que nos dejemos dominar de las durísimas leyes del pecado, de manera que tengamos que obedecer á nuestros apetitos.

PROPOSITOS.

Acuérdate de aquella promesa magnífica que hizo Dios al hombre en el capítulo cuarto del Génesis. *Ya habia caido el hombre del estado de inocencia en que habia sido criado.* Todas las pasiones se habian levantado en tumulto contra él. Cain miraba con envidia que las ofrendas de su hermano Abel fuesen miradas de Dios con ojos benignos. Entristecíase, y llegó hasta el extremo del abatimiento. Viéndole Dios en este estado, le dijo estas notables palabras: *¿Porqué te enfadas? ¿porqué se abate tu rostro? ¿Por ventura, si obrares bien, no recibirás el premio, y si mal, no tendrás inmediatamente á tu puerta el pecado? pero el apetito de él estará en tu potestad, y tú tendrás en él dominio.* Estas palabras de verdad eterna te aseguran de que tienes en tu mano el dominar á tus afectos, y contradecirlos siempre que se dirijan contra la voluntad de tu Dios. Este Señor no hubiera prometido con tanta caridad su dominio, sino hubiera tenido una firme voluntad de auxiliarte con su gracia. Confiado en estas augustas verdades, el mismo san Pablo, que sentia lo rebelde de sus pasiones, aseguraba con firmeza que nada habia en este mundo que fuese capaz de apartarle del amor de Jesucristo. Esta misma persuasion debes poner en tu alma, si quieres conseguir una moderacion perfecta de tus afectos. El nacimiento de estos no está en nuestra mano: los primeros movimientos son acciones indeliberadas de



Sta. MARGARITA, V. Y M.

nuestra alma, y así por ellos ni merecemos premio ni castigo. Pero al instante inmediato de su existencia debemos observarlos, debemos examinar su tendencia y sus fines, y enderezar lo que en ellos hallásemos torcido, y corregir lo que tuviesen de errado. Esto necesita una vigilancia continua, una santa desconfianza de todas nuestras acciones, y un temor saludable de ofender á nuestro Dios. En las cosas, al parecer mas inocentes, suele esconderse muchas veces un humor vicioso que contamina nuestros afectos. El amor de los hijos, del marido, de la esposa, de los amigos, y aun de las cosas necesarias á la vida, puede nacer ó de un amor viciado, esto es, de una concupiscencia puramente terrena, ó de un amor purificado. El distinguir lo uno de lo otro, el precaver los peligros y prever las consecuencias funestas es la grande obra del cristiano, y lo que le puede dar una completa victoria de sus pasiones, y una acertada direccion de todos sus afectos. A esto se deben reducir en este dia tus propósitos para conseguir el fruto debido de la lectura espiritual, y de la palabra de Dios que en ella has oido.

DIA VEINTE.

SANTA MARGARITA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Nació Santa Margarita, ó santa Marina (como l llaman los griegos) en Antioquía de Pisidia, de padres distinguidos por su calidad, pero idólatras. Perdió á su madre estando aun en la cuna, y su padre Edesio, uno de los sacerdotes mas autorizados entre los gentiles, la dió á criar á una aldeana de aquellas cercanías, que era cristiana, y se aprovechó admirable-

mente de la ocasion que le presentaba la divina Providencia para salvar á aquella dichosa niña. Efectivamente, luego que los años la hicieron capaz de enseñanza, se dedicó la piadosa ama á imbuirla bien en los príncipios y en las verdades de la religion cristiana. Halló en la niña tan bellas disposiciones, un natural tan bueno, un intendimiento tan vivo y tan despejado, una inclinacion tan natural á la virtud y una docilidad tan rara, que parecia haberse anticipado la piedad á la razon. Era todo su gusto instruirse en las verdades de la fe, y todo su anhelo que la llevasen adonde se juntaban secretamente los fieles. Por las preguntas que hacia de cuando en cuando á su querida ama se dejaban conocer las particulares bendiciones con que el Señor la habia prevenido, disponiéndola para que fuese con el tiempo una de las mas ilustres heroinas cristianas.

Luego que tuvo suficiente discernimiento para determinarse, no solo pidió y recibió el santo bautismo, sino que desde entonces se obligó con solemne promesa á no admitir otro esposo que á Jesucristo, repitiendo mil veces al dia, que toda su ambicion, toda su ansia y todo su anhelo era dar la vida por su dulce Salvador en medio de los mayores tormentos.

Llegó presto á noticia de su padre lo que pasaba y el partido que habia tomado su hija; llenóse de cólera, llamóla á su casa, y prometiéndose que fácilmente la convenceria, la recibió en tono zumbon y mofador, dándole la enhorabuena de que fuese cristiana. No lo negó la santa niña; antes bien respondió á su padre con modestia y respeto, que admitia el parabien que le daba, por la merced que le habia hecho el verdadero Dios de darle á conocer la religion verdadera, escogiéndola no solo para su sierva, sino tambien para ser esposa suya. Irritado furiosamente el padre con una respuesta que no esperaba, le dijo:

Ya veo, rapaza, que te han hechizado y turbado la razon; pero yo desharé presto esos hechizos : ó ven conmigo á sacrificar á los dioses, cuyo principal ministro soy, ó disponte á padecer los mas crueles tormentos. La constancia y la resolucion de Margarita la hicieron experimentar toda la dureza y toda la barbaridad de un padre cruel y enfurecido. Tratóla con bárbaro rigor; pero nada fué bastante para doblar su constancia. Despojóla de la ropa que traia correspondiente á su calidad, y haciéndola vestir unos andrajos asquerosos, la envió al campo á guardar sus ganados, persuadido de que nada se le haria tan duro como el verse tratada como una vil esclava; pero se engañó su pensamiento : aquellos andrajosos trapos eran mas conformes al gusto de Margarita que las mas ricas y mas exquisitas galas. Por otra parte, hallaba sus delicias en el campo, retirada de la casa de su padre, que manchaban cada dia mil inmundos y profanos sacrificios. Así colmaba Dios á esta alma inocente y generosa de sus dulces bendiciones, disponiéndola para combates mas fuertes y para una victoria mas segura.

Favorecida en la soledad de mayores gracias, solo anhelaba por aquel dichoso dia en que tuviese la gloria de dar su vida por Jesucristo, rindiéndole incesantes gracias por la merced que le hacia en darle alguna parte en sus abatimientos, y suplicándole con humildad y con instancia se la diese tambien en sus tormentos y en su cruz. Presto fué oida su oracion. Estaba un dia con su ganado cerca del camino real á tiempo que pasó junto á ella Olibrio, general de los ejércitos del emperador Aureliano y gobernador de la provincia de Pisidia.

Reparó en la rara hermosura de la pastorcilla, y en aquel aire noble y modesto que desmentia su condicion. Dióle golpe, y mandándola acercarse, la hizo varias preguntas sobre su nacimiento, sus padres y

su calidad. La dulzura y la modestia con que respondió á todo la pastora, dejaron mas prendado al gobernador; y como entre otras cosas le habia dicho que era cristiana, tomó de aquí pretexto para dar órden que la condujesen á Antioquía.

Acordándose el dia siguiente Olibrio de su prisionera, mandó que se la trajesen á su presencia. Apenas la vió delante de sí, cuando quedó mucho mas encantado de su peregrina belleza que el dia antecedente, y hablándole con una dulzura halagüeña y tentadora, le dijo: « Hija mia, ayer te oí decir que eras cristiana, y no sé si lo crea: sóbrate mucha discrecion y mucho entendimiento para no conocer las extravagancias de esa nueva religion; pero al fin, si te educaron en sus ridículas supersticiones, no es maravilla que estés encaprichada en ellas; mas, gracias á los dioses inmortales, en edad estás en que fácilmente podrás deponer esa preocupacion. Seguramente, hija mia, que naciste para ser algo mas que pastora y una cristiana vil; yo quiero hacer tu fortuna, quiero colmarte de honras y de bienes; en conclusion, desde hoy mismo vas á ser la primera señora de Antioquía. »

Oia todo esto nuestra santa con una modestia y con una compostura que hechizaba á todos los asistentes; y tomando la palabra, respondió: « Señor, mi fortuna está ya labrada desde el mismo punto que tuve la de ser cristiana; á ninguna otra aspira mi ambicion que á la de agradar al Dios á quien sirvo, el único que merece nuestros cultos. Conoce poco la religion cristiana el que trata de extravagancias y de supersticiones sus verdades y su doctrina. No hay que esperar verdadera sabiduría fuera del cristianismo. Hija (replicó el gobernador), no se trata ahora de apologías de religion; trátase de que yo quiero absolutamente tomarte por esposa; no te empeñes en llevar adelante obstinadamente tu error; porque, si no te rindes á los

ventajosos partidos que te propongo, bien te puedes prevenir para los mas crueles tormentos. Dispuesta estoy, señor, á todo (respondió Margarita), y espero que ninguna cosa alterará mi fe, ni vencerá mi constancia; tengo colocada toda mi confianza en mi Dios, á quien consagré mi virginidad, y no ha de permitir que yo sea vencida. »

Encendido Olibrio en cólera y saña al oir estas palabras, mandó que la despedazasen á azotes con nudosas varas. Ejecutóse la órden con furor, y en un instante se vió regada de aquella inocente sangre la sala de la audiencia. Mientras inhumanamente despedazaban á la purísima víctima, gritaba un hombre de armas: *Margarita, sacrifica á nuestros dioses, y no pierdas tu fortuna por tu locura y por tu obstinacion.* Enternecióse el pueblo que estaba presente á la vista de este espectáculo, sobre todo cuando vió que la santa se mantenia inmoble, levantados los ojos al cielo, sin exhalar una queja, ni hablar una palabra, hasta que, cansados los verdugos y agotadas todas sus fuerzas, la dejaron. Entonces, volviéndose la santa al gobernador, le dijo: *Señor, inventad otros tormentos; Jesucristo está conmigo; la fortaleza y el valor que me comunica son superiores á todo lo que podeis inventar.* Parecióle á Olibrio que esta fervorosa confesion era insulto con visos de desafío, y centelleando de ira sus ojos, mandó que le apretasen fuertemente los piés y las manos entre planchas de hierro encendidas, y que despues con garfios del mismo metal le volviesen á abrir todas las llagas. Horrorizóse el pueblo á la vista de un suplicio jamás oido hasta entonces; y aun el mismo gobernador no tuvo valor para ver tan bárbaro espectáculo, ordenando que la llevasen luego á la cárcel antes que espirase, admirado de que se pudiese mantener con vida.

Luego que Margarita entró en la prision, quiso el

Señor que triunfase del furor de los demonios despues de haber triunfado de la barbaridad de los hombres. Parece que todo el infierno junto se armó para perderla, ó á lo menos para atemorizarla; pusiéronsele delante espectros formidables, oia espantosos ahullidos, y en fin, no perdonó Satanás medio alguno para llenarla de terror. Dícese que se le apareció el demonio en figura de un monstruoso dragon, acercándose á ella con la boca abierta, en ademan de que la iba á tragar; pero la santa manteniéndose inmoble, hizo serenamente la señal de la cruz, y luego desapareció aquel fantasmon. No por eso se acobardó el enemigo comun; volvió á ponérsele delante tomando la forma de un hombre rabioso y desesperado en ademan de acometerla para hacerla pedazos; pero la santa doncella con dos gotas de agua bendita le echó por tierra, y poniéndole el pié sobre el pescuezo, le obligó á confesarse por vencido. Asegúrase que, teniéndole de esta manera, le preguntó por qué razon tentaba á los cristianos con tanto furor y de tan diferentes modos. A lo que respondió el demonio, que lo hacia por la rabia de ver que estuviesen destinados para ocupar en el cielo las sillas que él y sus compañeros habian perdido por su soberbia y por pura malicia suya, no pudiendo sufrir que Dios hubiese escogido á los hombres para sustituirlos á ellos. Hizo Margarita la señal de la cruz, y quedó libre para siempre de semejantes visiones.

Siguiéronse á estas pruebas los consuelos interiores y los favores celestiales. Llenóse la prision de un maravilloso resplandor, y le pareció á la santa oir una voz del cielo, que le daba el parabien de su victoria, y la exhortaba á perseverar hasta el fin, que ya no estaba distante. Al mismo tiempo sanó perfectamente de todas sus heridas, cesaron los dolores, y se halló restituida á su primera hermosura, aumentada con

nueva brillantez. Informado de esto el gobernador, quiso ver por sus mismos ojos esta maravilla; y apenas pareció Margarita en su presencia, cuando renovado en su corazon el primer incendio, exclamó como asombrado: « ¡Oh, y qué poderosos son nuestros dioses inmortales! ¡oh hija mia, y cuánta es su bondad! ¡cuánto el amor que te tienen! pues, perdonando tu terquedad y tu religion, te han hecho aun mas hermosa de lo que antes eras; vamos, vamos los dos á rendirles las debidas gracias por tan grande favor, ofreciéndoles humildes sacrificios; y ven tú como esposa del gobernador á tomar posesion del preeminente lugar que te corresponde en el templo. »

Indignada la santa al oir tales despropósitos, aun mas intrépida y mas animosa, le respondió con cierto tono de burla y de desprecio. « Sí por cierto; buenos son para hacer milagros vuestros dioses, mas despreciables y mas flacos que los mas viles animales. Un dios de piedra, de metal ó de madera será muy capaz de dar la salud, cuando no es mas que un bulto inanimado, un tronco sin vida; el que me puso en el estado en que me ves fué Jesucristo, mi divino esposo, el único que es capaz de sanar las almas y los cuerpos; y si todavía te ha quedado alguna tintura de juicio y de religion, reconoce su poder y abraza el cristianismo. »

Entró en furor el tirano al oir una respuesta tan inesperada. Mandóla atormentar de nuevo. Abrasáronle los costados con hachones encendidos; y para que fuese mas vivo el dolor, la metieron despues en un estanque de agua frigidísima. Mientras duraban estos varios suplicios, mostraba la santa estar llena de alegría, sin dar indicio alguno de la menor flaqueza. Sucedió entonces un espantoso temblor de tierra, que llenó á todos de terror; y se oyó una milagrosa voz que decia: *Ven, esposa de Jesucristo, ven y entra en la*

mansion feliz de los bienaventurados á recibir la corona eterna que está prevenida para ti. Oyeron la voz todos los presentes, y se convirtió una multitud prodigiosa de gentiles, que por la mayor parte tuvieron la dicha de padecer el martirio. El mismo gobernador quedó como aturdido en vista de tantos prodigios, y temiendo alguna sedicion, mandó que al punto se cortase la cabeza á la santa. Mientras se disponian las cosas para la ejecucion, se volvió Margarita á todos los asistentes, y los exhortó á reconocer al verdadero Dios, obrador de tantas maravillas como ellos habian visto, y á que abrazasen sin temor la religion cristiana. Sintióse otro nuevo temblor de tierra, que renovó en todos el espanto; y reparando la santa que el verdugo estaba temblando, le animó á que ejecutase la órden que tenia; y este, recobrándose un poco, le descargó el golpe con que mereció la corona del martirio. Sucedió esta preciosa muerte el dia 20 de julio del año 175, dia en que la Iglesia celebra su fiesta.

Enterróse el santo cuerpo en Antioquía de Pisidia, lugar de su nacimiento y de su martirio; y extendiéndose luego su culto por todo el universo, fueron repartidas sus reliquias en diferentes lugares, siendo pocos los pueblos de la cristiandad donde no se profese singular devocion á santa Margarita. En la célebre abadía de san German de los Prados en Paris, se venera una de sus mandíbulas engastada en una rica estatua de plata, de peso de treinta y siete marcos, que mandó labrar en honra de la santa la reina María de Médicis, mujer de Enrique el Grande. Algunas otras partes de su santa cabeza se adoran en la iglesia de las religiosas del *Ave María* de Paris, en la abadía de Fraymont en el Beauvais, en la de san Rieul en Senlis, y en la colegiata de Andrelec en el arrabal de Bruselas. Un hueso del pié se guarda en la catedral de Troyes, y otras porciones de huesos en Abbeville,

Gisors y otras muchas ciudades. Fueron traidas de Antioquía estas reliquias por los cruzados cuando se hicieron dueños de aquella ciudad.

La misa es en honor de la santa, y la oracion la que sigue.

Indulgentiam nobis, quæsumus, Domine, beata Margarita, virgo et martyr imploret, quæ tibi grata semper exstitit, et merito castitatis, et tuæ professione virtutis. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, nos alcance el perdon de nuestros pecados la intercesion de la bienaventurada vírgen y mártir Margarita, que tanto te agradó, así por el mérito de su castidad, como por la ostentacion que hizo su constancia de tu infinito poder. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 51 de la Sabiduría.

Domine Deus meus, exaltasti super terram habitationem meam, et pro morte defluente deprecata sum. Invocavi Dominum, Patrem Domini mei, ut non derelinquat me in die tribulationis meæ, et in tempore superborum sine adjutorio. Laudabo nomen tuum assiduè, et collaudabo illud in confessione, et exaudita est oratio mea. Et liberasti me de perditione, et eripuisti me de tempore iniquo. Propterea confitebor, et laudem dicam tibi, Domine Deus noster.

Señor Dios mio, ensalzaste mi habitacion sobre la tierra, y yo te rogué por la muerte, que todo lo destruye. Invoqué al Señor, Padre de mi Señor, para que no me deje sin socorro en el dia de mi tribulacion, y en el tiempo que dominan los soberbios. Alabaré continuamente tu nombre, y le celebraré con hacimientos de gracias, porque mi oracion fué oida. Y me libraste de la perdicion, y me salvaste del tiempo inicuo. Por todo esto te daré gracias, diré tus alabanzas, y bendeciré el nombre del Señor.

NOTA.

« No se ignora que esta epístola se sacó del Ecle-
» siástico cuyo autor fué un tal Jesus, hijo de Sirach;

» y como procura imitar en todo el estilo de Salomon
» en los Proverbios, tomando de ellos muchas sen-
» tencias, y hace el elogio de la sabiduría poco mas
» ó menos en el mismo gusto y estilo de Salomon, la
» Iglesia le aplica indiferentemente el título ya del
» Eclesiástico, ya de la Sabiduría. »

REFLEXIONES.

Alabaré continuamente tu santo nombre, y le glorificaré con accion de gracias, porque me libraste de la perdicion, y me sacaste de tantos peligros en el tiempo de la iniquidad. Este debe ser el lenguaje de aquellas almas afortunadas á quienes el Señor por un privilegio particular reservó como para sí, librándolas de todos los peligros de que está lleno este mundo engañador, y poniéndolas á cubierto de las tempestades y de los escollos en el puerto de la religion. Es preciso confesar que son muy pocos los que se forman una idea cabal y justa del estado religioso: unos le consideran como una tierra que se traga á sus habitadores; otros como un país que solo produce espinas; y casi todos como una esclavitud. Es tan comun el error, que ni aun se piensa en salir de él. Son sin razon todas estas aprensiones. El estado religioso es semejante á la tierra de promision, cuyos imaginarios monstruos no tienen mas subsistencia, que en la descompuesta aprehension de los que no conocen la excelencia del terreno, ni la benignidad del clima. A la verdad, cuesta trabajo llegar á este delicioso país; se han de pasar mares, combatir enemigos, y atravesar montañas escarpadas; pero es muy dulce el fruto despues de tantas victorias. Aquel Dios á quien sirve este fiel y dichoso pueblo, tiene el secreto de allanar en su favor las mayores dificultades, y de endulzar lo que se presenta lleno de

amargura. Si es menester suspender las olas para franquearle el paso libre, si es menester llover un maná celestial para sustentarle en el desierto, al punto hace el Señor todos estos prodigios. Pero en fin, llegóse ya á aquella dichosa tierra; ¡qué abundancia de bienes y de gracias espirituales! ¡qué calma, qué paz y qué bienaventuranza aun en esta vida! Mas los privilegios del estado de los mundanos, ¿cuáles son? ¡Ah! que todo concurre á abrumarlos, á obligarlos á padecer, sin libertad para quejarse. Vanamente se esfuerzan á figurarse felices, disimulando sus amarguras; muy á su pesar les nacen las espinas en medio del corazon; en todas partes los siguen y los persiguen los disgustos; cercada está de cruces la misma opulencia y abundancia. Todo conspira á hacer desdichados á los hombres del mundo: cuidados continuos; fatigas inseparables de su condicion; la ambicion, la emulacion, el interés, manantiales inagotables de muchas pesadumbres; las inquietudes de una vida como atolondrada entre el tumulto y la confusion; y los sustos de una fortuna mudable, inconstante y resbaladiza; el humor extravagante de tantos con quienes se debe contemporizar, y á la mayor parte de ellos necesario complacer; mil desgraciados accidentes que siempre amenazan y nunca se pueden prevenir; las desgracias de los tiempos que no es posible evitar; un porte que es preciso mantener á cualquiera precio; gastos inevitables, que exceden mucho á las rentas y á los sueldos; la multitud de los rivales; la malignidad de los envidiosos; un corazon eternamente agitado, un espíritu inquieto y una conciencia poco tranquila. ¡Ah, Señor! no era menester tanto para hacer infeliz á un hombre; y no obstante, todo esto se hallare unido en la triste condicion de los hombres del siglo. Mas aun en el caso que encontraran el secreto de acallar una gran parte de sus sinsabores;

¿qué amargura no derramaria en sus diversiones, y aun en aquellas alegrías menos superficiales, el pensamiento de la muerte y de la eternidad? Pues de todo esto están libres los verdaderos religiosos: exentos por su estado de ese tropel de miserias; superiores á todos los acasos de la vida; independientes del capricho y del humor extravagante de los hombres; libres por su generosa renuncia de los punzantes cuidados de las riquezas, que Jesucristo compara á las espinas; desembarazados por su perfecta sumision aun de aquellas molestas fatigas que causa el gobierno de la propia conducta; únicamente ocupados en el importante negocio de su salvacion; dedicados únicamente al servicio de Dios, y enteramente aplicados á darle gusto, ¿cómo pueden menos de gustar las dulzuras de su dichosísimo estado? ¿dónde hay tranquilidad mas deliciosa? Figúrese uno, si es posible, otra vida mas santa, ni mas feliz. ¡Oh, y cuánta razon tienen para alabar incesantemente el nombre del Señor, para rendirle continuas acciones de gracias por haberlos sacado misericordiosamente del camino de la perdicion, retirándolos de los peligrós tan frecuentes en el mundo! Pero si entre esas personas tan favorecidas y tan afortunadas se encuentran algunas pocas parecidas á aquellos ingratos israelitas que echaban menos los puerros y las cebollas de Egipto, no gustando de los manjares deliciosos de su estado, fácil es acertar de dónde les nace ese disgusto.

El evangelio es del cap. 13 *de san Mateo, y el mismo del dia* VIII, *pág.* 197.

MEDITACION.

DEL CUIDADO QUE TODOS DEBEN TENER DE SU SALVACION.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el hombre fué únicamente criado para ser feliz. No lo puede ser sin estar unido á Dios y poseerle, porque solo Dios es su vida, su soberano bien y su todo. No puede estar unido á Dios, ni poseerle, sino en cuanto le ama, le sirve y le agrada. Separado de Dios, no se hallan en el hombre sino pecado, corrupcion y miserias. El pecado es lo único que le separa de este supremo bien, de este soberano manantial de todos los bienes; es el único que le corrompe, que le hace infeliz y le pierde. Apartándole de Dios, y borradas en su corazon las dulces impresiones del divino amor, convierte todos sus afectos y todas sus inclinaciones á las criaturas y hácia sí mismo, buscando alguna desdichada satisfaccion, que en alguna manera llene el hueco y supla el gusto que experimentaba unido al Criador. El falso, el mentiroso gusto que encuentra en sí mismo y en los objetos criados, le engaña, le encanta y le hace creer que es dichoso, que es rico, que nada le falta; al mismo tiempo que es miserable, que es pobre, que está ciego, y que verdaderamente es objeto digno de compasion. ¡Terrible ilusion, que insensiblemente conduce la mayor parte de los hombres á la muerte, á la sepultura, á la condenacion eterna, sin advertir el precipicio hasta el mismo punto que caen en él! Es menester, pues, para salvarse, que se destruya el pecado por la penitencia; es menester vivir en gracia, si no se quiere morir en pecado. ¿Se conviene en esta doctrina? ella es una verdad infalible; pues si se conviene en ella, ¿en qué consistirá que, deseando todos

salvarse, sean tan pocos los que cuidan de vivir y de morir distantes de la culpa, ó á lo menos entregados á un sincero arrepentimiento? Comprende, si es posible, este misterio de iniquidad. ¿De qué estado, de qué edad se ha de considerar propia la penitencia? ¿es muy del gusto de los grandes del mundo? ¿es muy conocida de los mundanos? ¿produce siempre en los claustros aquellos dignos frutos que le corresponden? ¿hace gran fortuna la penitencia (para explicarme de esta manera) en aquella edad de la vida en que suelen ser mas frecuentes los pecados? ¿reina mucho en la ancianidad? Con todo, es oráculo infalible, que, si no haces penitencia, perecerás. ¿Te quieres salvar? pues necesariamente has de hacer penitencia. ¿Y qué se infiere de este principio? que son pocos los que se salvan.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que hacer el negocio de la salvacion es aborrecer el pecado, renunciarle, abandonarle, trabajar en destruirle por aquellos medios que nos prescribe Dios, y se encierran en la penitencia. Hacer el negocio de la salvacion es alejarse eficazmente de las ocasiones de pecar; trabajar sin intermision en domar las pasiones; reprimir incesantemente los asaltos de la concupiscencia. Hacer el negocio de la salvacion es seguir constantemente las máximas del Evangelio, y arreglar la vida á la doctrina de Jesucristo. El mundo es su enemigo, con que es preciso hacerle una guerra eterna. En fin, hacer el negocio de la salvacion es evacuar nuestro corazon del amor á las criaturas y del amor á nosotros mismos, para que todo nuestro amor de preferencia, real y efectivo se dirija únicamente á Dios, que es infinitamente amable y que nos ama infinitamente. Es no estimar otra cosa que la

salvacion, mirarla como el grande, como el único negocio que merece toda nuestra aplicacion. Pues consulta en este particular tu corazon y tu conducta, y mira si el cuidado que aplicas á este negocio puede darte motivo para vivir con grande confianza. ¡Ah, que quizá te verás precisado á confesar que, por el contrario, tu negligencia y tu descuido te hacen temer con sobrado fundamento tu condenacion! ¿Qué tiempo, qué desvelos has dedicado hasta ahora á este importante negocio? ¡qué digo! ¿has tenido siquiera por negocio el de tu eterna salvacion? ¿esperarias buen suceso del menor de todos los demás negocios, si no hicieras mas diligencias para su logro que las que haces para conseguir este? Coteja el zelo que tienes de tu salvacion con el que tuvieron los santos de la suya. ¿Qué no padecieron los mártires para merecer esta corona? ¿qué no hicieron los santos, y qué no hacen cada dia para serlo los que quieren descubrir este tesoro y comprar esta preciosa margarita? ¿vale hoy el cielo menos de lo que antes valia? ¿se compra á menor precio? ¿de cuándo acá á unos se les da por nada y á otros les cuesta tan caro? Es prodigiosa la desproporcion que hay entre la vida de los santos y la nuestra; ¿pues porqué hemos de aspirar al mismo premio? ¿porqué hemos de esperar igual suerte?

¡Ah, Señor, y cuánto me confunde esta reflexion! Seria menos penetrante mi dolor, si fuera menos fundado. ¿Qué he hecho yo hasta aquí para salvarme? ó hablando con mas propiedad, ¿qué no he hecho para perderme? Pues vos, divino Salvador mio, me haceis la gracia de darme luz para conocer las tristes consecuencias de mi fatal descuido, ayudadme por vuestra misericordia, para que desde este mismo punto comience á trabajar eficazmente en el negocio de mi salvacion.

JACULATORIAS.

Notum fac mihi, Domine, finem meum. Salm. 38.

Haced, Señor, que tenga perpetuamente delante de los ojos el fin para que fui criado.

Beati qui scrutantur testimonia ejus, in toto corde exquirunt eum. Salm. 118.

Bienaventurados los que se dedican á conocer la voluntad de Dios para servirle con todo el corazon.

PROPOSITOS.

1. Apenas es posible dejar de concebir un alto desprecio de la prudencia de los hijos del siglo, cuando se llega á conocer la inutilidad de sus fatigas y la vanidad de sus empresas. Siempre que me paro á considerar (decia san Juan Crisóstomo) esos grandes ingenios, esos hombres extraordinarios que llevan allá dentro de su cabeza una de las cuatro partes del mundo, ocupados siempre en algun gran proyecto, y casi rendidos al peso de los negocios, se me representan aquellos niños que están á la orilla del mar juntando conchas y mariscos para levantar sobre la arena unas casitas, que un soplo de viento derriba y la primera ola que viene infaliblemente se las lleva. En rigor, ninguna cosa de este mundo es digna de nuestro cuidado, ni merece toda nuestra aplicacion, sino el negocio de la salvacion; esta sola merece el nombre de negocio; todo lo demás es entretenimiento, puerilidad y bagatela. Convéncete de esta importante verdad; comprende bien que es la mayor locura sudar, afanarse, consumir la salud, las fuerzas, los talentos y la misma vida en correr tras un poco de aire, que, en llegándose á conseguir, se desvanece como el humo. En la hora de la muerte y por toda la eternidad ¿dará mucho consuelo á un conde-

nado el haber dejado poderosos á sus hijos? Esto te debes repetir á tí mismo todos los instantes.

2. El negocio de la salvacion es tu único negocio; aunque hayas acertado todos los demás, nada hiciste; todo lo echaste á perder si este no tuvo buen éxito. Este es el único negocio tuyo, los demás no son tuyos, sino ajenos; son negocios de tus hijos, de tus herederos, de tus amigos y de tus parientes. Pues en este negocio tuyo y personal, ¿qué tiempo has empleado? ¿de qué medios te has valido? Es un negocio arduo, enredoso y delicado; ¿te ha ocupado muchas horas? ¿piensas en él por la mañana, por la tarde, durante el dia y por la noche? El menor de los demás negocios le llevas siempre contigo á la iglesia, al paseo, á la visita, á las diversiones, á la mesa y á la cama, sin acertar á echarle de tí; ¿qué lugar ocupa en tu corazon y en tu memoria el importante negocio de la salvacion? Has pasado la mayor parte de la vida en cuidados, en afanes, en trabajos; y quizá no te ha merecido un cuarto de hora de tiempo el negocio de tu salvacion, que debiera ocuparte toda la vida. Comienza por lo menos á trabajar en él desde hoy, de manera que nada hagas sin que te puedas decir á tí mismo con verdad: En esto pretendo hacer el negocio de mi salvacion.

SANTA LIBRADA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

La verdadera piedad halla siempre en las obras de la Providencia motivos poderosos para encenderse mas en el amor de Dios, al paso que los encuentra tambien para desconfiar de las luces humanas. En los obstáculos que el tiempo, el descuido de los hombres ó su malignidad oponen á la sabiduría, encuentra cebo suficiente para admirar las grandezas de Dios y

las sublimes gracias que comunicó á sus siervos. No puede el humano entendimiento percibir por qué causa ha permitido Dios, que, sabiéndose auténticamente las perniciosas obras de los enemigos de su Iglesia y de su santo nombre, hayan de haber quedado sepultadas en el olvido las de muchos siervos suyos, y otras tan desfiguradas con fábulas y ficciones, que apenas pueda asentir á ellas una razon ilustrada con las luces de la sabiduría. Pero el que se propone por objeto de su leccion su aprovechamiento espiritual, y no la vanidad de adquirir noticias curiosas con que alimentar á la vana filosofía, recibe con sumision las permisiones de la Providencia, sin tener la temeridad de querer averiguar sus arcanos. Todo esto se dice, porque son tantas las disputas que han suscitado los críticos sobre los hechos de santa Librada, las dudas que han esparcido sobre los acontecimientos de su vida, y las opiniones en que la crítica se ha dividido, que apenas se puede decir cosa de esta ilustre santa sin exponerse á la mordacidad de la censura. En este caso, una prudencia ilustrada nos aconseja que no se pueden perjudicar los derechos de la verdad, siempre que se proponga la vida de la santa, segun la reconoce la iglesia de España, principalmente la de Sigüenza, en donde descansa su santo cuerpo. Segun el breviario antiguo de esta iglesia, lo que se sabe de santa Librada se reduce á lo siguiente.

Nació santa Librada en una ciudad, llamada Balcagia, situada en la parte occidental de España. Su padre se llamó Catelio y su madre Calsia, quienes por sus riquezas tenian entre los gentiles tal poder y autoridad, que podian pasar por reyes. Dispuso la divina Providencia que del mismo parto de que nació Librada, saliesen tambien á luz otras ocho hermanas, cuyos nombres son Genivera, Victoria, Eumelia,

Germana, Gema, Marcia, Basilisa y Quiteria; caso á la verdad inaudito, pero no repugna á la razon cuando la divina Omnipotencia quiere que la naturaleza sirva para sus altos fines. Este parto monstruoso llenó el alma de Calsia de una extraña turbacion: por una parte se avergonzaba de haber dado á luz tan copioso fruto, y por otra temia que su marido lo juzgase efecto de alguna infidelidad. Exaltada su imaginacion con estos pensamientos, se propuso un medio de tranquilizarlos, y de librarse de la infamia de que ya se reputaba acusada. Su marido Catelio no se hallaba á la sazon en la ciudad, y podia fácilmente ocultársele el parto, quitando de delante su copioso fruto. Convínose, pues, con la comadre, única ministra que la habia asistido, en que tomase aquellas nueve niñas y las echase en un pozo profundo, en donde con ellas se sepultase todo motivo de sospecha. Por el pronto accedió la comadre á determinacion tan impia; pero viéndose sola con aquella multitud de niñas, comenzó á dudar y á estremecerse sobre la ejecucion de aquella crueldad. Representábasele en su imaginacion la inocencia de aquellas criaturas, el desamor de la madre y el horror de cometer tantos homicidios. Advertia en ellas una inocente hermosura, que, junta con la nobleza de su nacimiento, la ataban las manos para quitarles la vida sin causa y sin delito. Estas consideraciones la tenian turbada, y movida de la piedad natural se inclinaba á libertarlas. Otras veces se apoderaba de ella el temor, si la reina llegaba á saber su desobediencia, de algun ejemplar castigo que convirtiese su piedad en propio daño. Pudo finalmente en ella mas la compasion, que el mandamiento de su señora, y dando oidos á una inspiracion de Dios, se determinó á dejarlas vivas, y á cuidar de su crianza lo mejor que le fuese posible. Habia en la ciudad un barrio destinado á los cristia-

nos, entre los cuales buscó solícitamente nueve amas, á quienes encomendó que las criasen con todo cuidado.

Esta determinacion proporcionó á aquellas niñas el mayor de los beneficios que entonces podian recibir, pues las amas cristianas solicitaron, ante todas cosas, que fuesen reengendradas con las aguas del bautismo, poniendo á cada una de ellas el nombre que ya queda referido. Viviendo entre cristianos, se debe suponer que estos les darian una educacion correspondiente á su doctrina. Las santas mismas lo manifestaron con el decurso del tiempo; pues, habiendo llegado á entender lo maravilloso de su nacimiento, el gran peligro de perder la vida en que habian estado y la alteza de su linaje, dieron humildísimas gracias á Dios como autor de todos los beneficios. No se contentó con esto el fervoroso espíritu de aquellas santas doncellas, sino que imbuidas del gran precio y estimacion que tiene para con Dios la santa virginidad, le hicieron de ella un generoso sacrificio, prometiendo guardarla por su amor toda la vida. Vivian las santas pacíficamente entregadas al amor de Dios y del prójimo, como verdaderas cristianas, cuando los romanos suscitaron una sangrienta persecucion contra el nombre de Jesucristo. Esparciéronse los edictos por todos los confines de las tierras sujetas á su dominacion, y los presidentes de las provincias tuvieron órden de hacer exquisitas pesquisas para encontrar, descubrir, prender, atormentar y quitar la vida á los que no quisiesen abjurar la religion cristiana, ofreciendo incienso á los ídolos. Este decreto llegó á Galicia, provincia sujeta á los romanos, y Catelio, que, aunque se nombra rey ó régulo, debia de ser algun poderoso encargado de la dignidad de presidente, ordenó su ejecucion con toda la eficacia y exactitud que pudiesen hacerle agradable al emperador rei-

nante. Salieron los ministros á hacer sus pesquisas, y en ellas encontraron á las nueve santas vírgenes, las cuales juntas estaban en fervorosa oracion, pidiendo á Dios su gracia y encomendándole la suerte de sus personas. Inmediatamente las prendieron los ministros, y contentos con la presa y descubrimiento que habian hecho, las llevaron con la mayor presteza al tribunal de Catelio. Luego que las vió este, quedó sorprendido, admirando en ellas una rara hermosura, una semejanza portentosa y una honestidad amable. Veíalas tan iguales en la edad, y tan parecidas en el semblante y en todas sus acciones, que le movió la curiosidad á preguntarles cuáles eran su linaje y su condicion. La bienaventurada Genivera, que debia de ser la que nació primero que todas ellas, le respondió : En órden á nuestra prosapia no tenemos que decir mas, sino que somos hijas tuyas; por lo tocante á nuestra condicion, sabe que somos siervas de Jesucristo, que profesamos su religion sacrosanta, y que aborrecemos la supersticion gentílica, que trata como deidades las mudas obras de las manos de los hombres. Dióle cuenta despues de su prodigioso nacimiento, del peligro en que sus vidas habian estado por consejo de su madre, con todo lo demás que juzgó conveniente decirle.

Admirado quedó Catelio de lo que habia oido; pero pertinaz en la supersticion y en llevar á debido efecto los decretos imperiales, determinó atormentarlas á todas para que dejasen la religion cristiana, y si no lo hacian, quitarles cruelmente la vida. Entre las nueve hermanas sobresalia particularmente santa Librada por su singular prudencia y por su mucha hermosura: estas dos preciosas cualidades excitaron la compasion de los gentiles, y resolvieron atormentar á sus hermanas en presencia suya con exquisitos tormentos, para que el horror atemorizase el pecho de la

santa doncella, y la hiciese mudar de parecer y adorar á los ídolos. Todo lo sufrió la santa vírgen con ánimo invencible, y el ver desgarrados los cuerpos de sus hermanas no sirvió de otra cosa que de radicar mas en ella los sentimientos de la religion que profesaba. Viendo los gentiles eludidos sus pensamientos, tomaron otro camino mucho mas terrible para la santa, y mucho mas peligroso para contrastar su constancia. Hiciéronle propuestas especiosas, ofreciéndole que gozaria del esplendor de su linaje y de sus grandes riquezas si abandonaba aquella religion, por que tan locamente padecian sus hermanas, y adoraba las deidades. Fueron inútiles todas estas diabólicas astucias, porque, al paso que se multiplicaban, crecia en Librada la constancia en la fe, y el deseo de derramar su sangre en defensa suya y por amor de Jesucristo. Desengañados de que nada podian aprovechar, convirtieron en furor lo que antes habia sido blandura y miramiento. Atormentaron á la santa vírgen con los tormentos mas exquisitos que pudo encontrar su crueldad; y viendo finalmente que era imposible triunfar de su constancia, le quitaron la vida, cortándole la cabeza, como lo habian ejecutado con sus ocho hermanas. Sucedió este martirio por los años del Señor de 139, que debió de ser imperando Antonino Pio. En el rezo de que usa hoy dia la iglesia de España, se refiere que santa Librada vivió en un desierto y que murió crucificada, y así la pintan regularmente; pero fuese de un modo ó de otro, nada hace para la sustancia de haber sufrido un glorioso martirio en defensa de la fe del Crucificado. Su cuerpo fué recogido por los cristianos con el mayor secreto y colocado en un lugar decente; pero con las frecuentes invasiones que padeció España en los tiempos posteriores, se cree que se hicieron de él varias traslaciones para libertar tan preciosa joya del

desprecio y desacato de los infieles. En una de estas traslaciones debió de venir á parar á la ciudad de Florencia, desde donde en el año de 1300 le trasladó el obispo Simon á su iglesia de Sigüenza con autoridad apostólica. Depositóse por entonces en un honroso sepulcro, hasta que los continuos milagros que Dios obraba por la intercesion de esta gloriosa santa, movieron la piedad de los fieles á colocarla en lugar mas brillante. Don Federico de Portugal, obispo de Sigüenza, que fué despues prelado de Zaragoza, movido de la singular devocion á esta santa mártir, le erigió una suntuosa capilla en la iglesia de la catedral, á la cual fué trasladada en el año de 1537, en donde se le tributan los mas tiernos obsequios de devocion, como á patrona del obispado de Sigüenza, dispensando Dios por su intercesion á los fieles sus soberanos favores.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Antioquía, el suplicio de santa Margarita, vírgen y mártir.

En el Monte Carmelo, san Elías, profeta.

En dicho dia, san José, apellidado el Justo, y que fué propuesto con san Matías por los apóstoles para llenar el puesto dejado vacante por el traidor Judas. Mas habiendo caido la suerte á Matías, no por eso dejó de entregarse á la predicacion y á los demás santos ejercicios; y despues de haber sufrido mucho de parte de los judíos por la fe de Jesucristo, murió triunfante en la Judea. Refiérese tambien de este santo que, habiendo bebido un tósigo, no experimentó mal ninguno, confiado en la asistencia del Señor.

En Damasco, san Sabino, san Julian, san Máximo, san Macrobio, santa Sofía, santa Paula, mártires juntamente con otros diez.

En Córdoba, san Paulo, diácono y mártir, que, biendo reprendido á unos príncipes mahometanos

sobre la impiedad de su secta y de su crueldad, fué condenado á muerte por ellos, yendo á recibir su recompensa en el reino de los cielos.

En Portugal, santa Vilgeforta, vírgen y mártir, que, combatiendo por la fe de Jesucristo y su pureza, mereció alcanzar un glorioso triunfo en la cruz sobre que murió.

En país de Buloña en Francia, san Vilmer, abad, varon de admirable santidad.

En Tréveris, santa Severa, vírgen.

En San Vandrillo en Normandía, san Amegiso, abad del mismo lugar.

En Melun, la muerte del venerable Roberto, rey de Francia, célebre por su piedad y buenas obras.

En Roma, los santos mártires Satur, Amarino y algunos otros de ambos sexos.

En Africa, san Aurelo, obispo de Cartago, sucesor de san Genetlo, contemporáneo de san Agustin.

En Val de Agord en el Belunero, san Lucano, venerado en Belluno donde está su cuerpo, como obispo de otra sede.

En Inglaterra, santa Etelvida, reina.

La misa es en honor de la santa, y la oracion la que sigue.

Beatæ Liberatæ virginis et martyris tuæ, quæsumus, Domine, precibus et meritis adjuvemur; ut quæ pro tui nominis confessione, et pudicitiæ defensione in cruce pependit, ab inimicorum insidiis sua nos protectione defendat. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Rogámoste, Señor, que por los méritos é intercesion de la bienaventurada vírgen y mártir Librada, nos ayudes con tu gracia para que la que estuvo pendiente en una cruz por confesar tu nombre y defender su honestidad, nos defienda tambien con su proteccion de las asechanzas de nuestros enemigos. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 51 de la Sabiduría.

Confitebor tibi, Domine Rex, et collaudabo te Deum Salvatorem meum. Confitebor nomini tuo : quoniam adjutor, et protector factus es mihi, et liberasti corpus meum à perditione, à laqueo linguæ iniquæ, et à labiis operantium mendacium, et in conspectu astantium, factus es mihi adjutor. Et liberasti me, secundùm multitudinem misericordiæ nominis tui, à rugientibus præparatis ad escam, de manibus quærentium animam meam, et de portis tribulationum quæ circumdederunt me: à pressura flammæ, quæ circumdedit me, et in medie ignis non sum æstuata : de altitudine ventris inferi, et à lingua coinquinata, et à verbo mendacii, à rege iniquo, et à lingua injusta : laudabit sque ad mortem anima mea Dominum, quoniam eruis sustinentes te, et liberas eos de manibus gentium, Domine Deus noster.

Yo te daré gracias, Señor Rey, y te alabaré, ó Dios y Salvador mio, porque has sido mi ayuda y mi protector. Glorificaré tu nombre, porque libraste mi cuerpo de la perdicion, del lazo de la lengua injusta, y de los labios de los forjadores de mentiras, y has sido mi defensor contra mis acusadores. Y me libraste segun la muchedumbre de la misericordia de tu nombre, de los leones rugientes dispuestos á devorarme, de las manos de los que querian quitarme la vida, y de todas las tribulaciones que me cercaron por todas partes; de la voracidad de la llama que me rodeaba, y en medio del fuego no sentí el calor; de la profundidad de las entrañas del infierno, de la lengua impura, y de las palabras de mentira; de un rey injusto y de las lenguas maldicientes : mi alma alabará hasta la muerte al Señor, porque tú, ó Señor Dios nuestro, libras á los que esperan en tí, y los salvas de las manos de las gentes.

REFLEXIONES.

Cuando se considera la conducta de Dios para con sus grandes siervos y la de estos para con Dios, no puede menos de hacerse no solamente un juicio muy ventajoso de la religion cristiana, sino tambien de

aquellos preceptos suyos que parecen mas repugnantes á la naturaleza. Dios favorece á sus elegidos, permitiendo que se vean en los mayores peligros, y que los hombres impíos ejecuten en ellos todas las sugestiones de su crueldad. Los santos por su parte le dan gracias, y se consideran sumamente favorecidos al tiempo que se verifican estas permisiones. Cuando tenian sus cuerpos desgarrados con peines de hierro, cuando los presentaban á las fieras para ser devorados, cuando pendientes en una cruz exhalaban su vida con un género de tormento semejante al que padeció su Redentor y Maestro, entonces era cuando con el mayor ímpetu de su corazon le tributaban gracias, persuadidos que habian recibido de su mano los dones mas apreciables y las honras mas excelsas. Los hombres mundanos, los que viven segun la corrupcion de sus pasiones, los que lisonjean los caprichos de sus sentidos, están muy lejos de seguir esta conducta, y así no pueden persuadirse que se deban dar gracias á Díos por aquello mismo que ellos reputan por la mayor calamidad é infortunio que pudieran padecer. Sus corazones se llenan de asombro y de terror cuando oyen clamar á los santos, como se dice en la epístola de este dia : Yo te doy gracias, Señor, Dios y Salvador mio, y te alabaré siempre, porque has librado mi cuerpo de la perdicion. Pero esto mismo es una consecuencia de la sublimidad de la religion cristiana, de lo eminente de sus preceptos, del vigor que infunde la caridad que es el alma de toda ella. Los santos mártires tenian impresas en su almas aquellas sentencias de Jesucristo : *El que pierde su vida en este mundo, la guarda para la vida eterna ; el que se ama á sí mismo mas que á mí, no es digno de mí* ; y otras semejantes, en las cuales recomienda la caridad un santo desprecio de las cosas perecederas para lograr unos bienes interminables.

Estas sentencias representadas en su mente con toda la viveza de la fe, no solamente les daban una fortaleza capaz de despreciar los tormentos de los tiranos, sino que además les hacian considerarse entre ellos como en un florido lecho cercado de rosas y de delicias.

A la verdad, si se reflexiona que la inquietud del alma es lo que principalmente causa sus tormentos, y que nunca vive el hombre con mas terrible congoja que cuando le falta del corazon una firme esperanza, es preciso convenir que los entregados al mundo, los que viven entre desórdenes y delitos, no tienen motivo alguno para ser venturosos, así como por el contrario le tienen muy grande los siervos de Dios para gozarse y deleitarse entre las penas y tormentos. Porque, prescindiendo de las congojas, penas, males verdaderos y calamidades que experimentan los mundanos en el ejercicio y logro de lo que tienen por diversion, ¡qué angustia no será la suya, cuando en un momento de tranquilidad oyen los gritos de la recta razon, que los acusa desde lo íntimo de su alma! Podrá suceder que un instante de delicia pasajera haga olvidar al voluptuoso las enfermedades, peligros y disipacion de las fuerzas naturales en que le constituye su vicio; podrá el jugador templar por algun tiempo la amargura que le causa el ver disipados sus bienes, reparar con el ocio las noches pasadas en vela, y engañarse á sí mismo, disculpando con otros malos ejemplos los grandes daños de que no puede menos de hallarse sentido; pero estos mismos cuando hagan uso de la recta razon: cuando oigan por casualidad aquellas verdades terribles de la religion, que les recuerdan que hay un castigo eterno ó una eterna recompensa destinada á sus obras, precisamente se han de estremecer y ha de atormentar sus almas una inquietud terrible, que es ya principio del castigo que

experimentan los infelices condenados. La esperanza, aquella dulcísima virtud, que hace tolerables las mayores amarguras, y que no desampara al hombre en las mayores calamidades, está en ellos muerta y sin fuerza alguna para mitigar sus tormentos. Su misma conciencia les asegura de que esta virtud se alimenta con las obras, y desfallece y se arruina á la vista de los delitos. Por el contrario, los mártires en medio de sus tormentos encuentran mil razones de consolacion, que los animan á abrigar en su seno una firme esperanza de ser eternamente felices, y la misma sangre que derraman es para ellos un precio con que compran su confianza y su alegría. Saben que hay un Juez supremo, que es infinitamente sabio, y al mismo tiempo omnipotente, el cual ve y conoce la malicia de los tiranos y lo injusto de las penas con que afligen sus cuerpos en esta vida, y que no habrá poder ni astucia para evadir la eterna venganza. Están seguros de la rectitud de su conciencia, saben que son infalibles las promesas de Dios, y asi una dulcísima paz inunda sus corazones; desprecian los tormentos y á sus ministros; y llenos de un gozo santo, cantan himnos, celebrando su triunfo, y dan á Dios gracias, porque usa con ellos de la misericordia de dejarlos padecer por su santo nombre. Estos admirables efectos es capaz de producir una religion santa, sublime, espiritual, cuyas leyes son superiores á toda la naturaleza.

El evangelio es del cap. 25 de san Mateo, y el mismo que el dia XIX *pág. 462.*

MEDITACION.

DEL AMOR DE DIOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el amar á Dios es la causa porque sufrieron los mártires tan terribles tormentos hasta perder la vida; que es la cosa mas justa, mas razonable y arreglada que puede concebir el hombre; y que de consiguiente es necesario hacer traicion al propio entendimiento para rehusar al Ser supremo un *obsequio por tantos títulos debido.*

No has de juzgar que, porque se llama obsequio el acto de amar á Dios, se quiere decir con esto que sea una accion indiferente, y que puede el hombre hacerla ú omitirla sin contravenir á la justicia; ningun pensamiento pudiera venir á tu imaginacion mas desarreglado y absurdo. El amar á Dios es una obligacion de *justicia*, y *se necesita haberse desentendido* de todos los dictámenes de la razon para persuadirse de lo contrario. La razon dicta que el bien debe ser amado donde quiera que se encuentre, y con mucha mas razon cuando se hallen en él multiplicadas cualidades de bondad que exijan por su naturaleza este afecto del alma. Dios es un cúmulo de perfecciones infinitas. En él se halla todo lo amable, todo lo deleitable, todo lo hermoso y perfecto que puede imaginarse el entendimiento mas comprensivo. Cuantos motivos se encuentran en las cosas criadas, que deban llamar la atencion de una alma buena, todos ellos se encuentran en Dios con una perfeccion infinita. Si la hermosura excita á tu amor, Dios es hermosura infinita, es el candor de la luz eterna, es infinitamente mas hermoso que todos los hijos de los hombres; con la diferencia de que sus bellezas no están sujetas á la mutacion del tiempo ni á los rigores de las enfermedades

Si las riquezas llevan la atencion de tu alma, y la inclinan á mirarlas con estimacion, en Dios se encuentran unos tesoros inagotables de riquezas infinitas, cuya posesion no turba ni inquieta, sino que hace perfectamente felices. En una palabra, Dios es hermosísimo, es riquísimo, sapientísimo, prudentísimo, amabilísimo infinitamente, porque en él se hallan con infinita perfeccion todos los bienes y virtudes. Es constante que el corazon del hombre no se inclina, ni aun al mal, sin que primero encuentre en él alguna especie ó apariencia de bien. Nada es capaz de excitar al amor sino un bien cierto ó imaginado. Persuadido el hombre del bien, no puede menos de amarle, y la voluntad se halla como obligada siempre que el entendimiento le propone un bien, en cuyo amor debe emplearse. Siendo esto cierto, como lo es, debes convenir en que el amor á Dios es un acto de justicia, cuya transgresion es el delito mas horrendo y execrable. A esto se añade que este mismo Dios ha derramado tan copiosamente sobre tí sus beneficios, que debes amarle, aun cuando no sea mas que por hombría de bien y por la ley del agradecimiento. El te ha criado, él te conserva, él te ha abastecido de bienes de fortuna, y á su benéfica mano debes tu vida, tus movimientos y subsistencia. No contento con estos grandes beneficios, te hizo otros de superior clase y gerarquía, cuales son los bienes espirituales, la gracia de la redencion, el haberte llamado al conocimiento de su ley y profesion del Evangelio, el haberte abastecido de las imponderables gracias que se contienen en los sacramentos, y últimamente, el ofrecerte con tanta generosidad las recompensas eternas. Son estos unos dones, unos favores, unos beneficios que exceden toda ponderacion, y que no basta ninguna humana inteligencia para estimarlos dignamente. Todos ellos están pidiendo

de parte tuya correspondencia, estimacion, agradecimiento: en una palabra, están pidiendo amor, que es lo único que exige de tí tu amabilísimo Dios.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que, aunque en el amor de Dios no se deba atender á la utilidad que resulta, pues debemos amar á Dios por sí mismo, y no por nuestro interés privado; con todo eso, son tantos y tales los frutos que nos provienen de este amor, que ellos son un nuevo excitativo para emplearnos en él.

Porque, ¿qué somos los hombres delante de Dios? ¿qué es nuestra alma si le falta la caridad? ¿qué precio, qué estimacion merece sin esta grande virtud? Todo nuestro mérito, todo cuanto puede hacer apreciable al hombre en la divina presencia lo constituye el amor. Él es el que da al alma grandeza, el que la constituye digna, y el que forma el grado de su mérito. Todos los dones, todas las gracias nada aprovechan sin la caridad, dice san Agustin (1): añádeles caridad, y todos son útiles: quita la caridad, y nada hay que sea de provecho. Los dones mas excelentes, las gracias mas particulares, aquellas gracias de Dios que han hecho á los hombres admirables en este mundo, el don de profecía, el don de sabiduría, el de milagros, y todos los demás que son superiores á la naturaleza, se convierten en una sombra, en un espectro cuando falta la caridad. Por eso san Pablo (2) asegura que, aunque su sabiduría llegase á tal punto que hablase todas las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tuviera caridad, seria como una campana, cuya voz es insignificante, toda ruido. Todas las virtudes que pueden adornar el alma del cristiano, toman su mérito y su grandeza de la caridad, de tal manera, que el abstinente, el morti-

(1) Serm. 50 de Verb. Dom. — (2) Epist. 1, ad Cor. cap. 13.

ficado, el contemplativo, el limosnero, el mártir mismo recibe el verdadero carácter de tal de la virtud de la caridad, porque sin ella ni será verdadero abstinente, ni verdadero contemplativo, ni mortificado, ni mártir. De aquí se infiere que toda nuestra santidad y nuestra bienaventuranza nos provienen del amor, y que, á proporcion que este crece en nosotros, se aumentan las razones de ser mas amados de nuestro Dios y mas venturosos en lo futuro.

Solos estos frutos bastarian para empeñarnos en amar á nuestro Dios, haciendo profesion de poseer ante todas cosas la virtud de la caridad. Pero si se consideran en toda su extension los admirables efectos que produce en el alma que llegó felizmente á estar penetrada de ella, crece la admiracion y se sorprende el humano entendimiento al ver sus efectos prodigiosos. Oimos la abstraccion y soledad con que vivian los anacoretas, el rigor y crueldad con que mortificaban sus cuerpos los santos penitentes: oimos la alteza de contemplacion, los éxtasis y raptos á que llegaron los hombres muy espirituales: vemos á algunos despreciar grandes estados, abandonar reinos enteros, negarse á todas las delicias, dejando en el lecho nupcial la tierna esposa por vivir pobres y desterrados; y últimamente, vemos á una delicada doncella mirar con semblante sereno los garfios y el cuchillo, y cantar himnos de alegría mientras despedazaban su cuerpo virginal; y al ver todo esto, nos sorprendemos justamente, admirando la fuerza invisible que puede dar á una flaca criatura poder para unas obras tan superiores á la naturaleza. Pero todos estos efectos son consecuencias necesarias de la caridad que enciende el corazon. Todo el secreto para hacer otro tanto, consiste en el amor; cuanto percibimos de difícil, de sublime y heróico en estas grandes obras, todo nace de la caridad. Ama á Dios, y desde luego puedes prometerte

que harás tú lo mismo que hicieron los anacoretas y los mártires. El que ama, dice san Agustin (1), no tiene trabajo; á los que no aman, cualquiera cosa les es difícil; solo el amor es el que se avergüenza aun del nombre de dificultad. Porque el verdadero amor, dice él mismo, jamás siente amargura en sus obras, sino dulzura y deleite. Por esta causa, aun en las mayores penalidades, se hallan los santos llenos de un regocijo inexplicable, que solamente pueden conocer los que han llegado á estar poseidos del amor divino. ¡Dichosa el alma que está encendida en este precioso fuego! Pon todo tu esmero en amar á Dios, y no dudes que este amor producirá en tí los mismos efectos.

JACULATORIAS.

Non amemus creaturam, neglecto creatore; sed attendamus creaturam, et laudemus creatorem. Aug. Serm. 261.

No amenos á las criaturas despreciando al Criador, sino antes bien, examinando las perfecciones de las criaturas, alabemos la infinita sabiduría y bondad que produjo tales obras.

Da mihi te, Deus meus, redde te mihi, te enim amo; et si parum est, amem validius. Aug. L. 13. Conf. c. 8.

Dáte á mí, Dios mio, entrégate á mí, porque ninguna cosa amo en este mundo sino á tí; y si el amor que te tengo es pequeño, haz que te ame con amor mas intenso.

PROPOSITOS.

A la mas mínima consideracion se convencen los hombres de que deben amar á Dios, y forman propósitos de no emplear su amor sino en aquel Ser supremo,

(1) Lib. 13. Confes.

que es por sí mismo tan acreedor á los afectos y conatos de nuestras almas. El considerar en él tantas razones de bondad y tanto cúmulo de perfeccion, determina sus entendimientos á una obra á que no se pueden resistir. Pero despues de esto, se engañan fácilmente, creyendo que el amor de Dios es una cosa especulativa, que puede estar en el alma, juntando al mismo tiempo otra cosa diferente en las obras. Si esto fuera así, no seria tan corto el número de los verdaderos cristianos, ni mereceria tantos elogios aquella caridad que hizo héroes á los santos. Así como en el trato civil no se tiene por amistad verdadera la que no se manifiesta en las obras, del mismo modo no es verdadero amor de Dios el que no se manifiesta en los efectos. Dios por sí mismo no necesita de nuestro amor, ni podemos hacer cosa alguna de que le resulte daño ó provecho. Pero tiene en este mundo unos sustitutos suyos, en cuyo beneficio quiere que se explique el amor que á él le tenemos. Por eso dice Jesucristo en el Evangelio: *Todo aquello que hiciéreis con cualquiera de estos mis pequeñuelos, es un beneficio hecho á mí mismo*. Dios no necesita de nuestros dones; es infinitamente rico: pero para eso tiene á sus pobres en el mundo, en los cuales se debe ejercitar el amor que le tenemos. Dios jamás está ni puede estar enfermo; pero amó de tal manera á los hombres, que lo que se hace por ellos lo toma en cuenta, para premiar ó castigar como si hubiera sido ejecutado con él mismo. Esto se ve claramente en las reconvenciones que hará á los condenados en el dia del juicio universal, y en los motivos por los cuales dice el mismo Dios que dará la bienaventuranza á los justos: *Tuve hambre y sed*, dirá á los primeros, *y no me dísteis de comer ni de beber; estuve enfermo, y no me visitásteis: id, por tanto, malditos, al fuego eterno.* Y á los santos les dirá: *Venid, benditos de mi Padre,*

á gozar del reino que os está preparado desde la constitucion del mundo, porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; estuve enfermo, y me visitásteis, etc. Todo esto convence que el amor de Dios se explica y manifiesta en las buenas obras que se practican con sus criaturas, y que el mejor indicio de que está penetrada tu alma de este divino amor, es la práctica de aquellas obras que testifican el del prójimo; porque el que no ama al prójimo que tiene presente, ¿cómo podrá amar á Dios, á quien ningun ojo mortal pudo ver jamás? Procura, pues, dar á entender que tienes en tu pecho el amor divino, manifestándolo con los beneficios que hagas á tu prójimo.

DIA VEINTE Y UNO.

SAN VÍCTOR, MÁRTIR.

San Víctor, mártir ilustrísimo de la santa Iglesia, nació en Marsella, de familia muy distinguida entre las mas nobles de aquella ciudad, tanto por los considerables empleos con que los emperadores romanos habian honrado á sus antepasados, como por los muchos bienes de fortuna que poseia. Es muy probable que sus padres fueron cristianos, y que se dedicaron con los mayores desvelos á darle una educacion digna de su religion y de su ilustre nacimiento. Siguiendo la costumbre de las personas de su calidad, abrazó la profesion de las armas, y sirvió á los emperadores con honor y con distincion, dando en muchas ocasiones tan señaladas pruebas de singular valor, que se cree haberle merecido el nombre de Víctor sus mismas hazañas.

Tres ó cuatro años despues que el emperador Maximiano Hercúleo, colega de Diocleciano, habia mandado hacer pedazos la legion Tebana, compuesta toda de cristianos, y mandada por su jefe san Mauricio, pasó á la ciudad de Marsella hácia el año de 290. Era á la sazon aquella ciudad mucho mas ilustre por el zelo de la religion y por el crecido número de fieles que la ocupaban, que por su antigüedad, por la multitud de sus habitantes, por lo que florecian en ella las ciencias y las artes, por sus riquezas y por su esplendor, en que disputaba á la misma Roma la majestad y la opulencia. Acaso no se encontraria en aquel tiempo en todo el imperio romano otra ciudad en que la fe de Jesucristo hubiese hecho tantos progresos, y donde la religion cristiana triunfase con mayor gloria; motivo que obligó al emperador, enemigo mortal del nombre cristiano, á trasladarse á ella para hacer alguna mansion: y por lo mismo se sobresaltaron con su venida todos los cristianos. Dió órden Maximiano de que todos fuesen arrestados, y en un instante se llenaron las prisiones. Era Víctor entonces oficial en las tropas del emperador, y viendo á sus hermanos en aquel peligro, se sintió inflamado en zelo por la religion, no menos que encendido en una ardiente caridad; y como por otra parte era hombre hábil, elocuente, de gran persuasiva, y tan animoso, que, en vez de acobardarle los riesgos, le daban mayor espíritu, no conocia al miedo, y con el mayor desembarazo iba todos los dias á las cárceles á visitar los confesores de Jesucristo; y por las noches andaba toda la ciudad de casa en casa fortificando á todos en la fe, y animándolos al martirio.

Al mismo tiempo que los esforzaba con sus palabras, los socorria con sus crecidas limosnas, no pudiendo ser su zelo ni mas ardiente, ni mas compasivo, ni mas eficaz. Acompañaba á los mártires hasta el

cadalso, alentábalos hasta que rendian el último suspiro, y despreciando generosamente los peligros, cada dia hacia nuevas conquistas á Jesucristo.

No era posible se dilatase mucho el premio correspondiente á una profesion del cristianismo tan intrépida y tan animosa á los ojos mismos del mayor enemigo del nombre cristiano. Fué acusado Víctor, no solo como cristiano, sino como el enemigo mas capital de los dioses del imperio, y le sorprendieron cuando estaba ejerciendo las santas y gloriosas funciones de verdadero soldado de Jesucristo. Arrestósele de órden del emperador, y se le condujo al tribunal de los dos prefectos Asterio y Eutiques, oficiales generales del mismo príncipe que administraban la justicia en la ciudad. Ambos eran amigos particulares de Víctor; y recibiéndole con mucho honor, no solo no le trataron como á prisionero, sino que le hablaron como á amigo, calificando de calumnia la acusacion.

« No creas, *le dijeron con semblante risueño y apacible*, no creas que nos han hecho mucha impresion las voces que corren por ahí; tenémoste muy conocido, y no nos podemos persuadir que un hombre tan discreto sea cristiano. Sóbrate mucho entendimiento y mucho juicio para dar en unas extravagancias y en unas supersticiones tan indignas de un hombre de tu calidad, las cuales haciéndote perder la gracia del emperador, te privarian de tus empleos, te precipitarian en las mayores desdichas, y al fin te costarian la vida. Mucha merced me haceis, *respondió el santo,* en suponerme hombre de tanto entendimiento; pero si tengo alguno, no puedo dar mejor prueba de ello que siguiendo la religion cristiana. Esas que vosotros llamais supersticiones, son unas verdades tales, que todo hombre de razon se debe rendir á ellas; y el nombre de cristiano tan lejos está de desdorar mi calidad, que, hablando en rigor, la verdadera nobleza y la verdadera

gloria consiste precisamente en el culto que se tributa al único Dios verdadero. Estimo y respeto la gracia del emperador, buena prueba es mi pronto rendimiento á su voluntad imperial en todo lo que no se oponga á mi religion; pero, en tratandose de abandonar esta, antes abandonaré los empleos, los bienes y la vida misma. »

Quedaron suspensos los dos oficiales al oir una respuesta tan discreta como generosa; pero recobrándose Asterio, le replicó: « No es posible hayas hecho reflexion sobre las funestas consecuencias á que te expone ese capricho. Ni yo puedo creer (*añadió Eutiques*) que tú mismo sientas seriamente lo que dices. ¡Qué, adorar como á Dios, y creer como solo Dios verdadero á un hombre, que sabemos murió ajusticiado en un afrentoso madero! ¡Y creerlo tan firmemente, que esté un hombre pronto á sacrificar la vida por sostener este delirio! Muy insensato ha de ser el que abrace semejante religion. Si la conociérais bien (*replicó Victor*), hablaríais de otra manera. Ese hombre muerto en una cruz por la salvacion de los hombres, es verdadero Hijo de Dios; y él mismo resucitó al tercero dia por su propia virtud. Vuestros dioses sí que son unos dioses muertos; ni en vuestros ídolos adorais otra cosa que á los demonios. Su misma multitud es la mejor prueba de su ningun poder. Adorar á los demonios es extravagancia, y rendirles culto es impiedad. » Al oir esto, los que estaban presentes levantaron descompuestamente el grito, cargándole de injurias, sin que Víctor diese señal de la mas mínima alteracion. Díjole entonces Asterio: « Ya ves la indignacion del público; nosotros no podemos menos de dar cuenta al emperador de tu desobediencia. Tambien yo soy oficial de sus ejércitos (*respondió Víctor*), y ninguno habrá notado en mí la menor cobardía ni infidelidad en su servicio:

pero al mismo tiempo soy soldado de Jesucristo, y quiero serle fiel; vosotros cumplid con vuestra obligacion.»

Informado Maximiano de todo lo sucedido, fué grande su indignacion por lo mismo que estimaba á Víctor como á uno de los mas valerosos soldados de su ejército. Lleváronle á su presencia, y le recibió de manera que mostró bien lo mucho que sentia verse precisado á valerse de amenazas para intimidarle; pero el santo estuvo aun mas intrépido y mas resuelto delante del emperador que delante de los prefectos. No pudo sufrir su constancia el genio cruel de Maximiano; arrebatado de cólera, mandó que le atasen por los piés á la cola de un fogoso caballo, y que fuese arrastrado de esta manera por toda la ciudad, no dudando que los cristianos se atemorizarian á la vista de un suplicio tan desacostumbrado. Ejecutóse la órden; concurrió todo el pueblo al espectáculo; y como se habia esparcido cuidadosamente la voz de que Víctor era el mayor enemigo que tenian los dioses, cada uno juzgaba hacer un acto de religion en cargarle bien de injurias. Arrojábanle piedras, sembraban las calles de cascotes de hierro, irritaban el caballo á latigazos, y todos procuraban hacerle mas cruel aquel tormento. Creyóse desde el principio que luego espiraria, viéndole tan ensangrentado, tan molido y tan despedazado, cubiertas de su sangre todas las calles, sin haberle quedado ya mas que la figura de hombre; pero le conservaba Dios para mayores tormentos, y para que triunfase en él la religion en medio de suplicios mucho mas terribles. Desataron aquel cuerpo desfigurado, despedazado y bañado todo de sangre, y le volvieron á presentar delante de los prefectos, los cuales, viéndole en estado tan lastimoso, creyeron habria poco que hacer para vencerle.

« Esto es (*le dijeron*) lo que has ganado con tu terquedad; suplicámoste como amigos que te rindas á la voluntad del emperador, y que no quieras apurar toda su paciencia. No me tengais mucha lástima (*les respondió el santo*) por el estado en que me veis; el amor que los cristianos tenemos á Dios, y la segura esperanza de conseguir los bienes que no tienen fin, hacen muy preciosos para nosotros los trabajos de esta vida. Créeme á mí (*replicó Asterio*), y no arriesgues los bienes presentes y efectivos por los imaginarios y futuros. » Animado entonces el santo del espíritu de Dios, le hizo un dilatado discurso así á él como á la multitud que le escuchaba sobre la verdad de la religion cristiana y sobre la locura del paganismo. Pero como algunos se burlasen de que los cristianos colocaban su esperanza en unos bienes futuros, de los cuales no tenian ni pruebas ni experiencia: « La prueba mas concluyente (*dijo Victor*) de la seguridad con que esperamos estos bienes, son los suplicios que padecemos con tanta alegría solo por lograrlos; y aquí estoy yo pronto á servir de nuevo ejemplo. »

Viendo los jueces que comenzaba á excitarse en el pueblo un sordo murmullo, y temiendo algun motin, deliberaron entre sí lo que debian hacer. Convinieron luego en que era menester castigar aquella osadía y el desprecio de los dioses; pero no se conformaron en el género del suplicio, y se acaloraron tanto en esta disputa, que Eutiques se retiró. Quedó solo Asterio, y queriendo complacer al emperador, condenó al santo á los mas crueles tormentos. Dió principio mandando aplicarle á la cuestion con tanta impiedad, que, á no conservarle Dios milagrosamente, hubiera perdido la vida. Durante este suplicio, levantaba Víctor los ojos al cielo, y pedia al Padre de las misericordias paciencia para tolerarle. Apareciósele Jesucristo con una cruz en la mano, dióle su bendicion, y le dijo que él

mismo era el que padecia en sus mártires, que los alentaba, los sostenia en sus combates, y al fin los coronaba despues de la victoria. En el mismo instante se sintió Víctor sin el mas mínimo dolor; y llenándose su corazon de un dulcísimo consuelo, se halló tan fortalecido con estas palabras, que, sin atender siquiera á lo que padecia, estaba enteramente ocupado en rendir mil gracias al Salvador por aquella gran merced. De esta manera cansó el santo al prefecto y á los verdugos; tanto, que, viéndole Asterio como insensible, mandó que le desatasen del potro, y que le encerrasen en un oscuro calabozo; pero apenas entró en él cuando todo se bañó de una celestial luz mas resplandeciente que la del mismo sol. En vista de este prodigio, tres soldados que le hacian guardia, llamados Alejandro, Longino y Feliciano, se arrojaron á los piés de Víctor protestando qué no habia otro verdadero Dios que el Dios de los cristianos, y pidiendo con instancia el bautismo. Instruyólos el santo lo mejor que pudo, y las circunstancias del tiempo lo permitian; mandó llamar á algunos presbíteros, llevólos á la orilla del mar, donde fueron bautizados, siendo el mismo santo su padrino, como lo dicen las actas del martirio, y se volvió con ellos á la cárcel, donde pasaron todos el resto de la noche dando á Dios muchas gracias por sus grandes misericordias.

Noticioso Maximiano la mañana siguiente de la conversion de los tres soldados, entró en una furiosa cólera, y mandó luego fijar un edicto, en que sentenciaba á los tres á ser prontamente degollados, y á Víctor, que los habia encantado con sus hechicerías, á que fuese aplicado segunda vez á otra tortura mucho mas rigurosa que la primera. No se turbó nuestro santo, y solo atendió á esforzar á los tres soldados, animándolos á despreciar generosamente

la muerte. Refirióles que el dia antecedente le habia consolado el Señor, y los exhortó á que se mostrasen dignos del honor que les hacia Jesucristo, exponiéndolos al combate en el instante mismo en que entraban en su milicia. Fueron conducidos todos cuatro á la plaza que estaba delante de la cárcel, y se llama hoy la plaza de Linche, adonde habia concurrido todo el pueblo, los gentiles para saciar su inhumanidad y su rabia contra los cristianos, y los cristianos para ver combatir los santos mártires en defensa de la religion, y para ser testigos de su triunfo en medio de los suplicios. Era Víctor el objeto principal contra quien se desenfrenaba el furor de los gentiles; cargábanle de injurias y de imprecaciones, pretendiendo obligarle con descompasados gritos á que hiciese retractar á los tres soldados de los embustes y supersticiones en que los habia imbuido con sus hechicerías y sortilegios; pero el santo, despreciando generosamente la gritería y los insultos del fanático populacho, redobló su zelo para animarlos al martirio, y tuvo el consuelo de verlos morir con tan valerosa constancia, que admiró hasta á los mismos paganos. Cortáronles la cabeza en presencia de Víctor, que derramaba dulces lágrimas de gozo, rindiendo mil gracias al cielo, y pidiendo con instancia al Señor le hiciese participante de la misma gloria.

Pero aun no le fué entonces concedida esta dicha; hiciéronle todavía padecer otra tortura mas rigurosa para satisfacer al pueblo idólatra, cada dia mas sediento de la sangre de los cristianos. Volviéronle á suspender en el ecúleo, y por largo espacio de tiempo golpearon cruelmente su cuerpo con vergas. Su paciencia, siempre victoriosa de los mas desapiadados suplicios, convirtió gran número de paganos, reconociendo y confesando que sin asistencia sobrenatural y divina no era posible resistir á tantos tor-

mentos, y mucho menos padecerlos con tan visible alegría. Volviéronle á la cárcel, donde estuvo tres dias clamando continuamente al Señor por la palma del martirio.

Muy presto tuvo su efecto esta fervorosa oracion. Pareciéndole á Maximiano que no era tratado Víctor con todo el rigor que merecia, avocó á sí la causa, y él mismo quiso ser su juez. Mandóle traer á su presencia, volviéndole á examinar judicialmente sobre su fe; valióse de promesas, de amenazas, y de los tormentos á que le aplicó tercera vez. Como nada de esto alterase su constancia, hizo traer un altar, púsosele delante, mandóle ofrecer incienso á Júpiter en su presencia, y se lo mandó en un tono tan terrible, tan espantoso, que se atemorizaron hasta los mismos gentiles. Abrasado entonces el santo de un extraordinario zelo, y lleno de una santa indignacion al nombre solo del horrible sacrilegio á que se le queria precisar, dió un puntapié al ídolo y al altar, y lo echó todo por tierra. Espumando de cólera el tirano, mandó que al punto le cortasen aquel sacrílego pié; alargóle intrépidamente Victor al verdugo, y sufrió aquel tormento con la misma alegría que todos los demás. Rabioso Maximiano por no poder doblar la heróica constancia del generoso soldado de Jesucristo, mandó que le pusiesen debajo de una rueda de molino hasta que se hiciesen harina todos sus huesos. Ejecutóse la órden; pero apenas fué el santo aplicado á este suplicio, cuando se hizo pedazos la máquina que daba movimiento á la rueda. Retiráronle de ella, aunque ya con todos los huesos molidos; y viendo el emperador que todavía respiraba, no pudiendo sufrir el verse vencido, mandó que le cortasen la cabeza, y al mismo tiempo se oyó una voz del cielo, que decia: *Venciste, dichoso Victor, venciste.*

Pareciéndole al tirano que podria triunfar de los mártires, á lo menos despues de muertos, dió órden de que fuesen arrojados al mar los cuerpos de nuestro santo y de los tres soldados degollados tres dias antes; pero dispuso Dios que la misma agua los echase á tierra en la orilla opuesta del puerto, de donde los retiraron los cristianos, y les dieron sepultura á pocos pasos de distancia, la que hizo gloriosa el Señor con gran número de milagros. Recibió san Víctor la corona del martirio el dia 21 de julio del año de 303.

El año de 410 pasó del Oriente à establecerse en Marsella el célebre Juan Casiano, tan conocido por su libro *de las colecciones de los Padres*; y ordenado de sacerdote por el obispo Venerio, fundó en el mismo lugar de la sepultura del santo mártir un famoso monasterio, que es hoy la ilustre abadía de san Víctor de la religion de san Benito, donde se guardan sus preciosas reliquias, menos el pié, que en el año de 1362 regaló á la abadía de san Víctor de París Juan duque de Berry, hijo del rey Juan, y al duque se le habia presentado el papa Urbano V, cuando era abad de San Víctor de Marsella. Esta abadia de San Víctor de París habia sido un simple priorato de monjes benedictinos, dependiente de la abadía de San Víctor de Marsella, hasta que en el año de 1173, Luis el Craso, rey de Francia, la convirtió en monasterio de canónigos reglares.

Cada año se renueva en esta abadía de París la memoria del recibimiento del santo pié en el dia 23 de julio, cuya conmemoracion se hace con grande solemnidad, en testimonio de lo mucho que se estima aquella preciosa reliquia.

En el ilustre monasterio de las religiosas benedictinas de Marsella se ve hasta el dia de hoy la cárcel, ó el calabozo subterráneo donde estuvo preso el

santo mártir, y en frente está la plaza donde probablemente *consumó su glorioso martirio*, y en la cual 250 años antes habia san Lázaro consumado el suyo.

SANTA PRAXEDES, VÍRGEN.

Entre las ilustres familias, que abrazaron la fe de Jesucristo en el tiempo de los apóstoles, fué una la del nobilísimo senador Prudencio, quien, ilustrado con la luz del Evangelio y bautizado por san Pedro, tuvo la dicha de que su casa fuese la primera en la capital del orbe cristiano, donde celebró el príncipe de los apóstoles los misterios de nuestra santa religion; y fué consagrada despues en iglesia bajo el título del Pastor. De este padre felíz fué hija santa Praxedes, natural de Roma. Se dejan discurrir los progresos que haria Praxedes en la virtud bajo la enseñanza de los varones apostólicos, especialmente de san Pio, pontífice primero de este nombre, á quien principalmente atribuyen *la educacion de esta* ilustre vírgen sus actas; aunque las instrucciones de Pio no hicieron mas que fomentar las impresiones de la gracia, la cual produjo en su tierno corazon unos sentimientos tan nobles y tan cristianos, que en su juventud ya parecia haber llegado á una suma y eminente perfeccion, siendo reputada por uno de los prodigios del cristianismo, y por el modelo mas perfecto de las piadosas matronas de Roma.

Aunque por su rara hermosura, calificada nobleza, vivo y perspicaz ingenio podia aspirar Praxedes á ser una de las primeras y de las mas principales señoras *del mundo*; *todos los atractivos* brillantes del siglo no fueron capaces de deslumbrar su entendimiento, estando bien persuadida que el mayor elogio de una

doncella cristiana consiste en una justificada, modesta y virtuosa conducta. La alta idea que concibió desde luego de la pureza, la hicieron consagrar su virginidad á su esposo Jesucristo, y seguirle en los trabajos y amargura de su cruz; para lo cual, retirada de los peligros del siglo, pasaba su vida empleada en los santos ejercicios de oracion, vigilias, ayunos y penitencias.

Los caritativos oficios que con los pobres cristianos practicaba la santa en aquellos calamitosos siglos, en que todo era tumulto y persecucion contra la Iglesia, dieron á conocer en Roma el gran fondo de su piedad. Todos los cristianos miraban su casa como general hospicio, donde hallaban consuelo en sus aflicciones y asilo en sus conflictos, invirtiendo la santa con manos liberalísimas su cuantioso patrimonio en el socorro de los necesitados. No fué menos admirable su zelo por el aumento del culto divino: á sus ruegos consagró en iglesia titular de Roma san Pio I la casa de su padre Prudencio, bajo el título del Pastor: lo mismo hizo con la de un presbítero llamado Novato con las termas de su nombre, y no omitió igual donacion graciosa de su propio domicilio, á fin de que en todos se celebrasen los divinos misterios, y se administrasen los sacramentos.

Suscitó el emperador Antonino Pio una de las persecuciones que padeció la Iglesia, no bien hallado con la tregua pacífica que le concedió por algun tiempo de su reinado, portándose al fin como pagano é idólatra. Penetrado el piadoso corazon de la santa del mas vivo dolor al ver las miserias de los muchos cristianos que gemian entre duras prisiones, animada de una caridad sin límites, iba á las cárceles para consolar á los afligidos, y para alentarlos con sus sabias y eficaces persuasiones á que se mantuviesen firmes en la confesion de Jesucristo, ocupándose con

el mismo valor en dar sepultura á los ilustres mártires que murieron en aquella borrasca, sin temer la doncella los peligros á que exponia cada dia su vida; pues sus deseos no eran otros que ser participante de sus gloriosos triunfos.

Sabedor Antonino que en casa de Praxedes se congregaban los cristianos para celebrar las funciones de su religion, dió providencia para que los arrestasen sus ministros, quienes prendieron con Simetrio, presbítero, á otros veinte y dos confesores, que el emperador mandó degollar sin proceso alguno. Sintió la santa en el alma el suceso, y no pudiendo sufrir su compasivo corazon la inhumanidad que ejecutaban los paganos con los inocentes fieles no por otra causa que la de resistirse á prestar adoracion sacrílega á las falsas deidades, rogó al Señor se dignase sacarla de esta penosa vida. Oyó el Señor sus fervorosas súplicas, y le concedió esta dicha en 21 de julio del año 159. Dieron sepultura al venerable cuerpo los fieles en el cementerio de Priscila, contiguo al de su padre y de su hermana Pudenciana.

Erigida la casa de Praxedes en título, como queda dicho, se tuvo en grande veneracion en Roma desde los primeros siglos; pero habiendo padecido algunas ruinas en los tiempos sucesivos, se interesaron despues en su reedificacion y adorno la santidad de Pascual II, san Carlos Borroméo y Alejandro, cardenal de Médicis, que ascendió á la dignidad pontificia con el nombre de Leon XI, devotos cordialísimos de la santa, cuyas reliquias se conservan en la iglesia de su título, de las cuales se han trasladado algunas á diferentes partes del cristianismo, entre otras á Mallorca, y en todas se les tributa la veneracion correspondiente.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, santa Praxedes, vírgen, que, educada en la práctica de la castidad y de la ley de Dios, y entregándose á continuas vigilias, á la oracion y al ayuno, murió en la paz del Señor, y fué enterrada junto á su hermana Pudenciana en la via Salaria.

En Babilonia, san Daniel, profeta.

En Marsella, la fiesta de san Victor, que, siendo soldado, y no queriendo llevar las armas por no sacrificar á los ídolos, fué desde luego arrestado y consolado por la visita de un santo ángel: atormentado despues de muchos modos, consumó al fin su martirio, aplastado por una piedra de molino. Con él fueron tambien martirizados otros tres soldados, Alejandro, Feliciano y Longino.

En Troyes, santa Julia, vírgen y mártir.

En el mismo lugar, el martirio de san Claudiano, san Justo y san Incundino con cinco compañeros, bajo el emperador Aureliano.

En Comanes en Armenia, san Zótico, obispo y mártir, que fué coronado bajo Severo.

En Strasburgo, san Arbogasto, obispo, ilustre por sus milagros.

En Siria, san Juan, monje, colega de san Simeon.

En Sange de Erva cerca de Sablé, san Serne, solitario.

En el país de los Vosgos en Lorena, san Juan y san Benigno, gemelos, monjes bajo de san Hidulfo, muertos en el mismo dia.

En Tournay, el venerable Charlar, canónigo de Nuestra Señora, célebre por su singular modestia y profusiones para con los pobres.

En Cesena en Italia, los santos mártires Tipógrates, Adrianito y algunos otros.

Tambien en Comanes, el martirio de san Basilisco de Amasea.

En Emesa, el fallecimiento de san Simeon Salus.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui nos concedis sanctorum martyrum tuorum Victoris, et sociorum ejus natalitia colere: da nobis in æterna beatitudine de eorum societate gaudere. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que nos concedes la gracia de que celebremos el nacimiento al cielo de los gloriosos mártires san Víctor y sus compañeros; concédenos tambien la de que gocemos de tu eterna bienaventuranza en su santa compañía. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 11 del apóstol san Pablo á los Hebreos, y la misma que el dia XVIII, *pág.* 425.

NOTA.

« Escribióse esta admirable epístola antes de la » destruccion del templo de Jerusalen, como se re» conoce por todo lo que se dice en ella de los sacer» dotes y de los sacrificios de la ley. Tambien da » bastantemente á entender el Apóstol que la escribió » en Italia; y aun san Crisóstomo, Teodoreto y algu» nos otros son de parecer que la escribió en Roma, » poco despues que se le dió libertad sacándole de » la cárcel. »

REFLEXIONES.

Si se considera lo mucho que padecieron por Jesucristo aquellos héroes cristianos, y si se hace reflexion á lo que nosotros hacemos por el mismo Señor, ¿no se podrá dudar si ellos reconocieron otro Evangelio distinto del nuestro, ó si nosotros profesamos otra religion diferente de la suya? La delicada vida de los cristianos de nuestros tiempos, sus costumbres, sus máximas y su licencia, todo induce tan enorme desproporcion entre nuestra moral y la de los primeros fieles, que con razon se puede preguntar

si tenemos la misma fe. ¿Es igual á la suya nuestra caridad? Con todo eso, ¡cosa admirable! todavía nos atrevemos á tener tanta, ó mayor esperanza. Los mismos que van marchando por aquellos mismos caminos que Jesucristo declaró guiaban directamente á la perdicion, esos mismos se lisonjean de que sin mudar de rumbo han de llegar dichosamente al puerto de la salvacion. Es cierto que ya se acabó el tiempo de las persecuciones; pero el tiempo de las tentaciones dura por toda la vida. Es el mundo el grande y declarado enemigo de Jesucristo, pudiéndose decir que es como el sucesor de los Maximianos y de los Dioclecianos, por la eterna persecucion que declara á todos los buenos, y á cuantos conforman sus costumbres á las máximas del Evangelio. A ninguno perdona; no hay virtud cristiana que se escape á su censura; todas son condenadas en su injusto tribunal. Modestia, circunspeccion, pudor en las mujeres, piedad, moderacion, retiro en personas distinguidas, virtud sobresaliente, ejemplos de edificacion, caridad universal, intencion recta, inocencia, fervor, todo lo que honra á la religion irrita á los mundanos y alborota su mal humor. El mundo proscribe á los devotos, y se amotina con furor contra los santos. Basta ser discípulo de Jesucristo para incurrir en su desgracia. ¡Cuánto da que padecer á aquellas almas virtuosas, á aquellos hombres justos de quienes él no era digno! Arrójalos de su lado, exclúyelos con desprecio y con indignacion de sus concurrencias, y les hace sufrir una persecucion muy poco diferente de la de los tiranos. Pero ¡infeliz de aquel que se rinde á su tiranía! Por la flaqueza y por la cobardía de muchos cristianos se forma, por decirlo así, dentro del mismo seno de la religion cierta clase de apóstatas. Témese mucho á este tirano imaginario; pero ¿cuándo hubo temor mas vano? Se hace

grande aprehension de sus juicios, se pone el mayor cuidado en no disgustarle; y fuera mejor ponerle en no darle gusto. Ni aun se esperan sus amenazas; antes que estas lleguen no hay valor para obrar bien, solo porque se sabe que la virtud no es del gusto del mundo. ¿Qué se dirá si reformo el tren, si me retiro de las reuniones, si mudo de vida? ¿Y será posible que hombres, por otra parte capaces, entendidos, se intimiden, se espanten, se detengan por este ridículo respeto humano, que en rigor no es mas que un fantasma?

Con todo eso, este fantasma hace en la mayor parte de los cristianos de estos tiempos casi el mismo efecto que hacian las amenazas de los emperadores gentiles en los corazones de muchos fieles cobardes de los primeros siglos. Intimidados estos de los tiranos, apostataban de la fe de Cristo; y acobardados aquellos por los respetos humanos, no se atreven á declararse por el Evangelio. Nunca nos olvidemos de este oráculo: *El que se avergonzare de mi y de mis palabras, el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga lleno de gloria y de majestad.*

El evangelio es del cap. 11 de san Mateo.

In illo tempore, respondens Jesus, dixit: Confiteor tibi, Pater, Domine cœli et terræ: quia abscondisti hæc à sapientibus, et prudentibus, et revelasti ea parvulis. Ita, Pater: quoniam sic fuit placitum ante te. Omnia mihi tradita sunt à Patre meo. Et nemo novit Filium, nisi Pater: neque Patrem quis novit, nisi Filius, et cui voluerit Filius revelare. Venite ad me omnes qui laboratis, et

En aquel tiempo respondió Jesus, y dijo: Glorifícole, ó Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas á los sabios y prudentes, y las has revelado á los párvulos. Sí, Padre, porque esta ha sido tu voluntad. Todo me lo ha entregado mi Padre. Y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce alguno sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo le quisiere re-

oneratí estis, et ego reficiam vos. Tollite jugum meum super vos, et discite à me, quia mitis sum, et humilis corde: et invenietis requiem animabus vestris. Jugum enim meum suave est, et onus meum leve.

velar. Venid á mí todos los que trabajais, y estais cargados, y yo os aliviaré. Llevad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon: y hallaréis el descanso de vuestras almas. Porque mi yugo es suave, y mi carga es lijera.

MEDITACION.

DEL VENCIMIENTO DE LAS PASIONES.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no tenemos mayores enemigos que nuestras propias pasiones. Ellas alteran nuestra quietud desde que nacemos. ¡Qué lazos no nos arman! ¡qué heridas no nos abren! Ninguna que no tire á condenarnos; ninguna que no se empeñe en perdernos. Buen Dios, ¡cuántos disgustos se excusarian, de cuántos malos pasos nos librariamos, qué vejez tan dulce lograríamos, si desde luego nos aplicáramos á domar estos irreconciliables enemigos de nuestro reposo y de nuestra salvacion! No hay edad exenta de pasiones. ¿Eres niño? Las pasiones son de ordinario los únicos resortes que, por decirlo así, ponen en movimiento toda la máquina. ¿Eres jóven? Esa es la edad en que tienen mas fuerza, mayor vigor, y en que hacen mas lastimosos estragos. La edad mas madura por lo comun las hace mas fieras; á la verdad modera un poco sus ímpetus y su fogosidad, pero no las purga del veneno. La vejez debilita las fuerzas del cuerpo y del espíritu, mas no la de las pasiones. Engáñanse los que juzgan que el tiempo las sujeta; por el contrario, el tiempo las hace mas imperiosas y mas absolutas. Cuanto mas larga es la posesion, alegan

mayor derecho; y para ellas la costumbre antigua tiene fuerza de prescripcion.

Pero no solo son las pasiones cosecha de todas las edades; lo son tambien de todas las condiciones y de todos los estados. Para ellas no hay país extraño ni forastero. Ni son inaccesibles á su poder los desiertos mas espantosos. No hay género de vida que las acobarde; como las admitan, á todo se acomodan. Ellas se burlan del genio, del humor, y hasta de la misma devocion; y no estando siempre muy alerta, aunque se tenga la mejor intencion y la mejor voluntad del mundo, hay gran riesgo de ser el juguete, y aun la víctima de sus propias pasiones. Cada pasion, digámoslo así, tiene su distinto idioma; y en medio de eso, todas ellas dicen una misma cosa. Todas conspiran contra nuestra salvacion; no hay siquiera una que no se oponga á la doctrina del Evangelio, y que, sujetándonos á los sentidos, no nos desvíe de nuestro último fin. Estos son aquellos fieros, temibles enemigos domésticos que nos hacen una guerra mortal, sin que por nuestra parte nos atrevamos á hacerles resistencia; ¿pues qué maravilla es que al cabo seamos esclavos suyos, ni que gimamos oprimidos bajo el yugo de esta esclavitud?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que con este género de enemigos no hay medio; ó vencer, ó ser vencido. Lo mismo es darles treguas, que ser derrotado. No hay cosa que tanto aumente la fuerza de las pasiones, como el tratarlas bien; en perdonándolas, se hacen mas violentas. Sucede á las pasiones lo que á la calentura; por un momento parece que la apaga un vaso de agua fria; pero esto es puntualmente lo que la enciende mas. En no domándose enteramente la pasion, en no exterminándola y aniquilándola con victorias completas

y reiteradas, se hace mas furiosa, y sabe muy bien desquitarse del tiempo que la tuvieron oprimida. Líbrenos Dios de vencer no mas que á medias á este enemigo; siempre será funesto el fin de la funcion y del combate. De aquí nace que, despues de aquella frecuencia algo mayor de sacramentos; despues de aquellos ejercicios en que se dió un golpe á este enemigo, vuelve á reforzarse la pasion, y nos ataca con mayor fuerza que nunca. Si desde el mismo instante que nacen las pasiones se les hiciera una guerra viva y continuada, fácilmente se conseguiria el intento de domarlas; pero nos contentamos con quejarnos de su importunidad; háceseles no mas que una débil resistencia; declaráseles la guerra con flojedad; de manera que el que obra así mas parece temerlas y fomentarlas, que perseguirlas. No nos admiremos, pues, de que nos causen tantos daños, ni de que consigan mil ventajas sobre nosotros: hácense fieras con estos sucesos tan frecuentes, y al cabo nos tiranizan. ¡O buen Dios, cuánto no dan que padecer durante la vida, y cuál será el fruto de sus victorias en la hora de la muerte! Obra suya es nuestra eterna condenacion. Los Saúles, los Salomones, los Judas, los Orígenes, los Tertulianos y tantos otros son triste y funesta prueba de lo que pueden las pasiones, cuando se anda con ellas en contemplaciones. Apáguense en los cristianos las pasiones, y se puede decir que se apagó para ellos el infierno.

¡O mi Dios, y qué bien he aprendido yo en la escuela de mi cobardía! ¡cuánta verdad es lo que medito! ¿Y no temeré ya, si todavía prosigo en dejarme vencer de un enemigo tan terrible? Flaco soy, Señor, bien lo veis vos; y por lo mismo conoceis cuán grandes, cuán poderosos auxilios he menester para combatir y para vencer á un enemigo que tira directamente á estorbarme la salvacion. Unicamente

fontío en vuestra gracia, y en fe de ello me atrevo á prometeros que no haré treguas con mis pasiones, y que no las dejaré respirar hasta haberlas vencido del todo.

JACULATORIAS.

Eripe me de manu inimicorum meorum, et à persequentibus me. Salm. 30.

Líbrame, Señor, de las manos de mis enemigos, que me persiguen para perderme.

Persequar inimicos meos, et comprehendam illos; et non convertar donec deficiant. Salm. 17.

Lleno de confianza en vos, Dios mio, perseguiré á mis enemigos, los atacaré, y no me retiraré hasta haberlos enteramente derrotado.

PROPOSITOS.

1. Ten presente que perdonar á una pasion es suministrarle armas. Créese que se la irá debilitando poco á poco, y se engaña el que lo cree; la tolerancia le da alientos y la fortifica. Aun es error mas grosero pensar librarse de ella contentándola y satisfaciéndola. ¿Es posible que no se adviertan los funestos estragos que hace cada dia este enemigo doméstico? Se conocen, se experimentan, se lloran; porque ¿quién deja de gritar contra las pasiones? Pero á esto se reduce todo; no pasa adelante la cólera. Armate desde este punto contra ese enemigo, no sufras que te tiranice; atácale de frente; considera cuál es su fin, sus armas y sus artificios; si es la pasion del deleite, acude á la mortificacion de los sentidos, y echa mano de las armas de la penitencia; si la ambicion y el orgullo, en la humildad cristiana, y mucho mas en las humillaciones y en los desprecios hallarás con que domar estos fieros y terribles enemigos; si es la cólera, haz estudio particular de conservar siempre una dulzura

inalterable á prueba de todo accidente. Para reprimir sus ímpetus, es medio muy eficaz el callar luego que se exalta, y retirarse por algunos instantes.

2. Examina cuáles son tus pasiones, y por la mañana, cuando ofrezcas las obras del dia, haz á Dios una oracion particular, pidiéndole te asista con su gracia para vencerlas. Todos los dias, ó á lo menos de cuando en cuando, haz algunas penitencias, ofrece algunas comuniones y algunas limosnas para que el Señor te conceda esta importante victoria. Escoge por especial patron algun santo que haya sobresalido en aquella virtud que necesitas. Estos son auxilios necesarios para lograr el vencimiento. Desconfía de tu flaqueza; pero confiando al mismo tiempo en la divina gracia, no omitas medio alguno que pueda conducir para domar á este enemigo. Sobre todo, guárdate bien de dejarte mandar de tus pasiones; ya que no las puedas aniquilar y destruir, por lo menos ténlas sujetas, abatidas, y por decirlo así, encadenadas.

DIA VEINTE Y DOS.

SANTA MARÍA MAGDALENA.

Santa María Magdalena, tan célebre en el Evangelio por su inseparable adhesion á la persona de Cristo, y por su dolorosa penitencia, fué originaria de Betania, pueblo reducido, á tres cuartos de legua de Jerusalen, mansion ordinaria de su familia. Segun san Antonino, su padre se llamó Syr, y su madre Eucaria, muy conocidos entre los judíos, tanto por sus muchos bienes de fortuna, como por el distinguido papel que hacian en la provincia. Tuvieron un hijo y dos hijas, Lázaro, que fué el primogénito, Marta y María.



Sta. MARIA MAGDALENA.

Muertos el padre y la madre, los hermanos repartieron entre sí la hacienda; á Lázaro y á Marta les tocó la que habia en Betania y en las cercanías de Jerusalen, y á María le cupo el castillo de Magdelon, ó de Mágdalo, situado en la provincia de Galilea. Quedóse por algun tiempo en Betania, con su hermano y su hermana, los cuales, reconociendo la excesiva vivacidad de su genio, y la violenta inclinacion que mostraba á la profanidad, á la diversion y al desahogo, hicieron cuanto pudieron para inspirarle el santo temor de Dios, la modestia y la compostura propia de su sexo.

Pero aprovechó poco su zelo; cansóse presto María de una vida tan arreglada, y resolvió sacudir de sí aquel pesado yugo. A su natural vivo y orgulloso, á su espíritu brillante, á su corazon enteramente mundano, acompañado todo de una rara hermosura, se le hacia insoportable la vigilancia de una hermana que hacia pública profesion de la mas ajustada virtud. Tomado, pues, su partido, se retiró á su castillo de Mágdalo en Galilea, como á propia posesion, que le habia tocado en su legítima. Allí olvidó bien presto, así las lecciones, como los ejemplos de sus padres y de sus hermanos. Las frecuentes visitas de mucha gente moza y divertida, su despejo y su desembarazo, algo mayor de lo que fuera justo; ciertos modales un poco mas libres de lo que permitia la modestia, hicieron poca merced á su reputacion, siendo su pasion dominante la de parecer bien y tener muchos cortejos. Ya no pensaba Magdalena en otra cosa que en divertirse: las galas, los perfumes, las joyas mas exquisitas daban mayor lustre á su hermosura natural; y abusando de su libertad, en breve tiempo fué el escándalo público de toda la provincia. Por aquel tiempo, poco mas ó menos, comenzaba el Salvador á llenar toda la Judea del ruido de

sus milagros y de su santidad: Lázaro y Marta fueron de los primeros discípulos que se agregaron, y clamaron incesantemente á su piedad por la conversion de una que llevaba una vida tan licenciosa y tan perdida. Oyó benignamente el Hijo de Dios sus piadosos ruegos, y como habia venido al mundo singularmente por los pecadores, movió el corazon de aquella insigne pecadora. Predicaba en Betsáida y en Cafarnaum no lejos del castillo de Mágdalo, cuando, movida Magdalena de las maravillas que oia decir de aquel gran Profeta, le fué á oir por curiosidad. Apenas le oyó, cuando quedó convertida. Alumbró la gracia su entendimiento, penetró su corazon, y en el mismo punto concibió tanto horror de sus culpas, que no dilató ni un solo instante la penitencia. Informóse donde podia encontrar al Salvador, y supo que estaba convidado aquel dia á comer en casa de Simon el fariseo, con todo lo mas granado y mas distinguido de la ciudad. Eran delicadas las circunstancias; pero no se detuvo Magdalena. Luego que tuvo noticia de que Jesucristo estaba ya en casa de Simon, tomó un vaso de alabastro lleno de un bálsamo exquisito, y sin dar oidos al espíritu del mundo, ni á su delicadeza, ni á otras mil frívolas razones, entra en la sala del convite, y viendo al Salvador recostado en uno de aquellos lechos, ó canapés que usaban en sus mesas los judíos, no atreviéndose á mirarle cara á cara, se arrojó á sus sagrados piés por las espaldas, y despedazado el corazon con la fuerza del dolor y del amor, los riega con sus lágrimas, los enjuga con sus cabellos, los unge con el precioso bálsamo, y los besa con respeto, mostrando su contricion y su tierna confianza.

Viendo esto el fariseo, inclinado siempre á echarlo todo á la peor parte, y notando la bondad con que el Salvador sufria á sus piés aquella pecadora, decia para consigo: Si este hombre fuera profeta, sabria

quién era la mujer que le está besando los piés, y bañándoselos con sus lágrimas. Leia el Salvador todo lo que pasaba en el corazon y en el pensamiento del fariseo; y queriendo que él mismo fuese el defensor de aquella mujer de quien hacia tan mal concepto, le dijo esta parábola: «Simon, quiero saber tu dictámen en lo que te voy á proponer. A cierto acreedor le debian dos sugetos, uno quinientos reales de plata, y otro cincuenta. Ni uno ni otro tenian con que pagar, y á uno y á otro les perdonó todo lo que le debian: díme, ¿cuál de estos debe amar mas, y estar mas agradecido al generoso acreedor? Es claro, respondió Simon, que aquel á quien perdonó mayor cantidad. Muy bien has respondido, replicó el Salvador, y señalando á la Magdalena, añadió: ¿Ves á esta mujer? pues haz reflexion á lo que ha hecho, y sentencia despues sin pasion. Cuando entré en tu casa, ni se te ofreció siquiera presentarme un poco de agua para lavarme los piés, y ella me los lava con sus lágrimas. A tí no te pasó por la imaginacion derramar sobre mi cabeza aquellos odoríferos perfumes que se usan, y no se escasean en los convites; y ella derrama sobre mis piés un precioso bálsamo, de cuyo suave olor está llena toda la casa. Por tanto, no te admires de que se le hayan perdonado muchos pecados, porque verdaderamente amó mucho. Hasta ahora ninguno me ha buscado, sino para que le sanase de las enfermedades del cuerpo; pero esta mujer se postró á mis piés solamente para que la curase de las heridas del alma. Y volviéndose despues á aquella ilustre penitente, le dijo: Anda, hija mia, tu fe y tu confianza te han salvado; y tus culpas quedan perdonadas.

No hubo jamás perdon mas señalado, ni tampoco mas perfecta conversion. Apoderóse el divino amor del lugar que ocupaba el amor profano, y abrasó desde luego aquel noble y generoso corazon. No

tuvo el Salvador discípula mas fervorosa, que mas gustase de su celestial enseñanza, ni que se aprovechase mas de sus divinas instrucciones.

Fácilmente se deja discurrir el gozo de Lázaro y de Marta cuando tuvieron noticia de la milagrosa mudanza de su hermana. Ni nuestra santa se descuidó en darles luego las mejores pruebas de ella en sus fervorosos ejemplos: inmediatamente se puso en camino para Betania, donde les refirió las piedades y las maravillas que el Salvador habia obrado con ella. Desde entonces la fiel discípula no perdió ocasion alguna de oir las lecciones de su divino Maestro, á quien siempre tenia presente en su espíritu, cuando no podia estar á sus piés. Este amor á la contemplacion le ocasionó cierta quejilla por parte de su hermana. Como el Hijo de Dios amaba tanto aquella virtuosa familia, se fué á hospedar en su casa, y Marta hacia todo lo posible para tratar á tal huésped como era razon. Mientras ella andaba dentro de la casa de aquí para allí dando providencias, María Magdalena se estaba muy tranquilamente sentada á los piés de Cristo, sin pensar mas que en oirle y en aprovecharse de lo que le oia. Como vió Marta que la hermana no se movia, encarando con el Salvador, le dijo con ingenuidad: *Señor, ¿pues no veis que mi hermana me deja sola, queriendo que yo lo haga todo? decidle, os ruego, que se levante, y que venga á ayudarme.* Tomó de aquí ocasion Jesucristo para enseñarle aquella gran verdad, que es como el compendio de la moral cristiana, y le respondió: *Marta, Marta, tú andas muy solícita, inquieta y embarazada en muchas cosas; créeme que una sola es necesaria, y que María escogió la mejor.* Como si dijera, explica san Agustin, no condeno tu caridad ni tu zelo; pero no puedo aprobar tu inquietud. Siempre es reprensible el trabajar con afan y con disipacion; tu hermana está mejor

ocupada que tú, pues se aplica á lo mas perfecto, que es el espiritual alimento de su alma.

Retirado el Hijo de Dios en Galilea para evitar el furor de los judios, enfermó Lázaro de muerte. Agravósele la enfermedad, y las dos hermanas acudieron al Médico celestial; despacháronle un propio con este breve y significativo recado: *Señor, el que amas está enfermo.* Cuando el expreso llegó, ya Lázaro habia muerto; y el Salvador no llegó á Betania hasta cuatro dias despues de su entierro y funerales. Hizo adelantar á nuestra santa la noticia de su venida, y saliéndole á recibir, le dijo bañada en lágrimas: *Señor, si hubiérais estado aquí, no hubiera muerto mi hermano.* Mostróse enternecido el Savador, y resucitó á Lázaro á ruegos de las dos hermanas.

No parecia posible amor de Dios mas encendido, mas generoso, ni mas tierno que el de esta fina amante de Jesus. Seguíale casi á todas partes para aprovecharse de sus instrucciones, y para cuidar de su sustento con sus limosnas. Por lo comun los evangelistas la nombran la primera entre las mujeres que seguian al Salvador. San Lucas y san Marcos, hablando en particular de María Magdalena, dicen que esta fué aquella fiel discípula de la cual lanzó Jesus siete demonios; lo que explican muchos padres antiguos diciendo que le perdonó muchos pecados, extinguiendo en ella con su gracia el espíritu mundano, el espíritu impuro, el espíritu de orgullo, el espíritu de independencia, el de profanidad, el de ociosidad, el de regalo y el de delicadeza Lo cierto es que no malograba medio, ocasion, ni oportunidad de manifestarle su respeto, su amor y su reconocimiento.

Estando el Salvador en Betania, seis dias antes de la última Pascua, le convidó á comer uno de los mas ricos vecinos del pueblo, llamado Simon, á quien el mismo Señor habia curado de la lepra. Era Lázaro

uno de los convidados; Marta servia á la mesa, y María atenta siempre, y siempre desvelada en dar á su divino Maestro cuantas pruebas le eran posibles de su reconocimiento y de su respeto, tomó de su cargo los perfumes, que entre los judíos eran todo el lucimiento de la fiesta. Tomó una libra del espíritu de nardo, escogiendo el mas precioso, por ser destilado, no de la hoja, sino de la espiga de aquella planta. Cerróle muy bien en un vaso de alabastro, y entrando en la sala donde comian los convidados, le derramó todo sobre los piés del Salvador, enjugándolos despues con sus cabellos, y teniéndose por muy dichosa de haber empleado tan bien aquella preciosa esencia.

Llenóse toda la casa de fragancia; pero los que tenian menos fe, ó no eran tan devotos, censuraron su prodigalidad, diciendo que un perfume tan costoso, como que valia trescientos dineros de plata, hubiera estado mejor empleado si se hubiese vendido, y repartido su precio entre los pobres. Como el Hijo de Dios penetraba intimamente lo mas reservado de aquellos malignos corazones, tomó de su cuenta la defensa de nuestra santa. « Lo que acaba de hacer (dijo) será perpetuamente alabado; y eso que vosotros calificais de excesiva profusion, es prueba de su mucha piedad. Lo mismo que vosotros acostumbrais hacer con los cadáveres de los difuntos, ha hecho anticipadamente conmigo esta piadosa mujer, adelantando este oficio algunos pocos dias á mi próxima sepultura. »

Pero el teatro donde mas se acreditó, y donde mas resplandeció el fuego del divino amor que abrasaba á Magdalena, fué en la pasion de Jesucristo, y en el monte Calvario. Aunque los demás discipulos le desampararon, y se esparcieron luego que vieron preso á su divino Pastor, ningun respeto ni temor fué bastante para que la intrépida y amante Magdalena per-

diese de vista á su amado Maestro. Siguióle á todos los tribunales, y acompañando inseparablemente á su santísima Madre, se halló con esta Señora al pié de la cruz, donde tuvo la dicha y el dolor de ver espirar á su adorado dueño. Es tradicion tan antigua como respetable, que recogió con la mayor veneracion una porcion de tierra empapada en la sangre del Salvador, y que guardó este precioso tesoro en una ampolla, que hoy se conserva y se adora en San Maximiano de Provenza.

Si el amor de Magdalena á su celestial Maestro hubiera sido menos encendido y menos generoso despues que *le vió espirar*, se *hubiera contentado* con llorarle en la soledad de su retiro. Pero nuestra santa no limitó precisamente las finezas de su amor á las demostraciones del llanto. No se alejó de la cruz, ni se retiró á Jerusalen hasta que se dió sepultura al Salvador, y acompañó el cuerpo al mismo sepulcro, con intento de volver á rendirle los últimos honores luego que se pasase la festividad del sábado. Es bien sabida la priesa que se dió á madrugar aquel dia, llegando al sepulcro al romper la aurora. Representábanle las compañeras que era imprudencia pretender forzar, por decirlo así, una compañía de soldados que guardaban el cuerpo; y que parecia insigne temeridad presumir ella sola remover una gran losa, que apenas hubieran podido menear muchos hombres juntos, y ademas de esto estaba sellada con el sello del soberano. No conoce estorbos el fuego del divino amor, y así nada acobardó á Magdalena, ni fué bastante para detenerla un momento; habia allanado el Salvador todas las dificultades con su resurreccion; mas ella no lo sabia. Corrió, voló Magdalena al sepulcro, y ya le encontró abierto. Como no vió el sagrado cuerpo de su divino Maestro, abandonóse á los suspiros y al mas amargo llanto. Vió dos ángeles vestidos de blanco junto al se-

pulcro, que le preguntaron el motivo de su dolor y de sus lágrimas: *Lloro,* les respondió Magdalena, *porque han quitado de aquí el cuerpo de mi Señor, y no sé dónde le han puesto.* Las otras santas mujeres compañeras suyas, y aun los mismos santos apóstoles se volvieron muy desconsolados; pero Magdalena perseveró constante sin desistir de la empresa, haciendo diligencias por todo el huerto donde estaba el sepulcro, y buscando el sagrado cuerpo por todas partes con dolor y con inquietud: entraba á cada instante en el lugar del mismo sepulcro, sin poder sosegar, y cada vez que no le encontraba se le renovaba el llanto; pero no tardó el Salvador en premiar tan fina y tan generosa constancia; volvió á un lado la cabeza Magdalena, y vió en pié á Jesus, aunque no le conoció, el cual le dijo: *Mujer, ¿porqué lloras tanto?* Ella creyendo que fuese el hortelano, respondió: *Señor, si tú te le llevaste, dime dónde le pusiste, que yo le buscaré y le retiraré.* Movido entonces el Salvador de aquel amor fino y tierno, no hizo mas que llamarla por su nombre, diciéndole esta sola palabra: *María*; y reconociendo por ella la generosa amante que era el mismo Jesus, exclamó fuera de sí: *¡Ah, Maestro mio!* y queriendo arrojarse á sus piés para abrazarlos, el Señor se lo estorbó, para darle á entender, como dice san Leon, que ya era tiempo de que, elevándose sobre los sentidos corporales, le mirase con los ojos de la fe, considerándole como si ya estuviese sentado en el cielo á la diestra de Dios Padre. Solamente le añadió: *Anda, y ve apriesa á contar lo que has visto á mis hermanos.*

Agradeció María esta órden como una prueba especial del amor que le tenia su divino Maestro; y en efecto se debe contar esta aparicion por uno de los mas señalados favores que recibió de Jesucristo. Tuvo despues el consuelo y la dicha de verle y de oirle

muchas veces; y como era inseparable compañera de la santísima Vírgen, se halló á su lado en el monte Tabor cuando su divino Hijo subió triunfante á los cielos. Era su ánimo pasar lo restante de su vida acompañando en su retiro á la Madre del Salvador, á quien amaba y respetaba como á madre suya; pero habiéndose suscitado la persecucion de los judios contra los discípulos de Jesus, y habiendo quitado la vida al protomártir san Estéban, se vieron obligados los fieles á salir de Jerusalen. Lázaro y sus hermanas eran el objeto principal de su furor, no pudiendo sufrir aquel obstinado pueblo tener á la vista un testimonio tan palpable del poder de Jesucristo, que continuamente les estaba dando en cara con su impiedad y con su deicidio. Temerosos de que si le quitaban la vida le verian segunda vez resucitado, se contentaron con desterrarle de la Judea. Dícese que á él y á sus dos hermanas Marta y María, con Marcela su criada, y con Maximino, uno de los setenta y dos discípulos, los metieron en un navío sin timon, sin mástiles, sin velas y sin aparejos, y que de esta manera los dejaron á merced de las olas en el Mediterráneo, exponiéndolos á un evidente naufragio; pero la providencia del Señor destinaba aquella bienaventurada tropa, y la conducia milagrosamente á un país que era de su particular agrado.

Es antigua y constante tradicion, autorizada por la misma Iglesia, que el navío entró de aquella manera en el puerto de Marsella, y que, atónitos los gentiles en vista de la maravilla, ella misma sirvió para disponer los ánimos á oir con asombro y con docilidad á una gente á quien el cielo protegia con tan visible prodigio. Luego que echaron pié á tierra, anunciaron la fe de Jesucristo en toda la ciudad, señalándose sobre todos el zelo y el fervor de Magdalena. Desde luego captó esta la admiracion universal

por su continente, por su elocuencia y por sus milagros, escogiendo para predicar la plaza mas vecina al gran templo de Diana, adonde todos los dias concurria el pueblo en tropel, y cada dia conquistaba nuevas almas para Jesucristo. En el mismo sitio donde la santa predicaba se ve hoy una capilla muy antigua dedicada en honor suyo, como á doscientos pasos del famoso templo de Diana, que es hoy la iglesia catedral, consagrada á Dios, y dedicada á la santísima Virgen con el título de Santa María la Mayor. En la célebre abadía de san Víctor se ve tambien una profunda gruta abierta en una peña, donde se asegura se retiraba la santa por las noches, pasándolas en oracion durante el tiempo que trabajó en la salvacion de las almas. Lo cierto es que los fieles de los primeros tiempos se juntaban en aquel lugar subterráneo para asistir al divino sacrificio.

Pero viendo Magdalena que habia abrazado la fe una parte de la ciudad, y que san Lázaro, á quien los apóstoles habian consagrado obispo antes de partir de Jerusalen, estaba encargado de aquella iglesia por la divina Providencia, tirándola siempre su inclinacion á la vida contemplativa, determinó acabar la suya en alguna soledad. Hallóla luego, y muy á medida de su deseo. Hay á ocho leguas de Marsella un espantoso desierto que termina en una elevada montaña, en cuyo centro se abre una dilatada gruta bastantemente profunda, y este fué el sitio que nuestra santa escogió para su mansion. En él hizo una vida celestial por espacio de treinta años, empleada en continuas comunicaciones con Dios, y sin otra conversacion que con los ángeles. Fué extrema su penitencia, siendo su cama la dura roca, y su comida las yerbas ó las raices que se criaban al rededor de la gruta.

Al cabo de treinta años de una vida tan santa, tan

prodigiosa y tan penitente, tuvo revelacion del dia y de la hora en que debia partir á volverse á juntar en el cielo con aquel divino Salvador á quien habia amado tan finamente en la tierra. Por ministerio de los santos ángeles fué milagrosamente trasladada á un oratorio distante dos leguas de su gruta, donde se retiraba san Maximino, de cuyas manos recibió la sagrada Eucaristía, y en ellas espiró tranquilamente, yendo al cielo á recibir el premio correspondiente á su abrasado amor de Jesucristo y á su admirable penitencia. Fué enterrada en aquel mismo sitio, y en él fundó la devocion de Carlos II, rey de Sicilia, la magnífica iglesia dedicada á la misma santa, con un convento de religiosos dominicos, á quienes el mismo piadoso monarca quiso hacer dignos depositarios de tan precioso tesoro. Venéranse las reliquias de la santa sobre el altar mayor, dentro de una urna de pórfido, regalo del papa Urbano VIII, adonde fueron trasladadas con gran solemnidad el año de 1660, en presencia del rey de Francia Luis el Grande y de toda su corte, por el arzobispo de Aviñon Juan Bautista Mariny.

La cabeza de la santa, engastada en un precioso relicario de oro, se guarda en la capilla subterránea que está en medio de la nave; y tambien se ve un hueso de sus brazos, con sus cabellos dentro de una ampolla de cristal, que se muestran muchas veces al dia, para satisfacer la devocion de los peregrinos y forasteros que concurren en gran número. Ni la gruta que en Francia se llama *el santo Bálsamo* es menos frecuentada que la iglesia donde descansan sus huesos, creciendo cada dia el concurso de los fieles en vista de los beneficios que reciben de Dios por su intercesion.

Las reliquias de santa Magdalena, que se guardan en el convento de Vecelay en Borgoña, pueden ser

alguna porcion de las que hay en San Maximino. Envidiosos los griegos de que la iglesia latina poseyese este inestimable tesoro, luego que se separaron de ella, salieron con la invencion de que san Lázaro, santa Marta y santa Magdalena habian muerto en Éfeso, especie de que hasta entonces no se habián acordado. Así, pues, tiene mucha razon la Provenza para gloriarse de que ella le posee, fundada en una tradicion venerable por su antigüedad, autorizada con manuscritos antiguos del sexto siglo, que se guardan en las iglesias de Tolon y de Senés; con el testimonio de Sigiberto, monje de Gemblours, de Honorio de Autun, de Gervasio de Tilisberi y de otros muchos autores antiguos; pero singularmente con la autoridad de muchos grandes papas, como Benedicto X, Juan XXII, Gregorio XI, Clemente VII, Eugenio IV, Sixto IV, Adriano VI y Urbano VIII que con sus bulas hicieron como cierta una tradicion tan constante.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Marsella, la fiesta de santa María Magdalena, de cuyo cuerpo lanzó el Señor siete demonios, y que mereció ver la primera al Salvador resucitado de entre los muertos.

En Filipos, santa Sinteca, de la cual habló el apóstol san Pablo.

En Ancira en Galacia, la fiesta de san Platon, mártir, mandado azotar por el teniente Agripino; desgarrado luego con uñas de hierro y atormentado con otros suplicios horrorosos, perdiendo por último la cabeza á filos de la espada, entregó al Señor una alma que nada pudo hacer titubear. El segundo concilio de Nicea atestigua los milagros hechos por nuestro santo en alivio de los cautivos.

En la isla de Chipre, san Teófilo, pretor, que, cogido

por los Arabes, y no habiendo podido recabarse de él ni con dones, ni con amenazas que renegase de Jesucristo, fué al cabo pasado á cuchillo.

En Antioquía, san Cirilo, obispo, célebre en ciencia y santidad.

En Auvernia, san Menele, abad.

En el monasterio de Brandiberga, san Vandrilo, abad, ilustre por sus milagros.

En Escitópolis en Palestina, san José, conde.

En Besanzon, san Donato, obispo, que compuso una regla para religiosos.

En Africa, el natalicio de los santos mártires Maxulitanos. San Agustin compuso dos sermones sobre su festividad.

En Oriente, el fallecimiento de santa Atanasia, esposa de san Andrónico.

La misa es en honor de la santa, y la oracion la siguiente.

Beatæ Mariæ Magdalenæ, quæsumus, Domine, suffragiis adjuvemur; cujus precibus exoratus, quatriduanum fratrem Lazarum vivum ab inferis resuscitasti. Qui vivis et regnas...

Suplicámoste, Señor, que seamos ayudados por la intercesion de la bienaventurada María Magdalena, á cuyos ruegos resucitaste á su hermano Lázaro, despues de cuatro dias muerto. Tú que vives y reinas...

La epístola es del cap. 3 y 8 del libro de los Cánticos.

Surgam, et circuibo civitatem. Per vicos et plateas quæram quem diligit anima mea: quæsivi illum, et non inveni. Invenerunt me vigiles qui custodiunt civitatem. Num quem diligit anima mea vidistis? Paululùm cùm pertransissem eos, inveni quem diligit anima mea: tenui eum, nec dimittam

Me levantaré, y rodearé la ciudad. Por los barrios y plazas buscaré al que ama mi alma: le busqué, y no le hallé. Encontráronme las centinelas que guardan la ciudad. ¿Visteis por ventura al amado de mi alma? De allí á poco que los dejé, encontré al que ama mi alma, le coji, y no le dejaré

donec introducam illum in domum matris meæ, et in cubiculum genitricis meæ. Adjuro vos, filiæ Jerusalem, per capreas, cervosque camporum, ne suscitetis, neque evigilare faciatis dilectam, donec ipsa velit. Pone me ut signaculum super cor tuum, ut signaculum super brachium tuum: quia fortis est ut mors dilectio, dura sicut infernus æmulatio: lampades ejus lampades ignis atque flammarum. Aquæ multæ non potuerunt exstinguere charitatem, nec flumina obruent illam: si dederit homo omnem substantiam domus suæ pro dilectione, quasi nihil despiciet eam.

hasta tanto que le introduzca en la casa de mi madre, y en el retrete de la que me engendró. Yo os conjuro, ó hijas de Jerusalen, por las cabras y los ciervos de los campos: que no desperteis, ni hagaisdes velarse á mi amada hasta tanto que ella quiera. Ponme como un sello sobre tu corazon, como sello sobre tu brazo: porque el amor es fuerte como la muerte, y los zelos duros como el infierno: sus lámparas son lámparas de fuego y de llamas. Las muchas aguas no pudieron apagar la caridad, ni la cubrirán los rios: cuando un hombre diese por el amor todas las riquezas de su casa, las despreciaria como si fuesen nada.

NOTA.

« El Cántico de los Cánticos, de donde se sacó esta » epístola, es una parábola continuada, en la cual » debajo de expresiones alegóricas se encierran los » espirituales misterios de la union del Verbo con la » naturaleza humana en la Encarnacion, y de la del » hombre Dios con la Iglesia su santa esposa. »

REFLEXIONES.

Me levantaré, y daré vuelta á la ciudad. Es cierto que no se encuentra á Dios en la ociosidad, en la poltroneria, en la pereza y en la desidiosa inaccion. Las almas perezosas y dejadas, los corazones inmortificados y regalones, los espíritus tibios y holgazanes en vano buscan al Esposo celestial en una vida inútil y regalada; estén ciertos de que jamás le encontrarán.

No, no se toma el gusto á Dios entre las delicias de una vida enteramente mundana; solo en medio de las cruces, entre las humillaciones y los abatimientos, en los ejercicios duros y penosos de la penitencia se encuentra aquel consuelo espiritual, aquella interior dulzura que produce en una alma inocente la presencia del divino Esposo; cualquiera otro camino es extravío. No gusta Dios de siervos holgazanes. En vano se le busca en las calles y en las plazas públicas; el bullicio y el tumulto no son de su agrado; ama la soledad y el retiro. Una vida bulliciosa nunca fué ni puede ser muy interior: no es posible gustar de Dios en medio de la disipacion. Pide la esposa noticias de su amado á los guardas de la ciudad, esto es, como expone san Bernardo, á los sentidos exteriores. Dirígese mal para adquirirlas, porque estos ni conocen al que busca, ni tienen noticia de sus caminos. Las almas sepultadas en los sentidos continuamente viven en la ignorancia y en las tinieblas. No se comunica Dios á esas almas terrenas. *El hombre animal,* dice el Apóstol, *no conoce el espíritu de Dios.* De aquí nace el tedio con que los mundanos miran la virtud, y de aquí el desprecio que hacen de las máximas santas del Evangelio. Si se quiere tomar gusto á las verdades de mayor consuelo que tiene la religion; si se quiere experimentar dulce y suave el yugo del Señor; si se quieren gustar anticipadamente aquellos como destellos de la gloria; si se quieren percibir aquellas dulzuras espirituales que el divino Esposo derrama tan liberalmente en las almas puras, es menester elevarse sobre los sentidos, es menester mirar únicamente con los ojos de la fe las brillanteces y las vanidades del mundo; es menester vivir una vida totalmente espiritual. No hay luz pura, no hay sabiduría verdadera, no hay sólida virtud sin una constante mortificacion de los sentidos.

En levantándose el espíritu sobre esas nubes densas y tenebrosas, se respira un aire puro, se goza un cielo sereno, se vive en una dulce calma; entonces se halla al amado que se busca, y que es toda nuestra felicidad; una vez encontrado, se procura con el mayor cuidado no volverle á perder. Llórase entonces la triste suerte de aquellos, que, embriagados en los falsos gustos que tarde ó temprano se les vuelven tan amargos, en aquellos bienes aparentes que dejan tan vacío el corazon, y que lejos de satisfacerle le excitan mas la sed, viven cada dia mas y mas hambrientos; entonces apenas se puede comprender cómo hay almas ilustradas con las luces de la fe que giman toda la vida sujetas á la triste tiranía de las pasiones. La mansion del Esposo es la celestial Jerusalen; en ella ha de entrar algun dia para gozar á su vista la gloria preparada á los que le aman, y para embriagarse en aquel torrente de delicias que el Señor nos tiene prometidas. El alma pura y desprendida de los sentidos por el ejercicio de una vida tan espiritual, goza ya desde esta aquellas dulzuras inefables. Esta es la dichosa suerte de los que aman ardientemente á Jesucristo en este mundo. ¡Oh y qué suavísimos consuelos hace gustar aun en esta vida este amor tierno, constante y generoso!

El evangelio es del cap. 7 de san Lucas.

In illo tempore: Rogabat Jesum quidam de pharisæis ut manducaret cum illo. Et ingressus domum pharisæi, discubuit. Et ecce mulier, quæ erat in civitate peccatrix, ut cognovit quòd accubuisset in domo pharisæi, attulit alabastrum unguenti: et stans retro secus pedes ejus, lacry-

En aquel tiempo: Rogaba á Jesus uno de los fariseos que fuese á comer con él. Y habiendo entrado en casa del fariseo, se sentó á la mesa. Cuando hé aquí que una mujer, que era pecadora en aquella ciudad, luego que oyó como estaba comiendo en casa del fariseo, tomó un alabastro de ungüento, y

mis cœpit rigare pedes ejus, et capillis capitis sui tergebat, et osculabatur pedes ejus, et unguento ungebat. Videns autem pharisæus, qui vocaverat eum, ait intra se dicens: Hic si esset propheta, sciret utique, quæ, et qualis est mulier quæ tangit eum: quia peccatrix est. Et respondens Jesus, dixit ad illum: Simon, habeo tibi aliquid dicere. At ille ait: Magister, dic. Duo debitores erant cuidam fœneratori: unus debebat denarios quingentos, et alius quinquaginta. Non habentibus illis unde redderent, donavit utrisque. Quis ergo eum plus diligit? Respondens Simon, dixit: Æstimo quia is, cui plus donavit. At ille dixit ei: Rectè judicasti. Et conversus ad mulierem, dixit Simoni: Vides hanc mulierem? Intravi in domum tuam, aquam pedibus meis non dedisti: hæc autem lacrymis rigavit pedes meos, et capillis suis tersit. Osculum mihi non dedisti: hæc autem ex quo intravit, non cessavit osculari pedes meos. Oleo caput meum non unxisti: hæc autem unguento unxit pedes meos. Propter quod dico tibi: Remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multùm. Cui autem minus dimittitur, minus diligit. Dixit autem ad illam: Remittuntur tibi peccata. Et

estando junto á sus piés por la parte de atrás, comenzó á regar sus piés con lágrimas, y los enjugaba con los cabellos de su cabeza, y los besaba y los ungia con ungüento. Viéndolo, pues, el fariseo que le habia llamado, dijo para sí: Si fuera este profeta, sabria ciertamente quién y cuál es la mujer que le toca, y como es pecadora. Y respondiendo Jesus, le dijo: Simon, tengo que decirte cierta cosa. Y él respondió: Maestro, dila: Un acreedor tenia dos deudores, el uno le debia quinientos dineros, y el otro cincuenta. No teniendo estos modo de pagarle, les perdonó á ambos la deuda. ¿Quién de ellos, pues, le ama mas? Respondió Simon: Juzgo que aquel á quien mas le perdonó. Y él dijo: Has juzgado rectamente. Y volviéndose á la mujer, dijo á Simon: ¿Ves esta mujer? Entré en tu casa, y no diste agua á mis piés; y esta los ha regado con sus lágrimas, y los enjugó con sus cabellos. No me has dado el beso, y esta desde que entró no cesó de besarme los piés. No has ungido con aceite mi cabeza, y esta ungió mis piés con ungüento. Por lo cual te digo le son perdonados muchos pecados, porque amó mucho. A aquel que ama menos, se le perdona menos. Y la dijo: Te son per-

cœperunt qui simul accumbebant, *dicere intra se : Quis* est hic, qui etiam peccata dimittit? Dixit autem ad mulierem : Fides tua te salvam fecit : vade in pace.

donados los pecados. Y los convidados comenzaron á decir para sí : ¿Quién es este que perdona tambien los pecados? Dijo, pues, á la mujer : tu fe te hizo salva : vete en paz.

MEDITACION.

MODELO DE LA VERDADERA PENITENCIA Y DEL PERFECTO AMOR DE JESUCRISTO EN SANTA MARÍA MAGDALENA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hubo en el mundo modelo mas perfecto de la verdadera penitencia que el de la Magdalena; toda penitencia que no se parezca á él es falsa. Fué penitencia pronta, generosa, y fué eficaz. Pronta para vencer todas las dilaciones que son tan comunes en los pecadores; generosa para triunfar de todos los estorbos, y para atropellar por todos los respetos humanos que tanto los suelen acobardar; eficaz para sacrificar valerosamente á Dios todo lo que fué materia y ocasion de pecado. Tan presto como conoció, dice el evangelista, esto es, en el mismo punto en que Dios le abrió los ojos, y la gracia movió el corazon, renunció la culpa. No se para, no se detiene, no delibera, no da oidos al espíritu del mundo, ni á la repugnancia natural, ni á otras muchas consideraciones que la desvian de su intento. No espera tiempo mas oportuno, ni ocasion mas favorable; no busca otro lugar donde haga menos ruido su conversion. Prudencia del siglo, cabilosos discursos, pretextos especiosos, ¡cuántas conversiones haceis abortar! En materia de conversion no hay dilacion que no sea una especie de impenitencia. La menor duda en materia de fe es no creer; y la menor dilacion en punto de penitencia es verdaderament

no convertirse. Luego que la Magdalena conoció el lastimoso estado de su alma, *ut cognovit*; luego que entendió donde encontraria al Salvador, parte, corre, entra intrépidamente en la sala, arrójase á los piés de Jesucristo, riégalos con sus lágrimas sin dársele nada por los concurrentes. No es ya una penitencia tímida que se recáta, que se disfraza, que quiere atemperarse á todo, porque de todos se rezela; es una penitencia intrépida, resuelta, generosa, que solo se aconseja con su salvacion. No se logró jamás victoria mas completa, triunfo mas cabal de los respetos humanos, del amor propio y del orgullo; con una sola accion sacrificó todo lo que podia lisonjear su ambicion, su reputacion y su delicadeza. No se avergonzó de parecer arrepentida, solamente se corrió de haber sido pecadora; hizo que sirviese á la justicia, á la penitencia y á la virtud todo lo que habia sido instrumento ó fomento del pecado. Magdalena á los piés del Salvador, dice san Agustin, es un ídolo del mundo, convertido en víctima, y sacrificado al verdadero Dios. Consagró á su servicio todo lo que habia contribuido á su perdicion. ¿Habiánla perdido sus ojos? pues de ellos saca lágrimas que han de contribuir á salvarla; ¿habian estos encendido en su corazon el amor del mundo? pues brotan de ellos torrentes que apagan este impuro fuego. Los perfumes, las joyas, los preciosos licores que fueron incentivos de la profanidad y de la sensualidad, ya son sacrificios de la penitencia. Este es el modelo de una verdadera conversion; pero ¿es este el modelo de la nuestra? Esos proyectos de conversion siempre dilatados; esos vanos temores, esas reservas, esa cobardía en vista del menor estorbo, esa adhesion á todo lo que es asunto y motivo de arrepentimiento, ¿todo esto es buena prueba de que estamos verdaderamente convertidos?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el amor de Dios es inseparable de una verdadera conversion, y por los efectos de este amor se ha de hacer juicio seguro de la sinceridad y del mérito de la penitencia. Observa bien lo uno y lo otro en la conversion de la Magdalena. Buena prueba es su amor á Jesucristo. ¡Qué amor tan abrasado, qué generoso! Seguir al Salvador cuando obraba maravillas, era fácil; entonces era inmenso el número de sus discípulos; pero le prenden, cae, por decirlo asi, en desgracia de los hombres; cas todos le abandonan; mas la fina Magdalena no sigue este cobarde ejemplo: amaba á Cristo, y no á sus milagros; por tanto le acompaña hasta el pié de la cruz en el monte Calvario. Adórale, y le ama en medio de sus oprobios; ámale aun despues de muerto. ¡Con qué impaciencia espera que se pase el dia del sábado para ir á rendirle los últimos honores! pero ¿acaso esta generosa amante no preveia las dificultades, ni tenia presentes los estorbos? De ningun modo; pónese en camino, y luego se le ofrece si podria mover la lápida que cubria el sepulcro. Bastaba este invencible impedimento para que una mujer moza y delicada se volviese atrás; un cuerpo de guardia, una piedra de enorme peso, el sello del príncipe, todas eran razones poderosas para que no pasase adelante: mucho menos seria menester el dia de hoy para acobardar y para desalentar á muchas personas devotas. Todas eran dificultades insuperables, sí, para quien tiene una fe lánguida y poco segura, un amor de Dios tibio y desmayado; pero á quien le ama sin reserva, la confianza le infunde un maravilloso valor, y ella le sirve de todo. Tambien es cierto que ninguna cosa mueve mas al Salvador á hacer grandes prodigios que un mor generoso y una viva fe. Luego que Magdalena

se resuelve á pasar adelante, huyen los soldados, y se abre el sepulcro. Así se allanan, Dios mio, las mayores dificultades, cuando se quiere con resolucion abrazar vuestro servicio; así desaparecen todos los estorbos, cuando el alma se resuelve de veras á vencerlos, y vos veis un corazon determinado y ardiente; pero ¿quién obligaba á la Magdalena á una vida tan penitente despues de la ascension del Señor? ¿no estaba muy segura de que se le habian perdonado todos sus pecados? ¿pues á qué fin macerar su cuerpo con tan rigurosa penitencia? Es que amaba á su Dios con abrasado amor; es que tenia continuamente delante de los ojos á Jesus crucificado, y queria cumplir en su carne, como se explica el Apóstol, el resto de la pasion de su divino Maestro; es que sabia que la cruz era en esta vida la herencia de los verdaderos cristianos.

Pero ¿reconocemos nosotros en este retrato nuestro amor á Jesucristo? ¿hallamos en este modelo el de nuestra conversion y nuestra penitencia? No sabiendo si nos ha perdonado Dios nuestras culpas, ¿qué hacemos para satisfacer por ellas? ¿cuáles son nuestras mortificaciones? ¿cuál nuestra penitencia? Estériles deseos, frívolos proyectos de conversion, que solo sirven para amodorrar el alma en su infeliz estado. Vívese en una eterna irresolucion é indeterminacion, como si se pudiese tomar otro partido. Pero nuestro poco amor de Dios en esta vida ¿no será triste presagio de la eterna infelicidad que nos espera en la otra?

No permitais, Señor, que me suceda esta desdicha: motivo me da para temerla mi pasada cobardia; pero me anima á esperarlo todo de vuestra inmensa bondad la confianza que tengo en vuestra misericordia infinita, y el ejemplo de santa María Magdalena.

JACULATORIAS.

Quis mihi det ut inveniam te! Cant. 8.

¡O amado mio de mi alma, quién me diera hallarte para no apartarme de ti en todos los dias de mi vida!

Inveni quem diligit anima mea: tenui eum, nec dimittam. Cant. 3.

Hallé al amado de mi corazon; estrechéle entre mis brazos, y jamás permitiré que se aparte de mí.

PROPOSITOS.

1. El primer carácter de la verdadera penitencia es la prontitud en corresponder al movimiento de la gracia cuando se trata de conversion; la dilacion y la deliberacion en esta materia da motivo para temer que jamás llegue el caso de convertirse. Confesar que es preciso hacerlo, y dilatarlo para otro tiempo es, una de dos, ó no dársele á uno nada el morir sin convertirse, y esto es impiedad, ó prometerse que tendrá tiempo para hacerlo, y esto es presuncion. Huye de la una y de la otra. Pocos hay que no tengan necesidad de vencer alguna pasion, de reformar sus costumbres, de romper algun mal hábito, de corregir algun vicio, de hacer alguna restitucion, y de calmar los justos remordimientos de la conciencia con una buena confesion; en una palabra, pocos que no tengan necesidad de convertirse. No dilates un momento tu penitencia. ¡Qué dolor sería el tuyo si estos saludables consejos que estás leyendo fueran los últimos avisos que te da Dios! Él es el que te da este pensamiento, y te hace esta advertencia; no los desprecies; cargado estás de maldades y de deudas á su divina justicia; bien sabes dónde has de hallar al Salvador; no dilates para mañana el ir á buscarle, y arrojarte á sus piés.

2. Preciso es, dice san Pablo, que lo que fué materia de pecado, lo sea de penitencia; aquello mismo que diste al mundo cuando eras esclavo suyo, lo has de dar ahora á Dios; las mismas cosas que sirvieron á la vanidad y al deleite han de servir en adelante á la virtud y á la religion; sin esto la conversion es dudosa, es caduca, es aparente. ¡Cuántas galas costosas! ¡cuántos muebles superfluos! ¡cuántos gastos inútiles! Haz pedazos esos vasos de alabastro, derrama esos bálsamos preciosos á los piés de Jesucristo; es decir, redime con limosna tus pecados. ¡Qué consuelo seria el tuyo en la hora de la muerte, si hubieses vendido esas joyas, ese aparato de la vanidad y de la profanidad para adorno de los altares y para sustento de los pobres! ¿Consolará mucho á un moribundo dejar á sus hijos con qué eternizar la profanidad en la familia? Sacrifica al Señor antes de la muerte todo lo que ha servido de fomento al orgullo.

DIA VEINTE Y TRES.

SAN APOLINAR, Ó APOLINARIO, OBISPO Y MÁRTIR.

Es reconocido san Apolinar por el apóstol y por el primer obispo de Ravena; por lo menos no se conoce otro mas antiguo que él. Fué discípulo del Salvador, y despues de su gloriosa ascension acompañó á san Pedro á Antioquía, donde trabajó bajo su direccion con tanto zelo y tanta felicidad en la propagacion de la fe, que, cuando el santo apóstol dejó la catedr de Antioquia para establecerla en Roma, le llevó consigo á Italia, conociendo su virtud y su zelo por la religion. Luego que llegaron á Italia, bien informado Pedro de lo que disponia la divina Providencia de su

amado compañero, le consagró obispo y le envió a Ravena.

Recibió su mision con extraordinario gozo por el ardiente deseo que tenia de derramar su sangre por amor de Jesucristo; y con la esperanza de encontrar presto la corona del martirio en un pueblo furiosamente adherido al culto de los dioses y á todas las supersticiones del paganismo, partió inmediatamente á su destino. Estaba ya á las puertas de la ciudad, cuando un muchacho, ciego desde su nacimiento, asiéndole á tientas de la ropa, le pidió una limosna. Compadecido el santo del triste estado de aquel niño, se la dió muy ventajosa, porque, haciéndole sobre los ojos la señal de la cruz, le dió al punto la vista. Al ver esta maravilla, le rodeó al punto una multitud de gente; y aprovechándose el santo de la buena disposicion en que estaban los ánimos en vista del milagro, les habló poco mas ó menos en los mismos términos en que san Pedro habia hablado á los judíos, despues de haber curado milagrosamente al cojo que pedia limosna á la puerta del templo.

Amigos, les dijo, *¿porqué os admirais de lo que acabo de hacer con este niño, ó á qué fin me mirais como si lo hubiera hecho por mi autoridad ó por mi virtud? Si di la vista á este ciego, fué en el nombre del verdadero Dios que os vengo á anunciar; y no hay que esperar salvacion ni vida eterna sino abrazando su religion.* Tardó poco en recoger los primeros frutos de su apostolado: el niño, su padre, que era soldado y se llamaba Irenéo, con toda su familia se convirtieron luego á Jesucristo, y extendida por toda la ciudad la fama del milagro, todos se daban priesa por ver y conocer al hombre prodigioso que le habia obrado.

Llegando la noticia á un oficial que mandaba un

cuerpo de tropas con el grado y título de tribuno militar, suplicó al santo que pasase á su casa á visitar á su mujer, que se estaba muriendo despues de muchos años de una penosa enfermedad. Entró Apolinar en el cuarto de la enferma, y hallándola á punto de espirar, hizo oracion á Dios, y despues la señal de la cruz sobre la enferma en presencia de su marido y de toda la familia, mandándole que se levantase en nombre de Jesucristo. Al punto recobró todas sus fuerzas la postrada moribunda, y gritando ella misma la primera, *milagro, milagro,* se incorpora, se levanta, se arroja á los piés del santo con su marido y con toda su familia, confiesan todos que no hay otro verdadero Dios sino el Dios de los cristianos, y todos piden el bautismo.

A tan dichosos principios se siguió una muy abundante miés. El tribuno convertido á la fe de Jesucristo dió al santo una de las casas que tenia en Ravena, la cual fué como la cuna de aquella tierna y recien nacida iglesia. Creció tanto en poco tiempo el número de los fieles, que Apolinar se vió precisado á formar una como especie de clero, escogiendo algunos discípulos para que le ayudasen en las sagradas funciones de su ministerio. Celebrábanse los divinos misterios con respeto y con veneracion; cantábanse las alabanzas del Señor con devocion y con piedad, y el zeloso pastor distribuia al pueblo el pan de la palabra de Dios. Aunque estos ejercicios de religion se hacian de noche y en secreto, como se acostumbraba en aquellos tiempos de persecuciones, no pudieron hacerse tan ocultamente, que los paganos no llegasen á saberlo. Sobre todo, los sacerdotes de los ídolos, viendo disminuidos sus emolumentos y el culto de los dioses desde que Apolinar estaba en la ciudad, enconaron los ánimos contra él, y le acusaron ante Saturnino, gobernador de Ravena, como á cabeza muy prin-

cipal de los cristianos. Llamóle el gobernador, y al principio le trató con mucha urbanidad, teniendo presente que era respetado por hombre milagroso; pero le dió quejas de la grave injuria que hacia al gran Júpiter, habiendo ya doce años que no cesaba de dogmatizar en la ciudad. Respondió el santo con mucho respeto que no conocia á tal Júpiter, ni mucho menos podia discurrir se hiciese agravio al público en intentar sacarle de la impiedad y de las tinieblas de la idolatría. *Pues si no le conoces*, replicó el gobernador, *yo te le daré á conocer; vamos juntos al templo.* Quedó atónito el santo cuando vió la multitud de vasos de oro y de preciosos ornamentos, que no tanto adornaban, cuanto oprimian el sacrílego altar del ídolo; y enternecido hasta derramar muchas lágrimas en vista de las inmensas riquezas que se sacrificaban al demonio, *¿es posible*, exclamó, *que hombres de razon se despojen, se consuman y se empobrezcan por enriquecer un ídolo vano, que no vale lo que tiene á cuestas? ¿Qué poder tiene vuestro Júpiter? ¿quién ha hecho dios á un hombre, que, segun vuestras mismas fábulas, fué el mas facineroso de todos los mortales?* No fué menester mas para que todo el pueblo se alborotase y se armase contra él. Abandonóle el gobernador á su discrecion, moliéronle á palos y á pedradas, y considerándole ya muerto, le sacaron arrastrando fuera de la ciudad. Acudieron los cristianos, y habiéndole hallado junto á la orilla del mar todavía con vida, le ocultaron en una casa, que luego se convirtió en una iglesia.

Recobrado de los golpes, y enteramente curado de las heridas, habia seis meses que trabajaba sin cesar en la viña del Señor con mas fruto que nunca, cuando cierto caballero, llamado Bonifacio, que muchos años antes habia quedado mudo de un accidente, sin haber podido recobrar el uso de la lengua por

mas remedios que le aplicaron, noticioso de que vivia aun el santo, le envió su mujer para que le suplicase fuese á verle á su casa. Pasó á ella el santo, y luego que entró, invocando el nombre de Jesucristo, libró á una criada que estaba poseida del demonio. A este primer milagro se siguió el segundo. Apenas se echó Bonifacio á los piés de Apolinar, cuando recobró el uso de la lengua; y en vista de los dos prodigios, toda la familia se convirtió á la fe de Jesucristo, siguiéndose á esta pronta conversion la de mas de quinientas personas.

Tantos hechos milagrosos de necesidad habian de sobresaltar de nuevo á los gentiles. Revivió su odio contra el santo obispo, y echando mano de él despues de muchos malos tratamientos, segunda vez le arrojaron de la ciudad. Retiróse á una caverna, donde no cesaba de fortalecer y de instruir á los cristianos que le iban á buscar. Hizo allí muchas conversiones, y cuando ya tenia á los neófitos bien catequizados, los llevaba á la orilla del mar y les administraba el santo bautismo. Como no veia apariencia de que pudiese volver á entrar en su iglesia tan pronto, y por otra parte se hallaba como encarcelado su fervoroso zelo, pasó á la provincia de Emilia, y corrió otros muchos paises anunciando el Evangelio con increible gozo.

Pero el rebaño no podia llevar con paciencia tan larga ausencia de su amado pastor; obligáronle los cristianos de Ravena á que se volviese á su iglesia, donde fué recibido con tantas demostraciones de gozo, que muy en breve le hicieron olvidar todas las fatigas pasadas. Tuvo noticia de su llegada un patricio antiguo, llamado Rufo, y al punto le envió un recado, suplicándole que fuese á ver una hija suya que estaba gravemente enferma. Apenas entró el santo en la casa cuando la enferma espiró. Era idólatra

Rufo; y juzgando ser efecto aquella desgracia de la cólera de sus dioses, se enfureció contra Apolinar; pero el santo, sin alterarse, le respondió: *¿Me dais palabra, señor, que si Jesucristo os restituye vuestra hija, no le estorbaréis que reconozca y siga á su Salvador?* *Yo te juro*, respondió el afligido padre, *que si tu Dios resucita á mi hija, ella, yo y toda mi casa no reconoceremos otro Dios que á él.* Hizo oracion Apolinar, acercóse á la difunta, y levantando la voz, dijo: *Hija mia, levántate en nombre de Jesucristo, y da gracias á tu bienhechor.* En el mismo instante se levantó la doncella, diciendo á gritos: *El Dios de Apolinar es el único Dios verdadero.* Resonaban por toda la casa las voces de alegría, y recibieron el bautismo mas de trescientas personas. Rufo fué despues un cristiano muy fervoroso, y su hija ejemplo de las doncellas cristianas.

Necesariamente habian de meter mucho ruido tantas y tan portentosas maravillas. Llegaron á noticia del emperador. Pintáronle á Apolinar como á un formidable hechicero, que por virtud de sus encantamientos resucitaba muertos, y era el mas temible enemigo de los dioses del imperio. Dió comision á uno de sus oficiales, llamado Mesalino, para que recibiese informacion de los hechos de Apolinar, y si rehusase sacrificar á los dioses, sin dilacion le echase de Ravena, enviándole á algun destierro. Ejecutóse la órden con mayor rigor de lo que ella expresaba. Irritóse el brutal juez en vista de la constancia y de la elocuencia con que el santo obispo defendió la causa de Jesucristo. Mandóle primero aplicar á una cruel tortura; hizo despues que despedazasen á azotes su santo cuerpo, y ordenó que escaldasen las heridas con agua hirviendo. Reparando el tirano que en medio de aquellos suplicios no cesaba Apolinar de cantar alabanzas á Dios, mandó que le moliesen con piedras

las mandíbulas; y habiéndole tenido encerrado por algun tiempo en un lóbrego y hediondo calabozo, con el fin de que pereciese de hambre, viendo que no lo podia conseguir, le envió desterrado á Grecia.

Luego que el navío se hizo á la vela y salió del puerto, padeció naufragio, pereciendo toda la tripulacion, sin salvarse mas que el santo, tres eclesiásticos que le seguian, y tres soldados que se habian hecho cristianos. No estuvo ocioso el santo obispo en su destierro; corrió muchas provincias, haciendo en todas partes nuevas conquistas para Jesucristo, y padeciendo en todas una especie de martirio. Hallándose en una ciudad donde era adorado el ídolo de Sérapis, enmudecieron los demonios. Admiróse el pueblo, y entendió que la presencia de Apolinar, discípulo de Jesucristo, tenia mudos á todos los oráculos. Buscaron al hombre milagroso, y despues de muy maltratado, le metieron en una embarcacion que se hacia á la vela para Italia. Tercera vez le condujo á su iglesia la divina Providencia, y en ella celebró los divinos misterios con indecible gozo de los cristianos; pero no duró mucho la calma: sorprendióle en cierta ocasion una tropa de paganos, al mismo tiempo que estaba en el altar celebrando el santo sacrificio; y despues de haberle molido á golpes, le llevaron arrastrando por las calles hasta la casa de un oficial principal llamado Tauro. Celebró mucho este ver en su casa al hombre de quien se contaban tantas maravillas: llamó á ella á sus principales amigos, queriendo probar en presencia de todos la virtud de hacer milagros que le atribuian.

Tenia Tauro un hijo muy pequeño que habia nacido ciego, y dijo á Apolinar: *Si das vista á este niño, creeré en el Dios de los cristianos, y te prometo que hará lo mismo toda mi familia.* No deliberó un punto el santo; mandó que le acercasen el niño; hizo so

él la señal de la cruz, y le dijo: *Hijo mio, en nombre de Jesucristo abre los ojos y ve.* Inmediatamente los abrió el niño, quedando como atónito y suspenso por algun tiempo con la admiracion de los objetos que nunca habia visto, y despues exclamó lleno de gozo: *¡Oh, y cuántas cosas veo!* Este pronto y estupendo prodigio ganó muchas almas para Jesucristo; pero no fué bastante para convertir á los sacerdotes de los ídolos. Queriendo Tauro librar á Apolinar de sus manos, le envió á una de sus casas de campo distante algunas millas de la ciudad. Cuatro años estuvo el santo en ella haciendo muchas conversiones, con grandes servicios á los cristianos, y ejerciendo con toda libertad las funciones de su ministerio; pero habiendo sido tambien entonces descubierto, los sacerdotes de los ídolos, rabiosos de ver desiertos sus templos, hicieron tantas instancias al emperador, que al fin obtuvieron un decreto para que así el santo obispo como todos los cristianos fuesen desterrados del territorio de Ravena. Sin duda el emperador le trataba con tanta blandura en atencion á los prodigios que obraba continuamente. Fué en fin arrestado Apolinar; y cuando ya le llevaban al puerto, los cristianos que podian mas, le arrancaron por fuerza á los gentiles; pero cogido otra vez por estos al mismo tiempo que iba á entrar en la ciudad, le dieron tantos golpes, que le dejaron por muerto. Halláronle aun los cristianos con vida, y le retiraron á una casa inmediata, donde, exhortando continuamente á los fieles á ser constantes en la fe á pesar de las persecuciones, espiró siete dias despues entre las manos de sus queridos hijos, que quedaron inconsolables con la pérdida de tan amoroso padre. Sucedió su preciosa muerte el dia 23 de julio del año de 81 en el imperio de Vespasiano. Sacrificóse

santo, dice san Pedro Damiano, como una

hostia viva al Señor, en el prolongado martirio de veinte y nueve años que duró su pontificado, siendo célebre en la Iglesia por su zelo, por su santidad, por sus trabajos y por sus milagros. Por una inscripcion muy antigua, que aun se lee hoy en la iglesia de Clase, á cinco cuartos de luega de Ravena, se sabe que estuvo en aquel sitio el santo cuerpo dentro de un sepulcro de mármol blanco, el cual se conserva todavía; y en la misma se dice que se conservó allí hasta el octavo año del consulado de Basilio, que fué el de 544, en que Maximiano, obispo de Ravena, le hizo trasladar en el dia 9 de junio á otro lugar mas retirado de la misma iglesia, que es una gruta debajo del altar mayor, donde hoy dia se ve el sepulcro de mármol de nuestro santo. Siempre le han profesado los pueblos grande devocion, la que cada dia va en aumento por los grandes beneficios que consigue su intercesion á todos los que le invocan.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La fiesta de san Apolinario, obispo, que, ordenado en Roma por el apóstol san Pedro, y enviado á Ravena, padeció por la fe de Jesucristo muchos y diversos tormentos. Mas tarde predicó el Evangelio en Emilia, donde convirtió muchos idólatras. Por último, vuelto á Ravena, consumó allí su glorioso martirio bajo el emperador Vespasiano.

En Roma, san Rósifo, mártir.

En el mismo lugar, el suplicio de santa Primitiva, vírgen, san Apolonio y san Eugenio, mártires.

En dicho dia, san Trófimo y san Teófilo, mártires, que alcanzaron su recompensa en tiempo del emperador Diocleciano, despues de haber sido apedreados, echados al fuego, y por último acuchillados.

En Bulgaria, muchos mártires, á *quienes el empe-*

rador impío Nicanor hizo morir de diferentes modos, á unos con la espada, á otros con la cuerda, y á algunos traspasados con flechas, ó dejándolos pudrir en una cárcel, consumidos de miseria.

En Mans en Francia, san Liborio, obispo y confesor.

En Roma, santa Rómula, santa Redenta y santa Herondina, vírgenes, de quienes habla en sus obras el papa san Gregorio.

En la diócesis de Seez en Francia, san Raveno, martirizado con su hermano san Rásifo, cuyos cuerpos se veneran en Bayeux.

En Cimimiez en las fronteras de la Provenza y de Monaco, san Valeriano, obispo, quien compuso muchas homilías.

En Arles, el bienaventurado Rostaingo, segundo de este nombre, arzobispo de aquella ciudad, ilustre por su humildad y caridad para con los pobres.

En Egipto, san Versanofo, martirizado con otros dos.

En Roma, el fallecimiento de santa Brigida de Suecia, viuda, autora del libro de las revelaciones.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente.

Deus, fidelium remunerator animarum, qui hunc diem beati Apollinaris, sacerdotis tui, martyrio consecrasti: tribue nobis, quæsumus, famulis tuis, ut, cujus venerandam celebramus festivitatem, precibus ejus indulgentiam consequamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, remunerador de las almas fieles, que consagraste este dia con el martirio de tu sacerdote el bienaventurado Apolinar: suplicámoste que concedas á nosotros tus humildes siervos el perdon de nuestros pecados por los ruegos de aquel cuya venerable solemnidad celebramos. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es de la primera del apóstol san Pedro, cap. 5.

Charissimi : Seniores, qui in vobis sunt, obsecro, consenior, et testis Christi passionum : qui et ejus, quæ in futuro revelanda est, gloriæ communicator : pascite qui in vobis est gregem Dei, providentes non coactè, sed spontaneè secundùm Deum : neque turpis lucri gratiâ, sed voluntariè; *neque ut dominantes in cleris*, sed forma facti gregis ex animo. Et cùm apparuerit Princeps pastorum, percipietis immarcescibilem gloriæ coronam. Similiter, adolescentes, subditi estote senioribus. Omnes autem invicem humilitatem insinuate, quia Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam. Humiliamini igitur sub potenti manu Dei, ut vos exaltet in tempore visitationis: omnem sollicitudinem vestrám projicientes in eum, quoniam ipsi cura est de vobis. Sobrii estote, et vigilate, quia adversarius vester diabolus tanquam leo rugiens circuit, quærens quem devoret, cui resistite fortes in fide : scientes eamdem passionem ei, quæ in mundo est, vestræ fraternitati fieri. Deus autem omnis gratiæ, qui vocavit nos in æternam suam gloriam in Christo Jesu, modicum passos

Carísimos : Esta es la súplica que hago á los presbíteros que hay entre vosotros, yo que soy presbítero como ellos, y testigo de las penas que padeció Jesucristo, y que he de tener parte en aquella gloria suya, que á su tiempo se manifestará. Apacentad el rebaño de Dios que os ha confiado, gobernándole no por fuerza, *sino por voluntad*, que sea segun Dios : ni por deseos de un torpe interés, sino por puro amor : ni como dominando sobre la heredad del Señor, sino sirviendo de modelo al rebaño por una virtud que nazca del corazon. Y cuando apareciere el Príncipe de los pastores, recibiréis una corona de gloria que jamás se marchitará. Igualmente vosotros, ó jóvenes, estad sujetos á los ancianos. Procurad todos inspiraros mutuamente la humildad; porque Dios resiste á los soberbios, y á los humildes da su gracia. Humillaos, pues, bajo la mano poderosa de Dios, para que os exalte en el tiempo de su visita, poniendo en él toda vuestra solicitud, porque tiene cuidado de vosotros. Sed sobrios, y velad, porque el diablo, vuestro enemigo, os anda al rededor, *como leon que ruge, buscando* á quien devorar : resistible,

ipse perficiet, confirmabit, solidabitque. Ipsi gloria, et imperium in sæcula sæculorum. Amen.

poniendo toda vuestra fuerza en la fe, sabiendo que vuestros hermanos, dispersos por el mundo, padecen las mismas aflicciones que vosotros. Mas Dios, autor de toda gracia, que nos ha llamado en Jesucristo á su gloria eterna, os hará perfectos, firmes é inmobles, despues de haber sufrido por un poco de tiempo. Para él mismo sea la gloria y el imperio en los siglos de los siglos. Amen.

NOTA.

« Estaba san Pedro en Roma en compañía de su » querido discípulo san Marcos cuando escribió esta » carta, que es la primera de las siete canónicas, » llamadas así, porque contienen reglas muy importantes para el gobierno de las costumbres, y muy » provechosas instrucciones en las materias de fe. » La palabra griega *canon* significa lo mismo que » regla. Tambien se llaman *católicas*, como si dijéramos *circulares*, porque, no dirigiéndose á ninguna iglesia en particular, eran comunes á todas. »

REFLEXIONES.

Humillaos debajo de la poderosa mano de Dios, porque resiste á los soberbios, y da la gracia á los humildes. Leccion muy importante, pero que debiera ser poco necesaria; porque, á no haber perdido el hombre enteramente la razon, ¿quién no ve que no hay virtud mas natural, ni mas propia de nuestra miseria, que la humildad? Todas las cosas nos la están predicando: ignorancia, flaqueza, enfermedades, indigencia, paones, brevedad de la vida, edad, caducidad y seura. Pero ¡qué poco nos aprovechamos de estas

lecciones! Bien podemos ser humillados; mas estamos distantes de ser humildes. No hay que pensar que el orgullo habita solamente en los palacios de los grandes; muy de ordinario reina con mayor insolencia en las casas de los plebeyos. Es verdad que la profanidad le fomenta; pero no se sabe acomodar menos con exterioridades modestas. Habíase refugiado en los claustros la humildad, creyendo encontrar en ellos seguro asilo: siguióla el orgullo muy de cerca, y se puede decir que no hay condicion, edad ni estado donde la humildad esté á cubierto. A la verdad, los hombres de extraordinario mérito están menos expuestos al orgullo, ó á lo menos son mas capaces de conocer la bajeza de esta pasion. Un buen entendimiento no se deja fácilmente deslumbrar de fuegos fatuos, descubriéndole su misma penetracion lo mucho que le falta; pero un entendimiento corto, como casi no sale de sí mismo, ni sus luces alcanzan nunca mas allá de su limitada esfera, todo cuanto descubre en los demás le parece comun, y todo lo que ve en sí lo juzga extraordinario. De aquí nace que se hallan tantos orgullosos, porque son muy raras las grandes capacidades. *Ay de vosotros*, dice el Profeta, *los que sois sabios á vuestros ojos*. Sin embargo, son muy pocos los que se eximen de este vicio. Ni aun los que mas gritan y mejor escriben contra esta pasion, suelen ser los que están mas enemistados con ella. ¡Cosa extraña! No pocas veces se declama por orgullo contra el orgullo mismo. Extiéndese este veneno hasta aquello mismo que debiera servirle de antídoto; aun en la misma humillacion se suele á veces esconder el orgullo. Pero ¡qué funestos efectos no se suelen seguir de él! ¡cuántas pasiones dormirian profundamente, si el orgullo no las despertara! ¡cuántas familias vivirian hoy en una perfecta union conservando su esplendor antiguo, si el orgullo no hubiera

soplado el fuego de la discordia! Son pocas las pasiones que no deban á esta lo mas vivo y lo mas amargo que tienen. El orgullo comunica á la cólera su hinchazon y su ferocidad; á la envidia su malignidad y su desconfianza; al odio aquella llama voraz que causa incendios tan funestos; al orgullo debe la lascivia sus inquietudes y sus desasosiegos: ¿y de qué otro principio nacen casi todas nuestras desazones, amarguras y pesadumbres? *El orgullo*, dice el Espíritu Santo, *mina las casas mas floridas*; es un viento que todo lo marchita, todo lo abrasa y todo lo consume. No hay árbol tan frondoso que no se seque, una vez que este gusano llegue á roer su raiz. Es el orgullo como el alma de todas las pasiones, y el manantial de todos los males. A un buen entendimiento ninguna cosa le debe humillar mas que el mismo orgullo.

El evangelio es del cap. 22 de san Lucas.

In illo tempore, facta est contentio inter discipulos, quis eorum videretur esse major. Dixit autem eis Jesus: Reges gentium dominantur eorum, et qui potestatem habent super eos, benefici vocantur. Vos autem non sic: sed qui major est in vobis, fiat sicut minor: et qui præcessor est, sicut ministrator. Nam quis major est, qui recumbit, an qui ministrat? nonne qui recumbit? Ego autem in medio vestrûm sum, sicut qui ministrat: vos autem estis, qui permansistis mecum in tentationibus meis: et ego dispono is sicut disposuit mihi Pater

En aquel tiempo se suscitó contienda entre los discípulos sobre quién de ellos parecia ser mayor. Pero Jesus les dijo: Los reyes de las gentes las gobiernan con imperio: y los que las tienen bajo de su potestad, se llaman benéficos. Vosotros no habeis de ser así: sino que aquel que sea entre vosotros mayor, hágase como si fuese el menor: y aquel que precede, como el que sirve. Porque, ¿quién es mas, el que está sentado, ó el que está sirviendo? ¿No es mas el que está sentado? Pues yo estoy entre vosotros como quien sirve. Vosotros sois los que habeis permanecido

meus regnum, ut edatis, et bibatis super mensam meam in regno meo; et sedeatis super thronos judicantes duodecim tribus Israel.

conmigo en mis tentaciones: y yo os dispongo un reino, así como mi Padre me le tiene dispuesto á mí, para que comais y bebais á mi mesa en mi reino, y os senteis en tronos para juzgar las doce tribus de Israel.

MEDITACION.

LA HUMILDAD DE JESUCRISTO DEBE SER EL MODELO Y LA MEDIDA DE LA NUESTRA.

PUNTO PRIMERO.

Considera lo que dice san Pablo (1), *que á los que Dios antevió con su presciencia, los predestinó para que fuesen conformes á la imágen de su Hijo*. Este es el modelo cabal de los elegidos. Parecerse á cualquiera otro retrato, y ser desemejante á este, es señal de reprobacion. Todos admiramos la profunda humildad del Salvador; pero ¿somos todos humildes? Sirve Jesucristo á la mesa á sus discípulos; ¿puede caber mas humildad? Sí; aun pasa mas adelante la de este divino Maestro: se postra á los piés de todos, y hasta á los del mismo Judas; corrige la necia vanidad de los que le siguen, menos con sus palabras que con su ejemplo; parécele que no les debe dar otra leccion. Por este divino modelo se aplicaron todos los santos á arreglar sus máximas y su conducta. Este ejemplo fué el que inspiró tan bajo concepto de sí á los mayores hombres luego que seriamente pensaron en salvarse. Mientras no perdieron de vista este grande ejemplo los príncipes mas poderosos, se pusieron á nivel con sus mas humildes vasallos. Aquellos grandes monarcas, cuyo poder y cuyo valor hacia temblar á sus vecinos, se juzgaron muy honrados postrándose

(1) Rom. 8.

á los piés de los pobres, y nosotros sufrimos con impaciencia el anivelarnos con nuestros iguales. Cotejemos nuestras orgullosas máximas con estos grandes ejemplos; comparemos ese aire fiero y orgulloso, esa altanería, esa desmedida ansia de sobreponernos, esos inquietos y turbulentos deseos de sobresalir, esa necia vanidad, que casi es nuestro distintivo y nuestro carácter; comparemos todo esto con nuestro divino modelo; no es menester mas leccion, mas discursos, ni mas razones para confundirnos; pero ¿qué destino podemos esperar, si al mismo tiempo que nos confundimos y nos avergonzamos de nuestra vanidad, no por eso dejamos de ser orgullosos?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que si es señal visible y segura de reprobacion el no ser conformes à la imágen de Jesucristo, ¿en qué se puede fundar nuestra confianza? Porque al fin todos esperamos ser del número de los elegidos de Dios, y todos queremos serlo. ¿Pues con qué ojos miraremos á nuestro divino modelo en el estado de sus continuos abatimientos? ¿cómo tenemos valor para mirar á Cristo puesto á los piés de Judas, ó clavado en una cruz, estando nuestro corazon lleno de orgullo y perpetuamente carcomido de una ambicion desmesurada? No hay fortuna que nos contente, no hay empleo que no nos parezca bajo en habiendo otro mas alto. Por humilde que sea el nacimiento, por abatido que sea el estado, por limitados que sean los talentos, por imaginario que sea nuestro pretendido mérito, no hay forma de curar esta hinchazon. Postrámonos muchas veces al dia á los piés del crucifijo; considéranse con tranquilidad las ruinas de esos suntuosos edificios; contémplanse las reliquias tristes de esos abultados colosos; míranse con reflexion las nizas de tantos reyes, mezcladas y confundidas en

la sepultura con las de los hombres mas viles; y ni por eso dejamos de ser orgullosos. A la verdad si el ejemplo de un Dios humillado hace tan poca impresion en los que se dicen discípulos suyos, ¿qué cosa será capaz de hacernos humildes? Pero si no lo somos con todos estos ejemplos, ni con todos estos modelos, ¿seremos retratos muy parecidos al divino original? Estas atestado de vanidad, amasado en orgullo, lleno de propia estimacion, ¿y te glorías de ser discípulo de este celestial Maestro? ¡y aun acaso te lisonjearás tambien de ser devoto (1)! *Cujus est imago hæc, et superscriptio ejus?* nos dirán algun dia; ¿de quién es este retrato y este rótulo? ¿á qué original se parece?

Confúndeme, Señor, mi orgullo, y todo lo temo en vista de mi vanidad. Pero, ¡ó gran Dios de la humildad! pues veniste al mundo á darnos tan bellas lecciones y tan grandes ejemplos de esta virtud, dignate asistirme con tu gracia, para que me aproveche de todo. Vos me dijísteis que érais por excelencia manso y humilde de corazon; haced, Señor, que sea yo copia viva de tan perfecto modelo, y que de tal manera traslade en mí todos sus rasgos, que solo con verme se pueda conocer que soy vuestro discípulo verdadero.

JACULATORIAS.

Putredini dixi : pater meus es; mater mea, et soror mea, vermibus. Job 17.

Dije al polvo, á los gusanos y á la podredumbre : vosotros sois mi padre, mi madre y mis hermanos.

Quid est homo, quod memor es ejus, aut filius hominis, quoniam visitas eum? Salm. 8.

¿Qué es el hombre, Señor, para que te acuerdes de él, ni aun te dignes mirarle?

(1) Matth. 22.

PROPOSITOS.

1. Es cosa bien extraña que, tratando todos con tanto desprecio al orgullo y á los orgullosos, sin embargo haya tan pocos humildes. No puedes tolerar en los otros aquel aire arrogante y altanero, aquel tono imperioso y dominante, aquellos hombres que continuamente se están incensando á sí mismos; y no conoces los defectos que todo el mundo está notando en tí en esta misma materia. Aplícate á corregirlos, no ya con una displicencia interior, ó con una resolucion ineficaz como hasta aquí, sino con una enmienda real y efectiva. Nunca pongas los ojos en algun crucifijo, sin considerar las reprensiones que te está dando con su ejemplo. Pregúntate muchas veces á tí mismo si te pareces á aquella imágen, pues al fin es tu modelo; y acuérdate que en la hora de la muerte te la han de poner delante de los ojos para que consideres si eres semejante á ella.

2. Desde hoy mismo has de dar principio á corregir ese aire altivo y colérico, que te hace insufrible y odioso á todos los demás, y que á tí mismo te parece tal mal en los otros. Sea tu modo apacible, cortesano, afable, grato; la dureza, la inflexibilidad y la aspereza siempre son hijas del orgullo. No seas delicado en puntillos de honor, y mucho menos en desear preferencias; si fueres virtuoso y respetable, cualquiera lugar que ocupes será el mas digno, porque tú mismo le autorizarás. Sé cortés con todo el mundo. Cuanto mas te eleve sobre los otros tu nacimiento, tu clase y tu ancianidad, mas te acreditarás digno de ser respetado, si á todos los honras y los llenas de atenciones. La grosería y la rusticidad son propias de gente ordinaria y de entendimientos vulgares. Honra mucho á los pobres, y háblales siempre

con respeto, acordándote de que en su persona honras al mismo Jesucristo. A tus criados trátalos con agrado y con dulzura; el modo áspero y desabrido es señal de corazon duro y soberbio. Si hoy te consideras superior á ellos, en la hora de la muerte se mudará la escena. ¡Cuántos criados se salvarán, y sus amos serán eternamente condenados!

DIA VEINTE Y CUATRO.

SANTA CRISTINA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

El triunfo de santa Cristina, que refiere casi á la larga el martirologio romano, es tanto mas digno de admiracion, cuanto los mas inhumanos tormentos que padeció esta gran santa á los diez años de su edad fueron por el ministerio de su mismo padre.

Nació en Tiro de Toscana, á las márgenes del lago de Bolsena, poblacion de que no quedó el menor vestigio, por haber sido enteramente sumergida y como hundida en el mismo lago. Fué hija del gobernador de aquella ciudad, llamado Urbano, hombre furiosamente entregado á las supersticiones del paganismo, y por tanto enemigo capital del nombre cristiano. Aquel Dios que se complace en presentar de cuando en cuando en su Iglesia algunos prodigios de su infinito poder, escogió á una tierna doncellita de solos diez años para que por ella triunfase la fe en medio de una familia, acaso la mas zelosa y la mas obstinada en los desvaríos de la gentilidad.

Enfurecido el gobernador de Tiro contra los cristianos, los buscaba con exquisitas diligencias, y los atormentaba con bárbara crueldad. Eran pocas las horas en que no se veian á sus piés algunos de estos

generosos defensores de la fe, y pocos los dias que en su tribunal no se hiciese algun interrogatorio. La misma sala donde tenia el tribunal fué la escuela en que la niña Cristina aprendió las primeras lecciones de nuestra religion. Al principio se movió por sola curiosidad á informarse qué género de gentes eran aquellos reos que todos los dias comparecian ante el tribunal de su padre, y en quienes observaba por una parte tanta modestia, y por otra un ansioso deseo de morir con una invicta constancia en medio de los mayores suplicios. Dijéronle que aquellos eran cristianos, los cuales no adoraban mas que á un solo Dios, haciendo el mayor desprecio de los ídolos; y porque despues de la muerte esperaban otra vida mucho mas dichosa que esta, hacian tan poco caso de ella. Esta noticia superficial que le dieron del cristianismo aumentó en la niña la curiosidad. Asistia frecuentemente á los interrogatorios de los mártires; y como queria triunfar en ella la gracia, la ilustraba de manera, que en breve tuvo una idea justa de nuestra religion, acompañada de un ardiente deseo del martirio.

Proporcionóle la divina Providencia la ocasion de hacerse instruir mas á fondo. Ayudáronla á esto mismo algunas señoras cristianas, facilitándole al mismo tiempo la dicha de recibir el santo bautismo. Todo esto se hizo con el mayor secreto; pero el zelo de Cristina le descubrió muy presto. Encontró un dia ciertos ídolos de plata y oro que guardaba su padre con mucha veneracion; hízolos pedazos, y los distribuyó entre los pobres cristianos que perecian de miseria. Encendió la cólera del gobernador una accion tan animosa; y olvidándose de que era padre, resolvió hacerle expiar con su misma sangre el que reputaba execrable sacrilegio.

Hacia tiempo que Urbano tenia algunas sospechas

de la mudanza de su hija; pero con este lance depuso todo género de duda. Llamóla á su presencia, y templando la cólera con alguna dulzura, le dijo: *No puedo creer, hija mia, que hayas cometido el delito de que te acusan: ¿será posible que tú hayas hecho pedazos nuestros dioses? Por cierto* (respondió intrépidamente Cristina) *que serán unos dioses muy graciosos los que una niña como yo pudo hacer pedazos. ¿Y será posible, padre y señor, que vos hableis seriamente cuando tratais de dioses unas figuras fabricadas á golpe de martillo, y de la misma materia que es el servicio de nuestra mesa?* No le permitió Urbano pasar mas adelante; antes ciego ya de cólera, y olvidando todos los sentimientos de la naturaleza, la interrumpió diciéndole: *Bien veo, loquilla, que esos hechiceros de cristianos te han trastornado el juicio; pero por Júpiter te juro, que yo te le restituiré, ó te quitaré la vida. Haced, señor, lo que quisiéreis,* respondió Cristina sin espantarse; *la vida me la podréis quitar, pero no me podréis quitar la fe de Jesucristo, mi divino Salvador, en quien espero me dará fuerzas para sufrir los mas crueles tormentos.* Fuera ya de sí el desapiadado padre, mandó llamar prontamente á los verdugos, y rezeloso de que la tratasen con blandura, hizo que en su presencia la despedazasen á azotes. Viéndola tan tranquila como si nada padeciese, ordenó que le rasgasen las llagas con garfios ó uñas de acero, sacándole á pedazos la carne del delicado cuerpo hasta que espirase.

Era espectáculo verdaderamente horroroso ver aquella inocente víctima nadando en su misma sangre, descarnado el tierno cuerpecillo hasta descubrirse los huesos, y en medio de todo levantar dulcemente los ojos al cielo sin dar la mas leve señal de dolor, rendir mil gracias al Señor de verse tan maltratada por su amor, y despues recogere lla misma tranquila-

mente los pedazos de su carne, que estaban sembrados por la sala, y mostrarlos á su padre para moverle á compasion. Con efecto, no tuvo Urbano valor para ver por mas largo tiempo aquel horrible espectáculo en medio de su furor; y pretextando que la queria reservar para mas crueles suplicios, se retiró, dando órden de que la cargasen de cadenas y la encerrasen en una espantosa cárcel. Favorecióla el cielo con tantos consuelos interiores, que, olvidando presto cuanto habia padecido, se sintió abrasada en nuevos deseos del martirio.

No acertaba á comprender el desnaturalizado padre cómo podria sufrir mayores tormentos aquella tierna niña. Persuadíase que las incomodidades y el horror de la prision le abririan los ojos para conocer el lastimoso estado en que se hallaba, y que, separada de los prestigios de todos los cristianos encantadores, segun él decia, la oscuridad y el silencio del calabozo, junto con el miedo natural de los tormentos, la ablandarian y la rendirian á la voluntad de su padre. Enviábale á la cárcel todos aquellos parientes suyos que le parecian mas á propósito para persuadirla á que le diese gusto; pero desengañado de que la niña cada dia estaba mas firme en su religion, y cada instante mas resuelta, y aun mas ansiosa de padecer el martirio, entró en una especie de furor, y volviendo á jurar por los dioses inmortales, exclamó: *No se ha de decir en el mundo que una rapaza de diez años me dió la ley, ni que estos hechiceros de cristianos triunfan de nuestros dioses en medio de mi propia familia: yo veré si sus hechizos pueden mas que mis tormentos, y si la paciencia de una hija ha de hacer burla de la cólera de un padre.* Mandó, pues, aquel tirano, mas cruel que las mismas fieras, que atasen á Cristina á una rueda untada de aceite, y que continuamente la moviesen al rededor sobre un gran brasero de fuego,

para que se fuese tostando poco á poco: suplicio á la verdad extraordinario; pero tambien fué extraordinario el prodigio, porque dispuso el Señor que la santa niña no sintiese el mas leve dolor, y que encendiéndose el brasero en hoguera, se extendiese repentinamente la llama, y que consumiese á muchos de los gentiles, que, movidos de la curiosidad, habian concurrido á la novedad del tormento.

Pero el bárbaro padre, lejos de rendirse á tantos prodigios, se hizo mas inhumano y se obstinó mas y mas. Avergonzado de ceder á una niña, mandó que la volviesen á encerrar en el calabozo, mientras él discurria algun otro tormento de nueva invencion. Luego que Cristina entró en el calabozo, se le apareció un ángel mas resplandeciente que el sol, y asegurándola de la proteccion del cielo, la curó instantáneamente de todas sus heridas.

Informado Urbano del nuevo prodigio, y llamando sin dilacion á los verdugos, les mandó que, atándola al pescuezo una pesada piedra, la arrojasen inmediatamente en el lago para que no quedase memoria de ella. Ejecutóse con prontitud la órden del gobernador: pero tambien se cumplió la promesa hecha á Cristina. Al arrojarla en el lago, aquel mismo ángel que se le apareció en la prision se halló junto á ella, y la condujo sin lesion á la orilla opuesta. Este milagro apuró toda la resistencia de Urbano; apoderóse la rabia de su soberbio corazon; y de tal manera se le alteraron todos los humores, que la mañana siguiente le hallaron sufocado en la cama á violencia de la cólera. Mas sintió la santa la desdicha de su padre, qué cuantos tormentos habia padecido; mas no por eso titubeó su fe, ni se inmutó su constancia.

El gobernador que sucedió á Urbano, llamado Dion, excedió aun en crueldad á su predecesor. Persuase desde luego que rendiria el inaudito teson de la

la santa niña; y no queriendo creer ninguna de las maravillas que contaban, no dudó que muy en breve la venceria. Mandó, pues, disponer cierta especie de cuna de hierro llena de aceite hirviendo mezclada con pez, y dió órden de que tendiesen en ella á Cristina; pero la misma niña por sí misma se acostó en aquella cama ó estanque de fuego con la mayor serenidad, constancia y resolucion, lo que dejó atónitos á los gentiles. No la engañó su confianza en Jesucristo, porque, haciendo la señal de la cruz, se halló como en un baño regalado y delicioso; de manera que, lanzando un dulce suspiro, dijo á los verdugos: *Bien haceis en meterme en una cuna como niña recien nacida, pues aun no hace un año que naci á la gracia por el bautismo, el cual es una milagrosa regeneracion.*

Parecióle al gobernador que esto era un insulto hecho á su misma persona; mandó que la llevasen al templo de Apolo, y que por fuerza la hiciesen ofrecer incienso al simulacro. Concurrió todo el pueblo á ver en qué paraba aquel forzado sacrificio; pero no bien entró en el templo la tierna doncellita, cuando el ídolo cayó precipitado al pié del altar y se redujo á polvo, y en el mismo instante el gobernador tambien cayó redondo de su silla y quedó muerto. Espantados los verdugos, dejaron á la santa, y postrados á sus piés, confesaron á gritos que no habia otro verdadero Dios sino el de los cristianos. Mezcláronse con sus voces las de mas de tres mil gentiles que se convirtieron y pidieron el bautismo.

Hizo gran ruido este asombroso suceso. Pusieron á Cristina en libertad, y hasta la llegada del nuevo gobernador, no se veia otra cosa en la ciudad que nuevas conquistas para Jesucristo. Llegó, en fin, Juliano, sucesor de Dion, y luego le informaron de todo lo que habia pasado, y era el asunto mas comun de las conversaciones y la admiracion de toda la provincia.

Creyó sin la menor duda, segun la opinion popular, que todos aquellos portentosos sucesos que se atribuian al poder del Dios de Cristina, no eran otra cosa que artificios y encantamientos de los cristianos, ó efecto de la magia que todos profesaban. Espantóle sobre todo la muerte repentina de sus dos predecesores; pero le irritó mas el desprecio en que se hallaban los dioses de Tiro, especialmente desde que el ídolo de Apolo habia caido al suelo y se habia hecho polvo. Mandó prender á Cristina, hízola traer delante de sí, y sin otra formalidad le dijo de repente: *Niña, una de dos, ó sacrificar inmediatamente á nuestros dioses, ó ser luego arrojada en un horno encendido.* Respondióle la santa en tono firme y determinado, que ella solo sacrificaba al verdadero Dios; y ordenó el gobernador que sin dilacion la arrojasen en el horno que ya estaba preparado. El Señor, que parecia haber escogido aquella santa doncellita para hacer en ella ostentacion de su poder, renovó en Tiro el milagro de los tres niños de Babilonia. Cinco dias estuvo Cristina en el horno, que continuamente estaban cebando, sin que las llamas tocasen ni á uno solo de sus cabellos, pasando todo este tiempo en bendecir al Señor y en cantar sus alabanzas. Añaden las actas de su martirio que, rabioso el tirano al verse vencido por una niña tan tierna, acudió á un mago de profesion, el cual le aconsejó que la mandase encerrar en un lóbrego calabozo lleno de víboras, de serpientes y de escorpiones, asegurándole que luego la morderian y acabarian con ella; pero ninguno de aquellos ponzoñosos animales se atrevió á tocar á la que habian respetado las llamas; y como no cesase de cantar alabanzas al Señor, mandó el tirano que le cortasen la lengua. Perdióla por Jesucristo, mas no perdió el uso de ella; sin lengua cantaba mas alto, y con mayor claridad aquellas bellas palabras

de David (1): *Nuestro Dios está en el cielo, y desde allí gobierna todo el universo con absoluto poder. Por el contrario, los ídolos de los gentiles son unos pedazos de oro y plata, obra de las manos de los hombres.* Aun hizo mas impresion que todos los antecedentes este nuevo prodigio, y acudió toda la ciudad á ser testigo de esta maravilla. Corrido el gobernador de no haber salido con su intento, y apurados todos sus artificios, mandó que atasen á la santa á un grueso tronco, y que allí fuese asaeteada hasta que espirase.

Estando en este suplicio, sintió Cristina avivársele el deseo de poseer cuanto antes en el cielo á aquel Dios por cuyo amor combatia tan gloriosa y tan constantemente en la tierra, y suplicó al Señor le concediese la corona del martirio, por la cual suspiraba con tanta ansia. Fué oida su peticion, y á las primeras flechas que le dispararon rindió su dichoso espíritu al Criador, y fué á recibir el premio debido á tantos combates y á tantos triunfos. Sucedió esta preciosa muerte el dia 24 de julio, y desde entonces fué venerada santa Cristina como una de las mas ilustres mártires de la Iglesia. Los cristianos enterraron su cuerpo, que despues fué trasladado de Toscana á Palermo de Sicilia, donde es singularmente venerada nuestra santa como una de las mas principales patronas de la ciudad.

SAN FRANCISCO SOLANO, CONFESOR.

En el año 1549, diez y seis del pontificado de Paulo III, y treinta y tres del imperio de Carlos V en España, nació en Montilla, villa sita en el obispado de Córdoba, san Francisco Solano, bello ornamento del órden de san Francisco, destinado por Dios para

(1) Psalm. 93.

que desterrase las sombras del error gentílico del hemisferio americano, y difundiese en él la luz de la verdad ortodoxa, llamado por lo mismo con justísima razon sol del orbe peruano. Sus padres, Mateo Sanchez Solano, y Ana Jimenez, muy distinguidos en el país por su nobleza, pero mucho mas por su piedad, procuraron con el mayor esmero dar al niño una educacion cristiana. Pero como se hallaba asistido con los mas especiales auxilios de la divina gracia, que en él parecia obrar mas que la naturaleza, costóles poco trabajo conseguir el fruto de sus deseos: su natural dulce, afable y benéfico, su corazon noble, dócil y generoso, la sublime idea que concibió de Dios, el sumo horror al pecado, su inclinacion natural á la virtud, con una aficion muy particular al retiro, la distraccion total de las diversiones propias de la niñez, el gusto y complacencia que manifestó desde luego á los ejercicios de piedad, y sobre todo la cordialísima devocion que profesaba á la santísima Virgen, con cuyo escudo, con la modestia, mortificacion y fuga de las ocasiones, conservó siempre inviolable la pureza, hicieron conocer á sus padres que en él disponia la divina Providencia uno de aquellos héroes con que en algunos siglos favorece el Señor á su Iglesia.

Instruido en los primeros rudimentos, le aplicaron á los estudios en el colegio de la Compañía de Jesus de su patria; y como se hallaba dotado de un vivo y perspicaz ingenio, acompañado de una madurez de juicio muy superior á sus años, en breve tiempo hizo admirables progresos en las ciencias; y se concilió el amor de sus maestros con el de sus condiscípulos, mirando todos en él un modelo de todas las virtudes cristianas. Distinguióse ya en aquella corta edad en la particular gracia de componer las discordias, en virtud del amor que manifestó desde luego á la paz, tan recomendada por Jesucristo. Persuadido Francisco

que el tiempo de los estudios entibia de ordinario al fervor, tuvo gran cuidado de prevenir este escollo con precauciones piadosas, à saber, con la frecuencia de sacramentos, continua oracion, rigidas penitencias, valiéndose, para macerar su cuerpo en las horas que dejaba el estudio, de la industria de cavar en un huerto de su padre, recreando el ánimo con cánticos devotos, por cuyo medio elevaba à Dios sus cordiales afectos.

Aunque nuestro santo tenia grandes talentos, y nobles disposiciones para seguir la carrera de las letras, con todo era mayor su inclinacion al retiro; pues el deseo de atender únicamente, libre de los impedimentos del mundo, al importante negocio de su salvacion eterna, tuvo para él mas atractivo que todo. Animado de estos deseos, le inspiró Dios anhelase á la cumbre de la perfeccion en la soledad del claustro, y siguiendo vocacion tan acertada, vistió el hábito de la regular observancia Franciscana en el convento de recoleccion de su mismo pueblo, en el año 1569, cuando contaba veinte de edad.

Apenas vistió el sayal de los menores, comenzó Francisco á manifestar á todo el claustro las virtudes de que ya en el siglo habia dado tan evidentes pruebas. Su profunda humildad, su ciega obediencia, su angélica pureza, su modestia singular, su continuo silencio y extraordinarias mortificaciones, además de las que por constitucion se practican en la observancia recoleta, hicieron conocer á todos los religiosos el fervoroso zelo y el veloz curso con que corria, sino volaba el novicio, en el camino de la perfeccion. Crucificaba su carne con sangrientas disciplinas y rigurosos ayunos, mostrándose tan admirable en la abstinencia, que, excepto las fiestas solemnes, y esto por precepto de su maestro, no comia carne, pescado, ni lacticinios: en los viernes no probaba manjar al

guno cocido: en la cuaresma y en las ferias segunda, cuarta y sexta de la semana solo usaba de pan y agua. Además de esto, traia debajo del hábito un áspero cilicio asido á su delicado cuerpo, al que daba un brevísimo descanso en un durísimo lecho, con un leño por cabecera. Persuadido que á todas estas mortificaciones y otras virtudes monásticas daria el lleno que apetecia el ejercicio que facilita el comercio con Dios, se entregó de tal modo á la oracion, que, no satisfecho con las horas que invertia la comunidad en ella, cuando descansaba esta, despues de disciplinarse cruelmente, pasaba muchas noches hasta romper el dia anegado en dulces contemplaciones.

Hizo su solemne profesion con las debidas preparaciones; y formando empeño en imitar la vida del Seráfico Patriarca, salió una copia viva en todo parecida al original. Siendo ya profeso, no dejó las virtudes que comenzó en el noviciado, antes bien las perfeccionó en el discurso de su religiosa carrera, sin que jamás en él se disminuyese el fervor con que la emprendió. Envióle la obediencia á estudiar filosofía en el convento de Santa María de Loreto de la misma recoleccion, y aunque en él habia sobrantes celdas, hizo para sí una pobre y humilde habitacion de cañas en un ángulo cerca de las campanas, donde pasaba los dias y las noches alternando en el estudio y en la oracion, por medio de la cual, mas que por su aplicacion, adelantó maravillosamente en las ciencias. La misma práctica observó en el estudio de la sagrada teología, logrando por estos medios dejarse ver á un mismo tiempo docto, santo, sabio y perfecto.

Recibió el santo el órden sacerdotal en virtud de un precepto expreso de su superior, que le dió al ver su resistencia humilde á tan alta dignidad, confesándose indigno de ella. Celebró el primer sacrificio en el dia del Seráfico Patriarca con tanta ternura, con

tanta devocion y con tantas lágrimas, que dió á conocer á los asistentes el respeto y amor en que se hallaba abrasado su corazon para con aquel Señor que ofrecia al Eterno Padre. Descubrió una dulce, clara y sonora voz, y creyéndole á propósito para vicario de coro, desempeñó el empleo con la puntualidad, zelo y vigilancia que exige la celebracion de los oficios divinos. No le detuvo la religion mucho tiempo en aquel ministerio, pues persuadida que el espíritu de Francisco con su fervor alentaria á otros á que con él emprendiesen la carrera de la perfeccion, le destinó la obediencia para maestro de novicios al convento de Arizafato, no muy distante de la ciudad de Córdoba. Convencido que el ejemplo es leccion mas eficaz que las palabras para excitar á los jóvenes, siguiendo esta idea, renovó con nuevo aliento los santos ejercicios de oracion y mortificaciones en términos, que á la vista de un tan expresivo espejo, trabajaban sin pereza los novicios en adquirir la perfeccion á que eran llamados. Pasó con el mismo oficio al convento de san Francisco del Monte, sito en las montañas de Córdoba, muy proporcionado por el retiro del comercio del siglo para la quietud que el santo apetecia. Entregóse de tal modo á la contemplacion de las verdades eternas, que llegó al alto grado de la mas íntima union con Dios. Con no menos fervor redobló sus penitencias, moviéndole el deseo de imitar á su Seráfico Patriarca á arrojarse en una ocasion desnudo á un monton de espinas, revolcándose en ellas hasta herir enteramente su cuerpo.

Hiciéronle guardian del mismo convento á pesar de su humilde resistencia; y viéndose en el empleo de superior, aplicó todo su esfuerzo á conservar en su rigor primitivo la regla de san Francisco, siendo el primero que salia con la alforja á pedir de puerta en puerta como verdadero mendicante. Sus ayunos,

vigilias, perpetua asistencia al coro y asombrosas penitencias, eran las lecciones con que instruia á sus súbditos, portándose con todos con tanta afabilidad y tan admirable discrecion, que los reducia gustosísimos al yugo de la obediencia; de suerte que, esmerándose cada cual en imitar á su santo padre, vino á ser el convento un seminario de santidad, y una voluntaria cárcel de reclusion, llegando á ser el asunto de la admiracion y la materia de los mas altos elogios. El vasto y apostólico zelo de Francisco no podia estrecharse dentro de los muros del monasterio. Habiéndole dotado el cielo de un talento extraordinario y singular elocuencia, salia por las poblaciones inmediatas á predicar la palabra de Dios, haciendo portentosas conversiones, volviendo de no pocas de ellas, concluida la mision, en ayunas al convento, en observancia de la ley de abstinencia que se impuso cuando novicio.

Ofendia tanto á la profunda humildad de Francisco la estimacion que hacian todos de su persona, á pesar de las industrias de que se valia para disminuir este general concepto, que, agregados á este sentimiento los vivísimos deseos de padecer el martirio, pidió repetidas veces licencia á sus superiores para pasar al Africa á anunciar á los infieles la fe de Jesucristo; pero aunque se la negaron siempre, no desistió de su propósito. Mandó el rey Felipe II á los prelados de la religion de san Francisco que enviasen operarios á las Indias, á fin de ilustrarlas con la luz del Evangelio; y conociendo nuestro santo ser esta la ocasion favorable para cumplir sus deseos, partió con los misioneros apostólicos á las regiones de América.

Seria necesaria una larga relacion si se hubieran de citar individualmente los prodigios que en la navegacion obró Francisco en favor de los navegantes y de los pueblos por donde hizo tránsito. Basta decir

que, interesado el cielo en recomendar la santidad de su siervo fiel, fué su viaje un itinerario de portentos. Arribó á Lima, y de allí dirigió su rumbo á las vastas provincias de Tucuman, para satisfacer el zelo apostólico que ardia en su corazon por la salvacion de las almas. Setecientas leguas caminó á pié por lugares incultos, ásperos y escabrosos, por rápidos y profundos rios, y por millones de peligros hasta llegar á aquellas regiones bárbaras, en que hacia poco tiempo que habia comenzado á brillar la luz de la fe, en virtud de la predicacion de fray Alonso de San Buenaventura, observante de la provincia de Andalucía, y de fray Luis de Bolaños. Para estos países dilatados recibió nuestro santo la mision como los apóstoles: con los mismos sentimientos, con el mismo ánimo, con la misma sed de padecer, con el mismo fervor, con el mismo ardor y con el mismo zelo entró en aquellas islas desiertas, y en aquellos pueblos idiotas, que no le ofrecian en toda su extension sino hambre, sed, infinitos trabajos, persecuciones y evidentes riesgos de perder la vida; pero no acobardaron la valentía de su espíritu, antes bien excitaron de nuevo al zeloso operario del padre de familias á que emplease su actividad en el cultivo de aquella montuosa viña, que vino á ser por su infatigable ardor una de las posesiones mas floridas de la Iglesia. Seria necesario un volúmen entero para referir una parte de sus trabajos, de las conversiones y de los prodigios que obró este santo apóstol en aquel vasto mundo.

Comenzó su mision; y para hacer que el cielo derramase sus bendiciones sobre una tan difícil empresa, pasaba en oracion la mayor parte de la noche, dejándose ver no pocas veces postrado con la boca en tierra, en forma de cruz, pidiendo al Señor auxilio para hacer guerra á los vicios radicados entre los bárbaros. Consideró preciso instruirse en los dificilísimos idio-

mas de aquellas gentes, y lo consiguió perfectamente por medios mas divinos que humanos. A la verdad fué cosa digna de admiracion, el que en el corto tiempo de quince dias supiese aquellas confusas y varias lenguas, lo que atribuyeron los bárbaros á arte mágica antes de conocer la eficacia de la divina gracia.

Con este indispensable requisito, animado de aquel santo zelo que constituye el carácter de los varones apostólicos, corria por todas aquellas regiones sin temor á la muerte, llevando hasta las mas remotas la verdad evangélica. No perdonaba trabajo ni fatiga para sacar de las garras del lobo infernal las errantes ovejas; á todos trataba benignamente, los consolaba con dulcísimas palabras en sus aflicciones, los aliviaba en sus miserias, los asistia en las enfermedades, administrándoles por sí los alimentos y medicamentos; su mansedumbre, su caridad, sus modales agradables, y su modestia ganaban los corazones de todos; la fuerza y uncion de sus palabras convertian á los mas rebeldes, y su conocida santidad convertia á los pueblos mas indómitos; en fin, sus predicaciones acabaron de hacer la reforma de las costumbres, el uso de los sacramentos se hizo freeuente, y la piedad se estableció en todas aquellas regiones bárbaras.

Además de tan recomendables prendas, daba á su mision la mayor eficacia el ejemplo de su vida admirable, el desinterés apostólico, la vileza de su hábito, la parsimonia de su comida, el rigor de sus ayunos, la austeridad de sus penitencias, y la liberalidad con que invertia en socorro de los pobres cuanto adquiria en el ministerio. Es cierto que, para mas crédito de la santidad de Francisco, recomendó Dios con muchos milagros en favor de aquellos naturales la verdad de la doctrina que predicaba.

En cierta ocasion, estando celebrando los oficios

divinos en el Jueves Santo, acometió á los fieles una numerosa tropa de bárbaros, amenazándolos con la muerte. Atemorizó el inopinado suceso á los católicos, y saliendo Francisco de la iglesia, sin otras armas que las de la divina palabra, les habló con tal valor y con tal fuerza, que, aterrados al oir su voz los enemigos, habiendo oido su predicacion, se convirtieron á la fe mas de nueve mil de ellos, y con tan repentina mutacion, que muchos de los mismos asistieron á los oficios divinos en la misma noche. Creció desde entonces tanto la fama del siervo de Dios entre aquellas gentes, que concurrian innumerables á oir sus sermones, entendiéndolos todas en su propio idioma, aunque Francisco hablaba en su lengua; y convencidos de sus discursos, depuesta la ferocidad, se sometian gustosos á la ley del Evangelio. En fin, creció tanto la estimacion del santo apóstol entre aquellos bárbaros, que lo que no podia conseguir el rigor de la justicia, ni el temor de las penas, lo lograba Solano solo con el imperio de su voz, á la que obedecian ciegamente.

Celebróse capítulo provincial en Játiva por aquel tiempo, en el que el santo fué electo custodio de la provincia de Tucuman, á pesar de sus ruegos, confesándose indigno para el empleo. En la visita que hizo de aquellos conventos, en cuya expedicion padeció muchos trabajos, acreditó con pruebas prácticas el alto concepto que la religion tenia formado de su virtud, á la que se debió una reforma general del claustro. Relevado del cargo en fuerza de sus instancias, se le mandó por obediencia presidiese á la recoleccion que poco antes se habia fundado en Lima. Hízolo Francisco, y fué tal el sentimiento de los Indios de Tucuman, que no omitieron súplicas, ni diligencias para que los superiores no separasen de ellos al que veneraban como á su apóstol, y amaban como á su padre.

Hiciéronle vicario y prefecto del convento de Santa María de los Angeles de Lima; y no cesaron sus ruegos hasta que le exoneró la religion de un empleo tan repugnante á su espíritu, deseoso de santificarse en las humillaciones y de vivir en la clase de súbdito, ocupado en las funciones de su apostólico ministerio. Aplicóse á desempeñarle en la misma ciudad y en los contornos con su acostumbrado zelo, ya predicando, ya confesando, ya ejerciendo obras de caridad. Frecuentemente se presentaba en las calles y plazas de Lima con un crucifijo en la mano á declamar contra los vicios: no pocas veces animado del divino espíritu, entraba en los teatros públicos, y manifestando la misma insignia, movia á todos á un verdadero arrepentimiento. Tambien se empleaba en coloquios privados con las religiosas, en los que encendia el fervor de las esposas de Jesucristo á que aspirasen á la perfeccion de su estado. Aunque en estas funciones lograba Francisco portentosas conversiones, las que perfeccionaba la divina gracia, que siempre acompañaba á su nerviosa elocuencia; con todo penetrado su corazon del mas vivo dolor al ver los pecados y escándalos del pueblo, que provocaba á la justicia divina á los mismos castigos con que en otro tiempo amenazó á Nínive, impelido de un superior impulso salió en una ocasion del convento, y presentándose en la plaza mayor con un semblante grave y modesto, predicó con tanto espíritu y tan ardoroso fuego con tra los vicios predominantes en la ciudad, que, ale gando en confirmacion de su doctrina con propiedad y discrecion varias sentencias de la santa Escritura alusivas á la destruccion de los pueblos por sus vicios, entendidas estas como profecía de la subversion de Lima, bajo el concepto que se tenia formado de la santidad de Francisco, fué tal la conmocion y terror que causó el sermon á los ciudadanos, que, imitando

el ejemplo de los Ninivitas á la voz de Jonás, convertidos á Dios, hicieron tan asombrosas penitencias para templar su enojo, que la multitud de sacerdotes de uno y otro clero de aquel numeroso pueblo apenas bastaba para oir las confesiones de los pecadores arrepentidos.

La materia y estilo de sus fructuosas predicaciones los sacaba Francisco de la oracion; y de las fuentes de las santas Escrituras deducia las saludables aguas con que regaba la tierra estéril: por lo mismo producia siempre frutos abundantísimos de admirables conversiones, compuncion, suspiros, lágrimas y sollozos hasta de los mas endurecidos pecadores, irresistibles á la fuerza de sus discursos y á su apostólico zelo. Muchas veces cuando explicaba los divinos misterios, se arrebataba en dulces éxtasis, y derritiéndose otras en la consideracion de ellos, le faltaba la voz, y supliendo por las palabras sus agradables suspensiones, su silencio en semejantes casos conmovia mas á los oyentes.

Parecia regular que las incesantes fatigas de sus apostólicas expediciones le dispensasen de las mortificaciones; pero ni estas, ni las muchas enfermedades que contrajo en ellas, fueron jamás bastantes para que aflojase en la práctica de sus rígidos ayunos, ni de sus asombrosas penitencias, que se hacian increibles, atendida la debilidad de su cuerpo. A la verdad causaba admiracion verle correr por tantas provincias á pié descalzo en las estaciones mas rigorosas del invierno y del verano, sin comer ni beber en muchas leguas, mantenido únicamente con el zelo de la salvacion de las almas, llegando su abstinencia á tal extremo, que se creyó con razon vivia milagrosamente. Añadia á esto todas las noches duras y sangrientas disciplinas con que crucificaba su carne, cuyas llagas hacia mas]enosas el áspero cilicio que jamás separó de ella.

Todo este fervor y toda esta sed insaciable por la salvacion de almas provenia del encendido amor de Dios en que se hallaba abrasado su corazon, el cual le hacia prorumpir en suspiros y tiernos ecos, bastándole oir hablar del sumo bien, ó poner los ojos en el cielo para quedar trasportado en admirables éxtasis. Aunque todos y cada uno de los misterios de nuestro Redentor eran objetos de su cordial dileccion, se distinguió especialmente en la particular devocion al Señor sacramentado, siendo muchas las pruebas que dió de este afecto en presencia de la Eucaristía. En los rayos de luz que despedia su rostro, y en las abundantes lágrimas que derramaba cuando celebraba el santo sacrificio de la misa, daba bien á entender el volcan que ardia en su pecho. En una ocasion, hallándose custodio de la provincia de Tucuman, yendo en la procesion del Corpus, no pudiendo contener el amor del Señor interiormente, además de los dulces cánticos con que elogiaba al Sacramento, comenzó á saltar entre los Indios fuera de sí, como otro David delante del arca del testamento, cuyo espectáculo movió á una profunda veneracion á los asistentes. No era menor la tierna devocion que profesaba á la santísima Vírgen: solo con oir su dulce nombre se llenaba su espíritu de gozo y complacencia, explicando su afecto con suaves cánticos, misteriosos versos y oraciones fervorosas. A esta Soberana Reina eligió por patrona de todas sus expediciones apostólicas, aplicando en ellas toda su actividad á promover su culto y su gloria, confesando ingenuamente que las alabanzas de esta Señora eran el alivio en sus trabajos, el consuelo en sus aflicciones, el refrigerio en sus tribulaciones, y la causa de su felicidad en todas sus empresas.

En fin, quiso Dios premiar los trabajos de Francisco; y aunque toda su vida fué una cruz y un martirio con-

tinuo, con todo para que adquiriese mas merecimientos, permitió que dos meses antes de su feliz tránsito sintiese unos dolores agudos, acompañados de una calentura ardiente, bien que en todo el curso de su enfermedad dispuso la divina Providencia con maravilloso prodigio que se mantuviesen en la ventana de su celda unas avecillas, inseparables de ella por mas ruido que hiciesen, las cuales con sus sonoros cánticos recreaban el ánimo de su fiel siervo, que tenia á la vista un crucifijo, á quien daba repetidas gracias porque le afligia en tiempo que no podia con sus propias manos castigarse segun su costumbre. Por la vehemencia de los dolores no desistió del ejercicio de la oracion, que fué siempre el objeto principal de sus esmeros, la cual pudo llamarse habitual, pero no interrumpida en momento alguno; dejándose ver en los últimos dias de su vida tan anegado en dulces contemplaciones, que, olvidado enteramente de las necesidades del cuerpo, parecia que ya conversaba entre los ángeles, sin permitir que en su presencia se suscitase conversacion alguna que no fuese de Dios, ó manifestando deseos de que se hiciese alguna lectura espiritual. Creciendo la enfermedad, dispusieron los médicos que se le administrase el viático diez dias antes de morir, y respondió que era intempestivo y pronto, aunque muy bueno, el que recibiese á semejante huésped. Dijo á los religiosos, temerosos que falleciese de un momento á otro por la debilidad de sus fuerzas, que fuesen á descansar, pues no moriria hasta el dia de san Buenaventura, á quien profesó siempre una devocion particularísima. En efecto en el mismo dia, al tiempo de hacer señal la campana á la elevacion de la hostia y cáliz, mirando al crucifijo, puestas las manos en cruz, entre amorosos coloquios, trasportado en un gozo celestial, ió apaciblemente su espíritu al Criador en el dia 24

de julio del año 1610, á los sesenta y uno de su edad.

Luego que espiró, quiso Dios acreditar la santidad de su siervo con una multitud de prodigios, y hasta en los síntomas de su cuerpo: este, que por las largas y difíciles peregrinaciones estaba seco y negro, de repente apareció lleno, blanco y hermoso, con el rostro tan sereno, como si estuviese en un dulce sueño, despidiendo un olor fragantísimo: sus ojos, que cerró siempre con una perpetua mortificacion, se dejaron ver brillantes con un resplandor extraordinario; y su carne comprimida á fuerza de las intemperies, se notó con un color y calor natural como si estuviese en lo mas florido de sus años. Tuvieron los religiosos algunos dias en el féretro el venerable cadáver para satisfacer la devocion de las innumerables gentes que concurrieron á tributarle obsequios; y con una pompa jamás vista en Indias, digna de compararse con las demostraciones de los mayores triunfos, depositado en una arca, le dieron sepultura en su convento.

La fama pública de su santidad, y la continuacion de prodigios que cada dia se dignaba obrar el Señor por la intercesion de su siervo, le hicieron venerar desde luego por santo; pero como faltaba la aprobacion de la santa sede para autorizar este concepto, en nombre de la ciudad y senado de Lima, á cuyas súplicas se unieron todas las de las ciudades del Perú y de la religion franciscana, se instó á la santidad de Urbano VIII para la beatificacion y canonizacion de Solano. Este papa despachó las correspondientes letras apostólicas para los procesos informativos; y resultando de ellos justificado plenamente el heroismo de las virtudes de nuestro santo, con multitud de milagros auténticos, que recopiló del mismo proceso en un libro fray Toribio Navarro, minorista, no teniendo

en que detenerse la sagrada congregacion, le declaró beato el papa Clemente X, el dia 25 de enero del año 1675; y le canonizó despues Benedicto XIII, en 27 de diciembre de 1726.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Viena, Santiago, apóstol.

En Tur en Toscana, junto al lago Bolseno, santa Cristina, vírgen y mártir, que, despues de haber abrazado la religion de Jesucristo, hizo pedazos los ídolos de oro y de plata de su padre, y los dió á los pobres. Por órden de este, fué desgarrada á varazos, cruelmente atormentada con otros suplicios, y arrojada á un lago con una piedra al cuello; pero un ángel la sacó de las aguas. En lo sucesivo sufrió constante tormentos todavía mas crueles bajo otro juez sucesor de su padre; y por último de órden del presidente Juliano fué echada en una fragua ardiendo, donde vivió intacta cinco dias, habiendo vencido por el poder de Jesucristo las serpientes à que fué expuesta. Consumó su martirio viéndose arrancar la lengua y asaetear.

En Roma en la via Tivolina, san Vicente, mártir.

En San Vitorino en el Abruzo ulterior, el martirio de ochenta y tres soldados.

En Mérida en España, san Víctor, militar, el cual consumó su glorioso martirio con diferentes géneros de suplicios, en compañía de sus dos hermanos Estercacio y Antínogeno.

En Licia, santa Aniceta y santa Aquilina, mártires, que, habiéndose convertido oyendo predicar al mártir san Cristóforo, ganaron la palma del martirio dejándose cortar la cabeza.

Allí mismo, san Meneo y san Capiton, mártires.

En Sens, san Ursicino, obispo y confesor.

En Mans san Pavasio, tercer obispo de aquella cuidad.

Cerca de Lila en el Tarne entre Gaillac y Rabasteins, santa Sigulena, viuda y abadesa, cuyo cuerpo es venerado en Albi en la iglesia metropolitana de Santa Cecilia.

En Sajonia, santa Gerburga, vírgen, segunda abadesa de la abadía de Gandersheim.

En Volinia, san Boriso, principe de Quiovia, tio paterno de Ana de Rusia, mujer de Henrique I, rey de Francia, á quien su hermano Zuentopelc mató alevosamente.

La misa es en honra de la santa, y la oracion la que sigue.

Indulgentiam nobis, quæsumus, Domine, beata Christina, virgo et martyr imploret, quæ tibi grata semper exstitit, et merito castitatis, et tuæ professione virtutis. Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, Señor, nos alcance el perdon de nuestros pecados la intercesion de la bienaventurada vírgen y mártir Cristina, que tanto te agradó, así por el mérito de su castidad, como por la ostentacion que hizo su constancia de tu infinito poder. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 51 *del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia* XX, *pág.* 477.

NOTA.

« Esta epístola, como ya queda dicho, se sacó del » último capítulo del Eclesiástico, en el cual Jesus, » hijo de Sirach, autor de dicho libro, da gracias » á Dios por haberle sacado de muchos peligros en » que se vió. Ninguna cosa es más adaptable á las » santas vírgenes y mártires que el contenido de este » capítulo, y por eso se le aplica con tanta razon la » santa Iglesia. »

REFLEXIONES.

Todos fuimos criados para el cielo, donde el Señor nos preparó á todos un lugar. ¿Qué priesa nos damos,

ni qué ansia tenemos por aquella felicísima mansion? No hay medio; ó cielo, ó infierno. Si no fuere Dios nuestra soberana dicha, será nuestra mayor infelicidad. Espantosa disyuntiva que nos da bien á conocer la necesidad de la salvacion. Todos somos ciudadanos del cielo: ¿pues qué atractivos podemos hallar en la tierra? El mayor de los males es la muerte eterna del alma; pero le podemos evitar con la gracia del Señor. ¡Qué materia mas justa de nuestras oraciones! Reina el orgullo imperiosamente en el mundo; de aquí nace el fausto, la profanidad, el aparato, la ostentacion, la altanería y la arrogancia; pero este reinado se acaba con la vida; ¿y qué produce ese espíritu mundano en la hora de la muerte? Los buenos sufren con paciencia en este destierro el reinado de los soberbios, esto es, de los mundanos, que, siendo enemigos de Cristo y del Evangelio, hacen continua guerra á la virtud. ¡Con qué indignidad se trata hoy en el mundo á la virtud cristiana! ella es el asunto de las insulsas zumbas de los disolutos; pero el Señor la protege, y nada tiene que temer. Ejercitan los impíos la virtud de los buenos, es verdad; pero no les pueden dañar; toda su malicia se reduce á purificarlos mas, y á aumentarles el mérito. Cuando solo se pide á Dios aquello que es de mayor gloria suya, y provechoso para la salvacion, siempre logra buen despacho. ¿Podemos hacer mejor ni mas preciosa peticion? Vivimos en país enemigo; el mundo es nuestro destierro, region de llanto, y estamos sentados á las orillas del rio de Babilonia. Con la memoria de la Jerusalen celestial lloraban incesantemente los santos; la multitud de los peligros los tenia en continua vigilancia para librarse de tantos lazos. Toda su confianza la colocaban en Dios, y en este tiempo de iniquidad todo su valor consistia en su confianza. Librólos Dios de la perdicion sacándolos de tantos

peligros. ¿Quién tendrá la culpa de que nosotros no experimentemos la misma proteccion, y de que no tengamos el mismo motivo para rendirle por toda la eternidad incesantes gracias? No nos arrojemos aturdidamente á los peligros; tengamos una sincera voluntad de agradar á Dios; sirvámosle con fidelidad; considerémonos en la tierra como en un destierro; suspiremos continuamente por nuestra patria celestial; pongamos toda nuestra confianza en Jesucristo, y tendrémos la dicha de bendecirle eternamente, y de cantar sin cesar sus alabanzas.

El evangelio es del cap. 13 de san Mateo, y el mismo que el dia XX, *pág.* 480.

MEDITACION.

DE LA SALVACION.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la salvacion eterna es aquel tesoro escondido, cuyo valor ignoran muchos haciendo poca reflexion sobre su importancia, al mismo tiempo que los prudentes lo sacrifican todo por lograrle. No tenemos negocio que nos importe mas, ni podemos aspirar á mayor fortuna.

Del bueno ó mal éxito de este negocio depende el ser eternamente felices, ó eternamente desdichados. Todos los demás solo se nos permiten en cuanto nos ayudan á salir bien con este. Perdido este negocio, todo se perdió; pues se perdió para nosotros sin recurso el mismo Dios que encierra todos los bienes.

Es, pues, mi salvacion un gran negocio; y tan grande, que no es posible otro de mayor consecuencia, ni que me interese mas. Un gran negocio de tal manera se absorbe todos los demás, que apenas deja tiempo para consolarse en la pérdida de los otros.

Para hacer un gran negocio á nada se perdona; destreza, amigos, empeños, diligencias, razones, todo se pone en movimiento; sacrificanse á su logro las diversiones la quietud, y hasta los mismos bienes. ¿Hacemos otro tanto por el negocio de la salvacion?

Este es mi principal negocio; todo se debe dirigir á él, y á él debe ceder todo. Pero ¡ah, que se posterga á todo lo demás! ¿Nos ocupa mucho este gran negocio? ¿es la salvacion el objeto de nuestros deseos, de nuestras acciones, de nuestros pensamientos? ¡Espantoso desórden! apenas se considera la salvacion como negocio; no hay cosa mas olvidada. ¿Y no seria un portento que procediendo de esta manera lográramos la salvacion?

No tenemos cosa mas indispensable que esta. Que se haya perdido una batalla, que se haya perdido todo un reino; paciencia: que se haya perdido una rica herencia, un pleito, un grande empleo; paciencia: que se hayan perdido todos los bienes, la salud, la vida misma; paciencia: nos queda el consuelo de salvarnos; este es nuestro recurso: pero ¿qué consuelo quedará al que se condenó?

No es absolutamente necesario que yo sea rico, ni poderoso, ni hábil; pero es absolutamente necesario que me salve. Mira si hay alguna otra cosa que te sea mas necesaria, ni aun tanto. Pero ¿lo hemos creido así cuando apenas hacemos nada por nuestra salvacion? Y no haciendo por ella mas de lo que hago, ¿creo seriamente que no hay para mí otra cosa mas necesaria? ¿creo que el que se condena se condena para siempre?

Y bien, Señor, ¿cuál será mi suerte en vista de mi conducta? ¿me salvaré? ¿qué responderia yo á otro, que, viviendo como yo vivo, me preguntara si se salvaria?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la salvacion no solo es nuestro grande y nuestro principal negocio, sino nuestro negocio personal, el único que es rigurosamente nuestro. Haciendo tal negocio, consiguiendo tal cargo, cultivando tal posesion, ganando tal pleito, en rigor se hace el negocio de los hijos ó de los herederos; se hace el negocio de otros; solo en salvarme hago el negocio propio; es tan mio, que ninguno otro le puede hacer por mí. Pero ¿he trabajado mucho en él? ¿está muy adelantado?

Si al salir de este mundo todo lo has hecho bien menos tu salvacion, nada hiciste para tí; tus amigos, tus herederos, tus parientes, por quienes tanto te afanaste, y acaso á costa de tu salvacion, ¿te resarcirán esta pérdida? ¿te podrán servir de mucho? al contrario, si hiciste tu salvacion, aunque hubieses desacertado todo lo demás, hiciste para siempre tu fortuna, nada te afligirá, ni te quedará mas que hacer. Mi Dios, ¿dudamos por ventura de esta verdad? Y si la creemos, ¿cómo se puede componer con nuestra fe nuestra inaccion, nuestra indiferencia y nuestra insensibilidad?

El negocio de la salvacion es delicado, no le hay mas espinoso, ni que pida mas atencion. ¡Cuántos enemigos hay que combatir, cuántos estorbos que vencer, cuántos lazos que evitar! En esta vida todo es peligro, todo es tentacion. Es preciso orar y velar sin intermision, y hacerse continua violencia. El camino que conduce al cielo es angosto: en él, por decirlo así, nacen las espinas debajo de los piés. No es vida cristiana la que no es humilde, inocente y mortificada. Esta es la filosofía de Jesucristo; pero ¿es tambien la nuestra?

Diónos Dios toda la vida única y precisamente para

trabajar en el negocio de nuestra salvacion: juzgó que toda ella era necesaria para hacer bien este grande negocio; pero nosotros ¿hacemos el mismo juicio? ¿cuánto tiempo empleamos en él? ¡O Dios! tenemos por lo menos certeza moral de que no trabajamos en nuestra salvacion; la fe, la palabra de Jesucristo, nuestra misma razon nos está dictando que sin remedio nos condenaremos, si continuamos en vivir como hasta aquí; ¡y sin embargo perseveramos tranquilos en nuestra delicada ociosidad! Esta seguridad ¿en que se fundará?

Dios mio, si estas reflexiones que hago, ó por mejor decir, si la gracia que me concedeis de que las haga no me mueve á trabajar sin dilacion y seriamente en el negocio de mi salvacion, ¿qué podré esperar? Pero todo lo espero de vuestra misericordia. Vos quereis mi salvacion; yo quiero sinceramente salvarme; ¿pues quién tendrá la culpa si no me salvo?

JACULATORIAS.

Tuus sum ego, salvum me fac. Salm. 118.
Tuyo soy, Señor, sálvame.

Sic currite ut comprehendatis. Cor. 9.
Trabajad, corred hasta conseguir el premio.

PROPOSITOS.

1. No hay en nuestra religion verdad mas reconocida de todos; pero acaso tampoco hay otra que nos haga menos impresion. Confiésase ingenuamente que nada se ha hecho; pero ¿de qué sirve esta confesion? ¿sirve solamente para hacernos mas culpados? Se conoce, se palpa que no se ha dado principio a trabajar en el importante negocio de la salvacion; entre tanto el dia va bajando, y se inclina hácia el ocaso; pero ¿qué diligencias se practican? ¿qué medios se toman? De buena fe: ¿esto es impiedad ó locura?

Ciertamente es uno y otro. Sé mas racional y mas cristiano. Tu conciencia te reprende tu inaccion; no se pase este dia sin dar pruebas de tu zelo. ¿Tienes que hacer alguna restitucion, ó que perdonar alguna injuria? ¿subsisten aun los lazos que formó la pasion? ¿hay alguna ocasion que cortar, alguna víctima que degollar? Haz luego, y antes que se pase el dia, este necesario sacrificio. Visita á aquella persona con quien estás de esquina, restituye sin dilacion lo que no es tuyo, ó á lo menos comienza á restituirlo, tomando para eso todos los medios conducentes: acaso tendrás necesidad de hacer una confesion extraordinaria; no la dilates para la Pascua, hazla luego, ó por lo menos comienza desde hoy á disponerte para ella. Ese juego, esas compañías, esos frecuentes tratos, esos espectáculos sirven de estorbo á tu salvacion; pues ten el consuelo de haberlo cortado y reformado todo antes que se pase el dia, de modo que puedas decir al llegar la noche: Esto es lo que yo hice hoy para salvarme.

2. Siendo preciso que todas nuestras acciones se dirijan á nuestra salvacion, has de disponer hoy mismo el plan de vida que has de seguir, ó volverle á leer si ya le tuvieres dispuesto. Son inútiles las reglas de gobierno si no se observan. Ten siempre á la vista este oráculo de Jesucristo: *Porro unum est necessarium*: una sola cosa es necesaria. Despierta luego, y sal de ese letargo en que has vivido hasta aquí acerca de tu salvacion. Ten alguna conferencia sobre este asunto con tu director, ó con alguna persona de virtud y de confianza. Se consultan los negocios temporales con las personas mas hábiles; ¿y no merecerá el negocio de la eternidad y de la salvacion aquel cuidado, aquella aplicacion que se da á un negocio de ninguna importancia? Los hijos del siglo ¿han de ser siempre mas prudentes y mas hábiles en sus negocios que los hijos de la luz?

DIA VEINTE Y CINCO.

SANTIAGO, APÓSTOL, LLAMADO EL MAYOR.

Santiago, cuya memoria celebra hoy la santa Iglesia, se llama el Mayor porque fué llamado al apostolado antes que el otro Santiago, obispo de Jerusalen, hijo de Alfeo, que por esta misma razon se llama el Menor, y su fiesta se celebra el dia primero de mayo.

Nuestro Santiago el Mayor fué hijo del Zebedeo y de María Salomé, hermana mayor de san Juan evangelista. Nació en Betsáida, ciudad de Galilea á dos leguas cortas de Cafarnaum, situada sobre la orilla septentrional del lago de Genezareth, llamado tambien el mar de Tiberíades. Créese que tenia diez ó doce años mas que el Salvador del mundo, y su hermano Juan seis años menos. Vivian con su padre en Betsáida, patria de entrambos, como tambien de san Pedro, de san Felipe y de san Andrés. Eran de oficio pescadores, aunque Orígenes llama barqueros á Santiago y á san Juan, porque tenian un barco ó una barca propia en que pescaban á las órdenes de su padre; pero san Pedro y san Andrés son llamados simplemente pescadores, porque, no teniendo barca ni barco propio, pescaban á jornal para el patron de alguna lancha.

Su madre Salomé, una de las primeras mujeres que siguieron á Cristo, era muy piadosa, y por lo mismo era tambien virtuosa toda su familia, la cual no dejaba de distinguirse por su virtud, á pesar de su humilde condicion. San Epifanio es de sentir que Santiago era discípulo de san Juan Bautista, y que fué aquel á quien su maestro envió con la embajada al

Salvador. Sea de esto lo que fuere, es cierto que, luego que comenzó á predicar el Hijo de Dios, Santiago y san Juan fueron los que se dieron mas priesa por oirle, aunque no le siguieron hasta algunos meses despues.

Estaban un dia los dos hermanos en el barco con su padre, y todos estaban muy tristes, porque, habiendo trabajado toda la noche, nada habian pescado. cuando llegó el Señor á la orilla del lago acompañado de una inmensa multitud de gente que le seguia. Por librarse de la opresion, se metió en el barco donde estaba Pedro, y mandándole pasar adelante hasta alta mar, le dijo que echase las redes con toda confianza. Cayó tanta pesca, que se rompian las redes, y llamaron en su socorro á los que estaban en el barco mas inmediato. Eran estos Santiago y Juan, con los que pescaban á sus órdenes. Acudieron pronto, y se llenaron tanto los dos barcos, que faltó poco para que ambos fuesen á fondo. Atónitos de este prodigio, llevaron los barcos á tierra, y resolvieron dejarlo todo para seguir á Jesucristo, como con efecto lo ejecutaron muy presto.

Caminaba un dia el Salvador por la orilla del lago de Genezareth, y llamando á Pedro y á Andrés, les mandó que le siguiesen. Un poco mas adelante vió á Santiago y á Juan dentro del barco con su padre el Zebedeo, los cuales todos estaban componiendo las redes; dijoles lo mismo que á Pedro y á Andrés, y los dos hermanos le siguieron con tanta prontitud, que ganaron el corazon del Señor. Sin detenerse un momento, dejaron las redes, el barco, los compañeros que ganaban la vida con ellos, y á su mismo padre: obediencia pronta y generosa, que junta á tan perfecto desasimiento, contribuyó no poco al particular amor que en todas las ocasiones mostró Cristo despues á los dos hermanos.

Desde luego conocieron todos que Santiago era uno de los discípulos mas favorecidos. Pocos milagros hizo el Salvador de que él no fuese testigo. Hallóse presente cuando sanó á la suegra de san Pedro. En la resurreccion de la hija de Jairo, príncipe de la sinagoga, tambien quiso el Hijo de Dios que le acompañasen san Pedro, Santiago y san Juan, très discípulos particularmente amados suyos, á quienes por todo el discurso de su vida distinguió con singulares demostraciones de amor y de ternura.

Fué muy especial la que les manifestó en el Tabor, llamándolos para testigos de su gloriosa transfiguracion. Esta eleccion, para mostrarles una parte de su gloria, fué la mayor distincion que les habia hecho desde que estaban en su divina escuela. En vista de tan repetidos testimonios de la preferencia que lograban en los cariños del Señor, se alentaron ellos y su madre á una pretension que no los acreditaba de muy perfectos, manifestando bien que hasta la venida del Espíritu Santo no formaron concepto adecuado y justo de las verdades y de las máximas espirituales de la religion. Acababa de decirles el Salvador que los doce apóstoles se habian de *sentar en doce tronos* para juzgar las doce tribus de Israel; pero no les habia expresado quiénes habian de estar mas cerca de su persona. No ignorando la madre de Santiago y de san Juan el particular cariño que mostraba siempre á sus dos hijos, creyó que le podia pedir con toda confianza los dos primeros tronos para ellos. Presentóse, pues, ante el Señor la buena mujer en medio de los dos hijos, y adorándole con toda reverencia, le dijo que tenia que pedirle una gracia. Habida licencia, añadió: *Señor, todos tres os hacemos una misma peticion; esto es, que, cuando esteis en vuestro reino, dispongais que uno de mis hijos se siente á vuestra mano derecha, y el otro á la siniestra.* No contextó el Salvador

directamente á la madre, sabiendo muy bien que hablaba en nombre de sus hijos, y así dirigiendo á estos la palabra sin reprenderles su ambicion, se contentó con instruirlos, dándoles en esta ocasion aquella admirable leccion de humildad, que es el fundamento del verdadero mérito, y asegurándoles que, si querian ser los mayores en el reino de los cielos, era menester que bebiesen primero su cáliz, y que se hiciesen pequeños y humildes en este mundo.

Aunque el zelo de los dos hermanos no era todavía el mas puro ni el mas arreglado, no por eso era menos ardiente ni menos tierno el amor que profesaban á Jesucristo. Cerca de seis meses antes de la pasion, caminando por Galilea á Judea, quiso entrar en un pueblo de Samaria, cuyos habitadores le cerraron las puertas por saber que iba á Jerusalen, lo que no podian tolerar los samaritanos despues del cisma. Irritados Santiago y san Juan en vista del desaire que se hacia á su Maestro, le dijeron que si les daba licencia harian bajar fuego del cielo para exterminar aquellos insolentes. Reprimió el Salvador su demasiado ardimiento, enseñándoles que el espíritu del Evangelio que les anunciaba no era de rigor como el de la ley de Moisés, sino espíritu de dulzura y de caridad; y aun se cree que, cuando dió á los dos hermanos el nombre de *Boanerges*, que quiere decir *hijos del trueno*, aludia al ardor y á la fogosidad de su impetuoso zelo.

Grande fué sin duda el favor que hizo el Señor á Santiago en escogerle para testigo de las glorias del Tabor; pero no fué menor el que le dispensó llevándole tambien para que lo fuese en las agonías del huerto. Fué este bienaventurado apóstol uno de los tres que acompañaron al Salvador en el huerto de las Olivas para servirle, digámoslo así, de consuelo en aquella mortal tristeza; queriendo el Señor hacer

con él esta nueva demostracion de su ternura hasta el dia antes de su muerte; pero de mayor consuelo fueron las que hizo despues de su gloriosa resurreccion. Hallóse presente Santiago á todas sus frecuentes apariciones, teniendo parte en las instrucciones y en las pruebas de bondad que dió el Salvador á sus discípulos.

Despues que los apóstoles recibieron al Espíritu Santo, ninguna cosa fué capaz de contener el zelo de Santiago. Corria las ciudades, villas y aldeas de la Judea para anunciar á sus hermanos la fe de Jesucristo. Es constante y muy autorizada tradicion de todas las iglesias de España que Santiago fué su primer apóstol, y que antes que los apóstoles se separasen para anunciar el Evangelio en todo el universo, viendo que despues de la muerte de san Estéban no se podia predicar á Jesucristo en la Judea, Santiago se embarcó, pasó los mares, y llevó á España las primeras luces de la fe. Venérase aun en Zaragoza el sagrado pilar sobre el cual cree la devota piedad muy fundadamente que se le apareció la santísima Vírgen, estando aun en vida mortal esta Señora, y le mandó construir en aquel mismo sitio una capilla dedicada á su santo nombre, asegurándole tomaba desde luego bajo su especial patrocinio una nacion que hasta el fin de los siglos habia de ser muy devota suya. Despues volvió Santiago á Judea, donde trabajó con extraordinario zelo en anunciar la fe de Jesucristo. Por su elocuencia, por su valor, por la fuerza de sus razones, y por la milagrosa mocion que acompañaba á sus discursos, confirmado, sostenido y autorizado todo con gran número de milagros, hizo grandes conversiones.

Alborotóse toda la nacion en vista de tantas maravillas, y se amotinó furiosamente contra Santiago. Hicieron los judíos todo lo que pudieron para per-

derle. Valiéronse de dos famosos magos, Filetes y Hermógenes, que prometieron convencerle y desacreditarle delante de todo el pueblo con sus artificios; pero sucedió todo lo contrario: luego que el santo habló, se convirtió Filetes, y Hermógenes quedó convencido del ningun poder de sus encantos y de la maravillosa virtud del apóstol.

Pero los judíos principales no por eso depusieron su encono ni su animosidad. Un dia que hablaba al pueblo con grande fuerza acerca de la divinidad de Jesucristo, probándola con el cumplimiento de las profecías, echaron mano de él, y despues de haberle maltratado le llevaron á Herodes Agripa, rey de Judea, nieto del que hizo morir á los inocentes, y sobrino del otro Herodes Antipas, tetrarca de Galilea, que quitó la vida á san Juan Bautista.

Era Agripa poco grato á los judíos, y hacia tiempo que solicitaba ocasion de darles algun gusto para congraciarse con ellos. Parecióle no podia lograr otra mas oportuna que la de sacrificar á su odio al que consideraban como cabeza de la religion cristiana, y por uno de los mas zelosos discípulos de Jesucristo. Sin otras pruebas le sustanció su causa, y le sentenció á que le cortasen la cabeza. San Clemente Alejandrino, que floreció al fin del segundo siglo, asegura que el judío que le prendió, viendo la generosidad con que confesaba á Jesucristo, se sintió tan movido, que confesó era tambien cristiano, y que por esta confesion fué condenado al mismo suplicio. Cuando los conducian al lugar destinado para la ejecucion, el nuevo confesor de Jesucristo se arrojó á los piés del santo apóstol, y le pidió perdon. Abrazóle Santiago tiernamente, y le dijo: *La paz sea contigo*; de donde se dice tuvo principio la ceremonia que usa la Iglesia en el santo sacrificio de la misa, valiéndose de las mismas palabras para dar la paz al pueblo

antes de la comunion. Llegados al lugar del suplicio, Santiago hizo oracion, dando gracias al Señor por la honra que le hacia de que derramase su sangre por la gloria de su nombre, y que fuese el primer apóstol que padeciese el martirio por su santo amor. Sucedió el año 44 de Jesucristo, hácia el tiempo de la Pascua, y fué degollado en compañía del otro què entró á la parte en la misma corona. Afirma san Epifanio que Santiago fué perpetuamente vírgen como su hermano san Juan, y que por esta razon merecieron los dos el singular amor que el Salvador les profesó.

Despues de la muerte del apóstol, que sucedió en Jerusalen, los cristianos enterraron su cuerpo en la misma ciudad, donde se asegura estuvo poco tiempo; y se cree que los discípulos que le fueron siguiendo desde España retiraron el santo cuerpo, y embarcándose con él, aportaron á Iria Flavia, hoy Padron, pueblo de Galicia, donde estuvo oculto aquel precioso tesoro todo el tiempo que duró la inundacion de los bárbaros hasta el principio del noveno siglo. Entonces se descubrieron milagrosamente las santas reliquias en tiempo de don Alfonso el Casto, rey de Leon, aliado de Carlo Magno. Aquel piadoso monarca las hizo trasladar á Compostela; y para autorizar mas un lugar que ya era célebre en el universo por la devocion y concurso de los fieles, el papa Leon III trasladó la silla episcopal de Iria á Compostela, adonde continúa la concurrencia de peregrinos y extranjeros de todo el mundo cristiano despues de ochocientos años, publicando lo mucho que puede con Dios el santo apóstol; de manera que, despues de la peregrinacion á Jerusalen y á Roma, no hay otra mas solemne en toda la cristiandad.

Glorianse algunas iglesias de Francia de poseer alguna parte de las reliquias de nuestro grande apóstol, y aun alguna pretende ser depositaria de su sagrado

cuerpo; pero los mismos franceses desprecian esta pretension acreditándolo con los innumerables peregrinos que de toda aquella nacion, mas que de otra alguna, concurren cada año en tropel á Compostela. No caben en el guarismo las singulares gracias que España ha recibido siempre de este gran santo. Sobre todo reconoce deberle las victorias mas señaladas que ha conseguido de los enemigos de la religion; y despues de Dios recurre continuamente á su proteccion en todas las calamidades públicas.

En Jerusalen, á trescientos pasos de la puerta de Sion, hay una iglesia dedicada á Santiago, siendo una de las mas hermosas y mas capaces de aquella santa ciudad. La cúpula que está en medio se eleva y se sostiene sobre cuatro grandes pilares, rasgada en la parte superior con dilatadas claraboyas, á manera de la del santo sepulcro, que la llenan de extraordinaria claridad. Vense de frente hácia la parte oriental tres magníficos altares, seguidos unos de otros; y á mano izquierda al entrar por la nave hay una capillita en el mismo sitio donde se cree fué degollado el apóstol por mandado de Herodes, porque antiguamente era la plaza del mercado. Pertenece esta iglesia á los armenios, que tienen allí un monasterio con un obispo, y con doce ó quince monjes para celebrar los divinos oficios. Dícese que así la iglesia como el monasterio son fundacion de los reyes de España para hospedar á los peregrinos españoles. Hay en España la órden militar de Santiago, fundada por el rey don Fernando II el año de 1175. Llámase por su excelencia *la Noble*, y disputa la antigüedad con la de Calatrava: tiene tres grandes prioratos, el de Castilla, el de Leon y el de Montalban, con otras ochenta y cinco encomiendas; y el rey es el gran Maestre de la órden.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La fiesta de Santiago apóstol, hermano de san Juan evangelista, que fué decapitado por Herodes Agripa hácia la fiesta de la Pascua. Sus preciosas reliquias, llevadas de Jerusalen á España y depositadas en Compostela, á diez leguas del mar, en el reino de Galicia, son veneradas por los moradores devotos con celebridad, y por los muchos peregrinos cristianos que iban allá piadosos á cumplir sus votos.

En Licia, san Cristóforo, mártir, el cual, habiendo sido, bajo el emperador Decio, acardenalado con barrillas de hierro, y librado por el poder de Jesucristo de la violencia de las llamas, fué al cabo asaeteado, y decapitado consumó así su martirio.

En Barcelona en España, san Cucufate, mártir, que, durante la persecucion de Diocleciano, bajo el presidente Daciano, habiendo sufrido muchos tormentos, fué pasado á cuchillo, yéndose así victorioso al cielo.

En Palestina, san Paulo, mártir, que en la persecucion de Maximiano Galerio bajo el presidente Firmiliano, fué condenado á perder la cabeza. Habiendo conseguido algunos instantes para orar, rogó á Dios de todo corazon, primero por sus paisanos, luego por los judíos y los paganos para que viniesen en conocimiento de la verdad; despues por cuantos le rodeaban, y en fin por el juez que le habia condenado y el verdugo que le iba á ajusticiar. Al punto este le cortó la cabeza, y quedó nuestro santo coronado con el martirio.

En el mismo lugar, santa Valentina, vírgen, que, llevada al altar para inmolar á los ídolos, y habiéndolos derribado con el pié, fué cruelmente atormentada, y despues habiendo sido arrojada al fuego

con otra vírgen compañera suya, voló hácia su celestial esposo.

En Forconio en el Abruzo ulterior, san Florente y san Félix, mártires, naturales de Siponto.

En Córdoba, san Teodomiro, monje y mártir.

En Tréveris, san Magnerico, obispo y confesor.

En el país Mulciano en un pueblo de la diócesis de Meaux, que llamaban Cubtas, en el reino de Francia, el fallecimiento de san Urso, obispo de Troyes.

En dicho dia, san Evrolso, abad de san Fusciano del Bosque, cerca de Amiens.

En Metz, santa Glosina, vírgen, abadesa.

En este mismo dia, el natalicio de santa Ana.

En los confines de Egipto y de Etiopia, san Obolo y sus compañeros hasta el número de doscientos y sesenta mártires.

En Constantinopla, el natalicio de santa Olimpiada, vírgen y viuda.

En la Tebáida, la muerte de santa Eufrasia, religiosa, vírgen de Constantinopla.

En Milan, san Laurente, obispo.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Esto, Domine, plebi tuæ sanctificator et custos: ut beati Jacobi apostoli tui munita præsidiis, et conversatione tibi placeat, et secura mente deserviat. Per Dominum nostrum...

Santifica, Señor, y guarda á tu pueblo, para que amparado de la proteccion del beato apóstol Santiago, te agrade con el arreglo de su vida, y te sirva con tranquilidad de espíritu. Por nuestro Señor...

La epistola es del cap. 4 de la primera á los Corintios.

Fratres: Puto quòd Deus nos apostolos novissimos ostendit, tanquam morti destinatos: quia spectaculum facti sumus

Hermanos: Pienso que Dios nos manifiesta á nosotros como los últimos apóstoles destinados á la muerte: porque hemos

mundo, et angelis, et hominibus. Nos stulti propter Christum, vos autem prudentes in Christo: nos infirmi, vos autem fortes: vos nobiles, nos autem ignobiles. Usque in hanc horam et esurimus, et sitimus, et nudi sumus, et colaphis cædimur, et instabiles sumus, et laboramus operantes manibus nostris: maledicimur, et benedicimus: persecutionem patimur, et sustinemus: blasfemamur, et obsecramus: tanquam purgamenta hujus mundi facti sumus, omnium peripsema usque adhùc. Non ut confundam vos, hæc scribo; sed ut filios meos charissimos moneo. Nam si decem millia pædagogorum habeatis in Christo: sed non multos patres. Nam in Christo Jesu per Evangelium ego vos genui.

sido hechos espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres. Nosotros estultos por Cristo, y vosotros prudentes en Cristo: nosotros débiles, y vosotros fuertes: vosotros gloriosos, y nosotros deshonrados. Hasta esta hora tenemos hambre y sed; y estamos desnudos, y somos heridos con bofetadas, y no tenemos donde estar, y nos fatigamos trabajando con nuestras manos: somos maldecidos, y bendecimos: padecemos persecucion, y tenemos paciencia: somos blasfemados, y hacemos súplicas: hemos llegado á ser como la basura del mundo y la hez de todos hasta este punto. No os escribo estas cosas para confundiros; sino que os aviso como á hijos mios muy amados. Porque, aunque tengais diez mil preceptores en Cristo, mas no muchos padres. Porque yo os engendré en Cristo Jesus por medio del Evangelio.

NOTA.

« Teniendo noticia san Pablo de que el espíritu de » vanidad, de zelos, de parcialidad y de division se » habia apoderado de los Corintios, les escribió esta » admirable epistola, que no bastó para curarlos de » estos achaques, porque, escribiéndoles algunos » años despues san Clemente papa, todavía les re- » prende por su vanidad, por su orgullo, por sus » disputas, por sus pleitos, por sus divisiones y por » su genio cismático. »

REFLEXIONES.

¿Adónde se fué aquel primitivo espíritu que animaba á los apóstoles y á los primeros fieles? ¿aquel espíritu de humildad que les inspiraba tan bajo concepto de sí mismos; aquel espíritu de mansedumbre con que se compadecian de las ajenas miserias; aquel espíritu de mortificacion que los inclinaba á vivir y morir en una continua cruz, á triunfar con alegría entre el fuego de la persecucion; aquel espíritu de caridad con que correspondian á los ultrajes con oraciones y con beneficios; aquel espíritu de recogimiento y de retiro que los movia á suspirar por el desierto y por la soledad? Este es el espíritu de Jesucristo, que él mismo vino en persona á derramar en todos sus hijos; este es el que animó á todos los santos, y este el que caracteriza y distingue á sus verdaderos discípulos. Pero ¿es este nuestro espíritu? ¿reina el dia de hoy en todas las condiciones, en todas las comunidades, en todas las familias? No declamo ahora en tono plañidor y lastimero; no me valgo de exclamaciones, de ayes ni de gemidos estudiados; propongo única y precisamente unas reflexiones sencillas y naturales, que por sí mismas se representan á la razon, y la conducta general de los hombres nos pone cada dia delante de los ojos. Dígase la verdad; ¿se consideran estas máximas del Apóstol como principios sobre los cuales se ha de fundar toda la cristiana filosofía? Pero si no se sigue esta doctrina, ¿no nos dirán las gentes del mundo, en qué escuela aprendisteis unas máximas tan contrarias á las de Jesucristo, tan opuestas al Evangelio, tan repugnantes al espíritu de nuestra religion? En punto de filosofía evangélica ¿se piensa hoy en el mundo como pensaban los primitivos cristianos? Y aun aquellas personas que por profesion están consagradas á

Dios, ¿no han degenerado del primitivo espíritu de su instituto? ¿se quedan precisamente entre las gentes del mundo la indevocion, los abusos y la relajacion? Pero al fin, ello es cierto que el Evangelio no ha envejecido; los mandamientos de la ley se conservan en su primer vigor; los ejemplos de los santos son nuestros modelos, y tanto lo son hoy como siempre. Todo el mundo ve la desproporcion y la poca semejanza que hay entre los cristianos de nuestros dias, y los de los primeros siglos; con todo eso la regla no se ha mudado; Jesucristo ni ha dispensado, ni ha mitigado el rigor de su ley, ni la santidad de su doctrina; ¿pues cuál será nuestra suerte?

El evangelio es del cap. 20 de san Mateo.

In illo tempore, accessit ad Jesum mater filiorum Zebedæi cum filiis suis, adorans et petens aliquid ab eo. Qui dixit ei: Quid vis? Ait illi: Dic ut sedeant hi duo filii mei, unus ad dexteram tuam, et unus ad sinistram, in regno tuo. Respondens autem Jesus, dixit: Nescitis quid petatis. Potestis bibere calicem, quem ego bibiturus sum? Dicunt ei: Possumus. Ait illis: Calicem quidem meum bibetis: sedere autem ad dexteram meam vel sinistram, non est meum dare vobis, sed quibus paratum est à Patre meo.

En aquel tiempo se acercó á Jesus la madre de los hijos del Zebedeo con sus hijos, adorándole, y pidiéndole alguna cosa. El cual le dijo: ¿Qué es lo que quieres? Respondió ella: Manda que estos dos hijos mios se sienten uno á tu diestra, y otro à tu siniestra en tu reino. Respondiendo, pues, Jesus, dijo: No sabeis lo que pedis. ¿Podeis beber el cáliz que he de beber yo? Le respondieron: Podemos. Díjoles: Beberéis, sí, mi cáliz; pero el sentarse á mi diestra ó siniestra, no me pertenece á mí el concederlo á vosotros, sino á aquellos á quienes está preparado por mi Padre.

MEDITACION.

DE LOS DESEOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que toda la felicidad de la otra vida consiste en cumplir todos nuestros deseos, y toda la felicidad de esta en mortificarlos y en anonadarlos. Es decir que, para ser dichoso en este mundo, es preciso no desear cosa alguna de él. Nuestros deseos son nuestros mayores tiranos.

Crecen los deseos al paso que se cumplen. Lo mismo es entrar en posesion de lo que se desea, que comenzar á desearse otra cosa; de suerte que la posesion los fomenta, y no los satisface. Desea el corazon aquel cargo, aquel empleo, aquel feliz suceso; porque, alucinado de los sentidos, y engañado por la falsa opinion de los hombres, juzga que, logrado el suceso y conseguido el cargo, quedará satisfecho. Consiguióle; pero, hallando por experiencia que aquello solo fué echar una gota de agua en un horno encendido, pone la mira en otros objetos que se le representan como bienes capaces de apagarle la sed. Logrólos, y se queda mas sediento que estaba antes. No hay bien criado que no deje en el alma un gran vacío. Los deseos son enemigos irreconciliables de nuestra quietud. Con razon se dice que el deseo es un martirio. Son nuestros deseos como accesiones y crecimientos de calentura causados por alguna pasion; ¿qué mucho que nos atormenten? La ambicion, la cólera, la codicia, la lujuria y la avaricia son como diferentes especies de hidropesía; cuanto mas se bebe, mas sed se padece. Nuestros deseos son los que consumen y gastan la salud con los cuidados que engendran, con las fatigas que causan, con los enfados

que traen, y con los gastos que ocasionan, haciendo expender mucho para conseguir nada. ¡Buen Dios, qué dichosos seríamos todos, si en nuestra condicion, en nuestro estado, en nuestra oscuridad ó en nuestra mediocridad de fortuna se apagaran nuestros deseos! Si examinamos la causa de nuestras inquietudes, y si buscamos el orígen de nuestras desazones, no hallaremos otro. El hombre verdaderamente dichoso en este mundo es aquel que nada desea; cieguese este manantial envenenado, y al punto gozaremos un gran sosiego y una dulce tranquilidad; porque elevándose el alma sobre los bienes criados, hallará en Dios todo lo que puede desear. Tanta verdad es que solo Dios puede llenar nuestro corazon, solo él puede contentarle, solo él puede satisfacerle; sea solo Dios el objeto de todos nuestros deseos, y desde luego seremos dichosos y felices.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que, siendo los deseos enemigos de nuestra quietud, hacemos muy mal en no cortar la raiz, convenciéndonos de la vanidad de su objeto, y ocupando el corazon en otros bienes mas sólidos. Discurramos por todos los estados de la vida; fijemos la atencion en todos los bienes criados; nada hallaremos que baste á llenar y satisfacer nuestra alma. Salomon hizo una triste experiencia de esta verdad. Nada negó á sus sentidos; derramado su corazon en todo género de deseos, todos los satisfizo; pero ¿los contentó por eso? *Vanidad de vanidades, y todo vanidad,* exclamó desengañado. Vasta capacidad, grandes alcances, abundancia de bienes, honores, dignidades, distinciones, gran fama, sabiduría humana, todo es vanidad; solo Dios puede llenar este corazon; solo Dios le puede satisfacer; solo Dios puede hacer que esté contento y tranquilo. ¿Para qué desear otra

cosa que á solo Dios? Solo el desear este infinito bien es un bien inestimable; él *tranquiliza el alma*, y él le da á gustar aquello mismo que desea. Amase á Dios desde el mismo instante en que se tiene verdadero deseo de amarle. Respecto de los bienes criados, el primer trabajo del hombre que los desea, es el deseo mismo. Respecto del soberano bien, que es Dios solo, el verdadero deseo de poseerle es en cierta manera *como acto y principio de posesion*. ¿Hay por ventura algun trabajo en desear ama, servir y poseer á Dios? Para ser feliz en esta vida, es indispensable que Dios nos sea todo en todas las cosas, como nos lo será en la otra. Los bienes de esta vida se desean con ardor, y se poseen sin gusto. La posesion de Dios es inseparable de una alegría y de un gusto, que es nuevo cada dia y cada instante. El motivo porque nunca vivimos contentos en la tierra, es porque no se hace reflexion á lo que se tiene, sino á lo que no se tiene. Solo Dios, el cual solo es todos los bienes, el único bien y el soberano bien del hombre, no deja lugar á otros deseos. Un solo deseo basta para excitar, irritar encender todas las pasiones; por el contrario, el deseo del sumo bien sufoca á todas estas fieras. Por eso siempre fué, y siempre será verdad que no puede haber en el mundo hombre verdaderamente feliz, sino aquel que desea á solo Dios.

Divino Salvador mio, ¿cuándo ha de llegar el caso de que o haga esta dichosa experiencia? Mis deseos son mis tiranos, y lejos de librarme de su malignidad, solo he procurado sujetarme mas y mas al yugó u tiranía. Dignaos, Señor, sacarme de esta esclavitud; no, Dios mio, desde hoy nada quiero desear sino á solo vos.

JACULATORIAS.

Quid mihi est in cœlo? et à te quid volui super terram? Salm. 72.

¿Qué tengo yo que desear, Dios mio, fuera de vos en el cielo y en la tierra?

Omne desiderium averte à me. Eccl. 23.

Apartad, Señor, de mi corazon todo deseo de las cosas criadas.

PROPOSITOS.

1. Conviene desear pocas cosas en la tierra, decia san Francisco de Sales, y conviene desearlas poco. Cuanto mas hay que desear, mas hay que temer en esta vida, y por eso ninguno puede ser en ella feliz; á la medida de los deseos son los temores; cuanto mas se desea, mas se teme. Si quieres ser dichoso en este mundo, nada desees que tú puedas perder, ó que te pueda perder á tí, Diríjanse á Dios todos tus deseos: este es el único objeto que los puede satisfacer: está siempre de centinela contra estos enemigos de tu quietud, ahógalos luego que nazcan; y si burlasen tu vigilancia, déjalos apagar por falta de cebo. El alma entregada á sus deseos es muy digna de compasion; si los quieres contentar, te desecarán á fuerza de cuidados y de disgustos.

2. En el caso que no puedas cegar el manantial de tus deseos, evita por lo menos que se derramen y se extiendan; modera su viveza, y desconfía de la falsa brillantez con que se representan sus objetos. Es gran medio para ahogar los deseos luego que nacen, el no querer sino aquello que Dios quiere. Sea la voluntad de Dios la regla y la medida de tus deseos, y presto los verás todos sofocados. Persuádete de que los deseos siempre son efectos naturales de las pasiones; y desdichado de aquel que se hace esclavo de ellos. No es medio menos eficaz para refrenarlos el

T. 7. P. 611.

S. ANA.

MADRE DE LA SANTISIMA VIRGEN.

pensamiento de la muerte; lo que esta hace con ellos, hace tambien su memoria poco mas ó menos. Los mas vivos deseos se debilitan con las fuerzas, y se acaban cuando se acaba la vida. ¿Con qué ojos se miran en la hora de la muerte esos fantasmones de grandeza, de felicidad y de fortuna? Entonces solo Dios enciende todos los deseos del alma. La misma virtud tiene en vida la memoria de la muerte; todos los deseos se estrellan contra la sepultura; ninguno subsiste hasta mas allá de la vida, y ni aun duran tanto como ella; basta la menor enfermedad para embotar todos sus filos. Pero valga la verdad; aunque nuestros deseos no nos ocasionaran tantos disgustos, aunque no encontraran tantos tropiezos, ¿merecerian el trabajo que cuesta el satisfacerlos? ¡Ah, y qué bueno es vivir y morir con solo el deseo de amar y de poseer á Dios!

DIA VEINTE Y SEIS.

SANTA ANA, MADRE DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

No se puede formar concepto mas noble, mas elevado ni mas cabal del extraordinario mérito, de las heróicas virtudes y de la sublime santidad de santa Ana, que diciendo fué madre de la Madre de Dios. Esta augusta cualidad comprende todos los honores, excede todos los elogios; y así como el mismo Espíritu Santo no pudo decir cosa mayor de María, que decir que de ella nació Jesus, *de qua natus est Jesus,* así tampoco es posible elogio mas glorioso de santa Ana, que afirmar que de ella nació María.

Santa Ana, pues, á quien los santos padres apellidan el consuelo de los hijos de Dios, que suspiraban por la venida del Mesías, nació en Belen, de la tribu

de Judá, á dos leguas de Jerusalen, llamada comunmente en el Evangelio *Ciudad de David*, por haber nacido en ella este monarca. Tuvo por padre á Matán, sacerdote de Belen, de la tribu de Leví y de la familia de Aaron, que entre los judíos era la familia sacerdotal. Su madre se llamó María, de la tribu de Judá, ambos muy recomendables por su nacimiento, por su notoria bondad y por su ejemplar virtud. Tuvieron tres hijas. La primera, que se llamó María como su madre, casó con Cleofás, y fué madre de Santiago el Menor, de san Judas, de san Simeon, sucesor de Santiago, obispo de Jerusalen, y de san José, por sobrenombre Bársabas ó el Justo. Estos son aquellos discípulos del Salvador, á quienes el Evangelio llama *hermanos* suyos, segun el estilo comun de los judíos; pero no eran mas que primos, como hijos de una tia de la santísima Vírgen. La segunda hermana de santa Ana fué Sobé, madre de santa Isabel, la cual por consiguiente era prima hermana de la misma Vírgen. En fin, la tercera hija de María y de Matán fué santa Ana, destinada por el Señor para dar al mundo aquella de quien habia de nacer el Salvador.

Luego que Ana nació, se reconocieron en ella aquellas especiales y distinguidas gracias que anuncian y forman los grandes santos, habiendo sido todas las delicias de sus padres, cuyo especial amor á esta hija sobre todas las demás pareció tan justo, que nunca causó zelos ni emulacion en las otras dos hermanas. Descubrióse en ella un fondo de juicio, de prudencia, de modestia y de virtud, con cierto carácter de capacidad y de madurez, que igualmente la hizo amable que admirable. Hechizado el mundo de sus prendas, se dió priesa á ganarla para sí; pero ella miró siempre con desvio todas las cosas del mundo. Su mayor gusto era el retiro, y nunca le halló aun en aquellas inocentes diversiones que son mas naturales y mas

comunes en las niñas de su edad y de su condicion. Entregada á la oracion, comenzó á gustar de Dios desde sus primeros años, no pensando en otra cosa que en servirle y en agradarle. Por el grande amor que profesaba á la virginidad, virtud tan poco conocida en el mundo antes del nacimiento del Redentor, hubiera pasado su vida en el celibato, á no haberla escogido la divina Providencia para ser la mas dichosa de todas las madres. Pretendiéronla por mujer los mas nobles de toda la nacion, y sus padres escogieron entre todos á Joaquin, que vivia en la ciudad de Nazareth, y era de la real casa de David, con cuyo enlace se unió la familia sacerdotal con la real: circunstancia indispensable para que la Madre del Mesías pudiese nacer de este matrimonio.

Aquellas mismas virtudes que tanto habian resplandecido en santa Ana siendo soltera, brillaron con nuevo resplandor en ella cuando se vió esposa del hombre mas santo que se conocia en el mundo á la sazon. No hubo matrimonio mas feliz: en ambos esposos reinaban las mismas inclinaciones, el mismo amor á la virtud, la misma inocencia y la misma pureza de costumbres; porque la misma mano que habia formado aquellos dos corazones, los unió con el dulce vínculo del mas casto y del mas perfecto maor; y aquel mismo espíritu (dice san Juan Damasceno) que con el tiempo debia animar á los cristianos, anticipaba en la persona de los dos santos esposos el mas ajustado modelo de la vida perfecta é interior. Joaquin en el monte (dice san Epifanio) ofrecia incesantes oraciones y sacrificios al cielo para acelerar la redencion de Israel; y Ana en el retiro de su casa se sacrificaba continuamente al Señor en el fervor de su oracion. Cuando se dejaba ver en público, edificaba á todos; su compostura, su modestia, sus palabras inspiraban admiracion de su virtud y respeto á su

persona. Por su gran caridad consideraba á los pobres como á hijos suyos; y cuando se acordaba de que era estéril, se consolaba con que tenia tantos hijos como pobres. No correspondian los bienes temporales á la nobleza de su calidad ni de su sangre; pero suplia la caridad á la medianía de su fortuna. Bastábale á cualquiera ser pobre ó estar afligido, para que, acudiendo á ella como á madre, fuese considerardo con derecho á lo que ella tenia.

Parece que el Espíritu Santo hizo el retrato de santa Ana en el que formó de la mujer fuerte y perfecta que no tiene precio. Lo que no admite duda es, que esta gran santa nos dejó el modelo mas perfecto que tenemos de la vida interior y escondida, con un compendio de las mas raras virtudes.

Hacia mas de cuarenta años que estaba casada santa Ana sin haber tenido sucesion, esterilidad que entre los judíos se reputaba por cierta especie de oprobio, con alguna nota de infamia; porque, asegurados de que el Mesías habia de nacer de una mujer de la nacion, consideraban en las infecundas uno como linaje de reprobacion ó de maldicion de la familia. Vivia santa Ana en esta triste humillacion, sin esperanza de salir de ella á causa de su avanzada edad. Llevaba, á la verdad, con paciencia las amarguras de su estado por su rendimiento á la voluntad de Dios; mas no por eso dejaba de mirar con una santa envidia á aquellas dichosas mujeres que algun dia habian de tener afinidad con el deseado Mesías.

Estando en esta disposicion, y haciendo un dia oracion en el templo con extraordinario fervor, se le ofreció con tanta viveza la idea de su ignominia, que no pudo contener las lágrimas: y acordándose de que Ana, mujer de Elcana y madre de Samuel, hallándose en las mismas circunstancias habia clamado al Señor con tanta confianza, que al fin fué

bien despachada su peticion; animada Ana con el mismo espíritu, pidió fervorosamente á Dios se dignase mirar con ojos favorables á su humilde sierva, y se compadeciese de su extrema afliccion; ofreciéndole que, si la hacia la merced de concederle algun fruto, se le consagraria inmediatamente, destinándole al templo para su santo servicio.

Oyó benignamente el Señor una peticion que el mismo habia inspirado. Asegúrase que en el mismo punto tuvo Ana revelacion del feliz despacho, y que tambien le fué revelado á Joaquin por el ministerio de un ángel. Lo cierto es que pocos dias despues se vió libre de la ignominia de su esterilidad, sintiéndose en cinta de la santísima Vírgen. Llenóse el cielo de admiracion y de alegría viendo en la tierra aquella dichosísima criatura concebida sin pecado, y mas agradable á los ojos de Dios en el primer instante de su concepcion, que todos los santos juntos en el último momento de su vida. Y si en el mismo punto que san Juan fué santificado en el vientre de su madre, resaltó tanto en santa Isabel la santidad del hijo, fácilmente se dejan discurrir los tesoros de bendiciones y la abundancia de gracias que la santísima Vírgen mereció para su santa madre en el instante de su concepcion. Siendo depositaria de este precioso tesoro por espacio de nueve meses, ¡de cuántos favores celestiales seria enriquecida santa Ana! ¡qué luces sobrenaturales no la iluminarian! ¡qué fervorosos afectos no inflamarian su corazon mientras llevaba en su vientre á la que habia de llevar en el suyo al Salvador del mundo! Desde entonces fué la vida de santa Ana una contemplacion continua, y su conversacion únicamente en el cielo; desde entonces inundaron su alma aquellos torrentes de consuelos espirituales, que son como la prueba de los gozos de la gloria.

Fué el colmo de este gozo el nacimiento de la bien-

aventurada Hija; comunicóse á la familia la alegría del cielo, y fué como presagio de lo que aquella Niña habia de ser. Si el árbol se conoce por sus frutos, exclama san Juan Damasceno, ¡qué concepto no debemos formar de vuestra inocencia y de vuestra sublime virtud, ó gloriosos esposos Joaquin y Ana (1). *O beatum par Joachim et Anna! ex vestri ventris fructu immaculati agnoscimini.* Era preciso que la santidad de vuestra vida correspondiese á la santidad de la hija que disteis á luz, y que habia de ser madre del santo de los santos. *Ut Deo gratum erat, ac dignum ea, quæ à vobis orta est, vitæ vestræ rationes instituistis;* porque, siendo vuestra vida pura, inocente y ejemplar, tuvisteis la dicha de engendrar al tesoro de la virginidad: *Castè etenim ac sanctè munere vestro functi, virginitatis thesaurum produxistis.*

Luego que santa Ana convaleció de su parto, se aplicó únicamente á conservar y á cuidar del precioso tesoro, cuyo depósito le habia el Señor confiado. ¡O madre la mas dichosa de todas las madres, vuelve á exclamar el mismo santo, qué mayor gloria para tí, que dar el pecho á la que con la leche del suyo habia de alimentar al que sustenta todo el universo! *O beata ubera, quæ ejus, qui mundum nutrit, nutricem lactarunt.* Fáciles son de comprender los desvelos, la solicitud y la ternura con que criaria santa Ana á su querida Hija; bien presto conoció que la gracia nada habia dejado que hacer á la educacion. Aquel entendimiento iluminado con las mas puras y mas penetrantes luces; aquel corazon dulce, humilde, dócil, formado para la mas elevada santidad; aquella alma que por singularísimo privilegio no habia contraido ni aun el pecado original, comun á todos los hombres, con todo el conjunto de prendas y de gracias que se unian en aquella purísima criatura, ¿cómo

(1) Orat. 1, de Beat. Virg. Nat.

podian menos de ser las delicias de su dichosa madre? Mas al fin, era menester separarse de ella en cierto modo, para cumplir el voto que habia hecho; y así, luego que cumplió la Virgen los tres años, aunque eran tan estrechos los vínculos que unian aquellos dos corazones, fué forzoso hacer el sacrificio. Habia ofrecido á Dios santa Ana consagrarle en el templo el fruto que le diese, y llegado el tiempo de cumplir su promesa, la cumplió. Condujo ella misma á su querida Hija al templo de Jerusalen, como lo habia ofrecido antes que naciese, y entregándosela al sacerdote, consagró á Dios aquella criatura que tan singularmente habia nacido para solo él. Hasta entonces no habia visto el templo ofrenda tan preciosa, ni víctima tan pura. Fué desde luego recibida la santísima Niña para el ministerio del templo, y colocada entre las vírgenes y las viudas que vivian dentro, ó inmediatas á él en un cuarto separado, para servir en sus correspondientes oficios bajo las órdenes de los sacerdotes.

No pudiendo santa Ana y san Joaquin alejarse de una Hija tan querida, que era todo su consuelo, se fueron tambien á vivir en Jerusalen en una casa cercana al mismo templo. San Joaquin sobrevivió poco al sacrificio que habian hecho de su Hija, y se dice que pocos dias despues murió dulcemente entre los brazos de santa Ana, lleno de dias y de merecimientos, á los ochenta años de su edad. Los que restaron de vida á nuestra santa los pasó en mayor retiro y con mucho aumento de fervor, siendo su vida una continua oracion. Abrasado su corazon con las puras llamas del amor divino, solo suspiraba por el único objeto de sus ansias que era su Dios, su soberano bien y su último fin. Llegóse el de su santa vida, y habiendo tenido el consuelo de ver crecer á su amada Hija en sabiduría, en virtud y en todo género de perfecciones, al paso

que iba creciendo en edad, entrego suavemente el alma á su Criador á los setenta y nueve años de su edad, y fué enterrada junto á su esposo san Joaquin. Llama la Iglesia *dulce sueño* á la muerte de santa Ana, para dar á entender la tranquilidad con que espiró.

Muchos años despues trasladaron los fieles sus reliquias á la iglesia del sepulcro de la Virgen en el valle de Josafat, donde aun hoy se halla el de santa Ana en una capilla.

La ciudad de Apt en Provenza, tan célebre por su antigüedad, y hecha colonia romana por Julio César, se gloría de poseer muchos años ha el cuerpo de santa Ana, que san Auspicio, su primer obispo, trajo de Oriente, y en el año de 772 trasladó á la catedral el obispo Magnerico. El gran concurso de peregrinos que la devocion á esta gran santa atrae de todas partes á venerar su sepulcro, y las singulares gracias que se reciben en él por su poderosa intercesion, acreditan visiblemente lo mucho que puede con Dios, y cuán grata le es la piedad de los que acuden á honrar reverentemente sus reliquias.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La muerte de santa Ana, madre de Nuestra Señora.

En Filipos en Macedonia, la fiesta de san Erasto, dejado allí como obispo por el apóstol san Pablo, y que recibió en dicha ciudad la corona del martirio.

En Roma en la via Latina, san Sinfronio, san Olimpo, san Teódulo y santa Exuperia, que, como se ve en las Actas de san Estéban, papa, hallaron en las llamas la palma del martirio.

En Oporto, san Jacinto, mártir, que fué echado primero en el fuego, y luego arrojado á un rio, de donde salió sin daño alguno; despues de lo cual fué traspasado con una espada, por órden del consular Leoncio

en el imperio de Trajano. Una matrona llamada Julia le enterró en sus tierras cerca de Roma.

En Roma, san Pastor, presbítero, bajo cuyo nombre hay un título en santa Pudenciana sobre el monte Viminal.

En Verona, san Valentin, obispo y confesor.

En el monasterio de San Benito territorio de Mantua, san Simeon, monje y eremita, que murió entrado ya en edad, y célebre por un gran número de milagros.

En Agen, san Fredeberto, obispo.

En Auburon en el alta Marca, el venerable Turpin, obispo de Limoges, llamado santo por Bernardo Guidonis.

En Bethune, san Joro, confesor, venerado como obispo en la iglesia de San Bartolomé de dicha ciudad.

En Laodicea en Frigia, santa Gloriosa y otras siete mártires.

En este mismo dia, el martirio de santa Parasceva, vírgen venerada por los Griegos con culto particular.

En el propio dia, el martirio de san Mauricio de Aparneo y de sus compañeros Fótino, Teodoro, Filipo y otros sesenta y siete.

En Lichfeld en el condado de Stafford en Inglaterra, san Ovino, monje, que habia sido mayordomo mayor de la reina santa Audria.

La misa es en honor de la santa, y la oracion la siguiente.

Deus, qui beatæ Annæ gratiam conferre dignatus es, ut genitricis Unigeniti Filii tui Mater effici mereretur; concede propitius, ut cujus solemnia celebramus, ejus apud te patrociniis adjuvemur. Per Dominum nostrum...

O Dios, que te dignaste hacer á santa Ana la gracia de que fuese madre de la Madre de tu Unigénito Hijo; concédenos por tu bondad, que los que celebramos su fiesta merezcamos lograr para con vos su poderoso patrocinio. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 31 del libro de los Proverbios, y la misma que el dia VIII, *pág.* 193.

NOTA.

« Se ha dicho ya en otra parte, que el libro del » *Eclesiástico*, al que la Iglesia dá el nombre de libro » de la Sabiduría, es un compendio de las máximas » cristianas. Queriendo el Espíritu Santo darnos una » anticipada idea de la moral y doctrina de Jesucristo » en estos retratos muchos siglos antes de su naci- » miento, inspiró al autor de este libro dictámenes, » sentencias y principios verdaderamente conformes » al espíritu de nuestra religion. »

REFLEXIONES.

¿Es posible que eternamente hemos de formar una idea falsa de la virtud? ¿eternamente la hemos de pintar con unos colores sombríos, con un aire triste, melancólico y retrayente? ¿siempre la hemos de concebir ó en la cumbre de una montaña inaccesible, ó en la soledad de un horroroso desierto? ¿será posible que por lo menos ha de hacer siempre su habitacion en los claustros, como si estuviese desterrada de la vida civil, y condenada á pasar la suya en el retiro, en el silencio y en el luto? ¿En qué consistirá que interesando todos tanto en que la virtud sea afable, accesible, sociable y humana; en que sea de todos los países, de todas las edades, de todos los estados y de todas las condiciones, nos complazcamos en persuadirnos que es fruto de pocos climas; que su verdadera sazon es la vejez; que en pocas condiciones puede subsistir, y que sus aires naturales son los del claustro ó del desierto? Este error es obra del amor propio, es artificio de que se vale para infundirnos disgusto de la virtud, representándonos como imposible la santidad. Pero el Espíritu Santo descubre en

esta epístola la falsedad de esta opinion. Aquella mujer fuerte, cuyo mérito excede á la mas elevada perfeccion que se reconoció en la ley antigua, cuya vida es un epílogo de las virtudes que nos enseña el Evangelio, pasó su vida en medio de su familia, ocupada en las mas ordinarias tareas de su estado; dedicada al gobierno de su casa y á mantener la paz en ella; á dar gusto al esposo que el cielo le deparó; á pagar exactamente la soldada á sus criados y el jornal á los obreros; á emplear en la labor el tiempo que tenia desocupado, y otros ratos en la oracion. No por cierto, no fué olvido en el Espíritu Santo el no haber hablado ni de visitas, ni de juego, ni de paseo, ni de galas, ni de saraos; no intentaba hacer el retrato de las mujeres del mundo que se ven en nuestro tiempo, sino dejarnos la imágen de una mujer cristiana. Y en vista de este retrato, ¿habrá ya quien diga que la santidad es una fruta extranjera y peregrina; que la virtud solo habita entre breñas, entre peñascos, en lugares escarpados y en cumbres tan elevadas que trastornan la cabeza? Es cierto que el tumulto del mundo no le acomoda; que lo que lisonjea su gusto é inclinacion es el retiro y la modestia; y que toda su seria ocupacion son las obligaciones de su estado. Pero ¿estos son estorbos ni dificultades insuperables? y el disgusto con que miran á la virtud las gentes del mundo ¿no es buena prueba de un visible desconcierto de entendimiento y de corazon, consecuencia funesta, pero necesaria, del notorio desórden en las costumbres del siglo?

El evangelio es del cap. 13 *de san Mateo, y el mismo que el dia* XX, *pág.* 480.

MEDITACION.

DE LA DEVOCION Á SANTA ANA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la devocion á los santos se funda en el amor que Dios les tiene, y en el que ellos tienen á Dios; en la dicha que gozan de ser agradables á Dios y amigos suyos; de poseerle sin temor de perderle, ni de caer jamás en su desgracia; en la honra que tienen de estar continuamente cerca de Dios, y en el valimiento que logran con él; y en fin, en la caridad con que nos miran desde aquella feliz estancia de la gloria. Todos los santos merecen nuestra veneracion, nuestro profundo respeto, nuestro amor y nuestra confianza. Pero entre todos los santos despues de la Reina de todos ellos, ¿quién merecerá mas que santa Ana nuestra veneracion y nuestros cultos? Fué abuela de Jesucristo segun la carne, madre de la santísima Vírgen; ¡pues qué trono tan elevado ocupará en la Jerusalen celestial! ¡qué clase tan distinguida en aquella augusta corte! ¡cuánto será su valimiento con su nieto el Salvador del mundo, con el Dios de todo consuelo y Padre de misericordia! Si se hubieran hallado diez solos hombres justos en las cinco ciudades mas abominables de la tierra, por atencion á ellos se hubiera aplacado la cólera de Dios. ¡Cuántas veces perdonó á un pueblo ingrato, impío y duro á ruegos de su siervo Moisés! ¡cuántas se movió á compasion el mismo Dios! por explicarme de esta manera; ¡cuántas dejó de castigar á príncipes y vasallos irreligiosos en consideracion de David! ¿Pues quién ha de imaginar que un Dios de infinita bondad deje de hacer el mayor aprecio de la abuela de su querido Hijo, y madre de una Hija tan privilegiada y tan que-

rida? En cierto modo se puede decir que la sangre de santa Ana corrió por las venas de Jesucristo; por tanto parece que esta gran santa tiene particular derecho á sus méritos, á sus favores y á sus gracias; basta que se interese por alguno para que sea dichosa su suerte. ¿Negará Cristo cosa alguna á su Madre? ¿y la Madre de Dios podrá negarla á la suya? De alguna manera se pudiera decir que su valimiento con Dios todo lo puede, y que su poder es sin límites. ¿Qué confianza mejor fundada que la que estriba en el valimiento de la que fué madre de la Madre de Dios? ¿pues qué devocion mas justa? Dichosos aquellos que la profesan particular á la mayor santa que parece hay en el cielo despues de María, y que llenos de confianza en su poderosa proteccion, la honran constantemente toda la vida.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que, para profesar una singular y tierna devocion á santa Ana, es tambien motivo muy poderoso su vida interior y escondida, una vida comun, que puede alentar á los mas cobardes para que seriamente se esfuercen á ser santos; á los corazones pusilánimes y á las almas tímidas como que no se atreven á tener la mayor confianza en aquellos santos cuya vida fué llena de hechos asombrosos, y cuya santidad se hizo principalmente recomendable por continuos prodigios de penitencia. Espanta á estas almas la memoria sola de las admirables austeridades de sus patronos; temen que, si invocan á estos modelos de penitencia, les den en rostro con su tibieza y cobardía, y este temor por lo menos disminuye en ellos la confianza. Pero ¿quién no podrá imitar la vida interior, escondida y comun de nuestra gran santa? ¿á quién podrá parecer muy elevado un modelo de perfeccion, que solo le pone delante las obligaciones mas

comunes de su estado? ¿quién podrá imaginar que es muy dificultoso vivir retirado y callar? Ninguno hay que no pueda imitar la vida interior de santa Ana; su silencio, su dulzura, su humildad; ninguno que no tenga espíritu y ánimo para vivir contento en el humilde estado en que nació, para pasar la vida en recogimiento y oracion. Esta facilidad de imitar la vida de santa Ana inspira no sé qué confianza en su proteccion, y hasta los mas tímidos se alientan á recurrir á ella en sus necesidades y trabajos. Por lo demás, tampoco se puede dudar de su singular caridad para con los pecadores; como tiene tan estrecho parentesco con el Salvador, participa mas de sus máximas y de sus inclinaciones; animada del mismo espíritu, no puede menos de compadecerse tiernamente del deplorable estado en que se hallan. ¿Y le faltará el zelo de su conversion? ¿y dejará de emplear su valimiento con Jesucristo por aquellos que la invocan? Por eso se ha notado que la devocion á santa Ana ha crecido al paso que se han aumentado las necesidades de la Iglesia, y que nunca se ha profesado mas devocion á esta poderosa protectora, que despues que la herejía ha hecho tanto estrago en la viña del Señor.

Mi Dios, que teneis tanto en el corazon la gloria de esta gran santa, y que tanto deseais que se extienda su culto cada dia; haced que, profesándole desde hoy una tierna devocion, tenga parte en su proteccion poderosa y en los favores que dispensais con abundancia á todos los que la honran.

JACULATORIAS.

Benedicta es tu filia à Domino Deo excelso præ omnibus mulieribus super terram. Judith 13.

Despues de tu Hija eres bendita del Altísimo sobre todas las mujeres de la tierra.

Mulier, ecce filius tuus. Joann. 19.
Gloriosa santa Ana, aquí teneis á uno de vuestros hijos, miradme como á tal.

PROPOSITOS.

1. Estamos inconsolables si por inadvertencia no aprovechamos los auxilios, ó malogramos los medios que se nos vinieron á las manos para hacer fortuna; mas fácilmente nos consolamos cuando por falta de medios perdimos un negocio de consecuencia. Mira si tienes algo que reprenderte en este punto, sobre todo en el negocio de tu salvacion y acerca de esta devocion. Tenemos gran necesidad de protectores con Dios, y no se puede dudar que santa Ana es una protectora muy poderosa. ¿Qué devocion has profesado hasta ahora á esta gran santa? ¡Ah, que quizá la has mirado hasta aquí con tanta indiferencia y con tanto olvido, que acaso por esto no te has librado de muchos trabajos! Remedia desde luego una negligencia tan perniciosa; pon desde hoy mismo tu persona y tu familia debajo de su poderosa proteccion, pidiéndole perdon de tu olvido. Todas las familias cristianas debieran estar como dedicadas á santa Ana; y así, escógela por tu protectora desde este mismo punto. Nada se pide á Dios con la debida disposicion, que no se consiga á ruego suyo. ¿Qué podrá negar Jesucristo á la intercesion de santa Ana? ¿ni cómo puede menos de interesarse eficazmente la santísima Vírgen en todo lo que pide su querida madre?

2. Comienza desde hoy á hacer oracion todos los dias en alguna iglesia ó delante de algun altar dedicado á santa Ana. Despues de ponerte á tí y á tu familia bajo su proteccion, comulga en reverencia de la santa, y renueva esta especie de dedicacion.

Ten su imágen en tu oratorio ó en tu cuarto; rézale cada dia la oracion que canta la Iglesia en honra suya, y celebra el dia de su fiesta todos los años con nuevo fervor y devocion. En este dia nunca dejes de confesar y comulgar, para que le sean mas gratas tus oraciones. Es piadosa devocion ayunar el dia antes de la fiesta, y no es menos provechosa la de vestir cada año alguna pobre doncella, ó hacer alguna limosna en honor suyo.

DIA VEINTE Y SIETE.

SAN PANTALEON, MÁRTIR.

Fué san Pantaleon uno de los mas ilustres mártires de la fe de Jesucristo, y nació en Nicomedia de Bitinia, ciudad que el emperador Diocleciano habia escogido para su residencia. Su padre Eustorgio era gentil, y su madre Eubula era cristiana. Aprovechóse la madre con destreza de las bellas disposiciones de corazon y de entendimiento que reconoció en su hijo para darle desde su niñez la primera tintura de la religion cristiana; pero habiendo muerto antes que Pantaleon tuviese edad para aprovecharse de sus instrucciones, tomó Eustorgio á su cargo la educacion del niño; y como era uno de los mas obstinados paganos de Nicomedia, tuvo gran cuidado de inspirar á su hijo una grande aversion al nombre cristiano, y de imbuir bien su entendimiento en las supersticiones gentílicas. Viendo el padre la inclinacion que mostraba Pantaleon al estudio de las ciencias, no perdonó medio alguno para que se instruyese en las mas amenas, y tuvo el consuelo de verle sobresalir en breve tiempo tanto en las letras humanas como en la filosofía; pero sintién-

dose muy inclinado á la medicina, se aplicó particularmente á ella. Hizo tantos progresos en esta facultad, que muy en breve fué Pantaleon uno de los médicos mas hábiles que habia en Nicomedia; tanto, que movido el emperador Galerio Maximiano, así de su reputacion, como de su ingenio, de la suavidad de sus costumbres, y de sus cultos y cortesanos modales, le nombró por su médico ordinario.

La precision de asistir á la córte de aquel príncipe era un medio muy á propósito para borrar de su corazon hasta los mas leves vestigios del cristianismo que pudiesen haber estampado en él las piadosas instrucciones de su madre; pero por dicha suya le preparó la bondad del Señor un auxilio que no esperaba, y fué bastante para que volviesen á rayar en su alma aquellas primeras luces.

Tuvo ocasion de hablarle en cierto dia un santo presbítero llamado Hermoláo, y enamorado de su buen natural y de su viveza, de su afabilidad y de sus gratísimos modales, así por esto, como por su conversacion y por su fisonomía, sospechó que Pantaleon habia tenido mejor escuela que la comun de los paganos. Llamóle á parte, y le dijo que deseaba hablarle mas despacio. Consintió Pantaleon, y apalabrado el dia y el lugar, concurrieron ambos al sitio señalado. Rompió Hermoláo la conversacion diciéndole: *O yo me engaño mucho, ó á lo que me parece descubrir en tu modo y en tu semblante, tú solo eres gentil por costumbre, por bien parecer, ó por razon de estado; pero ni tu entendimiento ni tu corazon han sido siempre paganos.* —*Confieso,* respondió Pantaleon, *que soy hijo de madre cristiana, y que esta me comenzó á instruir en las máximas de su religion; pero murió muy presto, y no tuve tiempo para ser cristiano.* —*Segun eso,* replicó Hermoláo, *no eres idólatra por eleccion; pero ¿un hombre de tu capacidad en materia de religion se ha de dejar*

llevar de la corriente? — *Hasta ahora*, respondió Pantaleon, *solo he pensado en estudiar mi medicina.* — *Y en ella has adelantado mucho*, prosiguió Hermoláo, *haciéndote médico famoso; pero ¿de qué te sirve la ciencia de la salud, si ignoras la de la salvacion? Créeme, Jesucristo es distinto maestro que Galeno y Esculapio: estos dan unos preceptos muy limitados, y mucho mas dudosos para conservar una salud que al cabo se ha de perder; pero la doctrina de nuestro divino Maestro da la vida, y una vida que en el cielo dura eternamente.* Reconociendo Hermoláo que sus palabras hacian impresion en Pantaleon, le explicó los misterios de nuestra santa religion con tanta claridad y con tanta energía, que el médico se mostró casi convencido, prometiendo al zeloso catequista, que para la segunda conferencia traeria pensado lo que debia hacer, pues realmente conocia que para ser feliz era menester ser cristiano.

Cuéntase que, paseándose un dia á tiempo que iba revolviendo en su pensamiento la mudanza que trataba de hacer, encontró en el camino á un niño muerto por la mordedura de una víbora, y junto al cadáver la víbora que le habia mordido. Animada su confianza con aquellos como crepúsculos de la fe de Jesucristo, le ocurrió de repente hacer la experiencia de si era tan grande su poder como le habia ponderado el presbítero cristiano. Acercóse al niño, y en tono determinado y resuelto, le dijo: *Levántate, muerto; así te lo mando en nombre de Jesucristo: y tú, animal ponzoñoso y maligno, muere al instante.* En el mismo punto murió la víbora, y resucitó el niño; y asombrado Pantaleon del milagro, corrió al santo catequista, refirióle lo que le acababa de suceder, y le pidió el bautismo.

Recibióle, y no le cabia el gozo en el pecho al verse ya cristiano. Estaba impaciente por hacer partici-

pante á su padre de la misma dicha y verle convertido; pero conociendo su obstinacion y encaprichamiento en el paganismo, le pareció preciso contemporizar, y valerse de alguna industria para convencerle. Dejóse ver delante de su padre con un aire triste, taciturno y pensativo; preguntóle el viejo cuál era el motivo de su melancolía. *Señor,* le respondió Pantaleon, arrancando un profundo suspiro, *las extravagancias de nuestra religion me traen turbado, y me tienen revuelta la cabeza. Si nuestros dioses fueron hombres, ¿por qué arte se hicieron dioses? Por otra parte, no se puede negar que ofrecemos sacrificios á unos ídolos, que ni tienen ojos para ver lo que les ofrecemos, ni orejas para oir lo que les pedimos. A esto se añade lo que estamos viendo: del mismo metal de que se fabrican las ollas se fabrican los dioses; y no pocas veces habeis visto vos mismo que los que hoy eran dioses, á quienes ofreciamos incienso, mañana son ollas en que se cuece el potaje.* No sabiendo el viejo qué responder, se mostró dudoso y titubeante; mas para convertirle era menester un milagro. Fué un ciego en busca de Pantaleon, y quejóse de que los otros médicos por curarle un mal que padecia en los ojos, á fuerza de remedios le habian dejado sin vista. Ofrecióle Pantaleon que al instante la recobraria, y le pondria bueno, como le diese palabra de abrazar la religion cristiana. Sorprendió tanto al ciego como al padre la proposicion; pero el milagro los convirtió á entrambos. Apenas hizo oracion el santo, invocando el nombre de Jesucristo sobre el enfermo, cuando quedó sano, y los dos recibieron el bautismo.

Con la conversion del padre aun se enfervorizó mas el hijo; porque, habiendo llamado Dios á sí al buen viejo, luego que Pantaleon se vió heredero de todos sus bienes, los vendió, y repartió el precio entre los pobres. Es verdad que continuó con la profesion

de médico, pero de médico divino, que curaba las enfermedades del alma, curando milagrosamente las del cuerpo; y así por medio de su industrioso zelo creció prodigiosamente el número de los fieles.

Pero la gran reputacion que se habia adquirido nuestro santo con sus milagrosas curas, excitó la emulacion y la envidia de los médicos. A breve tiempo descubrieron que era cristiano, y al punto le delataron al emperador Maximiano, que se hallaba á la sazon en Nicomedia. Sorprendido extrañamente el príncipe al ver que mantenia en su misma corte á un enemigo de sus dioses, quiso informarse de la verdad por sí mismo; y para que Pantaleon no la negase, ó para tener con qué vencerle si la pretendia oscurecer, examinó por su persona al ciego que habia curado el santo, y metia mucho ruido en la ciudad. El nuevo cristiano refirió sencillamente cuanto habia pasado, y que el médico Pantaleon le habia restituido la vista, sin otro medicamento que invocar el nombre de Jesucristo. Intentó persuadirle el emperador, que aquel beneficio le debia á los dioses del imperio. *¡Ah Señor!* (le replicó el ciego) *¿cómo quiere V. Majestad que me restituyesen la vista unos dioses que no ven?* Irritó tanto á Maximiano esta animosa respuesta, que mandó le cortasen al punto la cabeza.

Y no dudando ya de que era cristiano Pantaleon, le mandó llamar; y en tono airado, pero en que se dejaba traslucir la estimacion, y aun el amor que profesaba á su médico ordinario, le dijo: « Nunca hubiera creido que el hombre, á quien mas he colmado de honras y de bienes en mi corte, fuese el mayor enemigo de los dioses del imperio. Confieso, señor, *respondió Pantaleon*, que desde que Dios me hizo la gracia de darme á conocer las supersticiones del paganismo, concebí un sumo desprecio de esos demonios que vosotros llamais dioses: ¿cuál es su

poder, su soberanía, su duracion? No hay entre ellos ni uno siquiera de cuyo nacimiento y orígen no tengamos noticia; no se ignoran sus flaquezas, ni sus pasiones; sábense hasta sus maldades y sus vicios. la impiedad y la locura de los hombres convirtió en dioses los hombres mas malvados.» Viendo nuestro santo que el emperador estaba como cortado, aunque salia á los ojos la cólera que ardia en el corazon, se adelantó á hacerle una proposicion que fué recibida con general aplauso de todos los circunstantes.

« Y para que V. Majestad se desengañe, *añadió Pantaleon*, de que todas esas deidades son unas estatuas muertas, y no mas, y que solo es verdadero Dios el Dios de los cristianos, tráigase aquí á vuestra presencia un enfermo desahuciado de todos los médicos, invóquense vuestros dioses para que le sanen, ofrézcaseles sacrificios, y veremos si tienen poder y habilidad para curarle; yo invocaré á Jesucristo mi Salvador, con una segura confianza de que, luego que haya pronunciado su santo nombre, quedará enteramente sano.»

Como todos interesaban tanto en el desafío, no fué posible rehusarle, y así por mas que el emperador se irritó contra Pantaleon, procurando aterrarle con amenazas, fué preciso hacer á su vista la experiencia del quimérico poder de sus dioses. Trájose á presencia de todo el concurso un paralítico impedido de todos sus miembros mucho tiempo habia; apuraron los gentiles todas sus devociones, sus sacrificios y sus deprecaciones; pero el paralítico se quedó como se estaba: hace oracion Pantaleon á la vista de toda la muchedumbre que habia concurrido á palacio; levántase, acércase al enfermo, hace sobre él la señal de la cruz, mándale en nombre de Jesucristo que se ponga bueno, y en el mismo instante se levanta el paralítico, diciendo á voces que no hay otro verda-

dero Dios sino el Dios de los cristianos. Hizo este milagro tan maravilloso efecto en el ánimo de los que le vieron, que se convirtió la mayor parte de ellos; y por mas que el emperador se esforzaba en persuadir que todo era artificio mágico y encantamiento, no resonaba otra cosa en las calles de Nicomedia que elogios y aplausos del poder de Jesucristo.

Pero enconado Maximiano con las sugestiones de los sacerdotes de los ídolos, le pareció ser preciso desacreditar con el rigor de los suplicios al que respetaba todo el pueblo como á hombre favorecido del verdadero Dios. Mandó, pues, que fuese llevado Pantaleon á la plaza mayor, y que allí á la vista de toda la ciudad despedazasen su cuerpo con garfios de hierro, y aplicasen á las heridas hachas encendidas, y que despues le metiesen en una caldera de plomo derretido. Aparecióselc el Salvador al principio de estos tormentos, y le hizo como insensible á tan horrorosos suplicios. Mas enfurecido el emperador en vista de tantos prodigios, mandó que, atándole al cuello una piedra de enorme corpulencia, fuese precipitado en el mar; pero este elemento tambien le respetó, y le volvió á arrojar sano y salvo á la orilla. Una máquina armada de navajas y puntas de acero, que al primer movimiento naturalmente le habia de hacer trozos, no le hizo el mas leve daño; antes desbaratándose de repente, quitó la vida á muchos gentiles que asistian á aquel nuevo género de suplicio.

A este tiempo dieron noticia al emperador de que el presbítero Hermoláo habia convertido á Pantaleon. Con eso se persuadió que, si lograba hacer apostatar á aquel buen viejo, presto se pervertiria el mismo Pantaleon con el ejemplo de su maestro y catequista. Mandó, pues, buscar al santo presbítero, y le amenazó con los mas horrorosos tormentos si no renunciaba á Jesucristo en aquel mismo punto. No dió otra

respuesta Hermoláo que reirse de las amenazas del emperador. Comenzóse el interrogatorio, y á las primeras palabras se sintió un temblor de tierra tan violento, que todos creyeron que iban á quedar sepultados en las ruinas de los edificios. Dijo el tirano al pueblo que aquello era señal de la cólera de los dioses; á que prontamente replicó Hermoláo: *¿Y qué dirias, señor, si esos vuestros mismos dioses se hubiesen hecho pedazos con el terremoto?* Fué así; pues apenas acabó el santo de pronunciarlo, cuando un horrible alarido de los paganos informó al emperador de que todos los ídolos de la ciudad se habian hecho añicos y polvo en la ruina de los templos. Aturdido Maximiano con este suceso, mandó cortar la cabeza á Hermoláo, y condenó á Pantaleon al mismo suplicio. Atóle el verdugo al tronco de un olivo; le descargó sobre el cuello muchos golpes con el afilado sable; pero ninguno le hirió ni aun lijeramente, hasta que el santo, con una piadosa impaciencia de ir á recibir en el cielo la recompensa debida á sus trabajos, suplicó á Jesucristo no le dilatase mas la corona del martirio, la que recibió en fin el dia 27 de julio del año de 305; y con él tuvieron parte en la misma gloria los santos Hermipo y Hermócrates, compañeros del santo presbítero Hermoláo.

Las reliquias de san Pantaleon fueron trasladadas de Nicomedia á Constantinopla, y colocadas en el sitio donde se celebró despues el segundo concilio general el año de 381, en tiempo de Teodosio el Grande, por cuyo motivo se llamó el oratorio ó la capilla de la Concordia. Regalólas con el tiempo el emperador del Oriente á Carlo Magno, y este las trasladó á Francia, venerándose la cabeza en la iglesia de Leon, y el resto en el monasterio de San Dionisio.

« En la iglesia de las señoras agustinas recoletas

del real convento de la Encarnacion de Madrid se conserva dentro de una ampollita de cristal una pequeña porcion de la preciosa sangre de este glorioso mártir.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Nicomedia, el martirio de san Pantaleon, médico, quien, prendido por la fe de Jesucristo de órden del emperador Maximiano, fué puesto en el potro y expuesto á la llama de unas lámparas. Mas una aparicion del Señor en medio de tamaños suplicios le procuró un santo refrigerio. En fin, consumó su martirio á filos de la cuchilla.

En el mismo lugar, san Hermólas, presbítero, que con sus controversias convirtió á san Pantaleon, y tambien á los dos hermanos san Hermipo y san Hermócrates, quienes, despues de haber sufrido muchos suplicios, fueron condenados á la pena capital por el mismo Maximiano, porque confesaban á Jesucristo.

En Nola, san Félix, santa Julia, santa Inconda, mártires.

En Bisegli en la Pulla, san Mauro, obispo, san Pantalemon y san Sergo, que padecieron martirio bajo el emperador Trajano.

En el país de los Homeritas, la conmemoracion de los santos mártires que el tirano Dunaan mandó entregar á las llamas por la fe de Jesucristo.

En Córdoba en España, san Georgio, diácono, san Félix, san Aurelio, santa Natalia y santa Liliosa, martirizados en la persecucion de los Arabes.

En Éfeso, la fiesta de los siete Durmientes, san Maximiano, san Malco, san Martiniano, san Dionisio, san Juan, san Serapion y san Constantino.

En Auxerre, la muerte de san Etero, obispo y confesor.

En Constantinopla, santa Antusa, vírgen, que bajo el emperador Constantino Coprónimo fué azotada por el culto de las santas imágenes, y murió desterrada.

En Metz, el fallecimiento de san Frenino, obispo.

En Lons-le-Saulnier en Borgoña, san Desidero obispo de Besanzon.

En Bear, san Galactorio, obispo de Lescar, que suscribió al concilio de Agda.

En este mismo dia, san Simeon, monje, mencionado en todos los ejemplares hieronímicos.

En Etiopia, san Ecleso, obispo, que mandó construir la iglesia de Santa María la Mayor en su casa paterna, y fué enterrado en San Vital.

En Escocia, santa Púmica, vírgen.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus, ut, intercedente beato Pantaleone martyre tuo, et à cunctis adversitatibus liberemur in corpore, et à pravis cogitationibus mundemur in mente. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, ó Dios omnipotente, nos concedas, por la intercesion de tu bienaventurado mártir Pantaleon, que seamos libres de todas las calamidades del cuerpo, y que nos veamos limpios de todos los malos pensamientos del alma. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 2 de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo.

Charissime: Memor esto Dominum Jesum Christum resurrexisse à mortuis ex semine David, secundùm evangelium meum, in quo laboro usque ad vincula, quasi malè operans: sed verbum Dei non est alligatum. Ideo omnia sustineo

Carísimo: Acuérdate que el Señor Jesucristo del linaje de David resucitó de la muerte segun mi evangelio. Por el cual yo padezco hasta las prisiones como malhechor: pero la palabra de Dios no está aprisionada. Por esto sufro todas las

propter electos, ut et ipsi salutem consequantur, quæ est in Christo Jesu, cum gloria cœlesti. Tu autem assecutus es meam doctrinam, institutionem, propositum, fidem, longanimitatem, dilectionem, patientiam, persecutiones, passiones : qualia mihi facta sunt Antiochiæ, Iconii, et Lystris : quales persecutiones sustinui, et ex omnibus eripuit me Dominus. Et omnes qui piè volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur.

cosas por amor de los elegidos, para que ellos consigan tambien la salud que está en Cristo Jesus con la gloria celestial. Pero tú has seguido de cerca mi doctrina, mi modo de vivir, las intenciones, la fe, la longanimidad, la caridad, la paciencia, las persecuciones, los trabajos, como los que me sucedieron en Antioquía, en Iconio, y en Listris : las cuales persecuciones yo sufrí, y de todas me libró el Señor. Y todos aquellos que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesus, padecerán persecucion.

NOTA.

« Es cierto que ya estaba preso san Pablo cuando » escribió esta segunda epístola á Timoteo. Este era » obispo de Éfeso, y el Apóstol se hallaba cercano á » su martirio, por lo que san Crisóstomo llama á esta » carta el testamento de san Pablo. »

REFLEXIONES.

Todos los que quieren vivir piadosamente en Jesucristo padecerán persecucion. Si hubiera dicho, todos los que quisieren vivir desordenadamente, licenciosamente y segun el espíritu del mundo, serán perseguidos, y tendrán necesariamente mucho que padecer en una religion tan pura, tan santa y tan perfecta, seria una proposicion justa, y en creerla no habria dificultad; pero que hayan de padecer persecucion los que quieren vivir segun el espíritu, las máximas y las leyes de esta religion, y que la persecucion haya de ser suscitada por aquellos mismos que la pro-

fesan, esto es lo que verdaderamente trastorna la razon. Mas al fin cuando se considera que el mismo Jesucristo fué perseguido por aquellos mismos que tanto tiempo habia le estaban pidiendo, y le estaban deseando; cuando se hace reflexion á que este divino Salvador, que era la luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, fué tan maltratado; cuando se piensa seriamente que estuvo en este mundo, el cual habia sido hecho por él, y que el mundo no le conoció; que el que vino á salvar los pecadores, Jesucristo, el Mesías tan deseado, se dejó ver en su misma herencia, y los suyos no le recibieron; ¿quién se admirará de que padezcan persecucion en este mundo los que quieren vivir piadosamente en Jesucristo? ¿Qué profeta dejó de ser perseguido por aquellos á quienes anunciaba la voluntad del Señor? Hay en el hombre cierto fondo de malignidad, que todo lo corrompe si no se tiene cuidado de purificarla con la penitencia; nacen con él las pasiones, y ellas son las que levantan aquellas nieblas que ofuscan las luces de la fe, y debilitan la misma razon natural: si no se procura domar con tiempo estos enemigos domésticos, pervierten el mejor natural, y caminando siempre de acuerdo con los sentidos, dan la ley, se apoderan del corazon, se hacen dueños del entendimiento, y tiranizan á todo el hombre. Como son tan pocos los que no se dejan llevar de la corriente, como las pasiones toman todas las entradas, reinando siempre en la infancia, y siendo mucho mas despóticas en la juventud, es siempre mayor el número de los partidarios del mundo, porque siempre cuentan las pasiones mayor número de esclavos. Esto es lo que engruesa el partido de aquel, aumentando el de los enemigos de Jesucristo. El rebaño de Jesucristo siempre será el menor, y por consiguiente el mas expuesto á los insultos: pero al fin alégrese el mundo cuanto

quisiere de que tiene de su parte la muchedumbre, durará poco su alegría, sobre ser muy superficial; el reino de los cielos es la herencia de los pocos, resérvase para la pequeña grey.

El evangelio es del cap. 10 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Nihil est opertum, quod non revelabitur; et occultum quod non scietur. Quod dico vobis in tenebris, dicite in lumine: et quod in aure auditis, prædicate super tecta. Et nolite timere eos, qui occidunt corpus, animam autem non possunt occidere; sed potiùs timete eum, qui potest et animam et corpus perdere in gehennam. Nonne duo passeres asse veneunt, et unus ex illis non cadet super terram sine Patre vestro? Vestri autem capilli capitis omnes numerati sunt. Nolite ergo timere: multis passeribus meliores estis vos. Omnis ergo, qui confitebitur me coram hominibus, confitebor et ego eum coram Patre meo, qui in cœlis est.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Nada hay escondido, que no venga á descubrirse; ni oculto, que no llegue á saberse. Lo que os digo á oscuras, decidlo públicamente; y lo que se os dice al oido, predicadlo desde los tejados. No temais á los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma; antes bien temed á aquel que puede arrojar al infierno el alma y el cuerpo. ¿Por ventura no se venden dos pájaros por la menor moneda, y ninguno de ellos cae sobre la tierra sin la voluntad de vuestro Padre? Pero á vosotros os tiene contados todos los cabellos de la cabeza. No temais, pues: mucho mas váleis vosotros que muchos pájaros. Cualquiera, pues, que me confesare delante de los hombres, le confesaré yo tambien delante de mi Padre, que está en los cielos.

MEDITACION.

DEL INFIERNO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que hay infierno, es decir, un lugar en que todo el poder de Dios junta todos los tormentos

para castigar, para atormentar á los que mueren en desgracia, y para hacérselos padecer eternamente.

La cólera de todo un Dios irritado enciende en él un fuego de un ardor, de una vivacidad incomprensibles, que no solo abrasa los cuerpos, sino tambien las almas. Un condenado está sumergido, sepultado, anegado en aquel fuego inmoble, en medio de aquel fuego, penetrado de aquel fuego, sin poder respirar mas que el fuego que le abrasa. Cada momento padece nuevo dolor y nuevo suplicio; y por un prodigio espantoso de rigor, efecto todo del poder divino, el condenado padece todos los suplicios juntos en cada momento.

Pero por espantosas, por incomprensibles que sean aquellas penas, se puede decir que son poca cosa en comparacion de aquel penetrante dolor, de aquella eterna desesperacion que le causa la memoria del tiempo pasado, lo mal que se aprovechó de él y de tantas gracias como tuvo.

La falsa brillantez de las honras que le deslumbró; los bienes fantásticos que le ocuparon; la engañosa apariencia de los deleites que le tuvieron como encantado; la vanidad de los objetos que le apartaron de Dios; la ridiculez de los que se llaman respetos humanos; y la nada de las grandezas del mundo, todas estas son otras tantas furias que despedazan, que taladran el corazon de un infeliz condenado.

¡Qué, por gozar de unos sucios y momentáneos deleites, por satisfacer mi orgullo y mi vanidad, por contentar mi pasion me he precipitado en estos hornos eternos! Fantasmas de grandeza, fortuna quimérica, vanas ideas de felicidad, mil veces os condené, y no dejé de irme tras de vosotras; y por haberme apacentado de vuestra engañosa esperanza me veo condenado. Pude salvarme; ¡ cuántas saludables inspiraciones desprecié! Nunca me faltaron los

auxilios suficientes; pero no me dió la gana de aprovecharlos. Pensé en el infierno; creí todo lo que estoy viendo, todo lo que estoy experimentando; bramaba de indignacion y de horror contra los que se condenaban, y yo soy uno de ellos.

A estos mortales remordimientos, á estas penas incomprensibles añade la vida de un Dios soberanamente irritado, de un Salvador convertido en enemigo irreconciliable, de un Dios perdido sin recurso, y perdido por el pecado. Era menester poder concebir lo que es Dios, para poder comprender qué tormento es el perderle, y perderle sin esperanza de volverle á recobrar. Esta sola pena equivale á todos los suplicios: sin esta pérdida el mismo infierno con todos sus tormentos se convertiria en un lugar de delicias. Concibe, si es posible, qué tormento es haber perdido á Dios para siempre.

¡Ah Señor! piérdalo yo todo desde este mismo punto, bienes, dignidades, salud, y hasta la vida misma, antes que perderos á vos. He merecido el infierno; pero confio y apelo á vuestra infinita misericordia: no permitais, dulce Jesus mio, que me condene.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que las penas del infierno no solo son universales, excesivas, incomprensibles, sino tambien eternas; es decir, que son tan espantosas, tan intolerables, que no hay esperanza de que jamás se acaben, ni que por un solo instante se alivien.

¡Qué dolor, qué desesperacion, qué rabia la de una alma condenada, cuando desde aquel abismo de la eternidad, despues de haber ardido cien mil millones de millones de años, vuelve los ojos hácia esta pequeña porcion, hácia este cortísimo de tiempo que vivió, el que apenas podrá descubrir entre aquel pro-

digioso número de siglos que habrán pasado despues de su muerte! Pensará que por no haberse querido hacer un poco de violencia durante un cortísimo espacio de tiempo, arde y padece todos los suplicios juntos despues de tantos millones de siglos, sin que se pueda decir que le queda ni un solo momento menos que padecer.

Arder en el infierno tantos años, tantos siglos como instantes se vivieron, causa espanto esta duracion; ¿qué será arder tantos millones de siglos como gotas de agua hay en los rios y en el mar? Habrá sufrido un condenado en aquellos calabozos de fuego toda esa incomprensible duracion de tiempo, y no se habrá pasado un medio cuarto de hora, ni un instante de la eternidad; los hijos de tus hijos estarán enterrados; habrá consumido el tiempo las casas en que habitaste, la ciudad en que naciste, y los estados en que pasaste tu vida; en fin, habrán sepultado los siglos á todo el universo en sus propias cenizas; despues del mundo se habrán pasado tantos millones de siglos como duró momentos el mismo mundo, y ni un solo instante habrá corrido de la espantosa eternidad; si te condenaste, te queda tanto por padecer como desde el mismo punto que fuiste sumergido en aquellas llamas.

¡O eternidad espantosa! ¡ó incomprensible eternidad, quién te puede creer, y vivir en pecado un solo momento, y dilatar un solo momento la penitencia!

Supongamos que un pecador fuese condenado á arder en el infierno hasta que una hormiga trasladase al mar toda la arena de sus orillas, llevando de mil en mil años un solo grano. ¡Ah, desde que Cain está en el infierno, solo seis granos hubiera trasportado este animalillo! ¿Pues qué seria, si aquel desdichado tuviese que padecer hasta que la hormiga trasladase

no solo toda la arena del mar, sino toda la tierra del mundo; si hubiese de arder hasta que, pasando de mil en mil años, acabase de roer todas las peñas, todos los montes de la tierra? La razon se pierde, y la imaginacion se confunde en esta incomprensible extension de tiempo. Con todo eso, si te condenas, ha de llegar tiempo en que puedas decir con verdad: desde que morí, desde que estoy rabiando en medio de estos incendios, aquella hormiga hubiera ya trasladado al mar toda la arena y toda la tierra del universo, ya hubiera roido los montes y los peñascos, ya hubiera penetrado hasta el mismo centro del mundo; toda esa espantosa duracion de tiempo se ha pasado en estos horribles tormentos, y me resta que padecer una eternidad toda entera. ¡Hay infierno, hay eternidad de infierno: hay cristianos que lo creen, y que todavía pecan! Esta es una cosa que parece tan incomprensible como el mismo infierno y como la misma eternidad.

Y qué, Señor, ¿me habréis concedido vos tiempo y gracia para pensar en las penas del infierno, solo para que esta consideracion, por pura malicia mia, me aumente algun dia el dolor de haberme condenado despues de haber considerado aquellas terribles penas? ¡Qué rabia, qué desesperacion será la mia, si despues de esta meditacion no mudo de vida, si no me dedico á trabajar con vuestra poderosa ayuda en el negocio de mi salvacion! Volved, Padre Eterno, vuestros benignos ojos hácia este miserable pecador; todavía estoy teñido con la sangre de mi Señor Jesucristo, y en virtud de esta sangre os pido misericordia y gracia para amaros en vida y por toda la eternidad.

JACULATORIAS.

Quis poterit habitare cum igne devorante? quis habitabit cum ardoribus sempiternis? Isai. 33.

¡Ah Señor! ¿quién podrá habitar en medio de aquel fuego devorador? ¿quién sufrirá aquellos ardores sempiternos?

Hic ure, hic seca, hic non parcas, ut in æternum parcas. Aug.

Señor, abrásame aquí, córtame aquí, no me perdones aquí, para que me perdones en la eternidad.

PROPOSITOS.

1. Baja con la consideracion al infierno en vida, dice san Bernardo, si no quieres bajar á él despues de muerto. El que teme un gran mal, piensa muchas veces en él, y con este pensamiento discurre arbitrios, solicita medios, y toma sus medidas para precaverle. *No pierdas de vista el infierno*, dice el Sabio, *si no quieres meterte en el camino que lleva derecho á él.* Es saludable y provechoso ejercicio valerse de los trabajos de esta vida, y de todo lo que en ella nos aflige, para excitar la memoria del infierno, y esta misma memoria suaviza en cierto modo los trabajos de la vida. Si padèces dolores vivos y agudos, acuérdate de los que padecen los condenados en el infierno; habitamos en casas, vivimos en pueblos, ejercemos empleos en que se hallaron muchos de los que están ardiendo en aquellas llamas devoradoras. Nunca nos hallaremos en concursos, en convites, ni en diversiones, donde no se hallen algunos que probablemente se han de condenar. No hay contratiempo, ni aun gusto en esta vida, que no sea muy á propósito para traernos á la memoria los tormentos de la otra; ni hay remedio mas eficaz no solo para templar, sino

para apagar el apetito del deleite, que esta saludable memoria. ¿Despierta la concupiscencia? ¿te punzan los estímulos de la carne? ¿amotínanse las pasiones? imagina que oyes la voz de aquel desdichado rico, que grita desde el centro del abismo? *Crucior in hac flamma* : me abraso entre estos torbellinos de fuego; lleva contigo esta imágen y esta voz á todos tus deleites y apetitos; presto les perderás el gusto, y ellos perderán toda su sal y todo su sabor. Hallándose extraordinariamente tentado en cierta ocasion un santo ermitaño, aplicó la punta del dedo á la luz del candil; no pudo sufrir el vivo dolor que le causó, y la retiró al instante. Vuelto entonces al tentador, le dijo : pues qué, ¿tú me solicitas y me estimulas á un deleite prohibido, por el cual he de ser condenado á las eternas llamas del infierno, cuando ápenas me he atrevido á tocar con la punta del dedo este fuego usual y comun que nos alumbra? Si muchos se valieran en mil ocasiones de semejantes industrias, no se verian tan frecuentes y tan lastimosos triunfos de la tentacion.

2. No hay pérdida irreparable sino la del alma: ruina entera de negocios, reveses de fortuna, pérdida de pleitos, naufragios, desgracias, y todo lo que se llama en este mundo contratiempos y calamidades, hablando en rigor, todo tiene remedio, y hay consuelo para todo; pero si me condeno ¿quién me podrá consolar? ¿qué esperanza puedo tener? ¿qué alivio puedo prometerme? Todo se perdió para mí si pierdo á Dios. Sirva este pensamiento para fomentar tu devocion, y con ella el horror que debes tener á todo pecado. En tus pérdidas, en tus desgracias, en aquellos importunos cuidados que son inseparables de la vida, dite, dite continuamente á tí mismo : No hay otro mal que el pecado; ninguna pérdida debo temer sino la de Dios; los amigos, el tiempo y la

misma muerte me pueden consolar en la pérdida de los bienes, de la salud, de los empleos; pero perder á Dios, y perderle para siempre, ¡oh qué pérdida! Así en los gustos como en los disgustos de esta vida hazte familiares aquellas bellas palabras: *Quid prodest homini si mundum universum lucretur?* ¿qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, ser el mas poderoso monarca del universo, si al cabo se pierde y se condena? Á aquel grande del mundo que se condenó, á aquel rico avariento, ¿de qué les sirve al presente haber vivido con tanta magnificencia, con tanta abundancia entre las diversiones y los regalos? ¿de qué le sirve ahora á aquella mujer profana, condenada ya á los fuegos eternos, haber brillado tanto en los saraos y en las concurrencias? ¿de qué sirven los grandes títulos, los soberbios palacios, la ostentacion de modas, de galas y de profanidad? ¿de qué sirve todo esto al que se condenó miserablemente? ¿Será gran consuelo para aquel padre y para aquella madre que se condenaron, haber dejado á sus hijos muchas conveniencias, mientras ellos arden en las llamas sempiternas? Familiarízate con estas reflexiones; no hay ejercicio mas saludable; ten siempre á la vista en tu gabinete ó en tu cuarto algun objeto, que perpetuamente te traiga á la memoria la muerte ó el infierno.

DIA VEINTE Y OCHO.

LOS SANTOS NAZARIO, CELSO Y VÍCTOR, MÁRTIRES.

San Nazario fué romano, de padre gentil, originario de Africa; su madre era de Roma, habia abrazado la fe de Jesucristo antes de dar á luz á Nazario, y la Iglesia la celebra con el nombre de santa Perpetua.

Encargóse la misma virtuosa madre de criar á su hijo, y en tan buena escuela recibió Nazario tan santa educacion. Fueron eficaces las lecciones que le dió, porque encontraron con una índole dócil y suave, con una inclinacion natural á la virtud, con un corazon recto, y con un entendimiento vivo, perspicaz y penetrante. No solo recibió el bautismo siendo todavía jóven, sino que toda su juventud la pasó en los ejercicios mas piadosos de la religion, y santa Perpétua antes de morir tuvo el consuelo de ver en su hijo uno de los mas zelosos y mas ejemplares cristianos de la Italia.

Habiéndole instruido radicalmente el papa san Lino en las verdades de la religion, á cuyo estudio se habia dedicado con el mayor desvelo; y abrasado en un fervoroso zelo, poco ordinario en los jóvenes de su edad, apenas recibió el bautismo, cuando quiso convertir á la fe de Jesucristo á todo el mundo. Dejó la casa paterna por irse á predicar á los gentiles; y pareciéndole la Italia estrecho campo para sus vastas ideas, resolvió pasar los Alpes, y trasferirse á las Galias. Era la empresa verdaderamente ardua y arriesgada en un tiempo en que el nombre cristiano se oia con execracion de la otra parte de los montes; pero ningun estorbo era capaz de detener ni acobardar el espíritu del nuevo apóstol. Tuvo mucho que padecer; mas crecia su amor á Jesucristo al paso que se aumentaban los trabajos. Valíase de toda suerte de industrias, medios, invenciones y artificios para ganar almas á Dios; pronto no solo á servir de criado, sino á hacerse tambien esclavo para convertir á un solo infiel.

Correspondió el fruto á sus apostólicas fatigas; hubo pocas ciudades, pocas villas y aun pocas aldeas donde no quedasen estampadas las huellas de su zelo con alguna conversion, donde á lo menos no dejase

impresa una alta idea de la santidad del cristianismo.

La primera ciudad del otro lado de los montes donde comenzó á predicar el nuevo apóstol la fe de Jesucristo, fué Ginebra. No habia oido aquel pueblo idólatra ni aun el nombre de Cristo, cuando san Nazario entró en él para anunciar el Evangelio; siguiéronse muchas conversiones á su zelosa predicacion y aquella ciudad, que por espacio de mil y cuatrocientos años conservó siempre pura la fe católica de Jesucristo, reconoció todo aquel tiempo á san Nazario por su primer apóstol.

Entre las muchas conversiones que hizo en Ginebra nuestro santo, la mas ventajosa á la propagacion de la fe, y la mas gloriosa á la religion fué la de una noble viuda, muy distinguida en la ciudad por su nacimiento y por sus grandes bienes de fortuna. Tenia esta señora un hijo todavía niño, llamado Celso, que era todo su consuelo, y ella le amaba con la mayor ternura. Instruyóle Nazario en los principios de la fe, y como el niño era de excelente capacidad y de una suavísima índole, en breve tiempo hizo tantos progresos en la ciencia de la salvacion, que, habiéndole bautizado nuestro santo, le pidió á su madre para compañero en sus apostólicos viajes. Era sin duda grande el sacrificio, pero no era menor la religion de la virtuosa viuda, y así consintió en él, dando su bendicion á su querido hijo para que se separase de ella, y en adelante fuese todo y únicamente de Jesucristo, quedando Celso desde entonces por compañero inseparable de san Nazario. Corrieron juntos muchas ciudades de las Galias, sembrando en todas el grano de la palabra de Dios, que con el tiempo fructificó una miés tan abundante.

La célebre ciudad de Tréveris fué el principal teatro donde mas resplandeció el zelo de nuestros santos,

y donde tambien padecieron por Jesucristo aquellas crueles persecuciones que en todo tiempo acompañan á los hombres apostólicos. Contribuyó mucho á aumentar el número de los cristianos la multitud de milagros que obraron; y en el panegírico que hizo en su honor san Ambrosio, confiesa que aquella ciudad debe sus primeros fieles á las maravillas que hicieron en nombre de Jesucristo, y á los tormentos que padecieron en ella. Siguióse inmediatamente la corona á sus gloriosos combates. Arrestados los dos y puestos en la cárcel, fueron condenados á ser arrojados en el confluente de los dos rios Sarra y Mosela; pero apenas tocaron las aguas con sus piés, cuando se endurecieron y tomaron consistencia, de cuyo prodigio quedaron los gentiles tan atónitos, que no se atrevieron á quitarles la vida, contentándose con desterrarlos de su país, por lo cual se vieron obligados á volverse á Italia. Condújolos á Milan la divina Providencia, y en aquella ciudad fueron segunda vez arrestados por el juez Anolino, que se hallaba con órdenes del emperador para exterminar á todos los cristianos, sin darles tiempo de predicar el Evangelio. Despues de algunos dias de prision fueron examinados, y por su constancia en confesar la fe de Jesucristo en medio de los mas crueles tormentos, se pronunció sentencia de que se les cortase la cabeza. No es fácil explicar la alegría de los santos mártires cuando esta se les intimó. Abrazando estrechamente Nazario á su querido compañero, exclamó: *Gran dicha es la nuestra de que el Salvador se digne hacernos la gracia de recibir hoy la corona del martirio.* Y el niño Celso, no cabiéndole el gozo en el pecho, prorumpió en estas voces: *Yo os doy gracias, Salvador mio, porque, siendo aun de tan poca edad, os dignais recibirme en vuestra gloria.* Volviéndose á san Nazario, á quien siempre llamaba su amado padre en Jesucristo, añadió: *Vamos*

á derramar nuestra sangre por aquel á quien debemos nuestra salvacion y nuestra vida. Fueron conducidos á la plaza mayor, y allí fueron ambos degollados, siendo su sangre como la semilla de aquel gran número de mártires que dió al cielo aquella tierra, como tambien de tantos santos confesores que han ilustrado aquella santa iglesia.

Los cristianos se aprovecharon de la noche para retirar los cuerpos de los dos santos mártires, y los enterraron secretamente en un huerto fuera de la puerta Romana. Allí estuvieron ocultos mucho tiempo, perdiéndose la memoria de ellos, á causa de las persecuciones con que fué agitada la iglesia de Milan; solo se sabia que los propietarios de aquella posesion tenian gran cuidado de prohibir á sus herederos que en ningun tiempo, ni por ningun motivo la enajenasen, declarando en general que en ella estaba escondido un gran tesoro; hasta que, casi trescientos años despues, fué revelado á san Ambrosio el lugar donde estaban aquellas santas reliquias, y pasando á él acompañado de su clero, halló el cuerpo de san Nazario tan entero como si le hubieran enterrado el mismo dia, y en el sepulcro la sangre tan fresca y tan roja como si pocas horas antes se hubiera derramado, de suerte que se empaparon en ella muchos lienzos: la cabeza del santo estaba separada del tronco, pero tan entera y tan fresca como si hubiera estado viva. Añade el diácono Paulino, testigo presencial, que el sepulcro exhalaba un olor grato, y mas suave que el de todos los aromas. Mandó san Ambrosio cavar en otra parte del huerto, donde se encontró el cuerpo de san Celso, que juntamente con el de san Nazario fué trasladado á la iglesia de los apóstoles, que el mismo san Ambrosio habia edificado. Repartió el santo obispo estas preciosas reliquias á muchas iglesias, y entre otras envió parte

de ellas á san Paulino, obispo de Nola, y á san Gaudencio, obispo de Brescia: tambien tocó á la iglesia de Ambrun una pequeña porcion de ellas, las que conserva con grande veneracion.

Con la memoria de estos santos junta la Iglesia la de san Víctor papa. Fué africano, hijo de un tal Félix, y por su eminente virtud y grandes talentos fué elevado á la silla de san Pedro por muerte de san Eleuterio, que sucedió hácia el año de 192. Pedian un papa de esta santidad y de estos talentos las herejías que por aquel tiempo despedazaban á la santa Iglesia. contra las cuales fulminó anatemas Víctor con tanto vigor, que se conoció haberle formado el cielo para exterminar aquellos monstruos.

Teodoro de Bizancio, curtidor de profesion, no pudiendo sufrir las represiones que le daban los cristianos de su pais, por haber apostatado en la última persecucion, discurrió el arbitrio de enseñar que Jesucristo no habia sido mas que un puro hombre, pareciéndole que de esta manera justificaba su apostasía. La impiedad no podia ser mas abominable, ni mas despreciable el maestro que la enseñaba: con todo eso corrompió á muchos, y tuvo no pocos sectarios; teniendo atrevimiento el impío heresiarca para ir á Roma y para dogmatizar en el centro mismo de la verdadera religion. Anatematizóle san Víctor, y le persiguió tan vivamente, que despues no se oyó hablar mas de él.

No contempló mas á los montanistas, aunque ya por aquel tiempo se habia declarado Tertuliano por su partido. Bien persuadido el santo papa de que los herejes nunca se hacen mas insolentes, ni mas fieros, que cuando se contemporiza con ellos con el fin de reducirlos, les declaró valerosa y constantemente la guerra, condenando sus errores. Por entonces inventó tambien Práxeas la herejía de los patripasiones,

precursores del sabelianismo, que arruinaban en Dios la distincion de personas. Apenas se descubrió esta zizaña en el campo del Señor, cuando la arrancó la vigilancia y el infatigable zelo del santo pontífice. Reconocido Práxeas, detestó su error, que consistia en atribuir al Padre lo que solo pertenecia al Hijo, y entregó su retractacion, con cuya ocasion convocó Víctor un concilio en Roma.

La mayor parte de los obispos de Asia, por no sé qué costumbre tolerada hasta entonces, celebraban la Pascua el dia catorce de la luna de marzo, conformándose en esto con el rito de los judios: lo restante de la cristiandad la celebraba el domingo despues del dia catorce de aquella luna, por haber resucitado el Salvador en semejante dia. Temiendo san Víctor que aquella diferencia de ritos podia ocasionar division entre los fieles, y parar con el tiempo en algun cisma, para ocurrir á este mal, ordenó que todas las iglesias del mundo se conformasen en este particular con la costumbre de la Iglesia romana, y que en ninguna parte se celebrase la Pascua el dia catorce del equinoccio vernal, sino el domingo siguiente; y aunque se opusieron á esto Policrates, obispo de Éfeso, y algunos otros obispos de Oriente, la constitucion del papa fué recibida de toda la Iglesia, y ciento veinte y nueve años despues la renovó el célebre concilio de Nicéa.

Otras muchas constituciones publicó san Víctor para bien de la Iglesia universal, y entre otras declaró que en caso de necesidad se podia bautizar con cualquiera agua natural, esto es, que no era menester estuviese bendita con las ceremonias que usa la Iglesia cuando bendice las pilas del bautismo. En fin, despues de haber gobernado este santo pontífice el rebaño de Jesucristo por espacio de diez años, recibió en premio de sus trabajos la corona del martirio el dia 28 de julio de 202.

En el mismo dia hace tambien conmemoracion la santa Iglesia de san Inocencio papa, primero de este nombre. Fué de la ciudad de Albano, cerca de Roma, y asi por su virtud como por su sabiduria sucedió al papa san Anastasio, que murió el año de 402. Luego se reconoció que le habia destinado Dios para consolar y fortalecer la Iglesia en las aflicciones que padeció en aquel tiempo. Inundaron los godos á Italia, acaudillados por Alarico, y todo lo llenaron de consternacion. Consoló el santo papa á su pueblo, tranquilizóle, y con sus oraciones consiguió del Señor que se disipase toda aquella multitud de bárbaros por la derrota de su jefe, al mismo tiempo que se avanzaba hácia Roma para pasarla á sangre y fuego.

Noticioso del furor con que la emperatriz Eudoxia perseguia á san Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla, se declaró su protector, y anulando todo lo que se habia decretado contra el santo en un conciliábulo que se juntó en un arrabal de Calcedonia, mandó que fuese restituido á su silla aquel ilustre prelado, y fulminó excomunion contra todos los que habian tenido parte en su persecucion. Tuvo el consuelo de ver extinguido el cisma que hacia tanto tiempo despedazaba á Antioquía; pero llegando á Ravena, se le turbó este gozo con la noticia de que Alarico habia sorprendido á Roma, saqueándola y pasando á cuchillo sus habitantes. Afligióse, y lloró el santo pastor la desolacion de sus ovejas; pero con su vuelta las consoló, y no perdonó diligencia alguna para que en el modo posible se resarciesen de sus pérdidas. Fué el primero que expelió de Roma á los novacianos, y su solicitud pastoral se extendia á todas las necesidades de la Iglesia.

Pero sobre todo explicó su ardiente zelo contra Pelagio y Celestio, cabezas de la perniciosa herejía pelagiana. Informado de sus principales errores por las

cartas que le escribieron los concilios de Mileva y de Cartago, escribió dos admirables epístolas contra ellos, en las cuales explica excelentemente la necesidad de la gracia para merecer, y confirma los decretos que habian dado los dos concilios contra aquellos heresiarcas. Con esta occasion dijo san Agustin que, habiendo confirmado el papa todo lo que se habia decretado contra los enemigos de la gracia de Jesucristo, ya era causa acabada y definida. Este gran santo, principal defensor de la verdad que combatian aquellos herejes, escribió dos epístolas al papa Inocencio, en que muestra la veneracion y el respeto que le profesaba, y el santo pontífice acredita bien en sus respuestas la particular estimacion que hacia de aquel ilustre defensor de la gracia; y en las que dió á los prelados que componian los concilios de Cartago y de Mileva alaba singularmente el perfecto rendimiento que mostraban al supremo juicio de la santa sede, declarando al fin de ellas por excomulgados á Pelagio y á Celestio. Tambien escribió otras epístolas importantes á muchos obispos de las Galias, una á san Dictricio, arzobispo de Ruan, y otra á san Exuperio, arzobispo de Tolosa, sobre varios puntos y reglas de disciplina eclesiástica. A san Decencio, obispo de Gubio, le escribió sobre el ayuno del sábado, que dice se debe guardar en reverencia de la sepultura del Señor, condenando á los que le desaprobaban. En fin, despues de haber gobernardo la Iglesia por espacio de catorce años con una prudencia y con una virtud digna de un vicario de Jesucristo, consumido de trabajos y colmado de merecimientos, murió con la muerte de los santos el dia 28 de julio del año 417, y fué enterrado en el cementerio de Priscila, de donde el año de 845 el papa Sergio II trasladó su cuerpo á la iglesia del título de Equicio. San Jerónimo en la célebre epístola que escribió á

Demetriades para confirmarla en el santo propósito que habia hecho de guardar virginidad, le habla del papa san Inocencio en estos términos : *Manten constantemente la fe de san Inocencio, hijo espiritual y sucesor de Anastasio, de feliz recordacion, en la cátedra apostólica ; y por mas sabia é iluminada que seas, guárdate bien de seguir otra doctrina.*

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, el martirio de san Victor, papa.

Tambien en Roma, la fiesta de san Nazario y del niño san Celso, mártires, á quienes, en la rabia de la persecucion movida por Neron, mandó pasar á cuchillo Anolino, despues de haber sido mucho tiempo maltratados y afligidos en la cárcel.

En la Tebáida en Egipto, la conmemoracion de muchos santos mártires, que padecieron en la persecucion de Decio y de Valeriano. Deseando con ansia los cristianos ser acuchillados por el nombre de Jesucristo, su astuto enemigo imaginaba los suplicios mas lentos, por ver si podia, en vez de sus cuerpos, hacer perecer sus almas. Entre tantos mártires hubo uno que, despues de haber padecido animoso el rigor del potro, de puas candentes y calderas hirviendo, fué untado con miel, y expuesto con las manos atadas á la espalda al sol abrasador, para que le picasen las moscas y abispas. Otro muellemente acostado entre flores, viendo venir á él una mujer impúdica á tentarle, escupió á la cara de aquella desgraciada la lengua que se habia hecho pedazos con los dientes.

En Ancira en Galacia, san Eustato, mártir, el cual, atormentado con diferentes géneros de suplicios, fué arrojado á un rio ; mas le sacó de allí un ángel : en fin, la vision de una paloma que bajaba del cielo le llamó al eterno galardon.

En Mileto, san Acacio, mártir, que, bajo el emperador Licinio, habiendo sido, despues de otros tormentos, echado en una fogata y conservado intacto por divina asistencia, consumó su martirio viéndos cortar la cabeza.

En Bretaña, san Sanson, obispo y confesor.

En Leon, san Peregrino, presbítero, cuya santidad atestiguan sus brillantes milagros.

En Loches en Turena, san Urso, confesor.

En Soisons, san Gerano, canónigo de San Gervasio y arcediano.

En dicho dia, santa Bisa, martirizada con algunos otros.

En Etiopia, san Mateo el ermitaño.

En Suecia, san Botvid, hecho pedazos por un Vilzo.

En Placencia, san Ramon, confesor, de quien hay dos iglesias en aquella ciudad.

La misa es en honor de los santos, y la oracion la siguiente.

Sanctorum tuorum nos, Domine, Nazarii, Celsi, Victoris, et Innocentii confessio beata communiat: et fragilitati nostræ subsidium dignanter exoret. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Fortifíquenos, Señor, la bienaventurada confesion de tus santos Nazario, Celso, Víctor é Inocencio, y consigamos de tu bondad el auxilio de tu gracia para sostener nuestra flaqueza. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 10 del libro de la Sabiduría.

Reddidit Deus justis mercedem laborum suorum, et deduxit illos in via mirabili, et fuit illis in velamento diei, et in luce stellarum per noctem: transtulit illos per mare Rubrum, et transvexit illos per

Dió Dios á los justos el premio de sus trabajos, y los condujo por un camino maravilloso: y en el dia les hizo sombra, y en la noche suplió el resplandor de las estrellas: los pasó por el mar Rojo, y los trasportó por

aquam nimiam. Inimicos autem illorum demersit in mare, et ab altitudine infernorum eduxit illos. Ideo justi tulerunt spolia impiorum, et decantaverunt, Domine, nomen sanctum tuum, et victricem manum tuam laudaverunt pariter, Domine Deus noster.

medio de la profundidad de las aguas. Pero á sus enemigos los sumergió en el mar, y los volvió á sacar de la profundidad del abismo. Por eso los justos llevaron los despojos de los impíos, y celebraron, Señor, tu santo nombre, y juntos cantaron himnos á tu mano vencedora.

NOTA.

« Refiere este capítulo del libro de la Sabiduría de » Salomon, cómo la mano poderosa de Dios libró á » los buenos de una multitud de males, y los colmó » de una multitud de bienes, probándolo con la li- » bertad del pueblo de Dios del cautiverio de Egipto ; » lo que con razon aplica la Iglesia á los santos már- » tires y confesores. »

REFLEXIONES.

Es Dios el mejor de todos los amos, y con todo eso, es el peor servido de todos. Ninguna cosa manda á sus siervos que él mismo no hubiese antes practicado ; y aun falta mucho para que nos mande todo aquello que él se dignó hacer y padecer por nosotros. Aunque el temor servil es loable, y él le aprueba tambien, sin embargo, gusta mas de ser servido por amor. No hay amo en el mundo que se contente con la buena voluntad de los que le sirven ; no basta tener buena voluntad, es menester servir bien ; solo se atiende á esto; y aun cuando se hace mejor el servicio, no falta que decir. No siempre se da gusto al que manda, aunque sea muy penosa la ejecucion. Lo que habia de mandar la razon, no pocas veces lo mandan la extravagancia y el capricho de los amos duros é inhumanos. Trabajase mucho en el mundo, pero muchas

veces es trabajo perdido cuando mas se sudó; y aunque se hubiese hecho con la mejor intencion, si no se logra el intento, ni se agradecen tus fatigas, ni se hace caso de ellas; estarás años enteros remando y sufriendo, y ni aun se hará atencion á ello; pero descúidate en alguna falta, se levanta el grito, se excita la cólera, se te echa enhoramala, y ya no se quiere mas de tí. Mas no basta servir bien, es menester agradar, y el agradar no siempre está en nuestra mano. Hay en los amos unas secretas aversiones, en fuerza de las cuales les da en rostro, ó reciben con frialdad cuanto hacen ciertas personas; al mismo tiempo que el menor servicio, una bagatela de sus favoritos y aduladores es celebrada, es aplaudida, es recompensada con profusa liberalidad. ¡Oh, y qué de otra manera trata Dios á los que le sirven! no solo no es aceptador de personas, sino que, hablando en rigor, solo estima el servicio por el amor con que se hace; mas atiende á la voluntad de servirle, que al servicio mismo, y el premio siempre es cien veces doblado. *Da*, dice el Sabio, *á los justos la recompensa de sus trabajos.* No parece salario que da, sino deuda que paga: *Reddidit.* Es excesiva su liberalidad, aunque en rigor solo premia en nosotros sus mismos dones. Es Dios un amo benigno, próvido, que se compadece de nuestros males; es padre, pero padre lleno de ternura, que á todos sus siervos los mira como amigos: *Vos amici mei estis*; como si fueran hijos suyos. ¿Quién le vió nunca de mal humor? ¿quién le encontró menos indulgente, menos liberal, menos padre cuando le. sirvió con fidelidad y con presteza? ¿Se despide en el mundo algun criado? pues ya no se le vuelve á recibir. A nadie despide Dios jamás de su servicio; pero el que voluntariamente se despide de él por malicia, por lijereza, por cobardía ó por disolucion, siempre es bien recibido cuando vuelve á su

casa de buena fe. Acuérdate de la parábola del hijo pródigo. Cosa extraña: un amo tan bueno, tan liberal, tan fácil de servir y de contentar es el peor servido de todos, y hay tan pocos que le quieran servir.

El evangelio es del cap. 21 de san Lucas, y el mismo del dia XVI, *pág.* 388.

MEDITACION.

DE LA PROSPERIDAD DE LOS MALOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera la sinrazon con que se tiene por objeto digno de envidia la prosperidad de los malos. Son unos reos condenados á muerte, á quienes se da todo lo que piden; son unos enfermos desahuciados, á quienes no se niega cosa alguna que apetezcan. ¿A quién le pasó jamás por el pensamiento envidiar la suerte de unos, ni de otros? ¿quién los consideró felices, porque en todo se les daba gusto? Aflige Dios á los buenos, y permite las prosperidades á los malos, para que nos acordemos de la otra vida. ¿Cuándo pensó David en la patria celestial, mansion de los bienaventurados? En medio de las aflicciones, en lo mas fuerte de mis persecuciones espero firmemente que el Señor me dará á gustar los consuelos de una dulce paz en la tierra de los vivos: *Credo videre bona Domini in terra viventium.* En este mundo, ni me lisonjeo, ni quiero ser feliz; sé muy bien que no se dan flores en este valle de lágrimas; no se hizo la alegría para este lugar de destierro, ni el mundo se puede llamar patria sino de aquellos que renuncian voluntariamente la Jerusalen celestial. Lo que engaña á la mayor parte de los hombres, lo que los escandaliza es el errado concepto en que están de que los

malos son dichosos porque son malos. Todo lo contrario sucede; son malos porque son dichosos. Hay quejas y hay murmuraciones de que Dios llena á los malos de prosperidades; murmuraciones injustas, quejas sin razon. Dios todo lo hace con justicia, y con infinita sabiduría. Mas acertado fuera el discurso, si se concluyera que debe ser un gran mal la prosperidad, puesto que la concede Dios á los malos. Á los patriarcas de la ley antigua los recompensaba con bienes temporales, porque hasta la venida del Redentor tenian cerradas las puertas del cielo; pero los que en la ley de gracia gozan esos mismos bienes, no pueden creer que Dios se los dé por el mismo motivo. Cuando los príncipes están resueltos á alejar de su persona á los cortesanos, les suelen dar empleos. No pocas veces una gratificacion es una desgracia. David siempre fué bueno, y segun el corazon de Dios, mientras estuvo en la adversidad: conservó la inocencia entre el fuego de la tribulacion; pero la perdió cuando se vió en el dulce reposo de la prosperidad. La prosperidad de los malos los ciega, los adormece, los encanta de suerte, que no conocen ni la desdicha, ni el peligro que les amenaza. La abundancia atolondra. Casi todas las flores de subido olor que lisonjean el olfato, hacen daño á la cabeza: esta se anda al rededor en los lugares mas elevados. ¡Mi Dios, qué castigo tan digno de temerse es la prosperidad de los malos!

PUNTO SEGUNDO.

Considera lo que significan aquellas palabras (1): *Recepisti bona in vita tua*: colméte de bienes mientras viviste. Esto es cuanto puedes esperar; ya estás premiado. ¿Quién tendrá envidia á aquel desdichado rico?

(1) Luc 16.

Todo brillaba en su casa, todo respiraba alegría. La abundancia sustentaba la profanidad y las delicias; una continua serie de prosperidades mantenia en sus desórdenes á aquel hombre afortunado según el mundo; pero muere en fin el rico; ríndese todo aquel gran mundo á la cortadora guadaña de la muerte; desvanécese aquel corto número de dias, que casi se olvidan en el mismo punto que desaparecen; comienza la eternidad; y aquel rico, aquel grande, aquel hombre afortunado nada encuentra en sus manos para esta eternidad. En vano clama: *Padre Abrahan, ten misericordia de mi.* La respuesta es: *Ya te colmaron de bienes durante tu vida.* Dirás que con la vida se acabó esa superficial, esa falsa, esa corta prosperidad. Bien está; pero *recepisti*, ya recibiste lo que te tocaba. Estimemos ahora esas fortunas repentinas y precipitadas, esos honores acumulados, esas prosperidades engañosas y deslumbradoras de esta vida; no hay cosa mas despreciable, ni mas falsa, ni mas opuesta á la verdadera felicidad. Son pocos los hombres que por algun tiempo no hayan sido buenos; ninguno que no haya hecho algun bien durante su vida. Si Dios reservara premiar á los malos para la otra, seria preciso que los colocase en el cielo, porque solo en él hay premios eternos en el otro mundo. Por eso se dice que una continua prosperidad es señal de reprobacion; y por lo mismo compara san Gregorio los dichosos del siglo á los bueyes que se dejan engordar, sin trabajarlos, y en los mejores pastos, porque están destinados para el matadero. Si los que tiran del carro, prosigue este santo padre, pudieran hablar y discurrir, ¿tendrian envidia á los que pastan en el prado? Se quiere conservar á los que trabajan, y se ha resuelto degollar á los que engordan. ¡O prosperidades de los malos, y qué dignas de compasion os representais á los que os miran con los ojos de la fe, y

consideran las cosas segun sus principios! Prosperidades engañosas, vosotras alucinais á los mortales, imaginándose estos que los haceis dichosos, cuando solo sabeis hacer desdichados é infelices.

Divino Salvador mio, no me trateis como á estas desgraciadas víctimas de vuestra divina justicia; no me concedais en esta vida prosperidad alguna que haya de privarme de los bienes celestiales; antes bien afligidme de todos modos en esta miserable vida, como me hagais dichoso por toda la eternidad.

JACULATORIAS.

Credo videre bona Domini in terra viventium. Salm. 26.

Sí, mi Dios, tengo una firme confianza de que me daréis á gustar en el cielo, en aquella feliz patria de los que viven, los inexplicables bienes de que inundais á vuestros elegidos.

Mendicitatem, et divitias ne dederis mihi: tribue tantùm victui meo necessaria. Prov. 30.

No os pido, Señor, para esta vida prosperidad alguna que pueda perjudicar á mi salvacion. No me deis pobreza, ni riquezas, concededme solamente lo preciso para vivir.

PROPOSITOS.

1. Desde hoy en adelante no califiques de prosperidades las grandes fortunas, las ganancias excesivas, ni esos diluvios de felicidades y de bienes; es un error comun, que debes corregir. Si no hubiera mas vida que la presente, serian deseables esas dichas; mas para los pocos dias que podemos vivir, hay una eternidad, y de ordinario una eternidad de penetrantes arrepentimientos, de suplicios sin fin, por unos deleites insulsos y trabajosos, que se pasaron como sueños; por el contrario, todas las prosperidades temporales

las debes considerar como señales de tu poca virtud. Siempre que te suceda algun próspero suceso, teme no sea que quiera Dios recompensarte en este mundo lo poco bueno que puedes haber hecho, para decirte cuando te castigue en el otro: *Acuérdate de que ya te colmé de bienes.* Este pensamiento moderará tu alegría, que siempre perjudica á una alma cristiana, y al mismo tiempo será el medio mas eficaz para vivir de modo que no te trate Dios como á aquel rico.

2. Guárdate bien de tener jamás envidia á la fortuna de otro. Algunos que brillan, campan y sobresalen en este mundo, por toda la eternidad estarán envidiando al que vivió en él arrinconado, desconocido y lleno de miseria. Acuérdate que la prosperidad es una continua tentacion, que dura tanto como la buena fortuna; mientras esta persevera, no hay pasion que no despierte, ninguna que deje de hacer alguna tentativa y de ganar algun terreno. Si el corazon y el entendimiento fueran cristianos, á todas las prosperidades las tendríamos por pruebas, y por pruebas muy peligrosas; tú á lo menos considéralas como tales. ¿Te suceden prósperos *sucesos? ¿reina en tu casa la abundancia?* ¿tienes fortuna en todo? Rinde mil gracias al Señor, recibe estos dones como bienes de su mano; pero guárdate bien de derramarte en una altanera alegría, tan material como mundana. Míralo todo á las luces que se te acaban de proponer, y considera que esos bienes mas generalmente son recompensa de los malos, que de los buenos. Cuando te sale bien alguna cosa, teme no sea que quiera Dios premiarte con ella; y al contrario, ríndele mil gracias en todos los contratiempos.



S.^{TA} MARTA, V.

DIA VEINTE Y NUEVE.

SANTA MARTA, VÍRGEN.

Entre las santas mujeres que seguian á Jesucristo, y hacian abierta profesion de ser discípulas suyas mientras estuvo en esta vida mortal, fué una de las privilegiadas santa Marta, siendo igualmente de las mas distinguidas, no solo por su calidad y por la clase á que pertenecia entre los judíos, sino particularmente por haber abrazado el estado de virginidad en que perseveró constante toda la vida.

En la de su hermana santa María Magdalena se dijo ya que era de distinguido nacimiento, tanto por su nobleza, como por los grandes bienes que habia heredado de sus padres, tocándole en las particiones las posesiones vecinas á Jerusalen, y entre ellas la casa ó castillo de Betania. El Evangelio constantemente la nombra siempre la primera, y por eso se cree que era la hermana mayor de la familia; por lo menos era la que llevaba el principal peso de la administracion y del gobierno. Era su carácter un genio dulce y amigo de hacer bien; un juicio maduro y ejemplar con una circunspeccion y una modestia, que la hacian amar y respetar. Universalmente estaba reputada por una doncella de gran mérito, y así en Jerusalen como en Betania se tenia general veneracion á su virtud. Estando su alma tan bien dispuesta, sin dificultad reconoció á Jesucristo por el Mesías verdadero, y gustó de su doctrina. Apenas le oyó, cuando hizo profesion de ser una de sus mas fieles discípulas. Con efecto lo fué; y la fervorosa ansia con que oia sus sermones, la docilidad con que seguia

sus consejos, la fidelidad con que ponia en práctica sus divinas lecciones, y la piedad con que se dedicó enteramente al servicio del Salvador, todo contribuyó à elevarla en poco tiempo á una eminente santidad.

Oyendo los elogios que de cuando en cuando hacia el Señor de la virginidad, y viendo lo mucho que le agradaba esta admirable virtud, muy presto se determinó á no admitir jamás otro esposo que al Esposo de las vírgenes; y como era tan constante en oir sus divinas instrucciones, practicó muy en breve lo mas elevado y lo mas perfecto del Evangelio. Entregóse, pues, á la soledad y al retiro, renunciadas las vanidades del mundo; y como su hermano Lázaro era ya uno de los discípulos del Salvador, y la conversion de su hermana Magdalena, en la que nuestra santa no tuvo poca parte, habia sido de tanta edificacion à todos, el castillo de Betania se convirtió, por decirlo así, como en un pequeño monasterio. En él se observaba en todo cierto órden, y todo respiraba devocion. Ocupábase el tiempo en la oracion, en la lectura, en la labor y en obras de caridad; por lo cual la casa de Betania era el hospedaje ó el hospicio del Salvador en sus viajes.

Llegó en una ocasion á Betania el Hijo de Dios, volviendo de sus tareas evangélicas: tuvo Marta noticia de su venida; y saliendo á recibirle, le suplicó con instancia que se dignase no admitir otro hospedaje que el de su casa. Aceptó la oferta el Salvador, como quien tenia tan conocida la virtud de aquellas dos fervorosas discípulas. No es fácil explicar el gozo de toda aquella afortunada familia. Marta, que gobernaba la casa, tomó à su cargo la disposicion de todo, y por sus mismas manos quiso preparar y guisar la comida á su amado Maestro: el soberano huésped no dejó de reconocer la grande caridad y el fervoroso amor de las dos hermanas, recompensándolas libe-

ralmente con su dulce conversacion, y con las abundantes gracias que derramó en el corazon de aquellas dos santas almas.

María Magdalena, arrebatada toda de gozo por ver en su casa á su divino Salvador, y hambrienta de sus instrucciones, cuya dulzura habia gustado mas de una vez, y cuyo provecho habia experimentado, hallaba tanto gusto en oirle, que fué á sentarse á sus piés por no perder ni una sola palabra. Marta solo le podia percibir algunas, y esas con poca tranquilidad. Estaba tan afanada en regalar á su divino Maestro y á los de su comitiva, que andaba de un lado para otro dando sus órdenes, ya en esto, ya en aquello, y mostraba un poco de inquietud y sentimiento de que su hermana la dejase sola, y no la ayudase en nada. Con el ansia de que nada faltase en la mesa, y pareciéndole que ella sola no podia atender á todo, dió sus quejillas al Salvador: dijole, pues, con respeto y con modestia, pero de un modo, que no dejaba de mostrar alguna inquietud: *¿Señor, no reparais que mi hermana me deja trabajar sola, sin echar mano á nada? suplicoos le mandeis que venga á ayudarme.*

La respuesta que el Señor le dió fué un misterio, y al mismo tiempo una leccion de mucha enseñanza para la vida espiritual: *Marta, Marta, muy cuidadosa andas y muy solicita.* A la verdad alabo tu solicitud en servirme, pero condeno tu inquietud; todo lo que turba al alma, la disipa; y toda disipacion del corazon y del espíritu me desagrada; es menester servirme con fervor; pero en mi servicio nunca se ha de perder la paz del corazon. Tú te atormentas inútilmente, y quieres hacer demasiado; no es menester tanto para mi comida, basta un solo plato. Tu hermana María está mejor ocupada que tú: aunque no trabaja con las manos, no está ocioso su espíritu en medio

de mostrarse tan tranquilo; está haciendo ahora lo mismo que ha de hacer por toda la eternidad; sírvele de regalo mi conversacion, y en ella goza lo mas delicioso que pueden gustar los hombres y los ángeles; de esta se ha de alimentar eternamente, y ninguno se la podrá quitar.

Aprovechóse maravillosamente santa Marta de una doctrina tan espiritual y tan perfecta, la cual, sin disminuir su apresurado ardor en servir al Salvador del mundo, la animó con un espíritu interior, que hizo mas pura y mas meritoria su virtud de la hospitalidad. No se contentó con disponerle la comida; quiso tambien tener la honra de servirle á la mesa, y acabada esta, le tocó su vez, y tuvo el consuelo de gozar despacio de su divina conversacion.

No fué esta la única vez que Jesucristo honró con su presencia aquella dichosa casa. Siempre que transitaba por Betania se hospedaba en ella, y por eso dijo el evangelista que esta santa familia era la querida del Salvador; por eso, luego que enfermó Lázaro, le dieron parte las dos hermanas de esta novedad. Hallábase el Señor en Galilea cuando llegó el expreso con la noticia de que se moria aquel su amado discípulo; dilató dos dias su partida muy de cuidado, para tener ocasion de hacer con él el mayor de sus milagros. Cuando Cristo llegó, ya habia cuatro dias que Lázaro estaba enterrado. Habian concurrido muchas personas del contorno á consolar á Marta y á María, y á darles el pésame de la muerte de su hermano; pero su mayor consuelo le esperaban de otra parte, y solo Jesus podia enjugar sus lágrimas.

Con efecto, luego que Marta tuvo noticia de que se acercaba, dejó prontamente á su hermana, y le salió al encuentro. Apenas le vió, cuando bañada en lágrimas, le dijo: *Señor, si hubiérais estado aquí, no se hubiera muerto mi hermano; pero no desconfío de verle*

resucitado; porque sé que Dios no te puede negar cosa que pidas. ¿Estás cierta, respondió Jesus, *que tu hermano resucitará? Sí, Señor,* replicó Marta, *segura estoy de de que resucitará en el dia de la resurreccion general con todos los demás que murieron desde el principio del mundo.* Queriendo entonces el Señor fortificar mas y mas la fe y la confianza de Marta, le dijo que, estando tan segura de su amor, como lo estaba, debia esperar que antes de aquel dia restituiria la vida á su hermano; que no ignoraba tenia poder para hacerlo; que obraba los milagros por su propia virtud, sin tener necesidad de pedir nada á nadie; y en fin, que los muertos conocian muy bien su voz, que la respetaban y la obedecian como á voz de su soberano dueño, autor supremo de la vida. *¿Ignoras por ventura*, añadió el Salvador, *que yo soy la resurreccion y la vida, y que los que creen en mí vivirán eternamente? ¿Marta, crees esto? Sí, Señor, sí*, respondió la santa, *creo firmemente todo cuanto tú dices, porque estoy bien persuadida muchos dias ha, que tú eres el Mesias, único Hijo de Dios vivo que esperamos, y que en fin veniste al mundo, como estaba profetizado que habia de venir el Mesias para salvar á los hombres.* No parece menos sublime ni menos generosa esta confesion, que la que el Padre Eterno inspiró á san Pedro, y le mereció aquellos eminentes privilegios y singulares favores con que le honró el Señor; y si las lágrimas de la Magdalena, que ya estaba presente, advertida de su hermana, le movieron á la resurreccion de Lázaro, no tendria en ella menos parte la generosa y viva fe de Marta. Mandó efectivamente Jesus remover la piedra que cerraba la entrada ó la boca del sepulcro; y como Marta le dijese que, habiendo ya cuatro dias que estaba encerrado, no podria menos de exhalar mal olor; no temas, le respondió el Salvador, y acuérdate de lo que te dije, que si tenias fe, presto verias el motivo

de tu dolor convertido en asunto de mucha gloria para Dios, y de admiracion á los hombres.

Tuvo Marta fe, y obróse el milagro. Fácil es imaginar cuánto seria el gozo de las dos santas hermanas cuando vieron resucitado á su hermano, y cuánto creceria su ternura y su inseparable adhesion á la persona del Salvador. Desde entonces no le perdieron de vista, sobre todo durante el tiempo de su pasion. Fué Marta una de aquellas santas mujeres que siguieron á Cristo hasta el Calvario, y despues de muerto, no se apartaron de su afligida Madre. Cada dia se mostraba Marta mas obsequiosa y mas amante de esta Señora; asistíala con sus bienes, servíala con respeto, y le tributaba muchos obsequios. No menos ferviente y generosa que Magdalena, concurrió con ella al sepulcro para rendir al cuerpo del Salvador los últimos honores; y tambien tuvo la dicha de ser de las primeras personas que le vieron despues de su resurreccion, asistiendo á sus instrucciones, y recibiendo cada dia nuevas gracias.

Despues que el Señor subió á los cielos, no se apartó santa Marta del lado de la santísima Vírgen hasta la venida del Espíritu Santo, cuyos dones recibió en el cenáculo; y tambien tuvo parte en la persecucion que se suscitó contra los discípulos de Cristo, siendo desterrada de la Judea. No pudiendo los judíos sufrir la presencia de Lázaro, porque era un milagro visible, y un testimonio animado de la divinidad de aquel á quien ellos habian dado muerte ignominiosa, y no atreviéndose á quitarle la vida por temor de que segunda vez fuese resucitado con mayor afrenta suya, tomaron el medio término de meter toda aquella santa familia en un navío sin mástiles, sin timon, sin velas y sin aparejos, pareciéndoles el mejor arbitrio para deshacerse de ella el exponerlos en esta conformidad á merced de los vientos y de las olas; pero

la divina Providencia los habia destinado para la conversion de una nacion á quien amaba mucho. Ya se dijo en la vida de santa Magdalena cómo el navío arribó milagrosamente al puerto de Marsella, y las insignes conversiones que hizo aquella bienaventurada tropa en un pueblo que el mismo milagroso arribo del navío dispuso admirablemente para ser oidos con respeto y con asombro.

Es antigua y respetable tradicion, autorizada al parecer por la misma Iglesia, que santa Marta anunció la fe de Jesucristo en Marsella, en Aix, en Aviñon y en toda la baja Provenza, convirtiendo á muchos en todas partes. Dícese que, explicando á los pueblos de Aviñon las verdades de nuestra santa religion, un mozo que estaba en la otra parte del Ródano, deseoso ansiosamente de oirla, quiso pasâr el rio á nado; pero arrebatado por la rapidez de la corriente quedó sumergido y ahogado: dieron noticia á la santa de esta desgracia; y mandando á unos pescadores que sacasen el cadáver, despues de una breve oracion le restituyó á la vida.

Hizo gran ruido este milagro; y movidos de él, así los vecinos de Tarascon como los pueblos comarcanos, acudieron á nuestra santa implorando su favor para que los librase de un monstruoso dragon que todo lo devoraba, y asolaba toda la campaña. Como la santa no tenia otro fin que el de la gloria de Jesucristo y la salvacion de las almas, conoció que un milagro haria impresion en el ánimo de aquellos gentiles. Pasó el rio Duranza, metióse en un bosque cercano, y halló al dragon que estaba devorando á un hombre. Hizo la señal de la cruz, rocióle con algunas gotas de agua bendita, atóle con su mismo ceñidor, y le llevó á la ciudad como si fuera un cordero. Atónito el pueblo, acudió á ver la maravilla, y despues de haber muerto al dragon á palos y á pedradas, se arroja-

ron todos á los piés de la santa, pidiéndole que no les abandonase. Como santa Marta sabia que su hermana Magdalena se habia retirado al desierto del santo Bálmo, ella escogió para su morada el que estaba contiguo á la ciudad de Tarascon, y se llamaba el Bosque negro. Luego acudieron á la santa muchas doncellas que habia convertido, resueltas á ser sus compañeras. Se dice que edificaron un monasterio, donde aquellas castas esposas de Jesucristo vivian como ángeles, bajo la direccion de la que habia sido huéspeda y discípula del Salvador.

Pero queriendo, en fin, el Señor premiar á su huéspeda y á su sierva, le reveló el dia de su muerte, *como tambien* que su hermana Magdalena gozaba ya en el cielo de la gloria. Por espacio de un año ejercitó su paciencia, y aumentó sus merecimientos una calentura lenta; y sabiendo que era ya llegada la hora de volver á juntarse con su divino Salvador, mandó la echasen sobre unas cenizas en presencia de sus hijas, y exhortándolas á la fiel perseverancia, pasó tranquilamente al descanso del Señor hácia el año 68 ó 70 de Jesucristo, teniendo, á lo que se cree, 65 de edad.

Su cuerpo fué trasladado á la ciudad, segun la opinion de los que sienten que el monasterio estaba fuera de ella, aunque otros juzgan que el lugar subterráneo donde se venera el dia de hoy era la capilla ó el oratorio del mismo monasterio. Sea lo que fuere de esto, es cierto que es muy magnífica la tal capilla subterránea en que, segun la tradicion, se venera el santo cuerpo. Sobre ella está fundada la iglesia colegial dedicada á la misma santa, la que dotó ricamente el rey Clodoveo, habiendo sanado de un fuerte mal de riñones por la intercesion de santa Marta; y Luis XI le regaló un busto de oro en que está engastada su santa cabeza. Todavia se conserva en la

capilla subterránea, magníficamente adornada por la piadosa liberalidad de Monseñor Marinis, arzobispo de Aviñon, el antiguo sepulcro de la santa, cerca de un pozo, cuyas aguas se dice sanan de calenturas. Lo cierto es que las milagrosas curaciones que cada dia se experimentan en el sepulcro de santa Marta por intercesion de esta gran sierva de Dios, acreditan visiblemente lo mucho que puede con el Señor, y atraen á aquel santuario un gran concurso de gente. Es santa Marta protectora de los que se emplean en ministerios exteriores.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Tarascon en la Galia Narbonense, santa Marta, vírgen, huéspeda de Nuestro Señor, y hermana de santa María Magdalena y de san Lázaro.

En Roma, en la via Aureliana, san Félix II, papa y mártir, que, echado de su silla en defensa de la fe católica por Constancio, emperador arriano, murió glorioso en Corvetro de Toscana, acuchillado en secreto. Su cuerpo fué levantado de allí por sus clérigos, y enterrado en la misma via; pero andando el tiempo fué trasladado á la iglesia de San Cosme y San Damian, y hallado debajo del altar por el papa Gregorio XIII, con las reliquias de los santos mártires Marco, Marceliano y Tranquilino. La víspera de las calendas de agosto fué nuevamente depositado en el mismo lugar con las mismas reliquias. En dicho altar se hallaron tambien los cuerpos de los santos mártires Abondo, presbítero, y Abundancia, diácono, que algun tiempo despues fueron llevados solemnemente la víspera de su fiesta á la iglesia de la Compañía de Jesus.

Tambien en Roma en el camino de Porto, san Simplicio, san Faustino y santa Beatriz, mártires en tiempo del emperador Diocleciano. Los dos primeros,

despues de varios suplicios, fueron condenados á la pena capital, y su hermana Beatriz sufocada en la cárcel donde estaba por la confesion de Jesucristo.

Además en el mismo lugar, santa Lucila y santa Flora, vírgenes, san Eugenio, san Antonino, san Teodoro y diez y ocho compañeros, los cuales padecieron todos juntos un glorioso martirio bajo el emperador Galiano.

En Gangres en Paflagonia, san Colínico, mártir, quien, despues de azotado con varillas y atormentado de otros modos, fué al fin echado en un horno, donde rindió el alma á Dios.

En Noruega, san Otavo, rey y mártir.

En Troyes, en Francia, san Lupo, obispo y confesor, que fué á Inglaterra con san German para impugnar la herejía de los pelagianos, y el mismo con sentidas razones preservó á Troyes del furor de Atila que devastaba toda la Galia. Por último, el santo murió en paz despues de haber llenado admirablemente todos los deberes del episcopado.

En la ciudad de Saint-Brieuc, san Guillermo, obispo y confesor.

En dicho dia, la muerte de san Próspero, obispo de Orleans.

En Todi, san Faústino, confesor.

En la ciudad de Mamia, santa Serafina.

En Dol en Bretaña, san Genevé, obispo regionario, superior del monasterio de Dol despues de san Buzeu.

En Roma, el martirio de santa Serapia.

Cerca de la misma ciudad, los santos mártires Abseodo y algunos otros.

La misa es en honor de la santa, y la oracion la siguiente.

Exaudi nos, Deus salutaris noster; ut sicut de beatæ Mar-	Oyenos, ó Dios, salud y vida nuestra, para que así como la

thæ virginis tuæ festivitate gaudemus, ita piæ devotionis erudiamur affectu. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

festividad de tu bienaventurada vírgen santa Marta nos llena de una santa alegría, así tambien nos consiga una piadosa devocion. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 10 y 11 de la segunda de san Pablo á los Corintios.

Fratres: Qui gloriatur, in Domino glorietur. Non enim qui seipsum commendat, ille probatus est: sed quem Deus commendat. Utinam sustineretis modicum quid insipientiæ meæ, sed et supportate me: Æmulor enim vos Dei æmulatione. Despondi enim vos uni viro, virginem castam exhibere Christo.

Hermanos: El que se gloría, gloríese en el Señor. Porque el que se recomienda á sí mismo, no es el que merece ser aprobado, sino aquel á quien recomienda Dios. Ojalá sufriéseis algun poco de mi ignorancia; pero con todo eso sufridme; porque yo os zelo por zelo que tengo de Dios. Puesto que os he desposado, para presentaros como una casta vírgen á un solo hombre, á Cristo.

NOTA.

« En esta segunda epístola que escribe san Pablo » á los Corintios hace su apología contra los falsos » profetas; dalos á conocer por lo que son, y se lastima » de la necia credulidad de los que los oian como á » oráculos; y porque se alaban á sí mismos descara» damente, les dice que ninguno se debe gloriar sino » en el Señor. »

REFLEXIONES.

El que se gloria, gloríese en el Señor. Cuando se considera atentamente cuál es el objeto de nuestra ambicion, en qué consiste, y qué sustancia tiene la gloria por que se anhela, se conoce bien la pobreza del hombre, la bajeza de su espíritu y el apocamiento de su corazon; porque al fin, ¿de qué se hace gloria

en el mundo? De un nacimiento noble, de un nombre ilustre, de contar muchos hombres grandes entre sus antepasados; se hace vanidad de poseer grandes bienes, de gozar gruesas rentas, de vivir en un suntuoso palacio, de tener magníficas carrozas, de ser discreto y despejado, de brillar en una conversacion. Una mujer hace vanidad de sus galas, de su bizarría, de su hermosura, y muchas veces de ser conquistadora y cortejada. Hácese vanidad de la destreza en el juego, del primor en el baile, de los talentos, de la sabiduría, de la erudicion, y en fin, de todo lo que á cada uno le puede distinguir de los demás. Ea, pues, miremos de cerca estos objetos, y por su pequeñez, por su insustancialidad y por su poca consistencia haremos juicio de nuestros errores y de nuestra extravagancia. Para gloriarse y alabarse, es preciso suponer algun mérito; porque seria notoria locura hacer vanidad de lo que no tenemos, ó de los que son defectos verdaderos. ¿Pues qué mérito comunica á un hombre que ninguno tiene personal la virtud de un abuelo, que si volviera al mundo le desconoceria por descendiente suyo? ¿qué mérito comunica á un necio una larga serie de ilustres antepasados? Esos retratos antiguos que te están poniendo á la vista el valor y la virtud de tus padres, ¿te pegan algo de aquellas grandes almas? ¿puede haber necedad mas lastimosa que gloriarse de que se lee en las historias el nombre de su casa, de que sus ascendientes fueron valerosos, esforzados, rectos y virtuosos? ¿dónde hay gloria mas extraña, ni que nos caiga mas por defuera? ¿y qué mérito dan las ricas posesiones, fruto de la industria, y acaso de la injusticia de los que te las dejaron? ¿esas grandes ganancias y esas fortunas rápidas serán motivo digno para gloriarse y para envanecerse? Es verdad que te sacaron del polvo, que te elevaron á la cumbre, y acaso á tanta altura, que se te anda la cabeza;

pero ¿dan algun mérito á quien solo se sirve de sus bienes para ser peor? Una dama moza, muy pagada de su hermosura y de sus diamantes, ¿tendrá mucha razon para envanecerse? La hermosura mas consiste en la imaginacion que en la realidad; está dependiente de los gustos; y por otra parte, ¿qué cosa mas frágil? es una flor que cualquiera accidente la marchita, y la edad necesariamente la acaba. Una calentura de veinte y cuatro horas basta para desfigurar enteramente la mas cabal hermosura; y de cosa tan caduca ¿se podrá gloriar ninguna mujer de entendimiento? Por lo menos, será gloria bien superficial, gloria bien vana, pues toda su hermosura consiste en algunos rasgos mas ó menos delicados, puestos en mejor órden, que cualquiera lijero accidente descompone y desconcierta. No es mas sólido el mérito de un vestido magnífico, de una ostentosa gala; en separando á un lado el artificio y la habilidad del sastre, y en echando á otro el valor de la tela, ¿qué sustancia de gloria quedará para una mujer ó para un hombre, cuyo mérito todo consiste en el vestido? En fin, algun mérito dan los talentos y el ingenio; pero si ese ingenio y esos talentos no están acompañados de la virtud y de la inocencia, ¿en qué se fundará la gloria? No hay demonio que no tenga cien veces mas entendimiento que el hombre mas sabio y mas capaz. *Por otra parte, ¿qué tienes que no hayas recibido,* dice el Apóstol; *y si lo has recibido, de qué te glorias?* De todo lo dicho es forzoso concluir que en sola la virtud consiste la verdadera gloria; y que el que se quiera gloriar, solo se ha de gloriar en el Señor.

El evangelio es del cap. 10 de san Lucas.

In illo tempore, intravit Jesus in quoddam castellum, et mulier quædam Martha no-

En aquel tiempo entró Jesus en cierto castillo, y una mujer llamada Marta le recibió

mine, excepit illum in domum suam; et huic erat soror nomine María, quæ etiam sedens secus pedes Domini, audiebat verbum illius. Martha autem satagebat circa frequens ministerium: quæ stetit, et ait: Domine, non est tibi curæ, quod soror mea reliquit me solam ministrare? Dic ergo illi, ut me adjuvet. Et respondens, dixit illi Dominus: Martha, Martha, sollicita es, et turbaris erga plurima. Porro unum est necessarium. Maria optimam partem elegit, quæ non auferetur ab ea.

en su casa: y esta tenia una hermana llamada María, la cual tambien, estando sentada á los piés del Señor, oia sus palabras. Marta, pues, cuidaba de las haciendas de la casa; y presentándose al Señor, le dijo: Señor, ¿no cuidas de que mi hermana me deja sola en el trabajo? Díla, pues, que me ayude. Y respondiendo el Señor, le dijo: Marta, Marta, tú estás solícita y distraida en muchas cosas, y á la verdad sola una es necesaria. María eligió la mejor parte, la cual no le será quitada.

MEDITACION.

QUE, HABLANDO CON PROPIEDAD, SOLA UNA COSA ES NECESARIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que entre tantas cosas como nos ocupan, nos inquietan y nos fatigan en esta vida, sola una, hablando con propiedad, una sola es absolutamente necesaria; esta es, conseguir la salvacion. Háyase hecho bien todo lo demás; obligaciones del estado, negocios de la mayor importancia, comercio lucrativo, comisiones de mucha honra, grandes empleos, cargos considerables; aunque todo esto se haya desempeñado con la mayor felicidad, si no se logra la salvacion, nada se hizo, empleóse inútilmente el tiempo, estragóse la salud, y se consumieron los dias vanamente. No es este un piadoso pensamiento de las almas devotas y timoratas, es una verdad eterna, es lo que todos pensarán y todos sentirán por toda la

eternidad. No nos engañemos voluntariamente; aun antes que llegue la eternidad, todos convenimos en este punto. Esos grandes del mundo, esas gentes de negocios, esos mismos hombres que solo atienden á sus intereses y á sus gustos, esas mujeres profanas, empleadas total y únicamente en bagatelas; todos y todas antes de morir conocen que su grande y su único negocio es el negocio de la salvacion. ¡Mi Dios, qué arrepentimientos y qué lágrimas costará algun dia este conocimiento! ¡con qué dolor, con qué desesperacion se verá por toda la eternidad que lo que en vida fué objeto de nuestros deseos, materia de nuestros cuidados y de nuestros afanes, no merecia siquiera nuestra atencion! ¡Qué dolor, cuando se verá que lo que llamábamos obligaciones de buena crianza, ocupaciones indispensables, negocios de importancia, por la mayor parte eran vanos entretenimientos, y que del negocio de la salvacion no se hizo caso, dejándole para el fin de la vida como si fuera el menor de todos los negocios, y ni aun tratándole como negocio; cuando se verá, digo, que este era el único negocio que merecia toda nuestra atencion, y pedia toda nuestra aplicacion y vigilancia! Sin embargo, este gran negocio se postergó á todos los gustos, á todas las diversiones y á todas las inutilidades de la vida; para todo hubo tiempo menos para trabajar en la salvacion; se quiso mas perderle, malograrle en una tediosa ociosidad, en no hacer nada, que emplearle en pensar y en trabajar para aquella; todo se nos figuró indispensable; diversiones, entretenimientos frívolos, visitas excusadas, todo pareció necesario menos aplicarse al negocio de la salvacion; y entre tanto, todo fué inútil, todo se perdió si no se salió bien con este negocio. ¡Ah mi Dios, qué amargos son estos arrepentimientos cuando llegan tan tarde!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que de nada le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma. ¿Qué cosa podrá dar en equivalente á esta gran pérdida? ¿de qué les sirve ahora á aquellos hombres que metieron en el mundo tanto ruido, que brillaron en él con tanto esplendor, si al cabo se condenaron? ¿de qué les sirve á aquellos héroes de sus siglos, á aquellos emperadores, á aquellos reyes y á aquellos príncipes, ante quienes todo se inclinaba, á cuya satisfaccion y á cuyos gustos todo contribuia, de qué les sirve al presente aquella magnificencia, aquellos tesoros, aquella gloria, si arden, si rabian, si se desesperan en el infierno en medio de las voraces llamas? Nada les faltó de cuanto podia contribuir á su gloria, á su poder, á su grandeza; dieron batallas, consiguieron victorias, tomaron plazas, conquistaron reinos enteros; en todo establecieron el buen órden y la policía; nada omitieron de lo que convenia á su gloria; pero no trabajaron en el negocio de su salvacion; llegó la muerte antes que llegase su conversion; ganaron todo el universo, y perdieron su alma; pues todo lo perdieron. Esos hombres entregados á su fortuna y á sus intereses; esos hombres siempre ansiosos y siempre hambrientos no vivieron ociosos; fué su vida una continua agitacion, un perpetuo bullicio, trabajo y movimiento; sacrificaron su descanso, su salud y su misma vida á su fortuna; lográronla, murieron ricos, con inmensos bienes, pero los dejaron; y si no murieron en gracia de Dios, murieron pobres; todos sus afanes se consideran como sueños. No estuvieron en el mundo para ser ricos, sino para hacerse santos; esto era lo único necesario: abandonaron este negocio, y nada hicieron. Esas personas consagradas á Dios, que por entregarse única y seguramente al cuidado de su

salvacion hicieron tan grandes sacrificios, dejando el mundo; esas personas religiosas que desmintieron su primer fervor; que despues de sus primeros pasos se pararon en el camino, que se durmieron y se divirtieron, que por haber venido el esposo cuando iban á buscar aceite para cebar las lámparas, por no haber hecho á tiempo la provision de lo único que era necesario, fueron condenadas y todo lo perdieron, ¿qué dirán, qué pensarán ahora?

¡Ah Señor, y qué seria de mí si fuera este el último dia de mi vida! Hasta ahora no he pensado en lo único que me era necesario, con que he perdido el tiempo y el trabajo; pero, Dios de las misericordias, pues te has dignado sufrirme hasta aquí, dígnate tambien asistirme con tu gracia para que sean eficaces los propósitos que hago de no trabajar de hoy en adelante en otra cosa que en el negocio de mi eterna salvacion.

JACULATORIAS.

Quid enim prodest homini, si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiatur? Matth. 16.

¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?

Quid proderit homini de universo labore suo? Eccl. 2.

¿Qué provecho sacará el hombre de todos sus trabajos, si se condena?

PROPOSITOS.

1. Hay pocos ociosos; todos quieren trabajar, todos están ocupados; pero por desgracia la vida de la mayor parte de los hombres se gasta y se consume en fruslerías y en inutilidades. ¿Qué se diria de un embajador encargado de los negocios de su soberano, que emplease todo el tiempo de su embajada fuera

de la corte del príncipe con quien iba á tratar, entregado enteramente al estudio de la música, ó al de los puntos infinitamente divisibles? A la verdad no estaria ocioso; pero ¿se haria juicio de que no habia perdido el tiempo, que le habia ocupado bien, y se le admitiria por legítima la excusa de que á la verdad no habia pensado en lo que se habia puesto á su cuidado, pero que habia aprendido la música? A este hombre ¿no se le tendria con razon por loco y por extravagante? pero ¿somos nosotros mas cuerdos que él? Estamos en este mundo únicamente para trabajar en el negocio importante, delicado y espinoso de nuestra salvacion; cualquiera otro negocio que este es pura pérdida de tiempo, entretenimiento pueril. Examina desde luego si te hallas en este caso; mira en qué te has ocupado hasta ahora, qué tiempo has empleado en el negocio de tu salvacion; él te pedia no menos que todo el tiempo; cuenta, calcula cuántos dias, cuántos meses y cuántos años has empleado en él.

2. No te contentes con decir y confesar que hasta ahora nada has hecho en este negocio. Si desde hoy no comienzas á trabajar en él, mañana nada tendrás adelantado. Despréndete de todos esos vanos embelesamientos que te consumen un tiempo tan precioso; visitas inútiles, concurrencias de ociosidad, continua asistencia al juego, diversiones vanas y frívolas, libros de mera curiosidad sin otro fruto, conversaciones sin sustancia, que solo sirven para perder tiempo. Así el ánimo como el cuerpo necesitan de algun desahogo y de alguna diversion; pero esta misma diversion y este mismo desahogo pueden ser de mucha utilidad. *A los que aman á Dios todas las cosas se les convierten en bien*, dice el Apóstol. Nada hagas, nada emprendas que no haya de servir para tu salvacion. Muchos santos acostumbraban preguntarse de cuando

en cuando á si mismos en medio de sus ocupaciones: ¿Y esto de qué servirá para la otra vida? *Quid hæc ad æternitatem?* Ten tú la misma costumbre, y dite á tí mismo muchas veces al dia: *Porro unum est necessarium:* sobre todo, no hay mas que una cosa necesaria.

DIA TREINTA.

SAN ABDON Y SENEN, MÁRTIRES.

Decio, general del ejército que el emperador Filipo habia enviado contra Macrino á Jotapien, fué declarado emperador por las legiones de Panonia y de la Mesia el año de Cristo 249; y luego publicó crueles edictos contra los cristianos, llenando todas las provincias de horrible carnicería. Asegura Dionisio, obispo de Antioquía, citado por Eusebio Cesariense, que esta séptima persecucion, segun el cómputo de Orosio, fué tan terrible, que los fieles se persuadieron habia llegado aquel tiempo pronosticado por el Señor en que seria tan grande la tentacion, que hasta los mismos elegidos, si fuese posible, serian inducidos en error. Duró esta cruel é injusta guerra contra los cristianos hasta el año de 251, y en ella fué cuando nuestros dos santos Abdon y Senen alentaron á los fieles con su magnanimidad, y llenaron de esplendor á toda la Iglesia con la gloria de su martirio.

Fueron persas, y de familia tan distinguida por sus grandes bienes como por su antigua nobleza; pero mucho mas recomendables por la dicha de ser cristianos, y de edificar con su virtud, con su caridad y con su zelo á todos los fieles. Toda su ocupacion era

concurrir á las cárceles para consolar y para asistir á los confesores de Jesucristo, y entrar en las casas de los pobres cristianos para socorrerlos, y aun para prevenir sus miserias y necesidades. Dejábanse ver al pié de los potros y de los cadalsos para esforzar á los mártires, y despues de muertos, procurar que se les diese sepultura. Igualmente respetables por su nacimiento que por su notoria bondad, nunca les faltaba proporcion para hacer á sus hermanos estos caritativos oficios. Animada su industria de un zelo verdaderamente cristiano, y sostenida con sus excesivas limosnas, hacia cada dia mas floreciente aquella afligida cristiandad. Tardó poco aquella heróica caridad en recibir la justa recompensa debida á tan gloriosos trabajos; fueron delatados al emperador los dos caballeros cristianos, como los mayores enemigos de los dioses del imperio.

Acababa Decio de triunfar dichosamente de los persas. Atribuyendo su victoria á la proteccion de los dioses, á título de agradecido y de devoto se hizo mas cruel contra los cristianos; y encaprichado mas que nunca en sus impías supersticiones, resolvió exterminarlos en todos sus dominios. Informado de que nuestros dos santos se valian de la autoridad que les daba su nacimiento y sus riquezas, únicamente para infundir mas aliento y mayor generosidad en el corazon de los cristianos, juzgó no podia dar mayor gusto á los gentiles que echar mano de aquellos dos ilustres enemigos del paganismo. Fueron, pues, arrestados Abdon y Senen; quiso verlos el emperador, y los recibió con la distincion que merecian por su nacimiento y por otras muchas bellas prendas personales; hablóles al principio como quien deseaba ganarles el corazon y el espíritu; respondiéronle los santos con respeto y con discrecion cortesana; pero cuando llegó el caso de tocar el punto de la religion, y les

declaró que era menester una de dos, ó dejar de ser cristianos, ó incurrir en su desgracia, no deliberaron un momento. *Somos cristianos*, respondieron, *y hacemos gloria de serlo. Señor, si para merecer la benevolencia de V. M. fuere menester sacrificar nuestra quietud y nuestros bienes, prontos estamos á hacer este sacrificio; pero vos mismo podeis juzgar si será razon preferir la gracia de los hombres á la de Dios, y perder la del Criador por merecer la del príncipe.*

Irritado el emperador con esta respuesta, les dijo que no conocia otro Dios que los dioses del imperio, y que absolutamente queria, bajo pena de la vida, que ellos adorasen los mismos dioses que él. *Gran príncipe*, le replicaron los santos, *la misma razon natural está demostrando que no puede haber muchos dioses; en el imperio no se podrian sufrir dos dueños igualmente soberanos. Esos que llamais dioses son demonios, monas ridículas de la divinidad, que se burlan de los hombres. No hay mas que un solo Dios, soberano dueño del universo, y criador de todas las cosas; á este adoramos como á nuestro soberano dueño, que lo es tambien vuestro.*

Fuera ya de sí el emperador (tan arrebatado estaba) les respondió encendido en cólera: *Yo sabré bien vengar nuestros dioses de vuestras blasfemias, y haceros arrepentir de vuestra impiedad.* Quiso atormentarlos desde luego; pero temiendo alguna sublevacion en un país donde eran tan respetados los dos santos, y en que su imperio todavía no estaba muy afianzado, se contentó con mandarlos asegurar entre los prisioneros que habian de ser conducidos á Roma, destinados para el triunfo.

No se puede explicar los muchos trabajos que padecieron nuestros mártires en aquel penoso y dilatado viaje; la dureza de los guardias, la crueldad de los oficiales, los insultos de los soldados, y verse confundidos entre una multitud de prisioneros paga-

nos de la hez del pueblo : pero el consuelo de que padecian por amor de Jesucristo, y la esperanza de derramar la sangre por su gloria, les compensaban con exceso las fatigas, ultrajes y tormentos. Fué muy largo el viaje, pero aun fué mucho mas penoso, y sin milagro no parecia posible que los santos sobreviviesen á tantos trabajos.

Hizo el emperador su entrada en Roma con toda la pompa de conquistador; y habiendo servido nuestros dos santos de ornamento al aparato del triunfo, fueron entregados al prefecto Valeriano como los dos mayores enemigos que habian tenido hasta entonces los dioses del imperio. Comparecieron ante su tribunal, y todo el concurso quedó admirado aun mas de la modestia de los dos mártires, que de la magnificencia de sus vestidos y del brillante resplandor de sus joyas y pedreria. Era grande y general el deseo de que saliesen libres; y habiéndolos exhortado inútilmente á que renunciasen la fe, se dispuso un altar en la misma sala de la audiencia, sobre el cual se colocó un ídolo de Júpiter, y se hicieron cuantas diligencias fueron posibles para persuadir á los dos santos á que á lo menos afectasen las ceremonias de que le ofrecian sacrificio; pero jamás se les pudo reducir al mas leve disimulo. *Somos cristianos*, decian á voz en grito, *hacemos gloria de serlo; no entendemos de disimulo en materia de religion; no adoramos mas que á un solo Dios, y solo á él se deben ofrecer sacrificios; vuestras soñadas deidades son invencion de vuestras fábulas, y conociendo nosotros su ridiculez, jamás podremos incurrir en vuestras impiedades. ¿Llamais impiedad*, replicó el prefecto, *el reconocer por dios al sol, dios de vuestra nacion, y adorado como tal por vuestros padres? No tiene duda*, replicaron los santos. *¿dónde hay cosa mas impia que reconocer por dios á una pura criatura? Tan descaminados vivieron en este punto*

nuestros padres como vosotros, y en eso estamos nosotros muy lejos de imitarlos; nunca diremos y nunca sentiremos otra cosa.

Habiendo dado cuenta Valeriano al emperador de la inmutable constancia en la fe de los dos mártires, se determinó que los dos persas fuesen llevados por fuerza delante de la estatua del sol, y que para no quedar desairada esta resolucion, con la misma fuerza se les obligase á ofrecer incienso al ídolo. Hízose así, y conducidos Abdon y Senen violentamente al templo del sol, en lugar de ofrecer incienso á la estatua, le escupieron con horror y con desprecio. Levantó furiosamente el grito todo el concurso, clamando contra el sacrilegio. Al punto se ordenó que fuesen azotados con plomadas como viles esclavos, y que, despues de haberlos despedazado hasta que se les descubriesen los huesos, fuesen expuestos á las fieras en el anfiteatro.

Ejecutóse la sentencia con mas barbaridad que se habia pronunciado. Despedazaron á azotes á las dos inocentes víctimas con tanta crueldad, que, á no conservarse por milagro, hubieran espirado en el suplicio; pero en medio de aquel granizo de azotes se les oia cantar alabanzas al Señor, rindiéndole muchas gracias por la merced que les hacia de contarlos en el número de las víctimas destinadas á ser sacrificadas por su amor. Despues de aquella cruel carniceria, descubriéndoseles los huesos por entre las llagas que desfiguraban todo el cuerpo, fueron expuestos á las fieras en medio del anfiteatro. Habia concurrido á él un inmenso gentío, aun mas por ver despedazar á dos insignes enemigos de los dioses que á dos caballeros persas. Echaron contra ellos dos feroces leones y cuatro osos hambrientos, que, saliendo con furor de las jaulas, corrieron arrebatadamente hácia las dos inocentes víctimas. Estremecióse el concurso; pero

presto se convirtió en admiracion el horror, cuando vieron que, llegando las fieras á la presa, perdiendo en el mismo punto su ferocidad, se postraron á los piés de los santos como para respetarlos y rendirles homenaje. Hallábase presente el prefecto, y exclamó: *No se puede negar que estos dos cristianos son dos grandes magos; mirad como amansaron las fieras de repente.* Pero la muchedumbre discurria muy de otra manera: oíase gritar de todas partes que solamente el poder del Dios de los cristianos era capaz de obrar aquella maravilla; y temiendo Valeriano que aquel prodigio hiciese demasiada impresion en los ánimos, llamó á los gladiadores que estaban presentes, y les mandó que degollasen á los dos mártires en la puerta del anfiteatro; lo que se ejecutó al instante. No se aplacó con su sangre la rabia del prefecto; mandó que, atándolos por los piés, los llevasen arrastrando hasta el pedestal de la estatua del sol, y allí estuvieron tres dias sin sepultura, no atreviéndose ninguno á dársela, hasta que un subdiácono, llamado Quirino, los retiró de noche, y metiéndolos en una caja de plomo, los tuvo en su casa todo el tiempo que duró en Roma la persecucion. Fueron descubiertos en el imperio del Grande Constantino, y levantados de la tierra, los trasladaron al camino de Porto, colocándolos en el cementerio de Ponciano, donde hoy dia se ve su imágen de escultura muy antigua, juntamente con sus nombres. Se dice por muy cierto que los cuerpos de los santos Abdon y Senen fueron parte de las reliquias que el papa Gregorio IV envió á Francia el año de 828, por mano de Eginardo, y que fueron trasladadas á la abadia ó monasterio de San Medardo de Poisons, donde se conservaron hasta las guerras de los hugonotes, que las quemaron en el siglo décimosexto.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, san Abdon y san Senen, persas, mártires, quienes bajo el emperador Decio fueron llevados á dicha ciudad cargados de cadenas, donde fueron desde luego acardenalados sus cuerpos con plomadas, y despues acuchillados por la fe de Jesucristo.

En Tuburbe en Africa, santa Máxima, santa Donatila y santa Segunda, vírgenes y mártires durante la persecucion de Valeriano y de Galiano: fueron las dos primeras amargadas con hiel y vinagre, luego molidas á golpes, atormentadas en el potro, tostadas en parrillas y frotadas con cal. Al fin, expuestas á las fieras con la vírgen Segunda de edad de solos doce años, sin recibir de ellas mal alguno, fueron degolladas.

En Asís en Umbría, san Rufino, mártir.

En Cesarea en Capadocia, santa Julita, mártir, quien, habiendo reclamado en justicia los bienes que un poderoso le habia usurpado, y replicando este que siendo cristiana no debia ser oida, recibió al punto la órden del juez de ofrecer incienso á los ídolos, para que pudiese ser oida en justicia. Opúsose ella denodada; y la echaron al fuego donde murió. Mas las llamas dejaron ileso el santo cuerpo. San Basilio el Grande celebró sus encomios en un brillantísimo panegírico.

Este mismo dia, san Silvano, varon apostólico, quien predicó el Evangelio en las Galias.

En el Abruzo, santa Justa, mártir.

En Egipto, san Bisóes, solitario, discípulo de san Sanúdas.

En Fayenza, san Terencio, diácono.

En Cantorbery, san Tatvin, noveno obispo de aquella ciudad.

La misa es en honor de los santos, y la oracion la siguiente.

Deus, qui sanctis tuis Abdon et Sennen ad hanc gloriam veniendi copiosum munus gratiæ contulisti; da famulis tuis suorum veniam peccatorum, ut sanctorum tuorum intercedentibus meritis, ab omnibus mereamur adversitatibus liberari. Per Dominum nostrum...

O Dios, que concediste á tus santos Abdon y Senen un copioso don de gracia para llegar á tanta gloria; concédenos á nosotros, siervos tuyos, el perdon de nuestros pecados, para que por amor de los méritos de tus santos seamos libres de todas las adversidades. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 6 de la segunda que escribió el apóstol san Pablo á los Corintios.

Fratres: Exhibeamus nosmetipsos sicut Dei ministros in multa patientia, in tribulationibus, in necessitatibus, in angustiis, in plagis, in carceribus, in seditionibus, in laboribus, in vigiliis, in jejuniis, in castitate, in scientia, in longanimitate, in suavitate, in Spiritu sancto, in charitate non ficta, in verbo veritatis, in virtute Dei, per arma justitiæ, à dextris et à sinistris, per gloriam et ignobilitatem, per infamiam et bonam famam: ut seductores, et veraces, sicut qui ignoti, et cogniti: quasi morientes, et ecce vivimus: ut castigati, et non mortificati: quasi tristes, semper autem gaudentes: sicut egentes, multos autem locupletantes:

Hermanos: Portémonos en todas las cosas como ministros de Dios, con mucha paciencia en las tribulaciones, en las necesidades, en las angustias, en los golpes, en las cárceles, en las sediciones, en los trabajos, en las vigilias, en los ayunos, con la castidad, con la conciencia, con la longanimidad, con la suavidad, con el Espíritu santo, con la caridad no fingida, con la palabra de verdad, con la virtud de Dios, con las armas de la justicia, á la diestra y á la siniestra; por medio de la gloria y de la ignominia: por medio de la infamia y de la buena fama; como seductores siendo veraces: como desconocidos siendo conocidos: como moribundos,

tanquam nihil habentes, et omnia possidentes.

y eso que vivimos: como castigados, mas no muertos: como tristes, pero siempre alegres: como necesitados, pero enriqueciendo á muchos: como que nada tenemos, y todo lo poseemos.

NOTA.

« Por el texto griego se conoce que esta parte de » la epístola de san Pablo no se entiende de los Corin- » tios, sino únicamente de los ministros del Evangelio, » y singularmente del mismo santo apóstol. Contiene » esta epístola las principales virtudes de los obispos » y de los otros ministros de Jesucristo. »

REFLEXIONES

Muéstrense los ministros de Dios en todas las cosas tales cuales deben ser, y presto se llenará el mundo de los prodigios que obrarán; pues se verá todo convertido. Ninguna cosa da mas eficacia á nuestras palabras, que nuestros ejemplos. ¡Cuál debe ser la viveza de la fe! ¡cuál la pureza de costumbres y la eminente santidad de los ministros del Altísimo! ¡de aquellos visibles mediadores entre Dios y los hombres! ¡de aquellos sacerdotes de Dios vivo, cuya dignidad es reverenciada de las potestades de la tierra, y cuyo carácter sagrado se hace respetable á los ángeles del cielo! ¡pueden acercarse al altar sin sentirse preocupados de un santo terror! ¡Pueden tener en sus manos la divina Hostia sin experimentar los maravillosos efectos de su presencia! Salió Moisés de la conversacion que tuvo con Dios en el monte arrojando llamas de fuego su semblante; ¿cómo es posible que salga del altar un sacerdote sin nuevo fervor? ¿sin mas tierna devocion? ¿sin mas perfecta virtud? Y un sacerdote animado de esta viva fe, un sacerdote en

cendido en este divino amor, un sacerdote todo fervor y todo zelo, ¿será un ministro poco eficaz? ¿Habrá en el mundo pecador tan empedernido, que no se rinda á su voz? Los ejemplos, el porte, las costumbres predican mas elocuentemente que las palabras; estas excitan, pero aquellas convencen y mueven el corazon. Uno de los mayores castigos con que Dios amenaza á su pueblo es, que le dará sacerdotes tan imperfectos, tan indevotos, tan poco religiosos, y tan desedificantes como los seglares, como el mismo pueblo: *Sicut populus sit sacerdos.* Esas personas sagradas por su carácter, dedicadas al ministerio de los altares por profesion, adquiridas al Señor por título particular; esos oráculos de Dios vivo, intérpretes de su voluntad, depositarios de los méritos y de la sangre del mismo Jesucristo, sus favorecidos y sus ministros, encargados de las oraciones del pueblo por su empleo, obligados á servir de luz por su estado, destinados á alabar dia y noche al Señor por su oficio, cuya vida ha de ser escondida en Jesucristo, ¿no debieran representar á nuestros ojos la vida de este mismo Señor en la suya, segun la expresion del Apóstol? Sus dias no son suyos; el que los llamó á su servicio los reservó todos para sí. Toda ocupacion profana les está prohibida; motivos, acciones, deseos y hasta su misma inaccion ó reposo, todo debe ser santo, todo sagrado; siendo respetables á los ángeles mismos por su carácter, no lo deben ser menos á los hombres por su santidad y por su arreglado porte. ¡Qué desolacion, exclamaba en otro tiempo el Profeta, qué desolacion, qué escándalo es el que se ve en Jerusalen! Las piedras del santuario, tan dignas de nuestra veneracion mientras estaban en su lugar, se ven hoy desencajadas y dispersas por todos los rincones de las calles; todos las pisan, todos las desprecian desde que ya no sirven para su destino:

Dispersi sunt lapides sanctuarii in capite omnium platearum. ¡Oh, y cuánto significa esta alegórica expresion!

El evangelio es del cap. 5 de san Mateo.

In illo tempore, videns Jesus turbas, ascendit in montem, et cùm sedisset, accesserunt ad eum discipuli ejus, et aperiens os suum, docebat eos, dicens: Beati pauperes spiritu: quoniam ipsorum est regnum cœlorum. Beati mites: quoniam ipsi possidebunt terram. Beati qui lugent: quoniam ipsi consolabuntur. Beati qui esuriunt et sitiunt justitiam: quoniam ipsi saturabuntur. Beati misericordes: quoniam ipsi misericordiam consequentur. Beati mundo corde: quoniam ipsi Deum videbunt. Beati pacifici: quoniam filii Dei vocabuntur. Beati qui persecutionem patiuntur propter justitiam: quoniam ipsorum est regnum cœlorum. Beati estis cùm maledixerint vobis, et persecuti vos fuerint, et dixerint omne malum adversùm vos mentientes, propter me: gaudete, et exultate, quoniam merces vestra copiosa est in cœlis.

En aquel tiempo viendo Jesus las turbas, subió á un monte; y habiéndose sentado, se llegaron á él sus discípulos. Y abriendo su boca, los enseñaba, diciendo: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos conseguirán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios. Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los que padecen persecucion por amor de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados vosotros cuando os maldijeren, y os persiguieren, y dijeren contra vosotros falsamente todo género de mal por causa mia: alegraos y regocijaos, porque vuestro premio es grande en los cielos.

MEDITACION.

DE LAS ADVERSIDADES Á QUE ESTÁN EXPUESTOS LOS BUENOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que es gran sinrazon quejarse de la Providencia, porque á los mas buenos, á los mayores siervos de Dios, á las almas mas inocentes las expone al fuego de las mayores persecuciones y de las mas sensibles adversidades, á las tentaciones mas violentas y mas enfadosas. Si se conociera lo que valen y lo que aprovechan esas borrascas, nada se temeria tanto en esta vida como la calma y la serenidad. Esas piedras que de todas partes nos arrojan, son, digámoslo así, piedras preciosas, cuyos menores fragmentos se debieran recoger con el mayor cuidado. El fuego purifica el oro; y si el oro tuviera razon y conocimiento, no se quejaria de que le metiesen en medio de las llamas. La Escritura dice que aquellos tres niños tan fieles á Dios, no solo no los tocó de manera alguna el fuego, pero ni aun los contristó: *Non tetigit eos omninò ignis, nec contristavit eos.* Gran milagro; pero no es menor el que los justos nos ponen á la vista en la adversidad. Desengañémonos; no hay otro camino mas seguro para salvar al pecador, ni para santificar al justo; es menester curar aquel mal cristiano del amor que tiene al mundo; al otro imperfecto y tibio es menester curarle del amor que se tiene á sí mismo. Para poner al primero en el camino del cielo, y al segundo en el de la perfeccion, es necesaria la adversidad; ella sola puede obrar estas dos maravillas; todos los demás medios los hace inútiles el amor á los placeres, ó la aplicacion á los negocios. No habla Dios por lo comun ni en las diver-

siones, ni en medio de una risueña prosperidad; no habla en los concursos mundanos; y si habla, no se le oye. Los negocios no dan lugar para reflexionar sobre la salvacion; la vanidad y los sucesos prósperos embriagan y quitan el conocimiento. Es menester que una fuerte tempestad nos obligue á tomar puerto, y recurrir al retiro. Aquella mujer está como embriagada de su felicidad y de su hermosura; conviénele una desgracia que le haga abrir los ojos; para salvarla es muy importante que un accidente ó una enfermedad la desfiguren. Una salud robusta, un puesto elevado, el favor del príncipe, todo lisonjea, todo encanta, todo aturde. Por mas que grite la conciencia, no es oida. Bien es que una enfermedad te acerque á la sepultura; que la pérdida de un pleito excite aquellos piadosos movimientos que estaban casi apagados; que una desgracia derrame en aquella alma hiel y disgusto á las cosas del mundo. ¡Ah, y qué poco se conoce lo que valen las adversidades!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que todos tenemos alguna cosilla que nos impide dedicarnos á Dios enteramente. Ese algo que se cercena del sacrificio, es nada, dice santa Teresa; pero esa nada sirve de obstáculo á grandes cosas. Pudieras tú mismo curarte con el auxilio de la gracia; pero no tienes valor, y acaso no sabes tampoco en qué consiste tu mal; es menester que cuando menos lo pienses venga el cirujano, y te meta la lanceta muy adentro de la carne viva, porque la apostema está hinchada, y sin eso siempre vivirias enfermo, y te irias consumiendo. ¿No es así que, aun despues que te dedicaste á Dios, no te has podido resolver á dejar el juego, á cortar aquella amistad, que á la verdad no es ilícita, pero te tiene repartido el corazon; á vencer el amor de la vanagloria y de los

aplausos, á superar esa oculta emulacion que te mantiene en cierta indiferencia, si ya no pasa á frialdad; á reprimir esos modales altaneros, y aun acaso duros, con que tratas á tus dependientes y aun á tus iguales? Bien conoces el daño que esto te hace; pero te espanta solo el pensamiento de ponerte en cura; porque el mal está tan cerca del corazon, que para desarraigarle es necesaria una operacion violenta y dolorosa. El confesor tambien conoce el achaque; pero disimula, y te lisonjea, ó no tiene habilidad para curarte de él. Si Dios te ama con alguna particularidad, es menester que por sí mismo emprenda esta cura; es menester que permita un sonrojo, un desconcierto en tus negocios, la muerte de algun pariente, de algun amigo, de algun protector, un revés de la fortuna, un pleito, un naufragio. Mientras viva aquella persona, ocupará tu corazon, fomentará tu ambicion, servirá de estorbo á tu perfeccion y á la salvacion de tu alma. Es amarga la adversidad, pero al fin ella te cura. Aquel poderoso rodeado de tentaciones, de lisonjeros, de honores, de diversiones y de cargos ha menester un contratiempo para volver sobre sí. Confesemos que es grande misericordia de Dios, cuando pudiera castigar al alma que pecó, contentarse con herir al cuerpo, cuyas llagas pueden ser tan provechosas. Esto es lo mismo que conmutar la pena de muerte en una lijera multa. Pudiera muy bien Dios abrirnos otro camino para el paraiso: es verdad; pero si no lo hizo, ¿pensarás que fué sin razon, y solo por el gusto de verte padecer, y de hacerte miserable? ¿Qué concepto haríamos de un Dios tan bueno, si pensáramos esto de él? Ese Dios tan bueno y tan misericordioso juzgó que esto te convenia, y que algun dia le darias muchas gracias por haberse portado de esa manera contigo. Siendo esto asi, ¿porqué te entristeces de una cosa de que temas

de alegrar eternamente? ¿Porqué te quejas de aquello por que eternamente has de estar dando gracias al Señor?

Conozco mi error, ¡ó Dios de toda bondad! y me confunde la ceguedad que he padecido hasta aquí: vos sois el mejor de todos los padres; y pues juzgais que las adversidades me son tan necesarias, de hoy en adelante las recibiré como señales de vuestro amor.

JACULATORIAS.

Virga tua, et baculus tuus, ipsa me consolata sunt. Salm. 22.

Señor, los golpes que descargáreis sobre mí, lejos de afligirme, serán de hoy en adelante todo mi consuelo.

Bonum mihi quia humiliasti me, ut discam justificationes tuas. Salm. 118.

Tengo por dicha, Señor, que me hayais afligido para enseñarme á guardar vuestra santa ley.

PROPOSITOS.

1. En la adversidad se aviva y se fortalece la virtud, cuando en la prosperidad se disipa y se relaja. Es de admirar que sea tan difícil persuadirse que puede uno ser feliz en los contratiempos, cuando se han visto tantos desgraciados en medio de las mayores prosperidades. Si hay males invisibles, no es imposible que haya tambien consuelos que no se ven. Rara vez se ve un hombre feliz, y que esté plenamente contento en medio de la prosperidad; por el contrario, no se ha visto santo que no padeciese mil trabajos en esta vida, y ninguno que no se tuviese por muy dichoso en medio de los mayores. Dejemos obrar á la divina Providencia; mas cuidado tiene de nuestros intereses, que nosotros mismos. Bien sabe Dios lo

que nos conviene. Nunca se consideró José mas desgraciado, que cuando se vió vendido por sus mismos hermanos; y sin embargo, de esta imaginada desgracia pendia toda su dicha y la de toda su nacion. Deja, pues, ya de mirar con malos ojos las adversidades de esta vida: convéncete de que te son provechosas, y aun necesarias; recíbelas con accion de gracias, pues con efecto son otros tantos beneficios.

2. Ya se dijo en otra parte que es una costumbre muy agradable á los ojos de Dios, y muy provechosa para el hombre hacer al Señor alguna breve oracion en accion de gracias siempre que nos sucede alguna contradiccion ó algun contratiempo: ahora propondré otra que no es menos meritoria delante de Dios; esta es, durante el tiempo de la adversidad hacer todos los dias alguna oracion particular, dándole gracias por la merced que te hace en tratarte como á los mas queridos suyos, llevándote por el camino mas derecho y mas seguro para hacerte santo. Guárdate bien de que se te escape ni una sola palabra que huela á queja ó sentimiento; y si alguno, con cierta falsa amistad, muestra compadecerse de tu suerte, rectifícale aquella falsa compasion, dándole á entender que tu suerte no es desgraciada, y que lo seria mucho mas, si en todo fueses feliz; dile que Salomon con toda su sabiduría no se pudo conservar inocente en medio de una larga prosperidad; dile que el mismo David, aquel hombre segun el corazon de Dios, que fué tan fiel mientras duró la persecucion, cayó en pecado luego que se vió en paz y sobrado de todo; dile aquellas bellas palabras: *Beatus homo qui corripitur à Deo*: bienaventurado aquel á quien Dios castiga como padre: di muchas veces con Job: *Hæc mihi consolatio, ut affligens me dolore, non parcat*: mi mayor consuelo será que Dios no me perdone en este mundo cuando me aflige con adversidades;



S. IGNACIO DE LOYOLA, F.

acuérdate que estas son necesarias aun á los mismos buenos para preservarlos de la corrupcion, como la sal que consume y conserva; esta es señal de que te ama, y que quiere ser amado de tí.

DIA TREINTA Y UNO.

SAN IGNACIO, CONFESOR,

FUNDADOR DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

Al mismo tiempo que el apóstata Lutero desolaba la Iglesia en Alemania; que Enrique VIII, declarándose cismático, la destruia en Inglaterra; que Calvino, aquel imaginario reformador, le hacia una sangrienta guerra en Francia, la divina Providencia, siempre atenta á sus necesidades, formaba en España un héroe cristiano, escogido, como se explica Urbano VIII (1), para contener las funestas conquistas de los enemigos de Dios, nacido para la reformacion de las costumbres en todos los estados, y destinado para llevar la fe de Jesucristo hasta aquellos paises donde jamás habian penetrado los apóstoles.

Este gran santo, gloria de su nacion y ornamento de su siglo, nació el año de 1491, en aquella parte de la Cantabria española que hoy tiene el nombre de Guipúzcoa. Su padre don Beltran, Señor de Oñez y de Loyola, ocupaba uno de los primeros lugares entre la nobleza del pais, como primogénito y cabeza de una de las casas mas antiguas; y su madre Marina Saez de Balda no era de menos ilustre nacimiento.

Aunque Ignacio era el menor de los ocho hijos y tres hijas, nació adornado de tan bellas prendas, que

(1) Bull. Canon.

muy presto fué las delicias de toda la familia. Era bien dispuesto; un aire noble y naturalmente agraciado, un genio elevado, y sobre todo, una ardiente pasion por la gloria prevenian los ánimos en su favor. Aunque un poco altivo, era atento y cortesano, notándose en él desde sus primeros años una discrecion, que nada olia á las inocentes inconsideraciones de la niñez. Juzgando su padre que era nacido para la corte, se dió priesa á enviarle á ella; y le hizo paje del rey católico. Luego ganó Ignacio la gracia de Fernando; pero su inclinacion á las armas le disgustó presto de la ociosidad de palacio. Señalábanse ya sus hermanos en el ejército de Nápoles, y él se quiso distinguir en el de Cantabria. Logrólo en la toma de Nájera, y en todas las funciones dió pruebas de grand valor.

No dió tantas de virtud y de cristiandad. Estaba su cabeza llena de vanidad, y preocupada de especies de galantería, siguiendo en todas sus acciones el espíritu y las máximas del mundo, cuando el Señor se dignó en fin abrir los ojos á aquel vaso de eleccion, despues de haberle, digámoslo así, echado por tierra. Sitiaba el ejército francés el castillo de Pamplona, y el virey don Antonio Manrique dejó por comandante á don Ignacio mientras él salió á solicitar el socorro. Sostuvo él solo muchos asaltos; y asombrados los sitiadores de la intrepidez del jóven español, convirtieron todas sus fuerzas contra el puesto que defendia, y fueron tambien repelidos luego que Ignácio se dejó ver en la brecha con espada en mano; pero en el calor del combate una bala de artillería rompia una pierna al valeroso comandante, con cuyo accidente perdieron el ánimo los sitiados, y se rindieron. Trataron los franceses á Ignacio con toda la estimacion que merecia su valor y su nacimiento; y despues de haberle cuidado, y aplicados los primeros medica-

mentos á las heridas, le llevaron á su casa de Loyola, distante algunas leguas de Pamplona. Sobrevínole calentura, y estuvo tan de peligro, que recibió los sacramentos, y le daban pocas horas de vida; pero habiéndose quedado dormido, se le apareció en sueños san Pedro, que le tocó con la mano y le curó. El suceso acreditó la verdad del sueño; pero ni aun con este milagro se convirtió Ignacio. Viéndose obligado á guardar todavía el cuarto y la cama por algunos dias, pidió un libro de novelas, ó alguna historia de caballerías para divertirse. Por dicha suya no se halló otro en toda la casa, que la vida de Cristo y las vidas de los santos. Leyólas Ignacio; sintióse movido, y haciendo las naturales reflexiones que le ofrecia el cotejo de aquellas vidas con la suya, quedó convertido.

Los primeros pasos que dió en el camino de la penitencia asombraron á los mas fervorosos. Vieron á aquel hombre cortesano, que solo por conservar el aire y la bizarría de cuerpo habia tolerado las mas dolorosas incisiones, ceñirse la cintura con una cadena de hierro, no usar otro vestido que un saco y un cilicio, afectar rusticidad y grosería para encubrir el aire noble y grande que mostraba su semblante; viéronle mendigar un bocado de pan de puerta en puerta; servir á los enfermos en los hospitales; sufrir sin quejarse las burlas y los ultrajes de los disolutos, ayunar todos los dias á pan y agua; pasar en oracion la mayor parte de la noche; castigar rigurosamente su cuerpo tres veces al dia, y como agotar en sí toda la severidad de la mas austera penitencia. Pero no careció de consuelo su penitente fervor; aparecióscle la santísima Vírgen una noche con el niño Jesus en los brazos, cercada de resplandor; la celestial dulzura que acompañó á esta vision purificó su corazon, y le abrasó tanto en el fuego del divino amor, que se

le oia exclamar continuamente : *Señor, no os pido otra gracia que amaros, ni otra recompensa que amaros mas.*

Por su tierna devocion á la soberana reina emprendió luego la peregrinacion à Monserrate, monasterio famoso por el concurso de peregrinos que de todas las partes del mundo acuden á implorar la proteccion y á venerar la milagrosa imágen de la Vírgen. Habia en aquel monasterio un monje de eminente santidad; hizo Ignacio con él una confesion general, y la hizo con tanto dolor de sus pecados, que el confesor temió espirase á sus piés el penitente, y le costó mucho trabajo enjugarle las lágrimas. Pasó toda la noche en la iglesia postrado ante la imágen de la Madre de Dios; colgó la espada de un pilar inmediato al altar; dió sus ricos vestidos á un mendigo; echóse á cuestas un saco, y se puso en camino con el bordon en la mano, la calabaza al lado, la cabeza descubierta, los piés descalzos, cargado solo con los instrumentos de penitencia.

Con este pobre equipaje llegó á Manresa el nuevo peregrino. Fué recibido en el hospital; pero su asqueroso semblante, su barba larga, las uñas que de propósito habia dejado crecer para causar horror, le hicieron tedioso y ridículo á cuantos le veian. Sirvióse el demonio de tan extraña mudanza de vida para tentar al santo. Los desprecios á que estaba expuesto, el mal olor del hospital, y el verse confundido entre una caterva de mendigos, le comenzó á dar en rostro, y se le excitaron varios pensamientos de que igualmente se podria salvar en la corte y en el ejército, que en aquella asquerosa vida; pero duró poco ia ilusion: conoció Ignacio toda su malignidad; y para vencerla con resolucion, se hizo criado de los mismos enfermos, asistiendo con mayor frecuencia á los enfermos que le daban mas asco, y dedicándose á los mas

bajos oficios. Rompieron en fin los rayos de su virtud por entre las nubes de aquellos abatimientos; comenzáronle á respetar y á descubrir no sé qué especie de grandeza en aquellas exterioridades viles y despreciables. Sobresaltóse Ignacio luego que llegó á entenderlo, y sin dilatarlo un punto se salió del hospital, y se fué á encerrar en una horrorosa cueva á quinientos ó seiscientos pasos de Manresa.

Parecióle que en aquella profunda caverna se podria abandonar enteramente á su fervor, y no poner límites á su penitencia. Cuatro ó cinco veces al dia despedazaba su cuerpo con una cadena de hierro armada de agudas puntas: pasaba semanas enteras casi sin alimento, debiendo solo á unas antiguas raíces el no morirse de hambre: excesos que muchas veces le pusieron en peligro de la vida. En una ocasion le hallaron desmayado á la entrada de la gruta; lleváronle al hospital, donde otra vez le asaltaron los antiguos pensamientos de mudar aquel género de vida. A estas tentaciones se siguieron otras; fatigábanle los escrúpulos; mostrábase el cielo de bronce; y apoderada de su alma una profunda melancolía, se le hacia la vida insoportable. Durante aquella terrible desolacion, resolvió Ignacio pasar sin alimento todo el tiempo de la prueba. Con efecto, estuvo siete dias sin comer ni beber; y hubiera llevado adelante estos excesos, si su confesor no le hubiera ido á la mano, y Dios premió en el mismo instante su rendimiento. Serenóse el cielo, y sucedió la calma á tan deshecha tormenta. Colmó Dios aquella generosa alma de los mas dulces consuelos; de manera que despues todo fué visiones, éxtasis y raptos. En aquellas íntimas comunicaciones con Dios recibió soberanas luces acerca del misterio de la Trinidad. Lo que escribió de este misterio, y se perdió, era en estilo de los profetas. Tambien fué en este tiempo cuando, iluminado

con las mismas luces sobrenaturales, y penetrado de las grandes verdades de la religion, compuso el admirable libro de los ejercicios espirituales, aprobado por tantos sumos pontífices, y tan apreciado de todos los buenos, en el cual este hombre inspirado de Dios, redujo como á arte la conversion del pecador, y la práctica de la perfeccion cristiana.

Vínole deseo de visitar los lugares santos de Jerusalen, y se embarcó en Barcelona para la Tierra Santa. Llegó á ella despues de muchos trabajos. Era su intencion detenerse en Palestina para trabajar en la conversion de los mahometanos; pero despues que cumplió con su devocion en Jerusalen, se vió precisado á restituirse á Europa. Conociendo que para dedicarse á la conversion de las almas era menester adquirir la doctrina que le faltaba, y convencido de que no podia contentar su zelo sin el auxilio de las letras humanas, determinó volverse á España y aplicarse al estudio. Diéronle en Venecia una buena limosna; llegó á Ferrara, y toda la repartió entre los pobres, mendigando despues de puerta en puerta. Luego que entró en la Lombardía, le prendieron los españoles, sospechando que era espía, y despojándole del vestido, le llevaron en camisa delante del capitan. Una sola palabra hubiera sido bastante para librarle del peligro; pero calló por el deseo de padecer. Tuviéronle por tonto; cargáronle de injurias y de palos, y le dejaron proseguir su camino bien harto de oprobios. No le trataron tan mal los franceses; pero no se puede explicar lo mucho que tuvo que padecer hasta que llegó á Barcelona. En aquella ciudad comenzó á estudiar la gramática, siendo de edad de treinta y tres años, y fué su maestro Jerónimo de Arbedal, público preceptor de latinidad en ella. El ejercicio era de mucha humillacion; pero venció su repugnancia por el deseo de aprovechar al prójimo.

Iba muchas veces á la clase incorporado con los niños; y para que el estudio no entibiase la devocion, dobló las penitencias.

Creciendo cada dia en su corazon el zelo de la salvacion de las almas, advirtió que retraia á todos aquel su exterior austero y nada grato. Dejó el saco y la cadena de hierro, con parecer de su director, contentándose con traer un cilicio debajo de una pobre sotana. Ya sus ejemplos habian movido á muchos; pero sus conversaciones convirtieron á muchos mas. Hizo mucho ruido la reforma del convento de los Angeles, cuyas monjas no vivian con la mayor edificacion. Esto le granjeó el odio de los seglares que contribuian al mal ejemplo; moliéronle á palos á él y al capellan del convento; este murió de los golpes, y el santo estuvo tan á los últimos, que salvó la vida por milagro.

Dejó á Barcelona para ir á estudiar filosofía en Alcalá, donde su zelo no fué menos eficaz, ni menos ejercitado. Mereciόle grande reputacion la conversion de cierta persona de la primera distincion, que era lazo de la juventud; pero siguiéndose á esta la de muchos jóvenes de aquella universidad, esto mismo le ocasionó una nueva persecucion en España. Acusáronle de hechicería y de herejía; fué delatado á la Inquisicion; triunfó su inocencia en aquel tribunal, y no solo fué aprobado, sino aplaudido su zelo; pero conociendo así los inquisidores, como el vicario de Alcalá, cuánto importaba á la Iglesia la vida de aquel siervo de Dios, moderaron sus rigores, prohibiéronle que anduviese con los piés descalzos, y le mandaron vestir una sotana negra. Por la indiscreta devocion de dos señoras de calidad, que contra el parecer del santo emprendieron cierta peregrinacion, se vió en precision de ir á continuar sus estudios en la universidad de Salamanca. Siendo su zelo tan eficaz y tan

puro, no podia dejar de ser perseguido en todas partes. Prendiéronle en su convento los religiosos de cierta esclarecida familia, pareciéndoles que no se debia permitir hablar en público á un hombre sin carácter, y que no era graduado; dieron parte al provisor, y este, abusando de su autoridad, le puso en la cárcel pública, le cargó de cadenas, y le trató como á hereje. Tomáronle jurídica confesion, y no dió otra respuesta que presentar á los jueces su libro de ejercicios. Fué examinado el libro escrupulosamente; y hallándole lleno del espíritu de Dios, fué aplaudida la inocencia y la virtud de nuestro santo. Diéronle libertad en virtud de sentencia judicial, la cual á un mismo tiempo era su mejor apología, y le exhortaba á continuar sus obras de caridad y los ejercicios de su zelo. Quisieron detenerle en Salamanca; pero la Providencia, que tenia sus designios, le destinaba á mayor teatro. Dejó Ignacio aquella universidad para ir á pasar sus estudios en la de París, que á la sazon era la mas célebre de Europa. Habia ocurrido tiempo antes un suceso harto funesto, que confirmó el concepto general de su eminente virtud. Un caballero de distincion vió un dia pasar al santo, y mostrándole con el dedo, dijo: *Quemado muera yo, si este no merece ser quemado.* Subió el mismo dia al terrado de su casa para sacar unas pequeñas piezas de artillería que se habian de disparar con motivo de cierto regocijo; cayó una chispa en un monton de pólvora de cañon, y envuelto en las llamas quedó abrasado vivo.

Llegó Ignacio á París á los principios de febrero del año de 1528; y luego acudió al colegio de Monteagudo para volver á repasar la gramática entre los niños. Entregó en confianza á un compañero suyo de posada el dinero que de limosna habia recogido en España para mantenerse; escapósele con él, y se vió

precisado á pedirla en París. No teniendo otro recurso, se recogió en el hospital, donde no le daban mas que el simple cubierto, y mendigaba de puerta en puerta la comida. Tuvo noticia de que el infiel compañero que le habia robado, estaba enfermo en Ruan; voló al punto á socorrerle; abrazóle, consolóle, sirvióle, y le buscó limosnas para que pudiese continuar su camino. Acabada la gramática en el colegio de Monteagudo, pasó á estudiar filosofía en el de Santa Bárbara. Excitóle otra nueva tempestad la devocion que inspiraba á los jóvenes estudiantes. Habiéndose hecho religiosos algunos compañeros suyos, le acusaron de que pretendia dejar desierto el colegio. Irritáronse tanto el rector y los regentes, que pensaron darle *una sala* (así se llamaba en la Sorbona el castigo de azotes públicos, y en rueda, que se daban con unos mimbres en las espaldas á los profesores que habian cometido graves delitos). Era muy del gusto de Ignacio una humillacion de tanto desdoro; pero su confesor le obligó á justificarse. Hízolo así, y quedaron todos tan convencidos de su recta intencion, que el rector del colegio dió público testimonio de su virtud en el mismo lugar donde se habia de hacer la ejecucion.

En vista de tan solemne satisfaccion abrieron todos los ojos, y con ella les ganó los corazones. Hízose famoso en la universidad el nombre de Ignacio. El rector que habia levantado la tormenta quiso reparar la injuria; y encargándose muy particularmente de los estudios de Ignacio, le señaló por pasante para repartir con él las lecciones á un mozo saboyano, pobre á la verdad, pero muy hábil, que vivia en un cuarto del mismo colegio con Francisco Javier, caballerito del reino de Navarra. Adelantó tanto Ignacio con este medio, que recibió el título de maestro en artes, y acabó despues con mucha honra su curso de teología.

Este fué el tiempo en que Dios le dió á entender distintamente que le tenia escogido para fundar una compañía de hombres apostólicos, que, atendiendo únicamente á la mayor gloria de Dios, se empleasen en la salvacion del prójimo, y en hacer eterna guerra á los enemigos de Jesucristo y de su Iglesia. El primero en quien el santo puso los ojos para tan elevado intento fué su pasante Fabro. Un poco mas le costó la conquista de Javier. Era de grande ingenio y de ilustre nacimiento; enseñaba la filosofía con mucho aplauso; y ambicioso de gloria, á nada menos aspiraba que á las primeras dignidades de la Iglesia. Ganóle Ignacio para Dios, y en poco tiempo fué Javier ornamento de la nueva compañía, y uno de los mayores santos de la Iglesia.

Presto se le agregaron á estos dos compañeros otros cuatro, todos de singular merito: Diego Laynez, natural de Almazan; Alfonso Salmeron, de cerca de Toledo; Nicolás Alfonso Bobadilla, nombre que tiene tambien el lugar de su nacimiento; y Simon Rodriguez, caballero portugués. Juntólos un dia Ignacio, y les declaró su ánimo de dedicarse á trabajar en la salvacion de las almas; respondiéronle prontamente que todos tenian la misma intencion, y escogieron el dia de la Asuncion de la Vírgen para obligarse con expreso voto á tan piadosa empresa. Este dia en el año de 1534 los condujo á todos Ignacio á la iglesia de *Monmartre*, monte de los mártires, donde celebró la misa Pedro Fabro, ordenado poco antes de sacerdote, y á todos les dió por su mano la comunion en la capilla subterránea. Concluida la misa, todos siete juntos, en voz alta, clara y distinta hicieron voto de renunciar todos los bienes, y de emprender al tiempo señalado el viaje de Jerusalen para trabajar en la conversion de los infieles; y en caso de que no tuviese efecto este viaje, de irse todos á echar á los piés del

papa, y ofrecerle sus personas, para ir bajo sus órdenes á cualquiera parte donde los enviase. Sin duda fué alto designio de la divina Providencia, que el nuevo patriarca, entre tantos santuarios como hay en las cercanías de París, hubiese escogido el monte de los mártires para echar los primeros cimientos de la religion. Inspiróle el cielo este pensamiento para darle á entender que una compañía, que con el tiempo habia de derramar tanta sangre por amor de Jesucristo, siendo tambien perseguida de todos los modos con que lo fué su santa Iglesia, debia nacer sobre el sepulcro de los mártires, y bajo los auspicios de la Madre de Dios, á cuyo culto está singularmente dedicada.

No estuvo ocioso el zelo de Ignacio mientras sus compañeros se disponian á partir. Supo que vivia mal un conocido suyo, y no adelantando nada con sus exhortaciones, se informó del sitio por donde habia de pasar para ir á la casa de la que causaba su perdicion. Esperóle cerca de un estanque casi helado por el rigor del frio, y cuando advirtió que pasaba, se arrojó intrépidamente en él con el agua hasta el cuello, gritándole que allí permaneceria sufriendo aquel frio riguroso, hasta que se apagase en su pecho el fuego de la pasion, y aplacase la cólera del cielo. Atónito aquel hombre perdido, en vista de tan portentosa caridad, volvió atrás, y solo pensó en hacer penitencia de sus culpas. No hubo industria de que no se valiese para convertir los pecadores. Noticioso de la vida que traia cierto escandaloso sacerdote, se echó á sus pies, y se confesó con él de sus culpas pasadas; comunicóse al corazon del confesor la sensible contricion del penitente, y movido de aquel ejemplo, detestó sus pecados y mudó de vida.

Obligado á dar una vuelta á España, entró en Guipúzcoa sin otro equipaje que el de un verdadero

discípulo de Cristo, hospedándose en el hospital, y viviendo de limosna. No pudo conseguir de él su hermano don García, que pasase por algunos dias á Loyola. Con la vista de aquellos lugares en que habia tenido una vida mundana, se le excitó el pensamiento de renovar sus antiguas penitencias. Volvió á tomar un áspero cilicio, ciñióse una gruesa cadena de hierro, y trató su cuerpo con tanto mayor rigor, cuanto eran mayores las fuerzas con que se sentia recobrada ya su salud.

Mientras Ignacio estaba edificando á sus paisanos con su santa vida, y reformaba las costumbres en todos los estados, aumentaba el cielo con nuevos sugetos su recien nacida compañía. Claudio Jayo, saboyano, Juan Codur, del Delfinado, y Pascual Brouet, de Picardía, hicieron en el monte de los mártires el mismo voto que los otros siete. Con esta gustosa noticia aceleró su partida; encaminóse á Venecia, venciendo felizmente mil peligros, y luego que llegó á aquella ciudad, se conoció que habia entrado en ella un nuevo apóstol. Como á todas partes le seguia la reformacion de las costumbres, en todas le suscitaba el infierno nuevas tempestades. Acusáronle de que era un hereje disfrazado; pero esta tormenta se disipó presto sin otra diligencia que presentar su libro de ejercicios.

Habiendo llegado á Venecia sus nueve compañeros, se tomaron las medidas para el viaje de la Tierra Santa. Ante todas cosas quiso san Ignacio que fuesen á pedir la bendicion de su Santidad, y á declararle sus intentos. Paulo III, que ya estaba informado así de su modo de vivir como de su capacidad, los recibió con amor paternal; y sabiendo que los mas no eran sacerdotes, les dió licencia para que los pudiese ordenar cualquiera obispo que ellos escogiesen, y tambien para el viaje de la Tierra Santa, aunque les

insinuó la dificultad de poder hacerle. Vueltos á Venecia, todos hicieron voto de pobreza y de perpetua castidad en manos del nuncio monseñor Veralli. Ordenado san Ignacio de sacerdote con sus compañeros, se dispusieron todos con sus ejercicios de cuarenta dias para celebrar la primera misa.

Es fácil discurrir cuál seria la devocion de nuestro santo durante el divino sacrificio; arrojaba fuego su semblante, saliéndole al rostro el incendio que abrasaba su corazon; las dulces lágrimas que derramaba las hacian derramar á todos los asistentes; todos creian ver en el altar un serafin viendo al nuevo sacerdote.

Impedido el viaje de la Tierra Santa por la guerra que los venecianos acababan de declarar al Turco, para cumplir la segunda parte del voto, partieron todos á Roma para ofrecerse á la disposicion del sumo pontífice; determinaron que se adelantase san Ignacio, acompañado de Fabro y de Laynez; pero antes de separarse quedaron de acuerdo en observar cierto uniforme género de vida. Las reglas que se obligaron á seguir fueron las siguientes:

Primera: Que siempre se hospedarian en los hospitales, y solo vivirian de limosna. Segunda: Que enseñarian la doctrina á los niños, y no recibirian dinero por las funciones de su ministerio. Tercera: Y por cuanto muchas veces les preguntaban quiénes eran, díjoles san Ignacio que, habiéndose juntado para declarar la guerra á los herejes y á la disolucion de las costumbres bajo la bandera de Jesucristo, no convenia á su compañía otro nombre que *el de la Compañía de Jesus.* Desde que nuestro santo se retiró á la cueva de Manresa, tuvo siempre este nombre en su corazon, y se confirmó mucho mas en retenerle con la vision que tuvo en el camino de Sena á Roma; porque, retirándose á hacer oracion en un edificio

antiguo y arruinado, se le apareció Jesucristo con una cruz á cuestas, y le dijo: *Yo os seré propicio en Roma*. Llegó á aquella ciudad con Fabro y Laynez hácia el fin del año de 1537. Aceptó con gusto el papa Paulo III su voluntaria oferta; quiso que Laynez y Fabro enseñasen en el colegio de la Sapiencia, el primero teología escolástica y el segundo la sagrada Escritura, mientras Ignacio, bajo su pontificia autoridad, trabajaba en la reformacion de las costumbres por medio de los ejercicios. No dudando ya el santo ser la voluntad de Dios que su compañía se erigiese en religion, llamó á Roma á todos sus compañeros; dispuso el plan del instituto, en el cual á los tres votos comunes á todos los religiosos, añadió el cuarto, de ir á cualquiera parte adonde los enviase el sumo pontífice para trabajar en la salvacion de las almas, sin otro viático que la caridad de los fieles. Reconoció Paulo III visiblemente el dedo de Dios en el nuevo instituto; alabóle, aprobóle y confirmóle bajo el nombre de *Compañía de Jesus* por su bula *Regimine militantis Ecclesiæ*, dada á 27 de setiembre de 1540.

Apenas habia nacido esta Compañía cuando pretendió ahogarla cierto hereje en hábito religioso, acusando á Ignacio ante el gobernador de Roma de hereje y de hechicero, y que como tal habia sido quemado en estatua en Alcalá, Paris y Venecia. No asustó á nuestro santo esta calumnia, y mas habiendo ya pronosticado que la Compañía tendria la dicha de ser perseguida mientras hubiese en el mundo enemigos de Jesucristo. Fué castigado el calumniador, quedando Ignacio plenamente justificado y mas admirada que nunca su virtud. Mas tuvo que padecer su humildad en la violencia que le hicieron, cuando, á pesar de sus razones, de sus ruegos y de sus lágrimas, por unánime consentimiento de todos fué elegido general de la Compañía, cuyo fundador y padre era.

Despues de tan digna eleccion, todos los padres juntos visitaron las siete iglesias de Roma : se pararon en la de San Pablo, donde el nuevo general celebró el santo sacrificio de la misa, dió la comunion á todos sus hijos, y recibió su profesion despues de haber hecho el santo la suya en manos del papa.

Conocióse luego que era obra del Señor la nueva Compañía de Jesus, no solo por los grandes servicios que aquellos nuevos apóstoles hicieron á toda la Italia en muchas calamidades públicas, y por la reformacion general de las costumbres, sino tambien por los maravillosos efectos de su zelo, que en menos de dos años se hizo admirar en todas las partes del mundo. Apenas fué aprobada y confirmada por la silla apostólica la Compañía de Jesus, cuando Ignacio tuvo el consuelo de que casi todas las ciudades de Italia, de España, de Portugal, de Sicilia, de Alemania y de los Paises-Bajos le pidieron obreros formados de su mano, sabiendo al mismo tiempo que el zelo apostólico de sus hijos triunfaba en todas partes de los enemigos de la salvacion y de la Iglesia. Pareciendo estrecho campo la Europa á aquellos héroes cristianos, en breve tiempo la Asia, la Africa y la América fueron glorioso teatro de sus trabajos y de sus victorias.

Javier, apóstol del nuevo mundo, cada dia conquistaba nuevos reinos á Jesucristo. Simon Rodriguez habia introducido ya la devocion y el fervor en la corte de Portugal, y el rey habia fundado el primer colegio de la Compañía en la universidad de Coimbra para seminario de apóstoles del nuevo mundo. Alfonso Salmeron y Pascual Brouet estaban en Irlanda como nuncios del papa para mantener la fe católica entre aquellos pueblos á quienes el rey Enrique VIII procuraba pervertir con todo género de artificios. Claudio Jayo hacia que la Iglesia romana triunfase

en Alemania á pesar de todos los esfuerzos y de todas las maniobras de los luteranos. Laynez y Salmeron (llamados de Irlanda) fueron enviados al concilio de Trento como teólogos del pontífice; Jayo acudió tambien á él desde Alemania por teólogo del obispo de Ausbourg; Fabro fué igualmente enviado al mismo concilio como uno de los hombres mas sabios de su siglo. Cismáticos, herejes y gentiles, todos se rendian á aquellos nuevos soldados de Jesucristo, animados del espíritu y del zelo de su padre Ignacio; y como si no hubiese sido bastante que sus hijos trabajasen con tanto fruto en la Europa y en el Asia, á instancias del rey de Portugal envió á los reinos de Fez y de Marruecos á los padres Nuñez y Gonzalez. En fin, bajo los auspicios del mismo monarca, llevaron los jesuitas la fe hasta la Etiopía Occidental en el reino de Congo y hasta la misma América Meridional.

Pero al mismo tiempo que Ignacio aprontaba tan excelentes obreros al padre de familias, nada negaba él mismo al ardor abrasado de su zelo. Fundó en Roma una casa para los judíos convertidos; y halló medio para fundar otra de refugio donde se recogiesen las mujeres de mala vida. Pero la caridad que ejercitaba con los extraños no le hizo olvidar de la que debia á sus propios hijos y á la Compañía. Compuso las constituciones y las reglas de su religion, en las cuales tantos sumos pontífices reconocieron visiblemente el espíritu de Dios y una consumada prudencia. Prohibió á Claudio Jayo, cuando estaba en Trento, que aceptase el obispado de Trieste, que el papa y Fernando, rey de los romanos, le querian dar, obligando despues á sus hijos á que hiciesen voto de renunciar las dignidades eclesiásticas.

Endulzaba el cielo los excesivos trabajos de nuestro santo, dándole el consuelo de ver que todas las naciones y los soberanos solicitaban ansiosos tener

hijos suyos en todas partes; y supo que el rey de Portugal habia fundado en Goa un colegio un año antes que hubiese colegio alguno en Europa; pero fué mayor su gozo cuando tuvo noticia de los felices sucesos con que la Compañía hacia la guerra á todos los herejes en Alemania, en Francia y en los Paises-Bajos, y sobre todo cuando vió al duque de Gandía, don Francisco de Borja, renunciar todos sus estados, y venir á echarse á sus piés para ser recibido en la Compañía.

En medio de tantos motivos de gozo y de consuelo, no se le templó el ansia que tenia de renunciar el generalato para entregarse á una vida oscura y particular; pero todas las tentativas que hizo, y todos los medios de que se valió, solo sirvieron para dar mayor realce á su eminente virtud, y para obligar á que los sumos pontífices Paulo III, Marcelo II y Paulo IV le mandasen que no volviese á hablar en la materia.

Serian menester muchos crecidos volúmenes para referir todas las maravillas de este hombre extraordinario. Hacia mucho tiempo que su salud, consumida con tantos trabajos y con sus continuas penitencias, se iba debilitando mas de dia en dia, cuando reconoció que se acercaba su última hora. No se advirtieron otras señales de su enfermedad, que la extraordinaria alegría y devocion que se le notó. Ni las ocupaciones exteriores, ni los negocios de mayor disipacion fueron nunca capaces de distraerle un momento de su íntima union con Dios. No hubo hombre mas interior, mas lleno de Dios, ni mas muerto á las criaturas y á sí mismo. Dotado de un sublime don de contemplacion, todas sus oraciones eran éxtasis; y se puede decir que toda su vida fué una contínua oracion. El volver los ojos al cielo, el ponerlos en una flor, en una estrella, era bastante para arrebatarle en éxtasis y en raptos, durante los cuales, inmoble é insensible,

se le oia exclamar trasportado de amor : *¡Qué asquerosa me parece la tierra cuando miro al cielo!* Levantaba hácia él frecuentemente los ojos; y tanto, que los que no sabian cómo se llamaba, no daban otras señas para distinguirle sino decir : *Aquel hombre que siempre está mirando al cielo, y siempre habla de Dios.* Cuando rezaba el oficio divino, eran tantas las lágrimas que derramaba, que se veia precisado á hacer pausas en cada versículo, y en el altar todo era suspiros y llanto á cada palabra. Su divisa era : AD MAJOREM DEI GLORIAM ; *á mayor gloria de Dios :* pero no se contentaba con glorificar á Dios como quiera, aspiraba á hacerlo del modo mas excelente y mas perfecto. Su ternura y su devocion á la santísima Vírgen correspondian á su grande amor del Señor; despues de Dios en ella ponia toda su confianza, y quiso que esta tierna devocion caracterizase en parte su Compañía.

No era posible mayor mortificacion ni mas profunda humildad. Arrebatado un dia en espíritu, elevado de la tierra y rodeado de un celestial resplandor, se le oyó exclamar : *¡O Dios infinitamente bueno, pues sufris un miserable pecador como yo!* Esta profunda y no menos ingeniosa humildad negó á nuestra noticia gran número de prodigios y de acciones heróicas, que, por confesion de los sumos pontífices y de todos los grandes hombres que le conocieron, constituyeron á Ignacio uno de los mayores santos de la Iglesia.

Como su enfermedad no era mas que una suma debilidad sin mucha calentura, así los médicos como sus hijos se engañaron; solo el santo no se engañó; pidió que le administrasen los santos sacramentos, los que recibió con extraordinario fervor. *Mi hora ya llegó*, dijo al padre Polanco, *id, y pedid al papa la bendicion para mi, y una indulgencia por mis pecados. Pues qué*, replicó Polanco, *¿es posible que os hemos*

de perder tan presto? Vuestra enfermedad ninguno cree que es de peligro; ¿no podré dilatar esa diligencia para mañana? Haced lo que os pareciere, respondió el santo, temiendo que, si insistia en la órden, se atribuyese á revelacion. Pasó toda la noche solo, ocupado en Dios y en un continuo éxtasis. Los que entraron á verle por la mañana le hallaron ya agonizando. Acudieron todos los padres, deshaciéndose en lágrimas, y pidiéndole su bendicion. Polanco fué con diligencia al palacio pontificio, y el papa le concedió con gran dolor y con no menor benignidad todo lo que le pedia; entre tanto, levantando Ignacio los ojos al cielo, y volviéndolos despues hácia sus hijos, los exhortó con voz desmayada y moribunda al constante amor de Dios, y á buscar en todo únicamente su mayor gloria; juntando despues las manos, volviendo á levantar los ojos al cielo, y pronunciando el nombre de Jesus y de María, espiró dulcemente una hora despues de salido el sol, en el dia último de julio del año 1556, á los sesenta y cinco de su edad, treinta y cinco despues de su conversion, y diez y seis de fundada la Compañía. Antes de su muerte tuvo el consuelo de verla extendida por todo el universo, y dividida en doce provincias, en las cuales se contaban por lo menos cien colegios. Tambien la vió coronada del martirio en la persona del padre Antonio Criminal y de los hermanos Pedro Correa y Juan de Sosa, que perdieron todos tres la vida por la fe á manos de los bárbaros.

La preciosa muerte del siervo de Dios hizo en los ánimos aquella impresion que hace siempre en los corazones la muerte de los santos. En toda la ciudad de Roma solo se oian estas palabras : *Murió el santo.* Enjugó presto las lágrimas de sus hijos la confianza de que tenian en el cielo un poderoso protector. Hallábase en Roma san Felipe Neri cuando murió

Ignacio, y habló de él despues de muerto como siempre habia hablado durante su vida. Decia que era un hombre todo lleno del espíritu de Dios; que muchas veces le habia visto con el rostro cubierto de resplandor; que de él habia aprendido á tener oracion, y que le debia mucho toda la cristiandad. Mientras se le hacia el oficio de difuntos, una señora, cuya hija habia cinco años que adolecia de lamparones, creyó que la enferma sanaria si pudiese tocar el cadáver del santo; pero como no fuese posible romper por el concurso, suplicó á un padre que aplicase á la parte lesa de su hija alguna cosa que hubiese usado el siervo de Dios. Hízolo el padre Vischaven, y en el mismo punto desaparecieron los lamparones sin dejar señal alguna. Asegúrase que en vida resucitó un muerto, y que hizo otros muchos milagros. Los que cada dia obraba Dios por su intercesion en todo el mundo y en su sepulcro, movieron al papa Paulo V, precediendo el proceso y demás jurídicas informaciones, á beatificarle el dia 3 de diciembre del año de 1609; y el papa Gregorio XV, á instancia del emperador, de los reyes de España, Francia, Polonia, Portugal y de casi todos los príncipes católicos de Europa, le canonizó solemnemente, juntamente con san Francisco Javier, san Felipe Neri, san Isidro labrador y santa Teresa, el dia 12 de marzo del año 1622. Trasladóse su cuerpo, y se colocó en el lado derecho del altar mayor el dia 19 de noviembre del año 1597, en la célebre iglesia de Jesus, que habia edificado el cardenal Alejandro Farnesio. La capilla que el padre Tirso Gonzalez, décimotercio general de la Compañía de Jésus, dedicó al santo fundador, está reputada por la mas rica y mas magnífica que hay en el mundo.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, san Ignacio, confesor, fundador de la Compañía de Jesus, ilustre por su santidad y milagros, y de admirable zelo por propagar en todas partes la fe católica.

En Cesarea, el martirio de san Fabio, quien, negándose á llevar las insignias de la guarnicion, fué desde lu go encarcelado algunos dias; luego, habiendo sufrido primero y segundo interrogatorio, y manteniéndose constante en la fe de Jesucristo, fué condenado por el juez á la pena de muerte.

En Milan, san Calïmer, obispo y mártir, que, prendido en la persecucion de Antonino, fué cubierto de heridas, traspasado en la garganta de una cuchillada, y precipitado en un pozo, donde consumó su martirio.

En Synnade en la Frigia Pacociana, san Democrito, san Segundo y san Dionisio, mártires.

En Siria, trescientos cincuenta monjes, mártires, que fueron sacrificados por los herejes en defensa del concilio de Calcedonia.

En Ravena, la muerte de san German, obispo de Auxerre, ilustre por su nacimiento, fe, doctrina y brillantes milagros, con cuyas prendas purgó enteramente la Inglaterra de los errores de los pelagianos.

En Tagaste en Africa, san Firmo, obispo, célebre por el honor de haber confesado la fe.

En Sena en Toscana, la fiesta de san Juan Colombini, fundador del órden de los Jesuates, ilustre en santidad y milagros.

En el Franco Condado, san Itiero, confesor.

En Tréveris, san Banton, confesor.

Este mismo dia, el natalicio de José de Arimatea.

En Puzol cerca de Nápoles, san Onésimo, confesor.

En Ravena, san Pedro el Mozo, obispo, quien regaló á su iglesia los santos Evangelios chapeados de oro y guarnecidos de pedrerías.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente.

Deus, qui ad majorem nominis tui gloriam propagandam, novo per beatum Ignatium subsidio militantem Ecclesiam roborasti; concede, ut ejus auxilio, et imitatione certantes in terris, coronari cum ipso mereamur in cœlis. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que enviaste á la Iglesia militante un nuevo socorro por medio del bienaventurado Ignacio, para propagar la mayor gloria de tu nombre; concédenos que, peleando nosotros á ejemplo suyo, y mediante su intercesion en la tierra, merezcamos ser coronados juntamente con él en el cielo. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 2 *y* 3 *de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo, y la misma que el dia* XXVII, *pág*. 635.

NOTA.

« Habiendo corrido san Pablo las ciudades de Asia, » pasó á Roma el año 65 de Cristo, y se ocupó con su » acostumbrado zelo en la conversion de los judios y » de los gentiles. Por haber convertido á una concu» bina de Neron le mandó prender el emperador, y » estando aun en la cárcel, escribió esta segunda epís» tola á su querido Timoteo para animarle á no temer » las prisiones, los tormentos ni la muerte misma. » El nombre de *elegidos*, por cuyo amor dice está » padeciendo en este lugar, se debe entender por to» dos los fieles. »

REFLEXIONES.

Todos los que quieren vivir piadosamente en Jesucristo, padecerán persecucion. ¿A cuál profeta no per-

siguieron vuestros padres? decia san Estéban. Luego la virtud y la religion en todos tiempos fueron perseguidas. Esta persecucion es tan antigua como el mundo. La malignidad del corazon humano no puede sufrir la inocencia. Su primera víctima fué Abel. Todo el delito de José fué haber sido mas amable y mas amado que sus hermanos. ¿Qué santo podrá estar á cubierto de la invidia, cuando no perdonó ni al mismo Jesucristo? Se puede decir que la persecucion es la herencia de los buenos; y es bien cierto que no siempre es la mas cruel la que viene por parte de los impíos. La mas sensible es la que excitan aquellos mismos que hacen profesion de virtud, y debieran ser sus mayores defensores. Si una persona religiosa, vencida de la indispensable obligacion que tiene de aspirar á la perfeccion de su estado, se determina á observar con puntualidad sus menores reglas, mas resolucion y mas paciencia necesita para no ceder á la multitud de aquellos á quienes no agrada ésta reforma. Los menos fervorosos, cuyo número suele ser el mayor en una comunidad, consideran aquella exacta reforma como una especie de tácita censura, y aquel fervor como una secreta reprension de su tibieza; y no basta callar, vivir retirado, atender no mas que á su obligacion, y no ceder á nadie en humildad y en dulzura; la emulacion no se vence á fuerza de virtudes; dicen que en aquella persona observante y fervorosa no se descubre mas que un espíritu de orgullo y de distincion; por su mayor observancia lo llaman el nuevo reformador, que viene á turbar la comunidad y á inquietarla en la pacífica posesion de la tibieza. Hasta la estimacion que se hace de los buenos no pocas veces les da ocasion de nuevas pruebas. Hay en una comunidad un sugeto de singular virtud, mas humilde, mas mortificado que los otros, pronto á qualquiera cosa que le manden; *bien*

puede esperar todas las ocupaciones de mayor trabajo; todo lo penoso y desagradable que se ofreciere se le encargará á él, y él cargará con los empleos á que se negaren ó se resistieren los imperfectos; se contempla poco su virtud por el concepto que se tiene de su mortificacion. En fin, nunca se verá sin perseguidores la fe de Jesucristo: nació la Iglesia á la sombra de la cruz; con la Iglesia nació la persecucion; simpre el error hará guerra á la verdad; y mientras haya herejes, siempre tendrán que padecer los hombres apostólicos. Es menester, dice el Apóstol, que haya herejías entre vosotros, para que entre vosotros se reconozcan los que están bien probados. Húbolas, y las habrá en todos los siglos, y en todos serán perseguidos los verdaderos fieles por defender la verdad.

El evangelio es del cap. 10 de san Lucas.

In illo tempore, designavit Dominus et alios septuaginta duos. Et misit illos binos ante faciem suam in omnem civitatem et locum, quò erat ipse venturus, et dicebat illis: Messis quidem multa, operarii autem pauci. Rogate ergo dominum messis ut mittat operarios in messem suam. Ite: ecce ego mitto vos sicut agnos inter lupos. Nolite portare sacculum, neque peram, neque calceamenta, et neminem per viam salutaveritis. In quamcumque domum intraveritis, primùm dicite: Pax huic domui; et si ibi fuerit filius pacis, requiescet super illum pax vestra; sin autem, ad vos re-

En aquel tiempo eligió el Señor otros setenta y dos, y los envió de dos en dos delante de sí á todas las ciudades y lugares adonde él habia de ir, y les decia: La miés es grande, y pocos los operarios. Rogad, pues, al señor de la miés que envíe operarios á su hacienda. Id: hé aquí que os envío como corderos entre lobos. No lleveis bolsa ni zurron, ni sandalias, y no saludeis á nadie en el camino. En cualquiera casa que entráreis, decid primero: Paz sea á esta casa; y si allí hubiese hijo de paz, descansará sobre él la paz vuestra; pero sino se tornará á vosotros. Permaneced, pues, en la mis-

vertetur. In eadem autem domo manete edentes et bibentes quæ apud illos sunt; dignus est enim operarius mercede sua. Nolite transire de domo in domum. Et in quamcumque civitatem intraveritis, et susceperint vos, manducate quæ apponuntur vobis, et curate infirmos, qui in illa sunt, et dicite illis: Appropinquavit in vos regnum Dei.

ma casa comiendo y bebiendo de lo que tienen; porque el operario es digno de su premio. No paseis de una casa á otra. Y en cualquiera ciudad que entráreis y os recibieren, comed lo que os pongan delante. Y curad los enfermos que hay en ella, y decidles: Se acercó á vosotros el reino de Dios.

MEDITACION.

QUE EN TODO SE DEBE BUSCAR LA MAYOR GLORIA DE DIOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que Dios crió á todo este vasto universo y á todas las criaturas que se comprenden en él únicamente para su gloria. Cuando las sacó de la nada, no se podia proponer otro fin. Luego que determinó Dios criar una criatura racional, esto es, capaz de conocerle y amarle, no pudo menos de querer que esta criatura lo refiriese todo á la gloria del Criador; es decir, que su entendimiento conociese aquel Ser infinitamente perfecto; aquel Ser soberano, independiente y todopoderoso; aquel Ser, principio y fin de todos los demás seres, y que su corazon le amase como á su único y supremo bien; que ese entendimiento y ese corazon, caminando siempre de acuerdo por este motivo de religion, no se moviesen sino para hacer aquello que agrada á Dios; que nada deseasen tanto como ver santificado y glorificado su nombre en todo y por todo, y ser extendido por todas partes el número de sus verdaderos fieles y de sus verdaderos adoradores. De este conocimiento y de este amor

de Dios resulta necesariamente el respeto y la adoracion que se deben á este soberano Ser, objeto único y necesario de su admiracion, de su veneracion, de su consagracion y de su culto, único objeto capaz de contentar y de saciar su corazon, y único principio de la felicidad aun desde esta vida. No hay criatura en el cielo, no la hay en la tierra, que no nos esté gritando y advirtiendo este fin. Tienen los cielos su lengua, y con ella publican incesantemente la gloria del Criador. Ni es menos elocuente la tierra. No hay flor, no hay fruto, no hay planta, no hay yerbecilla que no nos anuncie la incomprensible habilidad, la infinita sabiduría y la omnipotencia del que la crió. ¿Qué hombre, qué ingenio pudo, ni podrá jamás hacer el mas imperceptible mosquito, el mas vil insecto? La planta mas despreciable; la mas mínima hoja confunde y desespera toda la industria, toda la habilidad del mas diestro artífice. ¡O Dios mio, cuántos objetos publican nuestra nada, y nos predican nuestra obligacion cuando nos ponen á la vista vuestro infinito poder! Todas las cosas nos están gritando que solo fuimos criados para glorificaros; es decir, todas las criaturas nos deben mover á conoceros, á amaros y á bendeciros sin cesar. Todas nos claman que solo nos dísteis el uso de estas criaturas con la precisa condicion de que nos habian de servir de medio para reconocer vuestra bondad en tantos beneficios, y para obedecer vuestros preceptos. Usar en otra conformidad de estos beneficios es impiedad, y por decirlo así, es injusticia; todo nos debe llevar á Dios, y á Dios debemos referirlo todo, so pena de trastornar con culpable abuso el órden que él mismo estableció cuando nos crió. Bienes, talentos, salud, la vida misma, cuanto tenemos, cuanto somos, todo debe ser únicamente para gloria de nuestro Dios. Cuanto hacemos, cuanto emprendemos, cuanto de-

seamos, no debe tener otro motivo que esta divina gloria. Esta fué la principal devocion de todos los santos, y singularmente de san Ignacio. Pero ¿es esta la nuestra? ¿somos todos siervos de Dios? ¿trabajamos únicamente por este soberano Dueño? ¡Ah Señor, y qué pocos siervos fieles cuentas! ¿Mereceremos nosotros este augusto título?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que esta es una ley de que ninguno está dispensado. Pero ¡cuántas veces la violamos abusando enormemente de las criaturas! Tenemos el uso de ellas, pero usurpamos la propiedad. ¿Es siempre aquel uso para glorificar al Criador? ¿es la gloria de Dios el fin de todos nuestros deseos, de todas nuestras acciones, como lo era de todas las empresas de san Ignacio? Lloramos con razon la impía ceguedad de aquellas naciones insensatas que rendian á las criaturas el culto debido á solo Dios. ¿Somos nosotros menos insensatos cuando referimos á nosotros mismos lo que *únicamente* se debe consagrar á este Señor? Y cuando se examinan de cerca nuestros fines y nuestros proyectos; cuando se consideran los verdaderos motivos de todas nuestras acciones, ¿no se podrá decir con sobrada razon que colocamos nuestro último fin en nuestros intereses y en nuestra propia gloria? ¿nos proponemos por ventura otro en todo cuanto hacemos? ¿acaso nos servimos de las criaturas precisamente para amar mas al Criador? ¿cuántas veces hemos sacrificado la gloria de Dios á la nuestra? Culto divino, intereses de religion, Dios mismo, todo se pospone á nuestras pasiones y á nuestros intereses. ¿Se buscará únicamente la gloria de Dios en aquel ardor, en aquella vivacidad con que se defiende la propia reputacion, y se corre ansiosamente tras de todo lo que lisonjea al amor propio? Esos es-

clavos de la fortuna, esas víctimas de la ambicion y del interés, esas gentes del placer y de la diversion, esas almas terrestres, embriagadas con el amor de las criaturas, ¿buscan la gloria de Dios únicamente? ¡Oh, y cuánta verdad es que son pocos sobre la haz de la tierra los que no trastornan el órden de la Providencia por lo que abusan de los bienes criados! Hasta las mismas personas que hacen profesion de virtud, ¿tienen todas ellas muy pura la intencion? ¿es siempre puro y limpio el zelo de los devotos? ¿no se insinúan hasta en el santuario el amor propio, el orgullo, el genio y la propia estimacion? Si solo se busca la mayor gloria de Dios, ¿de dónde viene esa mayor inclinacion á tales lugares y á tales ocupaciones, esa inquietud sobre el destino, esa visible aceptacion de personas? Cuando solo se busca á Dios, se encuentra gusto en los abatimientos, no se sienten los malos sucesos, y solo se atiende á la gloria de aquel á quien se desea agradar. Desconfiemos de todos esos trabajos apostólicos tan preconizados, de todas esas devociones demasiado aplaudidas; una virtud oscura y despreciada tiene mucho valor, y es mas segura. ¡Oh, qué bello modelo de la pureza de intencion es toda la vida de san Ignacio!

Purifica, Señor, mi corazon, abrásale con el sagrado fuego de tu puro amor, y solo buscaré tu mayor gloria. ¡Oh, y cuántos imperfectos motivos, cuántos fines terrenos se mezclan en toda mi conducta! Reconozco mis ilusiones, y las detesto; lleno de confianza en vuestra misericordia, estoy resuelto á no mirar otra cosa que á vos en los dias que me restaren de vida.

JACULATORIAS.

Quid mihi est in cœlo, et à te quid volui super terram? Salm. 72.

¿Qué tengo yo que desear, Dios mio, fuera de vos en el cielo y en la tierra?

Non quæro gloriam meam, sed ejus qui misit me. Joan. 8.

No, Señor, en nada buscaré mi gloria, sino la vuestra.

PROPOSITOS.

1. Suele ser la gloria de Dios un especioso pretexto de que se valen muchos para autorizar sus pasiones y para canonizar su amor propio. Emulacion, antipatía, venganza, orgullo, todo esto se cubre con tan religioso nombre para satisfacerse sin temor y sin remordimiento. El excesivo cuidado de la salud, el regalo, y hasta la mas refinada delicadeza, todo se reboza con tan respetable motivo. Sobre todo, la vanidad y la ambicion en los devotos de perspectiva no dejan de clamorear la mayor gloria del Señor, siendo así que ellas son el móvil de todas sus acciones; pero descubre Dios los verdaderos motivos; sucede á estos especiosos pretextos lo que al zelo falso, que engaña con apariencias de bien. Mira que las pasiones son ingeniosas, no quieras tú ser el juguete de ellas. Busca á Dios en todo lo que haces, y antes de emprender cosa alguna, examina bien á los piés del crucifijo por qué motivo las emprendes, cuál es el verdadero fin. Para esto trae á la memoria el pensamiento de la muerte y de la cuenta que se te ha de pedir. Confieso que es fácil engañarse; por eso, para proceder con acierto, no determines cosa alguna de repente: comunica con sinceridad á tu director los movimientos de tu alma, y sigue su consejo, acordándote de lo que dijo Cristo á sus discípulos, que vendria tiempo en que cualquiera que los persiguiese juzgaria que en eso hacia un gran servicio á Dios.

2. Haz propósito todas las mañanas, al tiempo de ofrecer las obras del dia, de no emprender cosa alguna que no sea con la intencion de agradar á Dios

únicamente, y de buscar su gloria en todas tus acciones. *Todo cuanto hiciéreis*, dice el Apóstol (1), *ya sea de palabra, ya de obra, hacedlo todo en nombre de Jesucristo nuestro Señor, rindiendo gracias á Dios Padre por medio de él.* Glorifícase á Dios siempre que cada uno cumple con las obligaciones de su estado por agradarle. Por aquí has de comenzar á buscar su gloria. Todo lo que se hace por Dios se hace con cuidado y con fervor. Procura que el mismo zelo y la misma aplicacion, con que desempeñas tus obligaciones, estén mudamente publicando que lo haces por Dios. Es muy provechosa costumbre decir al principio de cada obra: *Señor, esto lo emprendo á mayor gloria vuestra: dignaos echarle vuestra bendicion.* No te niegues á ninguna buena obra, especialmente de aquellas que Dios te pone delante. Las mas oscuras son por lo comun donde se busca su gloria con mayor seguridad. Glorificamos á Dios con nuestros abatimientos y con el desprecio de nosotros mismos. En ninguna cosa resplandece mas la pureza de intencion, que da valor y mérito á las acciones, que en los servicios que se hacen á los menos agradecidos. ¿No corresponden á tus finezas? ¿no se hace caso de tu trabajo? ¿no se dignan ni aun volver los ojos á tus sudores y á tus fatigas? pues trabaja entonces con mayor fervor y con mayor zelo; esta será la mejor prueba de que solo trabajas por Dios.

(1) Ad Colos.

FIN DEL MES DE JULIO.

TABLA

DE LOS TÍTULOS QUE SE CONTIENEN EN ESTE SÉPTIMO TOMO.

FIN DE LA TABLA.

POISSY. — TIP. Y STER. DE AUG. BOURET.